LAURA ALCALÁ-ZAMORA

LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE POZO MORO





REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA



LA NECRÓPOLIS IBÉRICA
DE
POZO MORO



MUSEO DE ALBACETE

ALCALÁ-ZAMORA, Laura

LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE POZO MORO / por Laura Alcalá-Zamora. — Madrid : Real Academia de la Historia, 2003. — 374 p. : il. ; 30 cm. — (Publicaciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia ; Bibliotheca Archaeologica Hispana ; 23).

1. POZO MORO (Chinchilla, Albacete) - Restos arqueológicos ibéricos.
2. NECRÓPOLIS IBÉRICAS - Pozo Moro (Chinchilla, Albacete)
I. Real Academia de la Historia. II. Título. III. Serie

CDU 904:7.031.3/460.288)
726.82:7.031.3(460.288)

D.L. M. 41.002-2004. ISBN: 84-95983-47-8.

Esta obra forma parte del Programa de colaboración de la REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA con las Fundaciones «BANCO BILBAO VIZCAYA ARGENTARIA», «RAMÓN ARECES» y «CAJA MADRID»

Fundación BBVA





Portada: Necrópolis ibérica de Pozo Moro con el monumento orientalizante en el centro.

I.S.B.N.: 84-95983-47-8
Depósito Legal: M. 41.002 - 2004
Fotocomposición e impresión:
TARAVILLA • Mesón de Paños, 6. 28013 Madrid
E-mail: taravilla@telefonica.net

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 23

LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE POZO MORO

por

LAURA ALCALÁ-ZAMORA



REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
MADRID
2003

PUBLICACIONES
DEL
GABINETE DE ANTIGÜEDADES

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA
STUDIA HISPANO-PHOENICIA

Esta investigación se ha publicado gracias a la Acción Especial BHA-2002-10562-E, *Estudio y publicación de las colecciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia y potenciación de su labor científica* concedida por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

ÍNDICE GENERAL

Páginas

Páginas

PRESENTACIÓN

El yacimiento de Pozo Moro *constituye desde hace más de 30 años una referencia obligada para cualquier estudio sobre el mundo ibérico. El descubrimiento de unos restos escultóricos por el entonces propietario de la finca, Dr. Carlos Daudén Sala, permitió llevar a cabo una pronta valoración del hallazgo gracias a la eficaz actuación de la Comisaría General de Excavaciones, lo que nos permitió descubrir y excavar el desde entonces famoso monumento orientalizante y la necrópolis ibérica a la que éste parecía haber dado origen.*

El monumento de Pozo Moro, por su significado y trascendencia en los estudios ibéricos, ha sido desde entonces habitualmente citado. Pero la necrópolis que formaba parte consustancial del yacimiento, por causas diversas, principalmente por falta de medios adecuados, quedó prácticamente inédita, a pesar de su importancia.

Por ello se comprende el interés que ofrece este magnífico trabajo dedicado a La necrópolis ibérica de Pozo Moro *y la satisfacción personal que ello nos produce. Es el resultado de los años de trabajo dedicados a su estudio tras la excavación por nosotros realizada, trabajos que han sido renovados y puestos acertadamente en valor por Laura Alcalá-Zamora en su Tesis Doctoral, presentada con todo éxito en la Universidad Complutense de Madrid. Con eficaz esfuerzo ha profundizado en los viejos datos hasta ofrecer el estudio actualizado, en muchos aspectos modélico, de este singular yacimiento ibérico. El éxito de su empresa lo puede juzgar el lector al tenerlo en sus manos.*

Son diversos los aspectos de este trabajo que queremos resaltar en esta breve Presentación. *El primero, el esfuerzo que supone siempre publicar una excavación tras haber transcurrido años desde su realización y por alguien que no había participado en ella. La autora ha superado el esfuerzo con constancia e, incluso, realizando una nueva campaña de excavación para precisar algunos detalles y poder contar con una experiencia directa en el yacimiento, lo que le ha facilitado su estudio y valoración.*

Más importante es que la necrópolis ibérica de Pozo Moro, aunque pueda considerarse de tamaño relativamente reducido y de riqueza limitada, resulta, probablemente, el yacimiento de sus características en la cultura ibérica mejor conocido. Tras esta publicación, la necrópolis de Pozo Moro puede considerarse uno de los yacimientos ibéricos más exhaustivamente publicados, ya que todas las tumbas excavadas han sido estudiadas, tanto en sus aspectos constructivos, como en sus ajuares y rituales, permitiendo conocer cómo sería la práctica totalidad de la necrópolis.

Pero quizás lo más interesante de este trabajo es que ha permitido documentar el origen de la necrópolis como consecuencia y perduración del monumento orientalizante y, lo que es más importante, su desarrollo a lo largo de más de 500 años, aproximadamente desde el 500 a.C. hasta el siglo II de JC. El ejemplar análisis diacrónico por generaciones que ha realizado la autora ha llegado mucho más allá, al permitir comprender que la necrópolis correspondía a un grupo gentilicio de estructura clientelar, establecido en torno a un pozo y su territorio circundante generación tras generación. La autora constata que dicha estructura se repite reiteradamente en todo el territorio endorreico circundante, lo que se explica por reflejar la organización gentilicia de la sociedad ibérica y su plasmación en la estructura territorial, hecho pocas veces documentado en el mundo antiguo y que, por sus implicaciones para múltiples campos de estudio, lo consideramos trascendental pues supone un avance fundamental en el conocimiento de la Hispania prerromana.

Otro novedoso aspecto también introducido por la autora es la aproximación al estudio de la riqueza de los ajuares por medio de cuidadosos análisis etno-arqueológicos. Este innovador método le ha permitido aproximarse al "costo real", en horas de trabajo, de los materiales y construcciones, lo que aproxima los datos obtenidos a la realidad de la época y supera otros métodos mucho más teóricos y, en todo caso más anacrónicos, como el contar el número de objetos o el clasificar éstos según la importancia otorgada por el arqueólogo. En pocas palabras, La necrópolis ibérica de Pozo Moro, *gracias a este estudio ejemplar, no sólo ofrece a partir de ahora sus datos a todos los estudiosos, sino que también ha constituido un interesante esfuerzo metodológico para avanzar cada día mejor en la reconstrucción y comprensión objetiva del pasado, verdadera finalidad de la Arqueología como ciencia histórica.*

No nos queda para terminar esta breve Presentación *sino agradecer a su autora, la Dra. Laura Alcalá-Zamora, su magnífica obra y felicitarle por los resultados alcanzados en este magnífico trabajo. Su publicación, acogida en la* Bibliotheca Praehistorica Hispana, *esperamos que sea un buen estímulo para otros trabajos similares, que vayan completando el conocimiento de nuestro pasado. Pero, antes de finalizar este breve prólogo, queremos agradecer a todos los que han contribuido a esta labor. En primer lugar a la Dra. Rubí Sanz Gamo, Directora del Museo de Albacete, sus gestiones para que esta publicación se realizara en colaboración con el Museo de Albacete y el Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", tal como era nuestro deseo. También, a título personal, deseamos recordar tanto a los obreros y autoridades y gentes de Pozo Cañada como a todos los que colaboraron con nosotros en las ya lejanas excavaciones o a cuantos han contribuido actualmente a que esta obra se haya convertido en realidad. En especial, queremos recordar al Dr. Carlos Daudén, pues su memoria siempre estará unida a este yacimiento, pues su ejemplar actitud permitió su excavación, de la que este estudio puede considerarse una coronación magnífica.*

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA
Académico Anticuario de la
Real Academia de la Historia

1. INTRODUCCIÓN

La necrópolis ibérica de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete), es una referencia obligada en el estudio de los orígenes y evolución del mundo funerario ibérico en general y del territorio albaceteño en particular. La publicación en 1983 del Monumento orientalizante (Almagro Gorbea 1983b) dio a conocer el punto de partida de una necrópolis ibérica, que quedó sin estudiar hasta que fue retomada para la realización del trabajo que a continuación se expone y que recoge toda la información de las notas de campo, la planimetría y los ajuares de las tumbas depositados en el Museo Arqueológico Nacional a finales de los años 70, así como los datos obtenidos de la campaña de excavación realizada en octubre y noviembre de 2000.

1.1. Circunstancias del hallazgo

Las noticias sobre los primeros hallazgos en este yacimiento se remontan a hace más de 50 años, aunque no se conoce la fecha con seguridad ya que nos basamos en testimonios orales que no precisan los años exactos. Según dichas noticias, recogidas en Pozo Cañada en los años 70, hacia 1910 aparecieron en Pozo Moro dos leones de piedra que fueron recuperados por el entonces Alcalde de Albacete, aunque este dato y el paradero de dichas piezas nunca se ha podido comprobar. Tampoco se sabe si el alcalde fue el Sr. Conangla, citado por unas referencias, o don Gonzalo Botija Cabo, según otras algo más precisas, que demuestran, en todo caso, el hallazgo esporádico de piezas en el yacimiento a partir de principios de siglo, al iniciarse los estudios ibéricos en la actual provincia de Albacete. En esa época debió aparecer también el relieve con la escena sexual, que según referencia oral de los pastores y las gentes del lugar siempre se había visto, pues llamaba la atención entre las piedras del majano situado en el yacimiento.

En todo caso, el mérito del descubrimiento de Pozo Moro se debe, sin lugar a dudas, a la sensibilidad por la cultura de don Carlos Daudén Sala, entonces dueño de la finca donde se ubica el yacimiento. A mediados de los años 60, la finca de Pozo Moro, fue reestructurada por la Concentración Parcelaria, que afectó también a la pedanía colindante de Horna. Este hecho motivó la desaparición del límite de fincas entre Horna y Pozo Moro que tradicionalmente pasaba justo por el majano situado en el yacimiento, que a partir de entonces quedo incluido en la finca de Pozo Moro. Dentro de las tareas de roturación y unificación de las tierras, a fines de 1970, don Juan González Zúñiga, arrendatario de Pozo Moro, procedió a retirar un antiguo majano que marcaba el límite entre la finca de Pozo Moro y la pedanía de Horna. En dicha operación observó algunas piedras con figuras que trasladó a la casa de labor, dando aviso a don Carlos Daudén. Asimismo, en el proceso de roturación del terreno observó que las gradas rozaban con piedras enterradas, ofreciendo una de ellas los cuartos traseros de un sillar con forma de animal incrustados en la tierra, por lo que se cavó un hoyo alrededor para extraerlo, apareciendo entonces restos de cerámica y otras piezas. El Dr. Daudén recogió en su casa los objetos aparecidos y mandó conservar los relieves y sillares, disponiendo que se interrumpieran las labores de roturación para evitar el deterioro del posible yacimiento y comunicando el hallazgo al Museo Arqueológico Nacional, donde don Martín Almagro Gorbea le atendió como Conservador de la Sección de Arqueología Prehistórica.

A través de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas se dispuso la visita al yacimiento el 6 de Diciembre de 1970. El análisis del terreno permitió reconocer la aparente importancia del yacimiento, que parecía ser una necrópolis ibérica, siendo posible recuperar nuevos elementos arquitectónicos entre las piedras retiradas y trasladadas a un nuevo majano. Por ello, de acuerdo con don Carlos Dau-

dén y contando con la colaboración de don Juan González Zúñiga, se planeó la realización de sondeos arqueológicos para precisar las características del yacimiento y el contexto de los sillares. Igualmente, se dio aviso del hallazgo a don Samuel de los Santos, Director del Museo de Albacete, invitándosele a la participación conjunta de los trabajos de excavación y para que procediera a recoger en el Museo de Albacete los relieves aparecidos.

La excavación se inició con unos trabajos de topografía llevados a cabo generosamente por el ingeniero don José Luis Pérez Abelairas, quién hizo la microtopografía y el cuadriculado del yacimiento en abril de 1971. En Septiembre de ese año se llevó a cabo una prospección inicial, bajo la dirección conjunta de don Martín Almagro Gorbea y don Samuel de los Santos. En esta campaña se abrieron tres cuadrículas, siete catas de sondeo distribuidas a distancias equivalentes dentro de la cuadrícula de delimitación del área de excavación y una trinchera transversal de 1,5 metros de ancho para conocer la estructura del yacimiento y poder planificar el trabajo futuro y también se revisaron todas las piedras del majano recuperándose diversos restos arquitectónicos. Los hallazgos fueron inicialmente interpretados por don Samuel de los Santos como una necrópolis sobre un posible santuario, al aparecer varias esculturas de leones y un recinto cuadrado con restos de cerámica y un bronce, considerado inicialmente como un posible exvoto, aunque la excavación más detallada, dirigida por Martín Almagro Gorbea y en la que colaboró don José Luis Argente, permitió comprobar que se trataba de una *extensa* necrópolis con una sepultura monumental en su nivel inicial.

Para su restauración y consolidación, los leones fueron trasladados a Madrid y mostrados por primera vez al público en la exposición sobre «Realizaciones de la Dirección General de Bellas Artes en 1972», quedando los restantes piezas depositadas en la Casa de D. Pedro, edificio abandonado entre Pozo Moro y Pozo Cañada cedido al efecto por don Carlos Daudén al no haber lugar en el Museo de Albacete.

Entre marzo y junio de 1973, se llevó a cabo la principal campaña de excavación, con la colaboración de don Manuel Osuna y don Alonso Zamora, así como doña Mª Isabel Martínez Navarrete. Se excavaron unos 500 m^2 del yacimiento, llegando en casi todo el área al nivel de suelo natural. Se excavó siguiendo el método de abrir cuadrículas y dejar testigos intermedios para el acceso y documentación, que posteriormente eran retirados para analizar las estructuras en área. El plan de trabajo consistió en ir excavando progresivamente el yacimiento desde su núcleo central donde se encontraba el monumento, comenzando con las cuadrículas 3D, 3E, 4E y 4D, abriendo un área central de 64 m^2 con el monumento en el centro. A continuación se amplió esta cuadrícula por el Norte y el Este hasta una superficie de 140 m^2, descubriendo los sillares caídos del monumento *in situ*, lo que permitió plantear su reconstrucción. Para avanzar en la zona se siguió por la cuadrícula 4C hacía el Este, y las 2D, 2E y 2F hacía el Norte, por lo que la excavación consistía en un gran rectángulo de 12 metros de Este a Oeste y 16 de Norte a Sur. Después, se abrieron dos series de cuadrículas que lo cruzaban de Norte a Sur y de Este a Oeste. Finalmente se excavaron las cuadrículas 3G y 6F para documentar algunas estructuras evidenciadas en la excavación de las catas colindantes.

Los más de 100 sillares arquitectónicos hallados, algunos con decoración, se dejaron *in situ* durante la excavación y, al acabar ésta, parte se reenterraron en el yacimiento, pues tampoco esta vez se pudieron depositar en el Museo de Albacete, entonces en obras, habiéndose perdido uno en estas vicisitudes. Las esculturas y relieves del Monumento y los ajuares de la necrópolis fueron trasladados al Museo Arqueológico Nacional para el proceso de restauración y estudio, trabajo finalizado en 1974, así como parte del dibujo y la descripción en 1976.

Pero la consolidación de las esculturas, relieves y demás sillares exigió un complejo tratamiento sillar por sillar, que se inició a partir de 1974, cuando se pudo habilitar al efecto una sala en los sótanos del Museo Arqueológico Nacional, entonces también en obras, con la colaboración de don Miguel Peinado y don Luis Caballero. A continuación, se recuperaron los sillares dejados *in situ* y reenterrados en la excavación, así como los relieves y figuras guardadas en la Casa de D. Pedro, que amenazaba ruina y carecía de condiciones de seguridad, trasladándose todo el monumento al Museo Arqueológico Nacional. A partir de entonces se pudieron tratar los sillares uno a uno, procediéndose a su limpieza y consolidación, para a continuación dibujarse y fotografiarse. Pero sólo en 1977 se pudo contar con un espacio lo suficientemente amplio como para poder proceder a la clasificación de los sillares, a su consolidación definitiva por inmersión en una gran cuba construida al efecto y, finalmente, a la preparación de su montaje y al estudio y planeamiento de la reconstrucción del monumento.

En marzo y abril de 1979 se acometió una nueva campaña de excavación, en la que participaron doña Teresa Chapa y doña Cristina Aldana. Su finalidad era precisar algunos detalles de las tumbas ibéricas descubiertas y excavar un gran túmulo de 7 metros de lado, aparecido al Sur del monumento, para precisar la fecha de destrucción de éste y el lapso transcurrido hasta el inicio de la reutilización de sus sillares, y asegurarse de que no había más restos arquitectónicos reutilizados en el yacimiento. Tras esa campaña, al no haber aparecido nuevos sillares, se procedió al montaje definitivo del monumento en el Museo Arqueológico Nacional sobre una plataforma especialmente calculada por los arquitectos don

Antonio Almagro y don Santiago Camacho para sostener la pesada estructura y permitir su movilidad en caso necesario. Así, a lo largo de 1979, se emprendió la reconstrucción del monumento en la sala de la Cultura Orientalizante e Ibérica del Museo Arqueológico Nacional, donde permanece hasta la actualidad. En la misma sala se expone también una vitrina, la 16, donde se exhiben alguno de los materiales encontrados en la excavación, entre ellos parte del ajuar del monumento y la cerámica ática procedente de las tumbas 3F3 y 4F3, así como la urna con decoración vegetal y la lucerna de la sepultura ibero-romana 4G2. Es significativo el hecho de que en los últimos 22 años no se haya remodelado la presentación de este conjunto de singular relevancia, obviando los avances tanto científicos como museográficos.

Durante la realización de los trabajos de campo, se iban estudiando los restos encontrados, procediéndose a publicar noticias preliminares ya a partir de 1971 (Almagro Gorbea 1973, 1975, 1976, 1976-78, 1978a y b; Daudén Sala 1971, 1972 y 1978). Poco a poco fueron viendo la luz diversos estudios, cada vez más definitivos, el último de los cuales se dio a conocer en un extenso artículo en la revista Madrider Mitteilungen en 1983 (Almagro Gorbea 1983b). Sin embargo, la publicación definitiva no se pudo realizar, pues el presupuesto solicitado a la CAYCIT en 1984 no fue concedido, por lo que no fue posible estudiar y publicar la necrópolis ibérica aneja al monumento (Almagro Gorbea 1996b), cuyo análisis abordamos en este trabajo.

En Octubre/Noviembre de 2000 se lleva a cabo una nueva excavación bajo la dirección conjunta de don Martín Almagro Gorbea y doña Laura Alcalá-Zamora Diaz-Berrio, con el propósito de documentar el ajuar del túmulo 5Finc.4 que quedó sin terminar de excavar en Abril de 1979. La superficie total intervenida fue de 34 m^2, correspondientes a una cata de 3,5 m. por 4 m. para sacar a la luz la esquina SE del túmulo 5Finc.4 donde parecía haber más posibilidades de localizar el ajuar de la tumba, puesto que existen paralelos en otros túmulos similares del área ibérica como el túmulo principesco (T-200) de la necrópolis de el Cigarralejo (Mula, Murcia). (Cuadrado 1987: 355-374). También se efectuó otra cata de 2 por 2 m. en la esquina NW del escalón interno del túmulo 5Finc.4 y una última cata de 4 por 4 metros en la cuadrícula 7D con el objeto de completar la planta de un túmulo de grandes dimensiones cuyo lado Oeste se había descubierto en 1979. En la esquina SW de la cuadrícula se detectó ya en la primera hilada de piedras del túmulo la casi ausencia de éstas en dicha zona del empedrado, y cuando se procedió a profundizar en ella, se documentó una sepultura fechada en época de Trajano, aproximadamente entre el 98 y el 117 d.C. (Alcalá-Zamora 2000).

1.2. HISTORIOGRAFIA Y ESTADO DE LA INVESTIGACIÓN

El interés por los pueblos prerromanos y, en concreto por los ibéricos, se gesta durante el Renacimiento, prestando especial atención a la numismática ya desde el siglo XVI, a los exvotos de bronce en el XVIII y a principios del XIX por la teoría de Von Humboldt sobre el vasco iberismo. Sin embargo, el concepto de cultura ibérica sólo surge tras el descubrimiento de la estatuaria ibérica hacía finales del siglo XIX. Los avances de la arqueología, sobre todo a partir de los años 80 del siglo XX, han permitido contextualizar esta escultura dentro del marco de una sociedad compleja y heterogénea que sin embargo comparte una serie de elementos que nos permiten identificar a una etnia común, que mantuvo relaciones con su entorno inmediato y con las culturas del Mediterráneo, adaptando toda una serie de aspectos artísticos e ideológicos externos a su propia idiosincrasia.

Las primeras noticias sobre hallazgos ibéricos se producen a principios del siglo XIX, como las que hacen referencia a la necrópolis ibérica de Almedinilla (Córdoba) o la de Baza (Granada).

El descubrimiento en 1860 del santuario ibérico de El Cerro de los Santos, sacó a la luz un importante conjunto de escultura ibérica no exenta de polémica sobre su adscripción cultural. Es el momento también del descubrimiento de la Dama de Elche. La sucesión de hallazgos afortunados en los últimos años del siglo XIX culminó con el descubrimiento de la Dama de Elche en 1897, obra cumbre del Arte Ibérico que fue a parar al Museo del Louvre, donde suscitó la atracción de investigadores y del gran público por esta nueva página del Arte, contribuyendo a su aceptación general. Las esfinges de Agost, el grifo de Redován, los fragmentos del Llano de la Consolación, la Bicha de Balazote, etc. que hoy enriquecen el Museo Arqueológico Nacional, entonces recientemente creado, constituyeron un creciente conjunto de piezas lo suficientemente importante y numeroso para permitir su estudio, en el que participaron estudiosos como el francés Pierre Paris, cuya obra publicada en 1903, *Essai sur l'Art et l'industrie de l'Espagne primitive*, es la más significativa de esta primera fase (Almagro Gorbea 1996b).

Las culturas orientales descubiertas en el siglo XIX influyeron en la valoración del arte ibérico dentro de las corrientes difusionistas que partían de la fuerza aculturadora del Oriente y el Egeo, por lo que se vieron influjos egipcios en el hieratismo de las figuras del Cerro de los Santos, mesopotámicos en la disposición de la Bicha de Balazote o fenicios en los marfiles y joyas de Andalucía, mientras que el aparente parecido de las cerámicas ibéricas con las micénicas, llevó a suponer este origen para el re-

cién descubierto Arte Ibérico. Por esos años se iniciaban las primeras excavaciones sistemáticas, especialmente en Andalucía, y se acumulaban datos sobre hallazgos mientras se discutía sobre el orígen del Arte y la Cultura Ibéricos por P. Paris, J.R. Mélida, Albertini, E. Philipon, R. Carpenter o P. Bosch Gimpera, entre otros (Almagro Gorbea 1996b).

En 1914 se crea *La Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* de acuerdo con la nueva legislación de 1911 y se publican las necrópolis de El Llano de la Consolación en Albacete (Zuazo 1917) y ya en 1930 la de El Molar (Senent 1930) y la Albufereta en la costa de Alicante (Lafuente Vidal 1934; Figueras Pacheco 1956).

En torno a los años 1920 se produjo una reorientación de los estudios y se abandonó la idea de los orígenes orientales, salvo figuras aisladas como B. Taracena, pues parecían poco justificada por los nuevos conocimientos cronológicos. En esta etapa, se centró la atención en el arte griego arcaico y ocasionalmente en el etrusco, hasta el punto de que los elementos orientales antes valorados se consideran siempre llegados a través del mundo helénico. Obras como la de R. Carpenter, *The Greeks in Spain* (Londres 1925) pueden considerarse representativas de esta etapa, junto a los trabajos iniciales, anteriores a la Guerra Civil, de jóvenes estudiosos, como P. Bosch Gimpera o A. García Bellido (Almagro Gorbea 1996b).

Tras el paréntesis de la Guerra Civil se produce una nueva valoración de la Cultura Ibérica, así como la formación de una nueva generación de arqueólogos que generalizan técnicas de estudio más científico, basadas en la datación por estratigrafía, tipología y conjuntos cerrados y en la publicación objetiva de los datos como requisito necesario para la interpretación histórica (Almagro Gorbea 1996b: 19-20).

El influjo de los estudios célticos llevó a valorar la presencia del rito funerario de incineración en el mundo ibérico como prueba de su *celticidad*, traduciendo al campo de la arqueología los aún latentes conflictos políticos de centralistas y nacionalistas. En esos años se inicia el estudio de las necrópolis del Cabecico del Tesoro (Nieto Gallo 1940), El Cigarralejo (Cuadrado 1955), el Llano de la Consolación (Sánchez Jiménez 1947), en el Sudeste, y la de Ensérune, en el Rosellón (Jannoray 1955), destacando la publicación de *Las Necrópolis de Ampurias* por Martín Almagro Basch (Almagro Basch 1953), que pasó a ser el modelo de estudio y publicación de estos yacimientos.

El problema clave de la Arqueología ibérica era la asignación cronológica de los hallazgos, por lo que las excavaciones de La Bastida (Fletcher Valls 1957, 1975), El Cabecico del Tesoro (Nieto Gallo 1940, 1948) y sobre todo El Cigarralejo (Cuadrado 1958, 1984b) confirmaron la antigüedad de esculturas y cerámica, que pasaron a fecharse en el siglo IV a.C. por las importaciones de cerámica ática. Las estratigrafías de Ampurias y Ullastret, en Gerona, demostraron el influjo de la cerámica focense en la ibérica, cuestionando el valor de las explicaciones estilísticas frente a los datos de excavación. Este hecho revalorizó el papel de la colonización focense en la Cultura Ibérica, abriendo la discusión sobre la cronología de su arte.

En los años 1950 y 1960 se excavan necrópolis andaluzas como Castellones del Ceal, Jaén (Fernández Chicarro 1955a y b) y la Guardia en Jaén (Blanco 1959) y paralelamente las de Can Canyís, Tarragona (Vilaseca 1963) y Solivella, Castellón (Fletcher Valls 1965) que ampliaron el marco cronológico de la Cultura Ibérica.

En los años 70, junto al descubrimiento de la colonización fenicia y su influjo sobre Tartessos, se revalorizó la cultura Orientalizante así como su íntima relación con la cultura ibérica, lo que permitió documentar que ésta representaba su continuación histórica. En este contexto destaca el descubrimiento del Monumento de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete) en 1971, junto al de la Dama de Baza (1973) (Presedo 1973), los *heroa* de Porcuna (1975-79) (Blázquez y Navarrete 1985; González Navarrete 1987; Blanco 1987-1988; Negueruela 1990) y, posteriormente, la necrópolis de los Villares (1983), así como la interpretación de los llamados pilares-estela (Almagro Gorbea 1983c), que renovaron el interés por las necrópolis de la Cultura Ibérica, hasta el punto de que puede asegurarse que es el campo de dicha cultura mejor conocido, pues a la novedad de los hallazgos se sumó el notable enriquecimiento de los estudios ibéricos, abriendo nuevas vías de investigación y superando las polémicas sobre su origen y cronología.

En los últimos 25 años, el panorama ha cambiado progresivamente, al fundamentarse los conocimientos sobre datos cada vez más seguros gracias a una metodología que permite interpretar mejor la creciente información que ofrecen los nuevos hallazgos.

Tras el descubrimiento de Pozo Moro, y como consecuencia de la creciente documentación y de los innovadores supuestos metodológicos de la Nueva Arqueología, por entonces llegada a España, se comprende la profundización de estos últimos años en la reinterpretación de la Cultura Ibérica. Su estudio parte de nuevas perspectivas sobre el origen y la cronología del mundo ibérico, pero además, aborda campos antes inexplorados, como la estructura social, política o ideológica. La investigación se ha dirigido a interpretar poblados, necrópolis y ritos, así como la organización territorial y en fechas aun más recientes, su ideología, precisando diferencias en los yacimientos que reflejan la estructura jerarquizada de la sociedad, cambios cronológicos que marcan su evolución sociocultural y variaciones geográficas que indican las etnoculturales (Almagro Gorbea 1996b).

Los años 80 suponen una aceleración en la investigación en la provincia de Albacete. En 1980 se excava El Tesorico, Agramón-Hellín (Broncano *et al.* 1981), en 1982 El Camino de la Cruz, Hoya Gonzalo (Blánquez 1984b) y entre 1983 y 1990, Los Villares de Hoya Gonzalo (Blánquez 1984a, 1990a). A todo esto, y en un contexto más general, se añadió la publicación de la necrópolis de Baza (Presedo 1982) y, poco después, las esculturas de Porcuna (González Navarrete 1987) y otros hallazgos como los de Cástulo (Blázquez 1975, 1979b), Corral de Saus (Aparicio Pérez 1984), La Bobadilla (Maluquer *et al.* 1981), Moleta (Gracia *et al.* 1988) y Coll del Moro (Ferrer 1982, Rafel 1993), y la reexcavación de El Molar (Monraval 1984 y 1992) y Castellones de Ceal (Chapa y Pereira 1991b, 1998). Pero en estos últimos años ha aumentado el interés por los poblados, como Tornalbous (Maluquer 1986), el Puntal dels Llops (Bonet 1981), Meca (Broncano 1986), Puente Tablas (Ruiz y Molinos 1985, 1990), Castellones de Ceal o Tejada la Vieja (Fernández Jurado 1987), iniciándose la identificación de palacios, como Cancho Roano (Almagro Gorbea 1988-89, Celestino y Jiménez 1993) o Campello (Llobregat 1993) y la interpretación de santuarios urbanos, como los de Campello (Llobregat 1988, Moneo 1995) o La Alcudia de Elche (Ramos 1995), relacionables con cultos funerarios gentilicios ya que ofrecen materiales que también aparecen en ajuares de necrópolis, abriendo nuevas perspectivas para el estudio de los ritos y creencias. Finalmente, muy importante es la publicación de excavaciones tan significativas como las de Emeterio Cuadrado sobre El Cigarralejo (Cuadrado 1987) al sacar a la luz un conjunto cuantitativa y cualitativamente muy importante, bien documentado y cuya información puede contrastarse con los datos obtenidos del poblado y el santuario, lo que nos ofrece una visión mucho más amplia y completa del entorno socio-ideológico de las poblaciones allí enterradas. La documentación objetiva es un avance logrado en los años 1950, pero que en la actualidad está sufriendo un claro retroceso (Almagro Gorbea 1996b).

La aparición de publicaciones exclusivamente dedicadas a la arqueología ibérica, como la *Revista de Estudios Ibéricos* (1994, 1996, 1998), la celebración de un Congreso dedicado específicamente a Las Necrópolis (Actas de la *Serie Varia 1*, del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, 1992) y la publicación de los primeros estudios globales con perspectivas teóricas novedosas de la mano de investigadores como Arturo Ruiz y Manuel Molinos (Ruiz y Molinos 1995), denotan el creciente interés que estos temas despiertan en el mundo científico, a pesar de lo cual aún está pendiente la realización de un estudio que recoja toda la información del mundo funerario ibérico desde un punto de vista global, eliminando la visión parcelada e inconexa que presentan los realizados por separado en cada Comunidad Autónoma y de cada necrópolis, con su propia metodología y planteamiento teórico.

En estos avances de la Arqueología Ibérica las necrópolis siguen siendo el aspecto mejor conocido. Si antes llamaban la atención por sus ricos hallazgos, la buena conservación de los mismos y el hecho de que se trata de contextos cerrados, en la actualidad se añade un mayor atractivo al permitir reconstruir la organización social y demográfica y aproximarse al mundo ritual e ideológico, lo que aporta una profunda visión de la cultura ibérica de especial interés, pues las ideas sobre la muerte son el mejor medio para comprender los valores y el concepto de la vida (Almagro Gorbea 1996b).

En la última década han salido a la luz estudios sobre necrópolis ibéricas analizadas con planteamientos y metodología moderna que han venido a aportar nuevos datos sobre la organización social y la ideología de los iberos. Entre ellos cabe destacar la necrópolis de *Cabezo Lucero* (Aranegui *et al.* 1993) al introducir la valoración de aspectos ideológicos y rituales junto a un estudio detallado de las estructuras y los materiales. Los trabajos parciales que se han ido publicando de la necrópolis de Cabecico del Tesoro (Quesada 1986-87, 1989a y b, 1994c) aportan valiosa información sobre el armamento, la cerámica o la antropología.

El estudio de las necrópolis ibéricas de Albacete realizado por Blánquez en 1990 (Blánquez 1990a) supone un punto de referencia para entender la evolución y dispersión geográfica de los ritos funerarios, las tipologías de tumbas y objetos, así como las vías de comunicación que ponen en contacto los distintos yacimientos de la provincia de Albacete.

La publicación de las necrópolis de *Coimbra del Barranco Ancho* (García Cano 1997b y 1999) añade a su estudio riguroso del material y de las estructuras, un interés por los estudios cuantitativos y las asociaciones y perduraciones de objetos exóticos, así como por detectar materiales que hasta entonces habían quedado ocultos en el registro arqueológico como los recipientes de madera.

Por su parte la reciente publicación de *Castellones del Ceal* (Chapa *et al.* 1998) aborda el estudio de los lugares de cremación, hasta ahora apenas considerado, y detecta los procesos de reconstrucción y mantenimiento de algunas de las estructuras tumulares, documentando una fase más en el ritual funerario ibérico: las visitas a la tumba y el cuidado de las mismas.

Además de las excavaciones modernas, también se ha abordado la revisión de necrópolis excavadas de antiguo como Hoya de Santa Ana (Blánquez 1986-87 y 1990a), el Llano de la Consolación, retomada por María del Carmen Valenciano en su tesis doctoral (Valenciano 1999 y 2000), Castellones del Céal

(Chapa *et al.* 1998) o Corral de Saus, publicada por Isabel Izquierdo dentro de su Tesis Doctoral dedicada a la recopilación y análisis de los pilares-estela en la Península Ibérica (Izquierdo 2000). Cabe destacar la importancia y al mismo tiempo la escasez de este tipo de trabajos a modo de catálogos exhaustivos y rigurosos que recopilen toda la información peninsular y propongan nuevos enfoques en el análisis de materiales y excavaciones antiguas.

Nuevas áreas de expansión de localización de necrópolis ibéricas en lugares como Toledo (Pereira 1995) o Cuenca (Valero 1999), con tipologías de tumbas nuevas pero elementos de ajuar y rituales indiscutiblemente ibéricos, aportan nuevos puntos de vista para el estudio del mundo funerario ibérico, sus fronteras y contactos.

En todas estas aportaciones recientes al conocimiento sobre el mundo funerario ibérico ocupa un lugar muy destacado el yacimiento de Pozo Moro. Si analizáramos todas las publicaciones que sobre este tema han visto la luz en los últimos 30 años, sería difícil encontrar alguna en la que no se haga referencia a Pozo Moro. El impacto bibliográfico de este yacimiento es un fenómeno difícilmente comparable con ningún otro hallazgo.

En otro orden de cosas, echamos en falta una línea de divulgación del mundo ibérico para hacerlo comprensible y entretenido a un público lo más amplio posible, con escasos o nulos conocimientos sobre el tema. En este sentido, hay que destacar el CD-ROM realizado por Ricardo Olmos e Isabel Izquierdo (Olmos *et al.* 1999), del Departamento de Historia Antigua y Arqueología del CSIC, en colaboración con la empresa Micronet S.A., dentro del proyecto PETRI, subvencionado por la DGICYT, que recoge un completísimo fondo documental de imágenes sobre la cultura ibérica, estructurado en distintos niveles de conocimiento sobre el tema. También con fines divulgativos, se han organizado las grandes exposiciones dedicadas a los Iberos que tuvieron lugar en París, Barcelona y Bonn entre Octubre de 1997 y Agosto de 1998, con la publicación de sus correspondientes catálogos. A pesar de la espectacularidad de los hallazgos expuestos y de la inversión realizada en los montajes, aún está pendiente el aspecto didáctico de este tipo de eventos, tanto desde el punto de vista de los niveles de información de paneles y cartelas, como del contenido de los catálogos, demasiado extensos y académicos para los «no entendidos» de la materia, echándose de menos una publicación intermedia entre el folleto explicativo gratuito y el catálogo de gran formato.

Por último, la publicación de Manuel Bendala de su libro *Tartesios, Iberos y Celtas* (Bendala 2000), intenta cubrir ese hueco, aunque no deja de lado el lenguaje y la terminología academicista y descuida el aparato gráfico al no incluir reconstrucciones infográficas o hacer uso de las nuevas tecnologías para acercar al lector a una prehistoria más tangible.

Otras experiencias interesantes de difusión del conocimiento sobre el Patrimonio Arqueológico de época ibérica se vienen realizando desde hace unos años en la ciudadela ibérica de Alorda Park en Calafell, Tarragona (Sanmartí, J. / Santacada, J. 1992), o en el Centro de Interpretación de Valdepeñas (Ciudad Real).

En la provincia de Albacete son nueve las necrópolis excavadas y tenemos algún tipo de información de otras trece. Todas ellas presentan una gran uniformidad tipológica y abarcan un periodo cronológico que se extiende desde el siglo VI a.C. hasta la romanización. Se localizan en la mitad más oriental de la provincia, consecuencia de la tendencia al estudio pormenorizado de la zona de contacto con las provincias de Murcia y Alicante donde se pensaba estaba el origen de la cultura ibérica, lo que ha tenido que ser desmentido al comprobar que las cronologías más antiguas proceden de los yacimientos localizados al interior de la provincia, los cuales mantuvieron relaciones más estrechas con la Alta Andalucía. Mucho menos habituales son las excavaciones llevadas a cabo en los poblados del área albaceteña, aunque los datos proporcionados por La Quéjola en San Pedro (Blánquez 1993d, Blánquez y Olmos 1993), El Amarejo, en Bonete (Broncano y Blánquez 1985, Alfaro 1995) y El Tolmo de Minateda, en Hellín (Abad *et al.* 1993 y 1998) han aportado en la última década más luz en este sentido. La contrastación de la información procedente de los poblados con la de las necrópolis ha brillado por su ausencia en los estudios realizados en la provincia de Albacete. En este sentido, los trabajos de Lucia Soria Combadiera (1997, 1998, 2002) sobre el poblamiento en Albacete han abierto muchas posibilidades de trabajo, aunque la escasez de poblados excavados hace difícil ir más allá de intentar establecer la ordenación del territorio en época ibérica en esta región.

1.3. Planteamientos teóricos

Con este apartado se pretende valorar las corrientes teórico-metodológicas que en las últimas décadas han abordado el estudio de las necrópolis y los rituales funerarios.

En los años 60 y 70, de la mano de autores como Binford (1971) o Saxe (1970) surge una tendencia teórico-metodológica dentro de la revolución que supone la Nueva Arqueología, que aborda el análisis de las prácticas funerarias, y que recibe el descriptivo nombre de *Arqueología de la Muerte* (Chapman *et al.* 1981). Partiendo de la base de la antropología social francesa, se empiezan a manejar términos como identidad social, relación de identidad y persona social. Se

incorpora una metodología neopositivista y se aplica el método hipotético-deductivo a un campo que con anterioridad había sido analizado desde un punto de vista descriptivo y clasificatorio.

El desarrollo teórico de la arqueología de la muerte comienza su andadura de la mano de dos autores con formación antropológica, A. Saxe (1970) y L. Binford (1971, 1972). Saxe contempla las diversas identidades sociales que un individuo puede poseer en vida y la necesaria selección que los vivos hacen a la hora de enterrarle (Saxe 1970). Binford plantea que el grado de variabilidad de las prácticas funerarias de un grupo es directamente proporcional a la complejidad de la organización social del mismo. Considera el sexo, la edad, las aptitudes, el estatus como aspectos que intervienen en la diversidad de las prácticas funerarias y establece la posibilidad de inferir el orden social de la organización y ritual funerario así como su evolución temporal (Binford 1971).

Tainter desarrolla la idea previamente apuntada por Binford (1971) de cuantificar el gasto de energía invertido en el ritual funerario como factor determinante de la asignación de rango, estableciendo una reciprocidad entre energía invertida y complejidad social mensurable a través de técnicas estadísticas multivariantes (Tainter 1978).

En esta misma línea destacan también investigadores como K. Randsborg (1974) con los contextos funerarios Neolíticos, L. Goldstein (1976) con el estudio de la sociedad de la región del Mississippi a partir de sus restos funerarios, o F. Hodson (1977) que plantea la problemática de la adscripción de estatus en relación con la distribución por edad y sexo del individuo en los cementerios de la Edad del Hierro europeo.

En 1981 se publica *The Archaeology of Death*, estado de la cuestión diez años después del nacimiento de la Arqueología de la Muerte como corriente teórica. Dentro de este volumen se incluyen trabajos como los de Goldstein (1981) que analiza la estructura espacial de los cementerios u O´Shea, quien valora los fenómenos deposicionales y postdeposicionales en la formación del registro arqueológico funerario (1981, 1984). En otro orden de cosas, comienzan a valorarse nuevos tipos de información, fundamentalmente procedentes de los análisis osteológicos (paleodemografía, patologías, paleodieta etc.) hasta entonces aspectos totalmente dejados de lado.

Desde la perspectiva de la sociología, destaca la obra de síntesis editada por G. Gnoli y J.P. Vernant (1982), *La Mort, les morts dans le sociétés anciennes*, fruto de un coloquio sobre la ideología funeraria celebrado en Nápoles en 1977, donde se plantea un enfoque multidisciplinar para el estudio de los contextos funerarios, contemplando las aportaciones que para ello pueden ofrecer disciplinas como la iconografía, la filología, la historia o la psicología.

En España, desde finales del siglo XIX y primera mitad del XX, se llevan a cabo excavaciones en algunas de las más importantes necrópolis peninsulares como El Argar (Almería), Tutugi (Galera, Granada), Toya (Jáen), Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) o Puig d'es Molins en Ibiza (Blánquez 1995c, Mata 1996), aunque los planteamientos teóricos de la Nueva Arqueología llegan a nuestro país a finales de la década de los 70 dentro del campo, fundamentalmente, de la arqueología ibérica. Pese a la aceptación más o menos generalizada de los principios básicos que propugnaba esta corriente, surgieron desde el principio voces disidentes de la mano de la escuela materialista, representada por dos grupos, el de la Universidad de Jaén con Arturo Ruiz al frente que estudio el territorio del Alto Guadalquivir a partir de los datos proporcionados por las necrópolis y los asentamientos desde una óptica materialista (Ruiz *et al.* 1988) y el de la Universidad Autónoma de Barcelona en torno al equipo de Vicente Lull (Lull y Picazo 1989). Lull y Picazo, plantean una visión crítica sobre el concepto de estatus, ajuar e inversión de trabajo en la tumba desde la óptica del debate entre marxismo y funcionalismo.

Santos Velasco, dentro de la corriente del Materialismo histórico, define el periodo ibérico pleno del sudeste peninsular como una sociedad de clases en la que se introduce un mecanismo de integración de tipo estatal con un fuerte componente aristocrático (Santos Velasco 1994b). Considera el autor que en la época ibérica surgen dos conceptos, el de clases sociales y el de coerción, ejemplificado este último en la presencia de armas en las tumbas y en la destrucción de las necrópolis.

Los trabajos de Martín Almagro Gorbea sobre el paisaje funerario de las necrópolis ibéricas y el análisis demográfico de la necrópolis de Pozo Moro, suponen un punto de referencia obligado para el estudio del mundo funerario ibérico, introduciendo aspectos como la visión de conjunto de estos yacimientos, el impacto visual que debieron tener para la sociedad y la identificación de fragmentos de esculturas aisladas como parte de estos paisajes funerarios (Almagro Gorbea 1983a). Por su parte los análisis antropológicos sirven de marco de referencia para el estudio de las variantes esenciales para conocer la estructura demográfica de la población allí enterrada salvando las limitaciones de la muestra (Almagro Gorbea 1986).

Uno de los ámbitos de estudio básicos de la arqueología funeraria es la dimensión espacial. Este tipo de análisis ha sido tradicionalmente aplicado al estudio de los habitats y patrones de asentamiento, integrándose en la actualidad en el del análisis interno de los contextos funerarios. En este sentido es interesante el trabajo realizado por la Universidad de Jaén aplicado a la necrópolis de Baza (Ruiz, Rísquez y Hornos 1992), donde se identificó una

jerarquización espacial de las tumbas siguiendo un esquema concéntrico a partir de un túmulo principal que estructura la ubicación del resto de las sepulturas en función de su importancia. Los autores son conscientes de que esta organización espacial no es extrapolable a otras necrópolis ibéricas.

A partir de este tipo de análisis es posible correlacionar aspectos como la superficie utilizada para la construcción de la tumba, la riqueza del ajuar, la presencia de determinados elementos como armas o cerámica de importación, el sexo y la edad del individuo enterrado e incluso las relaciones de parentesco, y la posición social del difunto en vida, así como la estructura social e ideológica donde se inserta. En este sentido, los avances de la ciencia en relación con los análisis de ADN en huesos cremados, pueden arrojar mucha luz sobre las líneas de filiación y por ende sobre la organización social del mundo ibérico.

En un contexto como el del mundo funerario ibérico, la imagen juega un papel esencial, ya que los repertorios iconográficos representados por la escultura y otros soportes son de una riqueza difícil de interpretar en profundidad, pero de la que no se puede prescindir si pretendemos acercarnos con cierto rigor al mundo de las creencias de los pueblos ibéricos. Sin embargo, la aplicación de la iconografía como línea de investigación de cara a la reconstrucción e interpretación histórica se inicia en la arqueología hace sólo dos décadas. D'Agostino considera que en el Occidente antiguo, la muerte es el momento en que la comunidad explícita su sistema de valores, fijando la imagen social del difunto. La sociedad busca de nuevo el equilibrio del sistema social, que ha sido puesto en cuestión por la muerte de uno de sus miembros. Visto de esta forma, es presumible que complejos de imágenes ligadas al ámbito funerario contengan una descripción de la sociedad que las ha producido siempre que se aplique un adecuado método de lectura (D'Agostino 1985, 1990). Esta interpretación se puede aplicar en el caso del mundo funerario ibérico tanto a la iconografía de los grandes monumentos de las necrópolis, como a las escenas representadas en las cerámicas ibéricas o de importación o las decoraciones figuradas de algunas falcatas u otros objetos decorativos. Estos estudios se han visto entorpecidos en el caso de la estatuaria ibérica por la escasez de fuentes escritas, casi siempre externas y tardías, que nos ofrezcan información para poder interpretar los códigos de lectura que se esconden tras las imágenes. Por otra parte, desconocemos en buena medida los procesos de sincretismo y asimilación de elementos coloniales por parte de las poblaciones del sudeste peninsular, por no olvidar la falta de contexto de muchas de las piezas como consecuencia de las destrucciones que se producen a finales del siglo V a.C. en algunos yacimientos. Aunque este tipo de estudios se desarrolla más en el ámbito de la arqueología clásica y por ende en la escuela italiana y griega, en España ha cobrado interés de la mano de las investigaciones realizadas por Ricardo Olmos en el CSIC (Olmos 1996 a y b, 1998, 1999) y del grupo de Carmen Aranegui en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valencia, en torno a los repertorios iconográficos de la cerámica de Llíria (Olmos y Santos Velasco 1997, Aranegui 1998) donde Isabel Izquierdo forma parte activa con el estudio de los monumentos funerarios ibéricos, así como de los exvotos en piedra (Izquierdo 1995, 1996, 1997, 1998, 2000).

En el trabajo que a continuación desarrollamos nos hemos decantado por la corriente procesual como marco de referencia base, consecuencia del carácter principalmente analítico y descriptivo del mismo, y aunque en un principio estábamos interesadas en enfocar el estudio hacía un planteamiento más centrado en profundizar en la vertiente simbólica e ideológica que subyace detrás de la necrópolis de Pozo Moro, nos ha resultado prácticamente imposible rebasar el límite de la deducción lógica a la que nos llevaban los datos, para meternos en el campo de la pura especulación.

Para analizar el proceso funerario se han combinado datos espaciales, antropológicos, etnográficos y cronológicos. Así mismo, se han utilizado análisis formales y estadísticos, ya que aspectos importantes que indican estatus o función social dentro de comunidades pequeñas no son significativos estadísticamente y pueden no estar representados con los mismos indicadores simbólicos en todos los grupos y durante las distintas fases de utilización del cementerio.

Para el análisis de la necrópolis se han tenido en cuenta los siguientes aspectos:

1) Formación del registro funerario (fenómenos deposicionales y postdeposicionales).
2) Análisis geográfico y topográfico
3) Identificación de fases
4) Datos antropológicos. Edad y género del difunto. Población representada en Pozo Moro.
5) Estudio del ritual, el tipo de enterramiento, el ajuar y las asociaciones.
6) El artesanado y la inversión de trabajo en las sepulturas y ajuares.
7) Las relaciones exteriores.
8) El sistema de poblamiento.
9) Visión de síntesis integradora de los apartados anteriormente mencionados.

1.4. Problemática del estudio de la necrópolis

La necrópolis de Pozo Moro presenta una problemática concreta que en buena parte puede hacer-

se extensible a todos los estudios centrados en lugares de enterramiento y que hemos creído conveniente hacer notar ya que son aspectos que inciden directamente en los resultados de los análisis realizados en el yacimiento.

A continuación señalaremos una serie de puntos que en mayor o menor medida afectan al estudio de la necrópolis ibérica de Pozo Moro:

1. La *antigüedad de la excavación*: El yacimiento de Pozo Moro se excavó hace 30 años utilizando un método de documentación muy novedoso, ya que se optó por la elaboración de una documentación gráfica exhaustiva, tanto en lo referente a las planimetrías como al reportaje fotográfico que se realizó, así como el cuidado en la recogida de los huesos y en la detección de estructuras de adobe. Pese a todo, las excavaciones antiguas conllevan ciertos problemas, como el extravío de alguno de los materiales que debían estar depositados en el Museo, la desaparición de los originales de las secciones estratigráficas, o la pérdida de información relevante como la identificación de las urnas cinerarias.

2. Trabajar con *información de otro investigador*: dificultad de reinterpretar las notas de campo o las planimetrías, lo cual se ha suplido, en parte, por la información fotográfica o la memoria del Director de la excavación, D. Martín Almagro Gorbea.

3. Los *fenómenos postdeposicionales*: la erosión y características del terreno provocan la destrucción de un estrato de la necrópolis no pudiendo documentar apenas la fase del siglo III a.C. y las madrigueras de conejos que invadían el yacimiento y transportaban material de un estrato a otro o de una tumba a otra.

4. Los *datos antropológicos:* Uno de los problemas que se nos plantean es la escasez de la muestra ya que contamos con 82 sepulturas, de las cuales 70 están bien documentadas y de las 12 restantes apenas tenemos datos. En cuanto al estudio antropológico (Reverte 1985), se realizaron análisis de 33 tumbas, de las cuales el propio autor pone en duda la adscripción sexual de 11 de ellas. Si a eso añadimos que los estudios antropológicos en cremaciones son altamente imprecisos como consecuencia de las deformaciones y escasez de restos que producen al ser sometidos los cuerpos a altas temperaturas, nos queda un panorama bastante pobre. Sin embargo, hemos intentado con la información disponible detectar tendencias, cambios o evoluciones demográficas por fases crono-espaciales. Además no fue posible acceder a los restos óseos depositados supuestamente en el Museo Arqueológico Nacional, por lo que no tenemos información de la ausencia o presencia de restos humanos en las sepulturas no analizadas por Reverte.

5. El *número de tumbas* no es lo suficientemente alto como para que los datos sean estadísticamente demasiado fiables. Pensamos que este tipo de necrópolis de pequeñas dimensiones, probablemente pertenecientes a un grupo gentilicio, tiene que establecer su propio marco de referencia, no pudiendo ser comparado con los grandes cementerios como el de El Cigarralejo (Cuadrado 1987) o Cabecico del Tesoro (Quesada 1989).

6. La imposibilidad de consultar *piezas* arqueológicas de la excavación debido a la *pérdida* o descontextualización de las mismas en el proceso que va de la entrega de éstas en el Museo Arqueológico Nacional hasta la actualidad.

7. La *dificultad de establecer cronologías precisas* mediante *criterios tipológicos*, ya que buena parte del armamento se encuentra en mal estado de conservación. Casi nunca se conservan las empuñaduras de las falcatas y si lo hacen no presentan morfologías diferenciadoras. Por su parte, algunas piezas de cerámica ática presentan complicaciones de adscripción, ya que en el caso de la tumba 3F3, que concentra casi el 30% del total de la vajilla de importación, la forma de las copas parece más antigua que la decoración y entre las piezas más recientes y las más antiguas hay una generación de desfase, aunque sería posible fechar el conjunto a finales del siglo V a.C. Estas carencias han intentado suplirse mediante la estratigrafía y otros criterios comparativos, aunque para algunas tumbas ha sido imposible establecer un marco cronológico lo suficientemente ajustado.

2. GEOGRAFÍA Y TOPOGRAFÍA DEL YACIMIENTO

2.1. Características geográficas

La provincia de Albacete se sitúa en el extremo suroriental de la Submeseta Sur, y constituye un área de transición entre los ámbitos meseteño y mediterráneo. Históricamente ha sido un cruce de caminos entre el Levante, la Meseta y la Alta Andalucía. La elevada altitud media, la posición interior en la Meseta y el cierre montañoso de las alineaciones prebéticas, en el Sur de la provincia, son factores que determinan una degradación térmica en el invierno y un considerable valor de la temperatura media estival. El resultado es una amplitud térmica cuyo valor está por encima de los 20ºC, lo que supone el máximo peninsular de diferencia térmica entre el invierno y el verano. El régimen pluviométrico es mediterráneo con acusada sequía estival y un máximo de lluvias otoñales asociadas a la inestabilidad equinocial mediterránea. El volumen de precipitaciones es escaso, en algunas comarcas de la provincia apenas se superan los 300 mm. anuales, alcanzándose los mayores valores en las áreas cimeras de las alineaciones prebéticas del Sur de la provincia. El clima es mediterráneo, con inviernos fríos y veranos calurosos y secos, característico en suma del interior peninsular.

La provincia presenta dos conjuntos morfoestructurales y geográficos claramente contrastados: la Meseta al Norte, que incluye extensas llanuras de relleno detrítico neógeno, de la que forman parte comarcas como Los Llanos, límite oriental de La Mancha y La Manchuela, y las Sierras Prebéticas al Sur. Entre ambas corre una línea tectónica que marca la división de estructuras geológicas y morfológicas diferenciadas, paralela a una antigua vía de comunicación, la Heraclea, que desde Alcaraz se dirigiría a Casas de Lázaro, Peñas de San Pedro, Pozo Cañada y Pétrola.

En este capítulo, hemos creído conveniente hacer mención a las características geográficas de la provincia, especialmente la geomorfología, el clima, la hidrografía, la estructura geológica, los aspectos biogeográficos y paleoambientales, para después analizar en detalle el área de estudio, los Altos de Chinchilla, y en concreto los aspectos que influyen directamente en la elección del lugar de emplazamiento de la necrópolis de Pozo Moro.

Geomorfología

En la provincia de Albacete están representados sectores de unidades geomorfológicas de mayor escala que se extienden por provincias limítrofes. Así, el Campo de Montiel se prolonga por Ciudad Real, las Sierras de Alcaraz y del Segura son unidades morfológicas dentro del conjunto prebético, continuando por el campo de Hellín y el Norte de la provincia de Murcia. La Mancha albacetense es una pequeña parte de la gran llanura que se extiende por las provincias de Cuenca, Ciudad Real y Toledo. Las tierras altas de Chinchilla, Pétrola y sierras de Carcelén, tienen su prolongación natural en las tierras valencianas. Esta unidad de alineación general SSO/NNE, constituye el frente más septentrional de las alineaciones prebéticas. Sus materiales están constituidos por dolomías, margas y calizas de edad cretácica y arman unos relieves de altitudes modestas (800-950 m.) que enmarcan extensas y alargadas planicies resultado del relleno detrítico de las fosas. La necrópolis objeto de estudio se encuadra en el extremo meridional de esta unidad. Por último, la comarca de La Manchuela, situada en el cuadrante Nordeste de la provincia y con unos límites geográficos poco precisos respecto a las grandes llanuras que lo circundan por el Oeste (La Mancha) y el Suroeste (Los Llanos), se desarrolla casi exclusivamente en los límites provinciales. Su evolución geológica y geomorfológica la individualizan de las restantes unidades, aunque geográficamente su diferenciación se hace muy difusa (Fernández Fernández 1996).

Este punto es especialmente relevante para nuestro estudio, ya que la delimitación de este tipo de necrópolis de reducidas dimensiones, en las que se inscribe Pozo Moro, ha de realizarse teniendo en cuenta las características geomorfológicas y no las administrativas, ya que en caso contrario perderíamos de vista la distribución real de estas unidades agrarias.

Clima

En la provincia de Albacete predomina el clima Mediterráneo con acentuada tendencia continental (Sánchez Sánchez 1982: 13).

En la llanura se observa una gran amplitud térmica y una mayor aridez durante el estío, mientras la Sierra presenta un menor gradiente térmico derivado de la altura, una mayor pluviosidad y una mayor humedad. La zona de los Llanos es una de las más secas de la provincia, mientras que en la Sierra las precipitaciones se encuentran en torno a los 500 mm., llegando a alcanzar los 800-900 mm. en las áreas más cercanas a Jaén.

Las precipitaciones se concentran en los meses de invierno en la Sierra y en primavera en La Mancha, mientras que en el tercio oriental de la provincia tienen su máximo en el otoño, lo que nos indica el carácter de transición de este sector hacía el ámbito mediterráneo (Sánchez Sánchez 1982: 41).

El régimen térmico está presidido por la amplitud térmica, con inviernos de 4-6° C de temperatura media en el mes más frío, en Los Llanos, y veranos de 24-25° C de temperatura media en el mes de Julio. Las tierras Altas de Chinchilla y la comarca de La Manchuela han registrado mínimas de –25° C y máximas por encima de los 40° C, lo que demuestra la gran oscilación térmica que sufre, derivada de su carácter meseteño e interior.

Las temperaturas de la provincia de Albacete se encuentran en la isoterma anual de 12° C y 17° C, aunque existe una importante amplitud térmica asociada a la escasez de precipitaciones. Las máximas se reparten en dos subidas, la de Abril/ Mayo y la de Julio/ Agosto, pudiendo alcanzar los 45° C. Las mínimas se dan en la Meseta, y llegan a tener medias de bajo cero (Sánchez Sánchez 1982, cuadros 6 a 9).

Evolución geológica de Castilla-La Mancha

Castilla-La Mancha presenta una gran variedad paisajística derivada de una larga y compleja evolución geológica. Ello ha supuesto la diferenciación de un gran número de unidades de relieve, en una de las cuales –La Prebética– se inscribe nuestro yacimiento.

La evolución geológica se puede sintetizar brevemente en las siguientes fases, correspondientes a cada una de las eras geológicas:

a) Precámbrico.

Antes de la era Primaria o Paleozoica acaecieron una serie de manifestaciones sedimentarias y orogénicas que afectaron a los distintos continentes. Los materiales litológicos asociados a estos momentos son de naturaleza, principalmente, metamórfica. Su dilatada evolución posterior ha supuesto que sufriesen profundas transformaciones y deformaciones. En Castilla-La Mancha estos materiales precámbricos afloran en áreas del Sistema Central (Macizo de Hiendelaencina), en ciertos sectores de los Montes de Toledo y en el Valle de Alcudia.

b) Paleozoico.

A finales del Paleozoico, periodo Carbonífero (ver figura 2.1 de los tiempos geológicos) se desarrolló la Orogenia Herciniana que supuso la aparición de una serie de cordilleras que se formaron a expensas de los materiales sedimentarios depuestos en los periodos geológicos anteriores. Este hecho, más la extrusión de potentes bolsas magmáticas formó el basamento o zócalo de la Meseta Ibérica, en cuyo subsector meridional se desarrolla Castilla-La Mancha.

En el Pérmico aquellas cordilleras hercinianas ya habían sido erosionadas y denudadas por los procesos erosivos, las raíces de aquellas cordilleras constituyen los materiales paleozoicos que arman los relieves del Sistema Central (Norte de Guadalajara y de Toledo), Montes de Toledo, estribaciones septentrionales de Sierra Morena y Montes de Ciudad Real (Sur de Ciudad Real), así como ciertos enclaves aislados de la Serranía de Cuenca.

c) Mesozoico.

A lo largo de la Era Mesozoica predominaron los procesos erosivos y de sedimentación sobre los tectónicos, estando éstos últimos asociados a movimientos previos a la gran Orogenia Alpina que tendrá sus fases paroxismales en el Terciario. La línea de costa sufrió grandes variaciones en su posición geográfica. En unas ocasiones el mar avanzaba sobre el continente (transgresiones) que en sus momentos culminantes llegaron a cubrir hasta el meridiano de Segovia. En otras, retrocedía (regresiones) dejando amplias extensiones continentales emergidas.

Esta variación en el nivel del mar supuso la aparición de dos grandes grupos litológicos. Por un lado, los materiales de origen marino de naturaleza química carbonatada (calizas, dolomías, margas...). A este proceso se deben los extensos afloramientos calizos de edades variadas (jurásicas, cretácicas...) que aparecen, prácticamente, por todo el territorio castellano-manchego: Campo de Montiel, Sierra de Alcaraz, Serranía de Cuenca. Por otro, los asociados a procesos continentales de naturaleza detrítica y evaporítica (arenas, areniscas, conglomerados, yesos......), cuyos afloramientos se localizan de modo prioritario, en sectores del Sistema Ibérico (Alto Tajo). Los conjuntos litológicos de areniscas y conglomerados se derivan de la erosión de los macizos hercinianos, mientras que las áreas yesí-

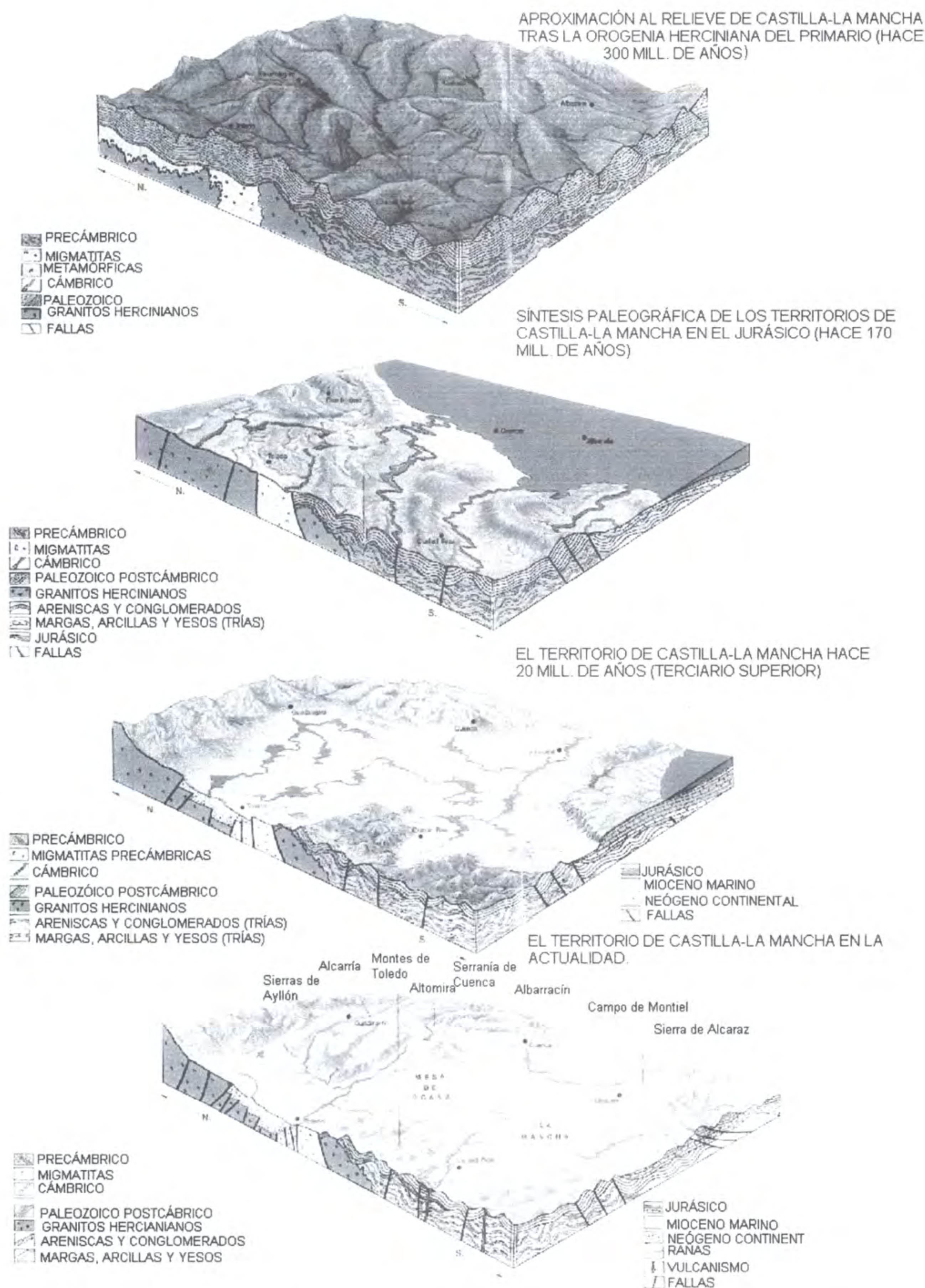


FIGURA 2.1: *Aproximación de la evolución del relieve de Castilla-La Mancha desde el Primario a la actualidad.*

feras se relacionan con procesos de evaporación de los territorios inundados por mares interiores.

d) Terciario.

En la primera mitad de la Era Terciaria (Paleógeno) se asiste a una retirada progresiva del mar, a un predominio de los procesos sedimentarios continentales, evaporíticos (yesos) y a una actividad tectónica, relacionada con el giro de la microplaca Ibérica, con la consiguiente apertura del Golfo de Vizcaya y choque de ésta con los macizos hercinianos de Aquitania y Central Francés (Capote y David 1979). Durante este periodo se comenzó a configurar el Sistema Ibérico.

Durante el Neógeno (Mioceno y Plioceno) el choque de África contra Eurasia y más concretamente, contra la microplaca Ibérica, dio lugar a las fases más convulsas de la Orogenia Alpina, que tuvieron efectos diferenciales dentro de Castilla-La Mancha. En estos momentos surgen las alineaciones Prebéticas externas (Sierra de Alcaraz y Sierra de Segura) y se reactiva la formación del Sistema Ibérico (Serranía de Cuenca). Los materiales que se vieron involucrados fueron los relacionados con la deposición sedimentaria mesozoica y paleógena, dando lugar a plegamientos más o menos laxos en directa relación con la energía tectónica desencadenada.

Al mismo tiempo, los roquedos rígidos y más duros del zócalo Paleozoico, respondieron a los esfuerzos tectónicos fracturándose. Como consecuencia de esta fragmentación del zócalo quedaron en posición culminante diferentes unidades orográficas: Sistema Central (Sierra de San Vicente, Macizo de Ayllón...) y Montes de Toledo y estribaciones de Sierra Morena. Paralelo al proceso de levantamiento de esos bloques se produjo el hundimiento de grandes fosas que constituyeron cuencas sedimentarias: Cuenca del Tajo, del Júcar, Guadiana y otras de menor entidad espacial.

Superados los momentos de máxima actividad orogénica se desarrolla un mecanismo de relleno sedimentario de las cuencas, alimentado por la denudación de los rebordes montañosos que las enmarcaban. La erosión del Sistema Ibérico aporta materiales de naturaleza carbonatada que darán lugar a la unidad de las calizas de los páramos (Alcarria), mientras que los procedentes del Sistema Central y Montes de Toledo son de origen detrítico y dan lugar al relleno detrítico neógeno de las fosas tectónicas del Tajo y del Guadiana.

A este modelo general de evolución Terciaria sólo escapa el cuadrante Suroriental de la Región, puesto que en los momentos miocenos un entrante del mar situaba sus costas, al Sur de la actual ciudad de Albacete.

También en el Neógeno y prolongándose en los momentos iniciales del Cuaternario se desarrollan los procesos volcánicos del Campo de Calatrava, apareciendo las formaciones de arenisca de las que se nutre la necrópolis de Pozo Moro.

e) Cuaternario.

Este breve periodo, a escala geocronológica, tiene una especial relevancia, puesto que es la causa última de la formación del paisaje, tal como lo observamos en la actualidad. Los principales episodios cuaternarios están ligados al encajamiento de la red fluvial y a las oscilaciones climáticas que hacen alternar periodos de climas fríos y secos con otros de características más húmedas y cálidas.

La acción de la red fluvial y su encajamiento sobre los roquedos de Castilla-La Mancha ha sido muy desigual, frente a ríos que han sido eficaces a la hora de abrir valles y campiñas, otros apenas han tenido competencia morfogenética. Mientras unos han esculpidos majestuosos cañones y espectaculares hoces, otros han tenido que adaptarse a los valles estructurales que las fuerzas tectónicas habían dibujado, contribuyendo a una rica variedad paisajística. En ambos casos, los ríos han dejado numerosos testigos de su actividad con formas fluviales muy variadas: terrazas, acumulaciones tobáceas, meandros abandonados etc. Todos ellos son elementos geomorfológicos básicos para la reconstrucción paleoambiental cuaternaria.

Unidades de relieve y geoestructurales

La dilatada y compleja evolución geológica ha determinado que el relieve de Castilla-La Mancha se estructure en dos grandes unidades: una, la referente al ámbito de las montañas y otra, al de las llanuras.

Las llanuras caracterizan grandes extensiones del territorio regional y se ubican a una altitud media de 600-700 m, llegando en algunos casos a superar los 1000 m. Su génesis es muy variada, unas asociadas a superficies de erosión y otras a niveles estructurales. Estas llanuras en ocasiones quedan cortadas por valles fluviales, lo que origina un paisaje variado y en ocasiones abrupto.

Las áreas montañosas se extienden por los bordes de la región, excepto por su flanco occidental, dando una disposición de anfiteatro abierto hacia el Oeste. Los Montes de Toledo constituyen una excepción a este cíngulo montañoso y compartimentan orográficamente a Castilla-La Mancha, si bien, sus altitudes modestas no suponen una barrera infranqueable en las comunicaciones intrarregionales.

a) Áreas de llanura.

Las principales áreas llanas de la región son:

• La Alcarria.
• Meseta Cristalina de Toledo.
• Parameras de Molina y Alto Tajo.
• Mesa de Ocaña-Tarancón.
• La Mancha.
• El Campo de Montiel.
• El Campo de Hellín.
• El Campo de Almansa.
• Los Llanos de Albacete.
• La Manchuela.

b) Áreas de montaña:

• Sistema Central: Somosierra, Sª de Ayllón...

UNIDADES GEOESTRUCTURALES	UNIDADES DE RELIEVE	MATERIALES	Hª GEOLÓGICA y GEOMORFOLÓGICA.
UNIDAD GEOMORFOLÓGICA PALEOZOICA-HERCÍNICA	Sistema Central Montes de Toledo Sierra Morena Meseta Cristalina de Toledo. Montes de Ciudad Real.	Metamórficos Cristalinos	Rocas formadas en el Paleozoico. Superficies de erosión. Reactivación del relieve en la Orogenia Alpina (fracturación).
UNIDAD GEOMORFOLÓGICA ALPINA	Sistema Ibérico Dominio Prebético Campo Montiel.	Carbonatados. Detríticos (Arenas, Conglomerados...) Edad mesozoica y paleógena.	Sedimentación mesozoica-paleógena. Plegamiento alpino Procesos kársticos.
UNIDAD GEOMORFOLÓGICA NEÓGENA	Alcarria, La Mancha, La Sagra, Mesa de Ocaña, La Manchela, Campo de Calatrava.	Naturaleza continental. Volcánicos	Disposición tabular y sedimentación post-orogénica. Disección fluvial

FIGURA 2.2: *Unidades de relieve y geoestructurales.*

• Sistema Ibérico: Serranía de Cuenca.

• Prebético: Sierra de Alcaraz, Sierra de Segura...

• Sierra Morena: Sierra Madrona, Sierra de Puertollano...

• Montes de Toledo: Guadalerzas, Sª de Chorito, Macizo de Rocigalgo...

• Sierra de Altomira.

• Campo de Calatrava y «Los Montes».

Hidrografía

La red fluvial de la provincia forma parte de las cuencas del Guadiana, que ocupa una pequeña extensión de la región (3,16 %), Guadalquivir, con sólo un 1,2 % de su cuenca en nuestro territorio, Júcar y sus afluentes, con una importante presencia y la del Segura que ofrece un caudal anual muy regular, además de algunas áreas endorreicas. Mientras los cursos meseteños terminan por desaparecer, agotados por la evaporación y la infiltración, los que corren al Guadalquivir y el Segura, van profundamente encajados, aunque ni unos ni otros tienen en Albacete una repercusión económica importante ya que sus aguas riegan estrechas riberas de reducidísimas parcelas (Casado Moragón 1982). El *endorreísmo* en Albacete, es consecuencia de la amplia horizontalidad del relieve, el escaso caudal de los cursos fluviales, la intensa evaporación y la gran capacidad de infiltración en los materiales detríticos neógenos, dando lugar a extensos y potentes acuíferos, lo que provoca que algunos ríos, arroyos o barrancos se pierdan en cuencas cerradas. El agua subterránea supone una reserva de entre 5.000 y 10.000 Hm^3, que junto a los recursos anuales, cifrados en unos 400 Hm^3, implican un importante recurso hídrico para abastecer una intensa infraestructura de regadío orientada a la producción cerealística, pese al inconveniente de los rigores climáticos.

Dentro de la diversidad hidrológica subterránea de la provincia, la zona Este, donde se encuentra Pozo Moro, corresponde al área de calizas cretácicas de las tierras Altas de Chinchilla-Hoya Gonzalo, Alatoz-Carcelén, con circulación de agua subterránea por fallas o accidentes tectónicos. La red hidrográfica no está formada y la escasa escorrentía superficial determina la presencia de lagunas y charcas, a veces desecadas (Sánchez Sánchez 1982).

El aprovechamiento de los acuíferos poco profundos de los alrededores de Albacete para la construcción de pozos es un hecho constatado desde el siglo XVI de nuestra era, aspecto del que da fe la toponimia local (Pozo Hondo, Pozo Cañada, Pozo-Bueno, Casa del Pozo etc.) y que viene a constatar la importancia de estos recursos hídricos para la elección de asentamientos.

Por ello, el poblamiento disperso de la provincia, con cortijos repartidos por todo el territorio en relación con puntos de agua podría ser el reflejo de un sistema más antiguo de pequeños asentamientos rurales (*pagi*) a los que se asocian sus correspondientes necrópolis.

Aspectos biogeográficos

La provincia de Albacete queda situada dentro del dominio floral mediterráneo, en sus diversos grados. Pueden distinguirse cuatro áreas de vegetación:

– Vertiente Norte de la Sierra de Alcaraz y Campo de Montiel, área de encinares y manchas de sabinar.

– Sierras del Suroeste con pinares intercalados con áreas de matorral y pequeñas zonas de encinar.

– Campo de Hellín y Tobarra, con penetración a las sierras, al sector montuoso de **Pétrola, Chinchilla** y Carcelén, y el Altiplano de Almansa, de matorral con manchas de pinares y encinar.

– La Mancha es el área donde la vegetación natural ha sido más destruida por la acción antrópica, siendo substituida por los cultivos, aunque aún quedan manchones de pinares, aprovechando acumulaciones arenosas de origen eólico, encinas y matorrales en el sector manchego del río Júcar.

La superficie exenta de árboles y no ocupada por los cultivos se extiende por el 25 % de la provincia. Los matorrales, incluido el esparto, cubren un 23 %, en lo alto de las sierras, el viento, el frío y la nieve sólo permite un matorral rastrero, de porte almohadillado, con enebros, sabinas, piornos, aliagas, espino blanco, etc. Se ha extendido a costa de las partes más altas del bosque que ha ido retrocediendo por la acción antrópica.

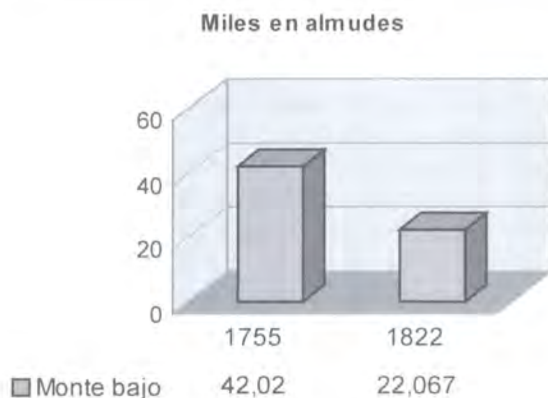


FIGURA 2.3: *Evolución del Monte bajo 1755-1822. Término Municipal de Albacete. Según Sánchez Ortega 1995.*

Es más corriente el matorral correspondiente a formaciones regresivas, por degradación de comunidades arbóreas preexistentes. Se observan cinco fases de degradación desde un estrato arbóreo y de arbustos abundantes, pasando por la substitución de las encinas por retamares, matorrales más monótonos de tipo *garriga*, derivado del encinar, junto a plantas de la familia de las labiadas como la salvia, el espliego o el romero. La cuarta etapa la constituyen los tomillares con la familia de las labiadas xerófilas y frugales, representando las ultimas manifestaciones leñosas sobre suelos agotados. La fase final está caracterizada por la presencia de gramíneas xerófilas, entre las que se encuentra el esparto, que en Albacete ha llegado a cubrir una extensión de más de 100.000 Has.

Casi todos los yacimientos ibéricos conocidos de la provincia de Albacete se localizan en la comarca de Chinchilla de Montearagón, dentro de la zona manchega y en contraposición a la Sierra y la zona de Levante. Por su parte, las necrópolis ibéricas se concentran en la parte suroriental de la provincia, concretamente en las zonas endorreicas de Pétrola, Corral-Rubio, Almansa, Caudete y Hellín, por debajo todas ellas de los 400 mm. de precipitación anual media.

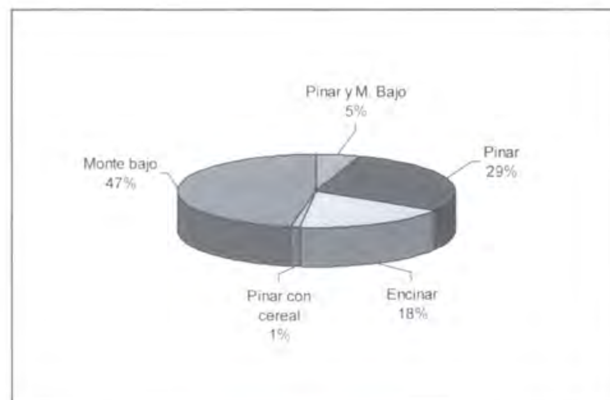


FIGURA 2.4: *Medio forestal (Ha). Albacete 1879. Según Sánchez Ortega 1995.*

Paleoambiente

Tenemos noticias del medio ambiente de esta región en la antigüedad por las referencias de los historiados latinos: en el siglo I a.C. Plinio el Viejo describe la degradación de la vegetación natural de las regiones interiores, aludiendo a la existencia de atochares productores de esparto y regiones desérticas (Vila Valentí 1989). En todo caso, la región albaceteña mantuvo hasta tiempos bastante recientes importantes formaciones de encinares y de maquia (Sánchez Ortega 1995: 219). Sin embargo, parece que la quema de bosques por parte de los pastores para ampliar las tierras de uso ganadero se realizaba ya desde la antigüedad como nos cuenta Pomponio Mela (Guzmán Arias 1989) y que dichas prácticas eran muy comunes todavía a mediados del siglo XVI (Sánchez Ortega 1995: 223).

La vegetación natural estaría constituida por áreas discontinuas, en gran medida determinadas por la lejanía de los núcleos de población prerromanos. Las zonas de mayor concentración de encinar se encontrarían al Noroeste y Sureste de Albacete capital, mientras el Noreste debió estar bastante afectado por la acción antrópica, consecuencia del impacto de los núcleos habitados de la Contestania sobre la cordillera de Montearagón y la rampa que desciende hacía los Llanos, dejando un paisaje de monte bajo. Por su parte, al Suroeste de Albacete, se desarrollarían los robledales y sabinares, de los que aún quedan testimonios en la zona, salpicados de carrascal. Pero el mayor impacto sobre las formaciones vegetales lo produjo el ejercicio de la agricultura de las repoblaciones posteriores a la Edad Media hasta la actualidad. Prueba de la relevancia de las manchas boscosas en el territorio albacetense es también la toponimia local, que con cierta frecuencia hace referencia a la encina, el roble o la sabina (Encinahermosa, Cortijo de la Fuente de la Sabina, Robledo, Arroyo del Sabinar, Cerro de la Sabina, El Roble, etc.)

Si se considera que en la antigüedad los montes estaban más poblados de vegetación y la tierra era más rica, los desbordamientos de los ríos debieron ser, consecuentemente menos súbitos, más espaciados y

menos destructores que los actuales. El mayor caudal, consecuencia de un mayor nivel de precipitaciones, y la regularidad de los ríos les hacía en gran parte navegables para pequeñas embarcaciones.

Se detecta un clima extremadamente «continentalizado» como consecuencia de la completa deforestación que ha sufrido esta región, aunque el régimen climático de estas latitudes no ha variado desde la protohistoria. La pérdida de vegetación provoca el lavado continuado de los suelos, acelerando su erosión, además, también se ven alterados los cursos fluviales, llegando a desaparecer muchos de ellos o quedando reducidos a pequeños encharcamientos o lagunas y a acuíferos subterráneos. Sirva como ejemplo las noticias que del siglo pasado hay sobre el río Jardín como río maderero, lo que supone que debió tratarse de un curso fluvial de un importante caudal dada la fuerza de la corriente necesaria para el transporte de troncos (Sánchez Ortega 1995). Hoy día, se trata de un río prácticamente desaparecido, del que sería imposible imaginar su actividad pasada. Por otra parte, tenemos noticias de la gran cantidad de casos de paludismo que se conocen en la Edad Moderna en la zona de Albacete, consecuencia de la cercanía de las poblaciones a zonas palustres (Sánchez Ortega 1995). Con ello nos hacemos una idea de los cambios ambientales provocados por la tala indiscriminada de los bosques que cubrieron amplias áreas de esta región, sobre todo desde la Edad Media en adelante.

Gracias al análisis de maderas y restos vegetales localizados en los yacimientos, se ha podido determinar el ambiente ecológico existente en la zona hace más de 2000 años.

La recuperación de semillas y frutos carbonizados ha permitido determinar la existencia de extensas áreas de bosque mediterráneo, junto a zonas de secano para el cultivo de cereales y de regadío, cerca de los abundantes manantiales donde se cultivaban plantas hortícolas y árboles frutales (Broncano 1989: 240). Los análisis polínicos realizados en necrópolis y poblados albaceteños, descubren un paisaje mucho más húmedo que el actual (Blánquez 1999: 58). Además tenemos referencias de la utilización de la Laguna del Acequión para pescar durante la Edad del Bronce y aprovechamiento de numerosos saladares distribuidos por las zonas lacustres de la provincia (Andreu Mediero 1984).

Se trata de una región de uso agropecuario por tradición histórica, aunque las políticas europeas, el paso a una economía abierta y el desarrollo de las técnicas agrícolas, hayan hecho que estas tierras se dediquen exclusivamente a la agricultura en tiempos recientes (Sánchez Ortega 1995: 336).

El área de estudio: Pétrola-Pozo Cañada

La zona de Pétrola-Pozo Cañada en la que se ubica la necrópolis, es el extremo oriental de la zona prebética, zona marginal de la Meseta Castellana, con altitudes medias de 800-900 metros. Se trata de una zona intermedia entre la meseta castellana propiamente dicha y los plegamientos secundarios típicos de la región murciana y levantina. Se trata de una zona, en resumen, llana con pequeñas ondulaciones (Blánquez 1990a). El valor minero de esta zona es prácticamente nulo, aunque hay que reseñar la posible explotación salina de la Laguna de Pétrola.

El yacimiento de Pozo Moro toma el nombre de la finca así denominada situada en el término Municipal de Pozo Cañada, al Sur de Chinchilla, en la provincia de Albacete, que a su vez, lo ha debido tomar del pozo existente en la propiedad desde fecha ancestral. Está situada en una zona donde las altitudes rondan los 1.000 metros, constituyendo el reborde que separa el Sudeste de la Meseta de la costa mediterránea, y que se conoce como los Altos de Chinchilla (Panadero 1976) (Fig. 2.5).



FIGURA 2.5: *Mapa topográfico 1:25.000, 817-II. Pétrola.*

La necrópolis se ubica en una zona endorreica formada por margas del Plioceno y rodeada de montes de caliza cretácicos de elevación suave [1] y cubiertos de monte formado por Pino Laricio y *Quercus ilex*, con matorral mediterráneo y esparto, quedando sólo restos de la vegetación autóctona desaparecida por efecto de las roturaciones agrícolas, en las hondonadas.

La casa de Pozo Moro queda en la divisoria de aguas, entre el Cerro Vicente que se divisa al Norte y los Cerros de la Padosa al Sur. El yacimiento se encuentra a unos 600 metros al Este de la casa de labor, prácticamente al fondo de la hondonada endorreica pero ya en la suave ladera con escasa inclinación que se alza hacía el Sur con una elevación aproximada de 875 metros. Entre los cerros que rodean el yacimien-

[1] Hoja n.º 791 *Chinchilla de Montearagón* del mapa 1:50.000 del Instituto Geográfico Nacional y hoja 817-II *Pétrola* 1:25.000 del Mapa Topográfico Nacional de España.

to, destacan por su altura el Cerro de los Calderones, de 937 m. de altitud, situado a 1 Km. al Sureste, los cerros de la Padosa, de 943 m., ubicados a 1500 m. al Suroeste y las estribaciones orientales del Cerro Vicente, de 935 m. de altura, a 2 Km. al Norte.

A escasos metros del yacimiento había un pozo que daba al lugar una gran importancia estratégica por el doble control sobre el paso del ganado trashumante y sobre el comercio de las factorías coloniales de la costa con las tierras interiores de la Meseta y con la región minera de Cástulo. En este sentido hay que valorar que la zona recibe menos de 400 mm. de precipitación al año y una insolación próxima a la del Sureste peninsular (2.782 horas anuales aprox.), lo que confirma la aridez del terreno y la importancia del control de los puntos de agua en una zona endorreica (Panadero 1976).

La presencia del yacimiento quedaba indicada por un gran majano, situado a unos 50 m. al Sur de la carretera de Horna a Pozo Cañada, en el que aparecían varios sillares entre las piedras amontonadas. Al retirar las piedras, se observó que el terreno formaba una ligera elevación tumuliforme que interrumpía la pendiente de la ladera como consecuencia de la acumulación de estratos, los cuales ofrecían una morfología más o menos circular e irregular de unos 30 metros de diámetro máximo, alcanzando en su punto más alto 1,50 m. de altura sobre el terreno circundante (Fig. 2.6).



FIGURA 2.6: *Elevación del terreno donde se ubica la necrópolis.*

La necrópolis se conoce ampliamente en el mundo científico dada la espectacularidad del monumento turriforme publicado por Martín Almagro Gorbea (1983b) y el importante conjunto de materiales que allí aparecieron. Se ha señalado en repetidas ocasiones (Sillières 1982, Almagro 1983b, Blánquez 1990a) que tal vez la singularidad de este conjunto se deba a que Pozo Moro se encuentra junto a un importante cruce de caminos entre las dos principales vías naturales de comunicación que atraviesan la región, la que de Sur a Norte comunica la costa Mediterránea del Sureste con la Meseta a una distancia de unos 200 Km., pasando por la necrópolis de Hoya de Santa Ana situada unos kilómetros más al Sur, lo que evidencia que se trata de un camino prerromano de penetración en la Meseta desde la costa murciana (Vía *Carthago Nova-Complutum*), y la que de Este a Oeste pone en contacto la costa Mediterránea del Levante con el Valle del Guadalquivir (Vía Heraklea o Vía Augusta) a unos 125 Km. en línea recta. El yacimiento se ubica, por tanto, en una encrucijada, no sólo de objetos de comercio, sino también, y sobre todo, de ideas procedentes de distintos ámbitos culturales.

Así se explica la localización del yacimiento en función de su topografía: un importante cruce de vías naturales utilizadas desde época prerromana en una zona endorreica en la que existía un pozo que daba al lugar una gran importancia estratégica. Estos hechos explican por sí solos la elección del emplazamiento y la singularidad y relevancia del yacimiento [2].

2.2. TOPOGRAFÍA

Los trabajos de delimitación, topografía y cuadriculado del yacimiento, fueron realizadas por el Ingeniero Agrónomo don José María Pérez Abelairas. A unos 40 metros al Sur de la pista que comunica Pozo Cañada con Horna, se acotó un cuadrado de 32 metros de lado que abarcaba toda la zona de hallazgos. A continuación se topografió para documentar su estado antes de la excavación y por último se subdividió en cuadrículas de 4 por 4 metros. El eje de ordenadas se indicó con letras mayúsculas de Este a Oeste y el de abcisas con números arábigos de Norte a Sur, considerándose como punto «0» el ángulo NE de la cuadrícula A-1.

El área a excavar se dividió en cuadrículas de 4 por 4 metros con testigos intermedios de 50 cm. algunos de los cuales fueron retirados para ofrecer una visión en área de la zona central de la cuadrícula delimitada, consistente en un cuadrado subdividido en



FIGURA 2.7: *Vista aérea de la necrópolis en el proceso de excavación.*

[2] Agradezco sinceramente la inestimable ayuda de Antonio Fernández Fernández, profesor titular de Geografía de la UNED, para la realización de este capítulo.

64 cuadrículas de 4 por 4 m. De ese cuadrado, se excavaron 22 cuadrículas y media, correspondientes por la mitad Sur a las cuadrículas 8E, 7E, 6E y 6F, 5D, E y F, el tercio inferior de las cuadrículas 4A y B, y de la 4C a la 4H; y por la mitad Norte, las cuadrículas 3D a 3G, 2E a 2F y 1E; así como cinco catas de 1,5 por 1,5 m. situadas cuatro de ellas en las esquinas del área delimitada (cuadrículas 8A, 1A, 1H y 8H) y la quinta en la parte superior derecha de la cuadrícula 8D (Fig. 2.8). Del área total excavada se ha delimitado la zona donde han aparecido tumbas, calculándose que el área total de la necrópolis excavada con presencia de sepulturas es de 462 m².

La extensión total de la necrópolis alcanzaría 760 m², teniendo en cuenta que al espacio ocupado por las tumbas ya excavadas habría que añadir por el Norte unos 90 m², ya que la concentración de tumbas en las cuadrículas 4H y 3G hacen pensar que la necrópolis debió extenderse algo más hacía el Este del cuadriculado delimitado por Almagro Gorbea en Septiembre de 1971. Por su parte, la existencia de una tumba en la esquina NE de la cuadrícula 1H, implica la posible presencia de obras en las que le rodean por lo que habría que contemplar también las cuadrículas 1G, 2G, 2H y 1I. Por el SW del cuadriculado se ha considerado que la necrópolis se extendería 220 m² más. Para esta afirmación nos basamos en la presencia de una bolsada de cenizas en la esquina SE de la cata de exploración de la cuadrícula 8A, además de en la recuperación de un ajuar documentado en la cuadrícula 8D, lo que indicaría la probable presencia de tumbas entre las cuadrículas 8A a 8C, 7A a 7D y 6A a 6D. En la 4C aparecieron varias tumbas sin terminar de excavar, por lo que habría que incluir también los testigos Sur y Este de la cuadrícula, y presuponer que podríamos localizar más tumbas en las cuadrículas 5B, 5C y el tercio superior de la 4B.

La ausencia de tumbas en el transepto de las cuadrículas 4A y 4B y la esquina NE de la 1A nos hacen descartar la posibilidad de que la necrópolis se desarrollara hacía el SE de la zona excavada. Lo mismo cabe decir de la cata de exploración realizada en la esquina SW de la cuadrícula 8H, ya que resultó ser estéril.

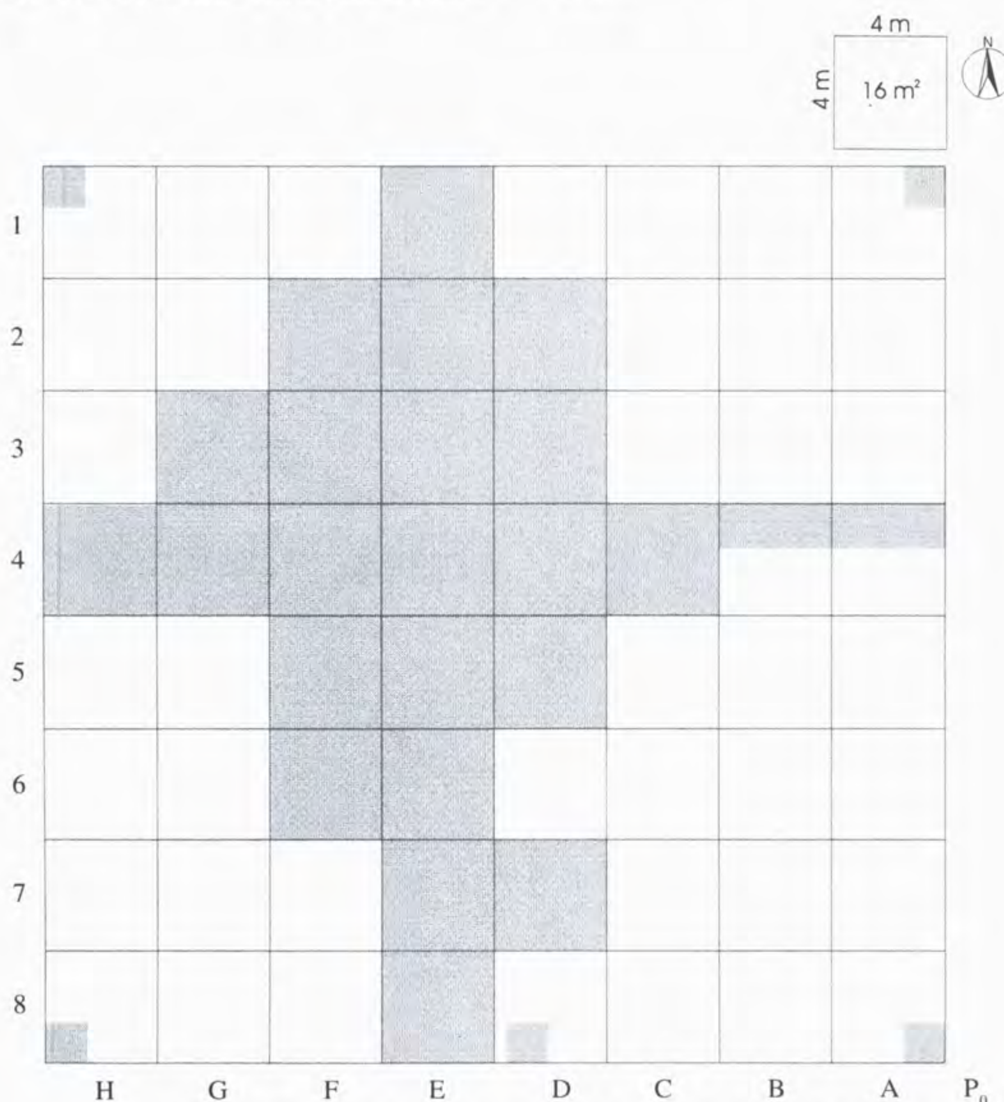


FIGURA 2.8: *Planta del área excavada de la necrópolis de Pozo Moro.*

3. EL ORIGEN DE LA NECRÓPOLIS IBÉRICA: EL MONUMENTO TURRIFORME

El monumento de Pozo Moro constituye hoy día, el más importante documento sobre la mitología y la cultura orientalizante peninsular, así como el nexo de unión entre dicha cultura y los orígenes del mundo ibérico propiamente dicho (Almagro Gorbea 1996a), por lo que resulta imprescindible dedicar las primeras páginas de este estudio a sintetizar la información existente sobre él, para contextualizar y explicar la presencia de una necrópolis ibérica en el mismo lugar.

Por debajo de la necrópolis ibérica y cubierto por las sepulturas y las tierras que lo rodeaban, apareció el monumento destruido, conservándose *in situ* la primera, y parte de la segunda hilada, así como numerosos sillares de los lados Norte y Este que aparecieron tal y como habían caído, lo que permitió plantear su reconstrucción.

Alrededor del Monumento, el suelo quedaba cubierto por un empedrado con forma de piel de buey hecho de pequeños guijarros de cuarcita de hasta cinco centímetros de largo (Fig. 3.1). El empedrado, de unos dos metros de ancho, estaba rodeado por una zona de adobe de unos cuarenta centímetros, posiblemente los restos de un muro de altura imprecisa que seguiría la forma del enlosado, constituyendo un espacio cerrado en torno al monumento a modo de *temenos*. Más allá de la franja de adobe, aún había otras zonas de empedrado, a veces de guijarros de menor tamaño, que aparecían rectas y paralelas a los lados del monumento. En la parte central de la franja de adobe del lado *Oeste*, mejor conservada, se pudo distinguir un pequeño pasillo de cincuenta centímetros de ancho que desembocaba en el enlosado, lo que podría interpretarse como una abertura o puerta de acceso al recinto funerario.

Una vez traspasada dicha puerta, si es que existió, es probable que la circulación en torno al programa iconográfico tuviera un sentido concreto difícil de precisar, aunque recientes investigaciones proponen interesantes hipótesis de complicada comprobación (Prieto 2000 inédito y 2002). Sobre este elaborado suelo, se



FIGURA 3.1: *Planta del Monumento de Pozo Moro.*

elevó el monumento sin cimentación, lo que resulta sorprendente en un edificio de sillares construido sobre terreno de margas, y hace pensar en la falta de experiencia de los constructores en este tipo de suelo.

Bajo el peso del monumento, el terreno basculó hacía el Norte y el Este como llegó a comprobarse en el proceso de excavación, lo que pudo originar una grieta que se abrió en el muro Norte de unos diez centímetros de ancho que alcanzó hasta la hilada inferior. El edificio terminó desplomándose en dicha dirección,

por lo que los lados Norte y Este quedaron cubiertos por los sillares de las caras Sur y Oeste, cuya desaparición casi total puede deberse al hecho de haber quedado en superficie y haber sido reutilizados o destruidos por la erosión, mientras las otras dos caras quedaron enterradas y caídas *in situ*, lo que permitió plantear la *anastilosis* del monumento. Esta circunstancia, posiblemente provocó la temprana destrucción del Monumento y la utilización de sus sillares caídos en otras construcciones funerarias posteriores.

Por debajo de toda la estructura arquitectónica, se extendía una capa de adobes y sobre ella un suelo de arcilla roja quemada preparado para el *bustum* donde se realizó la cremación del difunto, ocupando éste su parte central.

El *bustum* se evidenciaba por un círculo de tierra negra formada por arcilla quemada con pequeños huesecillos y restos calcinados de ajuar aparecidos entre las cenizas y el suelo quemado.

Junto al monumento que utiliza para expresarse un lenguaje Orientalizante, el difunto se hace acompañar también de la nueva moda del lenguaje artístico mediterráneo de las élites, el griego (Almagro Gorbea 1996b).

El ajuar depositado en la pira debió ser muy rico, pues ofreció restos de objetos de oro, plata, bronce, hierro y hueso, casi totalmente destruidos. También se documentó un *kylix* ático de la forma C, del círculo del Pintor de *Pithos*, con la representación de un joven desnudo danzante en el interior del medallón que podría relacionarse con los juegos funerarios en honor del difunto, un *lekythos* de la clase Atenas 581 decorado con una escena de sátiros y ménades, y la parte superior de una figura de bronce representando a un joven desnudo que agarra dos leones por la cola, que debió ser el asa de un jarro de bronce cuyo taller resulta complicado de identificar debido al mal estado de conservación de la pieza pero que parece ser de procedencia italo-griega o etrusca. Esta figura, se interpreta como la representación del señor de los animales, iconografía ampliamente difundida en la cultura ibérica de esta región en relación con la heroización ecuestre que se identifica con los monarcas y caudillos ibéricos (Blázquez 1959; Quesada 1994b). La asociación del *oinochoe* y el *kylix* es frecuente en el mundo funerario ibérico en relación con ritos funerarios de libación (Almagro Gorbea y Olmos 1981, Olmos 1984).

Esta tradición de la libación que encuentra sus testimonios más antiguos en Pozo Moro y en la necrópolis de los Villares (Almagro Gorbea 1983b; Blánquez 1987, 1990a, 1993b, 1996a) pasó a partir del siglo V a.C. a la cultura ibérica del Sureste.

La libación del vino en el contexto funerario ibérico debió ostentar además de un sentido religioso, un significado asociado al prestigio social, ya que aparecen en sepulturas importantes, lo que implica, así mismo, una perfecta comprensión de las escenas representadas en las cerámicas de importación griegas, incluso parece que existe un proceso de selección por parte de la aristocracia ibérica de la iconografía, eligiendo casi siempre escenas dionisíacas o de jóvenes con manto (Olmos 1987, Sánchez Fernández 1996).

Todo el ajuar se fecha en torno al 500 a.C., siendo coetáneas las tres piezas principales, lo que parece indicar que desde la fabricación de los objetos, hasta su deposición en la tumba, debió transcurrir poco tiempo.

La primera hilada del monumento se encontró *in situ*, presentando unas medidas de 39 cm. de alto por 3,65 m. de lado, menos en el lado Norte que alcanzaba los 3,75 m. El interior de esta primera hilada se rellenó con piedras, restos de talla y tierra, no pudiendo constatar el macizado completo del interior del monumento, aunque parece poco probable. Sobre esta base, se conservaban cuatro sillares de la segunda hilada, retranqueada 20 cm. a cada lado y con una altura de 34 cm. La tercera hilada debió desaparecer al quedar en la parte superior del amontonamiento de piedras que se produjo como consecuencia del derrumbe, y ser reutilizados o destruidos por la erosión. Su altura sería de 32 cm. y el retranqueo similar a la segunda, a juzgar por la presencia de alguno de estos sillares en tumbas posteriores de la misma necrópolis. Estas tres hiladas constituían una base escalonada sobre la que se sustentaba el cuerpo del monumento (Fig. 3.2). Éste estaba constituido por un cuerpo de 68 cm. de altura, cuyas esquinas eran sillares en forma de leones, que aparecieron caídos junto a los ángulos del monumento. Los leones son animales de carácter apotropáico, defensores del monumento y del personaje allí enterrado, desempeñando un papel semejante al de los leones que se situaban en las puertas de los palacios neohititas, con los que ofrecen estrechas relaciones estilísticas y funcionales (Almagro Gorbea 1983b). La parte superior de esta hilada zoomorfa, ofrece una plataforma que en parte sobresale del lomo y que en parte corta el cuello, para sobre ella, asentar las hileras superiores del edificio. La quinta hilada, de 61 cm. de altura, esta formada por un friso corrido de bajorrelieves de tema mitológico y origen oriental que debió decorar las cuatro caras del edificio. Se trataría de una narración estructurada con un recorrido preestablecido difícil de identificar dado el estado de conservación incompleto de los relieves y el desconocimiento del código de lectura para interpretarlo.

Las escenas conservadas corresponden al bloque del ángulo Sureste con la representación de un *smiting god*, que en su lado Este presenta una escena mixta de banquete y procesión de ofrendas o sacrificio, relacionándose con el mundo de ultratumba por la presencia de un jabalí y un dios entronizado de los infiernos, al que se le ofrecen sacrificios humanos. Posiblemente a este mismo lado del friso pertenece un fragmento que representa una cabeza femenina atribuible a una divinidad de la fecundidad. De la esquina Noreste se conserva un pequeño fragmento con una figura indeterminada y detrás la cabeza y el tronco de un ser

monstruoso. Los fragmentos recuperados en el lado Norte, permiten reconstruir dos escenas, la primera hace referencia a un episodio mitológico en el que un ser sobrehumano que lleva, o tal vez roba, un árbol de la vida protegido por seres monstruosos. La segunda, presenta un personaje alado con actitud estática y sujetando una flor de loto en las manos, lo que hace pensar en su atribución como dios supremo, aunque la falta de la cabeza y la fragmentación de la escena podrían relacionarlo con otra divinidad, aunque eso si, de carácter benéfico y en relación con la fecundidad. A esta parte del friso también pertenecen dos fragmentos localizados en el majano hallado sobre la superficie del yacimiento, que representan una escena sexual interpretada como la unión de la pareja divina, simbolizando la generación de la vida, en consonancia con el resto del programa iconográfico, y un monstruo de tres cabezas.

En esta secuencia narrativa, se cuentan los orígenes cósmicos de la humanidad, ejemplarizados en la iniciación de un linaje por su fundador. Los mitos sirven para justificar y sacralizar el poder real, la dinastía que representan. De este modo, la historia de los orígenes será también la de los antepasados del allí enterrado, apuntalando su poder y el orden social establecido (Olmos 1996b).

Sobre el friso corrido, se alzaban una serie de hileras lisas, en la última de las cuales se debió ubicar, centrado en su lado Este, un sillar con relieves enmarcados por una moldura en todo su contorno, representando un jabalí bifronte que aparece luchando con sendos seres mitad humanos y mitad serpentiformes, a modo de tifones, situados frente a él. La escena es una lucha de monstruos mixtos, característica de la mitología Orientalizante.

La reconstrucción de la parte superior del edificio resulta más problemática por su peor estado de conservación y su mayor complejidad arquitectónica.

Este primer cuerpo del edificio presentaría una altura de 2,05 m. y sobre él irían unos sillares de 23 cm. de altura con moldura sogueada; sobre esa moldura iría una gola a la que esta serviría de baquetón. Por encima de la gola se asentaría un segundo cuerpo del que se han documentado numerosos fragmentos alejados de la base del monumento, en majanos cercanos y reutilizados en tumbas de la necrópolis posterior. El edificio, posiblemente contó con una cámara interior donde se depositaron los huesos del difunto, de la que no se puede asegurar su existencia dada la ausencia de datos arqueológicos que lo certifiquen. La reconstrucción actualmente realizada sobrepasa los 5 metros de altura, aunque tal vez alcanzase el doble originariamente. Algunos autores han planteado ciertas dudas sobre la restitución del Monumento propuesta por Almagro Gorbea (1983b). Así Trillmich (1990: 608) ha señalado la existencia de, al menos, dos monumentos con decoración escultórica en Pozo Moro, dentro de los cuales podrían insertarse unos altorrelieves con imágenes de équido y centauro y uno de los leones de menor tamaño que los tres restantes, aunque igualmente estas imágenes podrían corresponder a un segundo cuerpo del monumento del que no existe suficiente documentación para poderlo reconstruir con fiabilidad (Almagro Gorbea 1983b, lam. 28 a y c).

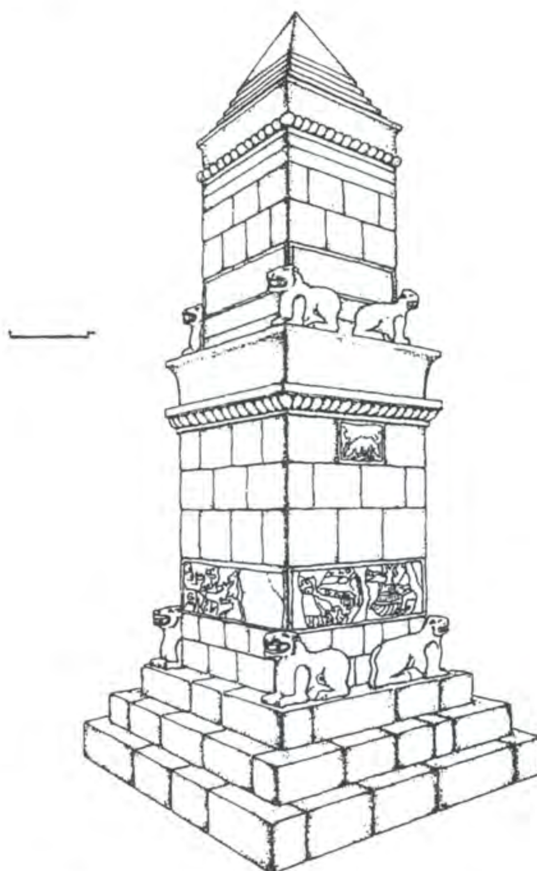


FIGURA 3.2: *Reconstrucción del Monumento de Pozo Moro según Almagro Gorbea 1990.*

Desde el punto de vista técnico, destaca la estereotomía perfecta en la talla de la piedra, con un uso racionalizado de las diversas técnicas para obtener, con el mínimo esfuerzo, la máxima solidez y un óptimo efecto estético. El interior de los sillares está toscamente desbastado, mientras las caras que tenían función arquitectónica aparecen alisadas en los lados externos y en los ángulos, y apenas sin trabajar en los laterales. Se emplean grapas en forma de cola de milano, casi todas de plomo, salvo alguna de yeso, lo que hace suponer el empleo de madera, para unir sillares contiguos o reforzar los agrietados. El sistema de aparejo utilizado, hace un uso sistematizado de ortostatos en los relieves y de muro de hileras pseudoisódomas con disposición de los sillares de esquina alternados en soga y tizón.

Se han documentado marcas para diferenciar los distintos tipos de sillares, y líneas de trazado para señalar la colocación de los sillares de la hilada superior, lo que permitiría pensar que el monumento se preparó o labró *in situ*, pero con la idea de un rápido

montaje sobre el *bustum* que no se podría efectuar hasta la extinción del fuego de la pira crematoria. Estos avances técnicos proceden de la zona sirio-fenicia septentrional.

Otro aspecto destacable, es el de la metrología, ya que resulta evidente que en el monumento existe una unidad de medida de un pie teórico de 30 cm. que se puede considerar como el sistema métrico usado en el mundo fenicio colonial, basado en un sistema metrológico de base sextantal o duodecimal de indudable origen oriental (Almagro Gorbea 1983b).

El hecho de que el monumento sea una construcción bien planificada, de grandes sillares pseudoisodomos con líneas trazadas señalando la disposición de las hileras, con marcas para identificar el tipo de sillar, y con unidad de medida, suponen una cierta organización con la participación de artesanos especializados (Blech 1997, Almagro Gorbea 1983b).

El conjunto monumental es el producto de un taller neohitita desconocido, situado en el extremo occidente del Mediterráneo (Almagro Gorbea 1983b). La complejidad de la construcción hace suponer que los constructores vinieron de fuera, posiblemente del mediodía peninsular, aunque la labra se realizó *in situ*, puesto que se utilizó la piedra local y los desechos se aprovecharon en el relleno del primer escalón. Cabe pensar que el personaje enterrado bajo el monumento tuviera un equipo aúlico de constructores-escultores a su servicio, con escasa experiencia en la construcción sobre suelos de margas, ya que no cimentaron el edificio, lo que provocó su temprano derrumbe.

El paralelo más cercano son las estelas y cipos funerarios púnicos y en especial las sepulturas de Amrit, en la costa sirio-palestina, de hipogeos sobre los que se elevan elementos turriformes, en uno de los casos en forma de betilo monumental con leones en su base, interpretado como un *nefesh* o alma e imagen del difunto para su recuerdo y presencia entre los vivos (Almagro Gorbea 1983b).

Las características del monumento, de su ajuar, y la interpretación global de los relieves como narración gráfica de mitos funerarios y cosmológicos, parecen confirmar el carácter heroizado o divinizado del personaje enterrado, lo que implica la existencia de una monarquía sacra y de las relaciones entre la sociedad indígena, representada por sus clases más elevadas, y los centros coloniales.

El mundo de los grandes monumentos y los ricos programas iconográficos perdió su razón de ser en una sociedad estructura con clases mejor definidas, límites sociales más restringidos y grupos de aristócratas sociales más amplios que expresan su poder de forma más sutil (Olmos 1996b, Santos Velasco 1989).

La aparición de una necrópolis ibérica alrededor del monumento, a pesar de su pronta destrucción, evidencia la perduración de la memoria del edificio y del personaje enterrado en su interior, existiendo una posible relación de parentesco, real o mítico, entre el individuo enterrado bajo el Monumento y el grupo gentilicio de época ibérica que se apropia del mismo espacio. Se trata de un lugar estratégico, tanto desde el punto de vista del control de un recurso fundamental como es el agua en una zona de carácter endorréico, como por el control de un eje de comunicaciones esencial que pone en conexión la Meseta con la costa y la Alta Andalucía.

El monumento de Pozo Moro en el paisaje funerario ibérico

El monumento turriforme de Pozo Moro es un ejemplo privilegiado de un reducido grupo de construcciones aristocráticas, de base cuadrangular y alzado de altura variable en forma de torre o gran plataforma que se extiende por las provincias de Alicante, Albacete, Jaén, Córdoba y Sevilla (Almagro Gorbea 1983b, Chapa 1985, Izquierdo 2000 y Gutiérrez Soler e Izquierdo 2001), aunque el alto grado de destrucción y la falta de contextos arqueológicos de la mayoría de ellos, haga que sean escasamente conocidos. La existencia de dichos monumentos se ha intuido a través de la documentación de sillares zoomorfos en altorrelieve que rematarían las esquinas de la construcción, como en el caso de Balazote o Bogarra en Albacete y Elche en Alicante, así como esculturas semiexentas, como en La Rambla, Córdoba, o relieves con figuraciones antropomorfas o zoomorfas que decorarían sus alzados como los de Osuna o Estepa en Sevilla, Almodóvar del Río en Córdoba o El Salobral en Albacete (Gutiérrez e Izquierdo 2001: 50). El ejemplo de Giribaile en Jáen, es quizá, y a pesar de su mal estado de conservación, el más evidente, dado su documentación *in situ*. Se trata de una edificación cuadrangular de 5 metros de lado construida con grandes bloques de piedra arenisca y caliza de los que sólo se conserva *in situ* la base. El monumento debió contar, según la *anastilosis* propuesta por Gutiérrez e Izquierdo (2001), con 2 o 3 gradas que formarían un plinto escalonado con una elevación máxima de 90-95 cm., a la que se añadiría un alzado y una cornisa moldurada de gola lisa de la que se han recuperado algunos restos en el entorno de la base, y que en su conjunto alcanzarían los 3 metros de altura.

También se recuperó un fragmento escultórico en muy mal estado de conservación que pudo corresponder con un sillar de esquina zoomorfo, aunque no se puede asegurar dado el grado de destrucción de la pieza. La estructura se ensamblaba mediante grapas metálicas de plomo en forma de «T», de «Y» y de cola de milano como las documentadas en Pozo Moro. Por último, el monumento se rodeó de un pavimento de guijarros del que sólo se conservaba una superficie de 20 por 15 cm., con motivo en espiga a modo de cenefa. Esta costumbre también se documenta, además de en Pozo Moro, en contextos más cercanos a la necrópolis de

Giribaile como Estacar de Robarinas (Blázquez y Gelabert 1987 y 1992) y en la tumba 11/145 de Castellones de Ceal, fechada a principios del siglo IV a.C. (Chapa *et al.* 1998).

A pesar de que la tumba había sido expoliada, se documentaron restos del repertorio de vajilla ática depositada como ajuar, el cual consistía en un amplio conjunto de piezas relacionadas con la bebida y el rito de libación asociado a contextos funerarios, fechadas entre finales del siglo V a.C. y mediados del siglo IV a.C. (Gutiérrez e Izquierdo 2001: 39). Esta cronología coincide con la evidenciada en las necrópolis oretanas que poseían enterramientos monumentales de características similares (Blázquez y Gelabert 1987, Chapa *et al.* 1998).

Giribaile, un siglo después de la construcción de Pozo Moro, atestigua la existencia de grandes estructuras monumentales en las necrópolis del Alto Guadalquivir, mostrando la imagen de la arquitectura funeraria ibérica de alto rango que reproduce los mismos esquemas de ostentación de las élites en toda su área de influencia.

4. LA NECRÓPOLIS IBÉRICA

4.1. Sistema descriptivo

Según consta en el diario de excavación realizado por Martín Almagro Gorbea, la zona a excavar se subdividió en 64 cuadrículas de 4 metros de lado con testigos de 50 centímetros de anchura.

A continuación se describen las sepulturas siguiendo un orden topográfico consistente en una asignación de letras mayúsculas en sentido Este-Oeste y de números arábigos en sentido Norte-Sur, seguido de una numeración correlativa en función del orden de aparición de las tumbas en sus correspondientes cuadrículas, manteniendo la asignada en la excavación.

En primer lugar, se describe la estructura constructiva de cada tumba, indicando sus dimensiones, materiales, orientación, posición relativa con respecto a las tumbas circundantes y distribución del ajuar dentro del espacio funerario siempre que se disponga de información al respecto. A continuación, se describe el ajuar, primero el metal (oro, plata, bronce, otros), luego la cerámica (de importación, barniz rojo, cerámica común) y por último, las pesas de telar, fusayolas y fragmentos cerámicos, indicando en este caso las piezas enteras a las que corresponden o si se trata de fragmentos sin procedencia introducidos en el relleno de la sepultura.

La presencia de numerosas madrigueras de conejos hace que, en ocasiones, algunos de los fragmentos de las piezas aparezcan desplazados, por lo que esta alteración se hará notar siempre que se tenga constancia de ella.

Cabe destacar la mala conservación de los materiales en un suelo de arcilla y gredas unido a una restauración agresiva a base de resinas a la que se sometió inicialmente alguna de las piezas provocando la eliminación total de la capa superficial de hierro, especialmente de las falcatas, e impidiendo precisar detalles sobre la forma y sección de las acanaladuras así como de la posible existencia de decoración.

Respecto a la cronología, ésta se ha basado, por un lado, en las tipologías de piezas más utilizadas, y por otro, en la estratigrafía horizontal y vertical que ofrece la necrópolis.

A continuación se enumeran las tipologías utilizadas en el trabajo:

- Armamento: Quesada 1992 y 1997a y b.
- Orfebrería del oro: Perea 1991, Nicolini 1990.
- Cerámica ibérica: García Cano 1997; de la Pinta 1993; Mata y Bonet 1992; Cuadrado y Quesada 1989.
- Cerámica de importación: García Cano 1997b; Sparkes y Talcott 1970; Trías de Arribas 1967; Lamboglia 1952; Robinson 1950; Morel 1969, 1980, 1981; Jehasse 1978; Sanmartí 1978.
- Cerámica de Barniz Rojo: Fernández Rodríguez 1987; Cuadrado 1966, Negueruela 1979-80.
- *Terra sigillata*: Mezquiriz 1983a y b; Mayet 1984; Castellano 2000; Hayes 1972; Atlante 1981.
- Fusayolas y pondera: Castro Curel 1980.
- Fíbulas: Sanz Gamo *et al.* 1992; Martín Montes 1984; Iniesta Sanmartín 1983.

En caso de que se disponga de información sobre los huesos, tanto de animales como del propio individuo enterrado, se hará constar el peso en gramos de los huesos así como la identificación de sexo y edad en caso de que sea posible, aunque en última instancia se remitirá al estudio antropológico realizado por Reverte Coma (1985) y al faunístico de Arturo Morales (inédito) incluidos en los anexos.

Se han utilizado abreviaturas para identificar las dimensiones de las piezas, las cuales exponemos a continuación para facilitar su comprensión:

a: anchura
A.basal: anchura basal.
Amx: anchura máxima
Amn: anchura mínima *h*: altura
Amxhoja: anchura máxima de la hoja
Amnhoja: anchura mínima de la hoja.*h.conserv*: altura conservada
Ang.axial: ángulo axial.
Aprox: aproximado
cm: centímetros
D: diámetro
Dmx: diámetro máximo
Dboca: diámetro de la boca
D.base inf: diámetro de la base inferior.
D.base sup: diámetro de la base superior
Dpie: diámetro del pie
gm: gramos
hpie: altura del pie
h.sup: altura de la parte superior.
h.inf: altura de la parte inferior.
Lg. total conserv: longitud total conservada
Lg.int.empuñadura: longitud interna de la empuñadura
L.hoja: longitud de la hoja
L.aprox.agarradera: longitud aproximada de la agarradera.
L.filo dorsal: longitud del filo dorsal
m: metros
s: sección
Sección mx.base: sección máxima de la base.

Las figuras de las tumbas presentan la planta de cada estructura y las secciones en caso de tenerlas, así como los dibujos de los objetos del ajuar. La cerámica se representa a un tercio de su tamaño real y el metal y la cerámica ática a un medio, salvo en aquellos casos en los que el tamaño de la pieza imponga otra escala, en cuyo caso, se incluirá una escala gráfica de referencia.

4.2. Las tumbas ibéricas

El monumento turriforme de Pozo Moro dio origen a una necrópolis de cremación ibérica que toma posiciones a su alrededor desde principios del siglo V a.C. y se mantiene en uso hasta época ibero-romana con la presencia de un número reducido de tumbas, la más tardía de las cuales fecha el fin de este periodo a principios del siglo II d.C. Para acercarnos a las características de esta necrópolis, vamos a realizar una descripción detallada tanto de las estructuras como de los ajuares que acompañaron al difunto, para, a partir de ahí, profundizar en aspectos relacionados con el ritual y el estatus de los individuos que formaron parte de la comunidad de Pozo Moro.

CUADRÍCULA 1H

Tumba 1H1:

Estructura:

La urna aparece sobre un lecho de piedras sin protección lateral [1].

Ajuar:

1) *Urna* a torno de color gris amarillento, perfil en ese, borde exvasado y base cóncava umbilicada. Tipo A II. 2.2 de Mata y Bonet (1992: 127) y 8b1 de Cuadrado (1972: 163).

Dimensiones: h: 13,6 cm.; Dmx: 16 cm.; Dboca: 12,2 cm.; Dpie: 5,5 cm.

2) *Fíbula anular* hispánica de bronce de pie con botón del *tipo* 10 AN 01 de Sanz Gamo (1992); tipo 1 de Cuadrado con puente de navecilla, l: 4,5 cm., h: 2,2 cm., a: 1,7 cm; *resorte* de muelle con cuatro mas tres espiras y una cuarta que constituye el arranque de la aguja del tipo 03; pie cuadrado con mortaja ancha y profunda, l: 1,1 cm., a: 1,1 cm, fundido al anillo y doblado en ángulo recto hacía arriba, rematado por un apéndice de botón. *Anillo* de tamaño mediano y sección circular, d: 5,8 cm., s: 0,4, y *aguja* recta de sección circular, D: 0,3 cm., l: 4,1 cm.

Decoración: trazos rectos incisos oblicuos en el anillo; cabeza cortada en el puente y líneas incisas radiales que convergen en un doble círculo central, en el botón.

Dimensiones: Generales: D: 5,8 cm.; h: 2,2 cm.

Restos óseos:

Peso total: 72 gm.

Sexo/Edad: Mujer 50-60 años y niño de 1-2 años.

Cronología: Tumba aislada; el único elemento datable es la fíbula, que nos sitúa en fechas del siglo V a.C. hacia el 450 a.C.

CUADRÍCULA 2E

2Einc.1:

Estructura:

Túmulo cuadrangular de piedra de 2,30 m. por 2,24 m. El *loculus* presenta una potencia de 10 cm. de ceniza y se sitúa en la esquina NW del túmulo. Altura máxima conservada: 30 cm. Orientación: SE-NW. La esquina SW se superpone a la esquina NE del túmulo 3Finc.3 y el *loculus* 3Einc.3 se asienta sobre las piedras que configuran el lado SE del túmulo.

Ajuar:

1) *Pondus* de forma troncopiramidal con una perforación localizada en el tercio superior que atraviesa sus dos caras más estrechas. Forma 11 de Fatás (1967: 206). Pasta gris.

[1] No hay información planimétrica de la cuadrícula 1H, por lo que nos hemos ceñido a la documentación de las fichas de campo para la descripción de la estructura.

CUADRÍCULA 2F

2Finc.1:
Estructura:

Restos de un *loculus* rectangular de 0,90 por 0,42 m. situado en la esquina SW de la cuadrícula, presentando el hoyo mayor profundidad al NW donde se localizó el ajuar. Altura máxima conservada: 20 cm. Orientación: SE-NW. Se sobrepone a la esquina Norte del túmulo 3Finc.3.

Ajuar:

1) *Urna* globular a torno de borde exvasado y base umbilicada del tipo 8b de Cuadrado (1972: 143); de pasta clara y decoración pintada de líneas paralelas de color vinoso. Se conserva en muy mal estado, a pesar de lo cual es posible apreciar su forma y tamaño.

Dimensiones: h: 18,9 cm.; Dmx: 19,2 cm.; Dboca: 12,6 cm.; Dpie: 6 cm.

2) *Botella* a torno de *barniz rojo*, forma 4D de Cuadrado (1962: 36), «4Do ó D6» de Cuadrado, García Cano e Iniesta (1983: 567) espatulada en superficie. Perfil bitroncocónico carenado, con la parte inferior cóncava y baja, la parte superior convexa y terminada en un borde exvasado. La base estrecha y el fondo cóncavo y umbilicado.

El barniz rojo aparece por algunas zonas de su superficie, normalmente de color gris por recocción en la pira funeraria. Se conserva muy fragmentado, aunque se pudo recoger su forma. Reconstruido.

Dimensiones: h: 6,8 cm.; Dmx: 10 cm.; Dboca: 5 cm.; Dpie: 3 cm.

Cronología: s. IV a.C.

3) *Pondus* de forma troncopiramidal con una perforación que atraviesa sus dos caras más anchas. Forma 11 de Fatas (1967: 206), de pasta color gris, con gran cantidad de desgrasante, distinguiéndose un fragmento de hierro oxidado, fragmentos de cerámica y gravilla.

Dimensiones: h: 15,5 cm.; Amx: 8 cm; Amn: 6,5 cm.

Cronología de la tumba: La forma Do de barniz rojo nos da fechas del s. IV a.C., así mismo la tumba se superpone a la tumba 3Finc.3, por lo que debe fecharse hacía la segunda mitad de dicho siglo.

2Finc.2:
Estructura:

Cista central rectangular rellena de cenizas de 0,93 por 0,45 m., conservándose precisos los límites del lado Este, mientras el Oeste está cubierto por piedras de pequeño y mediano tamaño distribuidas irregularmente. El *loculus* se sitúa a 26 cm. por debajo de las piedras que lo cubren. Orientación: SE-NW. Se superpone a la parte central del túmulo 2Finc.3.

Ajuar:

No presentaba restos de ajuar.

2Finc.3:
Estructura:

Estructura tumular rectangular de 4,30 m. de NW a SE por 4,09 m. conservados de SE a NW. La estructura de piedra se pierde en el centro donde se horada un hoyo circular, y en la mitad SW. Altura máxima conservada: 35 cm. Orientación: SE-NW. Se infrapone en su esquina SW al túmulo 2Einc.1 y al 2Finc.2.

Ajuar:

Un vástago de hierro [2].

CUADRÍCULA 3E

3Einc.1:
Estructura:

Bolsón de cenizas de 0,91 por 0,60 m. Se localiza en la esquina SE de la cuadrícula a 0,40 m. de profundidad, llegando a alcanzar la mancha de ceniza 0,41 cm. de profundidad.

Ajuar:

1) *Fíbula anular* de bronce de navecilla o tipo 4 de Cuadrado, variante «c», con puente de arista dorsal longitudinal, sección cóncava, aquillada. l: 7,1 cm. aprox.; h: 2,2 cm.; a: 0,5 cm. , resorte de charnela de visagra, pie triangular con apéndice lateral caudal para mortaja, l: 1,8 cm.; a: 1,1 cm., anillo grande de sección circular, d: 7,2 cm. aprox.; s: 0,7 cm. y aguja rota de sección circular.

Dimensiones: D: 7,2 cm. aprox.; h: 2,4 cm.

Observaciones: nivel C. 93 metros Este, 40 cm. Norte; 57 cm. de profundidad

2) *Fuente ática* [3] de la forma 22L. En el perfil el cuerpo hace una curva casi continua hasta unirse con el pie. Fondo externo bastante horizontal con un suave umbo en el centro. El pie es alto y ligeramente cónico, la superficie de reposo presenta una pequeña uña al interior. En el interior presenta una decoración a base de dos orlas de palmetas, la primera sobre un doble círculo inciso y la segunda asentada sobre un círculo de ovas o blobs. Pie en reserva con círculo central pintado.

Dimensiones: h: 8,6 cm.; Dboca: 29 cm.; Dpie: 15,8 cm.; hpie: 2,4 cm

3) Fragmentos intrusivos de ática y campaniense [4].

Cronología: 425 a.C.

Observaciones: Podría tratarse de una perduración, ya que se acompaña de cerámica campaniense, de la

---

[2] La pieza no se ha podido consultar en el MAN ni existe dibujo de la misma, quedando constancia de su existencia por las fichas de campo.

[3] La pieza no se ha podido consultar en el MAN donde se conservan los ajuares de las tumbas de Pozo Moro, aunque existía un dibujo de antiguo que se incluye en la figura correspondiente.

[4] Las piezas no se han podido localizar en el MAN, pero se tiene constancia de su existencia a través de las fichas de campo, aunque parece tratarse de intrusivos.

que sin embargo no podemos precisar cronología por no haberse podido consultar la pieza. Sin embargo es más probable que el fragmento de campaniense sea intrusivo y la fecha de finales del siglo V a.C. sea más apropiada para la tumba.

3Einc.2:
Estructura:

Mancha de cenizas de 0,93 m. de largo por 0,61 m. de ancho, situada a 40 cm. de profundidad, con una potencia máxima de 28 cm., ubicada en el interior del monumento turriforme y cubierta por piedras de pequeño tamaño. Se asienta sobre el tercio Norte del relleno del Monumento.

Ajuar:

1) Urna de pasta fina anaranjada, borde exvasado, estrechamiento en el cuello y perfil en ese, pie indicado cóncavo al interior. Tipo A II.2.2.1 de Mata y Bonet (1992: 127, 150).

Dimensiones: h: 13,8 cm.; Dmx: 15,8 cm.; Dboca: 11,8 cm.; Dpie: 5,7 cm.

2) *Pondus* paralelepípedo, con dos perforaciones que atraviesan dos de sus caras opuestas. Se utilizan como desgrasantes fragmentos cerámicos y pequeños guijarros. Forma 22 de Fatas (1967: 206). Pasta gris con zonas quemadas. Se encuentra fragmentado.

Dimensiones: H: 12,2 cm.; Amx: 6 cm.; Amn: 5,5 cm.

3) *Pondus* de forma al parecer paralelepípeda aunque no se puede precisar ya que le falta un gran fragmento, por lo que sólo se aprecia una de las dos perforaciones cara a cara que es de presumir tuviera. Forma 22 de Fatas (1967: 206). Pasta gris.

Dimensiones: h: 12,1 cm.; Amx: sin precisar.; Amn: sin precisar.

4) *Pondus* paralelepípedo, con dos perforaciones en dos de sus caras opuestas. Forma 22 de Fatas (1967: 206). Pasta gris. Muy fragmentado.

Dimensiones: H: 12,2 cm.; Amx: 6,5 cm.; Amn: 5,5 cm.

5) *Pondus* de pasta gris y forma imprecisa ya que sólo se conserva un fragmento. Tiene una perforación cara a cara, pero por su disposición se podría asegurar la existencia de otra.

Dimensiones: no se pueden precisar.

6) *Pondus* de pasta gris, forma paralelepípeda, F22 de Fatas (1967: 206) aunque no se puede precisar ya que sólo se conserva un pequeño fragmento. Se aprecia una perforación de cara a cara e inicios de otra.

Dimensiones: no se pueden precisar.

Cronología: Parece fecharse hacía el s. IV a.C. a juzgar por su ubicación en la estratigrafía.

3Einc.3:
Estructura:

Hoyo rectangular de 0,85 por 0,57 metros, relleno de cenizas e infrapuesto al túmulo 2Einc.1 y localizado a unos 0,54 m. de la superficie, con una potencia conservada de 0,20 m. Conserva restos de adobes en el SE y piedras diseminadas de lo que pudo ser una superestructura tumular.

Ajuar:

En el centro del *loculus* aparece una fíbula de bronce según la ficha de campo, actualmente en paradero desconocido y junto a ella los fragmentos de la falcata, el *soliferreum*, dos urnas y un cuenco.

1) *Urna* caliciforme moldurada, de forma cilíndrica con dos abultamientos convexos en su panza, uno en su parte superior con una acanaladura, y otro en la parte media, con dos acanaladuras. Borde exvasado y hacía fuera, base saliente con el interior plano, próxima al tipo 22c de Cuadrado (1972: 172) y A-III-4.2 de Mata y Bonet (1992: 157). Realizada a torno de pasta color gris y mala cocción ya que se exfolia con facilidad. Se conserva muy fragmentada aunque completa.

Dimensiones: h: 10,9 cm.; Dmx: 9,1 cm.; Dboca: 10,2 cm.; Dpie: 5,7 cm.

2) *Falcata* fragmentada, el primer fragmento pertenece al inicio de la empuñadura, apreciándose un doble arco, así como dos remaches redondos de hierro de las cachas. Tres fragmentos corresponden a la hoja, muy exfoliada y de sección triangular, presentan tres acanaladuras, siendo las dos laterales anchas y la central fina. No se pueden tomar o inferir todas las dimensiones. No está doblada pero si rota. Filo: No se puede determinar por el estado de la pieza y el tipo de restauración con uso de ceras. No se aprecia decoración.

Dimensiones: Lg.total conserv: 42,5 cm.; L.hoja: 39,5 cm.; Amx.hoja: 5cm.; Amn.hoja: 3,4 cm.; L.filo dorsal: 30,1 cm.; Sección mx.base: 1,5 cm. A.basal: 4,7 cm.

3) *Punta de lanza* de hierro del tipo V ó VI-6 de Quesada (1997: 357-58). Hoja alargada de sección plana a la que le falta la punta. Nervio de sección rectangular. Tubo alargado y redondo que en la unión con la hoja adopta sección cuadrada. Ofrece en su comienzo y en el interior un clavo que lo atraviesa para sujetar el astil de madera y en el exterior y a escasos centímetros del pasador, presenta una estría y a 2,5 cm. otras tres paralelas.

Dimensiones: Lg.total conserv: 19,5 cm.; Hoja: L: 10,5 cm.; Amx: 4,5 cm.; Grosor mx: 0,4 cm.; Cubo: L: 9 cm.; D: 2,4 cm.

4) *Soliferreum* muy fragmentado y exfoliado que no permiten conocer ni sus dimensiones ni sus características.

5) *Pinzas* fabricadas con una chapa de bronce de una anchura de 1,4 cm.; una longitud de 8,5 cm. y un grosor de 0,15 cm. Presenta un estrechamiento en su tercio superior y forma de paleta en su tercio inferior. Restaurada.

6) *Oinochoe* de pasta color gris y asa geminada estampillada: recipiente profundo y muy cerrado de

boca circular con pico vertedor, cuello marcado y asa desde la boca hasta el diámetro máximo decorada con estrías cuadradas formando hojas estilizadas pareadas o imitaciones de palmetas. Forma 28 de Cuadrado (1987); Grupo III tipo 2.1.3 de Mata y Bonet (1992); Coimbra 23 variante 2 (García Cano 1997).

Dimensiones: h: 18,8 cm.; Dmx: 12,8 cm.; Dmn: 7,7 cm.; Dboca: 10,2 cm.; Dpie: 6,4 cm.

Cronología: En la tumba B de la necrópolis de Coimbra encontramos un paralelo de esta pieza fechado en el s. III a.C. (García Cano 1997).

7) *Botella* alta bitroncocónica a torno, con boca de trompeta. Su forma ofrece un borde casi horizontal hacía fuera, formando un cuello algo cóncavo; la parte inferior de la panza es convexa y termina en una base saliente y cóncava en su interior. Pertenece al grupo III-1.1.1. de Mata y Bonet (1992) y forma 9b2 de Cuadrado (1987: 66). Pasta de color claro, amarillenta. Está decorada con bandas de líneas paralelas de color blanco en cuello y panza. En el pie se observan restos de óxido de haber estado en contacto con metal. Localización: 3 metros Este; 0,50 metros Norte; 0,60 de profundidad.

Se conserva la mitad, pudiéndose precisar forma y dimensiones.

Dimensiones: h: 13,9 cm.; Dmx: 10,3 cm.; Dpie: 6,3 cm.

Cronología: Las tumbas con pinzas entre su ajuar se suelen situar en el siglo IV a.C. El resto del material sería concordante con esa fecha.

CUADRÍCULA 3F

La cuadrícula presenta una serie de túmulos y sepulturas superpuestas. Apareció casi en superficie un asa de un *Kantharos* de barniz negro. Presenta dos surcos de arado.

3Finc.0:

Estructura:

Loculus de 0,90 por 0,58 metros y restos de un posible túmulo de piedra al SE. Se superpone al túmulo 3Finc.3

Ajuar:

No se han encontrado restos del ajuar.

3Finc.1:

Estructura:

Túmulo rectangular-trapezoidal de piedra de 3 por 2,86 metros en su lado más largo y 2,41 m. en el más corto. En el centro, aunque un poco desviado al Norte de la estructura, presenta una cista, con los lados mayores de adobe y los más cortos de piedra. Entre los adobes salieron grandes piedras de hasta 25 cm. de altura. Altura máxima conservada: 29 cm. Orientación *loculus*: NE-SW. Su esquina Este se superpone a la mitad NW del *loculus* 3Finc.9. A su vez queda encima del túmulo 3Finc.3 que subyace a su esquina Norte, y se superpone en su totalidad al túmulo de adobes 3Finc.8.

La esquina SE de la cista está ocupada por un *pondus* y el relleno es de ceniza compacta, habiendo aparecido la mitad de la boca de la urna fragmentada desde antiguo.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular hispánica de bronce del tipo 10AN 04b de Sanz Gamo (1992). *Puente* de navecilla de sección cóncavo aquillada, l: 2,8 cm. h: 2,1 cm., a: 1,1 cm., *resorte* de charnela de visagra, tipo 06, *pie* trapezoidal, con mortaja ancha y profunda, l: 1,2 cm., a: 1 cm., *aguja* recta de sección circular, l: 2,8 cm., s: 0,2 cm. y *anillo* pequeño de sección circular, l: 3,7 cm., s: 0,3 cm.

Dimensiones generales: D: 3,7 cm., H: 2,1 cm.

2) *Urna* a torno de pasta ocre amarillento. El fragmento conservado corresponde a un borde recto y exvasado, que formaría parte de una urna de panza ovoide.

Esta decorada con una banda de color rojo-vinoso en la parte superior del borde y otra de igual color al inicio del cuello; se detecta el inicio de un dibujo pero no se puede precisar a que corresponde.

Dimensiones: Dboca: 13 cm.; H.conserv: 2,6 cm.

3) *Pondus* paralelepípedo con dos perforaciones que atraviesan dos de sus caras opuestas. Forma 22 de Fatás (1967), de pasta color anaranjada con zonas quemadas en uno de sus lados; utiliza como desgrasante pequeños guijarros.

Dimensiones: h: 13,2 cm.; Amx: 6,5 cm.; Amn: 5,3 cm.

4) *Pondus* troncopiramidal con dos perforaciones que atraviesan sus dos caras más anchas. Forma 12 de Fatás (1967: 206). Pasta marrón-amarillenta, con pequeños guijarros como desgrasantes. Se encuentra casi totalmente quemado.

Dimensiones: H: 13,7 cm.; Amx: 7,7cm.; Amn: 5,8 cm.

5) *Fusayola* bitroncocónica de pasta gris con una perforación que la atraviesa verticalmente de 5 mm. de diámetro y sección circular. Mala conservación ya que le falta casi la mitad.

Dimensiones: h: 2,5 cm; Dmx: 2,5 cm.; D.base sup: 1,2 cm; D.base inf: 1,5 cm.

6) Asa de sección circular.

7) Asa de sección oblonga.

3Finc.2:

Estructura:

Cista de adobe de la que sólo se conserva el lado Sur roto al NW por el túmulo 3Finc.4 y al SE por el túmulo 3Finc.1. Se superpone al lado SW del túmulo 3Finc.3. Dimensiones del *loculus*: 1,15 por 0,80 m. Orientación del *loculus*: SE-NW.

Ajuar:

En la parte superior aparece la falcata curvada en ese con la punta señalando al Norte. Los fragmentos cerámicos y de hierro pertenecientes a la manilla del escudo aparecen dispersos.

1) *Falcata*: empuñadura rectangular geométrica, guarda lateral inidentificable, acanaladuras paralelas junto al puño, prolongándose en el centro pero sin poder precisar con mayor detalle. Conserva 3 remaches redondos de hierro para las cachas. La conservación permite tomar todas las dimensiones con un error menor de 3 cm. Doblada en forma de «s». Filo: no se detecta por las resinas de la restauración. No presenta decoración [5].

Dimensiones: Lmx: 50 cm.; Lhoja: 40,2 cm.; Lg.int.empuñadura: 8cm.; Lg.filo dorsal: 13 cm.; Amxhoja: 5,5 cm.; AmnHoja: 3,5 cm.

2) *Manilla* de escudo: De ella se conserva el gusanillo, la anilla para el telamon y los clavos de fijación.

Muy fragmentada y retorcida, no permite tomar medidas fiables ni precisar el tipo al que pertenece, aunque parece ser de aletas.

Dimensiones: L.aprox.agarradera: 11cm., Dmx: 1,9 cm.

3) Dos *pasadores* de bronce, uno en perfecto estado, compuesto por dos discos semilenticulares unidos por el centro con un vástago de sección rectangular. La cabeza tiene el hueco de engarce de algún embellecedor perdido en pasta vítrea, esmalte o cobre/bronce; el otro pasador está quemado y deformado aunque parece mantener las mismas características.

D.disco mayor: 1,9 cm.

4) *Jarra* a torno de color anaranjado en la panza y más grisáceo en la base, que aparece quemada en buena parte. Forma globular, con boca circular y lóbulo semicircular vertedor; pie poco marcado y cóncavo al interior. Se conserva un fragmento del asa. Tipo III-2.1.3 de Mata y Bonet (1992). Se encuentra muy fragmentada. El asa, lo mismo que la boca y parte del cuello tanto al interior como en el exterior, tienen restos de óxido, al estar en contacto con la falcata o algún otro metal una vez rota la jarra, puesto que el interior aparece también manchado.

Dimensiones: h.conservada: 17,4 cm.; Dmx: 17,1 cm.; Dboca: 11,5 cm.; D.base: 8,7 cm.

5) Urna globular tosca de pasta amarillenta quemada en interior y exterior y muy fragmentada [6].

6) Fragmentos cerámicos: 17 galbos de pasta gris, 2 fondos, 2 asas.

3Finc.3:

Estructura:

Túmulo rectangular de 2,42 por 2,12 m. con una estructura externa escalonada de piedras de mediano tamaño y una interna de adobes de color rojizo conservados en la esquina SE y en la parte central del lado NE, de 0,62 m. de longitud por 0,31 m. de ancho, unidos por una argamasa blanquecina. En el centro del túmulo se ubica el nicho de forma circular y un diámetro aproximado de 0, 65 m. donde se depositaron las cenizas y parte del ajuar. Subyace al SE al túmulo 3Finc.1 y a la cista 3Finc.2, su esquina Norte, ya en la cuadrícula 2F, subyace a la cista 2Finc.1. La esquina Este subyace al túmulo 2Einc.1. Su *loculus* está orientado SE-NW y se infrapone al *loculus* 3Finc.0.

Ajuar:

En la parte superior y centrados en el nicho se localizan los objetos metálicos, quedando la cerámica ática por debajo, con uno de los bolsales completo y boca arriba, usado como urna funeraria y cubierto por un plato, mientras el resto de la vajilla se encuentra más fragmentada y alrededor de la urna.

1) *Fíbula* anular hispánica de bronce del tipo 10AN04b de Sanz 1992, con puente de navecilla de sección cóncavo-convexa: l: 2,1 cm., h: 1,7 cm., a: 1 cm.; resorte de charnela de bisagra; pie rectangular, l: 1 cm., a: 0,5 cm.; anillo pequeño de sección circular, d: 3,1 cm., s: 0,4 cm., le falta la aguja.

Dimensiones: D: 3 cm.; h: 1,7 cm.

2) *Brazaletes* de bronce (uno entero y cuatro fragmentos): el que está completo es de forma circular con sección cuadrada de 1 mm. de grosor y un diámetro de 5,4 cm. El segundo esta casi completo y presenta sección cuadrada de 2 mm. de grosor y un diámetro de 6,1 cm. Un tercero presenta sección circular y en los restantes resulta difícil precisarlo por la peor conservación de los mismos.

3) *Anillo* de bronce con chatón de forma oblonga y dos apéndices laterales decorados con un pequeño círculo inciso. El chatón está decorado con unas incisiones internas de las que no se puede precisar mayor detalle debido al desgaste de las mismas, y una orla de puntos en relieve que lo enmarcan. Sección rectangular tanto en el chatón como en el anillo.

Dimensiones: L: 1,9 cm., Amx: 2,1 cm., a.lámina: 0,15 cm.

4) Vástago de bronce con una perforación en la que se inserta una anilla del mismo material, todo ello de sección circular.

Dimensiones: L.barra: 2,5 cm., L.anilla: 1,1 cm., D.barra: 0,3 cm., D.anilla: 0,4 cm.

5) *Kylix* de figuras rojas con forma de casquete hemiesférico, borde redondeado, asas de sección circular que parten de la mitad del cuerpo y pie bajo moldurado. Pie interno plano.

El interior del medallón está decorado con un joven atleta envuelto en su *himation*, mirando a la derecha y con la mano extendida hacía un altar representado muy esquemáticamente. El exterior es liso barnizado.

[5] En esta pieza se realizó una radiografía (nº placa 20915ª, 20915B, M.A.N) no detectándose restos de decoración alguna, probablemente como consecuencia del grado de *mordida* de la restauración llevada a cabo en el arma de antiguo.

[6] No se ha dibujado la pieza por su estado de fragmentación.

Fondo externo: reservada la zona de reposo y barnizado el lado interno del pie, en alternancia de bandas reservadas y barnizadas.

Dimensiones: h: 3,6 cm.; Dboca: 13,9 cm.; Dbase: 7,1 cm.

Conservación: muy fragmentado.

Cronología: inicios del siglo IV a.C.

6) *Kylix* de figuras rojas con forma de casquete hemiesférico, borde redondeado y asas de sección circular que parten de la mitad del cuerpo y pie bajo moldurado. Pie externo ligeramente inclinado y plano.

El interior del medallón está decorado con un joven envuelto en su *himation* que mira hacia la derecha y lleva el brazo encogido sobre el pecho. Delante de la figura se representa una estructura rectangular que identificamos con un altar. El exterior de la copa es liso barnizado.

Fondo externo: reservada la zona de reposo y barnizado el lado interno del pie en alternancia de bandas reservadas y barnizadas, circulito y punto central.

Se conserva fragmentado y reconstruido.

Dimensiones: h: 4,2 cm.; Dboca: 14,3 cm., D.base: 7,9 cm.

Cronología: inicios del siglo IV a.C.

7) *Kylix* de figuras rojas con forma de casquete hemiesférico, borde redondeado, asas de sección circular que parten de la mitad del cuerpo y pie bajo moldurado. Pie interior plano.

El interior del medallón está decorado con un joven envuelto en su *himation* que mira hacia la derecha y flexiona su brazo derecho sobre el pecho. El exterior es liso barnizado.

Fondo externo: reservada la zona de reposo y barnizado el lado interno del pie en alternancia de bandas reservadas y barnizadas.

Conservación: muy fragmentado y reconstruido

Dimensiones: h: 4,2 cm., Dboca: 14 cm., D.base: 6,9 cm.

Cronología: inicios del siglo IV a.C.

8) *Oinochoe* de atleta de figuras rojas. Boca trilobulada con pico vertedor redondeado, estrechamiento en el cuello, cuerpo globular estilizado, pie moldurado y asa alta de sección triangular.

Se decora en la panza con un joven atleta desnudo que mira a la derecha, sosteniendo en una mano una honda, la otra mitad del cuerpo no se conserva aunque sí el ángulo que indicaría que la pierna estaría adelantada y flexionada. Detrás de la figura se representa un posible pilar de la palestra.

Dimensiones: h: 17,2 cm.; Dmx: 9 cm.; Dboca: 6 cm.; Dbase: 5,5 cm.

Cronología: 425-400 a.C.

9) *Bolsal* liso de barniz negro, cuerpo profundo, labio exvasado y borde con dos molduras. Presenta dos asas de sección rectangular con los ángulos redondeados, fuerte carena en el arranque del pie que se marca con una incisión de la que parte en ángulo inclinado el arranque del pie inclinado y moldurado. Pie interno con el punto central en reserva y alternancia de bandas barnizadas y sin barnizar.

Dimensiones: h: 8,9 cm.; Dboca: 17 cm.; Dpie: 7,9 cm.; L.asa: 5,4 cm.

Cronología: 420- 400 a.C.

10) *Bolsal* incompleto de barniz negro con las asas rotas, fuerte carena en el arranque del pie, dos molduras en la boca y otra marcada en el inicio del pie; asas de sección rectangular con bordes redondeados. Pie interno con el punto central y una banda de 0,6 cm. en reserva, situada a 1,5 cm. del centro.

Dimensiones: h: 6 cm.; Dboca: 13 cm.; Dpie: 7,9 cm.

Cronología: 420- 400 a.C.

11) *Oinochoe* de barniz negro al que le falta la base, boca trilobulada, cuello estrangulado y cuerpo globular. Forma 2 (con hombro) del Agora de Atenas (Sparkes y Talcott 1972, fig. 2, 103. Pl.5).

Dimensiones: h: 11,5 cm.; Dmx: 9,4 cm.; Dboca: 6 cm., Dasa: 1 cm.

Cronología: 450 a.C.

12) *Oinochoe* de barniz negro con abertura circular, boca trilobulada y pie moldurado. Forma 2 (con hombro) del Agora de Atenas (Sparkes y Talcott 1972, fig. 2, 103. Pl.5).

Dimensiones: h: 13,2 cm.; Dmx: 9,5 cm.; Dboca: 6,3 cm.; Dbase: 6,4 cm.; Dasa: 1 cm.; Dabertura.boca: 2,5 cm.

Cronología: 450 a.C.

13) *Plato/pátera* de pasta rojiza con borde ligeramente reentrante o recto y con pie anular, del tipo III-8.2.1 u 8.3 de Mata y Bonet (1992). Sirvió como tapadera del bolsal.

Dimensiones: h: 5 cm.; Dboca: 16,2 cm.; Dpie: 4,7 cm.

Cronología: 3 copas de inicios del siglo IV a.C.; 2 bolsales de finales del siglo V o principios del siglo IV a.C., 2 *oinochoi* de mediados del siglo V a.C. y una jarra del ultimo cuarto del siglo V a.C. o principios de la centuria siguiente [7]. El conjunto se fecharía a finales del siglo V a.C.

3Finc.4:

Estructura:

Túmulo rectangular de piedra de 2 por 1,5 metros, de gran tamaño en el contorno y mas pequeñas en el interior que calzan las de mayor tamaño, y constituyen el relleno del mismo. El lado SE del túmulo presenta tres grandes lajas de caliza alineadas, otra apareció en el lado NE movida, quedando este lado señalado por piedras de pequeño tamaño alineadas. El interior, que debió estar cubierto de piedras, apareció roto pero con señales de cenizas que se introducen bajo el testigo Oeste. Altura máxima conservada 21 cm. Orientación de los lados mayores del túmulo SW-NE.

[7] Ver discusión cronológica sobre esta tumba en el apartado 4.8 de este mismo capítulo.

Se conservan los restos del *ustrinum* en el NE de la estructura. Su lado NE se sobrepone a la tumba 3Finc.3 y 3Finc.11. Se adosa al SW con el túmulo 3Ginc.3 y al SE con el túmulo 3Finc.10. Al NE se infrapone al túmulo 3Finc.2 y al NW se superpone al lado NE del túmulo 3Ginc.1.

Ajuar:

1) *Urna* cineraria de cerámica tosca a torno, con desgrasantes de guijarros pequeños, de color pardo en la panza y tonos negruzcos en la base, cuello y borde. Forma ovoide, con la base ligeramente saliente al exterior y cóncava al interior y borde recto y hacía fuera. Tiene una moldura o baquetón en la base del cuello decorada con incisiones paralelas oblicuas efectuadas antes de su cocción. Tipo B 1.2 –olla mediana cuello indicado y labio saliente– de Mata y Bonet (1992) y Forma 1 de Cuadrado (1987).

Dimensiones: h: 24 cm.; Dmx: 24 cm.; Dboca: 18,5 cm.; Dpie: 9,5 cm.

Restos óseos:

Peso total: 982 gm.

Sexo/Edad: Varón 30-40 años.

3Finc.5:

Estructura:

Dos vasos aparecidos sobre los adobes del ángulo Norte del túmulo 3Finc.3. No parece ser una tumba, sino parte del ajuar de la 3Finc.3 o más probablemente una ofrenda funeraria, lo que explicaría la carencia de cenizas y huesos.

Ajuar:

1) *Jarrito* de *barniz rojo*, forma 10D de Cuadrado, hecho a torno de pasta color gris, algo exfoliada y quemada en superficie. Forma bitroncocónica con la parte inferior de la panza cóncava y la superior convexa, de donde arranca un cuello incompleto; base ligeramente cóncava. Quemado en buena parte.

Dimensiones: h: 8,5 cm.; Dmx: 9,3 cm.; Dpie: 4 cm.

2) *Plato* a torno con barro de color rojo anaranjado. Tipo III-8.3.1 de Mata y Bonet (1992: 160) y Forma P5e2 de Cuadrado (1972: 184). Forma troncocónica con un reborde formado por un ensanchamiento de la pared, perfil en casquete, borde sin diferenciar y pie estrecho poco saliente y ligeramente cóncavo al interior. Junto al borde presenta dos pequeños orificios donde seguramente se colocaría una cuerda para guardarlo colgado (Mata y Bonet 1992).

Esta decorado en su interior con 4 bandas de 4 mm. de anchura de color rojizo, poco señaladas.

Dimensiones: h: 5 cm.; Dmx.boca: 16,4 cm.; Dpie: 4,5 cm.

3Finc.6:

Estructura:

No quedan restos de la estructura. Se localiza en el espacio que dejan libre los túmulos 4Finc.3, 3Finc.1 y el monumento turriforme. Parece tratarse de una ofrenda dado que sólo aparecen los restos de un jabalí y no aparecen restos óseos humanos.

Ajuar:

1) *Urna* a torno de color pardo negruzco con granitos de cuarzo incrustados como desgrasantes de la clase B1 de Mata y Bonet (1992: 140). Forma de tendencia globular, el cuello presenta tres acanaladuras, arrancando de la última la panza cóncava. El borde es recto y hacía fuera, y el pie cóncavo y umbilicado en el centro.

Dimensiones: h: 12,7 cm.; Dmx: 14 cm.; Dboca: 12,1 cm.; Dpie: 6 cm.

Presenta una cronología muy amplia, desde el s. VI a.C. hasta época iberorromana.

Restos óseos:

Esqueleto casi completo, a excepción del cráneo y algunos huesos largos de la extremidad posterior de un cerdo o jabalí inmaduro, de unas seis semanas.

3Finc.7:

Estructura:

No quedan restos de la estructura ya que se ubica entre el monumento turriforme y el túmulo 3Finc.1.

Ajuar:

El plato se coloca boca arriba cubriendo la urna cineraria, y la fíbula se localiza en el interior de la misma.

1) *Fíbula* anular hispánica de bronce del tipo 10 AN 04b de Sanz (1992).

Puente en forma de navecilla, resorte de charnela de muelle dos más tres espiras, con alambre de sección circular, pie rectangular, el anillo es un simple alambre de 2 mm. de espesor y sección circular y la aguja, rota en su extremo, es de sección circular.

Dimensiones: puente: l: 4,4 cm.; h: 1,1 cm.; a: 0,7 cm.; anillo: d: 4,5 cm.; s: 0,2 cm.; generales: D: 4,5 cm.; h: 1,1 cm.

2) *Urna* cineraria a torno de barro amarillo rojizo, forma bitroncocónica, boca con marcado reborde hacía fuera y base indicada con el interior cóncavo. Tipo II 2.2.1 (tinajilla sin hombro y cuello indicado) de Mata y Bonet (1992: 150).

Presenta decoración de bandas y filetes. Entre la 2.ª y la 6.ª banda hay 4 series de trazos paralelos colocados perpendicularmente a ellas.

Dimensiones: h: 16,6 cm.; Dmx: 16,9 cm.; Dboca: 14,2 cm.; Dpie: 6,8 cm.

Cronología tardía según indica la decoración.

3) *Plato* a torno de color amarillo-rojizo sobre el que se ha dado un engobe y luego espatulado. Forma troncocónica, con un pequeño reborde formado por ensanchamiento de la pared y un pie bajo y ligeramente cóncavo. Junto al borde presenta dos agujeros abiertos después de cocer el barro. Escudilla tipo III 8.3.1 de Mata y Bonet (1992: 160) y Forma P5e2 de Cuadrado (1972: 184).

Está decorado con bandas de color rojo-vinoso: en su interior una banda fina ribeteando el borde y tres bandas más de 3 mm., sin poder precisar la existencia de alguna otra por la exfoliación que presenta. En su exterior están dispuestas tres bandas en la parte superior de 3 mm.; dos en la parte inferior de 2 mm. terminando en otra que cubre parte del pie de 5 mm. de grosor. En el interior del pie presenta otra de 9 mm. de grosor.

Dimensiones: h: 4,5 cm.; Dmx: 15 cm.; Dpie: 5,5 cm.

Restos óseos:

Peso total: 308 gm.

Sexo/Edad: Varón, 25-30 años.

3Finc.8:

Estructura:

Túmulo escalonado con estructura interna de piedra de 1,4 por 1,2 metros, con sillares de gran tamaño y bien escuadrados delimitando el área externa, rodeada de una capa de adobe amarillento de 1,85 por 1,70 metros que debió cubrirla. El área interior que delimitan los sillares se rellena con piedras irregulares de pequeño y mediano tamaño y con tierra. En su construcción se reutilizan sillares del monumento, alguno de los cuales presenta la huella de la grapa de unión de los mismos (sillares 3F8 al 3F14). Esta plataforma se coloca sobre las cenizas aún calientes, ya que buena parte de los sillares se encuentran quemados o manchados de ceniza. Presenta una altura máxima conservada de 30 cm. y una orientación SE-NW.

Se superpone a la esquina SE del túmulo 3Finc.3, por debajo del túmulo 3Ginc.1. Se infrapone al túmulo 3Finc.1 y al tercio SE del túmulo 3Finc.2.

Ajuar:

1) *Cuchillo* afalcatado de hierro de sección triangular y muy fragmentado.

Dimensiones: Lmx: 13,2 cm. Amx: 1,7 cm. Amn: 1,1 cm.

2) *Fíbula* anular hispánica del tipo 10AN 04b de Sanz (1992), con puente de navecilla normal maciza; l: 1,9 cm.; h: 1,8 cm.; a: 0,6 cm., resorte de muelle, 4 más 3 espiras tipo 03, pie de forma rectangular con mortaja ancha y profunda; l: 1 cm.; a: 0,8 cm. y anillo tamaño miniatura de sección circular; d: 2,6 cm.; s: 0,3 cm.

Dimensiones generales: D: 2,6 cm.; h: 1,8 cm.

3) *Brazaletes* de bronce de sección rectangular, formado por varias laminas de bronce soldadas entre sí. Se encuentra en muy mal estado de conservación.

4) Borde de un vaso de barniz negro con pasta amarillenta [8].

5) Fragmentos cerámicos: un pequeño borde; fragmento de borde de un plato pequeño, un galbo de cerámica gris quemado y de paredes gruesas, dos galbos de cerámica anaranjada.

3Finc.9:

Estructura:

Loculus rectangular de 1,06 m. de largo por 0,34 m. de ancho, cubierto en parte por piedras de pequeño y mediano tamaño y subyacente al túmulo 3Finc.3 y al gran sillar que forma parte del lado NE del túmulo 3Finc.1.

Ajuar:

No han aparecido restos del ajuar.

3Finc.10:

Estructura:

Túmulo de piedras de mayor tamaño en la delimitación externa del mismo y más pequeñas en el interior, con unas dimensiones conservadas de 1,51 metros de largo por 1,54 metros de anchura, roto al SE por la cista de adobe de la tumba 4Finc.2 y adosado al NW a los túmulos 3Finc.4 y 3Ginc.3. Se superpone al SW a la cista de adobe y el hoyo con cenizas del túmulo 3Finc.11.

Ajuar:

1) *Figura de cuadrúpedo* de bronce asentado sobre una peana rectangular del mismo material.

Dimensiones: h: 3,2 cm.; Amx: 2,3 cm.

2) *Fíbula* anular pequeña: se conservan tres fragmentos del anillo de sección circular decorados con series de tres líneas paralelas incisas.

Dimensiones: D.anillo: 2,7 cm.; sección anillo: 0,3 cm.

3) 2 *cuentas azules*: La mayor es de forma de tendencia esférica y sección circular, presenta las siguientes dimensiones: h: 1,1 cm.; Amx: 1,5 cm.; Abase: 0,8 cm. La pequeña mantiene las mismas características y sus dimensiones son: h: 0,5 cm.; Amx: 1 cm.; Abase: 0,5 cm.

4) *Cuenta* de ojos: de forma circular con sección posiblemente ovalada, de alrededor de un centímetro de altura, de color azul marino y decorada con puntos negros situados en el centro de puntos blancos. Se conserva rota [9].

5) *Fusayola* bitroncocónica con una perforación que la atraviesa verticalmente de 0,8 cm. de diámetro y barro de color gris oscuro.

Dimensiones: h: 2,1 cm.; Dmx: 3,5 cm.; D.base sup: 1,7 cm.; D.base inf: 2,4 cm.

6) *Fusayola* carenada y moldurada con una perforación de 0,4 cm. de diámetro, de pasta color amarillo-anaranjado.

Dimensiones: h: 2,1 cm.; Dmx: 3,7 cm.; D.base sup: 1,7 cm.; D.base inf:1,7 cm.

7) *Fusayola* bitroncocónica con la parte central recta y un agujero de sección circular de 4 mm. de diámetro. Pasta de color gris claro.

[8] No está en el MAN ni dibujado. Debe considerarse como una intrusión.

[9] No se ha podido dibujar por el mal estado de la cuenta.

Dimesiones: h: 2 cm.; Dmx: 2,4 cm.; D.base sup: 1,2 cm.; D.base inf: 1,2 cm.

8) *Caracol*: que probablemente formaría parte de un collar junto con las cuentas de pasta vítrea [10].

3Finc.11:

Estructura:

Restos de una cista de adobe con unas dimensiones conservadas de 0,62 metros de longitud por 1,27 metros de anchura, con adobes de color rojizo de 0,50 por 0,30 metros, y de un nicho circular del que sólo se conserva la mitad SE. Orientación: SE-NW.

Subyace a los túmulos 3Ginc.3, 4Ginc.1 y 3Finc.10, y al nicho y cista de adobes 4Finc.2.

Ajuar:

1) *Dos barritas de bronce*: de sección circular rotas por ambos extremos a las que se han fundido dos pequeños vástagos de forma rectangular, que podría ser la cabeza de un clavo. L: 1,7 cm. Mordaza de hierro con un remache.

2) *Urna* a torno, de forma ovoide con borde exvasado hacía fuera, parte superior de la panza convexa y parte inferior cóncava terminada en un pie pequeño y cóncavo al interior. Pasta color gris amarillento. Ha sido reconstruida.

Dimensiones: h: 7,5 cm.; Dmx: 12,2 cm.; Dboca: 8,4 cm.; Dpie: 5,3 cm.

3) *Fragmentos cerámicos*: 6 fragmentos, uno de ellos parece que tiene la impronta de una semilla, 3 de ellos quemados, 2 de pasta amarillo anaranjado.

CUADRÍCULA 3G

En el nivel arqueológico se documentan fragmentos cerámicos, dos aros de hierro completamente concrecionados, uno de ellos es de sección circular y el otro lenticular, cóncavo-convexa.

3Ginc.1:

Estructura:

Túmulo rectangular de 4,40 metros excavados en su lado largo, aunque la estructura debió alcanzar unos 10 cm. más ya que prosigue bajo los testigos que lindan con las cuadrículas 3H y 2G, por 3,70 m. de ancho. Cista rectangular de 2,42 por 1,81 metros que debió estar constituida de adobes de los que sólo se conservan dos de ellos en la pared SW, presentando unas medidas de 50 por 20 cm. y 30 por 30 cm. respectivamente. Al NW de esta estructura rectangular se ubica un hoyo circular de 0,51 por 0,55 m. donde se depositaron las cenizas para posteriormente cubrirlas con los adobes que también constituyen la cista interna. Altura máxima conservada: 32 cm. Orientación: SE-NW.

Su esquina SE subyace al túmulo 3Ginc.3 y al 3Finc.4. La esquina NE se superpone a la esquina SW del túmulo 3Finc.3.

Ajuar:

La punta de lanza se ubica en el centro del nicho con la punta orientada al Norte.

1) *Punta de lanza* de hierro: tipo hoja de laurel alargada, de sección plana. No se puede precisar bien donde acaba el tubo y empieza el nervio, ni la sección del nervio por las oxidaciones que presenta, aunque parece ser rectangular.

El tubo es circular y presenta en su interior un clavo de bronce que lo atraviesa, conservándose restos de la madera que constituiría el astil. Se aprecia una incisión a 1,9 cm. del arranque de la parte metálica de la lanza. Pertenece al tipo XIB de Quesada (1997: 357-358).

Dimensiones: L.total: 18 cm.; L.hoja: 10,3 cm.; Amx.hoja: 3,3 cm.; Grosor: 0,2 cm.; L.cubo consev: 7,5 cm.; Dmx.cubo: 1,9 cm.; Dmn.cubo: 1,5 cm.

Cronología: distribución peninsular muy amplia, con fechas del IV-II a.C.

2) *Regatón* de hierro de forma cónica, y restos de bronce en su interior, tal vez restos de una clavo.

Dimensiones: h: 6,3 cm.; Dmx: 2,4 cm.

3) *Fíbula* anular de bronce del tipo 10AN 2eI de Sanz Gamo (1992: 134). Puente de timbal elipsoidal hueco con montantes, resorte de charnela de visagra tipo 06, pie rectangular con mortaja ancha y profunda y anillo pequeño de sección cuadrada.

Dimensiones: puente: l: 2,9 cm.; h: 2,4 cm.; a: 1,3 cm.; pie: l: 1 cm.; a: 0,7 cm.; anillo: d: 3,5 cm.; s: 0,4 cm.; generales: D: 3,5 cm.; h: 2,4 cm.

Decoración: sobre el puente incisiones en líneas quebradas y curvas.

4) *Plato-cuenco* de pasta naranja y decoración externa de bandas y filetes de color rojo sobre fondo de engobe blanco.

Dimensiones: h.conserv: 2,7 cm.; Dboca: 15 cm.

5) Borde de un *plato* de pasta anaranjada y decoración de bandas de color rojizo.

Dimensiones: h.conserv: 4 cm.; Dboca: 14 cm.

6) *Fusayola* bitroncocónica.

7) *Fragmentos cerámicos*:

– Fragmento del borde de una urna de pasta naranja tosca quemada.

– Carena de una paterita de pasta gris.

– Fragmento de fondo pequeño de pasta gris.

– Galbo de pasta anaranjada con baquetón y bandas rojas.

– Fragmento de galbo con parte del borde de una urna de pasta amarillenta.

– Borde exvasado de una urna de pasta naranja con estrechamiento en el cuello.

Dimensiones: h.conserv: 3 cm.; Dboca: 18,1 cm.

Materiales del relleno superior sobre los adobes dentro del muro de piedras:

[10] No se ha podido dibujar al no encontrarse el caracol en su ajuar del MAN.

– Un borde de pasta amarillenta quemado.

– Un fragmento de galbo de urna de pasta anaranjada.

– Fusayola bitroncocónica de pasta naranja claro quemada en la base.

Dimensiones: h: 2,2 cm.; Dmx: 2,4 cm.; D.base sup: 1,5 cm.; D.base inf: 1 cm.; D.agujero: 0,4 cm.

– Fragmento de panza de una urna globular de pasta anaranjada-amarillenta quemada con un diámetro aproximado de 20 cm.

– Borde de una urna de pasta marrón con el borde exterior quemado.

Dimensiones: h.conserv: 1,7 cm.; Dboca: 20 cm.

3Ginc.2: = 3Ginc.1

Estructura:

Corresponde al túmulo de la tumba 3Ginc.1, ya que al identificarse primero el *ustrinum* se le dio numeración y al detectarse después el túmulo se le asignó el número consecutivo.

3Ginc.3:

Estructura:

Túmulo rectangular de piedra de 1,97 por 1,51 m. *Loculus* rectangular de 0,80 por 0,36 m. situado a 18 cm. de la pared NE del túmulo y centrado con respecto a sus lados cortos. Altura máxima conservada: 18 cm.

Se adosa a la pared SW del túmulo 3Finc.4, a la SE del túmulo 4Ginc.1 y a la NW del túmulo 3Finc.10. Se superpone a la esquina SW del túmulo 3Ginc.1.

Ajuar:

1) *Plato* ático con palmetas de la forma 22, con borde exvasado y labio redondeado, pie prácticamente vertical y fondo externo plano, recto y con ombligo central. La forma parece más tardía que la decoración interna ya que no tiene ruedecilla y por tanto parece anterior al 375 a.C. Se decora con cuatro palmetas centrales, una de ellas desplazada, enmarcadas en una circunferencia en la que se apoya una banda de ovas que delimitan una tercera línea de palmetas entrelazadas.

Dimensiones: h: 5 cm.; Dboca: 14,4 cm.; Dbase: 7,1 cm.; A.pie: 1,9 cm.

Cronología: 380 a.C.

2) *Urna* globular de pasta naranja, decorada con bandas y filetes de color rojo-vinoso y engobe blanco.

Dimensiones: h.conserv: 12,7 cm.; Dmx: 22cm. aprox.; Dpie: 7cm.

3) *Urna* de la que se conserva el pie y la panza, de pasta naranja y decoración de bandas y filetes de color rojo-vinoso.

Dimensiones: h.conserv: 8 cm.; Dmx: 15,8 cm. aprox.; Dpie: 7,4 cm.

4) *Fusayola* bitroncocónica, con una perforación que la atraviesa verticalmente, de 6 mm. de diámetro. Pasta naranja.

Dimensiones: h: 2 cm.; Dmx: 2,9 cm.; D.base sup: 1,8 cm. D.base inf: 1,7 cm.

5) *Fusayola* bitroncocónica con carena en el tercio inferior con perforación que la atraviesa verticalmente de 4 mm. de diámetro y pasta gris.

Dimensiones: h: 1,7 cm.; Dmx: 2,5 cm.; Dbase sup: 1,1 cm.; D.base inf: 1,6 cm.

6) *Fusayola* bitroncocónica con carena en el tercio inferior, con una perforación vertical que la atraviesa de 4 mm. de diámetro y pasta amarilla-anaranjada.

Dimensiones: h: 1,8 cm.; Dmx: 2,3 cm.; D.base sup: 1,2 cm.; D.base inf: 1,5 cm.

7) *Pondus*, al parecer de forma paralelepípeda ya que sólo se conserva su mitad inferior. Forma 22 de Fatás (1967: 206). Pasta gris.

Dimensiones: h.total conserv: 7,4 cm.; Amx: 6,5 cm.; Amn: 5,5 cm.

Restos óseos:

Peso total: 17 gm.

Sexo/Edad: Varón, 40-45 años.

Material intrusivo:

– Urna tosca con dos baquetones de la que se conserva un fragmento de la panza.

– Urna de paredes gruesas y pasta naranja de la que sólo queda el borde.

– Urna de cerámica tosca, negra al exterior y marrón en el interior con zonas quemadas.

– Borde exvasado grueso y dos baquetones en el cuello.

CUADRÍCULA 4C

4Cinc.1:

Estructura:

Restos de un túmulo de adobe y parte del *ustrinum* ubicado en la esquina SE de la cuadrícula, con una potencia de cenizas conservada de 27 cm., que se mete por debajo del testigo Sur de la cuadrícula 4C sin excavar, y que se cubre con adobes.

Ajuar:

1) *Botón o sello* de bronce: presenta el enganche perpendicular al eje con una perforación vertical. Representa, en negativo, un grifo con cuatro patas, dos alas, dos orejas, el ojo y las fauces abiertas, probablemente con la lengua fuera.

Dimensiones: D.sello: 3,5 cm.; Grosor sello: 0,5 cm.; Lg. enganche: 1,1 cm.; Grosor enganche: 0,7 cm.; D.perforación: 0,5 cm. Peso: 26 gr.

Cronología: fines del siglo V o inicios del siglo IV a.C. si se sigue el paralelo de Castellones del Ceal con motivo de esvástica (Chapa *et al.* 1998: T-11/145). Otros 3 ejemplares, dos en esvástica y un tercero en forma de rosácea, procedentes de El Cigarralejo ofrecen cronologías en torno al 375 a.C. (Cuadrado 1987: T-109, T-244 y T-333).

2) *Anillo* de bronce de sección circular.

Dimensiones: Dexterno: 2,2 cm. Dint: 1,8 cm. Grosor: 0,4 cm. Peso: 2 gr.

3) *Fíbula* de bronce anular hispánica. Se distinguen parte del puente, anillo y resorte, sin restos de la aguja. La conservación del arranque del puente indica que sería de navecilla. El anillo es de sección circular de 2,5 mm. de espesor y el resorte de muelle. Peso: 16 gr.

4) Puente de una *fíbula* de bronce.

La cabecera del puente presenta una perforación, a la que le falta un fragmento, que servía para que pasase el eje sobre el que arrolla el alambre, *puente* de hoja de sauce con una línea incisa en el centro que lo recorre longitudinalmente casi por completo. El *pie* termina en un vástago largo con una acanaladura profunda que culmina en un enrollado hacía arriba, dejando un espacio pequeño para que penetre la aguja, con lo que se dificultaría la salida de la misma si no se presiona.

Dimensiones: h: 3,1 cm.; Lg.puente: 8,9 cm.; Amx: 1,1 cm.

5) *Fragmento de bronce*: consta de un alambre de sección rectangular de 3 mm., que se ensancha en forma circular hasta 1 cm. con una perforación en el centro de 4 mm. de diámetro. No se puede precisar a ciencia cierta su funcionalidad aunque podría pertenecer a un colgante. Un elemento parecido, aunque de mayores dimensiones, se documenta en la tumba 294 de el Cigarralejo como perteneciente al extremo de una cadena de hierro (Cuadrado 1987).

6) Fragmento de *ocre*.

4Cinc.2:

Estructura:

Restos de un *loculus* cuadrangular de 1,1 por 1m. cubierto en el lado NW por adobes. Delimitado al norte por la tumba 4Cinc.3, al NE por la 4Cinc.4 y al NW por el túmulo 4Cinc.5.

La urna cineraria se colocó en el centro del hoyo y se usó el cuenco de boca acampanada como tapadera de la urna donde se depositaron los restos del difunto.

Ajuar:

1) *Urna* cineraria de forma ovoide con reborde exvasado e inclinado en la boca, cuello ligeramente marcado y pie indicado y cóncavo al interior. Presenta decoración de bandas y filetes de color rojo vinoso en la parte central del cuerpo y el borde superior.

Dimensiones: h: 21,5 cm.; Dboca: 16,5 cm.; Dmx: 22,4 cm.; Dpie: 7,2 cm.

2) *Cuenco*, de perfil en «S» suave, boca acampanada de dimensiones iguales a la panza redondeada, y pie indicado recto. Próximo a la F-11a1 de Cuadrado (1972: 129) y II 6 de Mata y Bonet (1992: 152).

Dimensiones: h: 10,7 cm.; Dboca: 16,4 cm.; Dpie: 5,2 cm.

Paralelos y cronología: En T-186 y 260 de El Cigarralejo, con fechas del siglo IV a.C. (Cuadrado 1987: 344/450).

Restos óseos:
Peso total: 289 gm.
Sexo/Edad: Varón, 40-50 años.

4Cinc.3:

Estructura:

Hoyo de forma oblonga de 1,2 m. por 0,9 m. con un pequeño escalón en el fondo del cual se ubica la urna. Se cubre con un adobe conservado de 0,40 por 0,30 m.

Ajuar:

1) *Pinzas* de bronce en forma de pala en su parte inferior, un estrechamiento y dos molduras que dan paso a un segundo estrangulamiento que culmina en otras dos molduras. Los dos extremos inferiores se han soldado al haber sido sometidos a la acción del fuego de la pira.

Dimensiones: h: 3,3 cm.; Amx: 0,9 cm.; Amn: 0,3 cm.; Grosor: 0,2 cm. Peso: 4 gr.

2) *Colgante* de bronce de forma pedunculada con un engrosamiento en su parte central y un ojal en su extremo superior.

Dimensiones: h.total: 3,9 cm.; Amx: 0,7 cm.; Amn: 0,2 cm.; Lg.ojal: 0,9 cm.; A.ojal: 0,9 cm.; D.ojal: 0,2 cm. Peso: 2 gr.

3) *Cuchillo* de hierro de forma afalcatada, recto en su mitad superior, con sección rectangular, mientras en la mitad inferior se produce un ensanchamiento y adopta forma curva y sección triangular. A 1,5 cm. del arranque de la espiga de la empuñadura, se encuentra atravesado por un clavo de hierro, de sección circular y 3,5 mm. de grosor.

Dimensiones: L: 9 cm.; Amx: 2,4 cm.; Amn: 1,9 cm.; Grosor: 0,3 cm.; Peso: 16 gr.

4) *Urna* cineraria hecha a torno de color amarillo-rojizo y forma ovoide. La panza ofrece en su parte superior convexa, cuatro acanaladuras horizontales que van desde el cuello hasta su parte más ancha; la parte inferior, cóncava, termina en una base recta y cóncava al interior. Desde la tercera a la cuarta acanaladura muestra restos de óxido de hierro con la forma del cuchillo, lo que demuestra que estuvo en contacto directo con él.

Dimensiones: h: 20 cm.; Dmx: 18,4 cm.; Dboca: 8,7 cm.; Dpie: 9 cm.

Restos óseos:
Peso total: 125 gm.
Sexo/Edad: Niña de entre 1 y 1,5 años.

4Cinc.4:

Estructura:

Urna introducida en un hoyo que se coloca entre las tumbas 4Cinc.3 y 4Cinc.2, habiéndose perdido cualquier resto de la estructura que le acompañó.

Ajuar:

1) *Urna* cineraria globular a torno de pasta negruzca. Presenta una boca con el borde exvasado, una acanaladura horizontal a 2,7 cm. de la boca y una base saliente con el interior cóncavo. Forma B 1.1 de Mata y Bonet (1992: 171) y B-1 de Cuadrado (1987: 77).

Está decorada por impresión de un sello sobre la panza de la acanaladura ya mencionada. El motivo decorativo es un círculo de 14 mm. de diámetro, con una cruz en relieve y cuatro triángulos en los cuartos. En total ofrece 23 impresiones.

Dimensiones: h: 21,6 cm.; Dmx: 20,1 cm.; Dboca: 16,6 cm.; Dpie: 7,5 cm.

Paralelos y cronología: Tumbas 204 y 334 de El Cigarralejo, datadas en el s. IV a.C. (Cuadrado 1987: 380/552).

Restos óseos:

Peso total: 658 gm.

Sexo/Edad: Mujer, 30-35 años y niño de 2-3 años.

4Cinc.5:

Estructura:

Túmulo de piedra rectangular de 2,13 por 1,89 metros, con restos de adobe que circundan el lado E. del mismo. En el interior se localiza el *loculus* de forma circular que rompe el suelo enguijarrado del Monumento Turriforme, en el centro del cual se colocó una piedra plana de 51 cm. por 41 cm. procedente del Monumento. Altura conservada: 41 cm. Orientación del lado largo: NE-SW.

Ajuar:

La urna cineraria se coloca al NW del *loculus* y se cubre con un plato, quedando delimitada por la gran laja de piedra oscurecida por haber estado en contacto con las cenizas, lo mismo que la urna y el plato.

1) *Fíbula* anular de bronce del tipo 10 AN 04a de Sanz (1992); *puente* de navecilla de sección convexo-cóncava; lconserv: 3 cm.; h: 1,5 cm.; a: 0,2 cm., *resorte* de charnela de visagra, *pie* vuelto con alambres arrollados en los extremos, *anillo* medio de sección circular, s: 0,4 cm.

2) Puente y aguja de *fíbula* anular de bronce del tipo 10 AN 04 de Sanz (1992); *puente* de navecilla de sección convexo-cóncava; l: 2,4 cm. h: 1 cm. a: 0,3 cm.; *aguja* recta de sección circular. D: 0,3 cm.; l.conserv: 2,1 cm.

3) Puente de *fíbula* anular de bronce del tipo 10AN 04 de Sanz (1992) de navecilla de sección convexo-cóncava; l: 4,3 cm. h: 2,1 cm. a: 0,5 cm.

4) *Anillo* de bronce de sección circular de 0,3 cm. y 2,5 cm. de diámetro.

5) *Cuenta* de collar hueca de plata formada por una lámina de 1mm de grosor con un agujero central que atraviesa la pieza de lado a lado de 2 mm. de sección.

6) *Urna* cineraria a torno de pasta gris, forma ovoide ligeramente bitroncocónica, presentando en la boca un marcado reborde hacía fuera y la base poco resaltada con el interior cóncavo. Forma 8a1 de Cuadrado (1972: 163) y A I.2.2.1 o B.1.1 de Mata y Bonet (1992: 171).

Dimensiones: h: 23,1 cm.; Dmx: 19,7 cm.; Dboca: 15 cm.; Dpie: 8 cm

7) *Plato-tapadera* a torno de forma troncocónica, con un reborde horizontal formado por un ensanchamiento de la pared y el pie muy marcado con el interior cóncavo. Forma AIII-8.3.1 de Mata y Bonet (1992). Pasta de mala calidad de color gris. Está decorado con tres acanaladuras concéntricas a torno que circundan el pie.

Dimensiones: h: 5,8 cm.; Dboca: 16,6 cm.; Dpie: 5,2 cm.

Restos óseos:

Peso total: 563 gm.

Sexo/Edad: Mujer 40-45 años.

CUADRÍCULA 4D

4Dinc.1:

Estructura:

Cinco adobes colocados en damero con unas dimensiones de unos 0,55 por 0,30 metros cada uno, probablemente parte del sellado del hoyo con las cenizas o parte de un túmulo de adobe. Las cenizas penetran unos 10 cm. por debajo del fondo del hoyo y se meten en los agujeros de las conejeras.

Entre las cenizas y el carbón se localiza la urnita muy destruida y debajo restos del plato boca arriba.

Ajuar:

1) *Fragmento de bronce* muy destrozado, del que no es posible identificar a que tipo de objeto pertenece.

2) *Fragmento de hierro* deformado, sin poder precisar a que pertenece, con un remache de forma circular que atraviesa la pieza de cara a cara.

3) *Plato* a torno con borde exvasado y forma AIII 8.1.1 de Mata y Bonet (1992: 159), de pasta de color anaranjado y engobe de color blanquecino que cubre todo el plato y sobre el que se encuentra una decoración de color rojo vinoso formando bandas anchas entre las que se colocan decoraciones en espiral o en olas y líneas paralelas, perpendiculares a las bandas que las enmarcan, todo ello con un acabado espatulado interno y externo.

Dimensiones: h.conserv: 2,8 cm.; Dboca: 20 cm.

4) *Urna* a torno. Sólo se puede apreciar que el fragmento pertenece a una boca con borde plano y hacía fuera. Pasta color amarillento-anaranjado. Está decorado con bandas paralelas de color rojizo.

Dimensiones: h.conservada: 4,5 cm.

5) *Pondus* de pasta color gris por una cara y rojizo por la otra. Está muy fragmentado y exfoliado. Presenta dos perforaciones que atraviesan sus dos caras opuestas.

Dimensiones de la parte conservada: h: 12 cm.; Amx: 6,5 cm.; Amn: 3,5 cm.

Restos óseos:

Peso total: 19 gm.

Sexo/Edad: Mujer joven, 12-15 años.

4Dinc.2:

Estructura:

Restos de un *loculus* de forma circular y unas dimensiones conservadas de 1 metro en sentido E-W por 0,90 m. en sentido N-S con algunas piedras diseminadas en su lado NW. Se encuentra muy superficial y destruido quedando sólo una mancha negruzca de escasa potencia.

Ajuar:

1) *Copa Campaniense A* de la forma Lamboglia 34, con fuerte carena y borde inclinado al interior de la copa, pie indicado, oblicuo y redondeado, con pie interno recto y ligeramente inclinado.

Dimensiones: h: 3,4 cm.; Dmx: 7,6 cm.; Dboca: 6 cm.; Dpie: 3,4 cm.

Cronología: datada en el siglo II a.C., posiblemente en su segunda mitad.

4Dinc.3:

Estructura:

Loculus de 1,36 por 0,57 metros, flanqueado al SW por un adobe de 0,60 por 0,30 metros que debió formar parte de la cista, orientados ambos en sentido SE-NW. A unos 0,50 m. al NW, se localizan una serie de adobes formando una estructura de 2,9 m. de largo por 0,81 m. de ancho que podrían formar parte de la estructura tumular de adobe, perdida en buena parte como consecuencia de la superposición de tumbas, que cubriría el *loculus* de la tumba 4Dinc.3, en cuyo caso estaríamos ante un túmulo de 3,9 por 2,9 metros, o bien podría ser parte de otra tumba de la que no se conserva el *loculus*. Delimitada al Sur por los restos del túmulo 5Dinc.7 que prosigue bajo la cuadrícula 5C sin excavar.

Ajuar:

1) *Pendiente* de oro anular cerrado, tipo 8B de Perea, variante de extremos solapados y sección compuesta por dos hilos torsionados (1991: 221).

Dimensiones: D: 1,6 cm.; Grosor: 1,5 mm.; Peso: 4 gr.

Paralelos: un ejemplar en Covalta (Ballester 1945, 1951) y dos en la tumba 55 de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997: 447).

2) *Falcata* con empuñadura de cabeza de felino partida y soldada a la guarda con decoración incisa geométrica. Se conserva un fragmento de la guarda lateral de cabecitas. La hoja de sección triangular tiene cinco acanaladuras que parten de la guarda basal en forma de haz, abriéndose al inicio del filo dorsal para converger al final de la hoja. Las acanaladuras están flanqueadas por una decoración incisa de zigzags o dientes de lobo. La empuñadura se decora con lo que parece ser la cabeza de un felino[11], acompañado de dientes de lobo en diversas posiciones y hojas de hiedra en la zona más cercana al puño. Se encuentra partida en numerosos fragmentos, faltándole la punta como consecuencia de su posible inutilización.

Dimensiones: L.mx.conserv: 53,5 cm.; Amx.hoja: 5,5 cm.; Amn.hoja: 3,4 cm.

3) *Soliferreum* muy destruido del que no se pueden precisar más detalles.

4) Pieza nielada de bronce de sección poligonal con decoración de olas o roleos por toda su superficie. Podría ser el cubo de una lanza o el mango de algún elemento aunque no podemos precisar su funcionalidad.

Dimensiones: h: 8,7 cm.; Dmx: 2,3 cm.; Peso: 26 gr.

5) Barra plana de sección rectangular de bronce en forma de «L», rota en sus dos extremos y aro muy fragmentado del mismo material.

6) Botón de bronce con la cabeza plana y circular y un apéndice largo de sección lenticular.

Dimensiones: D.cabeza: 1,4 cm., a.cabeza: 0,1 cm.; l.apéndice: 0,55 cm., a.apéndice: 0,5 cm.

7) *Kantharos de barniz negro* de la forma 40EI, tipo E-I de Cuadrado basado en Robinson para las excavaciones de Olinto (Cuadrado 1963, Robinson 1950) con borde moldurado y colgante, cuerpo liso y asas con apéndice plano. Se decora con dos vueltas de ruedecilla en el fondo interno.

Dimensiones: h: 8,5 cm.; Dmx: 8,5 cm.; Dpie: 4,8 cm.; Dboca: 8,7 cm.

Cronología: 375-350 a.C.

8) *Pátera de barniz rojo* similar a la forma 3 de Cuadrado (1987: 80-81). Cuenco hemiesférico, con borde reentrante carenado y labio redondeado, al que le falta el pie.

Dimensiones: h: 3,3 cm.; Dboca: 10,8 cm.

Cronología: sobre el 350 a.C.

9) *Kantharos de barniz negro* de la forma 40, del que solo se conserva un fragmento de la boca de borde moldurado y colgante.

Cronología: segundo cuarto del siglo IV a.C.

10) *Plato pintado* de forma III-8.1.1 de Mata y Bonet (1992: 134,159). Borde vuelto al exterior con perfil continuo y borde apuntado, pie corto de sección cuadrangular.

Decorado al exterior con trazos en forma de hoja de navaja paralelos de color rojo-vinoso, enmarcados por series de mitades de círculos concéntricos superpuestos, pintados sobre una capa de engobe blanco. Completa la decoración una línea de 2 mm. a 0,8 cm.

[11] Esta pieza no se ha podido consultar en el MAN por lo que no podemos precisar si la decoración que lleva es realmente la cabeza de un felino, para dicha adscripción nos basamos en el dibujo que se realizó de la falcata de antiguo. F. Quesada estudió la pieza colocada fuera de contexto y conservada en metacrilato, confirmando que se trata de una cabeza de felino y que la guarda lateral es de cabecitas. Agradecemos al autor la información aportada.

del pie. Los motivos internos del plato son casi idénticos, salvo que cada friso queda enmarcado por filetes de unos 3 mm. de grosor cuya pintura se encuentra en bastante mal estado de conservación. Las hojas de navaja son mayores y se tocan por su extremo más ancho. El motivo más cercano al centro forma una especie de rosetón a base de círculos superpuestos y dos arcos lobulados paralelos con mayor o menor apertura. Las franjas compuestas de círculos en sus distintas variantes conservan un engobe de color blanquecino.

Dimensiones: h: 5,4 cm.; Dboca: 23,1 cm.; Dpie: 7,1 cm.

11) Ocho *astrágalos* de oveja

Dimensiones: l: 2,9 cm., a: 1,7 cm.;
l: 3 cm., a: 1,6 cm.;
l: 2,8 cm., a: 1,7 cm.;
l: 3,1 cm., a: 1,9 cm.;
l: 3 cm., a: 1,5 cm.;
l: 2,9 cm., a: 1,8 cm.;
l: 2,8 cm.

12) *Urnita gris* pintada de tipo caliciforme, de boca de trompeta, un baquetón en el cuello y otro en la panza y una fuerte carena que separa la panza del pie elevado y perdido en su extremo inferior. Decorada con dos bandas que enmarcan un friso con la pintura prácticamente perdida y que ha adquirido un tono marrón por la acción del fuego.

Dimensiones: h.conserv: 6,8 cm.; Dmx: 8,5 cm.; Dboca: 7,6 cm.

13) *Pondus* fragmentado y quemado en parte de pasta amarillenta y forma troncopiramidal con dos perforaciones de 0,5 cm. de diámetro.

Dimensiones: h.conserv: 5,1 cm.; Amn: 3,1 cm.; Amx: 3,9 cm.

14) *Pondus* fragmentado de pasta amarillenta, paralelepípedo, con dos perforaciones de 0,5 y 04 cm. respectivamente y quemado en una de sus esquinas.

Dimensiones: h.conserv: 6 cm.; a: 4,1 cm.

15) *Pondus* paralelepípedo de pasta marrón-amarillenta con dos perforaciones de 0,5 cm. de diámetro. Quemado en uno de los frontales.

Dimensiones: h: 5,1 cm.; a: 3,5 cm.

16) *Urna* tosca de pasta marrón quemada de borde vuelto, dos molduras en el cuello, panza globular y pie indicado cóncavo al interior. Urna de ofrendas con huesos de animal en el interior.

Dimensiones: h: 10,5 cm.; Dmx: 13,2 cm.; Dpie: 5,1 cm.; Dboca: 11 cm.

17) *Urna* gris tosca quemada de pie anular y forma globular de la que solo se conserva el fondo.

Dimensiones: h.conserv: 3,7 cm.; Dpie: 4,2 cm.; Dmx.conserv: 9,2 cm.

Restos óseos:

Peso total: 29 gm.

Sexo/Edad: Varón, 30-40 años.

5 gm. de astrágalo de ovicáprido.

Fragmentos cerámicos hallados en la tumba:

– Dos fondos de urna de medianas dimensiones.
– Dos bordes de platos.
– Fragmento de cuello y arranque de la panza con una fuerte inflexión de una urna de paredes gruesas.

4Dinc.4:

Estructura:

Reutilización del sillar 68 del monumento situado en el ángulo SW de la cuadrícula, en el que se orada un agujero para introducir la urna. Por encima se encuentran un grupo irregular de piedras que protegen la urna y los relieves 44 y 49 del Monumento se encuentran prácticamente sobre ella. Se localiza entre el túmulo de adobe de la tumba 4Dinc.1 y una estructura tumular de tres adobes superpuestos y separados por una franja blanquecina de 2 cm. de espesor frente a los 8-10 cm. de los adobes, que posiblemente pertenezca al *loculus* 4Dinc.3.

Dentro de la urna aparecieron exclusivamente huesos de animal por lo que pensamos que se trata de una ofrenda.

Ajuar:

1) *Urna* con borde exvasado y doblado del tipo B.1.1.1 de Mata y Bonet (1992: 140, 171) de tendencia globular, borde exvasado y ligeramente inclinado y pie indicado. Presenta un baquetón en la base del cuello de 6 mm. Base interior cóncava y umbilicada en el centro.

Dimensiones: h: 21,9 cm.; Dmx: 22,5 cm.; Dboca: 19,2 cm.; Dpie: 8,5 cm.

4Dinc.5:

Estructura:

Loculus rectangular de 1,20 por 0,85 metros, cubierto por un grupo irregular de piedras y situado en el ángulo NE de la cuadrícula, al Este del *loculus* 4Dinc.6.

Ajuar:

1) *Fíbula* de bronce de tipo anular hispánico 10AN 04 de Sanz (1992) de *puente* naviforme formado por dos caras humanas unidas por el cráneo, estrechándose por sus barbillas hacía la cabecera en donde se encuentra perforada para dar paso al anillo, y por el pie para formar la mortaja. l: 5,4 cm.; h: 2,2 cm.; a: 1,4 cm., *resorte* compuesto por varias espiras sin poder distinguir su número, *pie* rectangular, termina dando una vuelta sobre si misma para sujetarse al aro, cuya unión queda afianzada por un alambre fino, enrollado a ambos lados del puente, l: 1,4 cm.; a: 0,8 cm., *anillo* de tamaño medio y sección cilíndrica, d: 5,1 cm.; s: 3 mm. No se aprecian restos de la aguja. Peso: 28 gr.

Observaciones: quemada en la pira por lo que las cabezas se han deformado.

2) *Aro* de bronce de sección circular de 6 mm. de espesor y diámetro del aro 3,1 cm. Peso: 12 gr.

3) Pieza de forma semiesférica de material indeterminado, posible piedra blanda (volcánica). Presenta cerca del borde exterior un apéndice de 4 mm. de longitud y 5 mm. de sección por su parte más ancha, redondeado en su extremo. En la cara interna presenta un pequeño rebaje. Podría tratarse de un *botón.*

Dimensiones: D: 1,8 cm.; h: 0,8 cm.

4) *Urna* [12] cineraria a torno de color ocre-anaranjado, forma ovoide con reborde en la boca y base cóncava en su interior. Presenta un engobe blanquecino en toda su superficie, y sobre él está decorado con bandas de líneas paralelas casi imperceptibles por mala conservación: una en el reborde de 9 mm. de anchura, otra en el cuello de 13 mm.; tres de 2,5 mm. a 3 cm.; a 6 cm. presenta una de 7 mm. seguida de otras 4 de 3 mm. cada una; a 14 cm., otras cuatro de 3 mm. seguidas de otra de 25 mm.; a 21,3 cm. una de 7 mm. y otra de 13 mm.

El borde de la urna se encuentra muy fragmentado.

Dimensiones: h: 28,5 cm.; Dmx: 28 cm.; Dboca: 19,1 cm.; Dpie: 9 cm.

5) *Plato-tapadera* [13] a torno de color anaranjado y forma troncocónica, con reborde muy simple, presenta un pie marcado y la base cóncava en su interior. Junto al borde presenta dos pequeñas perforaciones.

Está decorada con bandas de líneas paralelas de color vinoso: en su interior y junto al reborde tres líneas de 5,3 y 1 mm. respectivamente. A 2,6 cm. del reborde otra serie de siete líneas siendo la central de 5 mm. y las exteriores de 1 mm. Junto a la última de ellas se aprecia en la mitad del cuenco otra línea por efecto del pincel al decorarla sobre el torno. El fondo está totalmente decorado con una serie de nueve líneas, las siete exteriores de 1 mm. y las dos interiores de 3 mm. En el exterior, aunque en muy mal estado de conservación, se aprecia una serie junto al reborde, sin poder determinar el grosor y el número de líneas aunque parece ser una de 5 mm. y tres de 1 mm. hacía la mitad de la panza hay otras siete líneas siendo la central de 5 mm. y las exteriores de 1 mm. Circundando el pie, presenta otra serie de tres líneas de 1 mm. y otra mayor hacía el interior que llega a cubrir todo el ángulo del pie. En la base del pie presenta otras líneas que lo cubren hasta su reborde interior.

Dimensiones: h: 5 cm.; Dboca: 17,8 cm.; Dpie: 6,7 cm.

Restos óseos:

Peso total: 1.274 gm.

Sexo/Edad: Varón, 40-50 años.

4Dinc.6:

Estructura:

Mancha de cenizas de 1 metro de diámetro con una piedra en el centro y restos de dos adobes hacía el Oeste, y limitado al Este por el amontonamiento de piedras que cubrían el *loculus* 4Dinc.5.

En el lado Este de la mancha de cenizas se localizan los platos fragmentados, la urna, la fusayola, la fíbula, las pinzas y la barra de bronce, mientras el pendiente de oro se ubica entre las piedras, revuelto con la tierra negra de los intersticios y en un nivel muy superficial.

Ajuar:

1) *Pendiente de oro*: Lámina calada formando un doble creciente conseguido por la técnica del martillado. En el primer creciente se conserva el arranque de lo que sería un motivo de lágrima de hilo de oro al aire, soldado a la lámina principal en su tercio inferior, y rematándose en un racimo sencillo de tres gránulos. El motivo se repite en el segundo creciente pero con dimensiones algo mayores, encontrándose en este caso la lágrima soldada en su totalidad al cuerpo laminar. Corresponde al Tipo 8F de Perea, variante sección laminar. Presenta muestras de haber sido introducido en la pira funeraria junto con el individuo cremado.

Dimensiones: l: 2,9 cm.; Amx: 2,3 cm.; grosor: 1 mm.; Distancia 1.º a 2.º creciente: 1,8 cm. Peso: 1,4 gr.

Cronología: Este tipo de pendientes en forma de creciente, son herederos de los de tradición orientalizante y en el siglo IV a.C. se encuentran muy difundidos en la mitad Sur de la Península Ibérica.

2) *Pinzas* de bronce: fabricada mediante una chapa de bronce, con una anchura de 1,4 cm., una longitud de 6,8 cm. y un grosor de 1,2 mm., doblada por el centro, posiblemente situándose en dicho punto una anilla de suspensión desaparecida. Esta inflexión actúa de muelle, consiguiendo que los dos brazos simétricos de las pinzas tiendan a abrirse. No parece que los extremos muestren una ligera curvatura hacía dentro, lo que ofrecería mayor precisión a la hora de presionar con los dedos para juntar las patas, aunque el mal estado de conservación de la pieza no permite precisarlo con exactitud. En el tercio superior se localizan unos entrantes que enmarcan una moldura sencilla prácticamente desaparecida por la corrosión y la deformación de la pieza. No se detecta ningún tipo de decoración.

3) *Fíbula* de bronce de La Tène de pie corto en ángulo y arco rebajado del tipo 11LTI de Sanz Gamo (1992); 4-2a de Cuadrado y IIB de Cabré y Morán (1979: 13) con *puente* de sección triangular de forma semiovalada formando un tramo recto cayendo casi vertical hacía el balaustre, del que solo se conserva la oliva inicial.; l: 4,8 cm.; h: 2 cm.; a: 0,9 cm., *pie* corto en ángulo, vuelto hacía el puente, pero sin pegarse a él, ensanchado para formar la mortaja y terminado en una oliva moldurada, rota en su extremo, l: 2 cm.; h: 1,5 cm., *aguja* recta de sección circular, D: 0,3 cm.; l: 3,3 cm. *Decoración:* El puente presenta un montante en la parte superior con incisiones a penas perceptibles, restos de un posible motivo decorativo.

[12] Se expone en la vitrina 16 del MAN.
[13] Se expone en la vitrina 16 del MAN.

Dimensiones: D: 7,1 cm.; h: 1,6 cm.

4) *Puente de fíbula* de bronce de tipo anular hispánico. Es de casquete semiesférico, estrechándose hacía la cabecera y pie.

Dimensiones: Longitud conservada: 1,90 cm.; Amx: 1,20 cm.

5) *Resorte de fíbula* anular hispánica de Bronce de charnela de visagra, con el inicio de la aguja.

Dimensiones: L: 2 cm.; Amx: 0,2 cm.

6) *Barra de bronce* de sección cilíndrica, doblada hasta superponer sus extremos, que presentan unas pequeñas muescas.

Dimensiones: Lg total: 17 cm.; Grosor: 0,6 cm.

7) *Fusayola* de pasta gris oscuro de forma bitroncocónica con una perforación que la atraviesa verticalmente de 4,5 mm. de diámetro.

Dimensiones: h: 1,75 cm.; Dmax: 2,3 cm.; D.base sup: 1,3 cm., D.base inf: 1.2 cm.

CUADRÍCULA 4E

4Einc.1:

Estructura:

Mancha irregular de ceniza de 0,20 m. de potencia máxima y unos 0,65 m. de diámetro, situada entre el Monumento y la cista de adobes de la tumba 4Dinc.1.

Ajuar:

1) *kalathos* de pasta color anaranjado, muy fragmentado, especialmente la boca, aunque los fragmentos conservados han permitido determinar su forma. Presenta un cuerpo cilíndrico que se va estrechando hacía la base, cóncava al interior con umbo central, cuello estrangulado, terminado en una boca que ofrece un fuerte reborde angulado inclinado hacía fuera. Forma 12b2 de Cuadrado (1972: 129) y Grupo II tipo 10.2 de Mata y Bonet (1992: 154) y Coimbra 12.2 de García Cano (1997: 142).

Toda la superficie está cubierta por un engobe blanco, y se decora con bandas de líneas paralelas de color vinoso: en el reborde una línea de 3 mm.; en el cuello franjas, siendo la exterior de 6 mm. y la interior de 3 mm. de longitud, en la panza presenta a 6,6 cm. del borde, una línea de 1,7 mm. de grosor y otra de 4 mm.; a 13,5 cm. del borde, otra línea de 6 mm.; a 17 cm. dos líneas de 6 mm. y 1,6 mm. respectivamente exterior e interior. A 20,5 cm. dos líneas de 2 mm. Todas ellas aparecen cortadas verticalmente por una serie de motivos de peine de 13 cm. y 4 cm. de altura formando un friso a modo de metopas y triglifos.

Dimensiones: h: 22,8 cm.; Dboca: 17 cm.; Dmx: 18,7 cm.; Dpie: 16,4 cm.

Cronología: En el Cigarralejo se fechan entre el s. IV y el s. II a.C. En Cabecico del Tesoro (García Cano 1987) y Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990: 284-99) en el s. V-IV a.C. y en las necrópolis de Coimbra la variante 2 ofrece fechas de la 2.ª mitad del s. III a.C. (García Cano 1996: 33-44).

2) *Plato tapadera* grande de pasta anaranjada, con borde exvasado y ligeramente inclinado, pie alto de tendencia cilíndrica y cóncavo al interior, con ligera carena en el arranque del cuerpo. Forma AIII 8-1.1 de Mata y Bonet (1992: 159).

Presenta decoración interna y externa de color rojo-vinoso: tres bandas que enmarcan frisos alternos de cuartos de círculos concéntricos entrelazados, y mitades de círculos concéntricos. El borde exterior del plato se decora con series de motivos de ondas u olas separadas por bandas longitudinales que presentan un estrechamiento en el centro y que se unen a una banda de 1,1 cm. de grosor que separa el segundo friso decorado con mitades de círculos concéntricos; una segunda banda enmarca una decoración que ocupa el centro del plato y que esta compuesta por una banda transversal a la que se adosan cuartos de circunferencia concéntricos entrelazados.

Dimensiones: h: 5,6 cm.; Dboca: 21,1 cm.; Dpie: 5,5 cm.

4Einc.2:

Estructura:

Hoyo de forma triangular de 1,06 metros de longitud por 0,54 m. en su parte más ancha. Se trata de la única tumba que se ubica en el interior del Monumento. Se abre un agujero en el interior del relleno y allí se depositan las cenizas y el ajuar.

Restos óseos: Sepultura dudosa ya que aparecen restos de hueso de la inhumación que se le infrapone.

Ajuar:

1) *Fragmentos de hierro*, de los que solo se distingue con precisión un *botón* con la cabeza semiesférica hueca en el interior, de la cual sale el vástago de sección circular.

Dimensiones: D.cabeza: 2,2 cm.; h.cabeza: 1,2 cm.; h.total: 2,5 cm.; sección cabeza: 0,35 cm.; sección vástago: 0,80 cm.

2) *Plato* pequeño de pasta anaranjada, con borde exvasado, pie moldurado y cóncavo al interior y decoración de filetes de color rojo-vinoso. Corresponde a la forma AIII 8.1.2 de Mata y Bonet (1992: 159).

Dimensiones: h: 2,5 cm.; Dboca: 12,4 cm.; Dpie: 5,1 cm.

3) *Pondus* de pasta gris, con fragmentos de cerámica, pajas y gravilla visibles en la superficie externa. De forma troncopiramidal con dos perforaciones que atraviesan sus caras más anchas, una cara es recta mientras que la otra se inclina en sus dos tercios inferiores. Forma 12 de Fatás Cabeza (1967: 206). Presenta parte de su superficie quemada.

Dimensiones: h: 12 cm.; Amx: 8,4 cm.; Amn: 6,9 cm.

4) *Pondus* de pasta gris aunque por dentro es gris-negro y en algunas zonas amarillo-anaranjado (hechos

con distintos barros). Forman parte de la pasta granos de cuarzo y paja. De forma paralelepípeda, presenta dos perforaciones que atraviesan sus caras opuestas que se inclinan hacía un lado. F-22 de Fatás (1967: 206).

Dimensiones: h: 12 cm.; Amx: 7,8 cm.; Amn: 6,8 cm.

4Einc.3:

Estructura:

No parece que se trate de una tumba sino mas bien del arrastre de algún elemento perteneciente a otras sepulturas contiguas.

Ajuar:

1) Fragmentos de hierro en muy mal estado de conservación, uno de ellos podría ser parte de un clavo.

CUADRÍCULA 4F:

En el nivel arqueológico se recuperó un fragmento de un *pondus* calcinado y muy fragmentado.

En el nivel de incineración, ángulo S.W, aparece una *urna* tosca de pasta amarillenta, quemada en parte.

4Finc.1:

Estructura:

Mancha de ceniza de escasa profundidad rodeada de piedras de pequeño tamaño desperdigadas sin orden aparente. Se adosa al lado Norte del gran túmulo 5Finc.4.

Ajuar:

1) *Falcata* de hierro en muy mal estado, ya que sólo se conservan algunos fragmentos pertenecientes a la hoja, de la que se aprecia únicamente su sección triangular.

Dimensiones: Lg.conserv: 32,5 cm.; Amx. conserv: 4,5 cm.; sección: 0,7 cm.

4Finc.2:

Estructura:

Nicho relleno de tierra mezclada con cenizas. Presenta unas dimensiones de 1,51 por 1,66 m. y una potencia máxima conservada de 33 cm. Se asienta sobre una superficie preparada de color rojizo. En el lado Sur se aprecian dos adobes que en conjunto forman una pared delimitadora de las cenizas de 1,21 m., cocidos al introducirse los restos de la cremación cuando aun estaban ardiendo o muy calientes, así como parte de otros dos adobes en el lado E y W, que parece delimitan el *loculus* y conforman una pared de 1,20 metros de longitud conservada. Hacia el Norte prosigue el pozo con cenizas aumentando en profundidad, aunque el diámetro del hoyo tiende a disminuir.

Se sitúa por encima del túmulo 3Finc.10.

Ajuar:

En el centro de la sepultura se localiza el capacete del casco con la parte superior rehundida y en el lado Oeste doblada de Norte a Sur y con la empuñadura orientada al Este, aparece la espada de La Tène. En el lado Sur, entre la espada y el casco, se localiza el umbo de hierro y una punta de lanza en dirección al casco en el lado Norte, introduciéndose la punta de la espada entre la manilla y el casco. Adosado a los adobes que delimitan la mancha de cenizas en su lado NE, se localiza la manilla de aletas doblada en ángulo de 45 grados, y pegada al extremo de la aleta mas lejana a los adobes, se sitúa la falcata orientada de Norte a Sur con la punta mirando al Sur. Por debajo de los objetos de metal, en el centro de la bolsada de ceniza y en su parte mas profunda, se localizan los restos de cerámica fragmentados y entremezclados.

En el límite de la zona excavada y el testigo aparecen fragmentos de hierro.

1) *Casco* de bronce Montefortino del tipo Ia de García Mauriño (1993: 115) y tipo B de Robinson (1975). El capacete es semiesférico, guardanuca corto e inclinado, en cuya parte inferior conserva las dos anillas de hierro de sujeción del barboquejo, en forma de «D». Botón troncocónico perforado y macizo. Aún posee las bisagras de hierro con dos remaches de bronce. La parte frontal tiene un agujero cuya función desconocemos. Las placas consisten en una lámina de forma casi rectangular, en cuya parte central y longitudinalmente tienen un realce de sección cuadrangular; su impronta aparece en cada uno de los lados del capacete, lo que indica que irían a él soldadas y en ellas se ajustaría algún tipo de penacho.

Decoración: el borde inferior presenta un cableado irregular. En la zona que recorre la parte frontal y coincidiendo con la perforación ya mencionada, aparecen unas pequeñas acanaladuras longitudinales flanqueadas por dos pares de pequeñas muescas. Sin apenas separación y casi sobre el mismo cableado, se dispone una alineación de puntos que recorren todo el perímetro del casco. El borde superior presenta un friso de espiguillas cerrado por broches en la zona frontal. El guardanuca está recorrido por tres líneas incisas, entre dos de las cuales aparece un motivo de espirales u oleaje realizado con punteado. En la calota se encuentra una inscripción, *Mulus*. El botón tiene un doble friso de ovas, mientras las placas carecen de decoración. Se conserva en dos partes: una el borde y gran parte del capacete, y la otra, el botón y el resto del capacete. Se inutilizó con tres golpes de espada de forma intencionada.

Dimensiones: Dmx: 26,1 cm.; Dmn: 17,3 cm.; h.mx: 18,2 cm.; Grosor: 0,2 en el capacete y 0,3 cm. en el borde inferior. A.guardanuca: 2,4 cm.

Cronología: 350-375 a.C. (García Mauriño) dudoso ya que es el único ejemplar con fecha tan antigua, el resto se fechan a finales del s. III o principios del s. I a.C.; siglo II a.C. por la inscripción y por la aso-

ciación de armas (Quesada 1992, 1997). Feugère (1994, 41) lo lleva a época cesariana.

2) *Espada de La Tène* del tipo VII C ? de Quesada (1997: 856) sin vaina metálica, con hombros redondeados y filos paralelos, con punta corta en apariencia redondeada y sin nervio. Empuñadura de espiga terminada en botón. Fina hoja rectangular de punta rectilínea curvada hacía fuera.

Dimensiones: Lmx: 76 cm.; L.hoja: 65 cm.; Amx.hoja: 5 cm.; sección mx: 1,1 cm.; sección mn: 0,2 cm.

Observaciones: partida en dos y doblada en forma de «U».

3) *Falcata* del tipo C de Quesada (1997: 846). Se conservan dos fragmentos de hoja y uno de la empuñadura.

Anilla de hierro de sección circular, seguramente perteneciente al tahalí de la falcata o de la vaina orgánica de la espada de La Tène.

Dimensiones: Dmx: 3,5 cm.; sección: 0,4 cm. Cronología: s. III-II a.C.

4) *Umbo* bivalvo de escudo oval de hierro, fragmentado e incompleto, de clase La Tène, y dimensiones no precisables.

Cronología: s. IV-II a.C.

5) *Manilla* de escudo de tipo IIIB 2b de Quesada (1997: 930) perteneciente a un gran escudo circular. El remachado de la parte metálica a la orgánica desaparecida, se realiza mediante clavos de cabeza esférica muy voluminosos.

Dimensiones: Lmx: 71 cm.; L.aleta: 30,5 cm.; L.int.empuñadura: 10 cm.

Cronología: s. IV-II a.C.

Observaciones: dobladas en ángulo de 45º y sin clavos visibles en el arranque de las aletas. El gusanillo está en la cara externa mientras la anilla se encuentra en la interna, al revés de lo que debería ser.

Paralelos en El Cigarralejo (Cuadrado 1987: 88) donde son frecuentes en el s. IV a.C., aunque también se documentan en época más tardía (tumbas 143 y 374) aunque éstas son más rectilíneas y con remaches menos voluminosos, por lo que la de Pozo Moro se parece más a las de Cabecico del Tesoro (Quesada 1989, II: 10).

6) *Punta de lanza* larga de hierro, del tipo VA1 de Quesada (1997: 357) con nervio grueso y hoja incompleta. El cubo es corto, de sección circular y con un estrechamiento en su tramo final para facilitar el enmangue del ástil

Dimensiones: L.total conserv: 60 cm.; L.total conserv. hoja: 39,2 cm.; Amx.hoja: 3,8 cm.; D.mn.cubo: 2,1 cm.; Dmx.cubo: 2,3 cm.

7) *Jabalina* de hierro del tipo XIA de Quesada, hoja alargada de sección 5 de Quesada (1997: 357), a la que le falta el fragmento de la unión con el cubo. Sin nervio. Cubo largo y redondo mas largo que la hoja, con mayor diámetro en su arranque que en el tramo final de unión con la hoja. La anchura máxima de la hoja se encuentra hacía la mitad de la misma. A 1 cm. de la punta y en el exterior se detecta una estría.

Dimensiones: L.conserv.hoja: 9,2 cm.; Amx.hoja: 2,8 cm.; Grosor mx: 0,4 cm.; Dmx.cubo: 2 cm.; D.mn.cubo: 1,4 cm.

8) *Regatón* de hierro con perforación para un pasador.

Dimensiones: L.mx: 9 cm.; Dmx.cubo: 2,1 cm.; D.mn.cubo: 1,4 cm.

Cronología: s. IV-II a.C.

9) Fragmentos de un posible *soliferreum* o jabalina con el extremo puntiagudo, de sección cuadrangular en el extremo y redondeada y hueca en la parte más ancha.

Dimensiones: L.total conserv: 20,1 cm.; Dmx: 1 cm.

10) *Fíbula* anular de timbal Tipo 10 AN 02a de Sanz (1992: 128,185) y tipo 2 de Cuadrado. Puente de timbal hemiesférico, sección cóncavo-convexa, l: 1,8 cm.; h: 1,6 cm.; a: 0,8 cm., resorte de charnela de visagra, tipo 05, pie rectangular, mortaja ancha y profunda, l: 0,6 cm.; a: 0,4 cm., anillo pequeño de sección circular, d: 2,3 cm.; s: 0,3 cm., aguja recta de sección filiforme, l: 1,4 cm.; s: 0,15 cm.

Dimensiones: D: 2,3 cm.; h: 1,6 cm.

Paralelos y Cronología: Hierro pleno, finales del s. V a.C. a inicios del s. III a.C.

Las de El Cigarralejo se fechan en la primera mitad del s. IV a.C. (Cuadrado 1987: 98), documentándose en la Meseta y concretamente en Carrascosa del Campo en las mismas fechas (Martín Montes 1984: 39).

11) *Hebilla* de bronce de forma elipsoidal, con la cabeza recta, perforada para el paso de un eje que se remacha a ambos lados y con un hueco central para insertar la cabeza de la aguja entre los dos extremos libres de la barrita perimetral, y hacerla girar en torno a su cabeza también perforada. La aguja presenta sección rectangular al igual que el extremo del que parte la misma, mientras la parte semicircular presenta los ángulos redondeados.

Dimensiones: L: 2,7 cm.; Amx: 2,9 cm.; Amn: 1,8 cm.; L.aguja: 2,5 cm.

Cronología: Sepultura 12 (2ª mitad del s. IV a.C.) y 19 con fecha del 190 a.C., de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997: 241). En la F-4 de La Albufereta se documenta una hebilla de bronce cuadrada (Rubio Gomis 1986: 47), así como en las tumbas 138 en cobre y 239/2 en bronce, de El Cigarralejo con fechas del s. IV a.C. (Cuadrado 1987: 288-89, 426-27).

12) *Clavo* de bronce de 9,1 cm. de longitud, de sección circular en el extremo doblado en forma de gancho y 0,9 cm. de grosor, y vástago recto rectangular con los ángulos redondeados y con un grosor de 1,1 cm.

13) *Kantharos de barniz negro* de la forma 40 datado en el 2º cuarto del s. IV a.C. Presenta un pie elevado de 2,5 cm. de altura, moldurado y una care-

na marcada en el arranque del cuerpo. Inutilización ritual de las asas. Casos similares se documentan en el Salobral y en la necrópolis de las Madrigueras (Almagro Gorbea 1969).

Dimensiones: h: 11,5 cm.; Dmx.cuerpo: 10,2 cm.; Dboca: 9,7 cm.; Dpie: 5,3 cm.

14) *Cuenco de barniz rojo* ibérico, de borde reentrante del tipo AIII-8.1.2 de Mata y Bonet (1991: 159) y P.5a de Cuadrado (1987: 75), y pie alto anular, con decoración interna y externa de filetes de color rojo vinoso.

Dimensiones: h: 6 cm.; Dboca: 15,2 cm.; Dpie: 5,1 cm.

15) *Cuenco de barniz rojo* ibérico, de borde exvasado y pie alto anular de la forma 9 de Cuadrado (1987: 80) pero con el pie más alto.

Dimensiones: h: 6,5 cm.; Dmx: 15 cm.; Dboca: 14,1 cm.; Dpie: 4,2 cm.

16) *Urna* pintada destruida [14].

17) *Cuenco* carenado de borde reentrante y decoración externa e interna de bandas y filetes de color rojo-vinoso alternando con engobe blanco.

Dimensiones: h.conserv: 3 cm.; Dboca: 15,4 cm.

18) Dos bordes de *Campaniense B*, de la forma Lamboglia 27 (Aquilué *et al.* 1989: 7), datados a inicios del siglo II a.C., uno de pasta amarillenta y barniz exterior negro mate y otro de pasta gris y barniz brillante muy perdido (Sanz Gamo 1997: 135).

19) *Fragmentos cerámicos* diversos: tres fondos de *calathos*, tres bordes y un fondo de pátera ibérica, ocho paredes de cerámica pintada con decoraciones de rombos y cabelleras, y dos galbos de cerámicas a mano con desgrasantes gruesos.

Restos óseos:

Peso total: 85 gm.

Sexo/Edad: Varón, 40-45 años.

Cronología de la tumba [15]: Nos decantamos por una cronología tardía de finales del siglo III a.C. o principios del siglo II a.C.

4Finc.3:

Estructura:

Túmulo cuadrangular de piedra de 1,81 por 1,81 metros, con caja o cista interna de adobes de 1,2 m. de largo y 0,17 m. de ancho, que delimitan los lados largos del *loculus* orientado SE-NW, con una altura máxima conservada de 26 cm. Se asienta sobre la esquina SW del Monumento y queda delimitado al SE por la tumba 3Finc.6 y el túmulo 3Finc.1, por el Oeste se superpone a la 4Finc.7 y por el Norte al *loculus* 4Finc.5.

Ajuar:

La urna cineraria se ubica en el centro de la cista y se cubre con el *kylix* ático boca abajo a modo de tapadera.

1) *Kyilix* ático de figuras rojas con decoración de grifo en el medallón. El exterior presenta decoración vegetal y el fondo tiene la circunferencia central en reserva y tres líneas en reserva alternando con bandas anchas barnizadas.

Dimensiones: h: 4,9 cm.; Dboca: 15 cm.; Dpie: 7,5 cm.

Cronología: un ejemplar muy parecido de Baza se fecha en el primer cuarto del siglo IV a.C. En el 375-350 a.C. se fecha el de Castillejo de los Baños, Murcia y la misma cronología presenta el lote de El Sec.

2) *Urna* a torno de pasta anaranjada y forma ovoide de boca con reborde angulado e inclinado hacía fuera, y base interna cóncava.

Decorada con líneas de color vinoso, formando una franja en la parte exterior del reborde y otra en el ángulo entre el cuello y la panza de 5 mm. de grosor. A 3,3 cm. del borde hay cinco líneas, las cuatro superiores de 3 mm. y la exterior, hacía la panza, de 5 mm.; a 7,5 cm., otra línea de 5 mm., a 10 cm. seis líneas, siendo las dos exteriores de 5 mm. y las cuatro interiores de 3 mm.; a 4,4 cm., una línea de 1,8 cm. Entre estas líneas y el borde se conservan restos de engobe blanco.

Dimensiones: h: 19,8 cm.; Dmx: 18,8 cm.; Dboca: 14 cm.; Dbase: 7 cm.

3) Fragmento de galbo de pasta anaranjada decorado con ondas paralelas de color rojo-vinoso. Quedan restos de engobe blanco.

Fragmento tosco de pasta naranja sin decorar.

Restos óseos:

Peso total: 318 gm.

Sexo/Edad: Mujer 30-40 años.

4Finc.4:

Estructura:

Cista de adobes de la que se conserva dos hiladas de los lados largos y una hilada de cierre del lado W, con unas dimensiones de 1,20 m. por 1,17 m., que protegen y cubren en parte una mancha de ceniza circular de 0,45 metros de diámetro. Se infrapone exactamente a la tumba 4Finc.8 y rompe el enguijarrado del monumento para construir el hoyo. La tumba 4Ginc.5 se coloca por encima de la cista de adobes de la 4Finc.4.

Ajuar:

La urna cineraria penetra en el testigo W y estaba cubierta por el plato boca abajo.

1) *Fíbula* de bronce de resorte bilateral [16].

2) *Urna* [17] cineraria a torno de color rojizo, forma bitroncocónica, boca con reborde muy pronunciado hacía fuera y base interna cóncava.

[14] No hay dibujo, ni información de la pieza.

[15] Ver apartado 4.10 de este capítulo sobre la discusión cronológica de la tumba.

[16] La pieza no se ha podido consultar en el MAN, pero se tiene constancia de su existencia por las fichas de campo.

[17] Urna y cuenco no coinciden con el ajuar del MAN por lo que optamos por presentar los dibujos realizados de antiguo y mantener el ajuar que figura en la ficha de campo correspondiente.

Está decorado con bandas de color vinoso colocadas de la siguiente forma: una en el reborde, otra en el cuello a 1,5 cm. de 8 mm.; a continuación tres series de cuatro líneas de 1 mm., cada una, a 3,5 cm., 7 cm. y 9 cm. respectivamente de la boca. Por último dos bandas de 12 mm. cada una a 11,8 cm. y 14 cm.

Dimensiones: h: 19,4 cm.; Dmx: 21,1 cm.; Dboca: 14 cm.; Dbase: 6 cm.

2) *Cuenco* a torno de color rojizo, forma troncocónica, con un pequeño reborde hacía dentro y un pie poco marcado, con el interior ligeramente metido; presenta junto al borde dos pequeñas perforaciones, realizadas antes de la cocción, para poderlo colgar.

Está decorado con bandas de color vinoso, una va desde el interior hasta el exterior recubriendo todo el reborde; en el interior ofrece tres bandas concéntricas de 7 mm. a 2,5, 5 y 7 cm. respectivamente del borde. Por el exterior otras tres bandas de 5 mm. a 2,5 y 4,6 cm. del borde y otra cubriendo el ángulo del pie. Presenta una tonalidad clara como de haber tenido engobe blanco.

Dimensiones: h: 3,3 cm.; Dboca: 15,8; Dpie: 5 cm.

3) *Urna* de pasta gris oscuro tosca a la que le falta el borde, abocinada en el cuello y troncocónica a partir de la carena que separa el cuello de la panza, fondo plano con un ligero reentrante y un umbo central.

Restos óseos:

Peso total: 357 gr.

Sexo/Edad: Varón 25-30 años.

4Finc.5:

Estructura:

Mancha circular de cenizas con un diámetro de 0,90 m. sobre la que se asienta un sillar rectangular adosado al lado Sur del túmulo 4Finc.3. Circundando la mancha de cenizas se conservan restos de adobe.

Ajuar:

1) *Fíbula* de bronce anular hispánica del tipo 10AN 04b de Sanz (1992: 165-66) con puente de navecilla normal, sección plano convexa, l: 1,9 cm.; h: 0,6 cm.; a: 0,8 cm., resorte de charnela de visagra, tipo 09, pie rectangular, l: 0,7 cm.; a: 0,5 cm., anillo pequeño de sección circular, d: 2,4 cm.; s: 0,3 cm., aguja recta de sección circular, L.cons: 1,8 cm.; a: 0,2 cm.

Dimensiones: D: 2,4 cm.; h: 1,6 cm.

4Finc.6:

Estructura:

Mancha de ceniza que se asienta sobre un gran sillar cuadrangular partido transversalmente en dos y procedente de alguna tumba circundante, debajo del cual se encuentra la tumba 4Finc.7. Sobre la mancha cenicienta aparecen piedras que protegen la urna cineraria y otras distribuidas de forma irregular que pudieron formar parte de una cubierta tumular desmantelada.

Ajuar:

1) *Urna* a torno de pasta color amarillento, forma globular con tres baquetones en el cuello y borde ligeramente exvasado. El pie se marca por una pequeña moldura, a partir de la cual se abre un pie corto, redondeado y ligeramente metido hacía dentro con el interior prácticamente recto y ligeramente umbilicado.

Dimensiones: h: 12,1 cm.; Dmx: 14,3 cm.; Dboca: 9 cm.; Dpie: 6,5 cm.

Restos óseos:

Peso total: 142 gr.

Sexo/Edad: Mujer 20-25 años.

4Finc.7:

Estructura:

Estructura cuadrangular de adobes de 1,51 por 1,40 metros. La estructura adquiere una tonalidad más rojiza al exterior debida a la acción del fuego, con una anchura de 0,20 m., que podría corresponder a un escalón, y mas blanquecina en el interior del túmulo con una anchura de 0,27 m., en cuyo centro se ubica un gran sillar partido en diagonal que cubre el *loculus* de forma cuadrangular. La tumba rompe el enguijarrado del Monumento Turriforme.

Ajuar:

La boca de la urna se encontró cubierta por una piedra plana.

1) *Fíbula* de bronce anular hispánica del Tipo 10AN 05 de Sanz Gamo (1992: 178,204) y tipo 5 de Cuadrado con puente romboidal de sección laminar; l: 3,6 cm.; h: 1,2 cm.; a: 0,7 cm., resorte de aguja libre con tope de charnela, anillo de tamaño medio y sección circular, d: 4,3 cm.; s: 0,2 cm. Esta muy fragmentada y agrietada.

Dimensiones: D: 4,3 cm.; h: 2,5 cm..

Cronología: 450-400 a.C.

2) *Fíbula* pequeña anular hispánica del tipo 10AN 09a de Sanz Gamo (1992: 180,205), puente de alambre fino y sección circular; l: 2 cm. h: 1,2 cm.; a: 0,2 cm.; resorte de muelle, anillo miniatura, sección circular, l: 2,2 cm.; s: 0,2 cm. Se conserva introducida en un bloque rectangular amarillento traslúcido.

Dimensiones: D: 2,2 cm.; h: 1,2 cm.

Cronología: 450-400 a.C.

3) *Urna* grande a torno de pasta anaranjada, cuerpo bitroncocónico, labio recto, cuello con tres baquetones o molduras y un asa triple de forma sinuosa a cada lado que arrancan del saliente que forman el final de la boca y el inicio del cuello y terminan en el inicio de la panza. El pie es pequeño y redondeado y al interior cóncavo y ligeramente umbilicado.

Está decorada con bandas de color vinoso, la primera de las cuales se encuentra a 7,5 cm. del borde y mide 1,8 cm., a la que le siguen una serie de cuatro líneas de 1 mm., la última de las cuales dista 10,5 cm. de la boca, a continuación hay una banda de 2,8 cm. decorada con cuartos de círculos concéntricos, cuyo

centro queda relleno de pintura, resbalando la pincelada en uno de los casos, atravesando verticalmente la siguiente serie de líneas paralelas hasta un total de cinco, que distan 13,5 cm. de la boca, siendo la primera algo más gruesa que el resto de 1 mm. A 15 cm. hay otra banda de 2,2 cm.; por último a 21,5 cm. otra banda pintada de 1cm. de grosor.

Dimensiones: h: 25,5 cm.; Dmx: 23.9 cm.; Dboca: 20,6 cm.; Dpie: 12,2 cm

4Finc.8:

Estructura:

La urna queda dentro del perfil y se cubre con piedras de pequeño tamaño que podrían formar parte del relleno del túmulo. Queda perfectamente clara la capa blanquecina que sella la urna y los adobes de color rojizo que la cubren. Por debajo queda delimitada por otra capa de color blanquecino perteneciente al cierre de la tumba 4Finc.4 perfectamente infrapuesta.

Parece tratarse de una ofrenda de la tumba 4Finc.2.

Ajuar:

1) *Urna* a torno de grandes dimensiones de almacenaje del tipo B-1.1.1 (olla) de Mata y Bonet (1992: 171) con borde ligeramente inclinado hacía fuera, dos molduras o baquetones en el arranque del cuello, pie apenas marcado y cóncavo al interior.

Dimensiones: h: 43,5 cm.; Dmx: 38,9 cm.; Dboca: 29,8 cm.; Dpie: 12,2 cm.

Restos óseos:

Diáfisis de una tibia de cerdo o jabalí inmaduro.

CUADRÍCULA 4G

4Ginc.1:

Estructura:

Túmulo rectangular de piedra de 3,57 por 2,57 metros, con cista interior de adobes situada en el SE del túmulo, delimitados en los lados SE y NE, quedando los lados que cierran la caja más desdibujados. La altura conservada es de 29 cm.

Se adosa a 3Ginc.3, se superpone a la mancha de cenizas del 4Ginc.7 y se infrapone al *loculus* 4Ginc.5.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce del Tipo 10AN 02e II de Sanz (1992: 139.190) con puente de timbal hemiesférico hueco con montantes, l: 2,8 cm., h: 2,4 cm., a: 1,4 cm., resorte de charnela de visagra, tipo 05, anillo medio de sección cuadrada en la parte superior y circular por abajo, aunque la acción del fuego no permite asegurarlo, ya que está incompleto y doblado, y aguja recta de varilla y sección circular fragmentada, l: 2 cm.; s: 0,2 cm.

Dimensiones: D: no se puede precisar.; H: 2,4 cm. Peso: 12 gr.

2) *Falcata* [18] en cuatro fragmentos, el primero corresponde al arranque de la empuñadura y parte de la hoja, el segundo es un pequeño fragmento de la hoja y los otros dos pertenecen a la empuñadura presentando los dos clavos de las cachas. Es de sección triangular. Se detectan 5 acanaladuras aunque sólo dos de ellas se ve claro que arrancan de la empuñadura y no se sabe donde terminan ya que se cortan en el punto donde está rota la hoja y ya no se encuentran en el siguiente fragmento que se conserva.

Está decorada tanto en la hoja como en el arranque de la empuñadura donde se distinguen con dificultad algunos motivos de líneas paralelas enmarcadas por dos líneas perpendiculares a ellas que atraviesan de lado a lado la anchura de la falcata en este punto. También se detecta un motivo de róleo u ola y cinco líneas paralelas que se van perdiendo. La decoración de la hoja se sitúa a ambos lados de las acanaladuras, enmarcándolas o incluso incluyéndolas en la decoración como un motivo más. El extremo opuesto al filo tiene motivos alternos de flores de adormidera abiertas o granadas [19] y 2 círculos inmerso el uno en el otro; la segunda banda se decora con motivo de olas o roleos, debajo de los cuales se inserta otra banda de dientes de lobo enmarcados por dos líneas paralelas. Por debajo de las acanaladuras se encuentran dos líneas de motivos triangulares derechos e invertidos ocupando estos últimos los huecos dejados por los primeros. Esta banda se cierra con otra de líneas onduladas de las cuales cuelgan cada 4,4 cm. aproximadamente unas flores de adormidera abiertas o granadas, colocándose entre medias de cada una de ellas estrellas de seis picos con un círculo en el centro. Del arranque de la empuñadura sale una banda transversal a la de los triángulos, con el mismo motivo decorativo sólo que enmarcada por dientes de lobo a ambos lados de la greca.

Dimensiones: Lmx.conser: 42,3 cm.; Amx.hoja: 6,1 cm.; Amn.hoja: 4 cm.

20 fragmentos de *vaina* metálica de falcata.

3) *Punta de lanza* fragmentada, se conserva el cubo y la mesa de la hoja de sección circular.

Dimensiones: L.mx.conserv: 13,1 cm.; Amx.hoja: 2,4 cm.; Dcubo: 2,1 cm.

4) *Fragmento de hierro* plano y con el inicio de una argolla de sección circular soldada al cuerpo por un lado y rota por el otro que podría ser parte de la aleta de una manilla de escudo [20].

Dimensiones: L.mx.conserv: 9 cm.; A.placa: 2,5 cm.; L.argolla: 2 cm.

5) *Soliferreum* fragmentado y exfoliado, de sección circular.

6) *Urna* «à chardon» [21] tipo AIII-5 de Mata y Bonet (1992: 133) de borde recto y saliente, cuello

[18] No se ha podido consultar la pieza en el MAN por lo que nos basamos en el dibujo que existía de antiguo para su descripción.

[19] Agradecemos la información a Fernando Quesada de la UAM.

[20] Agradecemos esta información a F. Quesada de la UAM.

[21] No se ha podido consultar la pieza en el MAN por lo que nos basamos en el dibujo que existía de antiguo para su descripción.

destacado y cilíndrico, con altura mayor que la del cuerpo, y pie cóncavo al interior y ligeramente umbilicado. Decoración exterior de bandas y filetes en todo el recipiente.

Dimensiones: h: 31,2 cm.; D.panza: 19,8 cm.; Dboca: 19,8 cm.; L.cuello: 15,4 cm.; Dpie: 7,7 cm.

Cronología: imita formas fenicias y es característico del horizonte Ibérico Antiguo, aunque existen formas evolucionadas durante el Ibérico Pleno.

7) *Plato* [22]

Restos óseos:

Peso total: 99 gm.

Sexo/Edad: Varón, 30-40 o 35-45 años.

4Ginc.2:

Estructura:

Restos de un *loculus* de forma oblonga y 0,76 m. de diámetro.

Ajuar:

1) *As* de Galba acuñado en Tarraco (68-69 de JC). Posición del cuño: 6.

A: Busto laureado de Galba mirando a la derecha. Alrededor, la leyenda interna: [SER.GALVA.] IMP.AUGUS [TVS].

R: *Libertas* de pie hacia la izquierda, sosteniendo un *pileus* con su mano derecha extendida y una larga vara o báculo en la izquierda. Alrededor, la leyenda interna: LIBERTA [S] -PVBLICA. A los lados, S - C.

Mediana conservación, pues está bastante gastada.

2) *Lucerna* de volutas más salientes que el pico. Cuerpo ovoide con disco plano moldurado provisto de orificio de alimentación centrado y piqueta redondeada del tipo Dressel 9A. Muy fragmentada.

Dimensiones: L: 10,8 cm.; Amx: 6,8 cm.; Amn: 2,7 cm.; D.orificio alimentación: 1,8 cm.; D.piqueta: 1,9 cm.

Cronología: 20 a.C.- 50 d.C. (Pavolini 1987).

3) *Urna* pintada con motivos vegetales de forma globular, borde recto y fondo cóncavo y ligeramente umbilicado. Decorada con friso ametopado en la panza y pinceladas horizontales en las asas, temas comunes en cerámicas de tradición indígena altoimperiales en Clunia (Abascal 1986: 200), aunque la forma y la pasta son ibéricas. El friso superior presenta estilizaciones vegetales, mientras el inferior se decora con arcos invertidos cruzados.

Dimensiones: h: 21,4 cm.; Dmx: 21,1 cm.; Dboca: 12,5 cm.; Dpie: 7,4 cm.; L.asa: 8,1 cm.; A.asa: 2,4 cm.; Grosor asa: 1,1 cm.

4) *Tapa* gris tosca de borde exvasado y paredes rectas, pie anular bajo y plano. Muy fragmentada pero practicamente completo.

Dimensiones: h: 3,9 cm.; Dboca: 9,3 cm.; Dpie: 4,7 cm.

[22] No se ha podido consultar la pieza en el MAN y no se conserva dibujo de la misma, sólo queda constancia de su existencia por las fichas de campo.

5) *Urnita* gris de borde exvasado, cuello acampanado, una carena moldurada muy pronunciada separando este del cuerpo y un pie elevado y umbilicado.

Dimensiones: h: 3,4 cm.; Dmx: 6,6 cm.; Dboca: 7,9 cm.; Dpie: 4,1 cm.

6) *Platito* gris tosco, quemado y muy deformado.

Dimensiones: h: 3,4 cm.; Dboca: 14,2 cm.; Dpie: 4,3 cm.

7) *Urna* de pasta anaranjada con decoración de bandas y filetes de color rojo-vinoso de la que sólo se conservan tres fragmentos.

Restos óseos:

Restos de hueso quemado en el interior del platito gris sin analizar.

4Ginc.3:

Estructura:

Loculus que prosigue bajo el testigo Norte de la cuadrícula 4G sin excavar.

Ajuar:

1) *Falcata* muy destruida, conservándose 21 cm. de la hoja de sección triangular con restos de tres acanaladuras sin poder precisar mas características o las dimensiones de la pieza ya que solo se conserva un fragmento de la hoja.

2) *Cuenco* de borde exvasado de pasta anaranjada y decoración de rombos de color rojo-vinoso del que solo se conservan algunos fragmentos. Presenta en su superficie externa e interna restos de oxido de hierro.

Dimensiones: h.conserv: 6,2 cm.; Dboca: 22 cm.

3) *Mano de mortero* [23] de piedra con marcas de lustre en el extremo más estrecho.

Dimensiones: L: 6,5 cm.; Dmx: 3 cm.

4) Fragmentos cerámicos: 15 bordes, 2 de ellos decorados; 5 fondos; 10 galbos decorados; 1 cerámica tosca; 2 fragmentos indeterminados de cerámica de *barniz negro*.

4Ginc.4:

Estructura:

Túmulo cuadrangular de piedra de 1,21 por 1,20 metros, con un hoyo circular de 0,40 m. de diámetro en el centro de la estructura y una altura conservada de 11 cm. El lado Sur del túmulo queda desdibujada al faltar alguna de las piedras, y la esquina Oeste queda cubierta por la tumba 4Ginc.6.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce rota del tipo 10AN 04b de Sanz (1992: 165,199) con puente de navecilla normal con sección cóncavo-convexa; l: 3,4 cm.; h: 2,3 cm.; a: 0,8 cm., pie rectangular con mortaja ancha y profunda, l: 1,5 cm.; a: 0,8 cm. y anillo medio, sección circular, d: 5 cm.; s: 0,4 cm.

Dimensiones: D: 5 cm.; H: 2,3 cm. Peso: 16 gr.

[23] No está documentado en las fichas de campo pero forma parte del ajuar del MAN.

2) Fragmentos de bronce de los que no se puede inferir la función.

3) Fondo de una *urna* tosca quemada, con fondo interno cóncavo y umbilicado.

Dimensiones: h.conserv: 4cm.; Dpie: 5,4 cm.

4) Pie de un *plato* de pasta anaranjada-rosácea, bastante porosa y tosca, con el exterior quemado, de fondo interno plano y pie anular cóncavo al interior.

Dimensiones: h.conserv: 2,5 cm.; Dpie: 4,8 cm.

5) Borde exvasado de una *urna* de pasta anaranjada y quemada en superficie.

4Ginc.5:

Estructura:

Loculus rectangular con unas dimensiones conservadas de 1,4 por 0,75 metros y una potencia máxima de 0,51 m. Se encuentra por encima del túmulo de adobe de la sepultura 4Finc.4. y cubre en su extremo SE el lado corto del túmulo 4Ginc.1.

El *pondus* se localiza en el extremo Sur del *loculus*, mientras la cerámica se ubica en la parte central y a un nivel más superficial, sobre las cenizas (12 cm. por encima).

Ajuar:

1) *Urna* con asas decorada de pasta de color amarillento del tipo I 2.2.1 de Mata y Bonet (1992: 125,149), tinaja de forma bitroncocónica, borde moldurado e inclinado al interior y separado por una fuerte carena del cuerpo. Presenta dos asas en el tercio superior y decoración de color rojo-vinoso a partir del final de las asas siguiendo el siguiente esquema: tres líneas de 2 mm. que parten del arranque del asa, a 7,5 cm. de la boca; un friso con decoración en buena parte perdida de lo que parecen ser ovas. A 14,4 cm. otra línea de 1 mm.; a 15,1 cm. una banda de 1,5 cm. seguida de otra línea de 1 mm. a 17,2 cm. de la boca. Por último, a 21 cm. otra línea de 0,5 mm.

Dimensiones: h: 24,5 cm.; Dmx: 20,4 cm.; Dboca: 11,5 cm.; Dpie: 8,2 cm.

2) *Platito* rojo de pasta anaranjada del tipo III-8.1.2 de Mata y Bonet (1992: 134,159), presenta borde recto ligeramente exvasado, con dos agujeros en el labio, pie marcadamente cóncavo al interior y decoración de bandas externas de color rojo-vinoso, dos líneas de 1,5 mm., a 0,8 cm. y 2,3 cm. del borde respectivamente; e internas, una al final del labio de 1,5 mm. y tres más en el tercio inferior de la panza.

Dimensiones: h: 3,1 cm.; Dboca: 12,2 cm.; Dpie: 4,1 cm.

3) *Urnita* gris del tipo III-4.3 de Mata y Bonet (1992: 133,157), con borde exvasado triangular, cuerpo quebrado a base de carenas y molduras, pie alto y redondeado, cóncavo y umbilicado al exterior. Se encuentra muy fragmentada.

Dimensiones: h: 9,5 cm.; Dmx: 8,8 cm.; Dboca: 8,4 cm.; Dpie: 4,7 cm.

4) *Caliciforme* a torno del tipo III-4.2 de Mata y Bonet (1992: 133,157), de borde exvasado con cuello destacado, perfil en ese, pie diferenciado y moldurado, cóncavo al exterior y umbilicado al interior.

Dimensiones: h: 8,2 cm.; D.cuello: 4,5 cm.; Dboca: 7,7 cm.; Dpie: 3,1 cm.

5) *Cuenco* de pasta anaranjada del tipo 8.3.1 de Mata y Bonet (1992: 134,160) en forma de casquete, con borde sin diferenciar y labio redondeado, fondo interno ligeramente convexo y el externo umbilicado, pie triangular y moldurado. Presenta decoración de bandas de color rojo-vinoso, una serie al interior de tres líneas concéntricas de 1,5 mm. y a 1,3 cm. de la última línea de dicha serie, se encuentra otra del mismo grosor. En el exterior hay una línea de 1,5 mm. casi al borde del cuenco y otra de 8 mm. que cubre el pie completamente.

Dimensiones: h: 3 cm.; Dboca: 9,2 cm.; Dpie: 4,5 cm.

6) *Pondus* de pasta marrón y forma paralelepípeda, con un único agujero que lo atraviesa de cara a cara. El extremo superior se encuentra en peor estado. Forma 21 de Fatas Cabeza (1967: 206)

Dimensiones: h: 14,2 cm.; a: 9 cm.

4Ginc.6:

Estructura:

Loculus que se mete en el testigo Oeste de la cuadrícula 4G y presenta unas dimensiones de 0,90 por 0,79 m.

Ajuar:

1) *Brazalete* de bronce, del que se han recuperado tres fragmentos de sección rectangular y 1 mm. de grosor.

4Ginc.7:

Estructura:

Mancha oblonga de cenizas delimitada al SE por una esquinera de adobes que se introducen por debajo del túmulo 4Ginc.1.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce incompleta del tipo 10AN de Sanz (1992) con resorte de muelle 5 mas 1 espira, pie rectangular con mortaja ancha y profunda, l: 1 cm., a: 0,6 cm., anillo de tamaño medio y sección circular, d: 4,2 cm.; s: 0,3 cm. y aguja recta de sección circular.

Dimensiones: D: 4,5 cm. Peso: 12 gr.

4Ginc.8:

Estructura:

Posiblemente se trata de una urna de ofrendas, depositada en la intersección Norte de las cuadrículas 4G y 4F.

Ajuar:

1) *Urna* negra con huesos de animal del tipo B.1.2 de Mata y Bonet (1992: 140,171), de forma globular,

labio recto y doblado, con dos molduras en la base del cuello y pie cóncavo al interior.

Dimensiones: h: 15,7 cm.; Dmx: 19,5 cm.; Dboca: 15,7 cm.; Dpie: 8,2 cm.

4Ginc.9:

Estructura:

Estructura de adobe de 1,10 metros de Sur a Norte, por 0,50 m. de Este a Oeste, que se introduce en el testigo Sur sin excavar de la cuadrícula.

CUADRÍCULA 4H

4Hinc.1:

Estructura:

Estructura tumular de piedra que se introduce bajo los testigos Sur y Oeste de la cuadrícula 4H.

Ajuar:

1) Fragmentos cerámicos: dos galbos y cerámica tosca.

4Hinc.2:

Estructura:

Restos de un *loculus* rectangular, cubierto con piedras de pequeño tamaño distribuidas de forma irregular.

Ajuar:

No se han documentado restos del ajuar.

4Hinc.3:

Estructura:

Restos de piedras que se introducen bajo el testigo Norte de la cuadrícula sin excavar.

Ajuar:

1) *Fusayola* bitroncocónica de pasta amarillenta con un agujero de 0,6 cm. de diámetro.

Dimensiones: h: 2cm.; Dmx: 4,5 cm.; h.sup: 0,9 cm.; h.inf: 1,1 cm.

4Hinc.4:

Estructura:

Esquina de un túmulo de piedra que se introduce bajo los testigos Sur y Este de la cuadrícula sin excavar.

Ajuar:

No se ha excavado entero por lo que no se ha localizado el ajuar.

4Hinc.5:

Estructura:

Mancha de cenizas que se introduce bajo el testigo Este de la cuadrícula 4H que se encuentra sin excavar.

Ajuar:

No se ha excavado entero, por lo que no se ha localizado el ajuar.

4Hinc.6:

Estructura:

No consta en los planos de campo.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce incompleta del tipo 10AN de Sanz (1992) con resorte de muelle, 4 mas 1 espira, anillo mediano de sección circular, d: 2,3 cm.; s: 0,2 cm. y aguja recta de sección circular, l: 2,1 cm.; s: 0,1 cm.

Dimensiones: D: 2,4 cm.

2) *Urna* cineraria pintada de pasta naranja, forma bitroncocónica con borde exvasado de pico de pato, una moldura en el limite del cuello y la panza, pie indicado, cóncavo y umbilicado al interior. Está decorado con una banda que cubre el borde y el cuello, dos series de tres filetes cada una que enmarcan un friso de segmentos de círculos concéntricos y melenas, a continuación hay otra banda seguida de tres filetes y en el pie una serie de dos filetes, una banda y otro filete, todo ello de color rojo-vinoso.

Dimensiones: h: 16 cm.; Dmx: 17 cm.; Dboca: 11,5 cm.; Dpie: 6,9 cm.

3) Urnita de pasta amarillenta y color externo grisáceo, bruñida al exterior e interior, de borde exvasado y cuerpo globular a la que le falta el tercio inferior.

Dimensiones: h.conserv: 4,2 cm.; Dboca: 10 cm.; Dmx: 10,4 cm.

Restos óseos:

Peso total: 288 gr.

Sexo/Edad: Niño de 1-2 años.

13 gr. de epífisis distal de hueso largo de animal.

Hallazgo aislado: *Fíbula* anular de bronce del tipo 10AN 02e I de Sanz (1992: 107) con puente de timbal elipsoidal con montantes, l: 1,1 cm.; h: 1,7 cm.; a: 1,2 cm., resorte de charnela de visagra, anillo pequeño y fragmentado de sección cuadrangular, s: 0,2 cm.

CUADRÍCULA 5D:

5Dinc.1:

Estructura:

Loculus rectangular de 1,24 por 0,85 metros con piedras en el ángulo NW y en el lado NE con restos de adobe entre medias.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce del tipo 10AN 04c de Sanz (1992: 173, 202) con puente de navecilla rectangular, sección cóncavo-aquillada con terminales foliáceos, l: 6,3 cm.; h: 2,1 cm.; a: 2 cm., resorte de charnela de visagra, pie: triangular con apéndice lateral caudal para mortaja, l: 1,6 cm., a: 1,3 cm., anillo grande, sección circular, d: 8,1 cm., s: 0,6 cm.

Dimensiones: D: 8,1 cm.; h: 2,1 cm.

2) *Falcata*: fragmento que incluye parte de la empuñadura y de la hoja. La primera conserva dos

remaches en la guarda basal y dos en la empuñadura. La hoja es de sección triangular.

Dimensiones: L.consrv: 25 cm.

3) *Oinochoe* gris [24].

Se conserva sólo parte de la boca y algún fragmento del cuerpo, del pie y parte del asa de sección circular.

4) *Plato* de pasta anaranjada, forma AIII-8.2.1 de Mata y Bonet (1991: 159), presenta suave ruptura del perfil cerca del borde y está decorado en el interior con bandas y filetes de color rojo-vinoso de 1,8 mm. de las que se conservan dos enteras y el arranque de una tercera. Se conserva fragmentado.

Dimensiones: h.conserv: 2,1 cm.; Dboca: 21 cm.

5) *Plato* gris destruido tipo patera AIII-8.2.1 de Mata y Bonet (1992: 134,159), decorado con líneas apenas perceptibles de color rojo.

Dimensiones: h. conserv: 2,1 cm.; Dboca aprox: 18 cm.

6) *Plato* de pasta amarillenta y forma AIII-8.2.1 de Mata y Bonet (1991: 159), presenta una suave ruptura del perfil cerca del borde con decoración de líneas internas en color rojo claro, conservándose tres de ellas de unos 2 mm. de grosor.

Dimensiones: h.conserv: 3,8 cm.; Dboca: 18,2 cm.

7) *Plato* grande de pasta amarillenta y con borde exvasado de la forma AIII-8.1.1 de Mata y Bonet (1991: 134,158), decorado en el interior con líneas de color rojo-vinoso, pudiéndose distinguir tres de ellas de unos 2 mm. de grosor. Se encuentra quemado en parte de su superficie.

Dimensiones: h.conserv: 2 cm.; Dboca: 21,2 cm.

8) *Patera* de pasta naranja del tipo AIII-8.2.1 de Mata y Bonet (1991: 159), presenta suave ruptura del perfil cerca del borde engrosado y redondeado; con decoración de líneas de color vinoso interiores (dos de 1,5 mm. hacía la mitad del recipiente) y exteriores (una de 1,5 mm. y parte de otra de mayor grosor).

Dimensiones: h.conserv: 2,7 cm.; Dboca: 14,8 cm.

Material intrusivo:

6 bordes, dos fondos, 23 galbos, alguno de ellos con decoración de bandas de color vinoso.

– Fragmento de borde de *urna* de pasta amarillenta, quemado en parte, de borde exvasado, cóncavo en el tercio inferior y convexo en el inferior. Decorado con bandas y líneas onduladas paralelas transversales a ellas de color rojo-vinoso, sobre un fondo de engobe blanco.

Dimensiones: h.conserv: 6 cm.; Dboca: 20 cm.

– *Fondo* de pasta marrón con pie moldurado, decorado al exterior con líneas y círculos concéntricos superpuestos en color rojo-vinoso, el exterior presenta bandas y filetes que enmarcan mitades y cuartos de círculos concéntricos de color rojo oscuro.

Dimensiones: h.conserv: 1,6 cm.; Dpie: 5,1 cm.

Restos óseos:

Peso total: 181 gm.

Sexo/Edad: Mujer 50-60 años.

Los restos óseos se encontraron en el interior de la cista de adobes.

5Dinc.2:

Estructura:

Mancha de ceniza que se introduce bajo el testigo Este y Sur de la cuadrícula 5D.

Ajuar:

1) *Urna* de pasta gris, decorada con segmentos de círculos concéntricos de color rojo-vinoso que arrancan de bandas paralelas. Se han conservado dos fragmentos del cuerpo.

2) *Pondus* de pasta gris de forma aparentemente paralelepípedo con un agujero que lo atraviesa de forma transversal. Se conserva un fragmento del tercio superior.

Dimensiones: h.conserv: 5,6 cm.; a: 6,6 cm.; D.agujero: 0,7 cm.

3) *Fondo* de un recipiente de pequeño tamaño (ungüentario) con decoración incisa en el fondo en forma de corona de laurel. Está completamente quemado.

Dimensiones: h. conserv: 2,1 cm.; Dpie: 3,8 cm.

4) *Taba* pequeña quemada, adoptando una coloración blanquecina.

Fragmentos cerámicos intrusivos:

5 fondos; 4 bordes; 28 galbos, muchos de ellos decorados con bandas, punteados y círculos.

– Fondo de pasta anaranjada y pie elevado y con umbo muy pronunciado al exterior.

Dimensiones: h.conserv: 2,2 cm.; Dpie: 5,4 cm.

– Fragmento de borde de una boca estrecha de una jarra o un ungüentario de pasta anaranjada clara, fina y de acabado cuidado.

Dimensiones: h.conserv: 4,1 cm.; Dboca: 5,5 cm.

– Fragmento de pie alto de un plato de pasta gris.

– Fondo de un cuenco de pasta naranja y pie cóncavo al interior. La pared interna presenta ligeros rebajes dejados por el torno.

Dimensiones: h.conserv: 2,7 cm.; Dpie: 9 cm.

– Fragmento de borde de un platito de pasta anaranjada y decoración externa a base de tres líneas paralelas en oblicuo a las líneas de torno, posiblemente restos de una decoración de semicírculos concéntricos.

– Fragmento de urna de cuello acampanado y cuerpo globular, de pasta anaranjada y decoración de ondas paralelas perpendiculares a las líneas de torno y apoyadas en barras paralelas a las del torno de color vinoso sobre un fondo de engobe blanco. Presenta también las tradicionales bandas en el cuerpo del recipiente.

– Tres fragmentos de galbo posiblemente de la misma urna de pasta naranja de buena calidad, decorada con bandas y filetes, y cuartos de círculos concéntricos de color vinoso y pinceladas discontinuas en paralelo y transversales a las bandas y filetes.

[24] Sin dibujar por el mal estado de conservación de la pieza.

– Fondo de urna de pasta naranja, cóncavo al interior.

Dimensiones: h.conserv: 1,9 cm.; Dpie: 5 cm.

– Fragmento de panza de urnita de pasta anaranjada tosca y muy porosa, quemada en el interior y que presenta un baquetón y tres molduras que separan el cuello cóncavo de la panza convexa.

Dimensiones: h.conserv: 4,4 cm.; Dmx: 10 cm.

– Fragmento de panza de urna de pasta naranja de mala calidad decorada con líneas y semicírculos concéntricos de color vinoso.

– Borde de pátera de pasta amarilla-anaranjada.

5Dinc.3:

Estructura:

Hoyo de ceniza circular de 0,80 por 0,80 metros.

Ajuar:

1) *Lanza* larga del tipo VA1 de Quesada (1997: 357-58) con un engrosamiento en la zona de arranque del cubo, nervio marcado, sección de la hoja del tipo 1 de Quesada.

Dimensiones: L.mx: 36 cm.; L.hoja: 27,8 cm.; Amx.conserv: 3,4 cm.; Dmx.cubo: 2,5 cm.; Dmn.cubo: 1,7 cm.

2) *Regatón* de hierro de sección circular.

Dimensiones: L.total: 12,3 cm.; Amx: 2,1 cm.

3) *Lanza o soliferreum* en mal estado de conservación ya que solo se conservan tres fragmentos, uno de ellos formaría parte del cubo, hueco y con un engrosamiento en el tercio inferior, no pudiéndose precisar mayor detalle.

Dimensiones: L.conserv.cubo: 7,5 cm.; Amx: 2,6 cm.

4) *Urna* de pasta naranja, quemada por fuera lo que le da un color gris, de pequeñas dimensiones y forma caliciforme de perfil en ese con dos molduras en el cuello, del tipo AIII-4.1.2 de Mata y Bonet (1991: 157). Se conservan restos de la boca y el pie.

Dimensiones: Dboca: 14 cm.; Dmx: 12,7 cm.

Se encontró en la esquina SW.

5) *Urnita* de pasta amarillenta completamente quemada por lo que la superficie ofrece un color negro. Se encontró en muy mal estado de conservación.

Dimensiones: h.conserv: 5,8 cm.; Dmx: 10,1 cm.; Dboca: 10 cm.

Fragmentos cerámicos intrusivos de pasta anaranjada y restos de decoración de bandas de color vinoso (dos fondos y un borde).

– Fondo de urna de pasta naranja tosca quemada en parte.

– Fragmento de borde de urna de pasta gris-blanquecina tosca y muy porosa.

– Dos fragmentos de cerámica naranja de paredes gruesas decorados con bandas rojas.

– Fragmento de galbo de pasta amarillo-anaranjada y fina, con restos de pintura roja.

– Galbo de pasta amarillenta con decoración de tres líneas paralelas rojizas sobre un fondo de engobe blanco.

5Dinc.4:

Estructura:

Cista de adobe en sus lados E, W y N, mientras el lado Sur se cierra con unas piedras. Presenta unas dimensiones de 1,25 por 0,41 m. Por debajo quedan restos del *loculus*.

Ajuar:

1) *Pátera ática* con borde reentrante y pie alto de la forma 21 decorada con 6 palmetas combinadas y tres vueltas de ruedecilla al exterior. Se conserva muy fragmentada.

Dimensiones: h: 3,8 cm.; Dboca: 11,4 cm.; Dpie: 6,5 cm.; hpie: 1,3 cm.

Cronología: 375-350 a.C.

2) *Plato de barniz rojo* carenado con cuatro leñas de grapa en el borde y tres en el cuerpo, borde exvasado inclinado y pie cóncavo al interior. Barniz color sangre externo e interno de buena calidad. Quemado externamente, fragmentado y reconstruido.

Dimensiones: h: 3,2 cm.; Dboca: 16,1 cm.; Dpie: 4,8 cm.

3) *Urna* cineraria de pasta anaranjada y forma globular de la que se conserva la panza y el pie indicado y cóncavo al interior con umbo central del tipo II-A.2.2 de Mata y Bonet (1991: 127,150); presenta decoración de color vinoso siguiendo el siguiente esquema: series de tres filetes, siendo el central de 5 mm. y los laterales de 3 mm. alternándose con cuartos de círculos concéntricos y punto central, así como líneas onduladas transversales. Se conserva muy fragmentada y reconstruida.

Dimensiones: h.conserv: 19 cm.; Dmx: 22 cm.; Dpie: 9 cm.

Fragmentos cerámicos: borde de pasta gris oscura, de paredes gruesas perteneciente a una urna de boca ancha tipo cuenco grande de cocina.

Fragmento de borde de paterita de barniz rojo oscuro interno y externo, quemado externamente.

Restos óseos:

Peso total: 204 gr.

Sexo/Edad: Varón, 40-45 años y mujer de 35-45 años.

En la urna aparecen los restos del varón y en el *bustum* los de la mujer (Reverte 1985).

5Dinc.5:

Estructura:

Túmulo de adobe cuadrangular de 1,85 por 1,79 m. levantado sobre una superficie preparada de tierra endurecida de color rojizo que ocupa una superficie de 2,27 por 2,42 metros y que constituye un pasillo de circulación alrededor de la estructura. La delimitación externa del túmulo se realiza con líneas de adobes de color rojizo-anaranjado, largos y estrechos,

de los que se conservan un máximo de 30 cm. de ancho y hasta 1,3 metros de largo, aunque las longitudes son mucho más irregulares al haberse compactado por la acción del fuego, mientras la estructura interna la forman adobes más cortos y anchos, que sellan el hoyo donde se colocó la urna y las cenizas que ennegrecieron las paredes del hoyo, aunque buena parte de esta estructura interna está cubierta por los restos del *ustrinum* que dejan manchas de ceniza distribuidas irregularmente sobre los adobes. Entre las hiladas de adobes se detectan unas líneas blanquecinas pertenecientes al barro de unión. Se orienta al SE-NW. En el centro de la estructura se ubica el *loculus* de forma circular.

La urna cineraria se colocó en el centro y la boca se encuentra cubierta por una piedra plana.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce del tipo 10AN 04a de Sanz (1992: 140, 190) con puente de navecilla, sección biselada, l: 3,6 cm.; h: 1,2 cm.; a: 0,4 cm., resorte de aguja libre con tope de muelle, pie largo, vuelto sobre sí, sujeto al anillo mediante alambres, mortaja de media caña, l: 1,2 cm., a: 0,4 cm. y anillo medio, de sección circular, d: 4,6 cm., s: 0,3 cm. decorado con arrollamiento de alambres.

Dimensiones: D: 4,6 cm.; H: 1,2 cm.

2) *Sello* o *botón* de bronce, presenta el enganche perpendicular al eje con una perforación vertical. Representa en negativo un ciervo, con la pata delantera izquierda levantada en postura dinámica, la cabeza erguida y la cornamenta de perfil y extendida hacía atrás en línea recta.

Dimensiones: Lg.total: 1,2 cm.; D.sello: 1,4 cm.; Grosor sello: 0,3 cm.; Lg.enganche: 0,9 cm.; Grosor enganche: 0,3 cm.; D.perforación: 0,3 cm. Peso 10 gr.

3) *Brazalete* de bronce [25].

4) Punta de *falcata* [26].

5) *Urna* cineraria de bandas de pasta color anaranjado del tipo II-2.2.1 de Mata y Bonet (1992: 127, 150), de cuerpo bitroncocónico, moldura en la base del cuello, borde exvasado y labio en ala, pie indicado con base cóncava al interior y umbilicada. Está decorada con bandas y filetes alternos de color rojo-vinoso, el pie presenta engobe de color blanquecino.

Dimensiones: h: 23,5 cm.; Dmx: 22,8 cm.; Dboca: 13 cm.; Dpie: 8,1 cm.

6) *Fusayola* bitroncocónica de pasta gris con una perforación que la atraviesa verticalmente de 4 mm. de diámetro y sección circular con un ensanchamiento en la base superior de 14 mm. de sección.

Dimensiones: h: 2,4 cm.; Dmx: 2,7 cm.; D.base sup: 1,6 cm.; D.base inf: 1,2 cm.

[25] No se ha podido consultar la pieza en el MAN y no existe dibujo de la misma pero se enumera como parte del ajuar en la ficha de campo aunque podrían ser los fragmentos de fíbula de 5D.

[26] No se ha podido consultar la pieza en el MAN quedando constancia de su existencia por las fichas de campo.

7) *Fusayola* bitroncocónica de pasta gris con carena en el tercio inferior, y perforación vertical de 3 mm. de diámetro, ensanchándose en la base superior hasta alcanzar 8 mm. Rota en uno de los lados.

Dimensiones: h: 2 cm.; Dmx: 2,5 cm.; D.base sup: 1 cm.; D.base inf: 1,9 cm.

Restos óseos:

Peso total: 888 gr.

Sexo/Edad: Mujer, 25-30 años y joven de 10-12 años dudoso.

En el interior de la urna se depositaron los restos óseos de la mujer y en el interior del *bustum* los del joven (Reverte 1985).

5Dinc.6:

Estructura:

Pequeña mancha circular de ceniza de 0,30 m. por 0,30 m. delimitado al Sur por piedras de pequeño tamaño y cubierto en el centro por un adobe de 0,17 m. Cabeza de León fragmentada de una de las esquinas del Monumento (5D8) reutilizada para cubrir la urna.

Ajuar:

1) *Urna* cineraria globular de pasta anaranjada, borde recto, cuello muy estrecho y pie indicado cóncavo y umbilicado al interior.

Dimensiones: h: 22,6 cm.; Dboca: 20,2 cm.; Dmx: 23,8 cm.; Dpie: 8,4 cm.

Restos óseos:

Peso total: 1.043 gr.

Sexo/Edad: Mujer 30-40 años y niño de 1-2 años.

5Dinc.7:

Estructura:

Esquina de un túmulo de piedra que se introduce bajo el testigo Este de la cuadrícula 5D.

Ajuar:

1) *Urna* pequeña de pasta color gris, forma caliciforme, cuerpo globular y borde exvasado, cuello cilíndrico separado del cuerpo por un hombro redondeado bien marcado, y pie alto y cóncavo al interior del tipo AIII-4.1.2 de Mata y Bonet (1991: 133,157) y forma 11 de Cuadrado (1987: 128,166). Se encontró quemada.

Dimensiones: h: 7,5 cm.; Dmx: 7,5 cm.; Dboca: 7,5 cm.; Dpie: 3,6 cm.

2) Dos *astrágalos* quemados, de uno de ellos se conserva la mitad.

Dimensiones: l: 2,1 cm., a: 1,5 cm.; l.cons: 1,4 cm., a: 0,9 cm.

Material del nivel superficial:

– Fíbula de bronce de pie vuelto.

– Remache de bronce plano por detrás y de forma hemiesférica por delante con un estrechamiento en el centro a modo de molduras. Parece un aplique de otro objeto.

– 3 clavos doblados de sección cuadrada de hierro.

– Barra de hierro de sección rectangular, con dos remaches de clavos de sección cuadrada y cabeza hemiesférica.

– Dos cuernos de marfil, el mas completo de los cuales presenta dos estrías profundas de un posible enmangue no conservado.

– Fragmento de puente de fíbula anular de bronce de sección circular.

– Fragmento de anillo de fíbula de sección triangular.

– Cuenta circular de bronce con un agujero que la atraviesa de 3,5 mm.

CUADRÍCULA 5E

5Einc.1= 5Einc.5:

Estructura:

Túmulo cuadrangular de piedra de 2,48 por 2,54 metros, en el que se han reutilizado alguno de los sillares del Monumento que enumeramos a continuación: fragmento de cornisa, sillar 5E-4 con negativo de grapa, sillar 5E-3 (SE), sillar 5E-5 (NE), sillares 5D-4 y 5D-3 al Este haciendo esquina. En la parte central se localiza una cista de adobes de 1,42 por 0,85 metros, con el lado SE abierto y con los adobes de 0,48 m. por 0,24 m. aproximadamente, unidos entre sí por una argamasa de color blanquecino. La altura máxima conservada es de 30 cm. y la orientación SE-NW.

Ajuar 5E1:

En la parte central de la cista de adobes apareció depositado el ajuar.

1) *Espada de La Tène*, posiblemente del tipo VII C de Quesada (1997: 244-260) sin vaina metálica, con hombros redondeados y filos paralelos. Empuñadura de espiga. Se conserva el arranque de la espiga de la empuñadura y fragmentos de la hoja, por lo que no se pueden ofrecer dimensiones fiables.

2) *Regatón* de hierro de sección circular hueca del que se conserva un fragmento.

Dimensiones: L.conserv: 8,5 cm.; Dmx: 2,8 cm.; Dmn: 1,7 cm.

3) *Soliferreum* o *punta de lanza* muy destrozado y doblado en su extremo, del que no se pueden inferir dimensiones fiables.

Ajuar 5E5:

1) *Fíbula* anular de bronce de la que sólo se conserva un fragmento.[27]

2) *Fíbula* anular pequeña de bronce en muy mal estado de conservación.

3) Fragmento de bronce de forma circular y roto, posible remache o elemento decorativo de alguna otra pieza.

4) *Falcata*: seis fragmentos en muy mal estado de conservación, con hoja de sección triangular y parte de la guarda basal visible.

Dimensiones: L.conserv: 48,8 cm.; Amx.conserv: 5,5 cm.

Boquilla de *vaina* de *falcata* bastante deformada.

Dimensiones: L: 7,5 cm.; Amx: 2,4 cm.; Amn: 1,1 cm.; s: 0,2 cm.

5) *Soliferreum*, 25 fragmentos muy exfoliados y doblados de sección circular.

6) *Manilla de escudo*: dos fragmentos del tubo de la agarradera, láminas de las aletas y remaches.

7) *Punta de lanza* en tres fragmentos, uno constituye el arranque de la hoja (base y mesa) y el cubo de sección circular y hueco; y otros dos fragmentos que forman parte de una hoja larga, con nervio central de sección difícil de identificar por mala conservación pero que en todo caso correspondería al tipo 1 o 2 de Quesada (1997: 359).

Dimensiones: L.total conserv: 36 cm.; L.hoja conserv: 27 cm.; Amx.hoja: no se puede precisar.; L.cubo: 9 cm.; Amx.cubo: 2,2 cm.

8) *Regatón* de hierro de sección circular en mal estado de conservación.

Dimensiones: Lconserv: 11,5 cm.; Amx: 1,7 cm.; Amn: 1,3 cm.

9) *Pasador* de hierro constituido por dos piezas rectangulares paralelas atravesadas por dos barritas de sección cuadrada y rematadas en dos remaches circulares en ambos extremos. Fusionada por la acción del fuego, se encuentra una barra de sección circular que la atraviesa transversalmente.

Dimensiones: L: 4,1 cm.; a: 3 cm.; s: 0,3 cm.

10) Pieza de hierro sin identificar.

11) Pieza de hierro sin identificar de sección lenticular y rota en su extremo más estrecho.

12) Fragmento de pie moldurado de un *Kantharos de barniz negro* probablemente de carácter intrusivo por una conejera.

Dimensiones: h.conserv: 1,5 cm.; Dpie: 4,8 cm.

Cronología: primer tercio del s. IV a.C.

Fragmentos cerámicos intrusivos: 27 piezas de las que cabe considerar las siguientes, por ser las que ofrecen formas identificables:

– Urna de la que solo se conserva el borde exvasado y decorada con una banda de color rojo-vinoso.

Dimensiones: h.conserv: 1,7 cm.; Dboca: 13,2 cm.

– Urna de la que se conserva el borde engrosado y recto con una acanaladura en el arranque de la panza.

Dimensiones: h.conserv: 3,5 cm.; Dboca: 10,5 cm.

– Urna de la que se conserva un fragmento de la panza con restos de decoración de bandas de color rojo-vinoso.

Dimensiones: h.conserv: 6,7 cm.; Dmx: 17,1 cm.

Restos óseos:

Los huesos se localizaron en el interior de la cista de adobe.

Peso total: 17 gr.

Sexo/Edad: Varón 30-40 años.

[27] No se ha podido consultar en el MAN.

5Einc.2:

Estructura:

Loculus de forma lenticular rodeado de una fina capa de adobe que lo delimita presentando unas dimensiones de 1,17 m. de largo excavado, por 0,48 m. de ancho en el extremo redondeado y 0,38 m. en el estrechamiento de la parte central. En el extremo NE del *loculus* se encuentran piedras de pequeño y mediano tamaño cubriéndolo, que se meten en el testigo Norte de la cuadrícula que se encuentra sin excavar, perdiéndose el extremo NE de la mancha de ceniza al quedar debajo del mismo.

Está delimitado al SE por el *loculus* 5Einc.4, al SW por el túmulo 5Finc.3 y está por encima del túmulo principesco 5Finc.4.

Ajuar:

1) Fragmentos de hierro que podrían pertenecer a un *soliferreum*, aunque su estado de conservación no permite mayor precisión.

2) *Urna* fina de pasta amarillenta y forma globular con borde exvasado, a la que le falta el pie.

Dimensiones: h.conserv: 5,1 cm.; Dmx: 13,1 cm.; Dboca: 12,1 cm.

3) *Urna* tosca de pasta anaranjada quemada en parte de la superficie externa, borde exvasado y labio vuelto, presenta un estrechamiento en el cuello con baquetones y una fuerte carena en el arranque del cuerpo, pie indicado.

Dimensiones: h: 9,4 cm.; Dmx: 11 cm.; Dboca: 9,5 cm.; Dpie: 6,1 cm.

4) *Pátera de campaniense* de la forma 36L con cronología 175-125 a.C.

Dimensiones: h: 2,8 cm.; Dboca: 9,2 cm.; Dpie: 3 cm.

5) *Cubilete* panzudo de paredes finas del tipo AIV 4 de Mata y Bonet (1991: 135,162) de borde vuelto y pasta blanquecina. El cuerpo, a excepción del cuello y el pie, está decorado con filas de pequeñas pirámides de base cuadrada, en relieve enmarcadas por frisos a modo de baquetones.

Dimensiones: h.conserv: 10,7 cm.; Dmx: 9,7 cm.; Dboca: 9,1 cm.; Dpie: 4,5 cm.

Cronología: Este tipo de cubiletes ofrecen fechas de finales del s. II a.C.

6) *Urna* tosca de pasta anaranjada, de borde vuelto, presenta baquetones en el cuello y una fuerte carena en el arranque del cuerpo del que sólo se ha conservado el tercio superior. El interior presenta una coloración negruzca debido al contacto con objetos sometidos a la acción del fuego.

Dimensiones: h.conserv: 6,1 cm.; Dmx: 14,5 cm.; Dboca: 10,2 cm.

Cronología de la tumba: mediados-finales del siglo II a.C.

Fragmentos cerámicos intrusivos:

– Borde de urna tosca de pasta amarilla-blanquecina, borde exvasado en forma de pico de ánade y baquetón en el cuello.

– Borde de urna tosca de pasta marrón oscura y quemada en parte.

– Borde de plato de pasta gris, borde exvasado con decoración geométrica de color rojo-vinoso.

– Pie anular de un posible plato de pasta gris.

– Fragmento de fondo de un cuenco de Campaniense C (negro plateado) con barniz de mala calidad.

– Dos bordes de páteras con decoración de bandas y filetes de color rojo-vinoso.

– Asa simple de sección rectangular y pasta naranja.

5Einc.3:

Estructura:

Loculus de 0, 90 m. de longitud por 0,40 m. de ancho orientado al SE-NW y flanqueado por adobes de 0,52 por 0,24 m. aproximadamente, en todos sus lados excepto el SW que queda delimitado por el sillar 5E-3 del túmulo 5Einc.1 al que se superpone.

Los *pondera* se depositan en la parte superior del *loculus*, cuatro de ellos en el extremo Sur y el quinto en el centro. El plato gris se encontró boca abajo sobre la urna.

Ajuar:

1) *Urna* negra tosca de pasta bicolor del tipo B-1.2 de Mata y Bonet (1992: 140-171) con borde exvasado y labio vuelto redondeado, dos molduras en el arranque de la panza, muy incompleta y quemada.

Dimensiones: h.conserv: 4,1 cm.; Dmx: 14,5 cm.; Dboca: 11,7 cm.

2) *Urnita* de pasta anaranjada quemada al exterior de forma caliciforme del tipo AIII-4.1.1 de Mata y Bonet (1991: 133,157), con cuerpo globular y borde exvasado, suave carena en el arranque del cuello, pie alto y cóncavo al interior. Sólo se conservan fragmentos de la misma.

Dimensiones: h.conserv: 7,7 cm.; Dboca: 15,7 cm.; Dpie: 5 cm.

3) *Platito* gris del tipo AIII-8.2.2 de Mata y Bonet (1992: 134,159), con decoración interna de filetes pintados de color rojo oscuro en el centro del plato.

Dimensiones: h.conserv: 2,3 cm.; Dboca: 12,1 cm.

4) *Plato* de pasta color gris-marrón y forma de escudilla, troncocónico, con borde sin diferenciar y pie marcado del tipo AIII-8.3.3 de Mata y Bonet (1991: 134,160) con engobe blanco en frisos alternos, decorado al interior y al exterior siguiendo un esquema prácticamente idéntico: líneas de pintura color rojo intenso que separan bandas con decoración geométrica de círculos concéntricos superpuestos situados en el extremo y centro del plato y series de rombos en la franja central. Se conservan fragmentado.

Dimensiones: h: 5,7 cm.; Dboca: 24,2 cm.; Dpie: 7 cm.

5) *Plato* pintado de pasta anaranjada de forma AIII- 8.1.1 de Mata y Bonet (1991: 134,159), con borde exvasado en ala, decorado con bandas y cuartos de

círculo concéntricos de color rojo-vinoso. Se conserva fragmentado.

Dimensiones: h.conserv: 3,8 cm.; Dboca: 22,2 cm.

6) *Plato* pintado de pasta color anaranjado y borde exvasado tipo AIII-8.1.1 de Mata y Bonet (1991: 134,159), con decoración de bandas de color rojo-vinoso al interior y exterior del plato, de las que parten filamentos transversales cerrados con una fina línea paralela a las bandas. El labio externo está cubierto por una banda de pintura color rojo-vinoso. Se encontró muy fragmentado.

Dimensiones: h.conserv: 4,7 cm.; Dboca: 24,2 cm.

7) *Pondus* amarillo-anaranjado, paralelepípedo con un agujero que atraviesa sus caras más anchas de 0,4 cm. de diámetro. Forma 21 de Fatás (1976: 206).

Dimensiones: h: 11,5 cm.; Amx: 6,5 cm.

Quemado en parte.

8) *Pondus* de pasta color amarillo-anaranjado, forma 22 de Fatás (1976: 206), paralelépipedo, con dos agujero que atraviesan sus caras más anchas con un diámetro de 4 mm. Se encontró quemado en buena parte.

Dimensiones: h: 13,1 cm.; Dmx: 5,7 cm.; Dmn: 5,1 cm.

9) *Pondus* de pasta color amarillo-anaranjado y forma troncopiramidal con bases superior e inferior redondeadas, forma 31 de Fatás (1976: 206), con un agujero de 1,1 cm. de diámetro, y fragmentado en su base inferior.

Dimensiones: h: 12,2 cm.; Amx: 7,2 cm.; Amn: 5,3 cm.

10) *Pondus* de pasta color amarillento y forma troncocónica con dos agujeros de 7 mm. de diámetro. Corresponde a la forma 12 de Fatás (1967: 206). Quemado en uno de sus lados.

Dimensiones: h: 11 cm.; Amx: 6,8 cm.; Amn: 4,5 cm.

11) *Pondus* de pasta color rojiza-anaranjada y forma paralelepípeda con dos agujeros de 5 mm. de diámetro. Forma 22 de Fatás (1967: 206). Se encuentra muy fragmentado y quemado.

Dimensiones: h: 13,2 cm.; a: 6,4 cm.

12) *Fusayola* de pasta color amarillento y forma bitroncocónica con carena en el cuerpo inferior, con un agujero de 1,1 cm. de diámetro y sección circular.

Dimensiones: h: 3,1 cm.; Dmx: 3,2 cm.; D.base sup: 1,4 cm.; D.base inf: 1,4 cm.

13) *Fusayola* de pasta color anaranjada, forma bitroncocónica con carena inferior muy baja y sección de 5 mm. que se abre hasta 2,1 cm. en la base inferior.

Dimensiones: h: 2,1 cm.; Dmx: 3,1 cm.; D.base sup: 1,1 cm.; D.base inf: 2,2 cm.

5Einc.4:

Estructura:

Loculus rectangular de 1,81 por 0,57 metros, con un pequeño amontonamiento de piedras en el lado Norte. Orientado en sentido SE-NW.

Ajuar:

1) *Tijeras* de hierro de sección triangular en las hojas y rectangular en el mango.

Dimensiones: L.total: 28,2 cm.; L.hoja: 17,6 cm.; amx.hoja: 2,9 cm.; a.mango: 0,8 cm.; lg.mango: 1,7 cm.

Paralelos y cronología: Unas tijeras similares se encuentran en las tumbas 79 y 110 de El Cigarralejo, con fechas del 375-350 a.C. y 325-200 a.C. respectivamente (Cuadrado 1987: 205, 247). Por su posición estratigráfica se colocaría en las fechas más antiguas, en torno al 375-350 a.C.

2) Boquilla de hierro de la *vaina* de una falcata de sección rectangular.

Dimensiones: L: 7,5 cm.; a: 1,3 cm.; Grosor: 0,2 cm.

3) *Urna* pintada muy incompleta [28].

Dimensiones: No se pueden inferir dado el mal estado de conservación.

Fragmentos cerámicos intrusivos: 14, entre ellos 2 bordes, uno de urna gris tosca y otro de un plato gris fino.

5Einc.6:

Estructura:

Mancha de ceniza debajo del sillar 5E5 que podría pertenecer a la estructura de adobe de la 4Dinc.1.

Ajuar:

1) *Falcata* en mal estado de conservación. Se conserva parte de la guarda basal y de la hoja de sección triangular. Quedan restos de cuatro acanaladuras.

Dimensiones: L.conserv: 35 cm.; Amx: 5 cm.; Grosor hoja: 1 cm.

2) *Manilla* de escudo: asidero y arranque de una de las aletas.

Dimensiones: L.asidero conserv: 6,3 cm.; a: 1,9 cm.; Grosor: 1,5 cm.

3) *Mordaza* con un pasador de hierro: remache de unión de dos chapas para ensamblar tablas de madera de un escudo.

Dimensiones: L.total: 6,7 cm.; D.pasador: 1,1 cm.

4) *Pondus* muy incompleto.

5) *Fragmentos cerámicos* que no ofrecen formas identificables.

CUADRÍCULA 5F:

5Finc.1:

Estructura:

Mancha circular de ceniza de 0,94 m. en sentido N-S y 0,72 m. en la parte más ancha, en sentido E-W delimitada por una fina capa de adobes.

Ajuar:

No se han documentado restos del ajuar.

---

[28] No se ha podido dibujar dado el mal estado de conservación de la pieza.

5Finc.2:

Estructura:

Túmulo de piedra, con caja interna de adobe de la que sólo se ha excavado la esquina SE, faltando el resto por quedar bajo los testigos Oeste y Sur de la cuadrícula 5F. Se conserva una altura de 22 cm. y la orientación es NE-SW.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce del tipo 10AN04b de Sanz (1992) con puente de navecilla normal de sección plano-convexa, l: 4 cm., h: 3 cm., a: 1,5 cm.; pie rectangular, con mortaja ancha y profunda, l: 1,6 cm.; a: 1 cm. Anillo de tamaño medio y sección circular, d: 5,2 cm.; s: 0,5 cm.

Dimensiones generales: D: 5,2 cm.; h: 3 cm.

2) *Espada* incompleta de *frontón* a la que le falta la empuñadura y la punta. La hoja es ligeramente pistiliforme, con acanaladuras centradas en la hoja y paralelas a los filos y sección rectangular, cruz recta y empuñadura con lengüeta plana de la que sólo se conserva el arranque de la misma, sobre las que se colocarían las cachas de materia orgánica. Restauración muy agresiva que se ha llevado las acanaladuras dejando la hoja prácticamente lisa.

Dimensiones: L.conserv: 24,5 cm.; Lconserv.hoja: 24,5 cm.; Amx.hoja: 6,2 cm. Amn.hoja: 4 cm.; L.conserv. lengüeta: 1,1 cm.

3) *Espada de antenas* atrofiadas fragmentada y restaurada con métodos agresivos que hicieron desaparecer las acanaladuras del tercio superior de la hoja. Las esferas que coronan el enmangue se encontraron desgajadas y la hoja fragmentada en varios trozos. La empuñadura se ensancha en el centro y tiene sección circular y la guarda es arqueada. Se conservan cuatro series de tres cada una de acanaladuras longitudinales en paralelo a la hoja de las que no se puede precisar más detalles debido al estado de conservación y a la restauración sufrida por la pieza. De la hoja se conserva aproximadamente un tercio de su longitud total y es de sección ovalada.

Dimensiones: L.conserv: 26,8 cm.; L.conserv.hoja: 17,3 cm.; Amx.hoja: 4,6 cm.; Lg.mango: 9,1 cm.; sección mango: 2,8 cm.; a.guarda: 5,2 cm.; l.guarda: 4 cm.

4) *Punta de lanza* de hierro del tipo VC ó VI de Quesada (1997: 357-58), con cubo largo de sección circular y dos orificios para sujetar el astil de madera y nervio central marcado de sección rectangular.

Dimensiones: L.total : 22,2 cm.; L.hoja: 12,4 cm.; Amx.hoja: 3,1 cm.; L.cubo: 9,7 cm.; Dmx.cubo: 1,9 cm.; Dmn.cubo: 1,6 cm.

5) *Regatón* de hierro troncopiramidal con sección circular hueca en dos tercios de la longitud y maciza en el tercio restante.

Dimensiones: L.total: 13, 1 cm.; Amx: 2,2 cm.; Amn: 0,9 cm.

6) *Cuchillo de hierro* «afalcatado» con poca curvatura en la hoja y sin acanaladuras, de sección rectangular.

Dimensiones: L: 11,1 cm.; Amx: 1,2 cm.; Amn: 1,1 cm.; s.hoja: 0,15 cm.; a.guarda: 0,9 cm.; l.guarda: 1,5.

7) *Urna* grande de almacenaje de la que sólo se conservan algunos fragmentos muy fragmentados.

8) *Plato* de la forma III.8.1.1 de Mata y Bonet (1992: 134) quemado y fragmentado hasta el punto de que apenas se aprecia la decoración de color rojo-marrón a base de cuartos de círculos concéntricos y bandas anchas de color rojo en el pie y tercio inferior del plato. En el interior se observan restos de líneas onduladas y pinceladas de trazo grueso paralelas.

9) *Pondus* de pasta color rojiza-anaranjada y forma paralelepípeda con dos agujeros de 8 y 9 mm. de diámetro respectivamente. Forma 22 de Fatás (1967: 206).

Dimensiones: h: 11,4 cm.; a: 7,5 cm.

10) *Pondus* incompleto, posiblemente de forma paralelepípeda con dos agujeros que atraviesan de lado a lado la pieza y que se perforan a distinta altura. Se empezó a perforar un tercer agujero que no penetra hasta el extremo opuesto.

Dimensiones: h: 11 cm.; Amx.conserv: 5,6 cm.

11) *Pondus* de pasta color amarillo-anaranjado y forma troncopiramidal con bases superior e inferior redondeadas, forma 31 de Fatás (1976: 206), con un agujero de 1 y otro de 0,9 cm. de diámetro respectivamente que atraviesan el *pondus* en diagonal saliendo a diferente altura por la cara opuesta.

Dimensiones: h: 11 cm.; Amx: 8 cm.; Amn: 6,5 cm.

1) *Fragmentos cerámicos*

Restos óseos:

Peso total: 52 gr.

Sexo/Edad: Sexo dudoso, 30-40 años.

Los restos óseos se encontraron en el interior de la cista de adobes.

5Finc.3:

Estructura:

Túmulo cuadrangular de piedra de 1,51 por 1,40 metros con un hoyo circular en el centro de la estructura y 27 cm. de altura conservada. La esquina NW está más desdibujada. Orientación SE-NW. Se asienta sobre el ángulo SE del túmulo 5Finc.4.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce del tipo 10AN04b de Sanz (1992) con puente de navecilla normal, sección cóncavo-convexa; l: 1,6 cm.; h: 1,7 cm.; a: 2,5 cm., resorte de charnela de visagra, tipo 08, pie rectangular largo, l: 1,4 cm.; a: 0,6 cm., aguja recta de sección circular, l: 2,6 cm.; s: 0,2 cm. y anillo mediano de sección circular, d: 4,4 cm., s: 0,4 cm.

2) *Fíbula* anular de bronce de la que sólo se conserva un fragmento del puente de sección cóncavo-convexa.

L.puente conserv: 2,1 cm. , s.puente: 0,4 cm.

3) *Soliferreum*: numerosos fragmentos muy exfoliados, doblado en su extremo y de sección circular.

4) *Vástago* de hierro curvado de sección circular. Dimensiones: L: 7,7 cm.; Grosor: 1,5 cm.

5) *Plato* pintado de pasta color amarillo-anaranjado, borde exvasado, pie anular marcado, tipo AIII-8.1.1 de Mata y Bonet (1991: 159). Decoración interna y externa de color rojo-vinoso y engobe blanco en las franjas que presentan decoración de semicírculos, ofreciendo el siguiente esquema: dos franjas en el borde y centro del plato de semicírculos concéntricos entrelazados con punto central o melenas transversales a modo de rayos de sol sobre un fondo de engobe blanco; y una franja central decorada con rombos. Los frisos se separan con filetes paralelos, dos en el borde y centro y uno en el centro. El exterior sigue un programa decorativo prácticamente idéntico, salvo la ausencia de melenas y la separación de frisos por medio de un único filete. La pieza está muy fragmentado y quemada, sobre todo en el interior, donde presenta una marca en reserva de haber llevado algún objeto encima que lo salvaguardó de ser quemado por completo

Dimensiones: h: 5,5 cm.; Dboca: 24,5 cm.; Dpie: 7,4 cm.

7) *Plato* pintado de pasta anaranjada, borde exvasado, pie anular hueco y marcado, tipo AIII-8.1.1 de Mata y Bonet (1991: 159). Está decorado con dos franjas en el borde y centro del plato de semicírculos concéntricos entrelazados con punto central sobre un fondo de engobe blanco; y una franja central decorada con rombos. Los frisos se separan con filetes paralelos, dos en el borde y fondo y uno en el centro. El exterior sigue un programa decorativo prácticamente idéntico, salvo la separación de frisos por medio de un único filete. Se conserva muy quemado en el interior y fragmentado.

Dimensiones: h: 6,1 cm.; Dboca: 22,7 cm.; Dpie: 7,4 cm.

8) *Plato* pintado de pasta anaranjada, engobe blanco en la banda externa y en la más cercana al círculo central que no presenta decoración alguna. El exterior del plato tiene también restos de engobe blanco en el pie, borde y banda central.

Se decora con filetes y rombos al interior y filetes y pétalos al exterior de color rojo-vinoso.

Dimensiones: h: 6,4 cm.; Dboca: 23 cm.; Dpie: 6,9 cm.

9) *Pondus* de pasta color rojizo del que sólo se conservan dos esquinas, no pudiéndose inferir dimensiones de la pieza.

10) *Urnita* gris bruñida de la que solo se conserva un fragmento de la panza.

Restos óseos:

Peso total: 224 gr.

Sexo/Edad: Varón 40-45 años.

5Finc.4:

Estructura:

Gran túmulo de piedra escalonado de 6,48 m. de largo en el lado Norte y 6,15 m. en el Sur, por 5,96 de ancho [29]. A 1,27 m. se encuentra el segundo escalón del túmulo del que se conservan unos 20 cm. de altura máxima, mientras la altura total conservada es de 49 cm. En la delimitación externa del primer y segundo escalón se utilizaron piedras de mayores dimensiones y perfectamente encajadas las unas en las otras, mientras en el relleno del túmulo se utilizaron piedras irregulares y de diverso tamaño mezcladas con cascajo y tierra. El túmulo tiene una orientación distinta al resto de las estructuras, que en general mantienen una alineación SE-NW, mientras este gran túmulo lo hace SW-NE. En la esquina NW del túmulo hay un agujero de un furtivo que buscaba el ajuar de la tumba. En la sección de dicho agujero se observa el nivel de suelo de arcilla roja quemada de unos 4 cm. de grosor del Monumento Turriforme (Almagro Gorbea 1983) y por encima de él, el nivel de suelo de arcilla rojiza de unos 3 o 4 cm de espesor correspondiente al suelo de preparación, sobre el que se produjo la cremación, del túmulo que nos ocupa.

Para su excavación se procedió a vaciar, empezando por el Sur, el relleno dejando sin tocar las dos líneas exteriores de delimitación de los dos escalones. Al tener que finalizar la campaña se dejó sin excavar el ajuar de la tumba, aunque la presencia de una mancha de ceniza en la esquina SE del túmulo hacía suponer que el ajuar estaba localizado.

En octubre-noviembre de 2000 se llevó a cabo una intervención arqueológica en la esquina del túmulo para exhumar el ajuar. Se reexcavó la esquina SE de dicho túmulo con la intención de localizar el ajuar pero se llegó al suelo preparado de arcilla roja endurecida sobre el que se elevó el túmulo de piedra. Se procedió a levantar el suelo en una superficie de 1,5 m. de largo por 1 m. de ancho, correspondiente a la distancia entre el primer y segundo escalón del túmulo. El suelo presentaba en este pasillo entre los dos niveles de la estructura una superficie muy homogénea y una anchura que oscilaba entre los 4 y 6 cm. Por debajo de él aparecieron los guijarros del suelo empedrado del Monumento turriforme y por último un nivel de piedras distribuidas de forma irregular por debajo de las cuales aparecían las margas en descomposición del suelo natural. Como consecuencia del resultado negativo de la cata de 3,5 por 4 m. abierta en la esquina SE del túmulo, se decidió abrir otra de 2 por 2 m. en el interior del segundo escalón del mismo túmulo. Una vez llegado al suelo de arcilla endurecida se detectó un cerramiento de adobes amarillentos que delimitaba el espacio central del interior del segundo escalón. Ese cierre se perdía en la esquina NW como consecuencia de un agujero de furtivo realizado de antiguo.

[29] En la planimetría no se dibujó la parte del túmulo que quedaba bajo los testigos de las cuadrículas 5F y 5E y 6F y 6E pese a que fueron excavados y documentados mediante fotografía. También faltan las secciones correspondientes a la estratigrafía del agujero de furtivo. En la excavación de Octubre de 2000 se pudo completar parte del dibujo de la planta del túmulo y se documentó la sección correspondiente al ángulo SE.

Se procedió a bajar el suelo endurecido que aparecía entreverado con carbones y cenizas posiblemente como consecuencia de quemar la arcilla para conseguir su endurecimiento. El suelo en este sector tenía un grosor de unos 2 o 3 cm. y era menos uniforme que en el pasillo exterior del túmulo. Tampoco se encontraron aquí restos del ajuar por lo que se llegó a la conclusión de que éste había sido expoliado en el momento en que se practicó el agujero de la esquina NW antes mencionado o que la sepultura carecía intencionadamente de ajuar.

En el relleno del túmulo se encontraron parte de una fíbula de bronce y algunos fragmentos cerámicos.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular grande con puente de nudo de Hércules y resorte de muelle [30].

Restos óseos:

Peso total: 402 gr.

Sexo/Edad: Se detectan restos mezclados de al menos tres individuos: Varón 30-40 años, niño de 1-2 años y varón de 50 años o mas.

Los restos óseos humanos se encontraron en el *bustum*. Junto a los restos humanos aparecen diáfisis de ovicápridos jóvenes.

Tierra entre piedras del túmulo grande. Hoyo reexcavado/ nivel superficial.

Cerámica:

– *Kalathos* del que se conservan fragmentos del borde y del fondo, de pasta anaranjada fina y decorado con pintura rojo-vinoso a base de bandas paralelas que enmarcan series alternas de líneas onduladas paralelas separadas por barras transversales y dos motivos de círculos concéntricos paralelos que se cortan, delimitado el segundo por la banda superior. El borde presenta cuartos de círculos concéntricos entre los que se sitúan motivos triangulares rellenos de pintura, y en el arranque del cuerpo bandas y filetes.

Dimensiones: h.conserv: 18,5 cm.; Amx: 25 cm.; Amn: 20,4 cm.; Dpie: 20,5 cm.; Dboca: 27,5 cm.

– *Plato* de pasta anaranjada de buena calidad, con borde exvasado de pico de pato y una carena marcada en mitad del cuerpo, pie alto prácticamente plano al interior inclinado hacía dentro en el exterior en su mitad inferior, del tipo AIII-8.1.1 de Mata y Bonet (1992: 134,159), con decoración geométrica interna a base de series de líneas onduladas en el borde, una banda que separa el borde del centro del plato, y el espacio entre las dos bandas con mitades de círculos concéntricos adosados a la banda que los delimita y en el centro se conserva un motivo de círculos concéntricos enteros con líneas engrosadas; el exterior se ornamenta con bandas en el borde y alrededor del pie, y entre medias series de líneas onduladas paralelas separadas por barras transversales de color rojo vinoso. Está restaurado con pasta blanca.

Dimensiones: h: 6,7 cm.; Dboca: 22,5 cm.; Dpie: 6,5 cm.

– *Pátera* pequeña incompleta de pasta color grisáceo debido a la acción del fuego, lo que hace que la decoración tome una tonalidad marrón-rojizo. Pertenece al tipo AIII-8.2.2 de Mata y Bonet (1992: 134,159). Se decora al exterior con círculos concéntricos y pétalos o motivos lanceolados, y en el interior con círculos concéntricos entrelazados.

Dimensiones: h: 3,4 cm.; Dmx: 8,4 cm.; Dboca: 8 cm.; Dpie: 4 cm.

– *Urna* grande de boca abierta incompleta, de pasta color anaranjado con decoración de color rojo-vinoso a base de bandas y filetes en la parte superior y triángulos formando un ajedrezado transversal, en cuyos huecos se insertan motivos de estrellas formadas por barras que se cortan en el centro. Motivos parecidos se documentan en el Tolmo de Minateda.

– Fragmento de recipiente de pasta anaranjada decorado con motivos vegetales del tipo Elche-Archena.

– *Jarra trilobulada* de pasta amarillenta y decoración de semicírculos concéntricos entrelazados en el pico vertedor y alrededor de la boca, y bandas y filetes en el resto.

– Fragmentos de bordes de cinco *platos* de pasta anaranjada de borde exvasado y decoración de bandas y filetes de color rojo-vinoso.

– Fondo de un *plato* de pasta naranja con decoración de bandas y filetes y círculos concéntricos.

– Fragmento de un borde de *urna* de pasta naranja con decoración de bandas y filetes rojo-vinoso.

– Fragmentos cerámicos de pasta anaranjada y decorada sin formas significativas.

CORTE DEL TESTIGO 5F-5G (ángulo NW de la zona excavada).

– *Urna* de pasta gris con dos asas simples laterales, borde exvasado, carena marcada en el punto de apoyo de las asas. El cuerpo presenta un perfil cóncavo en la parte superior y convexo en la inferior, el pie es alto y plano al interior y las asas son de sección cuadrada con los ángulos redondeados. Se encuentra rellena de tierra y en buen estado de conservación, aunque de una de las asas solo se conserva el arranque en forma de doble bola hemiesférica.

CUADRÍCULA 5G

5Ginc.1:

Estructura:

No hay información planimétrica.

Ajuar: No se han documentado restos del ajuar [31].

[30] La pieza no se ha podido consultar en el MAN por lo que nos remitimos a la información que proporciona el director de la excavación, D. Martín Almagro Gorbea.

[31] Aunque en las fichas de campo no hay referencia a ningún tipo de ajuar, el inventario del MAN incluye los materiales que se describen arriba.

En los depósitos del Museo Arqueológico Nacional aparece los siguientes materiales asociados a esta tumba:

Una *fíbula* de cabujón de bronce.

Tres *cantos* rodados.

Dos bordes de cerámica gris muy pequeños.

Un fragmento informe de *Campaniense B*.

Una *fusayola* de pasta gris y de forma ovalada.

Dimensiones h: 1,9 cm.; Dmx: 3,5 cm.; Dbase sup: 2 cm.; Dbase inf: 2,4 cm.; D.agujero: 0,6 cm.

Restos óseos:

Peso total: 165 gr.

Sexo/Edad: Varón 35-45 años.

El estudio de Reverte (1985: 199) hace referencia a la ubicación de los restos óseos en una cista de adobe.

5Ginc.2:

Estructura:

No hay información planimétrica. El estudio de Reverte hace referencia a la ubicación de los restos óseos en una cista de adobe.

Ajuar:

No se han documentado restos del ajuar [32].

En los fondos del Museo Arqueológico Nacional aparece un fragmento de lo que parece una *fíbula* anular de aro fino de sección circular, y parte de lo que podría ser la aguja también de sección circular, aunque la restauración impide precisar la forma de unión de uno con el otro ya que presenta un pegote de pegamento.

Restos óseos:

Peso total: 60 gr.

Sexo/Edad: Mujer 30-35 años y niño de 2-3 años.

Los restos óseos se ubicaron en la cista de adobes (Reverte 1985: 199).

CUADRÍCULA 6E

6Einc.1:

Estructura:

Bolsada de ceniza de 0,70 metros de diámetro y una potencia máxima de 0,17 metros.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce de la que sólo se conserva el puente de navecilla y sección aquillada.

Dimensiones: h.puente: 2,1 cm.; L.puente: 2,1 cm.; grosor: 0,4 cm.

2) *Urna* cineraria de pasta anaranjada del tipo AII-2.2.2 de Mata y Bonet (1992: 127,150), con borde exvasado, estrechamiento en el cuello y cuerpo globular, pie indicado, cóncavo y umbilicado. Está decorada con bandas y filetes de color rojo-vinoso.

Dimensiones: h: 16,8 cm.; Dmx: 19,5 cm.; Dboca: 19,4 cm.; Dpie: 7,2 cm.

3) *Urnita* gris fragmentada del tipo B 1.2 de Mata y Bonet (1992: 140,171), de borde exvasado y tres molduras en el cuello. Se conserva incompleta y quemada.

Dimensiones: h.conserv: 5,7 cm.; Dmx: 10,5 cm.; Dboca: 12 cm.

4) *Plato* de pasta amarilla-anaranjada, del tipo AIII-8.2.1 de Mata y Bonet (1992: 134,159), con pie elevado y borde ligeramente entrante. El fondo está agujereado.

Dimensiones: h: 8,1 cm.; Dboca: 20 cm.; Dpie: 6,1 cm.

5) *Plato* de pasta color marrón-grisáceo del tipo AIII-8.1.1 de Mata y Bonet (1992: 134,159), con borde exvasado en ala, pie elevado y ligeramente inclinado. Está decorado con bandas pintadas de color marrón-rojizo y rastros de trazos perpendiculares inclinados en el cuerpo del plato. El interior presenta restos de engobe blanco y de pintura. Se conserva una tercera parte de la pieza y la decoración se encuentra en mal estado.

Dimensiones: h: 6,5 cm.; Dboca: 21,2 cm.; Dpie: 6,8 cm.

Restos óseos:

Peso total: 585 gr.

Sexo/Edad: Varón 45-50 años.

Fragmentos cerámicos intrusivos del nivel de incineración de la tumba: galbos de cerámica anaranjada y fragmentos de urna tosca negra.

6Einc.2:

Estructura:

Restos de un *loculus* y de piedras distribuidas de forma irregular.

Ajuar:

1) *Punta de lanza* del tipo XIC de Quesada (1998: 385), tipo jabalina, de cubo largo y punta corta y estrecha de sección rectangular, aunque resulta difícil diferenciarla por la corrosión que presenta el metal. El extremo del cubo presenta tres estrías del enmangue de madera.

Dimensiones: L.total conserv: 21,1 cm.; L.cubo: 17,3 cm.; Lhoja: 3,8 cm.; Dmx: 1,6 cm.

2) *Remache* o mordaza de hierro y varias láminas planas de hierro que podrían pertenecer a un escudo.

3) *Kalathos* de pasta anaranjada, con ala recta y ligeramente inclinada, de paredes rectas con dos molduras rehundidas en el tercio superior externo y otra en el interno, base cóncava y pequeño umbo central. Se decora con una banda de la que surgen líneas paralelas transversales y mitades de círculos concéntricos, el ala se decora con triángulos unidos por las bases de color rojo-vinoso.

Dimensiones: h: 16,2 cm.; Dboca: 19,8 cm.; Dpie: 13,7 cm.

[32] Aunque en las fichas de campo no hay referencia a ningún tipo de ajuar, el inventario del MAN incluye una fíbula anular.

4) *Plato* de pasta anaranjada del tipo AIII-8.1.1 de Mata y Bonet (1992: 134,159), de borde exvasado y ala ancha inclinada y pie alto. Esta decorada al interior y exterior con filetes de pintura rojo sangre y el centro interno con una espiral del mismo color. Está incompleto.

Dimensiones: h: 4,8 cm.; Dboca: 18,7 cm.; Dpie: 5,5 cm.

5) *Plato* hondo de pasta anaranjada de borde exvasado del tipo AIII-8.1.1 de Mata y Bonet (1992: 134,159), decorado con bandas y líneas transversales realizadas con anterioridad a las bandas, de color rojo-vinoso. Se conserva incompleto.

6) *Urnita* tosca de pasta anaranjada con partes quemadas, del tipo B-4.2 de Mata y Bonet (1992: 141,172), de boca circular moldura en el cuello con asa trenzada enmarcada por dos rollitos de sección circular y fondo plano y umbilicado al interior.

Dimensiones: h: 8,4 cm.; Dboca: 7,4 cm.; Dpie: 6,5 cm.; a.asa: 2,4 cm.; Dmx: 10 cm.

7) *Urnita* gris tosca con amplios poros y fragmentos de cuarzo entreverados, con asa de sección oblonga, del tipo B 4.2 de Mata y Bonet (1992: 141,172), borde exvasado, boca circular, cuello estrecho y carena en el arranque del cuerpo. Se conserva un único fragmento.

Dimensiones: h.conserv: 6,7 cm.; Dboca: 9,1 cm.; Dmx: 10,2 cm.

8) *Cuenco* gris tosco, de forma irregular del tipo B-7.1 de Mata y Bonet (1992: 141,17).

Dimensiones: h: 5,1/ 5,3 cm.; Dboca: 8,7 cm.; Dpie: 4 cm.

9) *Pondus* de pasta gris, quemado en buena parte y forma circular con dos agujeros de 5 mm. de diámetro. Pertenece al tipo 52 de Fatás Cabeza (1967: 206). Se encontró roto por detrás.

Dimensiones: h: 11,4 cm.; Dmx: 11,6 cm.; Grosor: 3,4 cm.

Observaciones: Dudoso por dispersión.

10) *Pondus* de pasta amarillenta, quemado en el lateral y forma semicircular con la base inferior recta y dos agujeros que lo atraviesan con un diámetro de 7 mm. y que se encuentran enmarcados por una estampilla que deja en relieve el interior y rehundido el exterior por ambas caras. Pertenece al tipo 52 de Fatás Cabeza (1967: 206), aunque el que nos ocupa tiene la base inferior recta o casi recta. Se conserva roto en una esquina.

Dimensiones: h: 9,8 cm.; Dmx: 12,2 cm.; Grosor: 4,2 cm.

Observaciones: Dudoso por dispersión.

11) *Machacador* o mano de mortero de piedra negra de forma troncocónica, pulimentada en la cara frontal y laterales y con fractura reciente en la cara trasera y más antigua en la base. Presenta pequeñas fracturas en la punta. Sección rectangular.

Dimensiones: h: 5,4 cm.; D.base sup: 08 cm. D.base inf: 1,2 cm.

12) *Fusayola* de pasta gris y forma romboidal y con una perforación de sección circular y 2 mm. de diámetro.

Dimensiones: h: 1,9 cm.; Dmx: 2,3 cm.; D.base sup: 1,07 cm. D.base inf: 0,8 cm.

13) *Fusayola* de pasta interna de color gris y blanquecina al exterior de forma bitroncocónica con carena en el tercio superior, perforación de sección circular y 6 mm. de diámetro hasta la base inferior donde se abre hasta alcanzar 1 cm.

Dimensiones: h: 2,3 cm.; Dmx: 3,4 cm.; D.base sup: 1,3 cm.; D.base inf: 1,2 cm.

Fragmentos cerámicos intrusivos: varios galbos de cerámica tosca de paredes muy gruesas.

– Borde de un *plato* de pasta anaranjada en mal estado.

– Fondo anaranjado umbilicado al exterior y de pasta de mala calidad.

– Fragmento de pie alto de un *plato* de barro blanquecino.

– Fragmento de borde de un *calathos* de ala plana de pasta naranja, decorado con una banda de pintura rojo-vinosa.

Dimensiones: h.conserv: 1,7 cm.; Dboca: 19 cm.

– Fragmento de carena de una paterita de pasta anaranjada en parte quemada.

– Fragmento de galbo de pasta marrón-grisácea, espatulada, con restos de engobe blanco y de filetes que enmarcan cuartos de círculos concéntricos de color rojo.

6Einc.3:

Estructura:

No aparece documentada en la planimetría. Información que aparece en las notas de campo: Testigo 6E inc.3. 1m. W / 0,05 m. SUR.

Ajuar:

1) *Pendiente* de plata amorcillado sencillo, de pequeño tamaño y sección circular del tipo 8B de Perea (1991: 221).

Dimensiones: L: 1,5 cm.; s: 0,2 cm. Peso: 1,5 gr.

2) *Aguja* de bronce de sección circular y doblada en su extremo que presenta decoración de molduras, de las que se detectan hasta un número de 10.

Información: 0,55 SUR / 3,50 W / Cota: +0,58

Dimensiones: L: 15,5 cm.; sección: 0,3 cm. Peso: 8 gr.

3) *Soliferreum*, 2 fragmentos exfoliados, uno de ellos pertenece a la punta y presenta una sección más o menos circular, lo mismo que el otro fragmento.

4) *Punta* de lanza de hierro. Dos fragmentos del cubo con restos de la madera del astil petrificada en su interior. La sección presenta una láminas de bronce entre medias. La parte inferior presenta un ensanchamiento en forma de anillo de 0,8 cm. para el enmangue. Conservación: fragmentada y quemada.

Dimensiones: L.conserv: 10,6 cm.; Amx: 2,3 cm.; Dmx: 2,5 cm.

5) Lámina de bronce: posible *cuchillo* con dos remaches de las cachas.

6) *Urnita* completa con tierra y carbón en el interior de pasta color marrón claro, forma caliciforme. Ofrece partes quemadas.

2,25 W

0,15 SUR

Dimensiones: h: 6,2 cm.; Dmx: 8,2 cm.; Dboca: 8,1 cm.; Dpie: 4,6 cm.

7) *Pondus* de pasta gris, más o menos paralelepípedo, aunque el extremo superior presenta cierto estrechamiento lo que le da un aspecto ligeramente troncopiramidal, entre la forma 11 y la 21 de Fatás (1967: 206), con un agujero que atraviesa la pieza en su parte más ancha.

1,80 W / 0,70 S / Cota: 33

Dimensiones: h: 13,3 cm.; Dmx: 5,6 cm.; Grosor: 6,5 cm.

8) *Pondus* con mezcla de barros de color gris y anaranjado y forma paralelepípeda de tipo 21 de Fatás (1967: 206). Se recuperó quemado en buena parte de su superficie.

2m. W / 0,77 S. / Cota: 28

Dimensiones: h: 12,5 cm.; Dmx: 5,9 cm.; a: 6,3 cm.

9) *Fusayola* gris, troncocónica, con carena en el tercio superior, atravesada en su parte central por un agujero de 5 mm. de diámetro. Presenta golpes en la base por el uso.

Dimensiones: h: 2,2 cm.; Dmx: 2,5 cm.; D.base inf: 1,4 cm.; D.base sup: 1,4 cm.

Fragmentos cerámicos intrusivos: 95 en total: 13 bordes; 4 fondos; 3 asas; 4 carenas.

– Fondo de *Campaniense C* decorada en el interior con cuatro palmetas estampilladas descentradas con respecto a las dos vueltas de ruedecilla, la primera de las cuales se solapa con dos de las palmetas (primero la ruedecilla y luego la estampilla) y lleva orientación contraria a la segunda vuelta de ruedecilla.

– *Jarra trilobulada* con un asa geminada de sección circular, de pasta color amarillento y restos de pintura roja en la superficie externa. Presenta un baquetón en el cuello y otro en el arranque del cuerpo. Corresponde a las características del tipo AIII 2.1.3 de Mata y Bonet (1992: 132,156).

Dimensiones: h.conserv: 11 cm.; Dmx.conserv: 10,2 cm.; Dboca: 9,8 cm.

– *Plato* de pasta amarillenta, superficie quemada y con concreciones, borde exvasado plano y cuerpo en casquete. Pertenece al tipo AIII-8.11 de Mata y Bonet (1992: 134-159). Presenta una laña de una grapa en el cuerpo. No se conserva el pie.

Dimensiones: h.conserv: 3,5 cm.; Dboca: 21 cm.

– Borde de un *plato* de pasta anaranjada, exvasado del tipo AIII-8.1.1 de Mata y Bonet (1992: 134,159) con restos de engobe rojo interno y pintura roja externa formando un dibujo que no se puede precisar al encontrarse debajo de una costra formada por concreciones.

– Borde de un *plato* pequeño de pasta anaranjada, borde exvasado del tipo AIII-8.1.2 de Mata y Bonet (1992: 134,159). Está decorado con una banda de líneas onduladas consecutivas sobre la que se apoyan arcos de radio mas amplio, y entre ellos segmentos de círculos rellenando los huecos, todo ello sobre un fondo de engobe blanco y motivos de color rojo-vinoso.

Dimensiones: h.conserv: 2,4 cm.; Dboca: 15 cm.

– *Plato-tapadera* hondo del tipo AIII 8.1.1 de Mata y Bonet (1992: 134,159), con borde exvasado y carena marcada en el interior formando un cuerpo convexo-cóncavo y sin diferenciar al exterior. La superficie está quemada por lo que resulta difícil precisar el color de la pasta. Se decora con engobe rojo interno y sobre él en el borde pinceladas cortas de color rojo oscuro.

Dimensiones: h.conserv: 4 cm.; Dboca: 22 cm. aprox.

– Borde de una *pátera* de pasta gris del tipo AIII 8.1.2 de Mata y Bonet (1992: 134,159).

Dimensiones: h.conserv: 1,5 cm.; Dboca: 14,1 cm.

– Fondo de una *urna* de pasta marrón, se encuentra quemada en buena parte de su superficie. Pie alto y cóncavo al interior.

Dimensiones: h.conserv: 3,2 cm.; Dpie: 7,1 cm.

– Fondo de *urna* con pie plano y cóncavo al interior.

Dimensiones: h.conserv: 1,5 cm.; D.base: 8,3 cm.

– Panza y arranque de un asa geminada de una *urna* grande de pasta anaranjada, quemada en su superficie externa.

Dimensiones: h.conserv: 4,7 cm.; Dmx: 16,7 cm.

– Fragmento de *urnita* carenada de pasta marrón-anaranjado.

– Fragmento de *asa* de pasta gris-negruzca, de un recipiente de cocina. Presenta una sección rectangular con un reentrante central.

CUADRÍCULA 6F

6Finc.1:

Estructura:

Esquina de un túmulo de piedra que se pierde en los testigos Oeste y Sur de la cuadrícula 6F.

Ajuar:

1) *Urna* cineraria de pasta amarilla-anaranjada del tipo AII-2.2.1 de Mata y Bonet (1992: 127, fig. 5), con cuerpo de tendencia globular o ligeramente bitroncocónica, cuello indicado y borde vuelto e inclinado y boca cerrada. El pie no se ha conservado y la decoración es de bandas y filetes de engobe blanco en la parte más ancha del cuerpo, en el cuello y en el labio.

Dimensiones: h.conserv: 12,7 cm.; Dmx: 16,7 cm.; Dboca: 12,7 cm.

2) *Plato* de pasta anaranjada del tipo AIII-8.1 de Mata y Bonet (1992: 134, fig. 14), con borde exvasa-

do y labio redondeado y pie elevado y plano al interior, sin decoración.

Dimensiones: h: 6,3 cm.; Dboca: 23 cm.; Dpie: 6,8 cm.

Restos óseos:

Peso total: 569 gr.

Sexo/Edad: Varón 30-40 años.

6Finc.2:

Estructura:

Loculus y alguna piedra repartidas de forma irregular, encima y al SE de la mancha de cenizas.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce del tipo 10AN 04b de Sanz (1992: 164,199) con puente de navecilla normal, sección cóncavo-convexa; l: 2 cm.; h: 1,7 cm.; a: 2 cm., resorte de charnela de visagra, tipo 08, pie rectangular, l: 0,88 cm.; a: 0,5 cm., aguja recta de sección circular, l: 1,9 cm.; s: 0,2 cm. y anillo pequeño y sección circular, d: 2,7 cm., s: 0,3 cm.

Dimensiones: D: 2,7 cm.; h: 1,7 cm.

2) *Cuchillo* de hierro de forma «afalcatada» y un remache de cabeza circular en el tercio superior de la pieza donde se engancharían las cachas de materia orgánica. La sección es triangular y tiene un grosor de 2 mm.

Dimensiones: L.total: 14,5 cm.; Amx: 2,2 cm.

6Finc.3:

Estructura:

Bolsada de cenizas que se mete por la esquina SE de la cuadrícula 6F, rodeado de 0,50 m. de adobes de forma irregular que también se pierden debajo de los testigos sin excavar.

Ajuar:

1) *Urna* cineraria de la que solo se conserva el fondo de pasta anaranjada de mala calidad completamente concrecionada.

Dimensiones: h.conserv: 9,7 cm.; Dpie: 12,2 cm.

Restos óseos:

Peso total: 51 gr.

Sexo/Edad: Mujer (dudoso) 30-40 años.

CUADRÍCULA 7D

7Dinc.1:

Estructura:

Como consecuencia de la excavación de un túmulo ibérico de grandes dimensiones localizado en la cuadrícula 7E y 8E en la campaña de 1979, en Noviembre de 2000 se procedió a la excavación de la cuadrícula 7D con objeto de documentar la planta de dicho túmulo. En la esquina SW de la cuadrícula se detectó ya en la primera hilada de piedras del túmulo, la casi ausencia de éstas en dicha esquina, y cuando se procedió a profundizar en esa zona apareció una mancha de ceniza delimitada por las propias piedras de la segunda hilada del túmulo que contenían un plato boca arriba, dos cuencos, el pequeño de los cuales se encontró en el interior del cuenco de la forma 27, un vasito moldurado y una moneda de Trajano que nos fecha la tumba entre el 98 y el 117 d.C. También se documentó un tronco carbonizado y perfectamente conservado en la parte central de la bolsada de carbones orientado en sentido Este-Oeste. Una vez vaciado el hoyo se pudo comprobar que los carbones se introducían por debajo del perfil de la cuadrícula 7C sin excavar. Siguiendo el sistema de identificación de tumbas de Almagro Gorbea, esta recibe la designación 7Dinc.1.

Ajuar:

1) *Moneda* de bronce de Trajano.

A: Cabeza laureada mirando a la derecha

Leyenda: NERVA TRAIANUS

R: *Libertas* mirando a la izquierda y a ambos lados S-C. Rayos que salen de la parte superior derecha.

Dimensiones: 0,2 mm. de grosor; 2,7 cm. de diámetro.

Conservación media ya que está bastante gastada.

2) *Plato* de *terra sigillata* de la forma 36. Borde exvasado y vuelto y pie triangular.

Dimensiones: h: 3,5 cm.; Dboca: 17,8 cm.; Dpie: 7,5 cm.

3) *Cuenco* de *terra sigillata* de la forma 27. Borde hacía dentro, fuerte carena en el arranque del cuerpo y pie alto y triangular. El barniz se ha despegado en parte de su superficie como consecuencia de las concreciones que lo cubrían por completo.

Dimensiones: h: 6,5 cm.; Dboca: 12,7 cm.; Dpie: 5,2 cm.

4) *Platito* de *terra sigillata* de la forma 35. Borde exvasado y en forma de ala y pie triangular y cóncavo al exterior. El barniz se ha despegado en parte de su superficie como consecuencia de las concreciones que lo cubrían por completo.

Dimensiones: h: 3,1 cm.; Dboca: 8,7 cm.; Dpie: 3,6 cm.

5) *Cubilete* moldurado de paredes finas y pasta grisácea. Borde exvasado, labio redondeado, cuerpo moldurado, fuerte carena en el tercio inferior del cuerpo y pie de sección triangular y base interna plana.

Dimensiones: h: 8,9 cm.; Dboca: 8 cm.; Dpie: 3,1 cm.

6) 3 vástagos de *hierro* de sección cuadrangular.

Fragmento de hierro de sección circular.

Fragmento de *hierro* de sección rectangular con un apéndice hueco en el tercio superior de sección circular.

7) Fragmento de la boca de una *urna* tosca de pasta rojiza.

Cronología de la tumba: En torno al 117 d.C. por el estado de uso de la moneda.

CUADRÍCULA 7E

7Einc.1:
Estructura:
Gran túmulo de piedras de mediano y gran tamaño, con un relleno de piedras de menor tamaño y cascajo. Presenta unas dimensiones de 5,15 m. en dirección NW-SE por 6,20 m. de W a E. Se conserva hasta una altura de unos 0,45 m. En la campaña de Octubre de 2000 se abrió una nueva cuadrícula, la 7D, de 4 por 4 metros con el objeto de completar la planta del túmulo cuyo lado Oeste se había descubierto en 1979. Las dimensiones del túmulo 7Einc.1 quedan aun incompletas, dado que por el Norte, aún quedan sin excavar los testigos Norte de la cuadrícula 7E, y el Sur de la 6E, por lo que en su lado corto la estructura pudo alcanzar hasta un máximo de 5,45 m., mientras por el lado Este el túmulo también pudo tener algunos centímetros más, aunque no más de 10 si se pretende mantener una cierta proporción entre el lado corto y el largo, ya que sobrepasaba los límites de la cuadrícula 7D.

El nivel superficial de tierra marrón oscura con una potencia de unos 12 cm. de media, se levantó sin dificultad como consecuencia de las lluvias caídas la semana anterior a la intervención. El segundo estrato, correspondía al nivel de piedras del túmulo compactado con adobes o tierra amarillenta muy endurecida que fue rebajada para destapar las piedras que constituían la primera hilada del túmulo y que se distribuían de forma irregular por toda la cuadrícula. En la esquina SW y en la NE se detectó la ausencia de piedras, en el primer caso consecuencia de la intrusión de una tumba de época romana y en el segundo posiblemente por la reutilización de sus sillares en tumbas posteriores de la necrópolis. A continuación se procedió a levantar la primera hilada de piedras en la parte central de la cuadrícula donde había una gran mancha de tierra oscurecida y donde se encontraron varios fragmentos de cerámica y metal. La segunda y tercera hilada estaban constituidas por piedras de mayores dimensiones que la primera. En la zona central de la cuadrícula se llegó hasta el suelo de preparación de arcilla endurecida sobre el que se elevó el túmulo sin encontrar restos del difunto ni del ajuar que lo acompañaba. Al rebajar la tierra de la esquina SW apareció una mancha de carbones correspondiente a la tumba 7Dinc.1. La estructura presentaba una orientación SW-NE.

Ajuar:
No excavado.

CUADRÍCULA 8A

8Ainc.1:
Estructura:
Bolsada de cenizas de 0,27 m. de potencia máxima y 0,60 m. de radio, localizada en la esquina SE de la cuadrícula [33].

Ajuar:
No se documentan restos del ajuar.

CUADRÍCULA 8D

8Dinc.1:
Estructura:
No hay información planimétrica. Cata de exploración D ANG. SW.

Ajuar:
1) *Anillo* de bronce del que aparecieron tres fragmentos [34].
2) *Urna* fragmentada de pasta anaranjada y forma AIII 2.2 de Mata y Bonet (1992: 127, 150), borde de labio inclinado, pequeño baquetón en el cuello y perfil bitroncocónico con decoración de bandas y filetes mal conservada de color rojizo.
Dimensiones: h.conserv: 12,7 cm.; Dmx: 19,5 cm.; Dboca: 10,2 cm.

CUADRÍCULA 8E

8Einc.1:
Estructura:
No hay información.

Ajuar [35]:
1) Dos *aros de bronce* de sección circular de 4 mm. de grosor y 3 cm. de diámetro.
2) *Urna* cineraria de pasta anaranjada y forma bitroncocónica a la que le falta la boca. El pie está indicado y es cóncavo al interior. Decorada con bandas y filetes de color rojo-vinoso situadas en la panza del recipiente.
Dimensiones: h.conserv: 12,2 cm.; Dmx: 19,1 cm.; Dbase: 7,5 cm.
3) Fragmentos cerámicos
Restos óseos:
Peso total: 265 gr.
Sexo/Edad: Varón, 35-45 años.

8Einc.2:
Estructura:
Mancha de ceniza circular de 0,45 por 0,45 metros, flanqueada al Oeste por un adobe de 0,60 por 0,60 metros que se pierde debajo del testigo Oeste de la cuadrícula 8E.

---
[33] No hay planimetría de la cuadrícula, por lo que nos atenemos a la información de las fichas de campo.
[34] Pieza perdida de antiguo (6-2-1974).
[35] Las piezas no se han podido consultar en el MAN.

Ajuar:

1) *Fíbula* anular de bronce del tipo 10AN04a de Sanz (1992: 164,199), puente de navecilla de sección aplanada; l: 3,6 cm.; h: 2,1 cm.; a: 0,5 cm., resorte de aguja libre con tope de muelle, pie rectangular largo con mortaja de media caña, l: 1,1 cm.; a: 0,5 cm., aguja recta de sección circular y rota, l.conserv: 3 cm.; s: 0,2 cm., anillo mediano de sección circular y adornado con un alambre que se enrolla a todo lo largo de la circunferencia, d: 5,5 cm. s: 0,5 cm.

Dimensiones: D: 5,6 cm.; h: 2 cm.

Cronología: El pie alargado en este tipo de fíbulas suele ofrecer cronologías antiguas, desde principios del siglo V a.C. hasta el 450 a.C.

2) *Botón* de bronce de forma rectangular y la figura en negativo de un cuadrúpedo, posiblemente un perro o un lobo.

Dimensiones: D.sello: 3,8 cm.; a.sello: 2,85 cm.; Grosor sello: 0,3 cm.;

L.enganche: 1,4 cm.; Grosor enganche: 0,2 cm.; D. interno perforación: 0,6 cm.

3) *Pinzas* de bronce formadas por una lámina de sección rectangular, doblada por el centro a modo de anillo, con la paleta más ancha que la zona de sujeción, terminada en ángulo para facilitar la prensión.

Dimensiones: L.total: 7,1 cm.; L.paleta: 4,7 cm.; Amx: 1,8 cm.; Amn.paleta: 1,4 cm.; A.cuerpo sup: 0,4 cm.; Grosor: 0,1 cm.

4) Lámina de hierro doblada en ángulo de 45°, de sección rectangular y una anchura de 0,2 cm. Posible fragmento de vaina de falcata.

5) *Urna* cineraria gris de borde exvasado y vuelto, cuello estrangulado, pequeña moldura en el arranque del cuerpo de forma bitroncocónica, pie indicado y cóncavo al interior.

Dimensiones: h: 14,1 cm.; Dmx: 14,7 cm.; Dboca: 8,7 cm.; Dpie: 5,4 cm.

6) *Base-tapadera.*

Restos óseos:

Peso total: 17 gr.

Sexo/Edad: Niño menor de un año.

CUADRÍCULA 8H:

Cata de exploración realizada en el ángulo SW.

1) Fragmentos de fíbula anular de bronce. Se conservan tres fragmentos del anillo de sección circular, uno de ellos tiene un alambre enrollado alrededor en forma de espiral que cubre el alma, y los otros dos se encuentran muy alterados por la acción del fuego. No se pueden precisar las dimensiones.

2) Fragmento de una mordaza de hierro.

3) Pinzas de bronce de pequeño tamaño (L: 4,2 cm.), formadas por una lámina de sección rectangular de 0,1 cm. de grosor, doblada en su centro a modo de anillo para facilitar su sujeción.

4.3. La estratigrafía: superposiciones de tumbas

Para la interpretación de la necrópolis ibérica de Pozo Moro hemos establecido, en primer lugar, la estratigrafía vertical y horizontal, elaborando una matriz de Harris e identificando las principales superposiciones de tumbas que se producen en el espacio funerario. En segundo lugar, se han establecido las fases de utilización del cementerio y su cronología, elaborando un gráfico que aúna la información procedente de la estratigrafía y de los ajuares de las sepulturas. Asimismo, se ha realizado una matriz descriptiva de objetos de ajuar presentes en cada sepultura, incluyendo las ofrendas, y otra que desarrolla la secuencia tipológica de materiales y tumbas. A continuación, se ha llevado a cabo el estudio de la distribución topográfica de las tumbas y la evolución crono-espacial de las mismas, extrapolando la información del espacio excavado a la teórica expansión original del cementerio en los distintos momentos crono-culturales y elaborando cuadros y planos para recopilar dicha información de forma sintética, ofreciendo una visión de conjunto. En cuarto lugar, se ha analizado el aspecto demográfico de la necrópolis, basándonos en los datos proporcionados por Reverte 1985 y Almagro Gorbea 1986 y contrastando dicha información con las 5 fases identificadas en el cementerio. Por último, se ha pretendido un acercamiento a la jerarquización social establecida por los individuos que utilizaron Pozo Moro como lugar de enterramiento centrándonos en dos parámetros, el ajuar y la estructura arquitectónica, así como su evolución cronológica.

Con todo ello, se busca ofrecer una visión de conjunto del grupo social que se enterró en Pozo Moro y que expresó en sus rituales funerarios toda una forma de entender y organizar la vida, aspecto este al que pretendemos acercarnos a través de los restos materiales que han llegado hasta nosotros. Además, se han analizado aspectos más tangibles, como la composición por sexo y edad en el acceso al enterramiento, la dieta y la salud, o el estatus del individuo dentro de su entorno, así como la relación entre unos y otros datos.

Un elemento clave para la comprensión del uso tanto espacial como temporal de un yacimiento, es el establecimiento de las relaciones de las unidades estratigráficas que lo conforman. Partiendo de esa necesidad, se ha elaborado una matriz estratigráfica que recoge todas aquellas sepulturas y ofrendas con las que se ha podido establecer algún tipo de relación, para después centrarnos en la descripción de casos concretos de superposiciones y su posible interpretación.

Matriz de Harris (Fig. 4.1)

Para la elaboración de la matriz estratigráfica, hemos considerado 62 conjuntos incluyendo las ofrendas (4D4

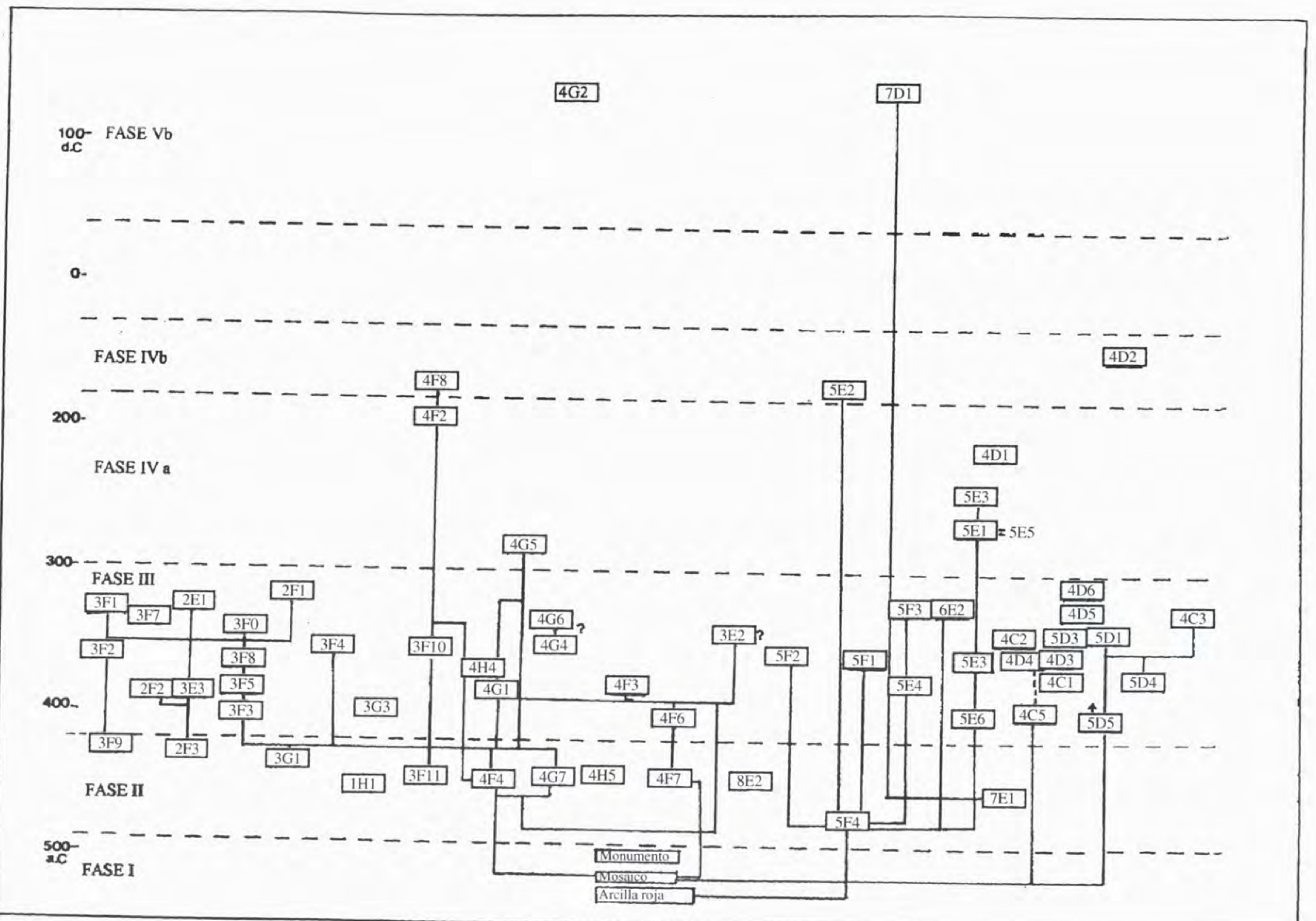


FIGURA 4.1: *Matriz de Harris.*

y 3F5). No ha sido posible añadir el resto de las sepulturas por no ofrecer cronologías fiables, ni tener relación alguna con otras tumbas. El orden establecido en la colocación de las unidades estratigráficas en el cuadro elaborado, está en función de su ubicación topográfica en el área de excavación, colocándose a la derecha del cuadro las tumbas del sector Este, a la izquierda, las del área Oeste y en el centro las estructuras que circundan el Monumento. Al cuadro obtenido se le han añadido las fases desarrolladas en el apartado 4.7 de este estudio, pudiendo observarse una alta concentración de enterramientos en la fase III, fechada entre el 425 y el 300 a.C., frente a la bajísima densidad de enterramientos de las fases IV y V (300 a.C.-117 d.C.).

Identificación y descripción de la estratigrafía

A continuación recogemos la descripción que Martín Almagro Gorbea realizó sobre la estratigrafía del yacimiento durante los trabajos de campo realizados en los años 70, y que hemos podido corroborar en la campaña de Octubre de 2000 (Almagro 1976, 1983b: 183).

Estrato I o *superficial* de *humus* o tierra vegetal con un espesor medio de unos 30 cm. En este paquete se hallaron materiales arqueológicos procedentes de tumbas destruidas de antiguo o de restos de sepulturas sometidas a los procesos erosivos.

Estrato II, incluye la necrópolis de inhumación de época tardorromana fechada hacía los siglos V-VI d.C. Los enterramientos aparecen a distintas profundidades rompiendo los estratos inferiores. En la parte más superficial de este nivel aparecieron huellas de instrumental agrícola en dirección SE, separadas entre sí 35-40 cm.

Estrato III, corresponde a la necrópolis tumular ibérica. Está constituido por tierra de color rojizo, consecuencia de la acumulación de los restos de los adobes que formaban las cistas y túmulos de los enterramientos. En este nivel, se han documentado dos periodos, cuatro fases y dos subfases que se explicitan en el siguiente apartado.

Estrato IV: Construcción y destrucción del Monumento. Presenta dos subfases:

a) Construcción y utilización fechada hacía el 500 a.C.

b) Destrucción e inicio de la reutilización de los sillares. Anterior a la mitad del siglo V a.C. momento en que algunos de sus sillares comienzan a reutilizarse en nuevas tumbas.

Estrato V, constituido por el suelo natural de margas calcáreas de color blanquecino con una parte superior más grisácea correspondiente a los restos del suelo vegetal fosilizado del momento de construcción del Monumento.

Dentro del estrato III correspondiente a la necrópolis ibérica objeto de este estudio, vamos a valorar las principales superposiciones de tumbas y la posible interpretación de las mismas.

La mayor concentración de tumbas se produce en las cuadrículas 4D, 5D y 5E ubicadas al SE del Monumento donde se excavaron 23 sepulturas en un total de 50 m^2 lo que supone una densidad de 0,5 tumbas por metro cuadrado. La tumba 5D5 se infrapone a tres sepulturas posteriores, la 5D4 fechada entre el 375 y el 350 a.C. por una pátera ática de palmetas y la 5D3 y 5D1 que por su posición estratigráfica son posteriores a la 5D4. El otro punto de alta concentración está en las cuadrículas 4F, 3F, 3G y 4G con un total de 27 tumbas contabilizadas en un espacio de unos 64 m^2, lo que equivale a una densidad de 0,4 tumbas por metro cuadrado. En la cuadrícula 4F se producen hasta tres superposiciones, la tumba más antigua, la 3Finc.11, por encima de la cual se construye el túmulo 3G3, el 3F10 y por último la sepultura 4Finc.2 con cronología estimada en torno al 275-200 a.C. por el ajuar de armas que contenía. Por su parte, la densidad de ocupación más baja del espacio funerario se detecta en las cuadrículas 2E, 2D y 3D, ubicadas al NE del Monumento, en la zona donde cayeron los sillares del mismo. La acumulación de sillares en esta zona pudo ser la causa de que fuera respetada ya que resultaría mucho más trabajoso construir nuevas tumbas en un lugar pedregoso. En este espacio de algo más de 50 m^2 se localizaron dos tumbas que en parte ocupan las cuadrículas mencionadas, pero que se completan en las contiguas.

En el ángulo NW del Monumento se construye un túmulo, el 4Finc.3, fechado a mediados del s. IV a.C. por un *kylix* ático con figura de grifo en el medallón, y encima del relleno del Monumento se coloca una tumba sencilla, la 3Einc.2 que parece fecharse en el siglo IV a.C. por su posición estratigráfica.

Estudio aparte merece el túmulo 5Finc.4, el de mayores dimensiones de la necrópolis, con una gran superficie pétrea de 50 m^2, que acogió múltiples reutilizaciones del espacio que ocupaba, concretamente 7 tumbas se ubicaron total o parcialmente sobre él. En el centro del mismo, se construye un túmulo cuadrangular fechado hacía el 325 a.C. en el que se entierra un varón de unos 40-45 años, acompañado de un ajuar importante, lo que podríamos interpretar como el uso de un espacio ocupado por un personaje relevante dentro de la sociedad, que se entierra sobre la sepultura de la tumba más destacada de la necrópolis y que podría indicar algún tipo de filiación con el individuo allí enterrado, o la búsqueda de legitimación de su poder en la sociedad. También en el interior del segundo escalón del túmulo, se colocaron otras tres tumbas, la

	CERAMICA												METAL																			OTROS						SEXO	EDAD	TIPO TUMBA
	IBERICA									IMPORTADA			HIERRO										OTROS																	
													ARMAS							OTROS			BRONCE/COBRE								AU/AG									
TUMBA	GRIS (URNA)	URNA PINTADA	KALATHOS	PLATO	JARRA	CUENCO	COCINA	OINOKOE	BARNIZ ROJO	FIGURAS ROJAS	CAMPANIENSE	BARNIZ NEGRO	CASCO (Bronce)	FALCATA	ESPADA-PUÑAL	LANZA	REGATÓN	SOLIFERREUM-PILUM	ESCUDO	CUCHILLO	TIJERAS	SIN IDENTIFICAR	JARRA	COLGANTES	FÍBULAS	PINZAS	SELLOS	BRAZALETES	INDETERMINADO	ANILLO	MONEDA	PENDIENTES	PONDERA	FUSAYOLAS	ASTRÁGALOS	LUCERNAS	CUENTAS			
MN										2												1	1						1			2			1			V	50/55	MONUM
5F4									Túmulo sin excavar																1													Niño/V	1-2/50-60	5
2F3									Túmulo sin excavar																															5
8E2	1			1																					1	1	1											Niño	0-1	1 o 3a
1H1		1																							1													F/niño	50-60.1-2	1
3F11		1																											1											2
4F4		1				1	1																		1													V	25-30	2
3F9									Sin ajuar																															1
4G7																									1															2
4H5									Sin excavar																															1
7E1									Túmulo sin excavar																															5
3G1				1		1										1	1								1									1						3a
4F7		1																							2															2
4G4				1			1																		1				3											4
5D5		1												1											1		1	1						2				2Niños	10-12/1-2	2
4H4									Túmulo sin excavar																															4
3F3				1						4		4										1			1			2	1	1								V	40-45	3a
4F6		1																																				H	20-25	1
2F2									Sin ajuar																															1
4G1		1		1										1		1		1				1			1													V	30-45	3a
3E3		2						1						1		1		1								1														1
4F3		1								1																												H	30-40	3a
3G3		2										1																					1	3						4
3F10																									1				1					3			3			4
4C5		1		1																					3				1								1	H	40-45	4
4D5		1		1																					1				1									V	40-50	1
3F2	1				1		1							1					1			2																		1?
3F8												1?								1					1			3												3b
4D3	1	1		1			1		1			2		1				1				1							2			1	3		8			V	30-40	2
5D4		1							1			1																										V / H	35-45	3a?
5E1															1		1	1																						3a
5E5=5E1												1		1		1	1	1	1			3			2				1									V	30-40	
5E6														1					1			1											1							1
3F4							1																															V	30-40	4
4C1																									2		1		1	1										2-3a?
4D6																									3	1			1			1		1						2-3a?
5E3		1		4			1																										5	2						2?
4C2		1				1																																V	40-50	1
3E2		1																															5							1
3F0									Sin ajuar																															1
3F1		1			2																				1								2	1						3a
3F7		1		1																					1													V	25-30	1
2F1		1							1																								1							1
5F2		1		1											2	1	1			1					1								3					Dudoso	30-40	3a
2E1																																	1							4
4C3		1																		1				1		1												NIÑA	1-2	2?
4F1														1																										1
5D1				4	1	1								1											1													H	50-60	1
5D3		2														1	1	1?																						1
4G6																												1												1
5F1									Sin ajuar																															1
5F3	1			3														1				1			2								1					V	40-45	4
6F1		1		1																																		V	30-40	4
5E4		1												1							1																			1
4G5	1	2		1		1																											1							1
4D1		1		1																		1							1				1					Niña	12-15	2
4F2		1				2			2		2	1	1	1	1	2	1	1	2			1			2				5									V	40-45	1
4G8							1																																	Ofrenda
4G9																																								2
4H1									Sin excavar																															4
4H2																																								1?
4H3									Excavado parcialmente													3												1						No Tumba
4H6		2																							1													Niño	1-2	Sin datos
5D2		1			1																												1		1					1
5D6		1																																				H/Niño	30-40/1-2	1?
5D7	1																																		2					4
5G1											1?														1?									1?				V	35-45	Sin datos
5G2																									1?													H/niño	30-35/2-3	Sin datos
6E1	1	1		2																					1													V	45-50	1
6E3		1														1		1		1					1							1	2	1						Sin datos
6F2									Excavado parcialmente											1					1															1
6F3		1																																				H	30-40	1?
8A1																																								1
8D1		1																												1										Sin datos
8E1		1																											2									V	35-40	Sin datos

FIGURA 4.2: *Matriz descriptiva de los ajuares de la necrópolis de Pozo Moro.*

5Finc.1, mancha circular de ceniza delimitada por una fina capa de adobes y sin ajuar, fechada entre el 450 y el 275 a.C., la 5Einc.4 fechada con escasa precisión entre el 375 y el 200 a.C. y la 5Einc.2 con una cronología del 140-125 a.C. En los tres casos, se trata de pequeños nichos con cenizas en su interior, de los que no conocemos la identificación sexual del difunto. En la esquina NW de este mismo túmulo también se superpone otra estructura tumular de piedra con cista de adobe (5F2) correspondiente probablemente a un varón de unos 30-40 años, al que acompañaba un rico ajuar de armas, lo que reproduce el patrón del túmulo 5Finc.3. En el extremo NE se levantó otro túmulo cuadrangular de piedra con cista de adobe (5Einc.1) perteneciente a un varón con ajuar de armas, así como otro túmulo de adobe (5Einc.3) sin análisis antropológico pero con ajuar posiblemente femenino y que a modo de hipótesis podríamos identificar con un miembro de la familia del individuo del túmulo 5Einc.1 que establece su vinculación enterrándose sobre la tumba del marido, el hermano o el padre.

En conclusión podemos afirmar que los grandes túmulos de piedra se usaron como cantera y espacio deposicional. Cabe reflexionar sobre la interpretación del ultimo caso analizado, el del túmulo 5F4, ya que podría tratarse de la utilización simbólica de un espacio ocupado por un antepasado o un pariente de prestigio, que sirve como hito de referencia en el paisaje funerario, o bien todo lo contrario, el espacio deja de tener significado simbólico y es reutilizado para enterrar a las nuevas generaciones independientemente de su filiación con los difuntos de las tumbas anteriores, hipótesis que en ciertos casos podría ser la más acertada, dada la distancia temporal que separa algunas de estas superposiciones.

4.4. Secuencia de los materiales y las sepulturas

Para establecer la secuencia cronotipológica de la necrópolis de Pozo Moro, se han elaborado dos matrices. La primera, de tipo descriptivo, incluye en el eje horizontal toda la gama de objetos presentes en los ajuares de las sepulturas, el sexo y la edad del difunto, así como el tipo de tumba; mientras que el vertical incluye el listado completo de tumbas y ofrendas (fig. 4.2).

La matriz se ha rellenado incluyendo en las casillas correspondientes el número de objetos de cada tipo, indicándose igualmente cuando la tumba no se terminó de excavar, para evitar dar a entender que se trata de un enterramiento sin ajuar. En caso de que se trate de una ofrenda, se hace constar en la casilla denominada tipo de tumba, en la que se ha utilizado la tipología establecida por nosotros en el apartado 4.3. Las líneas horizontales de mayor grosor señalan las fases estratigráficas.

En la segunda matriz (fig. 4.3), se establece la secuencia tipológica de los materiales del ajuar en el eje vertical y de las sepulturas en el horizontal. Las líneas verticales y horizontales más gruesas señalan las fases y las más finas las subfases. Se han detectado cinco fases y 12 subfases que se incluyen en el margen izquierdo del gráfico y en la última fila horizontal. La escasez de tumbas válidas para la realización de la matriz y la imposibilidad de concretar más la tipología de algunos objetos como las armas, hace que algunas fases queden reducidas a una o dos tumbas, y que la secuencia representada sea algo pobre. Sin embargo, la matriz resultante concuerda con el gráfico de fases establecido en el apartado 4.5, lo que certifica la validez de las conclusiones obtenidas.

Para facilitar la comprensión de los cuadros, incluimos a continuación una relación de abreviaturas utilizadas:

V: varón
H: mujer
AU: objetos de oro
AG: objetos de plata
B: barniz
F: forma
Decor: decoración

Partiendo de la matriz descriptiva, se han seleccionado aquellos objetos con cronología precisa, ordenados de los más antiguos a los más recientes, con objeto de elaborar una seriación de las tumbas ordenadas cronológicamente, lo que nos ha permitido corroborar las fases establecidas por el método estratigráfico, y alcanzar una mayor precisión que nos permita fechar las tumbas con un margen de error no superior a los 25 años, precisión que resulta imprescindible cuando se trabaja en la Edad del Hierro.

4.5. Las fases de uso de la necrópolis

La identificación de las fases de utilización de la necrópolis es un paso previo indispensable para conocer la dinámica interna del uso del espacio funerario.

La división en fases se ha establecido elaborando un diagrama en el que se han utilizado dos métodos contrastados, el primero se basa en el simple recuento del número de tumbas por periodos de 50 años y está representado en el gráfico por la línea de menor grosor, mientras que el segundo matiza esa información al ofrecer mayor seguridad estadística, ya que se contabiliza el número de tumbas existente por generación teniendo en cuenta el grado de probabilidad de la cronología de la misma dentro de dicho periodo (Fig. 4.4), representada en este caso por la línea de mayor grosor del gráfico. Todo ello se ha apoyado en la adscripción cronológica de los objetos de ajuar que lo permitían y en la estratigrafía.

TUMBAS: 5F4, 8E2, 1H1, 4F7, 3F3, 4F3, 5D4, 4C1, 3E3, 4C3, 4D3, 4D6, 2F1, 3F1, 5F3, 3F7, 4D1, 5F2, 5E1, 4F2, 4D2, 5E2, 4G2, 7D1

Fase	TIPOS/ TUMBAS
I	Ática arcáica
	Jarra bronce arcáico
IIa	Fíbula nudo Hércules
IIb	Fíbula 10AN01
IIc	Fíbula 10AN05
	Fíbula 10AN09a
IIIa	Oinochoe B.Negro
	Bolsal B.Negro
	Figuras Rojas tardías
IIIb	Pátera ática F-21
	Barniz Rojo F-1
IIIc	Sellos
	Oinochoe estampillado
IIId	Pinzas
	Kantharos ático F-40
	Fíbula La Téne
	Pendiente oro tipo 8F
IIIe	Barniz Rojo F-4D
	Fíbula 10AN04b
	Plato decor.geométrica
	Espada antenas
IVa	Espada La Téne
	Casco Montefortino
	Falcata C
	Umbo bivalvo La Téne
	Manilla IIIB 2b
IVb	Campaniense A
	Cubilete A IVa
V	Lucerna
	Urna motivos vegetales
	Moneda
	Terra sigillata
	Paredes finas

FASES: I, IIa, IIb, IIIa, IIIb, IIIc, IIId, IIIe, IVa, IVb, Va, Vb

FIGURA 4.3: *Secuencia tipológica de tumbas..*

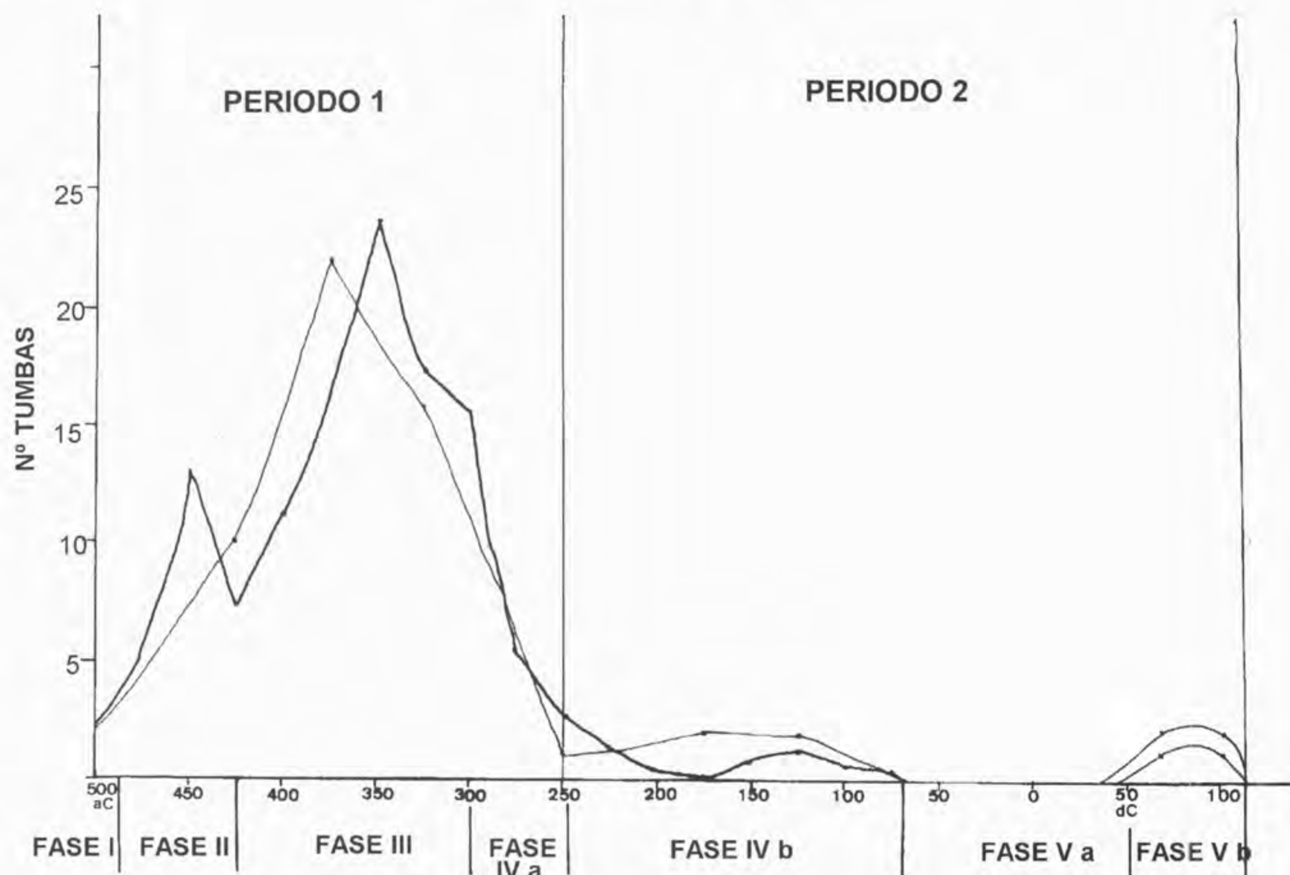


FIGURA 4.4: *Las fases de uso de la necrópolis de Pozo Moro.*

Como se puede observar, ambos métodos ofrecen resultados muy parecidos, lo que nos indica que nos encontramos entre dos parámetros dentro de los cuales existe una alta probabilidad de acercamiento a la realidad.

En el gráfico se detecta una ruptura importante en el uso del espacio cementerial en torno al 250 a.C., momento en que el número de enterramientos desciende bruscamente coincidiendo con la crisis detectada en el mundo ibérico (Menéndez Pidal 1986). En consecuencia, hemos considerado oportuno diferenciar dos periodos, el primero abarca desde el 500 a.C. hasta el 250 a.C. y el segundo del 250 a.C. al 117 d.C. con un lapso de 150 años de abandono del yacimiento o de ausencia de documentación de su utilización.

A continuación exponemos de forma concisa la seriación de la necrópolis (fig. 4.4):

Periodo 1: *Origen y expansión*

I. Fase Orientalizante (Fig. 4.8). Presenta dos subfases: (Almagro Gorbea 1983b)

a) Construcción y utilización del monumento turriforme, fechado hacía el 500 a.C. por su ajuar.

b) Antes de mediados del siglo V a.C. se produce la destrucción del Monumento, siendo reutilizados sus sillares en algunas sepulturas de las fases subsiguientes de época ibérica.

II. 500-425 a.C. (Fig. 4.9). Ascenso significativo del número de tumbas y del espacio ocupado, con un pico máximo en el 450 a.C. para caer en el 425. Presenta estructuras tumulares que van de los 4,30 por 4,20 metros, a los 6,48 por 5,96 metros de anchura, junto a otras menores de piedra y/o adobe con dimensiones que van de los 2 por 2 metros a los 3,3 por 3 metros, ubicadas sobre el *ustrinum* y el ajuar del difunto.

III. 425-300 a.C. (Fig. 4.10). Fase de auge de la necrópolis, con un pico máximo entre el 375 y el 350 a.C. Máxima expansión espacial de los enterramientos y mayor concentración de número de tumbas. Estructuras tumulares con dimensiones que oscilan entre los 2 por 2 metros y los 3,50 por 2,50 metros, casi siempre realizadas en piedra, bajo las que se depositan el ajuar y los restos óseos quemados del difunto protegidos por una cista rectangular de adobes, junto a simples hoyos donde se depositaron las cenizas del difunto, y que parece relacionarse con un momento de generalización del rito de enterramiento a un sector más amplio de la población.

Periodo 2. *Declive y estancamiento*

IV. 300-75 a.C. (Fig. 4.11). Periodo de declive y estancamiento de la necrópolis. Reducción drástica del número de tumbas y del espacio donde se ubican las

mismas. Se trata de estructuras más simples, no aparece ningún túmulo de piedra y sólo restos de lo que pudo ser un túmulo de adobe. Almagro Gorbea llamó la atención sobre el hecho de que las tumbas posteriores al siglo III a.C. apenas se han conservado como consecuencia de la erosión y las tareas agrícolas realizadas en la zona (Almagro 1983b). Sin embargo también habría que contar con la posibilidad de que el cementerio se dejara de utilizar en esos momentos como consecuencia del abandono del lugar de ocupación en un momento de inestabilidad social en el mundo ibérico (Menéndez Pidal 1986).

Lo podemos dividir en dos subfases:

a) 300-250 a.C. Comienza el declive en el uso del espacio funerario, el número de enterramientos disminuye de forma drástica, al pasar de 40 tumbas en la fase III a 3 en la IVa.

b) 250-75 a.C. Fase de estancamiento de la necrópolis con una ligera recuperación entre el 150 y el 100 a.C. en que se documentan dos enterramientos.

V. 75 a.C. al 117 d.C. Fase ibero- romana (fig. 4.12).

a) 75 a.C.-50 d.C.

Lapso de tiempo en el que no se constata ningún enterramiento en la necrópolis.

b) 50-117 d.C.

Se han documentado dos tumbas de este momento, una datada con posterioridad al 68-69 d.C y la otra en época de Trajano (98-117 d.C) con ajuares relativamente ricos y que posiblemente se podrían relacionar con una *villa* romana cercana ubicada en torno al pozo.

4.6. Distribución topográfica y evolución espacial de la necrópolis.

En el estudio del yacimiento de Pozo Moro nos parece relevante realizar un análisis espacial del uso de la necrópolis a lo largo del tiempo, correlacionándolo con otros aspectos significativos como el género de los individuos enterrados por fases cronológicas previamente establecidas en función de la posición estratigráfica de las tumbas y de sus ajuares. Se analiza la necrópolis desde una doble perspectiva, a nivel macro, considerando el conjunto de los enterramientos y el espacio total de dispersión de los mismos, y a nivel micro, identificando las peculiaridades de las distintas fases. A esto se añade el análisis de la relación entre las tumbas, el espacio que ocupan y la identificación de género por fases.

En lo referente a los aspectos metodológicos, la delimitación del área de estudio, considerada tanto por fases como por superficie total inferida, se ha obtenido mediante un cálculo aproximado de los metros cuadrados siguiendo el trazado de las tumbas y añadiendo un margen alrededor de la misma de entre 1 y 3 metros en función de la posible presencia de tumbas en lugares no excavados y de los casos en los que se localizó parte de la estructura de una tumba en una cuadrícula, y no pudieron excavarse las contiguas, en cuyo caso el tamaño de la tumba se infiere a partir de la parte visible de la misma. Aquellas cuadrículas que no se incluyen íntegramente dentro de las zonas delimitadas, se prorratean hasta completar una cuadrícula completa de 4 por 4 metros. Se ha realizado una valoración global del uso del espacio expresada de forma gráfica, que permita definir tendencias para comparar entre las distintas fases de la necrópolis y en su caso, entre distintos yacimientos del entorno. Para diferenciar áreas y fases se han utilizado tramas y para facilitar la contemplación de los datos obtenidos, estos se incluyen en tablas o cuadros de datos.

Somos conscientes del cierto grado de subjetividad que implica este estudio en lo que respecta a los datos inferidos, dado que la necrópolis no está totalmente excavada. Sin embargo, dentro de la información disponible, nos movemos dentro del análisis de parámetros estadísticos, lo que resulta lo suficientemente riguroso como para servir de punto de referencia que podrá ser refutado en caso de que futuras excavaciones así lo demuestren.

Con todo ello se ofrece una visión de conjunto de la necrópolis en sus distintos momentos de uso, así como su evolución y desarrollo y aquellas variantes significativas en cada una de las fases.

A continuación abordamos el estudio del desarrollo topográfico de la necrópolis a dos niveles:

1) Total o de conjunto.
2) Por fases.

1) El área a excavar se dividió en cuadrículas de 4 por 4 metros con testigos intermedios de 50 cm. algunos de los cuales fueron retirados para ofrecer una visión en área de la zona central de la cuadrícula delimitada, consistente en un cuadrado subdividido en 64 cuadrículas de 4 por 4 m. De ese cuadrado, se excavaron 22 cuadrículas y media, correspondientes por la mitad Sur a las cuadrículas 8E, 7E, 6E y 6F, 5D, E y F, el tercio inferior de las cuadrículas 4A y B, y de la 4C a la 4H; y por la mitad Norte, las cuadrículas 3D a 3G, 2E a 2F y 1E; así como cinco catas de 1,5 por 1,5 m. situadas cuatro de ellas en las esquinas del área delimitada (cuadrículas 8A, 1A, 1H y 8H) y la quinta en la parte superior derecha de la cuadrícula 8D (Fig. 2.8). Del área total excavada se ha delimitado la zona donde han aparecido tumbas, calculándose un área total de la necrópolis excavada con presencia de sepulturas de 462 m^2.

La extensión total de la necrópolis alcanzaría 760 m^2, teniendo en cuenta que al espacio ocupado por las tumbas ya excavadas habría que añadir por el Norte unos 90m^2 ya que la concentración de tumbas en las cuadrículas 4H y 3G hacen pensar que la necrópolis debió extenderse algo más hacía el Este del cuadriculado delimitado por Almagro Gorbea en septiembre

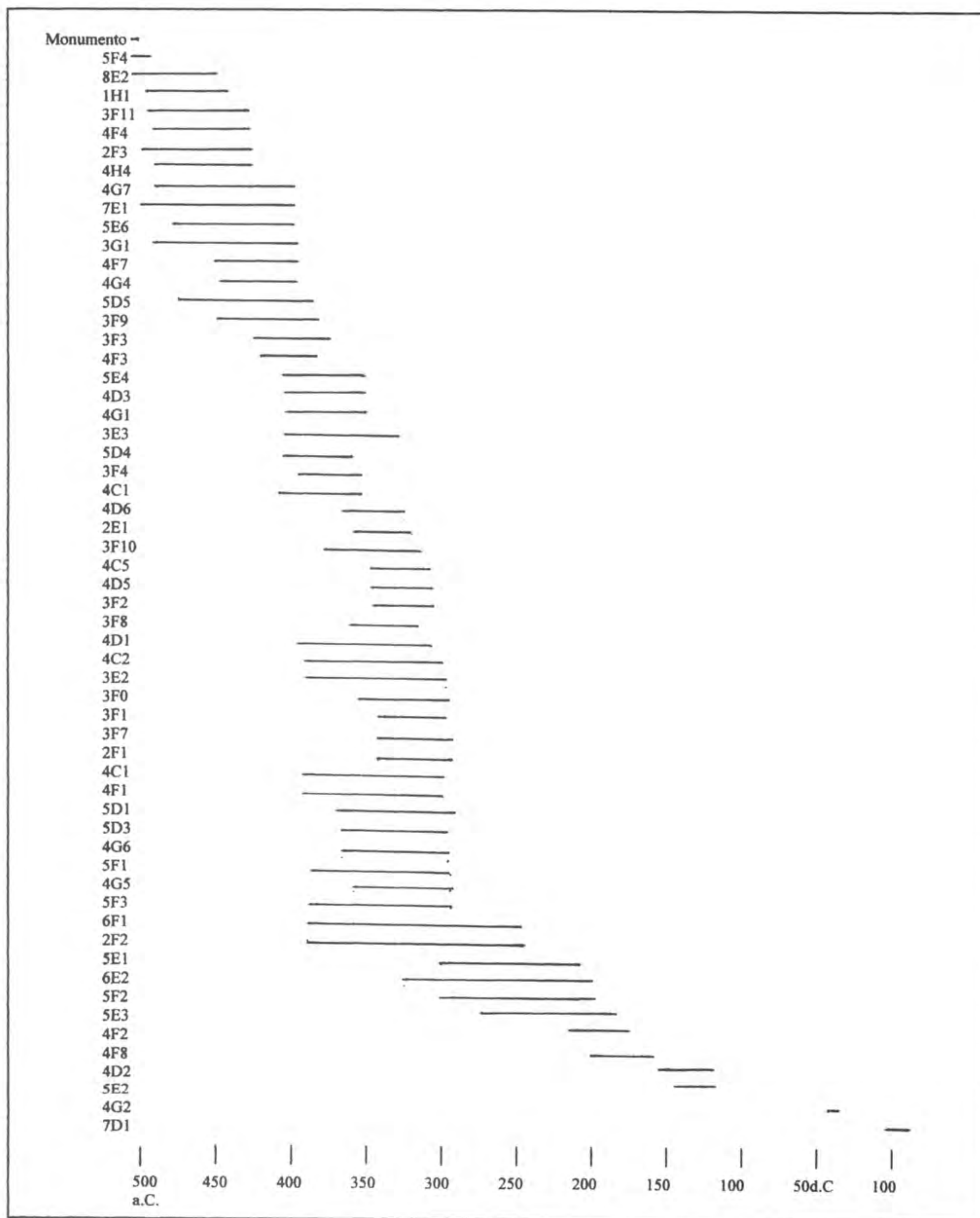


FIGURA 4.5: *Diagrama de barras de la relación de tumbas y el intervalo cronológico al que se adscriben.*

de 1971. Por su parte, la existencia de una tumba en la esquina NE de la cuadrícula 1H implica la posible presencia de otras en las que le rodean, por lo que habría que contemplar también las cuadrículas 1G, 2G, 2H y 1I. Por el SW del cuadriculado se ha considerado que la necrópolis se extendería 220 m^2 más. Para esta afirmación nos basamos en la presencia de una bolsada de cenizas en la esquina Sureste de la cata de exploración de la cuadrícula 8A, además de la existencia de un ajuar documentado en la cuadrícula 8D,

Superficie Total en m²	S. Tt. Estimada en m²	Nº Tumbas total	Tt. Tumbas /m²	Nº Tt. Tumbas inferido
462	760	87	0,18	143

FIGURA 4.6: *Superficie, n.º de tumbas excavadas por m² y total de tumbas inferido de la necrópolis de Pozo Moro.* Abreviaturas utilizadas en cuadros: Tt: Total; T: tumbas; m²: metros cuadrados; s: superficie.

lo que indicaría la probable presencia de tumbas entre las cuadrículas 8A a 8C, 7A a 7D y 6A a 6D. En la 4C aparecieron varias tumbas que quedaron cortadas por los testigos Sur y Este de la cuadrícula, por lo que se presupone que podríamos localizar más tumbas en las cuadrículas 5B, 5C y el tercio superior de la 4B. La ausencia de tumbas en el transepto de las cuadrículas 4A y 4B y la esquina NE de la 1A nos hacen descartar la posibilidad de que la necrópolis se desarrollará hacía el SE de la zona excavada. Lo mismo cabe decir de la cata de exploración realizada en la esquina SW de la cuadrícula 8H, ya que resultó ser estéril.

Para contabilizar el número total de tumbas excavadas, se han descartado las ofrendas, los objetos de ajuar aislados sin presencia de estructura alguna ni restos óseos y las tumbas contabilizadas dos veces al localizarse primero el túmulo de piedra al que se adscribe una numeración y posteriormente la cista de adobe de la misma tumba, identificada en el momento de la excavación como una tumba diferente con numeración independiente, en cuyo caso se han agrupado ambas tumbas en una. En consecuencia se han tenido en cuenta 87 sepulturas, que suponen una densidad de 0,18 tumbas por m², lo que se puede considerar una concentración baja si se compara con la necrópolis ibérica de el Cigarralejo con 8 tumbas por m² (Cuadrado 1987: 41) o los 2,3 m² por tumba que se documentan en Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b: 90).

Las tumbas se localizan primero alrededor del monumento para a partir de mediados/ finales del siglo V a.C., cuando este ya se había derrumbado, reutilizar alguno de sus sillares para formar parte de otras tumbas e incluso ubicarse encima del propio Monumento en un momento algo posterior, hacia el 325-375 a.C.

2) Cálculo del área excavada por fases:

Una vez identificadas las fases, el número de tumbas adscribibles a cada una de ellas y su localización, se ha calculado el espacio en metros cuadrados que representan cada una de ellas siguiendo la metodología de trabajo arriba mencionada.

Los resultados obtenidos se reflejan en el listado que a continuación se incluye y en el mapa de fases y superficie total estimada de la necrópolis (Fig. 4.7).

Fase I .... 88 m²
(incluido el empedrado y el *temenos* en forma de lingote del Monumento turriforme (Fig. 4.20).
Fase II .... 214 m²
Fase III .... 408 m²
Fase IV [36] .... 20 m²
Fase V [37] .... 6 m²

Se observará que la suma del número de metros cuadrados que ocupan las cinco fases no coincide con la superficie total excavada, ni con la estimada; esto es consecuencia de que la estimación realizada para cada una de las fases incluye, no sólo el espacio excavado, sino el área que supuestamente ocuparía teniendo en cuenta la ubicación de las tumbas sin terminar de excavar y la lógica extensión de las mismas.

Cálculo de tumbas total inferido

Teniendo en cuenta que en 462m² se han contabilizado 87 tumbas excavadas [38] y que el área total de dispersión de la necrópolis se ha valorado en 760 m², se calcula que el numero de tumbas totales presentes en la necrópolis oscilaría en torno a unas 143. En función de las cifras obtenidas, se estima que se ha excavado aproximadamente el 60,7 % de la necrópolis.

4.7. Discusión cronológica

La escasez de objetos de ajuar que ofrecen cronología absoluta en la necrópolis de Pozo Moro han hecho necesario confrontar toda la información disponible procedente de la estratigrafía, de los paralelos o de la tipología para establecer la cronología de muchas de las tumbas, teniendo que prescindir de otras muchas por carecer de ajuar significativo o hallarse desvinculadas en la estratigrafía de otras sepulturas que las dotaran de marco cronológico de referencia. Se ha conseguido establecer una cronología aproximada para 59 de las 87 tumbas excavadas, es decir un 67,8 % del total de sepulturas conocidas (Fig. 4.5).

La complejidad en la adscripción cronológica de alguna de estas tumbas nos lleva a considerarlas una por una, de tal forma que se explicite el razonamiento que nos lleva a establecer dicha cronología.

---

[36] El espacio adjudicado a esta fase es consecuencia del grado de erosión al que fue sometido la necrópolis en su estrato superior, lo que ha dificultado la conservación de las tumbas.

[37] Al haberse exhumado una única tumba de esta fase, el espacio que dicha fase pudo ocupar queda desvirtuado, salvo que sólo se produjera ese enterramiento de forma excepcional.

[38] En el cálculo total de tumbas se han descontado las consideradas como ofrendas y aquellas que se contabilizaron doble en el momento de la excavación pero que formaban parte de otras.

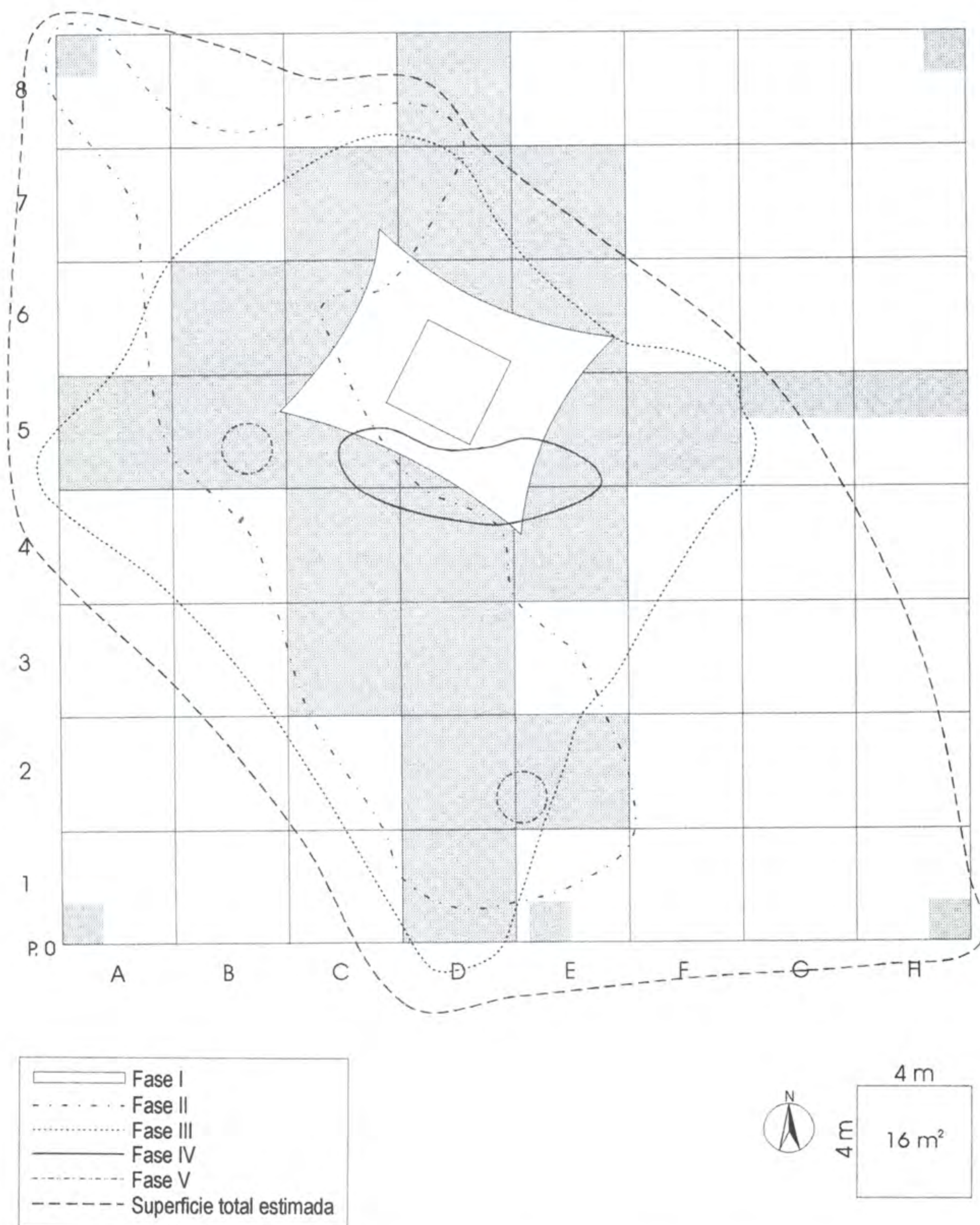


FIGURA 4.7: *Mapa de delimitación de fases y superficie estimada de la necrópolis de Pozo Moro.*

Tumba 3F3

El ajuar de la tumba 3Finc.3 contiene un conjunto de vajilla de bebida ática con 3 copas de inicios del siglo IV a.C., 2 bolsales de finales del siglo V o principios del siglo IV a.C., 2 *oinochoi* de mediados del siglo V a.C. y una jarra del ultimo cuarto del siglo V a.C. o principios de la centuria siguiente. Además hay otro aspecto que llama la atención en las tres copas, ya que la forma del pie, sin molduras parece más antigua que la decoración que claramente se fecha en la primera mitad del siglo IV a.C. y que las asas vueltas que es tam-

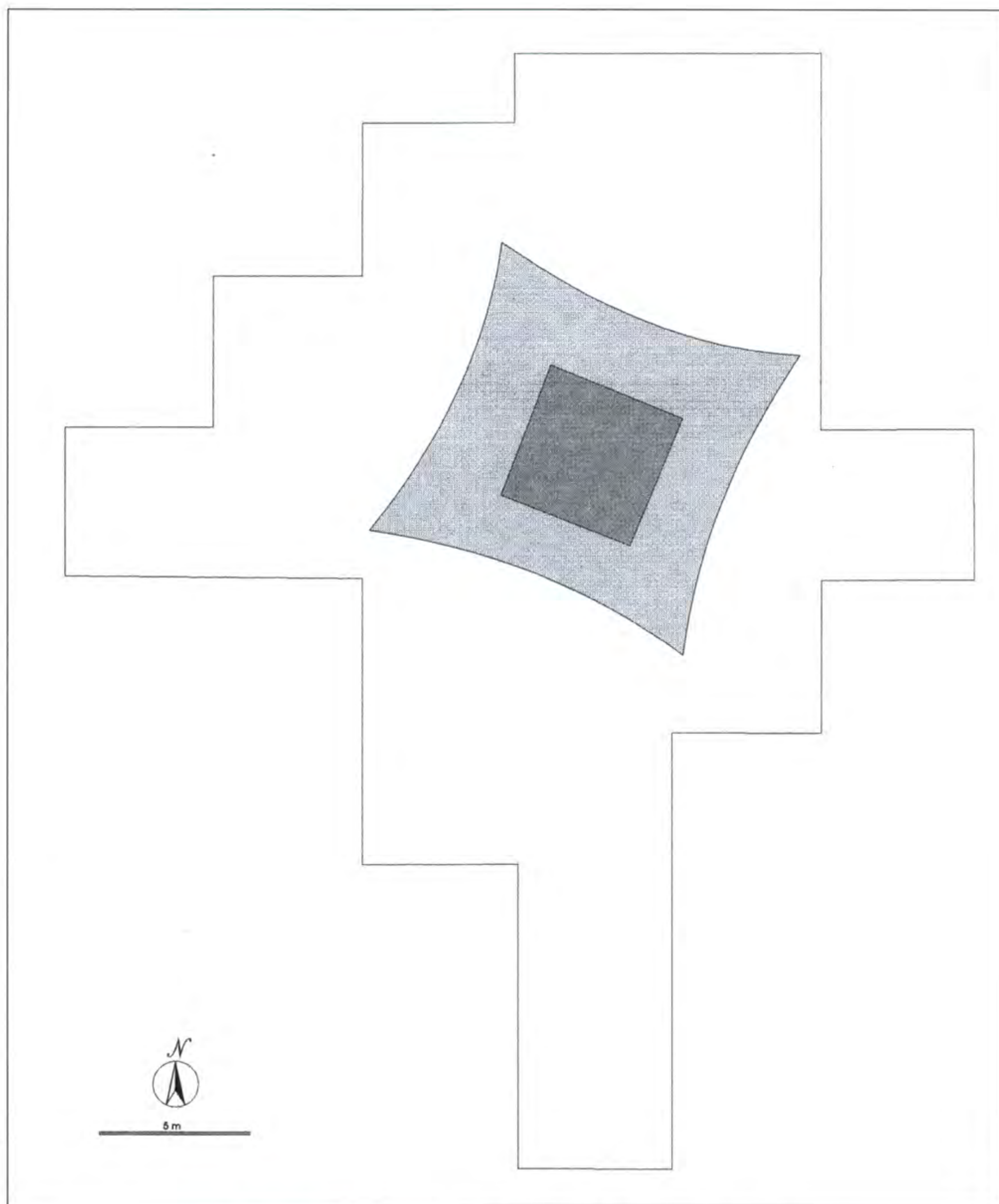


FIGURA 4.8: *Plano de extensión de la necrópolis de Pozo Moro en la fase I.*

bién un elemento tardío. Este desfase cronológico se puede interpretar de varias maneras, la presencia de tres copas y una jarra con una iconografía reincidente del joven atleta podría en parte explicar porque aparecen piezas de distinta cronología en esta tumba, que a su vez se puede relacionar con la aportación a la tumba de un individuo adulto, por parte de sus descendientes, los cuales depositan su vaso de bebida en señal de duelo, mientras los vasos más antiguos, pudieron pertenecer al difunto que los adquirió en su juventud y luego se enterró con ellos. En todo caso, jugamos con hipótesis que difícilmente pueden ser demostradas. Así mismo, hay que hacer notar la similitud estilística de las tres copas o *kylikes* que representan a jóvenes realizados mediante

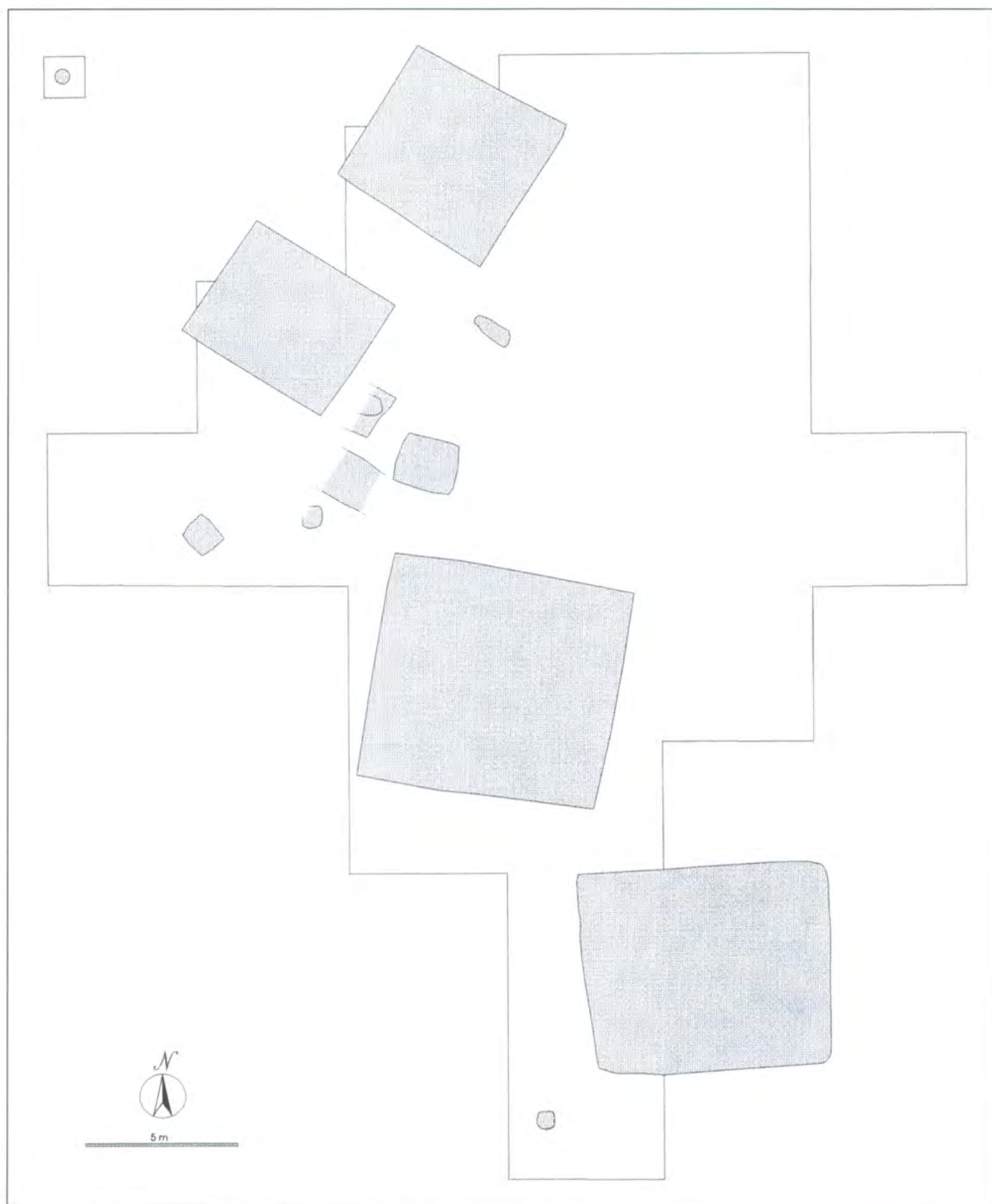


FIGURA 4.9: *Plano de extensión de la necrópolis de Pozo Moro en la fase II.*

trazos muy sencillos y esquemáticos que se repiten casi exactamente en las tres piezas, por lo que pensamos que fueron realizados por el mismo pintor o al menos que pertenecen a la misma escuela.

Se produce por tanto una perduración de piezas más antiguas con otras más recientes, probablemente con una generación de desfase entre unas y otras.

Perduraciones de este tipo se documentan en algunas necrópolis del mundo ibérico como en la necrópolis de Orleyl (Lázaro *et al.* 1981: 32-37 y 59-60) donde una crátera de mediados del siglo IV a.C. se tapa con una copa de finales del siglo V a.C., en la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b: 92 y 1997c: 169-179), Cabecico del

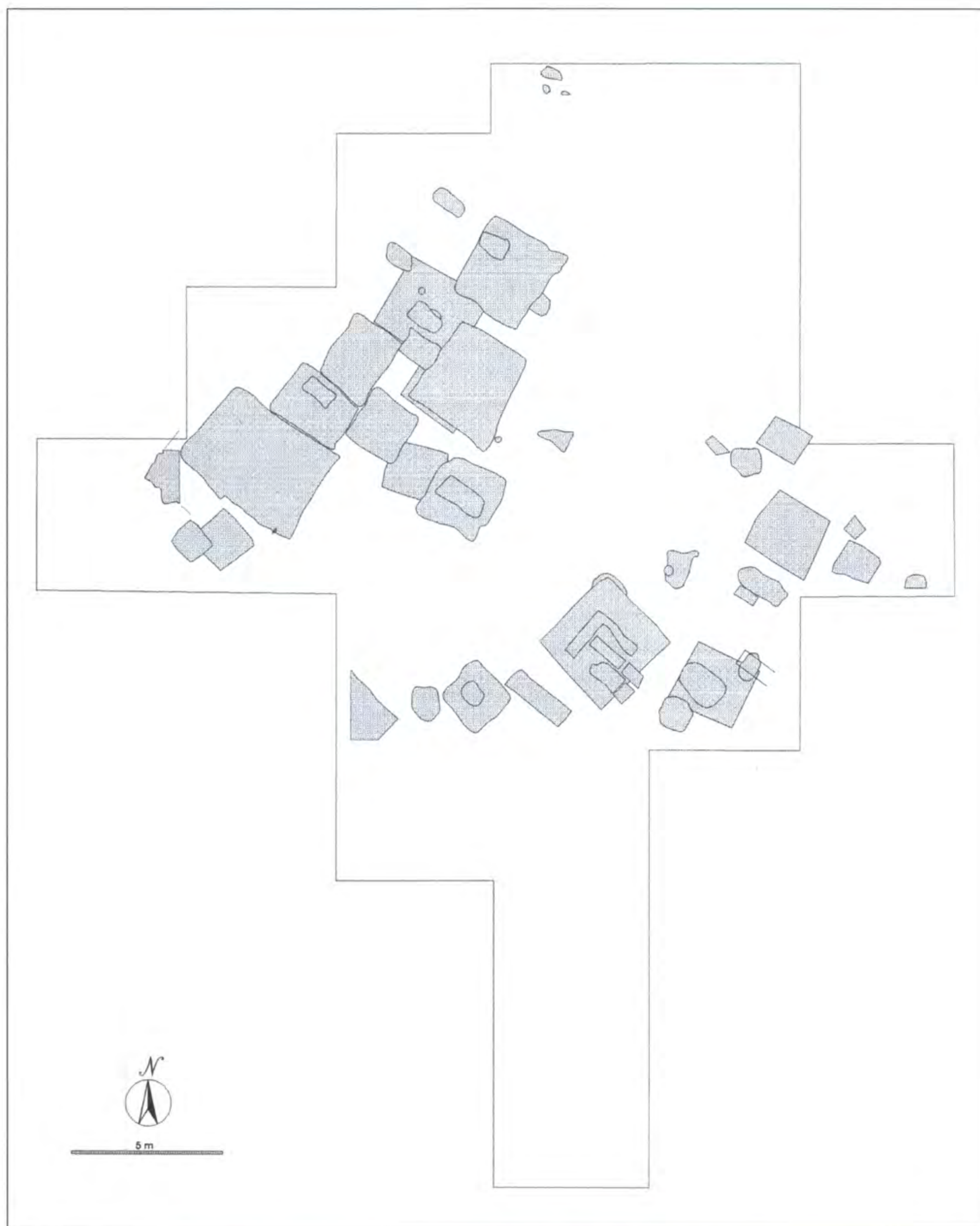


FIGURA 4.10: *Plano de extensión de la necrópolis de Pozo Moro en la fase III.*

Tesoro (García Cano 1999: 174-76) y El Salobral (Blánquez 1995).

Establecemos, por tanto, la cronología para esta tumba en el primer tercio del siglo IV a.C.

Tumba 4F2

La tumba presenta problemas de datación debido a la diversidad de opiniones en torno a la adscripción

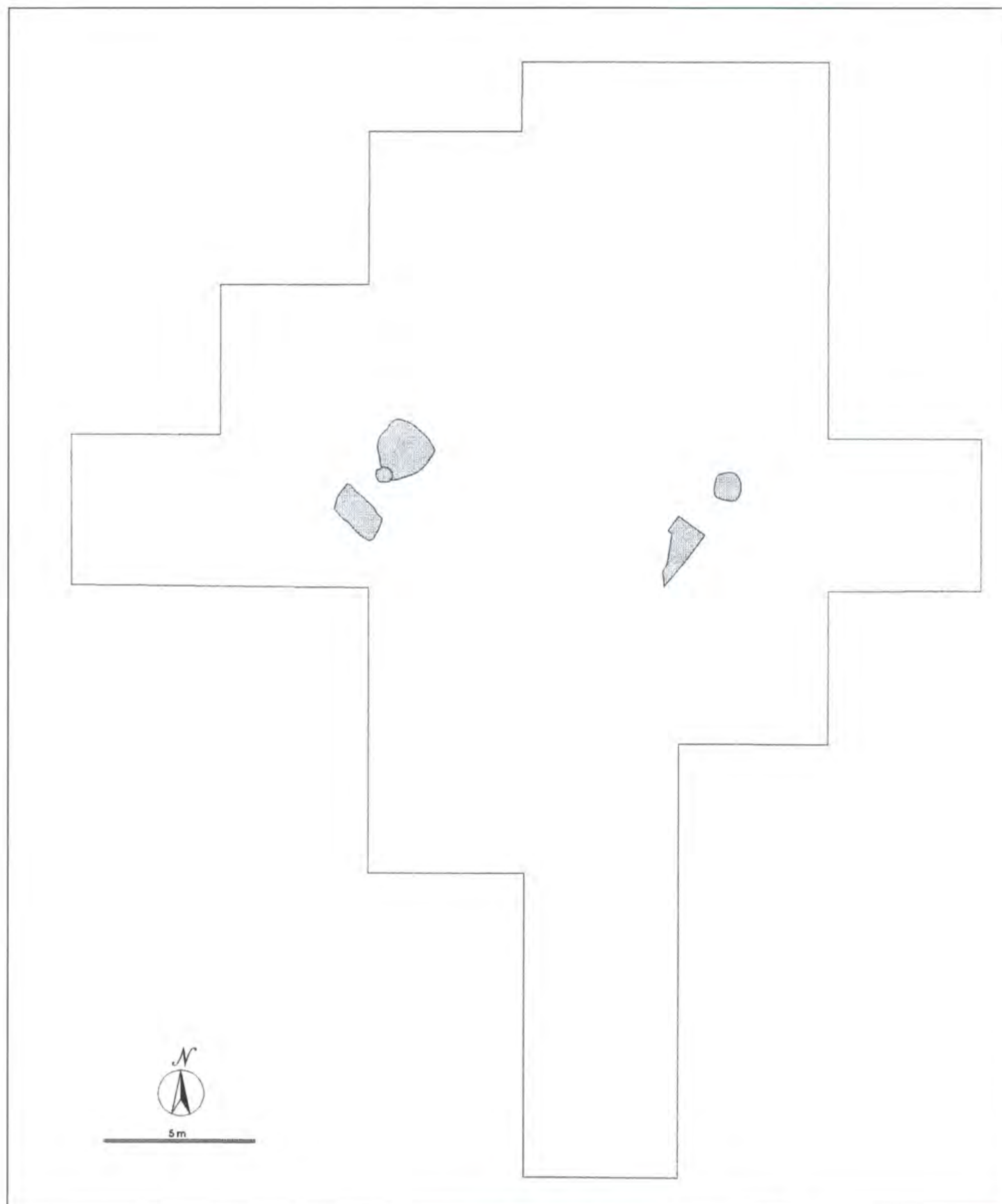


FIGURA 4.11: *Plano de extensión de la necrópolis de Pozo Moro en la fase IV.*

cronotipológica del casco en relación con la cerámica ática y el resto de las armas. A continuación exponemos las diferentes tesis al respecto y nos decantamos por una en función de su contrastación con la posición estratigráfica de la tumba. El casco nos da fechas del 350-375 a.C. según García Mauriño (1993), basándose en la cronología de Martín Almagro Gorbea (1976-78). Fernando Quesada puso en duda la cronología del casco establecida por García Mauriño ya que es el único ejemplar con fecha tan antigua, el resto de ejemplares conocidos se fechan entre finales del siglo III y principios del s. I a.C. El casco, la jabalina y la espada de La Tène son tardías, mientras que el resto del armamento presente en la tumba po-

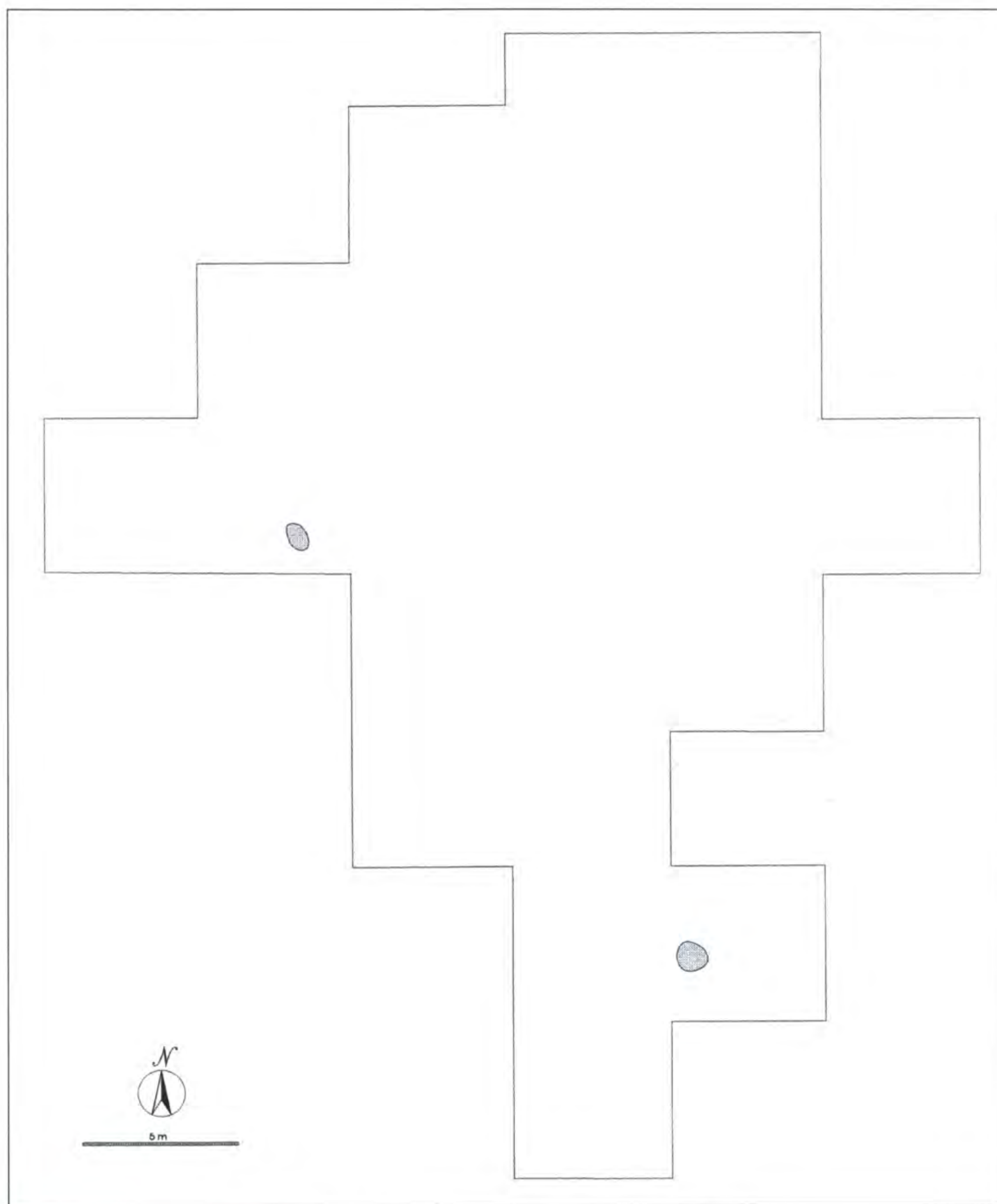


FIGURA 4.12: *Plano de extensión de la necrópolis de Pozo Moro en la fase V.*

dría ser concordante con la fecha del *Kantharos* (Quesada 1992). Plantea también Quesada la posibilidad de que fueran dos tumbas ya que se contabilizan dos conjuntos de armas diferenciados (Quesada 1992, 1997). Según de Hoz, que maneja la argumentación de Quesada sobre esta tumba (1992) y Feugère el casco se fecharía por la inscripción latina MVLVS y por la decoración de olas que lleva en el guardanuca, a finales del siglo III - principios del II a.C. (Hoz 1994; Feugère 1997). El resto de la panoplia documentada en la tumba sería coherente con esta ultima datación. El *kantharos* de cerámica ática de barniz negro de

mediados del s. IV a.C. es el objeto que llevó a Martín Almagro Gorbea (1976-78) a fechar esta tumba en el siglo IV a.C. Sin embargo, es bien conocida la costumbre entre los iberos de conservar piezas de especial valor y depositarlas en las tumbas tras un periodo mas o menos largo de uso en la vida cotidiana (García Cano 1997c). Si ese fuera el caso del vaso de la sepultura 4Finc.2, estaríamos ante una perduración de entre 150 y 125 años.

Estratigraficamente la tumba se sitúa a escasos cm. de la superficie, sobre las tumbas 3Finc.11, 4Finc.10 y 3Finc.11, fechadas en el siglo IV a.C. Además la tumba estaba cortada por la mitad al encontrarse al borde del testigo, lo que pudo llevar a la mezcla de materiales en el proceso de excavación y explicar la discordancia cronológica entre los objetos del ajuar y la mezcla de dos conjuntos de armas.

Para establecer la cronología de la tumba hemos considerado el *kantharos* de barniz negro del segundo tercio del siglo IV a.C. como una perduración o una intrusión provocada por la mezcla de materiales de dos tumbas, y nos decantamos por una cronología de finales del siglo III a.C. - principios del siglo II a.C. basada en el objeto más moderno presente en la tumba, el casco de tipo Montefortino. Esta fecha resulta apropiada para el resto de objetos de ajuar y para la posición estratigráfica de la sepultura.

Tumba 4F3

En el *ustrinum* B-1 de la necrópolis de Baza se localizó una copa como la de esta sepultura de Pozo Moro fechada por Presedo en los primeros decenios del siglo IV a.C. basándose en el parecido estilístico del grifo del medallón de la copa con una escena de amazona cabalgando sobre grifo procedente de Ampurias (Trías, LXXXII, 27-28). Según Presedo, la copa de Baza y la de Pozo Moro estarían hechas por la misma mano (Presedo 1982: 285).

El lote de copas con decoración de grifo en el medallón procedentes del pecio de El Sec, atribuidas al pintor de Viena 116 y fechadas entre el 375 y el 350 a.C. (Arribas *et al.* 1987) presentan claras semejanzas tanto en la forma como en la decoración con la de Baza y las de Pozo Moro. La copa de la tumba 30 de Castillejo de los Baños fechada entre el 375 y el 350 a.C. presenta un esquema decorativo casi idéntico al de Pozo Moro (García Cano y Page 2001: 127, fig. 22), al igual que las piezas de El Sec, que además comparten el mismo tipo de pie moldurado.

Estratigraficamente la tumba 4F3 se sitúa encima de la esquina SW del Monumento fechado en el 500 a.C. y cubriendo buena parte de la estructura de la tumba 4F7 fechada entre el 450 y 400 a.C. y el nicho de la sepultura 4F5, que aunque no ofrece un ajuar cronológicamente significativo, se encuentra en el mismo nivel de la tumba 4F7 y por tanto la consideramos contemporánea con un margen de unas décadas para arriba o para abajo.

Todos los datos disponibles apuntan a una cronología del 375- 350 a.C. para la tumba 4F3 de Pozo Moro.

La secuencia cronológica establecida de las tumbas de Pozo Moro que ofrecían información tipológica y/o estratigráfica fiable, se resume en la figura 4.5. Se ha elaborado un diagrama de barras en el que el eje horizontal indica el intervalo cronológico en el que se mueven cada una de las tumbas consideradas y el eje vertical la nomenclatura de las sepulturas.

4.8. Estudio de las estructuras

Pozo Moro se incluye en el grupo de necrópolis ibéricas de tipo tumular ampliamente extendido en el Sureste peninsular. En las fases más antiguas del cementerio existe un claro predominio de este tipo de estructura, para después dejar paso a un aumento paulatino de las sepulturas en hoyo, que terminan constituyendo el tipo exclusivo de la última fase incluida ya dentro del marco cultural de la romanización.

Tipología de tumbas en la necrópolis de Pozo Moro (fig. 4.13)

En Pozo Moro se han identificado 6 tipos de estructuras, algunos como el Monumento o las tumbas en hoyo características y exclusivas de un determinado momento cultural y cronológico, mientras en otros conviven juntos en el mismo momento, túmulos de piedra caliza y de adobe, o combinaciones de ambos materiales constructivos, junto a simples hoyos excavados en el suelo natural.

Tipo 1. *Hoyo*

Agujero simple excavado en el suelo, sin revocar y de forma más o menos circular, oblonga, lenticular o rectangular con los extremos redondeados y longitudes que oscilan entre el metro de longitud por 35 centímetros de anchura de la tumba 2F2 y el 1,8 metros por 0,57 de la sepultura 5E2.

Tipo 2. *Túmulo rectangular de adobe*

Construidos con bloques de forma rectangular dispuestos en hiladas paralelas sobre los *ustrina* que normalmente se ubican en el centro de la estructura. Los tamaños oscilan entre los 2,5 m. por 2,4 m. de la tumba 5D5 y los 3,3 por 3 metros del túmulo 4D3.

Tipo 3a. *Túmulo rectangular de piedra con cista interior de adobe*

Están constituidos por piedras grandes escuadradas delimitando el perímetro externo y relleno interno de

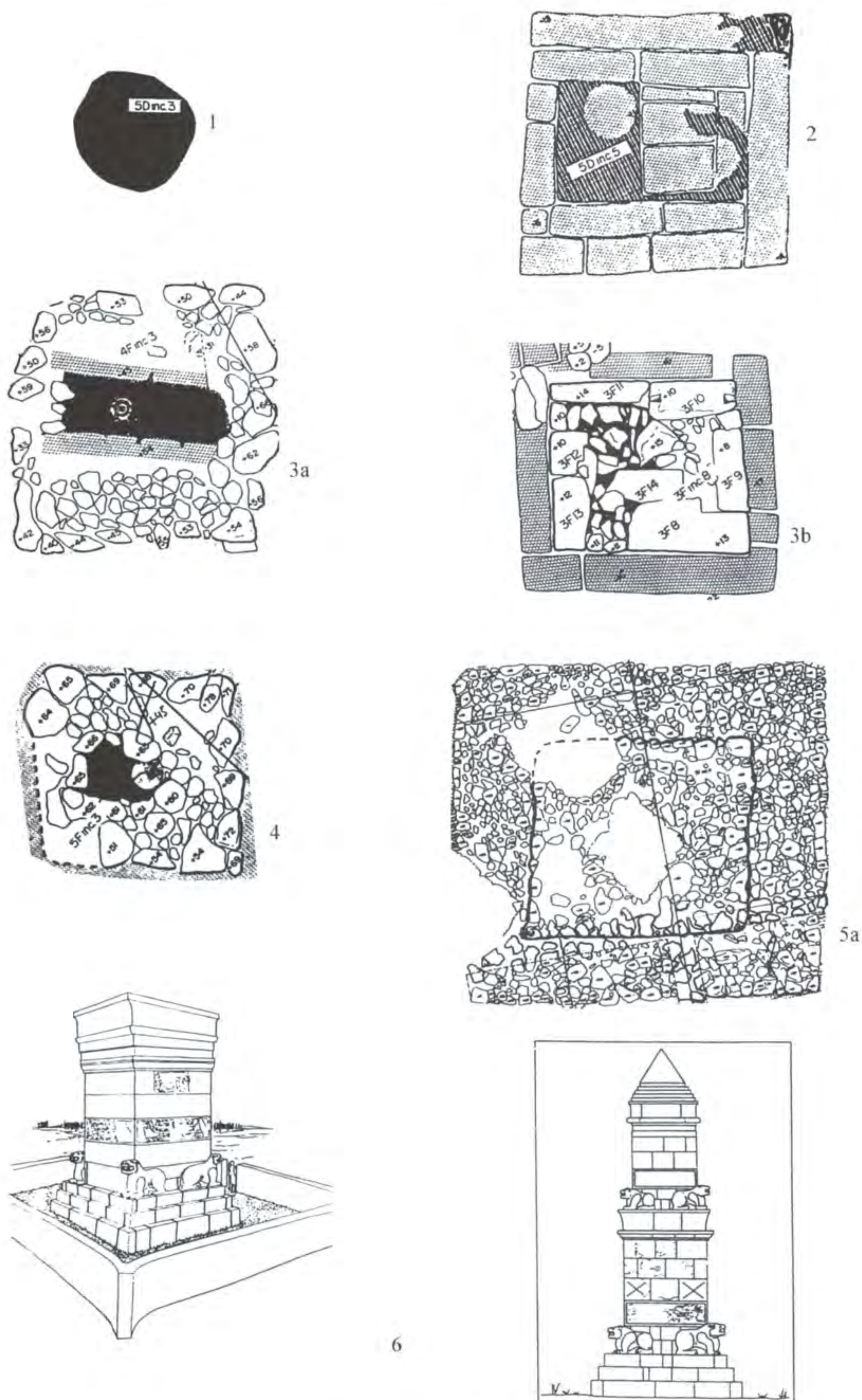


FIGURA 4.13: *Tipología de tumbas en Pozo Moro.*

piedras de pequeño y mediano tamaño, con cista interior de forma rectangular, de adobe cocido por el fuego de la pira, que acoge las cenizas y el ajuar del difunto. Los tamaños oscilan entre los 1,9 por 1,9 metros de la 4F3 y los 3,57 por 2,57 metros de la 4G1.

Presenta una variante:

Tipo 3b. *Túmulo rectangular de adobe con cista interior de piedra* (3Finc.8).

Se trata de una única tumba que reutilizó alguno de los sillares del monumento para construir una cista interna dentro de la cual se depositó el ajuar y las cenizas del difunto, procediendo a cubrir esa estructura con un túmulo de adobe.

Tipo 4. *Túmulo rectangular de piedra*

Realizado íntegramente en piedra, de menores dimensiones que los de adobe, moviéndose entre los 2,3 por 2,2 metros de la 3E3 y el 1,5 por 1,4 metros de la 5F3.

Tipo 5. *Grandes túmulos rectangulares de piedra*

Estructuras de grandes dimensiones, con piedras escuadradas delimitando el perímetro externo y relleno de piedra pequeña y mediana, levantado sobre un suelo preparado de arcilla rojiza endurecida.

Tipo 5a. *Túmulo de piedra rectangular escalonado*

Estructuras de grandes dimensiones, con piedras escuadradas delimitando los perímetros de los dos niveles y relleno de piedra pequeña y mediana, levantado sobre un suelo preparado de arcilla rojiza endurecida.

Tipo 6. *Monumento turriforme*

Estructura cuadrangular de piedra bien escuadrada, protegida por 4 leones ubicados en las esquinas, recorrida por un friso en altorrelieve y rematada por una gola y un ultimo tramo del que no se han conservado restos suficientes para identificarlo. El edificio se rodeó de un suelo de guijarros en forma de lingote chipriota y se delimitó con un murete de adobes que reproducía la misma forma. Se trata de una tumba única tanto en Pozo Moro como hasta el momento en el resto del panorama peninsular.

Evolución de los tipos de estructura

En el siguiente cuadro vamos a cuantificar el porcentaje de cada uno de los tipos de tumbas descritos anteriormente, primero en el conjunto de la necrópolis y a continuación incluyéndolos en sus respectivas fases.

En la tipología general de las tumbas de Pozo Moro, se observa un predominio estadístico del tipo 1 o tumba en hoyo (44,4%) sobre los túmulos (41,9%), y sin embargo la visión general del cementerio nos muestra una necrópolis en la que dominan claramente las estructuras tumulares. Esto se explica, en parte, por la destrucción de muchas de las tumbas que en origen debieron tener cubrición de la que apenas se conservan restos y también por el peso de las fases IV y V en las que la mayoría de las tumbas son en hoyo.

La fase de máximo uso del cementerio, la III (Alcalá-Zamora 2001), coincide, en cierta lógica, con la mayor diversidad tipológica de estructuras.

Existen ciertas dudas en cuanto a la adscripción de tumbas tumulares en la fase III, dado que los escasos restos de adobes o piedras conservados sobre alguna de las tumbas en hoyo de esta fase pudieron haber sido en origen túmulos desaparecidos como consecuencia de la erosión y superposición de tumbas, aunque no podemos tener constancia de ello. El hecho de que en

Tipo 1	Tipo 2	Tipo 3a	Tipo 3b	Tipo 4	Tipo 5	Tipo 6	Dudoso
36 44,4%	7 8,6%	9 11,1%	1 1,2%	14 17,3%	3 3,7%	1 1,2%	10 12,5%

FIGURA 4.14: *Cuadro resumen del número y porcentaje de tumbas por tipo en el conjunto de la necrópolis.*

TIPOS	1	2	3a	3b	4	5	6	Dudoso
FASE I							1 100%	
FASE II	3 25%	4 33,3%	2 16,6%			3 25%		
FASE III	17 40,5%	2 4,8%	6 14,3%	1 2,3%	10 23,8%			6 14,2%
FASE IV	4 66,6%	1 16,6%						1 16,6%
FASE V	3 100%							

FIGURA 4.15: *Cuadro resumen del número y porcentaje de tumbas por tipo en cada fase de uso de la necrópolis.*

125 años se produzcan al menos 40 enterramientos, hace que el espacio se aproveche exhaustivamente, provocando, en parte, la destrucción de estructuras anteriores.

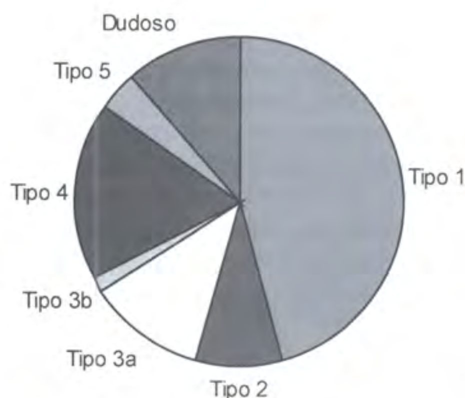


FIGURA 4.16: *Tipología de tumbas en Pozo Moro.*

En la fase IV se observa una tendencia cada vez más clara hacía las tumbas en hoyo, junto a pequeños túmulos de adobe, tendencia que culmina en el momento final de la fase ibérica de la necrópolis, en la que desaparecen completamente las estructuras tumulares, realizándose ahora los enterramientos en hoyo a veces con cierres de adobe, y depositándose como ajuares en las tumbas materiales procedentes del mundo cultural romano.

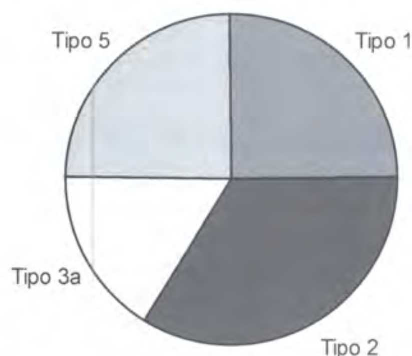


FIGURA 4.17: *Tipología de tumbas en la fase II.*

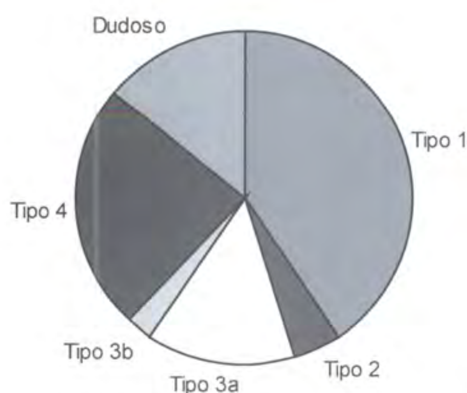


FIGURA 4.18: *Tipología de tumbas en la fase III.*

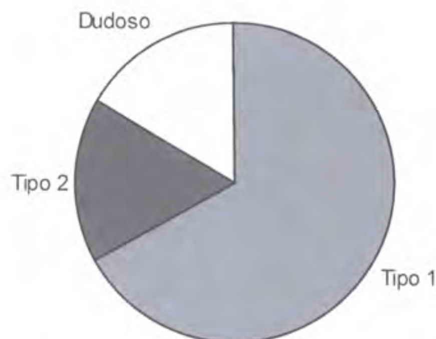


FIGURA 4.19: *Tipología de tumbas en la Fase IV.*



FIGURA 4.20: *Tipología de Tumbas. Fase V.*

Tipología de los loculi (Fig. 4.22)

Los *loculi* son agujeros realizados en el suelo alisado y preparado, en los que se introducen las cenizas y el ajuar del difunto. En la mayoría de los casos, sobre estos hoyos se construye un túmulo de piedra y/o adobe que lo cubre y en otros simplemente se cierra el *loculus* con adobes. En el caso de que se construya una superestructura sobre el *loculus*, éste queda ubicado bien en el centro en un 57,3 % de los casos o esquinado en un 38,6 %. El 4,1 % restante corresponde a un túmulo del que sólo se conserva el *loculus* y parte de la estructura, por lo que resulta imposible identificar la ubicación de uno respecto de otro.

La similitud en los porcentajes de una y otra ubicación parecen demostrar que no existe una norma estricta a la hora de decidir la ubicación del *loculus* ya que tampoco se concentra el mismo tipo en un periodo cronológico concreto.

En cuanto a las dimensiones, se han podido extraer datos de 52 tumbas, obteniéndose una media de 0, 92 metros de longitud por 0, 60 de ancho. La media de profundidad del hoyo de las 30 tumbas en las que se ha podido documentar este aspecto, oscila entre los 10 y los 61 cm., con una media de 26 cm. y un 43,3% de hoyos cuya potencia se encuentra entre los 27 y los 33 cm.

Las dimensiones de los *loculi* oscilan entre los 151 y los 42 cm. de longitud, y entre 166 y 36 cm. de anchura. La profundidad de los nichos documentados oscila entre los 10 y los 61 cm. (Fig. 4.21).

	Loculi en metros		
Tumba	**Longitud**	**Ancho**	**Profundidad**
2F1	0.9	0,42	0.2
5D6	0.3	0,3	0,27
4E1	0.75	0,65	0,2
6E1	0.7	0.7	0,17
4G2	0,76	0,42	
3G3	0.8	0,36	0,12
5D3	0,8	0,8	0,3
3F0	0,9	0,58	
4F5	0.9	0,66	
4G6	0,9	0,79	0,12
5E3	0,9	0,45	0.12
3E1	0,91	0,6	0,57
3E2	0,93	0,61	0,61
5F1	0,94	0,72	
4D2	1	0,9	
4D6	1	1	
3F9	1,06	0,34	0,27
4C2	1,1	1	
3F2	1,15	0,8	
5E2	1,17	0,48	0,12
4C3	1,2	0,9	
4D5	1,2	0,85	0,3
4F3	1,2	0,39	
5D1	1,24	0,85	
4G5	1,4	0,75	0,51
4F2	1,51	1,66	0,33
4D3	1,39	0,57	
5E4	1,81	0,57	
2E1	0,81	0,51	0,1
2F2	0,93	0,45	
3E3	0,85	0,57	0,2
3F3	0,65	0,45	
3F1	0,64	0,6	
3F4	0,63	0,36	0,15
3F11		0.6	0,33
3G1	0.51	0,55	0,33
4C1		0,54	0,27
4C5		0,6	0,27
4E2	1,06	0,54	0,33
4F1	0,6	0,36	
4F4	0,48	0,45	0,27
4F7		0,45	0,24
4G3		0,64	0,3
4G4	0,42	0,42	
4G7	0,64	0,6	
5D4	0,75	0,45	
5E6	1,12	0,6	0,21
5F3	0,75	0,45	0,15
6F1	0,78		0,21
6F2	1,02	0,51	
8A1	0,6	0,6	0,27
8E2	0,45	0,45	
TOTAL **52**	**42,52**	**30,87**	**7,84**
Tumbas útiles	47	51	30
MEDIA	**0,92**	**0,6**	**0,26**

FIGURA 4.21: *Dimensiones de los loculi.*

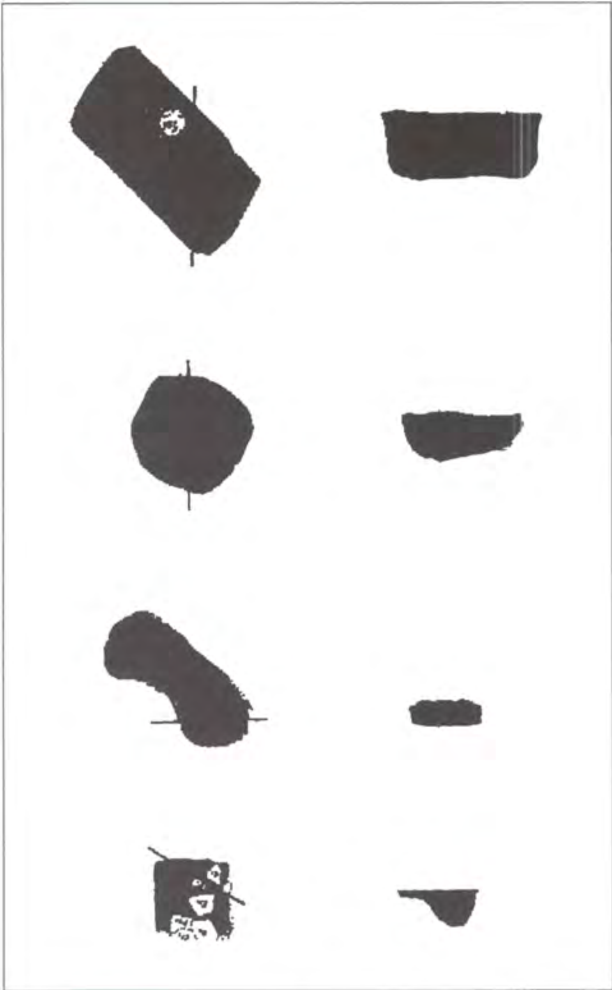


FIGURA 4.22: *Tipología de loculi en Pozo Moro.*

Se han documentado 5 tipos de *loculi* en Pozo Moro, de los que el rectangular es el mayoritario con un 48,5% de los casos, seguido del de forma ovalada con un 25%, y muy cerca el circular con 22,9%, y junto a estos, dos casos excepcionales de forma arriñonada y con escalón respectivamente. No parece darse una tendencia clara en cuanto al uso de un tipo concreto de *loculus* en un periodo determinado de uso del cementerio, aunque en parte se debe a la falta de información sobre los *loculi* de la fase II y la escasez de tumbas de las fases IV y V. En la necrópolis de Coimbra se ha detectado una evolución en los tipos de *loculi* con un predominio de los rectangulares en el siglo IV a.C., de los ovalados en el siglo III y de un uso más o menos equilibrado de ambos en el siglo II a.C. (García Cano 1997: 86) Los nichos rectangulares y ovalados son los más frecuentes en necrópolis ibéricas, constituyendo más del 62% de los documentados en la macronecrópolis de El Cigarralejo, en la que se identificaron hasta 26 tipos diferentes (Cuadrado 1987: 37). Fosas con escalón se encuentran en la necrópolis de El Poblado de Coimbra (García Cano 1997b: tumba 22, pg. 60) y en el Cigarralejo, y el tipo VIII de Cuadrado (Cuadrado 1987: 34, fig.4) recuerda a la forma del nicho arriñonado de la tumba 5E2 de Pozo Moro, aunque sin la curvatura central.

Paralelos

Estructuras tumulares del tipo documentado en Pozo Moro, son frecuentes en contextos funerarios ibéricos del Sureste de la Península Ibérica. Túmulos de tipo principesco (Almagro Gorbea 1983a) se han documentado en El Cigarralejo (Cuadrado 1987), Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b) o Los Villares (Blánquez 1990a), entre otros ejemplos. Túmulos de piedra de menores dimensiones que los anteriores, se encuentran en la mayoría de las necrópolis ibéricas del Sureste, pero su área de influencia se extiende a regiones mucho más amplias, ya que también se han documentado en Extremadura y Castilla la Mancha (Hernández 1990; Valero 1999). Los túmulos de adobe se encuentran en varias necrópolis del Sureste de la Península Ibérica, aunque pensamos que estarían presentes en muchas otras en las que no fueron detectados por tratarse de excavaciones antiguas o simplemente por pasar desapercibidos. Sirvan de ejemplo dado su buena conservación los túmulos de adobe de Castellones de Céal en Jaén (Chapa *et al.* 1998) o los de la Punta del Barrionuevo en Iniesta, Cuenca (Valero 1999). Por el tipo de estructuras presentes, el paisaje y el tamaño del recinto, encontramos mayor similitud con necrópolis como la de El Tolmo de Minateda (Abad *et al.* 1998), Los Villares, Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990a), El Tesorico (Broncano *et al.* 1985), Necrópolis de El Poblado de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b), Corral de Saus (Izquierdo 2001) o incluso Castellones de Céal (Chapa *et al.* 1998), que con otros conjuntos de mayor envergadura como El Cigarralejo (Cuadrado 1987) o Cabecico del Tesoro (Quesada 1989b).

Accesibilidad y circulación

Toda necrópolis es un lugar de carácter sagrado y de uso ritual, lo que exigía la organización de sus accesos y de la circulación en su interior, aunque en la mayoría de los casos no seamos capaces de descifrarlo.

Hemos comprobado que la accesibilidad y circulación en el cementerio de Pozo Moro fue modificándose con el paso del tiempo. En la primera fase contamos con una sola estructura, un monumento de piedra con un *temenos* en forma de lingote chipriota que lo rodea y permite la circulación alrededor del mismo, posiblemente con la intención de crear un pasillo que facilite la lectura de los relieves que se sitúan en los sillares y al mismo tiempo delimitar un espacio sagrado.

En la fase II, que abarca del 500 al 425 a.C., se produce un aumento del número de personas que tienen acceso al cementerio, destacando entre ellas una serie de tumbas denominadas por la historiografía túmulos principescos (Almagro Gorbea 1983a), consistentes en grandes estructuras cuadrangulares de piedra. Estos túmulos se distribuyen en dos áreas con dos tumbas cada una, la primera al Sur del Monumento y la otra al NW, respetando un espacio entre túmulos de 1,4-1,6 metros, para permitir la circulación y la contemplación de la magnificencia de estas masas pétreas. Ocupan un espacio importante dentro de la necrópolis, lo que junto con la monumentalidad de las estructuras, estaría marcando el estatus de estos individuos dentro del grupo (fig. 4.9). Esta monumentalidad arquitectónica, contrasta con la ausencia de ajuar en tres de las cuatro sepulturas consideradas dentro de esta categoría, lo que parece estar indicando que en este grupo y en este momento concreto de la historia del cementerio se está valorando un elemento externo y bien visible por todos los miembros de la comunidad como medio de ostentación y marcador de estatus de los individuos preponderantes allí enterrados. Algo parecido se observa en la fase antigua de Los Villares (Hoya de Santa Ana), ya que son tumbas que mantienen la misma orientación y están separadas entre sí para permitir la circulación (Blánquez 1987 y 1990a).

Se ha calculado el espacio en m^2 ocupado por las tumbas en cada una de las fases de uso del cementerio (Figura 4.23).

FASE	Media m^2/ Tumba	Diferencia espacio
I	88	0
II	26,3	-3,3
III	3,04	-8,6
IV	1,3	-2,3
V	0,81	-1,6

FIGURA 4.23: *Evolución del uso del espacio en el cementerio de Pozo Moro.*

En la Fase I se ha cuantificado el espacio ocupado por el monumento turriforme de piedra que ocupa 12,5 m^2, el suelo enguijarrado y el murete de adobe con forma de lingote chipriota que rodea la estructura, obteniendo un total de 88 m^2.

En la segunda fase (ver fig. 4.8), hemos contabilizado la superficie ocupada por las 4 estructuras tumulares principescas, obteniendo una media de 26,3 m^2 por tumba, siendo la más pequeña la 3G1 con 16,65 m^2 y la más grande la 5F4 con 38,14 m^2, seguida muy de cerca por los 32,86 m^2 de la 7E1 [39].

En la fase III (ver fig. 4.10) se asiste a la «democratización» del uso del espacio funerario, produciéndose una alta concentración de tumbas en una superficie reducida. El túmulo de mayores dimensiones ocupa 9,2 m^2, mientras el más pequeño se asienta sobre

[39] En este caso, se ha obtenido la superficie total del túmulo de forma aproximada calculando la parte de estructura que aún se encuentra sin excavar.

1,4 m². En esta fase de apogeo de enterramientos encontramos un número importante de tumbas en hoyo que pueden estar indicando la presión ejercida sobre los límites de ocupación de la necrópolis. Este tipo de tumba presenta unas dimensiones de entre 0,20 y 1,1 m², lo que permitiría un uso más intensivo del espacio. Sin embargo, pensamos que el alto porcentaje de tumbas en hoyo documentado en esta fase se encuentra distorsionado ya que muchas de ellas debieron tener una superestructura de tipo tumular perdida como consecuencia de la erosión y las superposiciones de tumbas. Teniendo esta consideración en cuenta, se ha calculado la media del espacio ocupado por tumba en la fase III descartando aquellas tumbas que pensamos, por conservar restos de adobe o piedras dispersas, que en el momento de uso tuvieron una estructura cubriendo el hoyo que contenía el ajuar y los restos del difunto. De esta forma se ha obtenido una media de 3,04 m² por tumba, lo que representa 8,6 veces menos espacio por sepultura que en la fase precedente.

Durante la fase IV (ver fig. 4.11), el número de tumbas se reduce drásticamente, y a pesar de que ya no existe tanta presión sobre el espacio, el tamaño de las tumbas sigue disminuyendo, obteniéndose una media de 1,3 m² por tumba. Esto supone un uso 2,3 veces menor de espacio que en el periodo precedente. Es posible que las tumbas de la fase anterior sigan estando vigentes y que en consecuencia se respete la superficie ocupada por ellas, construyéndose las nuevas en los huecos que aún quedan libres. Esta es la hipótesis más razonable ya que no parece existir una ruptura social o ritual con respecto a la etapa anterior.

Finalmente, en la fase V (fig. 4.12), asistimos a un momento en el que el ritual típicamente ibérico comienza a desdibujarse, cediendo terreno a ajuares y formas de enterramiento cada vez más romanizados. Contamos únicamente con dos sepulturas de este momento, de las que se obtiene una media de espacio ocupado de 0,81 m², lo que representa 1,6 veces menos espacio utilizado por tumba en relación a la fase IV.

Orientación

Uno de los aspectos más destacados de la necrópolis de Pozo Moro es la coincidencia en la orientación de las tumbas en sentido SE-NW, salvo dos únicas excepciones, la de la tumba 3F4 que se orienta SW-NE y la 7D1 que lo hace Norte-Sur. Si lo comparamos con otras necrópolis ibéricas, aunque existen claras tendencias, éstas son mucho menos marcadas que las que nos encontramos en Pozo Moro. Así, en La Albufereta hay un grupo de enterramientos que se orienta en sentido Este-Oeste (Figueras 1956), lo mismo que la mayoría de los empedrados de el Cigarralejo (Cuadrado 1987). En Castellones del Céal también parece seguirse esa misma orientación aunque presenta múltiples variaciones (Chapa *et al.* 1998). Las sepulturas de Cabezo Lucero parecen seguir dos direcciones más o menos claras, Norte-Sur y Este-Oeste (Aranegui 1993), al igual que Coimbra del Barranco Ancho que presenta un 30,7% de tumbas orientadas Este-Oeste, un 26,4% Norte-Sur y un 28,8% en sentido Noroeste-Sureste (García Cano 1997b). En cuanto a los Nietos, la orientación mayoritaria es también Norte-Sur (García Cano 1990), como la de la fase II de los Villares (Blánquez 1990a). Más homogéneas parecen las orientaciones en la necrópolis de Pozo de la Nieve en Hellín, Albacete. Éstas están siempre en función de los puntos cardinales y las tendencias más claras se concentran en la orientación Norte-Sur y Este-Oeste (López Precioso 1995: 271). En este sentido, Pozo Moro sería una excepción, no sólo por su diferente orientación SE-NW, sino también por la alta coincidencia de tumbas que se orientan en la misma dirección, un 95%, característica que no se repite con tal rotundidad en ninguna otra necrópolis ibérica publicada y que evidencia concepciones rituales de base cosmológica generalizadas en todo el grupo humano que utilizó este cementerio.

El paisaje funerario en Pozo Moro

La necrópolis de Pozo Moro conforma un paisaje monumental que va modificándose con el paso del tiempo al irse adaptando a las nuevas necesidades sociales de los individuos allí enterrados.

Fase I: El Monumento turriforme, la imagen del poder

La génesis del yacimiento de Pozo Moro, se sitúa cronológicamente en el 500 a.C., en un marco físico bastante diferente al que nos encontramos hoy día. En una zona con escasas elevaciones y cubierta con grandes manchas de encinar y distintas variedades de retamas, junto con pequeñas extensiones dedicadas al cultivo, controlando un eje de comunicaciones de máxima relevancia y un recurso esencial en la zona como es el agua, un equipo de artesanos, probablemente de origen gaditano y formación influenciada por el área sirio-palestina (Almagro Gorbea 1992), construyen una estructura monumental con forma de torre flanqueada por leones sedentes y recorrida por frisos que albergan un rico programa iconográfico, para un régulo local que de esta manera ejercita su poder, su capacidad de ostentación y su interés por ser recordado como referente social, en un momento en el que ese sistema ideológico estaba a punto de ser substituido por otro más acorde con las circunstancias.

Fase II (500-425 a.C.): La gestación del grupo gentilicio. Los grandes túmulos

Al poco tiempo de ser construido, quizá una década o dos más tarde, el Monumento se viene abajo, probablemente como consecuencia de la ausencia de ci-

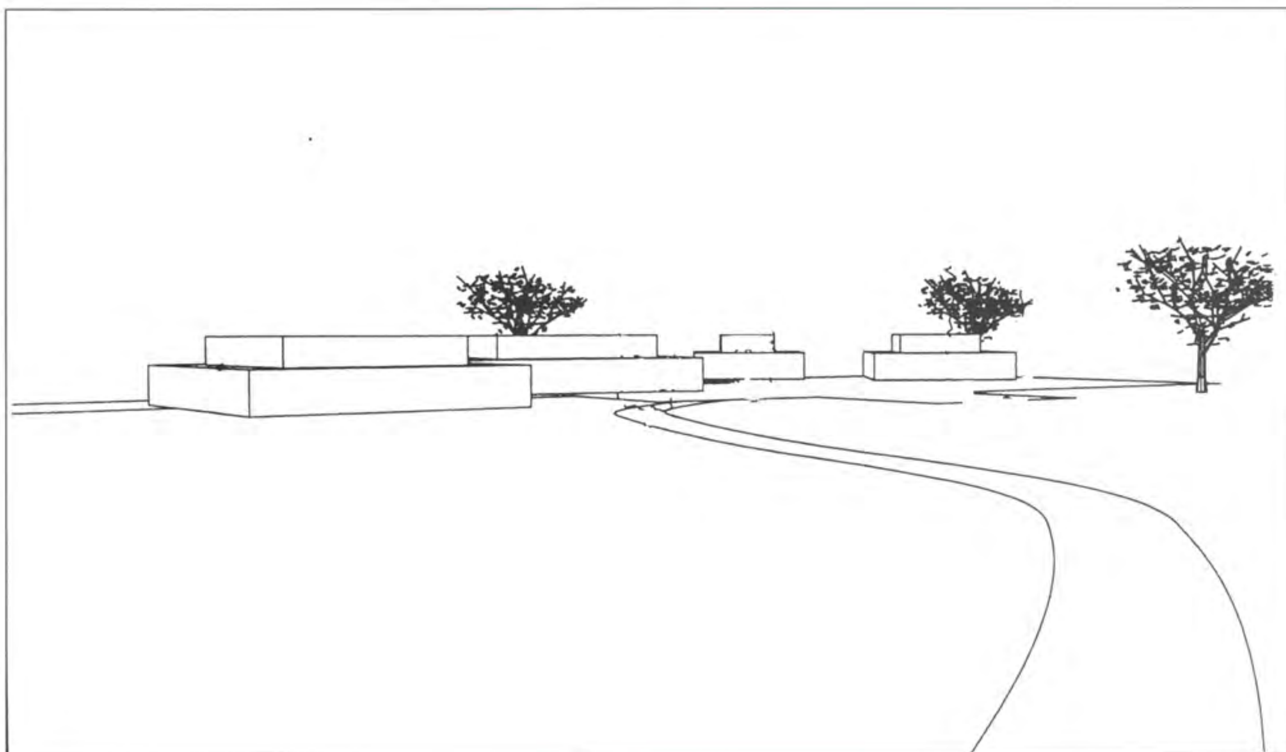


FIGURA 4.24: *Reconstrucción hipotética de la necrópolis de Pozo Moro en la fase II.* (Dibujo de Gabriel Hermo).

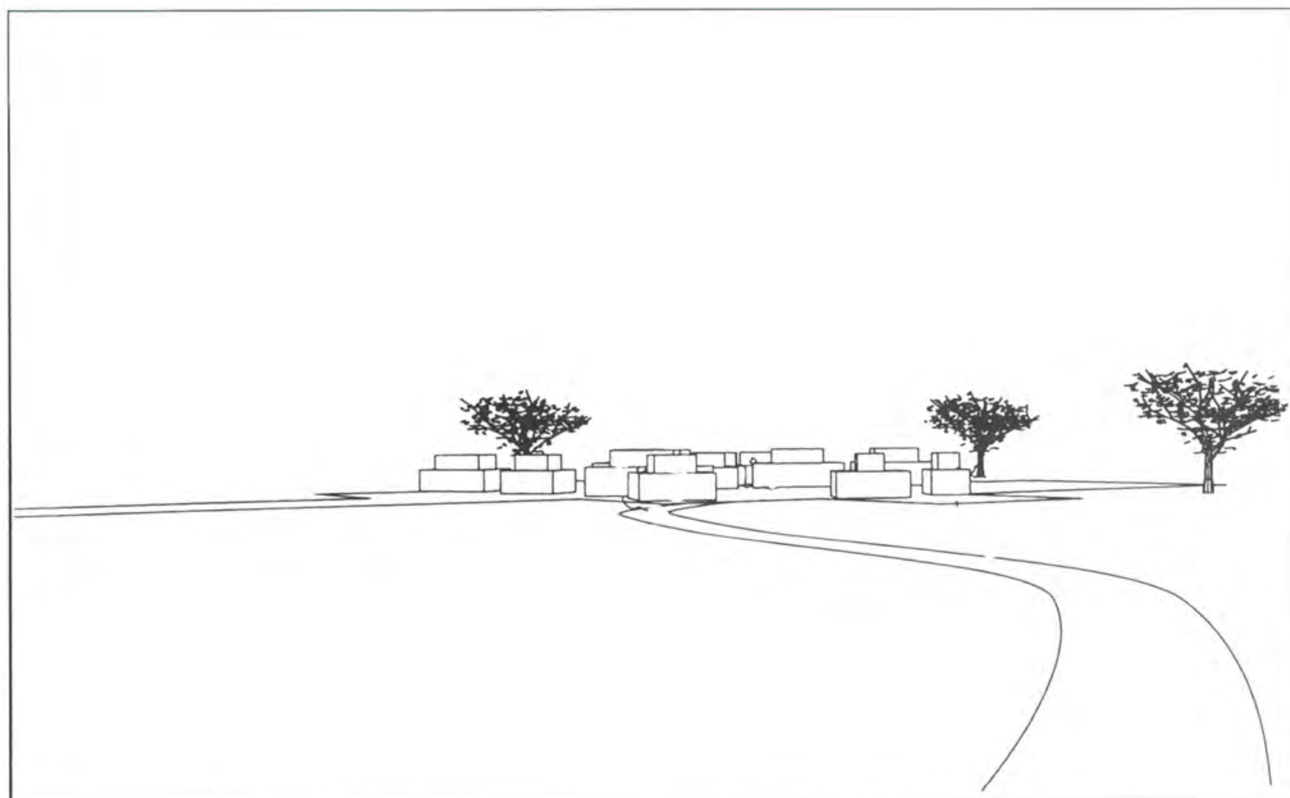


FIGURA 4.25: *Reconstrucción hipotética de la necrópolis de Pozo Moro en la fase III.* (Dibujo de Gabriel Hermo).

mientos que lo sustentaran (Almagro Gorbea 1983b), aunque no podemos descartar la posibilidad de que al igual que ocurre en muchos otros cementerios ibéricos del Sureste peninsular, fuera deliberadamente derribado y destruido (Blánquez 1992). Pero el lugar sigue siendo un referente, quizá por su situación estratégica, quizá como enclave de alto contenido simbólico o más probablemente como consecuencia de ambos motivos a la vez, y en él se instalan tumbas nuevas que conforman una nueva estructuración del espacio. Respetando el lugar ocupado por la torre del Monumento y los sillares caídos, las élites aristocráticas se construyen unas estructuras tumulares en piedra bastamente escuadrada. A la atención en la perfección geométrica y la riqueza iconográfica de los relieves y esculturas del Monumento le sustituyen ahora masas pétreas, escalonadas o no y construidas más para ser admiradas por su tamaño que por otro tipo de valores estéticos o cosmológicos probablemente pasados de moda y difícilmente sostenibles en la nueva situación social.

Fase III (425-300 a.C.): La ampliación del uso del espacio funerario

El acceso de un mayor número de personas al ritual funerario, constatado en la fase plena del mundo ibérico, también deja su huella en el paisaje funerario de Pozo Moro. El número de tumbas se cuadriplica con respecto a la fase anterior, disminuyendo el tamaño de las mismas, consecuencia por un lado, de la escasez de espacio disponible, y por el otro de la repartición del poder entre un número mayor de individuos. Asistimos a una mayor diversificación del repertorio formal de tumbas, abandonando los grandes túmulos y sustituyéndolos por otros más pequeños de piedra y/o adobe. Junto a este tipo de tumba, son muy frecuentes los enterramientos en hoyo, aprovechando los pocos huecos que van dejando libres las estructuras mayores y que pueden estar indicando un estatus menor de los individuos allí enterrados vinculados a clanes o grupos gentilicios. También hacen su aparición en estos momentos las primeras evidencias de ofrendas en forma de urnas con restos de huesos de animales en su interior. Resulta difícil identificar las tumbas a las que dichas ofrendas fueron dirigidas, pero en todo caso nos sirven para constatar una manifestación ritual vinculada a la propia presencia física de la tumba. Junto a las tumbas construidas en estos 125 años, es probable que aún resultaran visibles los grandes túmulos de la fase II, aunque no se conservara su alzado total al no ser mantenidos y a la vez ser utilizados como canteras. Algunos túmulos de la fase III se asientan directamente sobre estructuras anteriores como el 5F3, otros los aprovechan como base para elevar una nueva estructura, como el 3F4 o el 3G3 y otros reutilizan sillares procedentes del derrumbe del Monumento como el túmulo 3F8 o el 5E1. En conclusión, cabe destacar el carácter monumental de esta fase con un número importante de túmulos distribuidos en dos grupos, al SE y NW del lugar donde se ubicó el Monumento. La mayor concentración se encuentra en el sector NW, con una serie de túmulos de piedra con cista de adobe, en ciertos casos adosados unos a otros y en otros superpuestos. Las necesidades de espacio hace que la distancia entre tumbas sea mínima o nula en el caso de las tumbas adosadas, por lo que la circunvalación de las estructuras se vuelve impracticable.

Fase IV (300-75 a.C.): La necrópolis tardía. El declive del cementerio

La escasez de enterramientos que se producen a lo largo de estos dos siglos y cuarto nos hablan del declive y paulatino abandono de este sitio como lugar de deposición. Las sepulturas, simples hoyos excavados en el suelo y todo lo más protegidos por cubiertas de adobe, pierden la monumentalidad de las fases anteriores y la substituyen por una mayor atención a los ajuares que las acompañan. Las tumbas vuelven a estar distribuidas en dos pequeños grupos al SE y NW del lugar ocupado antaño por la estructura turriforme y la superficie ocupada queda reducida un 90% con respecto a la etapa de apogeo.

Fase V (75 a.C.- 117 d.C.): La fase ibero-romana. El proceso de aculturación

Dos únicos enterramientos dan testimonio de la fase ibero-romana del cementerio. Se trata de tumbas en hoyo, situadas a una distancia considerable, tanto temporal como espacial, ya que entre uno y otro transcurren dos generaciones y median 18,5 metros, lo que nos hace suponer que no existe ningún tipo de vínculo parental o clientelar entre los individuos allí enterrados. Sin embargo, si parece estar presente una intencionalidad a la hora de elegir el lugar donde quisieron ser sepultados. Los ajuares que acompañan a ambas tumbas parecen dejar claro que se trata de indígenas que en el caso del difunto de la tumba 4G2 mantiene contactos con el mundo romano pero que sigue conservando muchos de los elementos y formas de vida locales, de ahí la mezcla de materiales y costumbres romanas como la moneda de Galba y el uso de estos objetos para tapar la boca del difunto, junto con otros de raigambre local como el conjunto cerámico. Por su parte, la sepultura 7D1 establece vínculos con una tumba anterior, ya que se horada un agujero en el interior de la misma, pero su ajuar esta compuesto por cerámicas romanas lo que nos habla de la total aculturación, al menos en lo material, de este individuo. Habría que saber si la colocación de la tumba 7D1 en el interior del túmulo 7E1 fue intencionada o si por el contrario se eligió ese punto al azar. El esfuerzo que debió suponer levantar una parte del túmulo para realizar el enterramiento podría hacer pensar que se buscó la conexión, pero, por otro lado, el hecho de que transcurrieran muchos siglos desde que se levantó el túmulo hasta que el segundo individuo

reutilizó el mismo espacio, hace suponer que no quedaría resto alguno que evidenciara su existencia, y en tal caso su ubicación respondería a la casualidad.

Fase VI (siglos IV-V d.C.): Las inhumaciones tardorromanas. El abandono de la necrópolis

Durante los próximos 400 años el cementerio se abandona y la zona se cubre de vegetación. En el siglo IV-V d.C. un cementerio tardorromano de inhumación se asienta sobre las tumbas de las fases precedentes, rompiendo en el proceso estratos de distintas cronologías. La mayoría de las tumbas se concentran en el sector Este del cementerio. Se trata de tumbas sencillas en hoyo con los cadáveres en el interior de ataúdes de madera y en ocasiones cubiertas con *tegulae*. El ritual es completamente diferente al documentado en las fases precedentes, pero el referente espacial sigue siendo el mismo. La sacralidad del lugar tuvo que ser conocida y respetada por la comunidad que se entierra allí varios siglos después, porque en otro caso no se entiende la elección del mismo sitio, pudiendo elegir un espacio libre a unos pocos metros de distancia.

La impresión general que ofrece el conjunto cementerial muestra un espacio nuclear ocupado por el Monumento turriforme que se mantiene prácticamente intacto durante más de 500 años, alrededor del cual se fue desarrollando una necrópolis monumental de tipo tumular, primero constituida por grandes estructuras cuadrangulares de piedra que permiten su circunvalación, para luego dejar paso a una nueva imagen reflejo de un cambio social en el que se amplia la posibilidad de acceso al cementerio, lo que se refleja en una proliferación de pequeños monumentos en piedra y/o adobe junto con sepulturas en hoyo, ofreciendo una imagen de abigarramiento al aprovechar al máximo el área central del cementerio. Entre los siglos III a.C. y II d.C. el espacio ocupado se reduce drásticamente en clara relación con el numero de tumbas, desaparecen las estructuras monumentales y las tumbas aparecen dispersas en el recinto funerario, aunque siempre respetando el área central. El lapso de tiempo de abandono va a quedar interrumpido por la ubicación de una nueva necrópolis tardorromana, que rompe con el rito de la cremación. Las 14 inhumaciones documentadas muestran un ritual funerario pobre, tanto por el tipo de estructura como por los ajuares que las acompañan y marcan el fin del uso funerario que el lugar de Pozo Moro había conservado durante más de 800 años.

4.9. Estudio de los materiales

La necrópolis de Pozo Moro ha proporcionado escasa vajilla de importación. Sin embargo, resulta de especial relevancia el análisis pormenorizado de estos elementos del ajuar, ya que existen muy pocos objetos que ofrezcan por su tipología un marco cronológico fiable. Las cerámicas de importación halladas, ofrecen dataciones que van desde finales del siglo VI a.C. hasta el siglo II a.C., predominando las del siglo IV a.C. tanto por su variedad tipológica como por su abundancia.

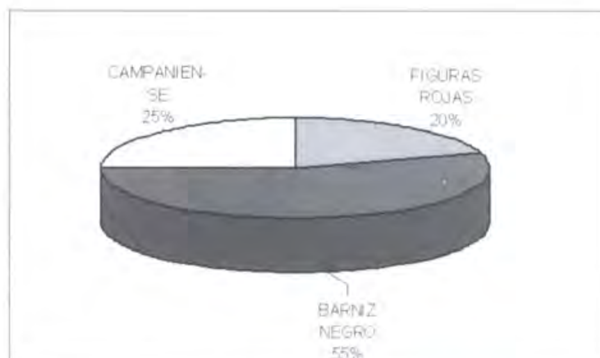


Figura 4.26: *Tipos de cerámica de importación en tumbas.*

Un 9% del total de objetos de los ajuares de Pozo Moro es vajilla de importación, con un predominio importante del barniz negro sobre las figuras rojas o la campaniense. Es significativo que una única tumba, la 3F3, concentra 8 piezas de ática, lo que representa el 38% del total de cerámica importada de Pozo Moro y el 80% del total de figuras rojas.

En los siguientes apartados se analizan los tres grandes grupos cerámicos identificados, atendiendo a su origen y cronología: cerámica ática de figuras rojas, cerámica ática de barniz negro y cerámicas helenísticas de barniz negro, generalmente conocidas como «cerámica campaniense».

Para la clasificación de las cerámicas áticas, se ha seguido la propuesta por Lamboglia (1952), utilizando además la terminología y los repertorios de Sparkes y Talcott (1970) para el Agora de Atenas. Para la Península Ibérica, nos apoyamos en el estudio de Trías (1967), el de Rouillard (1991) y los conjuntos publicados de vajilla de importación en los yacimientos ibéricos de El Cigarralejo (Cuadrado 1958, 1963 y 1987), Coimbra del Barranco Ancho (García Cano y Page 1994, García Cano 1997b y 1998), Cabezo Lucero (Ramos 1969, Aranegui *et al.* 1993), Cabecico del Tesoro (Trías 1967, García Cano 1982), Castillejo de los Baños (García Cano y Page 2001), La Albufereta (Rubio 1986), Orleyl (Lázaro *et al.* 1981), El Salobral (Blánquez 1995b), Hoya de Santa Ana, Los Villares (Blánquez 1990a), Llano de la Consolación (Valenciano 2000), El Amarejo (Broncano 1989), Baza (Presedo 1982), Castellones de Ceal (Cabrera *et al.* 2000, Chapa *et al.* 1998), Las Madrigueras (Almagro Gorbea 1969) y la vajilla recuperada en el pecio de El Sec (Arribas *et al.* 1987).

1. *Cerámica Ática*

La necrópolis ibérica de Pozo Moro cuenta con un conjunto de 16 piezas de cerámica ática, que perte-

necen a vasos de figuras rojas en un 31,2% y a barniz negro en un porcentaje muy superior que se sitúa en algo más del 68%.

La cronología global de las piezas se ha establecido entre finales del siglo V a.C. y principios del siglo IV a.C. para la vajilla de figuras rojas, y entre esa misma fecha y el segundo tercio del siglo IV a.C. en el caso del barniz negro, coincidiendo con el inicio del momento de auge en el uso del espacio funerario.

Figuras rojas

Contamos con un conjunto muy homogéneo desde el punto de vista tipológico y cronológico, ya que se trata de un lote de copas y una jarra de bebida que se datan entre finales del siglo V y principios del siglo IV a.C. Los vasos proceden de dos enterramientos, el 3F3 cuenta con 3 piezas que presentan en su medallón la figura del joven con manto frente a un altar o pila, y una cuarta, que representa un atleta desnudo ejercitándose; y el 4F3, donde se depositó un *kylix* con decoración de un grifo en el medallón. A esto hay que añadir los fragmentos recuperados en superficie que formarían parte de al menos dos piezas más.

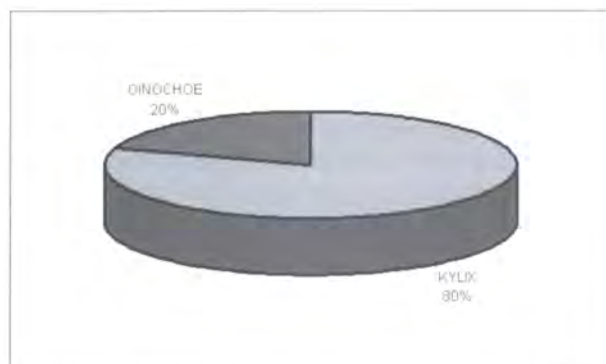


FIGURA 4.27: *Tipología de figuras rojas en Pozo Moro.*

Hay que destacar la escasez de cerámica de figuras rojas en la necrópolis, que se relaciona con la pobreza de los ajuares y las pequeñas dimensiones del cementerio, difícilmente comparables con las grandes necrópolis y la riqueza de El Cigarralejo (Cuadrado 1958, 1987) o Cabecico del Tesoro (Trías 1967).

Kylikes de pie bajo

Los cuatro ejemplares documentados en la necrópolis pertenecen al mismo modelo de copa de pie bajo. Se caracterizan por tener borde recto, cuerpo poco profundo, asas estilizadas que parten del cuerpo inferior de la copa, y pie bajo de moldura sencilla en el exterior. La decoración interna del medallón de las tres copas de la tumba 3F3 es prácticamente idéntica, ya que debió ser pintada por el mismo artista. Representa jóvenes con manto de estilo muy tosco. El exterior de las copas es liso de barniz negro (Fig. 4.28A, 2). Por su parte, el medallón de la tumba 4F3 se decora con un grifo enmarcado por dos círculos en reserva. El exterior presenta dos parejas de jóvenes con mantos dialogando, muy esquematizadas, y entre ellos decoración vegetal. Debajo de cada asa hay una gran palmeta que delimita o encuadra las escenas humanas, dejando en reserva la parte interna de las asas. Los pies se barnizan por los dos lados, dejando la superficie de apoyo y el círculo central en reserva (Fig. 4.28A, 1).

En superficie se han localizado fragmentos de un asa y del cuerpo de al menos otras dos copas, aunque resulta difícil precisar la cronología, ya que no ofrece mayores detalles formales.

Paralelos de estas piezas se encuentran en numerosas necrópolis del Sureste de la Península Ibérica, como Cabezo Lucero (Ramos Folques 1969), La Albufereta (Trías 1967), Cabecico del Tesoro (García Cano 1982; Trías 1967, Lam. CLXXX, 16) o el Cigarralejo (Cuadrado 1958, 1987, T-200, fig. 157, lám. XXIII y XXIV; T-282, fig. 213; T-381, fig. 252) y en el cargamento del barco de El Sec (Arribas *et al.* 1987). La decoración predominante en el Cigarralejo es la de la cabeza femenina enmarcada en el medallón de la copa, aunque también está presente la del joven con manto, tanto en el medallón, como en la decoración externa. La diferencia con estos ejemplares radica en la morfología del pie, mucho más sencilla en las copas de Pozo Moro, lo que ofrece problemas de datación, ya que la forma del recipiente parece más antigua que la decoración, que fácilmente encuentra paralelos en la primera mitad del siglo IV a.C. Un paralelo más cercano a las tres copas de la sepultura 3F3 de Pozo Moro, lo encontramos en la Tumba 11-145 de Castellones del Ceal, con una cronología de finales del siglo V o principios del IV a.C. (Chapa *et al.* 1998: 109, fig. 48) y en una copa de la tumba 30 de la necrópolis de Castillejo de los Baños en Murcia fechada entre el 375 y el 350 a.C. (García Cano y Page 2001: 127, fig. 22,1). Esta misma cronología ofrecen algunos de los *kylikes* con representación de jóvenes con manto en el medallón de el barco de El Sec, atribuidos al pintor de Viena 116 (Arribas *et al.* 1987).

Las dificultades que presentan estas tres piezas en cuanto a la descoordinación de forma y decoración, lo burdo de las representaciones, que aún así mantienen temas preferidos y muy repetidos en los contextos funerarios ibéricos como son los jóvenes con manto relacionado con la heroización del difunto, así como la dificultad de encontrar paralelos exactos para estas piezas, nos hace pensar que se trata de copas realizadas por encargo y fabricadas por un artesano sin demasiada pericia y que realizaría piezas con cierta libertad formal.

En cuanto a la copa del grifo, tiene sus paralelo más cercano en el *ustrinum* B-1 de la necrópolis de Baza (Granada), (Presedo 1982: 285, fig. 215) donde se

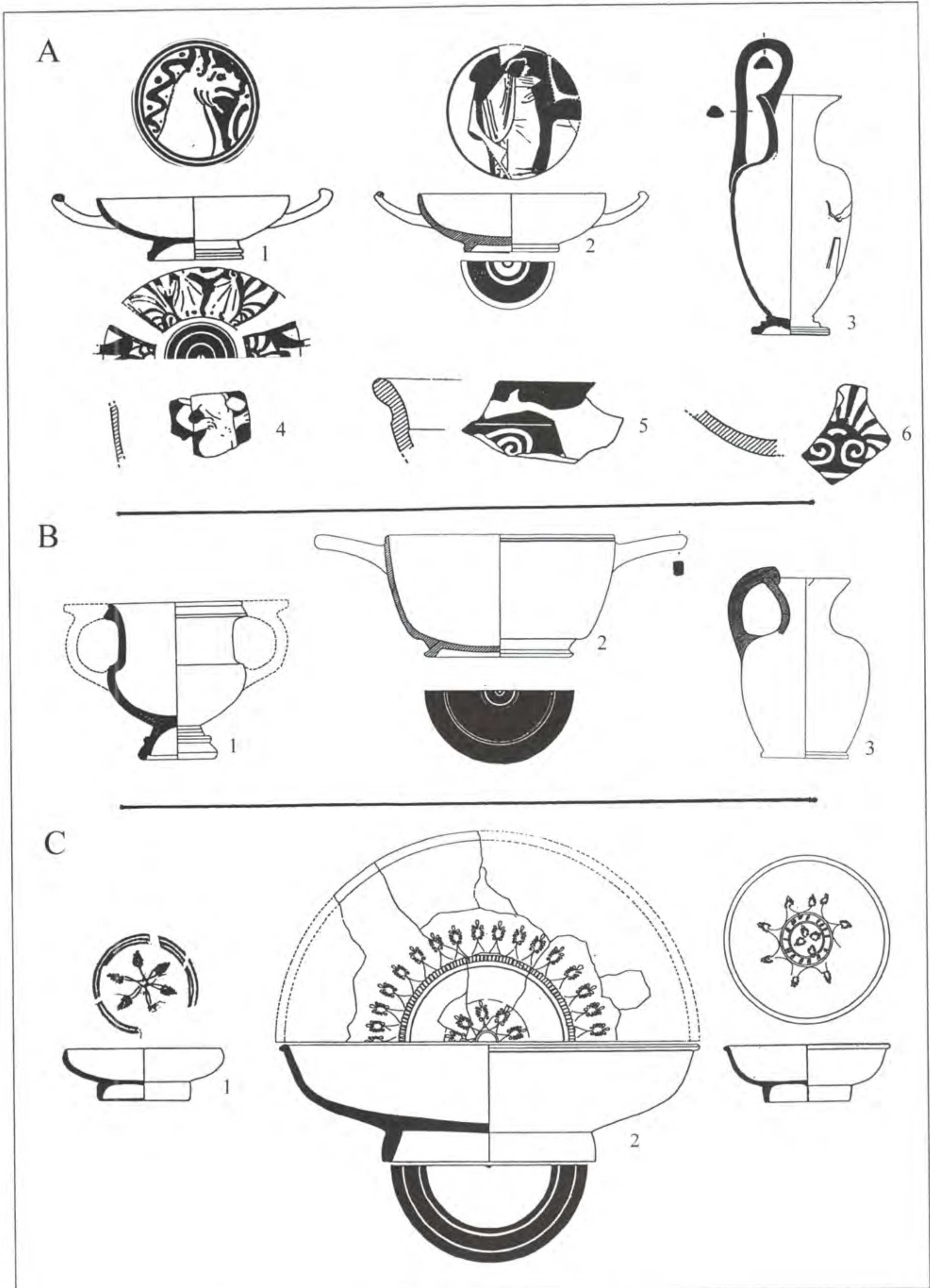


FIGURA 4.28: *A. Figuras rojas: 1. Kyix de la tumba 4F3. 2. Kylix de la tumba 3F·. 3. Oinochoe dela tumba 3F3. 4, 5 y 6. Cerámica ática de superficie. B. Barniz negro: 1. Kantharos de la sepultura 4F2. Bolsal de la tumba 3F3. 3. Oinochoe. Tumba 3F3. C. Barniz negro con decoración: 1. Forma 21. Tumba 5D4. 2. Forma 22L. Tumba 3E1. 3. Forma 22. Tumba 3G3.*

encontró una copa con un grifo casi idéntico en el medallón. También en una copa de Castellones del Ceal que representa la imagen de una lechuza en su medallón (Cabrera *et al.* 2000: 354) y en el cargamento del pecio de El Sec, que trasportaba un conjunto de copas con decoración de grifo en el medallón, atribuidas al pintor de Viena 116 y fechadas entre el 375-350 a.C. (Arribas *et al.* 1987: 192, fig. 19). En cuanto a la decoración externa, de nuevo es la copa de la tumba 30 de Castillejo de los Baños la que presenta un esquema decorativo casi idéntico (García Cano y Page 2001: 127, fig. 22), al igual que las piezas de El Sec, que además comparten el mismo tipo de pie moldurado.

Oinochoe

Contamos con una única pieza procedente de la tumba 3F3. Se trata de una jarra de cuerpo globular estilizado, boca trilobulada con pico vertedor redondeado, estrechamiento en el cuello, pie moldurado y asa alta de sección triangular. Se decora en la panza con un joven atleta desnudo que mira a la derecha, sosteniendo en una mano una honda. La otra mitad del cuerpo no se conserva, aunque el ángulo interno de la rodilla y el gemelo indicaría que la pierna izquierda estaría flexionada y adelantada. Detrás de la figura se representa un posible pilar de la palestra (Fig. 4.28A, 3). La jarra se fecha en la segunda mitad del siglo V a.C. (ca. 425-400 a.C.) y probablemente estuvo en uso durante una generación antes de ser amortizada en la tumba, ya que el resto de los elementos del ajuar que lo acompañan se fechan entre finales del siglo V a.C. y principios del IV a.C. El conjunto parece haberse depositado hacía finales del siglo V a.C., fecha que encaja con el conjunto de vajilla de importación analizado.

Fragmentos de superficie

Se recuperaron 3 pequeños fragmentos con decoración de figuras rojas. En el primero de ellos, un fragmento de un *kylix-skyphos* o de un *oinochoe*, se representa el torso de un joven desnudo que apoya su mano derecha sobre la cintura, mientras la izquierda se extiende al frente (Fig. 4.28A, 4). Su cronología sería del 425 a.C. El segundo, que posiblemente sea parte del cuerpo de un *kylix-skyphos* (Trías 1967, LXXXIII 7-5, CXXXI, 1-2 y CLXXXVII, 2-7) tiene una decoración vegetal de palmeta incompleta (Fig. 4.28 A, 6), y en el tercero se aprecia el arranque de una voluta de palmeta (Fig. 4.28A, 5). Este último fragmento pudo pertenecer a un plato del que sólo se conserva parte del borde redondeado con fuerte carena en el arranque del cuerpo.

Barniz negro

Se trata del conjunto más numeroso dentro de la escasez de cerámica ática documentada en el yacimiento. Consiste en 11 piezas distribuidas en 4 formas y 10 fragmentos de superficie correspondientes a 10 recipientes distintos.

Kantharoi

De las 4 piezas encontradas, solo una está completa, a otra le faltan las asas y las otras dos son fragmentos que se encuentran en las tumbas, aunque probablemente son de carácter intrusivo.

Pertenecen al tipo E de Lamboglia (Lamboglia 1952), variante E-I de Cuadrado (Cuadrado 1963), con borde moldurado y colgante, cuerpo liso y asas con apéndice plano, fechados entre el 350 y el 325 a.C. El *Kantharos* de la tumba 4D3 es la única pieza completa, y presenta además dos vueltas de ruedecilla en el fondo interno. El de la 4F2 presenta una inutilización ritual de las asas (Fig. 28B, 1). Casos similares se encuentran en la necrópolis de El Salobral (Blánquez 1995b), Las Madrigueras (Almagro Gorbea 1969), los 19 ejemplares de El Cigarralejo, de los cuales 12 tienen una tipología y cronología similar a la de Pozo Moro (Cuadrado 1987) o el depósito votivo de El Amarejo (Broncano 1989, fig. 80).

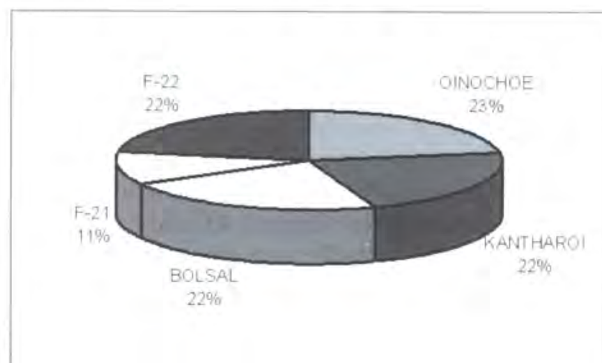


FIGURA 4.29: *Tipología de barniz negro en tumbas.*

Bolsales

La aparición de este tipo de copas en el Ática se sitúa a principios de la segunda mitad del siglo V a.C. alcanzando su mayor expansión a finales de este siglo y primeras décadas del siglo IV a.C. (Sparkes y Talcott 1970: 107 y 108). En el Agora de Atenas estas piezas se fechan en ca. 420 a.C. (Agora nº 541).

En Pozo Moro se han contabilizado dos piezas completas en la sepultura 3F3 y fragmentos de otras seis en superficie. Tipológicamente, los dos ejemplares completos no se parecen a las piezas documentadas en Coimbra (García Cano 1997b), Hoya de Santa Ana o Los Villares (Blánquez 1990a) ya que las de Pozo Moro presentan un labio moldurado y un pie sobreelevado y con fuerte carena en el arranque del cuerpo formando un ángulo de 110º con el inicio del pie. El fondo externo presenta alternancia de líneas barnizadas y en reserva, característico de las piezas anteriores al siglo IV a.C. (Fig. 4.28B, 2).

En este sentido los ejemplares de Pozo Moro presentan un pie más parecido al de un deposito de ofrenda

del punto 54 de la necrópolis de Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993: 224-225), también al material removido de las tumbas 67, 75 y 76 de la zona A-7 (Aranegui *et al.* 1993: 303-04) o a los bolsales de la tumba 200 y 209 de El Cigarralejo fechados entre el 425 y el 375 a.C. (Cuadrado 1987: 372 y 375).

La forma se encuentra con frecuencia en las necrópolis del Sureste y Levante de la Península Ibérica. En el Cigarralejo se encontraron 35 piezas (García Cano y Page 1991). En Coimbra del Barranco Ancho se cuenta con 10 ejemplares (García Cano 1997: 105). Cabezo Lucero cuenta entre sus ajuares con 12 piezas (Aranegui *et al.* 1993: 90). También se recuperaron en el barco del Sec 41 unidades (Arribas *et al.* 1987: 335). En la provincia de Albacete se han documentado 17 piezas en el *silicernium* de Los Villares con cronologías del último cuarto del siglo V a.C. (Blánquez 1990a: 223-242) y un borde en la tumba 53 de Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990a: 306). Por su parte, en El Llano de la Consolación se documentaron tres piezas, pudiendo establecer la cronología para el ejemplar de la tumba 106 en el segundo cuarto del siglo IV a.C. (Valenciano 2000: 270-71).

En conjunto, estas piezas suponen el 18% de las importaciones de vajilla de barniz negro y el 9,5% del conjunto de la cerámica ática de la necrópolis de Pozo Moro, si consideramos exclusivamente las piezas con contexto, excluyendo los fragmentos de superficie. Si añadimos la cerámica fuera de tumba, el porcentaje de bolsales se multiplica prácticamente por dos, pasando a ser la forma de barniz negro más frecuente en el yacimiento.

Oinochoe

La tumba 3F3 cuenta con dos jarras de boca trilobulada, cuello estrangulado y cuerpo globular (Fig. 4.28B, 3) correspondiente a la forma 2 del Agora de Atenas –Agora 103–, con fechas del 450 a.C. (Sparkes y Talcott 1970). Junto a estas piezas mas o menos completas y localizadas en contexto cerrado, se han contabilizado como material de superficie fragmentos del pie biselado de dos unidades más.

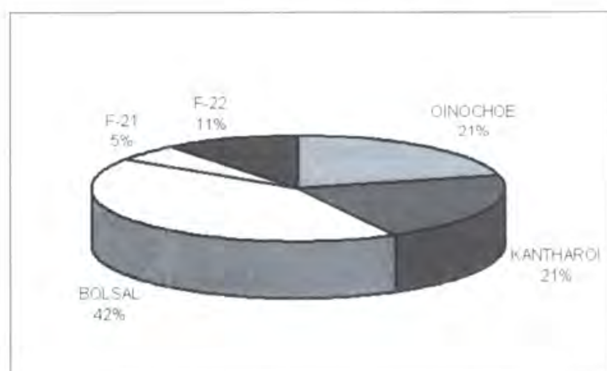


FIGURA 4.30: *Tipología de barniz negro incluyendo las piezas de superficie.*

Piezas de esta forma se documentan en Alcantarilla (Murcia), con una jarra fragmentada del tipo II de Beazley, fechada hacía el 400 a.C., aunque en este caso presentan decoración de figuras rojas (García Cano 1997b). En Cabezo Lucero hay 10 ejemplares (Aranegui *et al.* 1993: 90). Sin embargo, se trata de recipientes con escasa representación en los contextos peninsulares, estando ausente en necrópolis como Coimbra del Barranco Ancho, El Cigarralejo, El Llano de la Consolación, Hoya de Santa Ana o Los Villares.

Platos (F-21 y 22)

En Pozo Moro se han recuperado tres piezas casi completas de las formas 21 y 22.

Forma 21 de Lamboglia (1952)

Es el plato más característico del servicio de barniz negro del siglo IV a.C. ya que su fabricación cesa a finales de esa centuria o primeros años de la siguiente (Sparkes y Talcott 1970). El ejemplar de Pozo Moro es un plato pequeño, el cuerpo describe una línea continua muy cerrada que termina en un borde entrante y curvado hacía el interior, fondo plano y pie de anillo, con una pequeña uña en la superficie de reposo. El fondo interno se decora con palmetas enlazadas rodeadas por estrías de elaboración poco cuidada (Fig. 4.28C, 1). Estas cerámicas se fechan entre el 380 y el 350 a.C. (Jehasse 1978, 651, 805), y el ejemplar de Pozo Moro probablemente esta más cerca de esta ultima cifra a juzgar por las piezas conocidas en contextos cerrados del Sureste de la Península Ibérica.

En la necrópolis de Coimbra se encuentran dos piezas de estas características con cronologías del segundo cuarto del siglo IV a.C. (García Cano 1997: 107). En el punto 78 de la necrópolis de Cabezo Lucero se encuentra un ejemplar muy similar que se usó como tapadera de la urna cineraria (Aranegui *et al.* 1993: 247-48). La sepultura II de la necrópolis de Orleyl (Lázaro *et al.* 1981: 34-35), la F-81 de La Albufereta (Rubio 1986: fig. 34, ALB.1529) y la tumba 307 de El Cigarralejo (Cuadrado 1987: 521) cuentan en sus ajuares con piezas muy parecidas a la nuestra, enmarcadas cronológicamente en el segundo cuarto del siglo IV a.C.

Forma 22 y 22L

Son los platos de borde vuelto al exterior de la producción ática de barniz negro del siglo IV a.C. más comercializados en el Mediterráneo occidental. Se encuentran en los yacimientos ibéricos del Sureste y Levante de la Península Ibérica, normalmente asociados a la forma 21 (Lamboglia 1952: 170-71).

En la necrópolis de Pozo Moro se han documentado dos piezas, la primera pertenece al tipo 22 y la segunda al 22L, plato y fuente (Fig. 4.28C, 3 y 2) fechados entorno al 380 y el 425 a.C. respectivamente.

Se caracterizan por tener un cuerpo de paredes casi verticales o ligeramente abiertas. Se rematan en un borde aplastado y exvasado. El pie es prácticamente horizontal y de anillo alto y recto. El fondo interno está decorado con grupos de palmetas combinadas con blobs, lo que evidencia la cronología antigua de las piezas, probablemente de finales del siglo V a.C. o principios del IV a.C.

Los paralelos más cercanos se encuentran en algunas piezas de Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993: 252), y El Cigarralejo (Tumba 277 y 63, Cuadrado 1963 y 1987) con cronologías de finales del siglo V o principios del IV a.C., aunque la mayoría de los ejemplares que se encuentran en las necrópolis del entorno, como El Llano de la Consolación (Valenciano 2000), o Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997: 107-09) presentan cronologías más tardías al contar ya con la impresión de la ruedecilla en el interior del recipiente. También están presentes en el barco de El Sec, piezas idénticas a la forma 22 de la tumba 3G3 (Arribas *et al.* 1987).

La necrópolis ha ofrecido 5 piezas en contexto cerrado y otras 6 en superficie, englobando al «Taller de las Pequeñas Estampillas», la Campaniense A y la B.

2. *Taller de las Pequeñas Estampillas*

Tenemos un ejemplar, probablemente intrusivo en la tumba 6E3. Se trata de un fondo decorado con cuatro palmetas estampilladas descentradas con respecto a las dos vueltas de ruedecilla (Fig. 4.31:5). Este taller de escasa relevancia en el Sureste de la Península Ibérica en cuanto a número de piezas documentadas, tiene un periodo de producción muy corto, entorno al 285 a.C. (Morel 1969) por lo que la presencia de una pieza de este tipo en la necrópolis nos permite documentar la utlización del cementerio de Pozo Moro en el siglo III a.C., periodo apenas conocido como consecuencia de las labores agrícolas llevadas a cabo en los terrenos ocupados por la necrópolis. Este tipo de cerámica se encuentra en yacimientos de Valencia –Paterna–, Alicante –La Serreta de Alcoy–, Murcia –El Cigarralejo, Cabecico del Tesoro–, y Cádiz (Cuadrado 1978b).

Entre la cerámica de superficie se han identificado 4 fragmentos pertenecientes a esta categoría. Se trata de dos fondos y el arranque del cuerpo de dos cuencos de pie biselado y ligeramente inclinado en el exterior, presentando, centrada en el interior del segundo de ellos una estampilla de seis círculos perimetrales y uno central de las mismas dimensiones. Las otras dos piezas se conservan completas, la primera presenta un borde redondeado y biselado, marcada carena a dos tercios del cuerpo donde aparece una moldura, y pie inclinado y moldurado con ombligo en el pie externo. Se decora con tres palmetas equidistantes descentradas con respecto a una vuelta de ruedecilla que las circunda. La otra, tiene borde exvasado y redondeado y pie moldurado al exterior y recto al interior. La decoración consiste en una estampilla de dos palmetas centradas en el interior del recipiente (Fig. 4.31: 6,7 y 8).

Campaniense A y B

Los ejemplares encontrados se localizan en la tumba 4D2, que cuenta con una pieza de la forma 34 de Lamboglia (1952) o 34L de Morel (1980) fechada en la segunda mitad del siglo II a.C., con fuerte carena y borde inclinado al interior, pie indicado oblicuo y redondeado, y en la 5E2, con una pátera de la forma 36 de Lamboglia y 36L de Morel con fecha del 140-120 a.C. (Fig. 4.31, 1 y 2).

Es la forma más frecuente en el Cigarralejo y aparece con abundancia en Ampurias. Se asocia frecuentemente a la forma 27, sobre todo en las tumbas de El Cigarralejo (Cuadrado 1978 y 1987: T-145 y 190), presentando una cronología de entre el 125 y el 100 a.C.

También se documentaron dos fragmentos de superficie fechados a finales del siglo III a.C. Uno de ellos procede de la cuadrícula 6F y pertenece a una copa de pasta marrón claro recubierta con barniz negro brillante de aspecto metálico y una estampilla en el fondo interno con tres puntos (Sanz Gamo 1997: 129-130). Pertenece a la forma 28 de Lamboglia con paralelos en Ampurias en el siglo II a.C. (Sanmartí 1978: 124, nº 264-265). La otra pieza de pasta amarilla, barniz craquelado y con manchas, con fondo externo reservado e interno con estrías concéntricas con palmetas terminadas en pequeñas volutas (Sanz 1997: 130). La forma es una variante de Lamboglia 28 de la misma fecha que el anterior por la forma del pie (Sanmartí 1978).

En la tumba 4F2 se encontraron dos bordes de la forma Lamboglia 27 (Aquilué *et al.* 1989: 7; Morel 1981) datadas a inicios del siglo II a.C. En la necrópolis de Orleyl se documenta un ejemplar de este tipo (Lázaro *et al.* 1981: 62) y en las tumbas 145 y 377 de el Cigarralejo se encuentran asociados sendos cuencos a la forma 36, presentando una cronología de mitad del siglo II a.C. (Cuadrado 1978a). En la Albufereta hay un ejemplar en la sepultura F-43 (Rubio 1986: fig.19, alb.1531).

Como se observa en la figura 4.34, en la necrópolis de Pozo Moro se producen dos momentos clave de llegada de cerámica importada, uno en torno al 375-350 a.C., con una máxima afluencia en el 350, y otro en el 450 a.C. El gráfico resultante del cálculo de piezas cada cuarto de siglo es muy irregular, en buena parte por la escasez de cerámica ática recuperada en el yacimiento y la concentración de la mayoría de ellas en una única tumba, la 3F3. Entre el 285 y el 200 a.C.

* Agradecemos las aportaciones de J. M. García Cano sobre la cerámica de importación.

FIGURA 4.31: *Cerámica Campaniense: 1. Copa Campaniense A de la tumba 4D2. 2. Campaniense de la forma 36, tumba 5E2. 4. Fragmento de superficie. Forma 68C de Morel. 5. Campaniense C. Tumba 6E3. 6,7 y 8. Cerámica Campaniense de superficie.*

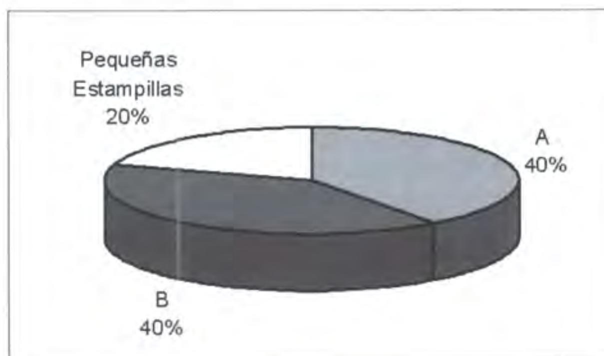


FIGURA 4.32: *Tipología de Campaniense en tumbas.*

se produce un vacío en la llegada de escasez de tumbas recuperadas de este periodo, como consecuencia de las labores agrícolas y la erosión padecida en los niveles más superficiales (Almagro Gorbea 1983a).

Conclusiones

La necrópolis de Pozo Moro cuenta con un pequeño conjunto de cerámica de importación datada entre el 500 a.C. y el 125 a.C., con un aumento significativo del número de piezas en el siglo IV a.C. coincidiendo con el momento de mayor concentración de tumbas en el cementerio. Sólo el 14,9% de las tumbas de la necrópolis tenían entre su ajuar alguna pieza de importación, lo que supone que el 9% de los objetos de ajuar encontrados en las sepulturas, eran cerámica de este tipo.

Cabe destacar la perduración de estas cerámicas en dos de las tumbas excavadas, la 3F3 y la 4F2. En el primer caso, se produce un desfase entre unas piezas y otras de una generación, mientras en el segundo se plantea un vacío de entre 150 y 175 años entre el *Kantha-*

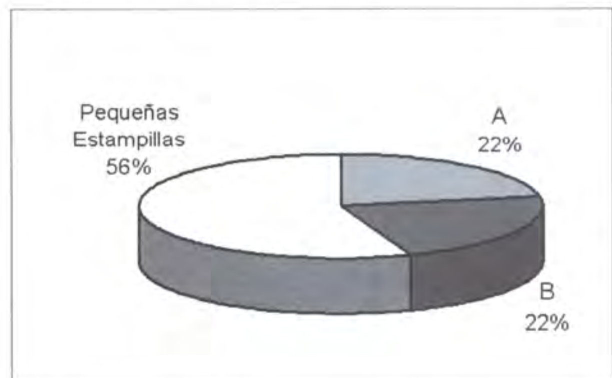


FIGURA 4.33: *Tipología de Campaniense con ejemplares de superficie.*

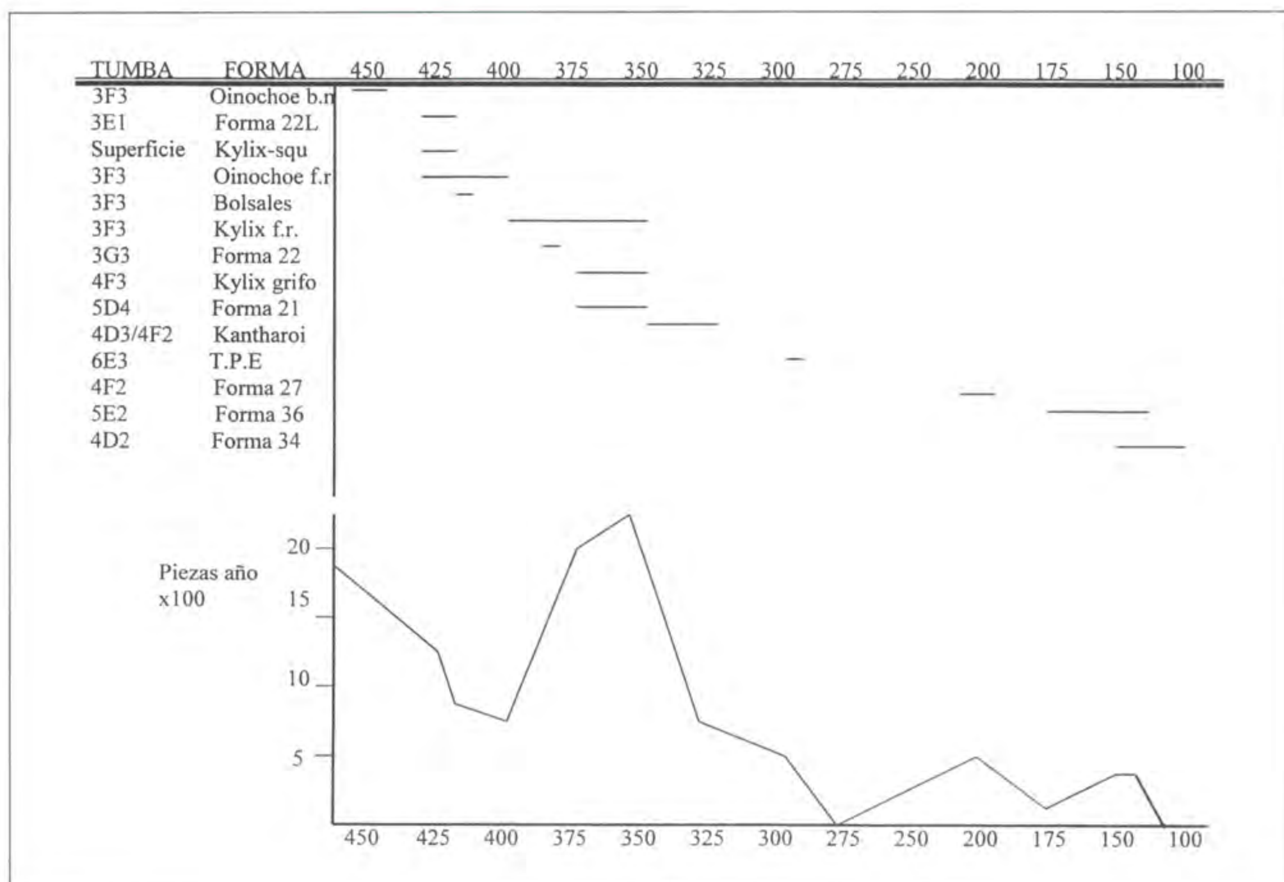


FIGURA 4.34: *Cronograma de la cerámica ática de Barniz Negro de Pozo Moro.*

ros de barniz negro y el casco de tipo Montefortino con inscripción. Perduraciones de ese tipo se documentan en numerosas necrópolis del área ibérica (García Cano 1999), y nos están hablando del valor de estas piezas de importación que se heredarían de padres a hijos hasta ser depositadas y amortizadas en las tumbas de los familiares.

3. *Cerámica Ibérica*

Es la producción más abundante en la necrópolis de Pozo Moro, ya que supone el 34% del total de objetos presentes en los ajuares de las tumbas, al igual que sucede en la mayoría de las necrópolis ibéricas conocidas.

Son cerámicas a torno con arcillas depuradas de tonalidades que van del naranja intenso a los tonos amarillentos o marrones. El acabado exterior presenta, en muchos casos, una capa de engobe blanco, sobre todo en los platos, prácticamente perdido en bastantes piezas, sobre la que se encuentran los motivos decorativos geométricos en color rojo vinoso. La decoración va de la simple alternancia de bandas y filetes, hasta frisos geométricos complejos que adornan la totalidad de los recipientes.

La necrópolis ha ofrecido 138 vasos ibéricos en contexto cerrado, 6 de los cuales pertenecen a la cerámica de barniz rojo, 121 a la cerámica ibérica fina y 11 a la cerámica de cocina.

Para su estudio dividiremos esta producción cerámica en tres apartados, el primero dedicado a la cerámica de barniz rojo, el segundo a la vajilla de mesa y el último a la cerámica tosca o de cocina.

Barniz rojo

Los estudios más recientes sobre esta producción en la Meseta se deben a los trabajos de Fernández Rodríguez en el Cerro de Alarcos (Fernández Rodríguez 1987) y a la publicación de estos materiales en los últimos estudios sobre necrópolis ibéricas (Cuadrado 1987, Aranegui *et al.* 1993, García Cano 1997, Valenciano 2000, Izquierdo 2001).

La necrópolis de Pozo Moro ha ofrecido una escasa representación de este tipo de cerámica ya que contamos con 6 recipientes procedentes de 5 enterramientos que corresponden a las formas 1D, 3, 4D, 5A, 9 y 10D de Cuadrado (1987: 80-81), es decir, cuencos, platos y botellitas, de las producciones denominadas por Cuadrado ibero-tartessicas (Cuadrado 1969). Estos vasos suponen el 4.3% del total de la producción de vajilla ibérica de la necrópolis y están presentes en un 5,7% de las sepulturas de Pozo Moro. Este porcentaje se en-

cuentra muy por debajo del 19,1% de la necrópolis de Baza (Presedo 1982) o del 20% de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1993: 120), mientras el Cigarralejo presenta un 11% de tumbas con barniz rojo en sus ajuares (Cuadrado 1987), aunque las más de 100 piezas exhumadas la convierten en la necrópolis con mayor número de piezas en términos absolutos (García Cano 1997: 120). Sin embargo, son cerámicas muy minoritarias en necrópolis del sureste peninsular como El Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 229-231 y Fig. 20), Hoya de Santa Ana, Corral de Saus (Izquierdo 2000: 233-34) o Cabecico del Tesoro (Cuadrado 1966, García Cano 1997: 120) y Alta Andalucía como Estacar de Robarinas (García Gelabert 1988) o Castellones de Ceal (Chapa *et al.* 1998).

Platos de borde vuelto al exterior sin pie (F1A).

Contamos con un único ejemplar procedente de la tumba 5D4 (Fig. 4.35), con una cronología del 400-350 a.C.

Es el tipo más representado en la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho con cronologías que se extienden a lo largo del siglo IV a.C., aunque son de mayores dimensiones que el de Pozo Moro. Es el único ejemplar de barniz rojo presente en el Llano de la Consolación y se le atribuye una cronología del 400-350 a.C. También se encuentra en Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990a), el Cigarralejo (Cuadrado 1987), Castellones de Céal (Chapa *et al.* 1998), en la necrópolis de Mengíbar en Jaén con cronologías del siglo IV-III a.C. (Manso *et al.* 2000: 108, fig.17) y Baza (Presedo 1982), aunque en proporciones mucho más pequeñas. En Alarcos, esta forma supone algo más del 30% de los items de barniz rojo, presentando una cronología de entre finales del siglo V a.C. y la primera mitad del siglo IV a.C. (Fernández Rodríguez 1987), fecha que coincide perfectamente con la indicada para el plato de Pozo Moro.

Los paralelos formales más cercanos se encuentran en necrópolis albaceteñas y en el Cigarralejo con cronologías coincidentes a las del ejemplar de Pozo Moro.

Cuencos con pie (F-3 y 9)

Contamos con dos páteras de borde entrante y una tercera con borde exvasado, procedentes de dos tumbas, la 4F2 (Fig. 4.35) y la 4D3 (Fig. 4.35). Las dimensiones de la boca oscilan de los 10,8 a los 15,2 cm. y la altura está comprendida entre los 3,3 y 6,5 cm.

La cronología de estas tumbas se centra en el segundo cuarto del siglo IV a.C. para el ejemplar de la tumba 4D3 y finales del siglo III a.C. para los dos cuencos de la 4F2.

En el Cigarralejo (Cuadrado 1987) se encuentran varios ejemplares similares a los de Pozo Moro, que ofrecen cronologías de 425-350 para las piezas más parecidas a las de la tumba 4D3, y entre el 325 y el 300 para el tipo más cercano al cuenco exvasado de la 4F2, que como hemos visto presenta ciertos problemas de adscripción cronológica debido a posibles perduraciones de cerámica de importación.

Botellitas bitroncocónicas (F-4D y 10D)

Se conocen dos ejemplares en Pozo Moro localizados en las tumbas 2F1 (Fig. 4.35) y 3F5 (Fig. 4.35). La primera es una pequeña botellita con carena en el tercio inferior del cuerpo, ligero estrechamiento en el cuello, labio exvasado y fondo cóncavo sin pie. El otro ejemplar pertenece al tipo 10D de Cuadrado, con cuello diferenciado, boca de pequeño diámetro, labio recto y pie bajo y plano al interior. Ambos están totalmente barnizados en el exterior, con pasta compacta y depurada de color ocre-rojizo.

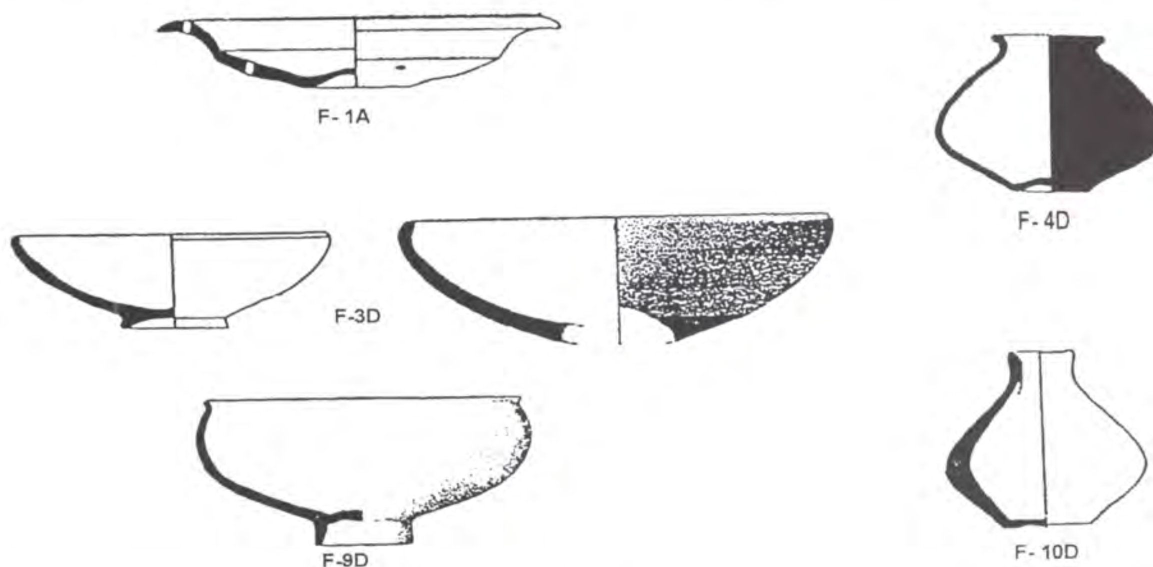


FIGURA 4.35: *Cerámica de barniz rojo. F-1A (Tumba 5D4), F-3D (Tumbas 4F2 y 4D3), F-9D (Tumba 4F2), F-4D (Tumba 2F1), F-10D (Tumba 3F5).*

En la necrópolis de Coimbra se localizó fuera de contexto un ejemplar fragmentado de la forma 4D de Cuadrado con características muy similares al nuestro, pero con decoración a base de bandas (García Cano 1997: 125, fig. 134,1). Es en el Cigarralejo donde se han encontrado más ejemplares de estos tipos. De la forma 4 se han documentado 18 unidades, aunque en más de la mitad de los casos se trata de variantes con una fuerte carena en el tercio inferior del cuerpo, característica que no comparte con el nuestro. Las formas más parecidas se encuentran en las tumbas 121, 229, 245, 284, y 329 con cronologías de entre el 400 y el 350 a.C. (Cuadrado 1987). También se encuentra una pieza similar en la tumba 5/617 de Castellones de Céal (Chapa *et al.* 1998: 93, fig. 39,4). En la Alta Andalucía están presentes en la necrópolis de Baza (Presedo 1982: 217, 252, figs. 178 y 206), en las tumbas XII y XIX de Estacar de Robarinas en Castulo (García Gelabert y Blázquez 1988: 128, 206, figs. 34 y 87) y en la necrópolis ibérica de Mengíbar, Jaén (Manso *et al.* 2000: 108, fig. 16,4). En cuanto a la forma 10 D de Cuadrado (1987: 80), los paralelos más próximos también los encontramos en las tumbas 109 y 136 de El Cigarralejo, con fechas del 375 al 275 a.C. (Cuadrado 1987), aunque la botellita de Pozo Moro presenta un pequeño pie anular y plano al interior y una boca plana.

Consideraciones finales

De los ejemplares de barniz rojo de Pozo Moro podemos inferir que se trata de una producción minoritaria, probablemente de lujo, que se asocia en tres de las cinco tumbas con cerámica de importación. En Pozo Moro este tipo de cerámica se introduce en torno al 400 a.C. para dejar de estar presente en los ajuares de la necrópolis a finales del siglo III a.C.

Cerámica ibérica fina

En este apartado se engloba la vajilla de mesa, vasos de almacenaje y urnas. Están confeccionadas con arcillas depuradas, buenos acabados de superficie y en la mayoría de los casos pintadas con decoración geométrica de color rojo vinoso, en ocasiones sobre un fondo de engobe blanco.

Para establecer la tipología de las piezas nos hemos apoyado en la establecida por Consuelo Mata y Helena Bonet para Los Villares (1992: 51-103), aunque hay que tener en cuenta la variabilidad formal de los recipientes en función de los distintos talleres que realizaron las piezas, lo que se traduce en una escasa estandarización en sus producciones. Así, resulta difícil encontrar dos piezas exactamente iguales, aunque las similitudes son lo suficientemente grandes como para poder englobar la cerámica de Pozo Moro dentro de los criterios tipológicos ya establecidos.

Este conjunto cerámico, supone el 32% del total de objetos presentes en la necrópolis y el 83% del total de vasos documentados en el cementerio, un porcentaje muy superior al alcanzado en las necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho que presentan un 56% (García Cano 1997: 127).

Tipológicamente, la hemos dividido, de forma muy genérica, en 7 formas: urna, botella, plato, cuenco, *oinochoe*, *kalathos* y cubilete.

Además, se localizaron numerosas piezas de superficie, consecuencia de la remoción de los terrenos con los arados, que debieron formar parte de los ajuares de tumbas destruidas o de restos de posibles ofrendas, y otras tantas, procedentes del relleno de alguno de los túmulos. De ellas sólo hemos documentado las que ofrecían interés por su tipología o decoración.

Urnas

Las urnas constituyen el tipo cerámico más numeroso dentro de los ajuares de Pozo Moro. Se han contabilizado 49 recipientes, lo que representa el 35,5% del total de cerámica ibérica presente en contexto cerrado del yacimiento. De ellas, 11 pertenecen al tipo cerámica de cocina que se analizará en el apartado 3.3. En esta categoría hemos incluido las urnas de almacenaje, tinajas, vasos *a chardon*, ensaladeras, vasos caliciformes, urnas bitroncocónicos y urnas globulares.

Recipientes de almacenaje grandes

En Pozo Moro sólo se han recuperado dos recipientes de estas características, asociándose en ambos casos a urnas de ofrendas (4D4, fig. 23,1 y 4F8, fig. 34,1).

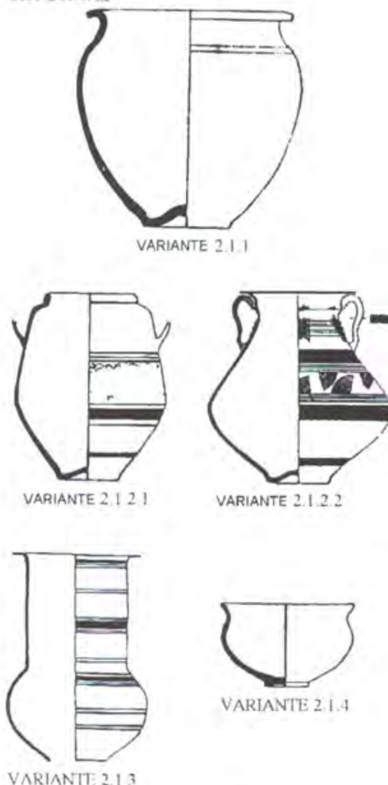


FIGURA 4.36: *Tipología de urnas de almacenaje en Pozo Moro.*

Las dimensiones están comprendidas entre los 22,5 y los 38,9 cm. de diámetro máximo. Recipientes muy similares se localizaron en el depósito votivo de el Amarejo en Bonete (Broncano 1989: fig. 87 y 156), en la tumba 14 de la necrópolis del Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 213) y en el poblado de la Bastida (Mata y Bonet 1992: 171,1). Un fragmento del tercio inferior de una gran urna de almacenaje procedente de la tumba 6F3 (Fig. 61,1) también se incluye en esta categoría, aunque resulta imposible ofrecer mas datos ni encontrar paralelos a la pieza dado su mal estado de conservación.

Tinajas con asas

Tres piezas se incluyen en esta categoría, dos proceden de tumbas del ibérico pleno y la tercera del horizonte ibero-romano. Representan un 6,1% del total de cerámica ibérica. Los hemos dividido en dos variantes atendiendo a su morfología.

Variante 1: Tinajas con hombro

A la tumba 4G5 (Fig. 38,1) pertenece el primer ejemplar con una cronología de entre el 375 y 275 a.C. Muy semejante a esta, aunque de menores dimensiones, es una gran urna de almacenaje del depósito votivo de El Amarejo (Broncano 1989: 117, fig. 46), así como la del estrato 3 del poblado del mismo nombre (Broncano y Blánquez 1985: 270, fig. 52). También encuentra sus paralelos en el ejemplar de la sepultura L-16 de la Albufereta, fechada en el 400-350 a.C. (Rubio 1986: 180, fig. 76) y en el de la tumba 118 de El Cigarralejo con fecha del 400-375 a.C. (Cuadrado 1987: 256-57, fig. 100,6).

Por su parte, en la 4G2 (Fig. 36,3) fechada en el 69 a.C. por una moneda de Galba, se encontraba el segundo ejemplar, que encuentra sus paralelos más próximos en la cercana necrópolis de Hoya de Santa Ana, concretamente en la tumba 312 (Sanz Gamo 1997: 61-62, fig. 24,181), y en una sepultura de la necrópolis de Mahora (Sánchez Jiménez 1947), así como en fragmentos posiblemente pertenecientes a este tipo de recipiente procedentes de Villa de Hellín y el Tolmo de Minateda (Sanz Gamo 1997: 23, fig. 2,2 y 40, fig. 11,97). Una pieza muy similar aunque con decoración más sencilla, se encuentra expuesta en el Museo Arqueológico de Alicante y procede de la necrópolis de Fapegal de la Albufereta. Todos ellas son producciones del siglo I d.C., y en alguno, como es el caso de Villa de Hellín se constata que son de su segunda mitad (Sanz Gamo 1997: 38), coincidiendo con la cronología de nuestro ejemplar.

Variante 2: Tinaja con cuello

Contamos con un único ejemplar localizado en la sepultura 4F7 (Fig. 33,3). Es comparable a la jarra de tipo Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993: 114-115, fig. L) punto 16 datado entre el 400 y el 330 a.C., punto 29, con una cronología amplia como consecuencia de la mezcla de materiales, que va de finales de la primera mitad del siglo V a.C. a mediados del siglo IV a.C. (Aranegui *et al.* 1993: 188-89, fig. 32,1) y punto 34, con cronología de mitad del siglo V a mitad del iv a.C. (Aranegui *et al.* 1993: 194-95, fig. 37,3). También hay un ejemplar en la tumba 37S de Coimbra, con una cronología del primer cuarto del siglo IV a.C. (García Cano 1997: 303, fig. 1S,2).

Vasos a chardon

Hay un solo ejemplar en la tumba 4G1 de Pozo Moro (Fig. 35c, 6).

Urnas de estas características se encuentran en la tumba 86 de El Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 214, fig. 31,3816), en el Punto 34 de la necrópolis de Cabezo Lucero con cronología de mitad del siglo V a mitad del IV a.C. (Aranegui *et al.* 1993: 194-95, fig. 37,2). En la Alta Andalucía existen numerosos yacimientos en los que se localiza este tipo de urna, ofreciendo cronologías desde el siglo VI a.C. hasta mediados finales del siglo IV a.C. En la necrópolis de Toya (Peal del Becerro, Jaén), hay paralelos muy cercanos al de Pozo Moro entre los ejemplares de tipo 5-B fechados hacía la mitad del siglo IV a.C. (Pereira 1979: 306-07, fig. 7,4).

Ensaladera

El único exponente de esta forma se encuentra en la tumba 4C2 (Fig. 18,1).

Piezas de estas características son habituales en los yacimientos del sureste peninsular. En la necrópolis del Poblado de Coimbra del Barranco Ancho se localizó un ejemplar similar, aunque bastante más grande, fuera de contexto (García Cano 1997b: 136). En el Cigarralejo se encuentran siete unidades datadas todas ellas en el siglo IV a.C. (Cuadrado/ Quesada 1989: 85). En Cabezo Lucero se encuentra entre el ajuar del punto 91, con fecha, en este caso, de la segunda mitad del siglo V a.C. (Aranegui *et al.* 1993: 263-64, fig.97,1). También están presentes en El Amarejo (Broncano/ Blánquez 1985), la Albufereta (Rubio 1986: 283, fig. 120) y Llano de La Consolación (Valenciano 2000: 217, fig.17, 3642). La forma también se documenta en Andalucía con fechas, en su mayoría, del siglo IV a.C. (Pereira 1988: 152-53). Así, en Castellones de Céal están presentes en los ajuares de las tumbas 7, 11 y 15, con fechas del siglo IV-III a.C., encontrando paralelos cercanos en Toya, Galera y Baza entre otros yacimientos (Chapa *et al.* 1998: fig. 14,1/ 19,4/ 22,3).

Todas las piezas ofrecen cronologías del siglo IV-III a.C., fechas que encajan bien con la propuesta para nuestro ejemplar.

Vasos caliciformes

Contamos con 10 unidades, una por tumba, que se agrupan en tres variantes y dos subvariantes. Representan un 20% del total de urnas presentes en la necrópolis en contexto cerrado.

2.1.5. CALCIFORMES

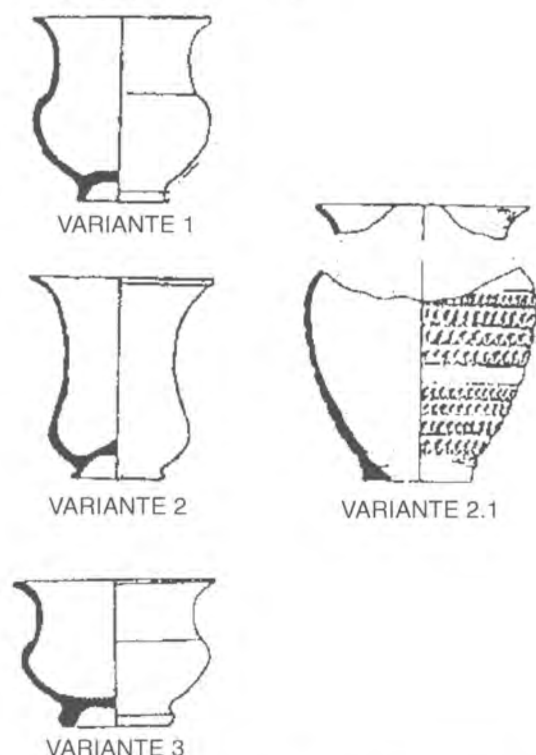


FIGURA 4.37: *Tipología de urnas caliciformes en Pozo Moro.*

Variante 1: Cuerpo globular

Esta variante agrupa 2 unidades, pudiendo establecer una subvariante de menores dimensiones cuyo único ejemplo procede de la sepultura 5D7 (Fig. 47,1) y que encuentra su paralelo más próximo en el yacimiento de Los Villares, Valencia (Mata 1991, Mata y Bonet 1992: 157) y en el conjunto número 4 de Corral del Saus (Izquierdo 2000: 194, fig. 93,8).

Variante 2: Perfil en ese

Cuenta con 6 piezas procedentes de las tumbas 4F4, 4G5, 4H5, 5D3, 5F3 y 6E1. El vaso de la 6E1, encuentra urnas similares en las tumbas 56-58, 141 y 214 de El Cigarralejo con cronologías del 400-375 a.C. (Cuadrado 1987: figs. 63,3; 119,1 y 168,2). Paralelos del ejemplar de la 4G5 se encuentran en la tumba 90 de El Cigarralejo con fecha del 350-300 (Cuadrado 1987: 217-18, fig. 82,2).

Variante 3: Cuerpo carenado

Incluye dos ejemplares pertenecientes a las sepulturas 4G2 (Fig. 36,5) y 6E3 (Fig. 59a, 6).

Paralelos de estas piezas se encuentran en Corral de Saus (Izquierdo 2000: 214, fig. 105,3), en la tumba 18 y 21 de El Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 86, fig. 15,3463), en la tumba 31 y fuera de tumba en la necrópolis del Poblado de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997: 151, fig. 48,1 y 148,3), en La Albufereta (Rubio 1986: 360) o en La Bastida. En Mahora una urna decorada con motivos vegetales como la de la tumba 4G2, se asocia con un caliciforme carenado similar al de Pozo Moro pero con el cuello más alto (Sanz 1997: 108, fig. 43,355).

Urnas bitroncocónicas

Hemos agrupado las 13 unidades documentadas en 5 variantes. El ejemplar de la 8E1 no se ha incluido en ninguna de ellas por encontrarse incompleto (Fig. 65,2).

Variante 1: Cuello diferenciado, borde en ala inclinado y pie indicado y ligeramente umbilicado. Es la variante más numerosa ya que contamos con 5 unidades de las sepulturas 4F4 (Fig. 31,1), 4H5 (Fig. 41,2), 5D5 (Fig. 46,5), 8D1 (Fig. 64,2) y 8E2 (Fig. 65,5). La urna de la 4H5, encuentra semejanzas con el ejemplar de la tumba 1 de El Tesorico (Broncano *et al.* 1985: 60, fig. 11,1).

Variante 2: Borde biselado y ligeramente reentrante, cuello indicado, cuerpo moldurado y pie bajo anular y umbilicado. Hay un único ejemplar procedente de la tumba 4C3 (Fig. 19,4).

Variante 3: Borde exvasado recto, cuello indicado, carena en el tercio inferior del vaso y pie indicado. Hay una pieza en las sepulturas 1H1 (Fig. 1,1), 3E2 (Fig. 5,1), 3F7 (Fig. 12,2) y 5D5 (Fig. 44,5). La urna de la 3F7, tiene un paralelo muy cercano en el Punto 2 de la necrópolis de Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993: 151, fig. 2,2), en la tumba 271 de El Cigarralejo con una cronología de 1.º ó 2.º cuarto del siglo IV a.C. (Cuadrado 1987: 464, fig. 197,1), en la

2.1.6. URNAS BITRONCOCÓNICAS

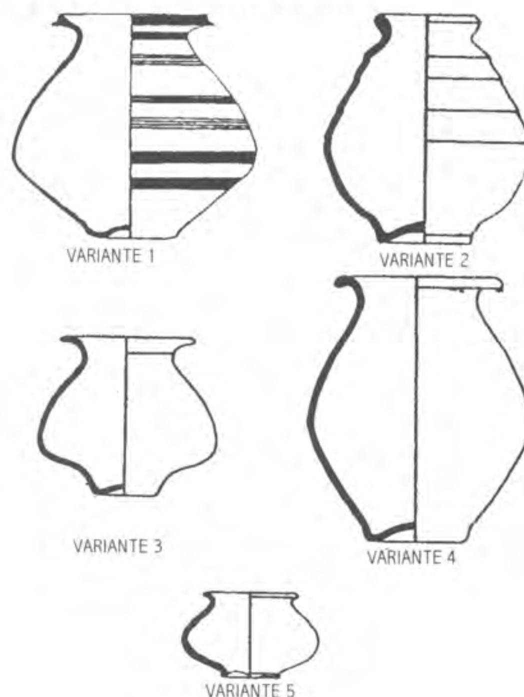


FIGURA 4.38: *Tipología de urnas bitroncocónicas en Pozo Moro.*

sepultura F-81 de La Albufereta (Rubio 1986: Fig. 33, NA-5727).

Variante 4: Borde exvasado, ligeramente inclinado con labio redondeado, carena en el centro del cuerpo y pie indicado (Tumba 4C5, Fig. 20,6). Esta urna es muy similar, aunque de mayores dimensiones y de pasta más depurada, a la de la tumba 81 de El Cigarralejo (Cuadrado 1987: 207, fig. 78,1) y a la tumba 24 de la necrópolis de los Villares perteneciente a la fase IIb (Blánquez 1990a: 208, fig. 46, 6460).

Variante 5: Vaso pequeño, con borde exvasado y recto, cuerpo oblongo y pie bajo biselado (Tumba 3F11, fig. 15,2).

Urnas globulares

Contamos con 8 ejemplares que forman parte de los ajuares de las tumbas 2F1, 3G3 (Fig. 17,2), 4C4, 4D5, 4F3, 4F6, 5D4 (Fig. 45,3) y 6F1. Las urnas de las sepulturas 3G3 y 5D4 no se han incluido en ninguna variante ya que su estado fragmentario ha impedido su clasificación.

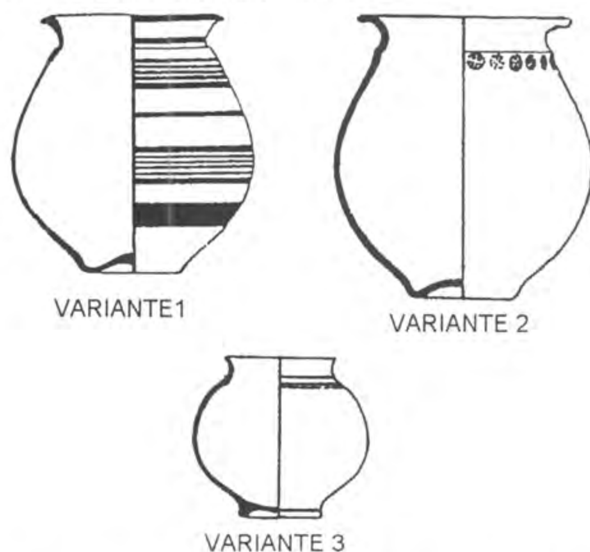


FIGURA 4.39: *Tipología de urnas globulares en Pozo Moro.*

TIPO	Nº	%
Almacenaje	2	4
Tinajas	3	6
A Chardon	1	2
Ensaladera	1	2
Caliciforme	10	20
Bitroncocónica	13	26
Globular	8	16
Cocina	9	18
Sin Identificar	2	4
TOTAL	49	100

FIGURA 4.40: *Porcentaje de tipos de urnas.*

Constituyen el 15,6% del total de urnas de Pozo Moro. Se distinguen 3 variantes:

Variante 1: Urnas medianas con cuello destacado y borde en ala ligeramente inclinado, pie indicado y fondo umbilicado. Hemos incluido 3 piezas procedentes de las tumbas 2F1 (Fig. 2,1), 4D5 (Fig. 24,4), 4F3 (Fig. 30,2) y 6F1 (Fig. 60,1).

Variante 2: Urna con decoración estampillada. La sepultura 4C4 contaba entre su ajuar con una vasija con motivos estampillados en forma de aspa localizados en el cuello (Fig. 19,1).

Variante 3: Urna pequeña con borde recto y pie anular plano (Fig. 32,1).

Botellas

Dentro de esta categoría se incluyen dos ejemplares, el de la tumba 3E3 (Fig. 6b,7) y uno más grande de la 5D6 (Fig. 47,1). El primero encuentra sus paralelos más cercanos en la tumba 45 de El Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 225-26), en algunos ejemplares de la forma 9 de el Cigarralejo (Cuadrado 1987: Tumbas 213, 277, 298 y 353) fechados entre el 350 y el 425 a.C. y en el yacimiento de los Villares, Valencia (Mata y Bonet 1992: 155,1) entre otros.

En cuanto a la pieza de la sepultura 5D6, se podría incluir también en el apartado de las urnas, ya que fue esa la función que debió cumplir en la tumba, pero por sus características morfológicas y su dificultad de inclusión en otra tipología, hemos creído conveniente que formara parte de este apartado. En la Albufereta se localiza en ejemplar similar aunque con cuello más largo y el ala del borde menos pronunciada (Rubio 1986: 358).

Platos

Se han contabilizado 42 piezas en contexto cerrado y 35 más entre el material intrusivo y hallazgos aislados, que se incluyen en esta categoría y que representan el 30,4% del total de cerámica ibérica localizada en contexto cerrado. Un 28,7% de las tumbas tenían entre su ajuar algún plato. El tipo de borde vuelto y el de borde recto se encuentran en igual proporción en la necrópolis, mientras el tipo pátera o cuenco aparece en un porcentaje mucho más reducido.

Para su estudio los hemos dividido en tres categorías que se exponen a continuación.

De borde vuelto al exterior (Fig. 4.41)

Contamos con 20 ejemplares, lo que supone el 47,6% del total de platos exhumados en contexto cerrado en la necrópolis de Pozo Moro y el 14,4% del total de cerámica ibérica del yacimiento. Las dimensiones de los mismos, oscilan entre los 9,3 cm. de diámetro máximo del ejemplar más pequeño, y los 24,5 cm. del más grande. La media estaría en 18,4 cm., aunque la mayoría, el 68,4%, están por encima de los 20 cm. de diámetro máximo. Estos platos están presentes en el 16% de las tumbas de la necrópolis, lo

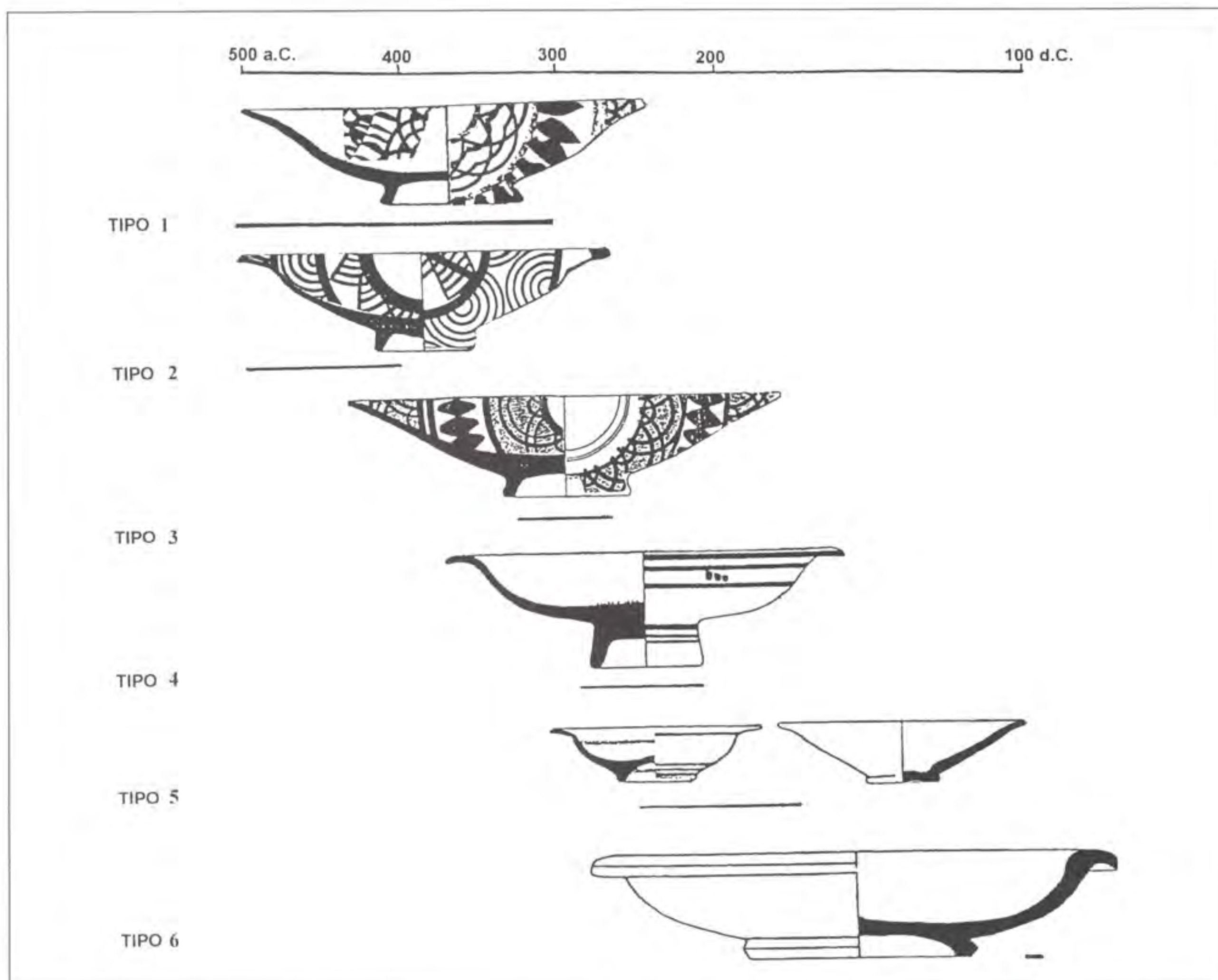


FIGURA 4.41: *Tipo-cronología de platos de borde vuelto en Pozo Moro.*

que supone que en el 56% de las sepulturas en las que había plato/s, al menos uno era de borde vuelto.

De los ejemplares fuera de contexto se contabilizan dentro de esta categoría el 42,8%.

Atendiendo a la morfología de las piezas, se han establecido tipos, y dentro de ellos algunas variantes. Se han tenido en cuenta exclusivamente los platos que formaban parte de los ajuares funerarios y que se conservaban completos, ya que son los que ofrecen posibilidades cronológicas y de asociaciones de objetos.

TIPO 1: Platos de perfil continuo y borde apuntado, pies cortos de sección cuadrangular ligeramente inclinado y decoraciones muy elaboradas a base de motivos geométricos que cubren totalmente el recipiente. Integran esta categoría 5 ejemplares procedentes de 3 tumbas. Los tamaños van de los 18,6 a los 24,5 cm.

Se pueden comparar con la forma p1c. de Cuadrado con cronologías de la primera mitad del siglo IV a.C. (Cuadrado 1987), y con el Tipo 4 de la forma Coimbra 25, con una cronología muy amplia que abarca de la primera mitad del siglo IV a inicios del siglo II a.C. (García Cano 1997).

TIPO 2: Plato con carena marcada de la que parte el borde muy apuntado al exterior, pie alto ligeramente oblicuo y de tendencia cilíndrica. Hay un único ejemplar en la tumba 4E1 (Fig. 26,2). Presenta decoración compleja, tanto interna como externa. Sirvió de tapadera a la urna.

Se puede asimilar al tipo 3 variante 1 de Coimbra que ofrece fechas de entre la primera mitad del siglo IV a.C. y el 300 a.C., aunque el ejemplar de Pozo Moro tiene el borde en forma de pico de pato.

TIPO 3: Perfil prácticamente recto, en el que el borde es una continuación del cuerpo, pie corto y ligeramente inclinado y decoración compleja tanto al exterior como al interior del único ítem que comparte estas características y que procede de la tumba 5E3 (Fig. 50a, 4).

Una pieza similar aunque más profunda se encuentra en la incineración C-12 de la necrópolis de Corral de Saus con una cronología de finales del siglo III o principios del II a.C. por su asociación con una paterita de Campaniense A antigua (Izquierdo 2000: 188, fig. 87,1).

TIPO 4: Plato de perfil continuo, con pie muy alto y ligeramente inclinado y borde en ala. Existe una pieza procedente de la tumba 6E1 (fig. 57,4) y otra de la 6E2 (Fig. 58a,4).

TIPO 5: Plato pequeño de paredes rectas y pie indicado. Uno de ellos se encontró en la tumba 4G2 y actuó como tapadera, y el segundo, en la 4E2 (Fig. 27,3). Las dimensiones oscilan entre los 12,2 y los 14,2 cm. de diámetro máximo.

Variente1: Perfil redondeado con molduras en la zona de contacto con el pie, borde muy apuntado hacía fuera y pie indicado. El único platito de esta variante forma parte del ajuar de la tumba 4G5 (Fig. 38,2).

TIPO 6: Plato de *terra sigillata* hispánica de la forma 36 procedente de la tumba 7D1 (Fig. 62,1).

El Cigarralejo presenta una gran variedad de platos de borde exvasado, tanto en lo referente a formas como a motivos decorativos, aunque entre la enorme posibilidad de combinaciones de motivos geométricos, no se ha podido localizar ninguna que coincida exactamente con los de Pozo Moro. En Coimbra del Barranco Ancho hay una enorme variedad de motivos geométricos combinados en las decoraciones de los platos, añadiendo a los rombos, círculos concéntricos y líneas quebradas, otras figuras que hacen que algunos de los platos sean considerados exclusivos de ese yacimiento. Los motivos decorativos utilizados en el Tesorico, son coincidentes con los que están presentes en Pozo Moro, aunque las combinaciones de los mismos no coinciden exactamente.

Dentro de los platos que no hemos incluido en ningún tipo por estar incompletos se incluye uno procedente de la tumba 4D1 que tiene un paralelo en cuanto a la decoración se refiere en otra pieza procedente del exterior de la tumba B de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997: 486, Fig. 142,1).

De borde recto (fig. 4.42).

La necrópolis cuenta con 18 piezas de este tipo repartidas en 14 tumbas, lo que supone que el 15,5% de las sepulturas de Pozo Moro tienen entre su ajuar algún plato de borde recto y que el 55% de las tumbas con platos, tienen al menos uno de borde recto.

Las dimensiones varían desde los 8,2 cm. de diámetro máximo a los 22 cm., situándose la media en 16,8 cm.

De las piezas fuera de contexto, el 52,3% se incluye en este tipo.

Prácticamente la totalidad de los platos de borde recto de Pozo Moro presentan decoraciones de motivos simples, a base de combinaciones de líneas. Se distinguen 4 tipos:

TIPO 1: Platos de borde ligeramente engrosado e inclinado al interior, labio interno biselado, cuerpo profundo y pie alto. Contamos con 6 platos de este tipo, tres en la tumba 5D1 (Fig. 42, 4, 5 y 8), dos en la 4F2 (Fig. 29f, 17 y 19) y otro en la sepultura 6E1 (Fig. 57,5). Sus tamaños oscilan entre los 14,8 y los 21,2 cm., con una media de 18 cm. La cronología de este tipo es bastante amplia, ya que abarca desde el siglo IV al II a.C., lo mismo que sucede con los ejemplares de este tipo en Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b: 175-76) o El Cigarralejo (Cuadrado 1987).

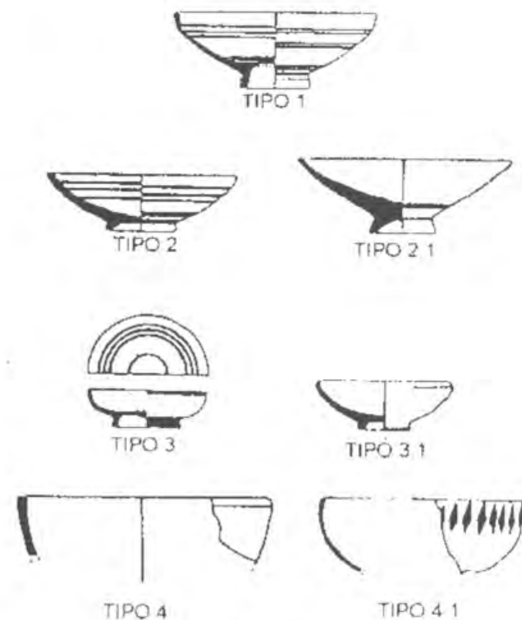


FIGURA 4.42: *Tipología de platos de borde recto en Pozo Moro.*

TIPO 2: Plato de borde recto cuyo cuerpo describe una curva continua desde el fondo al borde, presentando en 3 casos perforaciones para ser colgados. Pies bajos rectangulares y decoraciones simples a base de líneas y bandas combinadas. Contamos con 8 ejemplares procedentes de las tumbas 3F3 (Fig. 9d,13), 3F5 (Fig. 11,2), 3F7 (Fig. 12,3), 4D5 (Fig. 24,5), 4F2 (Fig. 29f,15), 4F4 (Fig. 31,2), 5D1 (Fig. 42,6) y 4C5 (Fig. 20,7).

Se usaron como tapaderas en 3 de los casos, mientras en otros dos es probable que también tuvieran esa función, aunque al no ser documentada en el momento de la excavación, no se puede asegurar.

Los tamaños fluctúan entre los 15 y los 18,2 cm. con una media de 16,5 cm. Las cronologías de estas tumbas abarcan desde el 400 al 275 a.C. Las piezas de este tipo localizadas en Coimbra se fechan en los tres últimos cuartos del siglo IV a.C.

Variante 1: Cuerpo de paredes rectas y pie elevado e inclinado. Contamos con una única pieza procedente de la tumba 4C5 que sirvió de tapadera a la urna.

TIPO 3: Platos pequeños de borde recto o ligeramente entrante, con pie bajo triangular o rectangular.

Contamos con dos piezas procedentes de las tumbas 4G5 (Fig. 38,2) y 4G2 (Fig. 36,4). Los tamaños están entre los 14,2 y los 9,2 cm.

TIPO 4: Platos profundos, tipo cuenco, de grandes dimensiones, con borde ligeramente entrante. En esta categoría se encunetran dos piezas procedentes de dos tumbas, la 4G3 (Fig. 37,2) con decoración de rombos y la 5D4 (Fig. 45,4) mas tosca y sin decorar. Las dimensiones se encuentran entre los 22 cm. de la 4G3 y los 25,8 cm. de la 5D4.

Patera/Cuenco

Sólo se han documentado 3 *ítems* de esta tipología, lo que significa que está presente en el 12% de tumbas con platos y en el 3,4% del total de tumbas de la necrópolis. Dos de ellos pertenecen a la época ibérica y el tercero al horizonte ibero-romano.

Del material descontextualizado sólo se documentó un ejemplar tipo pátera, lo que representa el 4,7% del total de platos sin contexto.

Consideraciones finales

Parece haber un equilibrio entre platos de borde vuelto y de borde recto en los ajuares de Pozo Moro, aspecto que queda corroborado por el material descontextualizado. Los dos tipos aparecen solos o juntos en una misma tumba. En 14 casos aparece un solo ejemplar, en 7 ocasiones se encuentran dos ejemplares, en dos tumbas aparece un conjunto de tres platos profusamente decorados, y en dos sepulturas más aparecen 4 y 5 platos respectivamente (Fig. 4.43).

	1 Plato	2 Plato	3 Plato	+ de 3
T.t.plato	56%	28%	8%	8%
T.tumbas	16%	8%	2,3%	3,3%

FIGURA 4.43: *Porcentajes de platos en tumbas.*
T.t.plato=Porcentaje en tumbas con plato.
T.tumbas=Porcentaje de platos en el total de tumbas.

Oinochoi

Se trata de recipientes muy minoritarios en la producción presente en Pozo Moro. Sólo contamos con 3 piezas. Representan el 2,1% de los vasos ibéricos. El primero se recuperó muy fragmentado en la tumba 3F2 (Fig. 86,4), el segundo presenta una decoración estampillada en el asa y el tercero se encontró entre el material intrusivo de la tumba 6E3 (Fig. 59a,10).

Paralelos de los ejemplares de la tumbas 3F2 y 6E3 los encontramos en numerosos yacimientos del sureste peninsular, entre ellos destacaremos un ejemplar de El Tesorico (Broncano 1985: 137,1), varias piezas del depósito votivo de El Amarejo (Broncano 1989), y otras tantas del tipo 27a de El Cigarralejo (Cuadrado 1987: 71).

Decoración estampillada

Hay un ejemplar en la tumba 3E3 de Pozo Moro de asa geminada estampillada con estrías cuadradas formando hojas estilizadas pareadas o imitación de palmetas.

En el depósito votivo de El Amarejo, se encontraron 8 jarras de cerámica fina y boca trilobulada. De ellas, 4 tenían decoración de ruedecilla y estampillada (Broncano y Blánquez 1985). Se trata de una decoración casi exclusiva de *oinochoi*. También aparece en abundancia en Coimbra del Barranco Ancho. Nuestro ejemplar es asimilable a la forma 23, variante 2 de García Cano (1993: 161). En la necrópolis de Corral de Saus (Moxente, Valencia) se han documentado 28 fragmentos, casi todos formaban parte de una jarra trilobulada con motivo en eje y radial de roseta. Se encuentran en contexto de poblado, además de en El Amarejo (Broncano y Blánquez 1985: 84 y 208, fig. 34, 20 y 112 ,211) en Jumilla (Molina *et al.* 1976: 49), en Cabeza Moya, Cuenca (Navarro y Sandoval 1984: 264-65) o Motilla de Palacios, Ciudad Real (Fernández y Fonseca 1985: 264). La cronología que ofrecen las piezas de Coimbra, El Amarejo, Cabeza Moya y Motilla de los Palacios, se centra en la segunda mitad del siglo III a.C. (Page *et al.* 1987: 28). La decoración suele ser muy simple, y se reduce a la zona de unión del cuello y la panza. El centro productor de estas cerámicas parece encontrarse en la zona de Jumilla, ya que concentra el 82% de los hallazgos, con posible llegada de alguno de estos recipientes de fabricación local a yacimientos del entorno, como es el caso de Pozo Moro, Cerro de los Santos (Chapa 1980), El Tesorico (Broncano 1985) o Monteagudo (Lillo 1977), El Amarejo, Corral de Saus (Izquierdo 2000), e incluso algunos puntos de Cuenca y Ciudad Real (Page *et al.* 1987: 28), lo que indicaría contactos entre estas poblaciones.

Kalathoi

En Pozo Moro se encuentran dos variantes, la de cuello estrangulado y la de paredes rectas.

De cuello estrangulado

Se ha documentado una pieza en la tumba 4E1 (Fig. 26,1) de Pozo Moro. Los paralelos más próximos se encuentran en la Tumba 21, 37-38 y 290 de El Cigarralejo, fechadas entre el siglo IV y el siglo II a.C. (Cuadrado 1987), en la tumba 549 de Cabecico del Tesoro, con fecha del siglo V-IV a.C. (García Cano 1987) y en la incineración 14 de Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990a: 284-99), datada en el siglo V-IV a.C. En La Albufereta se documenta en las fosas 59 y 124 (Rubio Gomis 1986: 335). En las necrópolis de Coimbra están presentes desde el siglo IV a.C., aunque la mayor parte proceden de contextos del siglo III a.C. e inicios del s. II a.C. La variante 2 ofrece fechas de la 2.ª mitad del siglo III a.C. —tumba 51 de la necrópolis de el Poblado— (García Cano 1996b: 33-44).

De paredes rectas

La sepultura 6E2 (Fig. 58a,3) tenía entre su ajuar un *kalathos* de pequeño formato, localizándose fuera de

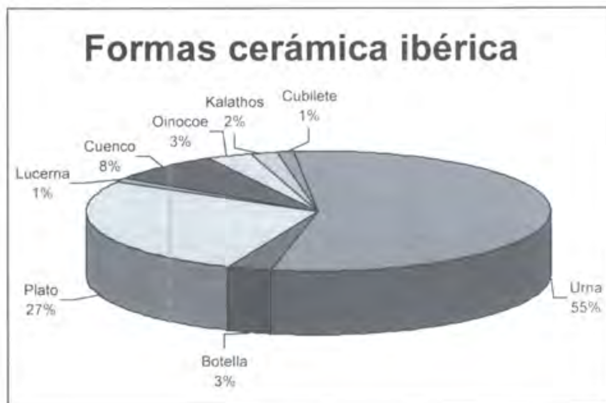


FIGURA 4.44: *Porcentajes de cerámica ibérica fina en Pozo Moro.*

contexto en la cuadrícula 5F una segunda pieza, de mayores dimensiones y decoración más compleja, aunque incompleto, (Fig. 53). Piezas de esta tipología se localizan en el Cigarralejo en 4 tumbas, con dataciones tardías para todas ellas de entre el siglo III y el I a.C. Así la sepultura 90 es de finales del siglo III a.C, la 198, se fecha entre el 125 y el 100 a.C., la sepultura 240, entre el 200 y el 100 a.C., y la 319 con una decoración más elaborada, en el 325-275 a.C. Se trata de un tipo mucho menos frecuente que el de cuello estrangulado tanto en el Cigarralejo como en otras necrópolis del entorno. En Coimbra, sólo se documenta el tipo de cuello estrangulado, lo mismo que en Cabezo Lucero o Llano de la Consolación. En cambio sí está presente en la tumba 0 de Hoya de Santa Ana (Blánquez 1991: 284) acompañado de un casco con cronología del siglo III-II a.C. En Castellones de Céal se encontraron en la tumba 11 dos ejemplares asociados a sendos *kalathoi* de cuello estrangulado realizados con barniz rojo, adjudicándoles una fecha de transición entre el siglo IV y el III a.C. En la Albufereta se documentaron dos ejemplares de paredes rectas fechadas con posterioridad al 300 a.C. (Rubio 1986: 351).

La aparición de los *kalathoi* de paredes rectas a partir del 300 a.C. no supone la desaparición del de cuello estrangulado, es más, este ultimo pervive y puede aparecer asociado al primero como ocurre en Castellones de Céal (Chapa *et al.* 1998).

Cubilete

Contamos con dos piezas procedentes de la tumba 4G5 (Fig. 38,5) y el ejemplar de la tumba 5E2 de Pozo Moro (Fig. 49,5), el cual encuentra un paralelo exacto en la tumba 190 de El Cigarralejo, a la que se adjudica una cronología del 175-100 a.C. (Cuadrado 1987: 347, fig. 142,16).

Cerámica ibérica de cocina

Se trata de urnas realizadas a torno con pastas toscas marrones o grises. Se han recuperado 11 unidades

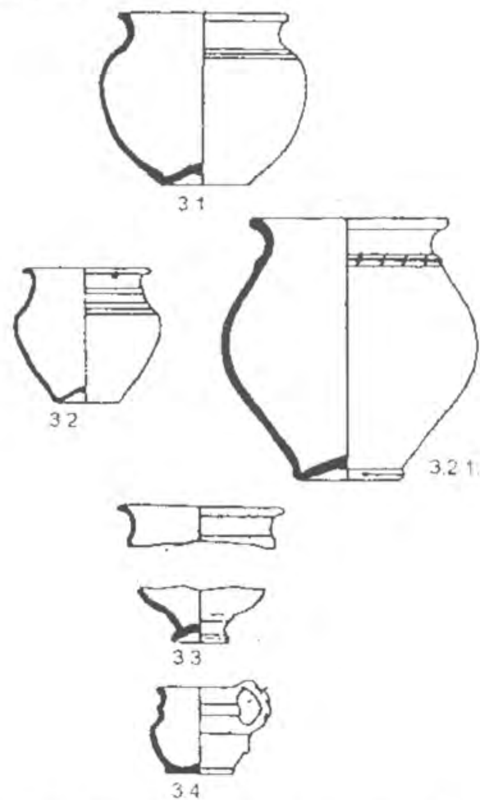


FIGURA 4.45: *Tipología de cerámica de cocina en Pozo Moro.*

procedentes de contexto cerrado, y una más completa de superficie, lo que representa el 7,9% del total de cerámica ibérica de la necrópolis y el 22% de las urnas, además de los fragmentos recuperados en niveles superficiales y rellenos de túmulos.

Es una producción escasa en necrópolis como Coimbra del Barranco Ancho, en la que supone sólo un 0,8% del total de cerámica ibérica (García Cano 1997: 187), El Tesorico (Broncano *et al.* 1985) y Cabezo Lucero, con el 3,7% (Aranegui *et al.* 1993: 100). Casi siempre se encuentra fuera de las tumbas y se vincula a posibles ofrendas a los difuntos (Cuadrado 1987, Broncano 1985).

Los tamaños de las urnas de Pozo Moro oscilan entre los 24 cm. y los 10 cm. de diámetro máximo.

Los 11 ejemplares recuperados se distribuyen en 5 tipos.

Urnas globulares

La tumba 4G8 (Fig. 39,1) considerada como una ofrenda ya que contenía huesos de animal y no se asociaba a ninguna cremación humana, contenía un ejemplar de este tipo. Urnas de estas características usadas como contenedores de ofrendas son frecuentes en El Cigarralejo, donde se encuentran asociadas a tumbas del siglo IV a.C. (Cuadrado 1987: 77). Piezas similares se encuentra en las sepultura 41 y 99 de El Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 88 y 100, fig. 16,3552 y fig. 24,3687), que a su vez en-

cuentran claras semejanzas con ejemplares de el poblado de El Amarejo (Broncano y Blánquez 1985: 158).

Urnas bitroncocónicas

Contamos con 5 unidades localizadas en las sepulturas 3F6 (Fig. 11,1), la 4D3 (Fig. 22b, 16), 5E2 (Fig. 49,3 y 6) y 5E3 (Fig. 50a,1). Los paralelos de El Cigarralejo ofrecen cronologías más tardías para estas urnas con baquetones en el cuello y sin decoración incisa, de entre finales del siglo IV a.C. y el siglo II a.C. (Cuadrado 1987: Fig. T.94,6; T.142,1; T.190,17; T.242,7 y 8). El depósito votivo de El Amarejo cuenta con piezas muy similares a las de Pozo Moro (Broncano 1989: fig. 79, 102; fig. 88, 114-115 y fig. 153, 255).

Olla alta con collar de incisiones

En la tumba 3F4 se recuperó una urna de este tipo con incisiones paralelas oblicuas en el baquetón del cuello. Se trata de la F-1 de cerámica de cocina que Cuadrado documentó en El Cigarralejo aunque el esquema decorativo exacto del ejemplar de Pozo Moro no se reproduce en el Cigarralejo (Cuadrado 1987: 77).

Copa de pie alto

Hay un ejemplar fragmentado de la tumba 5E3 (Fig. 50a,2). Se trata de un tipo frecuente en cerámica fina en numerosas necrópolis del entorno como La Albufereta, El Cigarralejo o Coimbra del Barranco Ancho, pero muy extraño como cerámica de cocina.

Jarritas

Las dos unidades de este tipo se encontraron en la tumba 6E2 (Fig. 58b,6 y 8). Existe un paralelo cercano en la tumba 14 de Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990: 296, fig. 80, 2209), en el estrato 3 del poblado de El Amarejo (Broncano y Blánquez 1985: 107, fig. 46,61). También está presente en la tumba 240 de la necrópolis de El Cigarralejo con una cronología del 200-100 a.C. (Cuadrado 1987: 431-32) fecha que coincide perfectamente con la del *kalathos* que forma parte del mismo ajuar de Pozo Moro.

Cuenco

Tenemos una única pieza en la tumba 6E2 acompañando a las dos jarritas analizadas anteriormente (Fig. 58b, 7).

Fusayolas

Las fusayolas documentadas en Pozo Moro se han clasificado siguiendo la tipología de Castro Curel (1980). Se han contabilizado 18 fusayolas en la necrópolis, distribuidas en cinco tipos, siendo el más numeroso el bitroncocónico, ya que acumula el 77,7% de las piezas.

Su presencia se constata en 11 tumbas, lo que indica que el 12,6% de las tumbas excavadas tenían entre

TIPOS	Nº /%
Bitroncocónica	14 = 77,7%
Troncocónica	1= 5,5%
Carenada	1= 5,5%
Ovalada	1= 5,5%
Romboidal	1= 5,5%
TOTAL	**18 = 100%**

FIGURA 4.46: *Porcentaje de fusayolas por tipo.*

NºFUSAYOLAS	NºTUMBAS/%	SEXO
1	6= 54,5%	1Mujer+Joven
2	3= 27,3%	1Varón
3	2= 18,2%	

FIGURA 4.47: *Número de fusayolas por tumba y sexo del difunto.*

su ajuar alguna fusayola, cifra bastante inferior al 23% documentado en las necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997: 189) pero muy parecida a la de la necrópolis de El Llano de la Consolación, en la que se han contabilizado 11 fusayolas distribuidas en 5 tumbas de un total de 57, lo que supone que están presentes en un 8,7% de las tumbas. En Corral de Saus, por su parte, se encontraron 27 piezas de variada tipología, aunque con predominio de las bitroncocónicas (Izquierdo 2000: 220, fig. 111, 8 a 23).

Sus dimensiones oscilan entre los 1,7 cm. y los 3,1 cm. de altura.

Aunque este tipo de elemento se vincula mayoritariamente con ajuares femeninos en necrópolis como El Tesorico (Broncano *et al.* 1985), Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b), El Cigarralejo (Cuadrado 1987), o Baza (Presedo 1982), en Pozo Moro no queda en absoluto clara dicha asociación, ya que de las tumbas con fusayolas y/o pondera de las que se tienen datos antropológicos, 4 se adscriben a individuos masculinos, 2 a femeninos y otro más resulta dudoso (Reverte 1985).

En cuanto al número de *items* por tumba, más de la mitad de las tumbas con fusayola/s, tenían una única pieza, no sobrepasando en ninguna de ellas las tres unidades.

Pondera

Se han contabilizado 30 pesas de telar de arcilla en los ajuares de la necrópolis de Pozo Moro, distribuidas en 5 tipos. Se trata de un porcentaje muy elevado si lo comparamos con otras necrópolis del entorno como las de Coimbra del Barranco Ancho, donde solo apareció una pesa de telar (García Cano 1997b: 192), El Cigarralejo, con dos ejemplares, uno en la tumba 85 y el otro en la 256 (Cuadrado 1987: 212, fig. 79,15 y 451, fig. 192,3), otros dos en las tumbas 27 y 28 de Los Nietos (Cruz 1987: 206, fig. 8) y en

la 11 y 17 de El Bancal del Estanco Viejo (López Precioso y Sala Selles, 1988-89: 138, fig. 15, 887 y 19, 909), y uno mas en la tumba 118 de la necrópolis de Baza (Presedo 1982: 160, fig. 134,1). Sin embargo, existe un caso con un porcentaje de *pondera* más similar al de Pozo Moro, el de la necrópolis de Cabecico del Tesoro, que cuenta con 17 *pondera* formando parte de los ajuares y otros seis fuera de contexto (García Cano 1997b: 192). En el Llano de la Consolación, se cuenta con 5 ejemplares, uno de ellos de superficie, de 72 tumbas excavadas (Valenciano 2000: 229).

Representan el 17,8% de toda la cerámica ibérica de la necrópolis y el 9,4% del total de objetos presentes en los ajuares funerarios. La cantidad tan destacada de estos objetos en Pozo Moro nos hace pensar en la posibilidad de que se tratara de un centro de manufacturas textiles que surtiría a las zonas cercanas, aunque hay que considerar el hecho de que en otros yacimientos el número de pesas de telar esté desvirtuado como consecuencia de la destrucción de muchos de ellos en el registro arqueológico debido a los defectos de cocción.

Las dimensiones oscilan entre 5,1 y 15,5 cm., con una media de 12,2 cm.

TIPOS	Nº /%
Paralelepípedo	15= 50%
Troncopiramidal	6= 20%
Troncocónico	6= 20%
Circular/Semicircular	1= 3,3%
Indeterminado	2= 6,6%
TOTAL	**30 = 100%**

FIGURA 4.48: *Tipología y porcentajes de pondera en Pozo Moro.*

NºPONDUS	NºTUMBAS/%	SEXO
1	8= 53,3%	1Mujer Joven
2	3= 20%	3Varones
3	2= 13,3%	1 dudoso
5	2= 13,3%	

FIGURA 4.49: *Número de pondera por tumba y datos antropológicos asociados.*

En cinco tumbas, lo que supone un 33,3% de los casos en los que hay *pondera* en los ajuares, estos estaban asociados a fusayolas.

En cuanto a la asociación sexual de este tipo de elementos, que habitualmente se venían considerando de ajuares femeninos, en el caso de Pozo Moro, en tres de los 5 casos de los que existe información antropológica, los *pondera* se encuentran en tumbas masculinas, y en el ajuar de la tumba de la 5F2, 3 *pondera* se asocian con un importante ajuar de guerrero. En un único caso, este elemento se encuentra en una tumba femenina de mujer joven, lo que supone el 20% del total de tumbas con pesas de telar. El único *pondus* aparecido en Coimbra se vincula también con un individuo masculino por la abundancia de armamento en su ajuar (García Cano 1997b: 192). Estas asociaciones pueden estar relacionadas con la actividad textil que el difunto o la familia realizaban en vida.

4. *Objetos de hueso*

Los objetos de hueso son escasos en las tumbas de Pozo Moro, reduciéndose a las tabas o astrágalos que se encuentran en cantidad muy desigual en algunas de las sepulturas de la necrópolis. Están ausentes otros elementos como placas o punzones que sin embargo si se documentan en otros contextos funerarios ibéricos del entorno.

Es de suponer que algunas de las cachas de las espadas, de los cuchillos e incluso de alguna funda de arma pudo realizarse en este material, pero de ellas no han quedado restos en el registro arqueológico (Cuadrado1989, Quesada 1997a).

Astrágalos

Es un elemento que se encuentra con frecuencia en los yacimientos ibéricos de levante y sureste, tanto en poblados como en necrópolis (García Cano 1997b: 251).

En las necrópolis de Albacete no son objetos muy abundantes aunque se encuentran en la de Los Villares de Hoya Gonzalo (Blánquez 1991) y en El Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 236). Mucho más numerosas son en las necrópolis del área murciana, así en El Cigarralejo se documentaron 18 enterramientos con tabas entre sus ajuares, con cronologías desde principios del siglo IV a.C. En la necrópolis del Poblado de Coimbra se encontraron en 16 tumbas datadas entre mediados del siglo IV a.C. y primeros años del siglo II a.C. (García Cano 1997b: 251). También se encontraron en necrópolis del área Valenciana o la Alta Andalucía como Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993), Orleyl (Lázaro *et al.* 1981), Estacar de Robarinas (García y Blázquez 1992) o La Bobadilla (Maluquer *et al.* 1981).

En Pozo Moro se han contabilizado 11 astrágalos procedentes de 3 tumbas, que suponen el 3,4% de las sepulturas de la necrópolis. Este porcentaje es muy bajo si lo comparamos con los de la necrópolis de Coimbra con un 24,6% de las tumbas con ajuar (García Cano 1997b: 252) o el 8% de El Cigarralejo (Cuadrado 1987), acercándose más a La Albufereta con un 1,9% (Rubio 1986), Estacar de Robarinas con un 6,2% (García y Blázquez 1988: 244) o Los Villares con un 9% (Blánquez 1990a: 219). Las tres sepulturas con tabas entre su ajuar se ubican en dos cuadrículas contiguas, por lo que cabría pensar en la posibilidad de alguna conexión por grupo social o parentesco, aunque la

escasez de tumbas con este tipo de elemento hace difícil generalizar.

Las dimensiones de los mismos oscilan entre los 3,1 y los 1,9 cm. Los astrágalos de Pozo Moro se encontraron completos o incompletos a causa de la acción del fuego y sin retocar.

En el ajuar de la sepultura 4D3 (Fig. 22b, 11), había 8 unidades parcialmente quemadas identificadas como de ovicáprido. Se trata de una de las tumbas más ricas del cementerio perteneciente a un individuo masculino de unos 30-40 años, cuyos restos aparecieron mezclados con 5 gr. de astrágalo de ovicáprido (Reverte 1985), lo que indica que el cuerpo del difunto y las tabas se quemaron juntos. En necrópolis como El Cigarralejo y Coimbra también se constata que las mayores concentraciones de tabas se dan en los ajuares más ricos, y que éstas podrían tener un valor relacionado con el estatus del difunto (García Cano 1997: 252, 254).

Finalmente, en las tumbas 5D2 y 5D7 de Pozo Moro se encontraron una y dos tabas quemadas respectivamente.

No resulta clara la vinculación antropológica de las tumbas con tabas ya que de las necrópolis con datos al respecto los porcentajes de tumbas masculinas y femeninas no son concluyentes, así en Coimbra el 37,5% eran masculinas y el 56,2% femeninas y en El Cigarralejo es del 25% para los hombres y el 50% para las mujeres (García Cano 1997b: 252). En Pozo Moro solo contamos con la adscripción sexual de una de las tumbas, en este caso masculina, por lo que no podemos extraer conclusiones relevantes.

La cronología de las sepulturas con astrágalos en el área estudiada abarca desde principios del siglo IV a.C. hasta el siglo II a.C. confirmando el gusto por la presencia de este tipo de piezas en los ajuares funerarios durante un largo periodo de tiempo, aunque ignoramos su función o su posible contenido simbólico, y si éste cambió con el transcurrir de los siglos.

5. *El armamento*

Introducción

En este trabajo damos a conocer el conjunto de armas de la necrópolis ibérica de Pozo Moro depositado en los almacenes del Museo Arqueológico Nacional desde la finalización de los trabajos de campo llevados a cabo por Martín Almagro Gorbea en la década de los 70.

El estudio del armamento en Pozo Moro se ve afectado por dos factores que alteran su buena conservación, en primer lugar la corrosión provocada por su permanencia en un ambiente ácido y en segundo, la restauración agresiva que sufrieron las piezas. Estos aspectos van a impedir, en muchos casos, acceder a información relacionada con el tamaño y la forma de las acanaladuras de las falcatas o la decoración a base de nielados en plata.

La necrópolis de Pozo Moro ha ofrecido un lote de armas, compuesto por 49 unidades procedentes de 20 tumbas. Hemos considerado para este estudio 75 de las 87 sepulturas documentadas en Pozo Moro [40]. Esto supone que el 26,6% de los enterramientos tenían entre su ajuar algún arma. De éstos, el 89,4% contaba con una cantidad de entre una y tres armas formando parte de su ajuar y un 15,6% entre cuatro y nueve. Todas ellas estaban realizadas en hierro, salvo un casco fabricado en bronce.

Nº ARMAS	Nº DE TUMBAS	%
1	8	40
2	6	30
3	3	15
4	1	5
7	1	5
9	1	5
TOTAL	20	100

FIGURA 4.50: *Número de armas por tumba en Pozo Moro.*

Entre los ajuares están presentes armas como las espadas de La Tène y de frontón o los cascos de tipo Montefortino, que también se documentan en Cabecico del Tesoro, El Cigarralejo, Hoya de Santa Ana, Llano de la Consolación o Castellones de Céal, entre otros. Sin embargo, no se han encontrado arreos de caballo en Pozo Moro, que sí aparecen en El Cigarralejo, Cabecico del Tesoro o Coimbra del Barranco Ancho, aunque se trata de objetos muy escasos, incluso en estas necrópolis.

Cronológicamente, las tumbas con armas se encuentran desde el siglo V a.C. hasta el siglo II a.C., aunque el grueso se centra en el siglo IV a.C., coincidiendo con el momento de máximo uso del espacio funerario (Alcalá-Zamora 2000a).

Hemos dividido el armamento en ofensivo y defensivo, incluyendo en el primer apartado las falcatas, lanzas, regatones, *soliferrea*, espadas de La Tène, de antenas y de frontón, y en el segundo los escudos y cascos.

Análisis del armamento

Armas ofensivas

En la necrópolis de Pozo Moro se han recuperado un total de 42 armas ofensivas, repartidas en 6 categorías, lo que representa el 85,7% del total de armas localizadas en los ajuares del cementerio.

[40] 8 de las tumbas aún están sin terminar de excavar y otras 4 han sido consideradas como ofrendas.

1. *Falcatas*

Es el arma más característica de la panoplia ibérica y la más frecuente entre los ajuares con armas en Pozo Moro ya que aparece en 6 ocasiones sola [41] y en otras 6 junto con otro tipo de armamento, lo que representa el 24,5% del total de la panoplia de la necrópolis. En otros cementerios del entorno, esos porcentajes son algo más elevados, como en Coimbra del Barranco Ancho con el 28,5%, y una cronología desde principios del siglo IV al II a.C., con un máximo de piezas a lo largo del siglo IV a.C. (50%). En porcentajes similares se encuentran en Cabecico del Tesoro (Quesada 1989b), Cigarralejo (Cuadrado 1987) o Baza (Presedo 1982). Las cronologías generales de presencia de falcatas en los ajuares de necrópolis ibéricas van desde el siglo V al siglo I a.C, con casi un 80% datadas en el siglo IV a.C., un 11,9% en el siglo III a.C., un 7% en el siglo II, un 1,1% en el siglo I a.C. y un 0,5% en el V a.C. (Quesada 1997a: 87).

Dimensiones

Las falcatas de Pozo Moro se encuentran muy deterioradas, lo que impide, en muchos casos, la determinación de sus dimensiones básicas. Las empuñaduras, cuando se han conservado, no presentan una tipología clara o son de tipo sencillo, lo que merma nuestras posibilidades de aproximación crono-tipológica. Para el establecimiento de las dimensiones hemos contado con 10 piezas, no pudiendo obtener en ninguna de ellas todas las medidas. En la tumba se encontró únicamente una punta de falcata, representando, quizá, la deposición de la parte por el todo. Este aspecto también se documenta en las sepulturas 43 de la Serreta de Alcoy, donde se encontró el tercio superior de una falcata, y 74, en la que se recuperó una cartela decorada sin otra arma que los acompañara (Reig 2000: 112).

La falcata más larga de Pozo Moro era de 53,5 cm. y la más corta de 21 cm., obteniendo una longitud media de 40,7 cm. datos que hay que tomar con cierta reserva dado el mal estado de conservación de las piezas. Estas medidas quedan lejos de los 64,4 cm. para la más larga de Coimbra y los 59,5 cm. para la más corta (García Cano 1997b), de los 63,7 y 61 cm. respectivamente para los ejemplares mayores y menores de Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993), 56 y 67,4 para ambos extremos de las falcatas de La Serreta de Alcoy (Reig 2000: 82, fig.2,3), y de la media de 60,2 cm. establecidos por Quesada sobre un estudio de 189 falcatas completas de toda el área Ibérica (Quesada 1997a: 85), lo que evidencia que los guerreros de Pozo Moro portaban armas pequeñas.

Longitud de la hoja

La determinación de la longitud de la hoja en las falcatas de Pozo Moro presenta algunos problemas, ya que sólo contamos con datos fiables de 4 ejemplares, con dimensiones que oscilan entre los 44 y los 39,5 cm., con una media de 40,6 cm., datos que no se alejan mucho de la media peninsular establecida en 48,9 cm. por Fernando Quesada (1997a: 85).

Anchura de la hoja

En cuanto a la anchura de la hoja, se ha calculado una media para la máxima de 5,3 cm. y de 3,5 cm. para la mínima en Pozo Moro. En Coimbra esas medias están en 6 y 3,7 cm. respectivamente (García Cano 1997b: 196). Los valores de la media de la Península Ibérica están en 5,8 y 3,7 cm. respectivamente (Quesada 1997a: 86) siendo, por tanto, muy próximos a los de Pozo Moro.

Empuñadura

La empuñadura metálica se ha conservado casi completa en 3 casos (tumbas 3F2, 4D3 y 5D1), de ellos sólo en el ejemplar de la tumba 4D3 se ha identificado una cabeza de felino, mientras las otras dos piezas no presentan representaciones animales. El ejemplar de la tumba 4D3, presentaba un fragmento de la guarda lateral de cabecitas (Fig. 4.51,3), mientras que en las otras piezas ésta no se ha conservado. En dos de estas falcatas es posible medir la longitud interna de la empuñadura (3F2 y 5D1), establecida en 8 y 8,6 cm. respectivamente, acorde con la media peninsular de 8 cm. (Quesada 1997a: 103).

Las cachas serían de hueso o madera y de su existencia sólo tenemos constancia por los remaches de hierro que unían el alma metálica con la parte orgánica que servía para empuñar el arma. De estos contamos con 2 remaches en la espiga y un tercero en el pomo en la falcata de la tumba 3F2 y 2 en la espiga de la 5D1.

El *ángulo axial* se ha podido obtener en 9 de las 12 falcatas de Pozo Moro. En cinco casos (55,5%), oscila entre los 64º y los 73º, medidas bastante comunes en las falcatas estudiadas por Quesada (1997a: 104-5). Las 4 restantes (44,5%) son las peor conservadas, por lo que los valores obtenidos de entre 79 y 90º, no resultan del todo fiables. La cifra de 90º es muy elevada, aunque Quesada recoge una falcata de Almedinilla con un ángulo axial de 89º (Quesada 1997a: 104).

Acanaladuras

El deterioro de las piezas dificulta la identificación de la forma y el tamaño de las acanaladuras de la hoja. Sólo ha sido posible obtener información al respecto en 7 casos, de los que se concluye que el 85,7% de las falcatas analizadas presentan entre 3 y 5 acanaladuras, que parten de la zona cercana al puño o guarda basal y en 4 ocasiones continúan hacía el centro de la hoja, y tienen forma de U o V. En lo que respecta a la disposición y dirección de las acanaladuras, contamos con múltiples variantes, que van desde los 5 casos en que son paralelas y los 2 que son di-

[41] En los casos en los que sólo se ha recuperado la boquilla de la funda de la falcata, se ha considerado como la parte por el todo y se ha contabilizado como unidad completa.

vergentes ubicándose junto a la empuñadura, hasta las 4 piezas en que continúan hacia el centro de la hoja, presentando en este caso 4 modalidades distintas:

a) convergentes hacia el centro;

b) se abren hacia los filos en el centro;

c) las acanaladuras exteriores divergen y las interiores permanecen paralelas;

d) permanecen paralelas hasta dos tercios de la hoja.

Esta variabilidad, nos está hablando de la absoluta falta de estandarización en la realización de estas piezas artesanales y únicas. Posiblemente cada pieza sería de encargo y se adaptaría a las necesidades específicas de cada cliente, por lo que dentro de que resultara útil para la finalidad del combate, todas las demás variantes morfológicas y decorativas podían variar en función del gusto y características físicas del cliente y de la tradición técnica del artesano.

Dentro de la variabilidad formal, cabe destacar la similitud en cuanto a tamaños, ángulos axiales y acanaladuras se refiere, de las falcatas de Pozo Moro con algunos ejemplares de la necrópolis de El Poblado de Coimbra (García Cano 1997b: fig. 9,10) y de la necrópolis de la Serreta (Cortell *et al.* 1992: fig. 11,2), lo que evidencia contactos con las áreas cercanas a la Vía Heraklea.

Decoración

Las falcatas de las tumbas 4D3 y 4G1 son las únicas de la necrópolis que presentaban o han conservado decoración en las hojas y en la empuñadura. La guarda lateral de la falcata de la tumba 4D3 (Fig. 4.51,3) es probablemente de cabecitas y el pomo representa la cabeza de un felino [42]. En cuanto a la decoración incisa presenta motivos en zig-zags o dientes de lobo paralelos a la acanaladura exterior y cercanos a la zona de la empuñadura. Ésta se decora con dientes de lobo en diversas posiciones y hojas de hiedra en la zona más cercana al puño. Estos motivos son habituales en falcatas del Sureste y la Alta Andalucía (Quesada 1990), encontrándose en la necrópolis de El Poblado en Coimbra con fechas de entre el 350 y el 325 a.C. (García Cano 1997b: 199), Almedinilla (Quesada 1997a: 111, fig. 57), Cigarralejo (Cuadrado 1989) o Cabecico del Tesoro (Quesada 1989b y 1997a: 109, fig. 54). El segundo ejemplar, ofrece una decoración más compleja y mejor conservada que el primero (Fig. 4.51,2). Ésta consiste en una banda de roleos y sobre ella otra que alterna y espirales que enmarcan la acanaladura del extremo dorsal, y a lo largo del filo principal y siguiendo la acanaladura externa, decoración en zig-zags y sobre ella una fila de flores de adormidera abiertas o granadas [43] alternadas con estrellas de 6 picos. El programa iconográfico se completa con dos bandas decorativas a base de dientes de lobo en paralelo a la guarda basal. Aunque la distribución de la decoración de esta falcata es habitual en muchos otros ejemplos, los motivos de flores de adormidera se encuentra también en la Sepultura 1 de la Serreta de Alcoy (Cortell *et al.* 1992; Reig 2000; Quesada *et al.* 2000, fig. 5, 3 y 4).

La diversidad de combinaciones de motivos decorativos conocidos demuestra la personalización de estas armas, no sólo en el tamaño y la forma, sino también en la elección de la decoración.

Del damasquinado en plata que probablemente cubrió las incisiones, no ha quedado apenas rastro en las falcatas de Pozo Moro.

La funda

La vaina de las falcatas debió ser o bien exclusivamente de cuero, o de cuero con apoyos metálicos de finas láminas de hierro en el borde para ofrecer mayor consistencia. La recuperación de las cantoneras metálicas de las fundas de las falcatas es muy poco frecuente en contextos ibéricos, por lo que cabe suponer que la mayoría de las fundas estarían realizadas en cuero y únicamente la embocadura y las guarniciones transversales, colocadas en tres niveles a lo largo del desarrollo de la hoja, serían de metal (Cuadrado 1989: 24-29).

En la tumba 4G1, junto a la falcata se encontraron 20 fragmentos de la parte metálica de la vaina. En las tumbas 153, 212 y 332 de El Cigarralejo hay 3 falcatas con refuerzos metálicos para fortalecer los bordes de la funda (Cuadrado 1987: figs. 128,1; 166, 1 y 237,2), lo mismo que en la sepultura 7 de la necrópolis de El Tesorico (Broncano *et al.* 1985, fig. 31), en las tumbas 10,14, 24, 36 y 42 de Castillejo de los Baños en Murcia (García Cano y Page 2001: 69) y en la 176 de Baza (Presedo 1982), como los documentados en Pozo Moro.

La embocadura

Se han recuperado dos embocaduras enteras en las tumbas 5E4 (Fig. 4.51,1) y 5E5, además de un pequeño fragmento de otra procedente de la tumba 8E2 [44]. Pertenecen al tipo establecido por Cuadrado (1989: 22-23) de extremos de igual altura y curvo el del filo.

Botones de sujeción del tahalí

También han aparecido 3 botones de bronce procedentes de dos tumbas con armas, una de ellas perteneciente a un varón según el estudio de Reverte (1985) y la otra sin información antropológica disponible. Del tipo 1 de Cuadrado (1989: 28), con la cabeza exterior circular y ligeramente cónica, y la interior plana, es el botón de la tumba 4F2. Del tipo 3 de Cuadrado (1989: 28) con cabezas planas biseladas, la exterior con hueco para el engarce de un embelle-

[42] Fernando Quesada, comunicación personal.

[43] Fernando Quesada, comunicación personal.

[44] Tenemos dudas de que esta pequeña chapita curvada sea una embocadura de falcata, pero lo apuntamos como probable.

cedor perdido en esmalte, pasta vítrea o cobre/bronce, hay dos ejemplares encontrados en la tumba 3F2. Por último, de la tumba 5E5, también masculina y acompañada de una importante panoplia, procede un embellecedor de bronce con decoración geométrica incisa.

Esta variedad de motivos decorativos está mostrando de nuevo el carácter artesanal e individualizado de las armas en el mundo ibérico.

2. *Espadas de La Tène*

Son muy escasas en el Sureste de la Península Ibérica y suele tratarse de elementos foráneos de origen céltico en el caso de los ejemplares más antiguos. En Pozo Moro están presentes en dos tumbas, la 4F2 (Fig. 4.51,4) y la 5E1, lo que podría estar indicando relaciones con la Meseta o con el área catalana, donde se concentran la mayor cantidad de armas de este tipo de la Península Ibérica o botines de guerra amor-

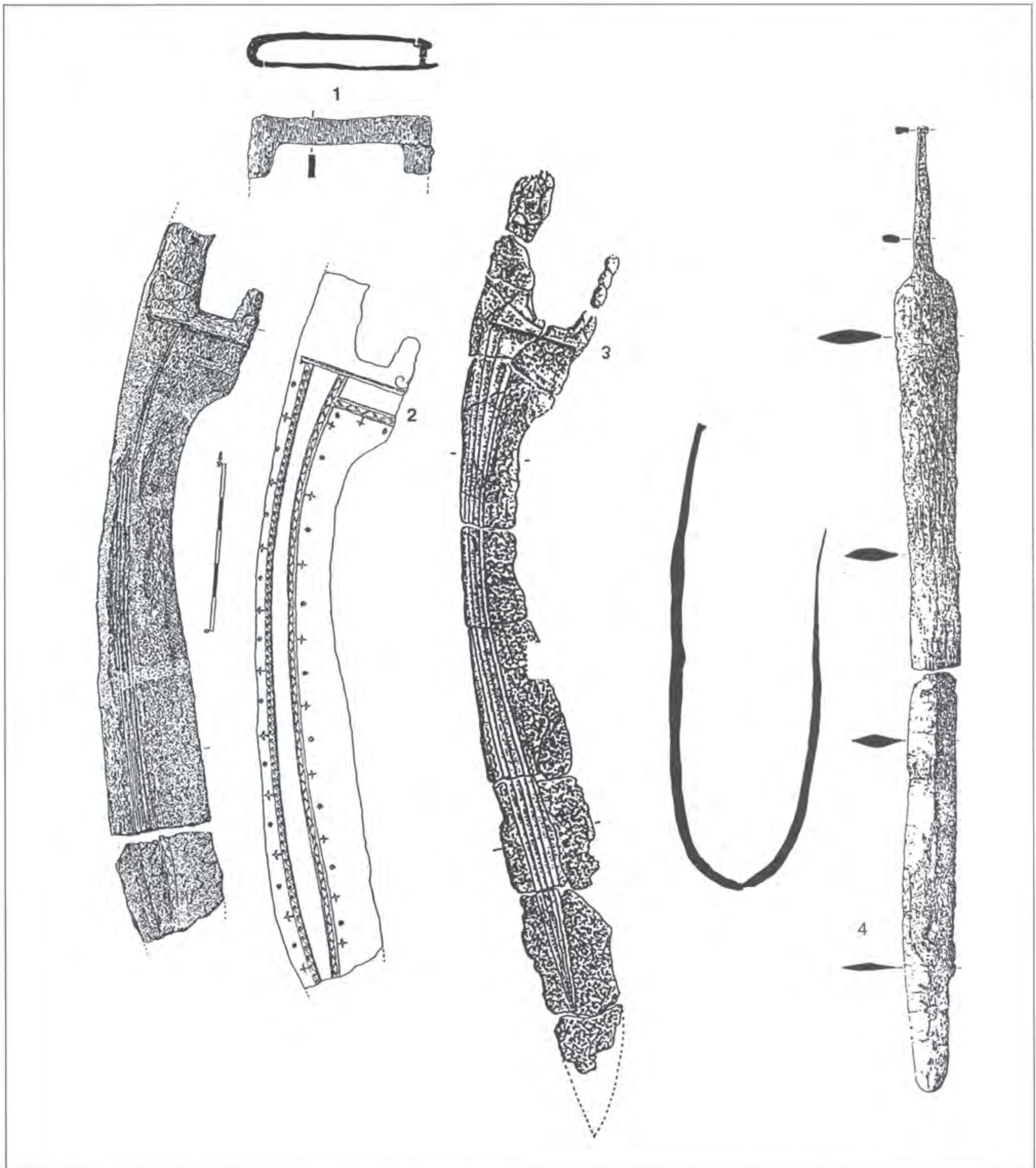


FIGURA 4.51: *Armas ofensivas: Falcatas y espadas de La Tène. 1. Embocadura de falcata de la tumba 5E4. 2. Falcata decorada de la tumba 4G1. 3. Falcata decorada procedente de la sepultura 4D3. 4. Espada de La Tène de la tumba 4F2.*

tizados en tumbas de guerrero como parece ser el caso de la espada de la sepultura 4F2 de Pozo Moro. La primera es la más completa, se incluye dentro del grupo VIIC de Quesada (1997a). Mide 76 cm. de longitud total, con una hoja de 64,5 cm. y una espiga de 11,5 cm. Se encontró partida en dos y doblada en forma de «U». Sus paralelos más cercanos se encuentran en El Cigarralejo (Cuadrado 1987: 85, Tumba 54, fig. 59,1) asociada a cerámica de barniz negro del segundo cuarto del siglo IV a.C., en Cabecico del Tesoro (sepulturas 142 y 146) acompañada por el botón de remate de un casco decorado como el ejemplar de Pozo Moro, datado en el tránsito de los siglos III al II a.C. (Quesada 1989a: 19 y 155) y en un ejemplar del Museo de Écija procedente de la necrópolis de El Cerro de las Balas, con una cronología de principios del siglo II a.C. Esta espada, depositada en la tumba de un guerrero turdetano o ibero, presenta casi exactamente las mismas dimensiones y características morfológicas que nuestro ejemplar, y es considerado por los autores como un prototipo hispano de *gladius hispaniense* romano (Núñez y Muñoz 1988: 431-32; Núñez y Quesada 2000: 200-207). En Cabecico del Tesoro, se han documentado 4 de estas armas, lo que representa el 3,5% del total del armamento. En este cementerio la espada de La Tène nunca se asocia con la falcata, sino que parece sustituirla (Quesada 1986-87: 58), cosa que no sucede en Pozo Moro. Tres de las cuatro tumbas de Cabecico que contaban con este elemento entre su ajuar se consideran bastante ricas, lo mismo que sucede con las sepulturas 4F2 y 5E1 de Pozo Moro.

Las espadas rectas son escasas en el mundo ibérico, aunque aparecen en Archena, Cabecico del Tesoro, Altea, El Tesorico y El Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 241). Todas ellas dan fechas de entre fines del siglo V y el I a.C. (Cuadrado 1993: 28).

Dentro del grupo VIIC de Quesada se incluyen la mayoría de las espadas Meseteñas y del área costera catalana de tipo La Tène. La mayor concentración se encuentra en las necrópolis de la Meseta Oriental, especialmente en Arcóbriga, Atance y Uxama. En La Osera se documentaron 4 espadas que Schüle incluye en el tipo *Castilla* (Schüle 1969: 235) y que pertenecen seguramente al tipo VIIC (Quesada 1997a: 257). Las cronologías de la Meseta vienen a coincidir con el siglo III a.C., mientras en el área catalana son algo más tardías, de entre el siglo III y el I a.C. Las espadas de Cabrera de Mar se datan a finales del siglo III o principios del II a.C. (Barberá 1969-70: 181-82, fig. 10) coincidiendo con las cronologías establecidas para Pozo Moro.

3. *Espadas de antenas y de frontón*

Si la presencia de espadas de La Tène en contextos funerarios ibéricos es escasa, mucho más lo es la de las espadas de antenas y de frontón, a pesar de que están documentadas en las esculturas de guerrero de Porcuna (Negueruela 1990) desde inicios del siglo V a.C. Con seguridad se encontró una espada de antenas en la tumba 5F2 [45] de la necrópolis de Pozo Moro. De ella se conserva el tercio superior de la hoja de filos paralelos y con 4 series de acanaladuras, dos a cada lado de la hoja dejando libre el centro. La guarda es envolvente hacia abajo en ángulo recto (en «U») y antenas atrofiadas con remates esféricos sin apenas separación entre ellos. Esta descripción no encaja exactamente con ninguno de los tipos establecidos por Quesada (1997a: 209, fig.116), por lo que estaríamos ante un híbrido que comparte características de los tipos I, III y V de Quesada. Espadas de antenas son muy escasas en el Sureste de la Península Ibérica. Se encuentran en la necrópolis de Casa del Monte con dos ejemplares y cronologías no demasiado claras ni precisas de entre el 400 y el 250 a.C. (Fletcher, Pla 1977), en la del Bancal del Estanco Viejo con otros dos (López, Sala 1988-89: 137, fig. 13 y 14), en Los Nietos (Cruz Pérez 1987, fig. 27; Cruz Pérez 1990, fig. 156, 4 y 165, 5) en Estacar de Robarinas con fechas del 375-350 a.C. (García Gelabert 1988: fig. 26), y en la necrópolis de Toya con cronología amplia de entre el 500 y el 250 a.C. (Quesada 1997a). La otra espada que se depositó en este ajuar no conservaba la empuñadura pero casi con seguridad es de frontón. La tumba 5F2 se ha fechado por estratigrafía y tipología de armas, en el siglo III a.C. (Alcalá-Zamora 2001). Espadas de este tipo sin empuñadura se han documentado en Castellones de Céal con fechas del siglo V-IV a.C. (Fernández Chicarro 1955b, Chapa *et al.* 1998: fig. 20, 1 y 29, 3, 4 y 6), en Coimbra del Barranco Ancho con fechas de 350-300, (García Cano 1997b) y en la necrópolis de Los Nietos, Cartagena (Linarejos 1990: fig. 14,6). En la tumba 7 de la necrópolis de Castillejo de los Baños en Murcia, se documenta una espada corta completa que incluye la parte metálica de la funda y que se fecha en el 400 a.C. (García Cano y Page 2001: 71-72, fig. 5,1). Con la empuñadura identificada se encuentran también en necrópolis del Sureste de la Península Ibérica como Casa del Monte, con cronologías de entre el 400 y el 250 a.C. (Fletcher 1977, Quesada 1997a), Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990a) fechada en el 400-350 a.C., con una pieza idéntica al ejemplar de El Tesorico fechado en el 375-350 a.C., (Broncano 1985: 84-89, figs. 29-31), y las dos espadas de El Llano de la Consolación (Fernández de Avilés 1953: 205), entre otras tantas de la Alta Andalucía como Almedinilla o Illora (Quesada 1997a: 174). También están presentes en el área Valenciana en yacimientos como La Bastida de Mogente (Fletcher *et al.* 1965), la necrópolis de Las Peñas en Zarra (Martínez 1989), La Serreta de Alcoy (Reig Segui 2000: 90, lám. VI), o el hallazgo de El Gatillo en Enguera (Castellano 2001). Resulta significativo que este tipo de espadas

[45] La espada se encontraba en la caja perteneciente a la tumba 5F2 de Pozo Moro, pero Martín Almagro no recuerda que esta pieza se documentara en la excavación por lo que mantenemos cierta reserva al respecto.

no estén presentes en las grandes necrópolis murcianas y alicantinas del siglo IV a.C. como Cabecico del Tesoro, La Albufereta o El Cigarralejo, y en cambio sean frecuentes en las necrópolis albaceteñas, algunas de las cuales pueden remontarse cronológicamente al siglo VI a.C., lo que podría estar señalando la frontera entre Bastetanos y Contestanos. Sin embargo, las cronologías de las espadas con contexto conocido no se remontan más allá de principios del siglo IV a.C. aunque es posible que algunas piezas puedan datarse ya a finales del siglo VI o principios del V a.C. (Quesada 1997a: 177).

Las espadas de frontón se encuentran desde la fase II de Lorrio (1997: 159-167) en numerosas necrópolis de la Meseta oriental como Aguilar de Anguita, Alpanseque (Schüle 1969: 101, lám. 25, 27), Atienza o Sigüenza con cronologías desde el siglo V a.C. En la Meseta occidental ofrecen fechas del siglo IV a.C. los ejemplares documentados en la necrópolis de El Raso de Candeleda, careciendo de fechas precisas para las de Alcacer do Sal y La Osera (Quesada 1997: 178).

La mayoría de las piezas documentadas presentan cronologías de entre el siglo V y el III a.C., marcando el límite inferior nuestro ejemplar fechado en la primera mitad del siglo III a.C.

4. *Puntas de lanza*

Es el arma más abundante, junto con la falcata, en la necrópolis de Pozo Moro. Los 12 ejemplares recuperados se distribuyen en 9 tumbas, contando una de ellas con tres unidades (4F2) y otra con dos (4D3). Representan el 24,5% del total de armas de la necrópolis, cifra algo superior a la de otras necrópolis ibéricas del entorno.

Se trata de lanzas largas, medianas y cortas, con longitudes comprendidas entre los 60 cm. y los 18 cm.

El tipo más representado es el VA de Quesada (1997a: 357-58) con 4 ejemplares que suman el 33,3% del total de puntas de lanza (fig. 4.52,1). Se trata de lanzas de grandes dimensiones, entre los 60 y los 36 cm., con los cubos proporcionalmente cortos en relación a la hoja, y las hojas estrechas. El caso de la punta de lanza de la tumba 4F2 es especial ya que la anchura máxima de la hoja coincide con el arranque de la misma (Fig.4. 52,1), mientras que en el resto de ejemplares de este tipo se encuentra dentro del primer quinto de la longitud de la misma. Todas las piezas tienen nervios marcados de sección circular o cuadrangular. Esta variante es típica de las necrópolis ibéricas del Sureste con cronologías desde la primera mitad del siglo IV a.C. hasta el siglo III a.C. Los ejemplares mas parecidos se encuentran en la necrópolis de El Cigarralejo (Cuadrado 1987), en Cabecico del Tesoro en una tumba fechada entre 150 y el 100 a.C. (Quesada 1989a: 236-38), en Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b: Figs. 7,3; 19S,6 y 23S,5) y en Casa del Monte con fechas del 400-250 a.C. (Fletcher 1977: 173). Los hallazgos de la Meseta y Levante son muy escasos, aunque se encuentran en la necrópolis de la Osera, en Aguilar de Anguita y Sepúlveda, así como un par de piezas en Alcacer do Sal y Cancho Roano, todos ellos con fechas del siglo V-IV a.C. (Quesada 1997a: 369).

El tipo VIIIBa de Quesada está representado en un ejemplar de la tumba 4F2 de Pozo Moro (Fig. 4.52,3) en el que el cubo sobrepasa en longitud a la hoja y las dimensiones totales no superan los 12 cm. Este tipo se encuentra escasamente representado en puntos concretos del Sureste, con un ejemplar muy parecido al de Pozo Moro en La Bastida fechado entre el 350 y el 330 a.C. (Fletcher *et al.* 1965-1969), y también aparece en la Alta Andalucía, Extremadura, Ávila y Meseta Oriental, con cronologías muy amplias que abarcan del siglo V al I a.C. (Quesada 1997a: 379-80).

Las lanzas de la tumba 3E3, 3G1 (Fig. 4.52,4) y 5F2 pertenecen al tipo VIC y XIB respectivamente de Quesada (1997a) con distribución tanto por el Sureste como por la Meseta, con la diferencia de que en el Sureste peninsular suelen presentar un nervio marcado, mientras que en la Meseta son en arista viva o sin nervio (Quesada 1997a: 369-373). Las cronologías para este tipo van del siglo IV al II a.C.

En la tumba 6E2 se exhumó un *pilum* (fig. 4.52,2) del tipo IIIB de Quesada (1997a: 385). Este tipo se encuentra en necrópolis antiguas como La Solivella o Puig de Benicarló, aunque en estas primeras fases resulta complicado diferenciarlo de un regatón largo, y con total seguridad desde mediados del siglo III a.C. en Uxama, Cabecico del Tesoro o Langa de Duero (Quesada 1997a: 330). Estas últimas fechas encajarían con la cronología establecida por estratigrafía para el ejemplar de Pozo Moro, de entre el 325 y 200 a.C. (Alcalá-Zamora 2000a), precisando las fechas de esta tumba hacia la segunda mitad del siglo III a.C.

Del resto de lanzas no tenemos información tipológica fiable dado el mal estado de conservación de las piezas.

En el cubo de la lanza depositada en la sepultura 6E3, se detectó una fina lámina de cobre oxidado entre el alma de hierro y la superficie externa del mismo material. Esta fina lámina forma un capuchón interior en el cubo de algunas lanzas y regatones como en ciertos casos documentados en El Cabecico del Tesoro, Cigarralejo, Alto Chacón, Coimbra del Barranco Ancho, Almedinilla, Casa del Monte, Galera, la Serreta de Alcoy (Miro y Reig) y Toya. Parece que esta coloración se debe a un proceso de reacción química del cobre del interior del cubo en contacto con el hierro y el asta de madera. El capuchón de cobre al calentarse, permite el ajuste del asta de madera, abrazándola con más fuerza al enfriarse y por tanto contraerse (Quesada 1997a: 345).

5. *Regatones*

En Pozo Moro hemos contabilizado 6 ejemplares de hierro, localizados en 5 tumbas (3G1, 4F2, 5D3, 5E1 y

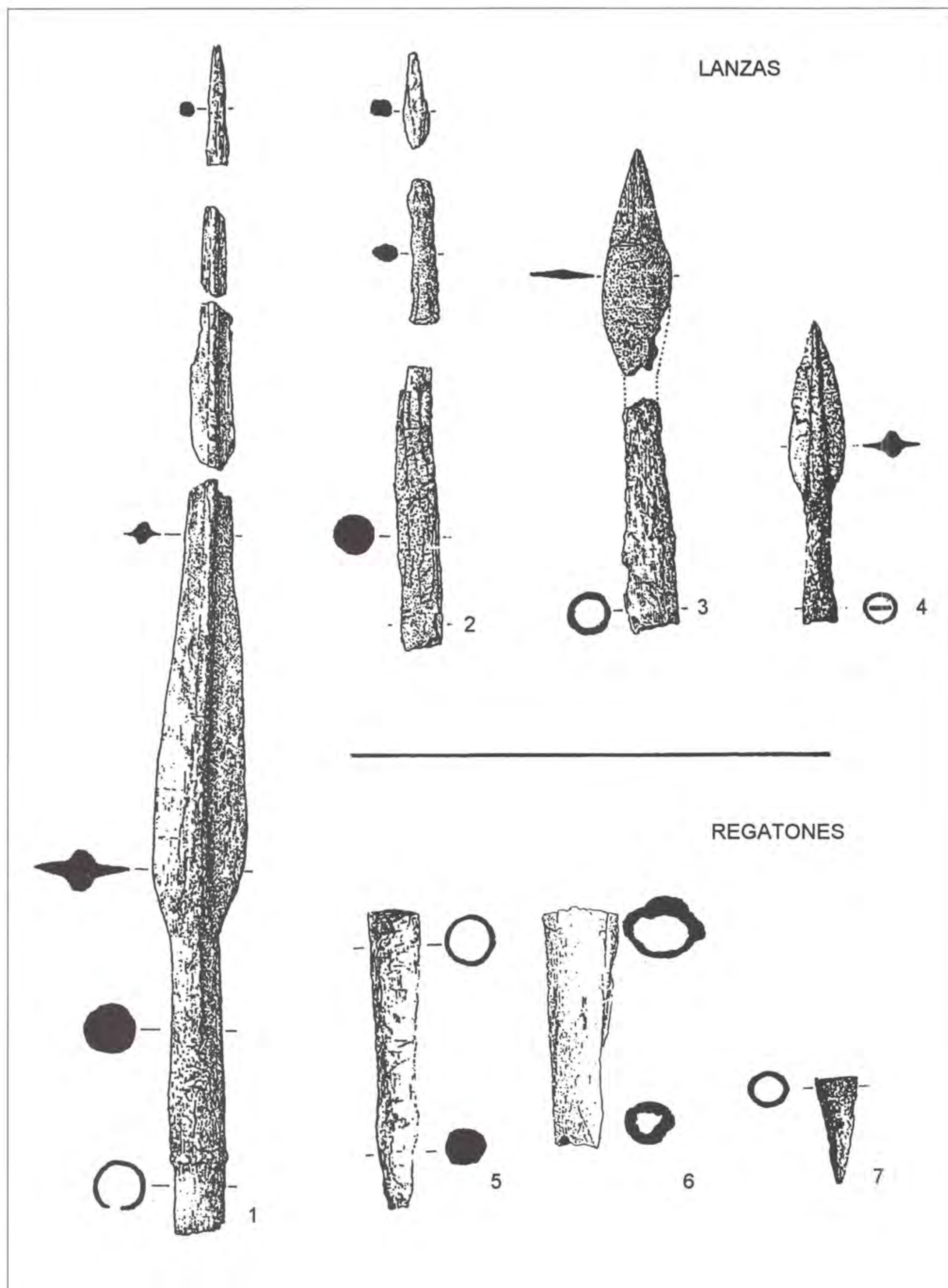


FIGURA 4.52: *Tipología de puntas de lanza y regatones en la necrópolis de Pozo Moro. 1 y 3. Puntas de lanza de la tumba 4F2. 2. Pilum de la tumba 6E2. 4. Punta de lanza de la sepultura 3G1. 5. Regatón de la tumba 5D3. 6. Regatón de la tumba 5E1. 7. Regatón de la tumba 3G1.*

5F2) con longitudes que van de los 6,3 a los 13 cm. Dos de ellos no se conservan completos (4F2 y 5E1) por lo que las dimensiones exactas no se han podido precisar. Los tamaños de los regatones presentes en Pozo Moro pueden considerarse comparativamente, como pequeños o medianos, encontrándose también dichas dimensiones en otras necrópolis como Coimbra del Barranco Ancho que tiene un ejemplar de 6 cm. y otros dos de 12,3 cm. (García Cano 1997b: 209), Cigarralejo (Cuadrado 1989: 61) o Cabecico del Tesoro (Quesada 1989a: 308). Las embocaduras de los regatones de Pozo Moro oscilan entre los 2,8 y los 1,6 cm., resultando similares a los diámetros de los cubos de las lanzas, aunque estos últimos suelen ser unos milímetros más grandes para permitir la inserción.

Cerca de la embocadura suelen presentar uno o dos pequeños agujeros enfrentados, destinados a la sujeción de la pieza metálica al astil de madera.

En los cinco casos documentados, el regatón aparece asociado a la lanza. De esos cinco casos, sólo en dos aparece un ejemplar de cada, en otro hay dos lanzas y un regatón, un tercero contaba con una lanza y dos regatones, y el último, 3 lanzas y un regatón. De ello se deduce que no siempre que aparece una lanza en un ajuar, ésta tiene que venir acompañada de un regatón, aunque en un 33,3% de los casos así sucede. Por otro lado se ha dado el caso en la tumba 5E1, de que aparezcan más regatones que lanzas y en esa circunstancia se puede interpretar como una deposición de la parte por el todo, como la pérdida de la lanza al quebrarse el astil durante el combate o en el devenir histórico o como el abandono de la punta de lanza en la pira.

En Pozo Moro se encuentran tres tipos de regatón (Fig. 4.52: 5 a 7), los troncopiramidales con sección hueca en dos tercios de la longitud y maciza en el resto (4F2, 5D3 y 5F2), los troncopiramidales de sección hueca en su totalidad (5E1) y los cónicos huecos y de reducidas dimensiones (3G1).

Las cronologías asignadas para los regatones de Coimbra abarcan del 400 al 185 a.C., éstos representan el 19,5% de la panoplia ibérica del cementerio (García Cano 1997b: 208), mientras en Pozo Moro desciende al 12,2%, porcentajes que en Coimbra coinciden con los de las lanzas pero que en Pozo Moro resultan exactamente la mitad, con un 24,5% para las lanzas.

6. *Soliferrea*

Está considerada un arma arrojadiza y suele aparecer doblada y casi siempre fragmentada para poder ser introducida en el *loculus*. En Pozo Moro se encuentra representado en 8 sepulturas con un ejemplar en cada una. Suponen el 16,3% de las armas halladas en ajuares funerarios. No se conservan las medidas completas de ninguno de ellos, ya que el estado de conservación es muy deficiente, pero sabemos por otros ejemplares en mejores condiciones que podían llegar a medir más de dos metros y que sus extremos se remataban en punta con una o varias aletas en el extremo superior y en punta o romo en el que se apoyaba en el suelo (Quesada 1993b; García Cano 1997b: 211 y Aranegui *et al.* 1993: 129). No contamos en Pozo Moro con ninguno de los extremos de estas armas, siendo el *soliferreum* más completo el de la tumba 5E5, ya que conserva 74 cm. de longitud y una anchura máxima de 1,6 cm.

Los *soliferrea* de Pozo Moro fueron depositados rotos en pequeños fragmentos en las tumbas 3E3, 4D3, 4E2, 5E2, 6E3 o doblado en forma de «S» y fragmentado en la sepultura 5E5. Aunque en la mayoría de los casos conocidos el *soliferreum* aparece doblado en formas diferentes, en algunas ocasiones no es así, como en las sepulturas 260 y 218 de Cabecico del Tesoro, las tumbas 3 y 5 de Cabezo del Tío Pío o la sepultura 443 de Villaricos (Quesada 1989a, y 1997a: 325). Los argumentos funcionales (Sandars 1913, Lillo 1986, García Cano 1999) y los rituales (Cuadrado 1987, Almagro Gorbea 1992, Quesada 1986-87, 1989b, 1997a) de la rotura y doblado de estas armas parecen evidentes, así a la reducción del tamaño del arma para que cupiera en el *loculus*, habría que añadir la intencionalidad ritual que también se aplica a las otras armas que fueron inutilizadas a pesar de que no tenían problemas de espacio.

Las cinco tumbas con *soliferrea* de las que tenemos información antropológica (Reverte 1985) pertenecían a varones de entre 30 y 45 años. En Cabezo Lucero también se encuentra exclusivamente en tumbas masculinas (Aranegui *et al.* 1993: 129).

La cronología para los ejemplares de Coimbra, Cabecico del Tesoro y Pozo Moro abarca los siglos IV al II a.C. (García Cano 1997b: 211; Alcalá-Zamora 2000a) pero en otras necrópolis como El Cigarralejo (Cuadrado 1989: 65), Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993: 119-20), La Serreta de Alcoy (Cortell *et al.* 1992: 87) y El Tesorico (Broncano *et al.* 1985: 103) solo se documentan a lo largo del siglo IV a.C.

Armas defensivas

Las armas defensivas son menos numerosas en Pozo Moro, pues representan el 14,3% del total de la panoplia, e incluyen las de protección activa, que son los escudos, y las de protección pasiva, representadas por un casco de bronce de tipo Montefortino. Habría que tener en cuenta que alguno de estos elementos pudo realizarse en materiales perecederos como el cuero o el mimbre, por lo que podrían estar infrarepresentados en el registro arqueológico (Quesada 1997a).

1. *Escudos*

En el registro arqueológico sólo se han conservado las partes metálicas de los escudos, teniendo constancia de su forma íntegra a través de las representaciones pictóricas de las cerámicas y de la escultura en bronce y piedra (Quesada 1997a).

Contamos con los restos metálicos de lo que debieron ser 6 escudos, 5 de tipo *caetra*, circulares y ligeros de diverso diámetro (3F2, 4F2, 5E1, 5E6 y 6E2), y un *scutum* o escudo largo y ovalado (4F2).

ARMA	Nº TUMBAS	%
Falcata	12	24,5
Lanza	12	24,5
Soliferreum	8	16,3
Regatón	6	12,2
Espada LT	2	4
Espada incomp	1	2
Espada antenas	1	2
Escudos	6	12,2
Casco	1	2
TOTAL	**49**	**100**

FIGURA 4.53: *Número y porcentaje de cada tipo de arma en Pozo Moro.*

1.1. Manillas de escudo

Se han recuperado 3 manillas de aletas del tipo IIIB2 de Quesada (1997a: 501) y otras dos que podrían serlo también, aunque sólo se ha conservado la agarradera, por lo que resulta difícil identificar el tipo al que pertenece. En la tumba 6E2 aparecieron fragmentos de placas finas de hierro y una mordaza que es posible que formaran parte de un escudo, pero los escasos restos conservados impiden contabilizarlo con seguridad como tal. Lo mismo ocurre con el fragmento de aleta de manilla de escudo de la tumba 4G1 (Fig. 35c, 4). Sólo se han podido identificar las dimensiones de una de las *caetras*, la que formaba parte del ajuar de la tumba 4F2. Se trata de un escudo de 71 cm. de longitud, lo que supone un tamaño muy grande si lo comparamos con el escudo tipo de 45,4 cm. de Coimbra, o la media de 39,7 cm. de El Cigarralejo (García Cano 1997b: 214), pero que son superados por los 98 cm. de la tumba 135 de El Cigarralejo (Cuadrado 1989: 105-9), y por algunos ejemplos de Cabecico del Tesoro (Quesada 1989a: 10). En la necrópolis de la Serreta se documentan dos manillas de escudo del tipo IIIB3b de Quesada, con dimensiones muy similares a las del el ejemplar de Pozo Moro, 66 y 66,4 cm. respectivamente (Reig 2000: 99, fig. 6). Parece existir una evolución cronológica de los tamaños de las manillas. En las necrópolis antiguas (siglo IV a.C.), las manillas son de aletas cortas, mientras los tipos más largos aparecen en cronologías más tardías (Quesada 1997a: 506). Este dato coincidiría con la cronología de finales del siglo III a.C. adjudicada a la tumba 4F2 de la que forma parte la *caetra* más grande de la necrópolis, y con las fechas de mediados-finales del mismo siglo para las tumbas 1 y 53 de La Serreta (Reig 2000).

Este tipo de manilla es la mas representada en contextos funerarios ibéricos, encontrándose en El Cigarralejo (Cuadrado 1987), Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993), o Coimbra del Barranco Ancho con cronologías desde el 375 al 200 a.C. (García Cano 1997b), entre otros muchos ejemplos del Sureste de la Península Ibérica y de forma excepcional en las sepulturas 15 y 16 de la necrópolis meseteña de Atienza (Lorrio 1997: 171, fig. 68). También se documenta una mano agarrando la abrazadera interior de un escudo en un fragmento escultórico de la Alcudia de Elche fechada en el siglo V a.C. (Ruano 1987, León 1998).

1.2. Umbos

Los umbos de metal son muy escasos en el mundo ibérico por lo que su presencia en Pozo Moro resulta algo excepcional. En la tumba 4F2, acompañando un rico ajuar de guerrero, se encontró un *scutum* de tipo La Tène bivalvo, muy fragmentado e incompleto, único ejemplar de este tipo hallado en la necrópolis y que acompañaba a otro escudo tipo *caetra*. Para un estudio detallado de las piezas conocidas de este tipo ver el trabajo de Fernando Quesada para su Tesis Doctoral (Quesada 1997a: 540).

2. *Cascos*

Contamos con un único ejemplar realizado en bronce, de tipo Montefortino, depositado en la tumba 4F2 junto con un importante ajuar de guerrero. Se inutilizó con tres golpes de espada de forma intencionada. Algo parecido sucede en la sepultura 428 de Cabecico del Tesoro, en la que el casco se inutilizó aplastándolo con piedras o con el pie (Quesada 1989a, vol.2, 236-38). El casco de Pozo Moro presenta una decoración incisa a base de motivos geométricos simples en todo el perímetro del borde inferior y superior del casco, en el guardanuca y en el botón. De los ejemplares conocidos en la Península Ibérica, el de Pozo Moro es el único que conserva las placas de sujeción del penacho. En la calota se localiza una inscripción, *Mulus*, una palabra del léxico latino en nominativo, como es característico en las inscripciones latinas de propiedad. La hipótesis más probable defendida por Javier de Hoz (1994a: 226) es que el casco perteneció a un mercenario ibérico que regresó a su patria con él y terminó enterrándose en Pozo Moro, aunque también es probable dada la mezcla de armamento indígena –falcata, lanza y escudo redondo– con armas de tipo La Tène en el ajuar –*scutum*, espada y casco– que un aristócrata guerrero ibérico capturara o diera muerte en combate a un enemigo arrebatándole sus armas como botín de guerra para terminar enterrado en Pozo Moro con sus propias armas junto con las de su enemigo (Quesada 1997a). En todo caso las fechas de la inscripción no nos permiten ir más allá de finales del siglo III o principios del II a.C. El casco de Gorrita (Valladolid) es el otro ejemplar conocido de la Península Ibérica con inscripción latina, y se fecha

en las últimos años del siglo II a.C. (Martín Valls *et al.* 1992; Quesada 1997b). En la tumba 4D3 apareció una pieza de bronce de sección octogonal que podría ser el remate de un casco del tipo localizado en contextos portugueses como Lanhoso (Braga) o Castelo de Neiva (Quesada 1997b: 158, fig. 7E), aunque no podemos asegurar que se trate de este elemento.

Estos cascos eran usados por la infantería pesada romana de las tres primeras líneas desde las guerras púnicas hasta el siglo I a.C. (Álvarez y Almagro 1998) y llegaron a España desde el Mediterráneo de la mano de mercenarios que luchaban bajo mando Cartaginés o mediante botines de guerra. La mayoría de los hallazgos de la Península Ibérica se concentran en el Sureste y Andalucía Oriental, lo que refuerza la idea de la llegada de estos elementos desde el Mediterráneo.

Los cascos son elementos escasos en el registro arqueológico, aunque están presentes en las representaciones escultóricas desde el siglo V a.C. en Porcuna (Negueruela 1990) y durante el siglo III y II a.C. en la cerámica de Llíria y la numismática (Quesada 1997b).

De los 40 ejemplares documentados en todo el territorio peninsular, 13 son del tipo Ia de García-Mauriño (1993: 125), en el que se clasifica el de Pozo Moro. Todos ellos presentan una distribución concentrada en la fachada levantina, Sureste de la Meseta y Alta Andalucía.

Encontramos paralelos en una estructura tumular de tipo principesco, la tumba nº 0 de Hoya de Santa Ana, acompañando a una panoplia de guerrero completa (Blánquez 1990a: 275, fig. 74). Aunque no es exactamente el mismo tipo, cabe destacar por su cercanía geográfica al yacimiento de Pozo Moro, la presencia de un casco Montefortino en la necrópolis de Cola de Zama Sur, en Hellín, datado en el siglo II a.C. (Abad *et al.* 1998: 68-69). También está presente en la Tumba 6 de Castellones de Céal (Chapa *et al.* 1998: fig. 7, 5) y en el área catalana del Montsía, en La Carrova, con una cronología de finales del siglo III o principios del II a.C. (García Rubert 2000). Los ejemplares conocidos del área ibérica se fechan a finales del siglo III o principios del siglo I a.C. (García Mauriño 1993). El de Pozo Moro habría que fecharlo a finales del siglo III o principios del II a.C. por la inscripción, la asociación de armas (Quesada 1997b) y la posición estratigráfica (Alcalá-Zamora 2000a). Estas cronologías nos llevan a considerar la hipótesis de Quesada sobre una relación entre la presencia de estos elementos y el conflicto de la Segunda Guerra Púnica, pudiendo atribuir su uso a agentes púnicos y mercenarios ibéricos al servicio de Cartago (Quesada 1995b: 168).

Los hallazgos en la Celtiberia, a pesar de su frecuente presencia en la iconografía y su alusión en las fuentes literarias, son muy escasos, formando parte, en ocasiones, de tesorillos como el de Quintana Redonda (Lorrio 1997: 196, fig. 78D), cuyo casco se fecha en el siglo III-II a.C. (García Mauriño 1993).

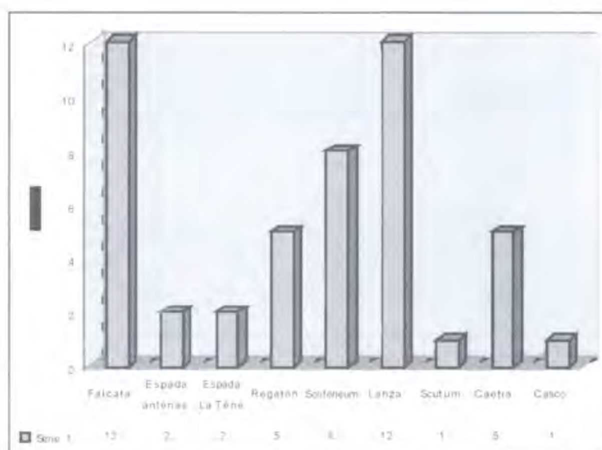


FIGURA 4.54: *Gráfico de armas ofensivas y defensivas en la necrópolis.*

Asociaciones de armas

En este apartado analizaremos las combinaciones de armas presentes en Pozo Moro, para intentar detectar la posible panoplia tipo de esta necrópolis.

En las 19 tumbas con armamento de Pozo Moro se han contabilizado 8 tipos de armas que en total suman 49 piezas, y 12 combinaciones posibles de las mismas. Tanto en Coimbra como en Cabecico del Tesoro, esas relaciones aumentan a 23 y 32 respectivamente, aunque hay que tener en cuenta que el número de tumbas total y el porcentaje con armas en ambos casos es muy superior, 47 y 125 respectivamente (García Cano 1997b: 220). Por tanto, porcentualmente la variabilidad de asociaciones en Pozo Moro es mucho mayor que en las arriba mencionadas. La deposición más frecuente es la de la falcata sola en 6 tumbas (30%), seguida del *soliferreum* solo en 2 sepulturas (10%) y en igual proporción las combinaciones de falcata, lanza, *soliferreum* y falcata con escudo. Estas cuatro asociaciones suman el 60% de todas las presentes, mientras las ocho combinaciones restantes son todas diferentes. En el estudio realizado por Quesada sobre un total de 700 tumbas ibéricas (Quesada 1997a: 644-45), las asociaciones más frecuentes son la de la espada sola en un 11,4%, la/s lanza/s con o sin regatón en un 16,4%, la espada junto con la/s lanza/s con un 18,9% y la panoplia completa compuesta de espada, lanza y escudo con un 19,5%. Son conjuntos coherentes de armas que se combinan en un número limitado de posibilidades y que se encuentran en casi todas las necrópolis ibéricas conocidas. En Pozo Moro no existen asociaciones funcionalmente absurdas, salvo el caso de la tumba 4F2 en que hay un exceso de armas y que se interpreta como el deseo de expresar un estatus elevado mediante la acumulación (Quesada 1994c).

Todas las asociaciones poseen armas ofensivas. Las defensivas están presentes en 4 de las 12 posibles combinaciones de armas y se asocian con lanza, fal-

cata, espada, regatón y *soliferreum*. Las dos tumbas con los ajuares guerreros más ricos de la necrópolis combinan armas defensivas y ofensivas, lo que resulta lógico porque incluirían toda la panoplia de ataque y de defensa.

COMBINACIONES	FRECUENCIA	AJUARES CON ARMAS%
Falcata	6	30
Soliferreum	2	10
Falcata+Lanza+Solifer	2	10
Falcata+Escudo	2	10
Lanza+Regatón	1	5
Lanza+Escudo?	1	5
Lanza+Soliferreum	1	5
2Lanzas+Regatón	1	5
Falcata+Soliferreum	1	5
Espadantenas+Espada +Lanza+regatón	1	5
Falcata+Espada La Tène+Lanza+2Regatón +Escudo+Soliferreum	1	5
Falcata+Espada La Tène+3Lanza+Regatón +Casco+Escudo	1	5
TOTAL	**20**	**100**

FIGURA 4.55: *Asociaciones de armas en Pozo Moro.*

No parece existir pues una panoplia estándar, aunque podemos deducir que sólo se reconocen unos pocos, 3 ó 4 a lo sumo, aristócratas guerreros con una importante panoplia en su tumba y un grupo mucho más numeroso, el 85%, que iban al combate con una o dos armas, generalmente la falcata y/o la lanza/ *soliferreum*.

Marco cronológico

La cronología del armamento en Pozo Moro abarca un largo periodo que va desde principios del siglo IV a.C. al siglo II a.C., aunque la mayoría de las tumbas con armas se concentran en la fase III del cementerio, que abarca del 425 al 300 a.C., momento de máxima ocupación del espacio funerario (Alcalá-Zamora 2000a). Así, el 86,6% de los ajuares de guerrero se incluyen en el siglo IV a.C., un 6,6% se han documentado entre el siglo IV y el II a.C. y otro tanto se fecha en el siglo III-II a.C. La media a lo largo del desarrollo cronológico de la necrópolis ibérica es de 2,6 armas por tumba (Fig. 4.56).

Inutilización de las armas

Es bien conocida la inutilización de las armas depuestas en las tumbas ibéricas, aunque no siempre sea posible saber cuando las roturas de las armas de los ajuares se deben a causas rituales y cuando a procesos diversos. Ésta se producía con la cremación del armamento junto con el cadáver, quedando constancia de ello en los restos de metal solidificado presentes en las tumbas y *ustrina* (Quesada 1997a: 546) o mediante el golpeo, troceo, doblado o perforación del armamento: falcatas dobladas, partidas o melladas a golpes, cascos abollados, aplastados o partidos a espadazos, como ocurre en el ejemplar de la tumba 4F2 de Pozo Moro o el de la tumba 428 de Cabecico del Tesoro (Quesada 1997a), *soliferrea* doblados, etc.

El sentido de esta inutilización parece unir explicaciones rituales (Cuadrado 1989; Almagro Gorbea 1991 y 1992; Quesada 1997) y funcionales (Sandars 1913, Lillo 1986, Broncano *et al.* 1985, García Cano 1999). Es evidente que ciertas armas especialmente largas como los *soliferrea*, no podrían ser introducidos en los *loculi* si no fuera dobladas o rotas. Aún así, parece claro que la forma en que se doblan algunas de estas armas, en «8» o en «S», y la disposición dentro de la tumba de los elementos de la panoplia, en la mayoría de los casos indica una intencionalidad que aún se nos escapa (Almagro Gorbea 1992).

De las 19 tumbas con armas de Pozo Moro, se han obtenido datos sobre la inutilización de 18 de ellas. Once de las doce falcatas recuperadas en Pozo Moro fueron inutilizadas, doblándola en forma de «S» en un caso o rompiéndolas en varios fragmentos en los 10 restantes. Es posible que también se mellaran los filos, como ocurre en las espadas de numerosas necrópolis del sureste peninsular como la de La Serreta (Reig 2000: 109), aunque el mal estado de conservación de los mismos haga imposible su identificación. Resulta significativo que casi la mitad de las puntas de falcata de Pozo Moro no fueron inutilizadas y que incluso en una de las tumbas aparece una punta de falcata como único resto del arma. Espadas de La Tène dobladas en forma de «U» se encuentran en la necrópolis de Osma (Schüle 1969, tafel 57,9; 59,7 y 60,1), en Atance, en Carratiermes (Quesada 1997a) y en el propio ejemplar de la tumba 13 de El Cerro de las Balas que además también aparece partido en dos fragmentos como en Pozo Moro (Núñez y Quesada 2000: 200, fig. 4). La espada de La Tène de la tumba 4F2 de Pozo Moro apareció partida en dos y doblada en forma de «U», y de la 5E5 solo se recuperaron tres fragmentos. En Cabezo Lucero se encontró un puñal de frontón doblado de esta misma manera (Aranegui *et al.* 1993: 230, fig. 67,4).

En cuanto a los *soliferrea*, éstos siempre aparecen muy incompletos, fragmentados y exfoliados. El ejemplar más completo, hallado en la tumba 5E5, además de roto en más de 10 fragmentos, estaba doblado en forma de «S» alargada. Las puntas de lanza se dividen en las que se han encontrado intactas, que suponen el 9%, y a las que les falta un fragmento o están partidas en dos, con un 91% de los casos. Los rega-

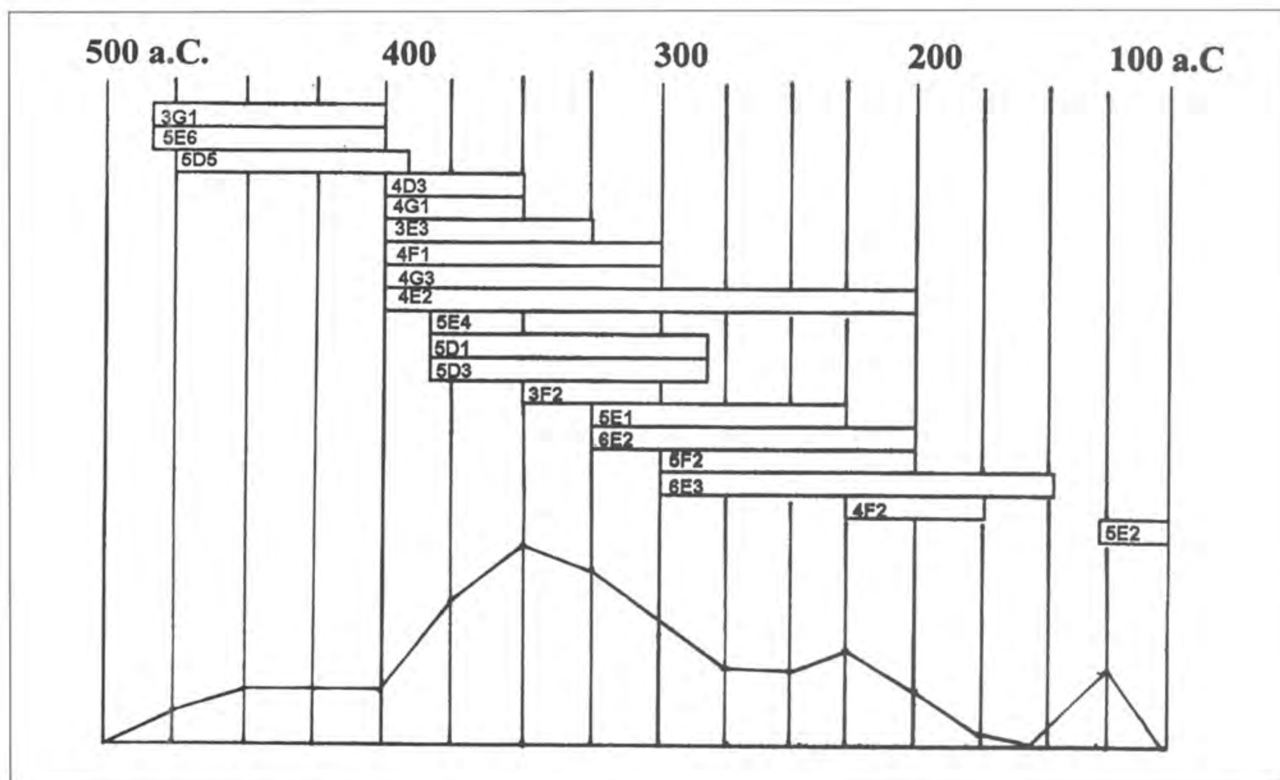


FIGURA 4.56: *Cronología de las tumbas con armas en Pozo Moro. Las cifras y letras del interior de las barras indica la designación de tumbas en Pozo Moro. El gráfico inferior expresa el nº de tumbas con armas por cuartos de siglo.*

tones se encuentran en mejores condiciones, aunque el 66,6% no estaba completo. Las dos espadas encontradas en la tumba 5F2 estaban también fragmentadas y le faltaba la empuñadura y la punta a una de ellas.

Las manillas de escudo se encontraron dobladas y en la mayoría de los casos muy incompletas. Del ejemplar de aletas de la tumba 3F2 se encontraron 11 fragmentos retorcidos y afectados por la acción del fuego. La manilla más completa procede de la sepultura 4F2 y se depositó rota por el asidero y doblada en ángulo de 45º. El único umbo localizado en la necrópolis procede del mismo enterramiento y de él solo se localizaron algunos fragmentos. En cuanto al casco, se abolló y se inutilizó con tres tajos (Fig. 4.57 y 29b).

Parece claro que la inutilización de armas en Pozo Moro fue un ritual aceptado y realizado a lo largo de todo el periodo en el que está presente el armamento, es decir de principios del siglo IV a.C. hasta el siglo II a.C., y que éste se realizó con la intención de que las armas no pudieran ser reutilizadas por personas ajenas a sus dueños, sin olvidar el contenido simbólico que subyace a estas manifestaciones (Almagro Gorbea 1991, Quesada 1997a).

Orientación de tumbas y armas

Pozo Moro ofrece dos características diferenciadoras con respecto a otras necrópolis ibéricas del entorno: por un lado la orientación mayoritaria SE-NW del 95% de las tumbas de la necrópolis (fig. 4.58) frente a las más comunes en otros cementerios ibéricos E-O, N-S y NW-SE, en los que en ningún caso se alcanzan porcentajes de coincidencia tan elevados como el de Pozo Moro, y por otro, la reiteración de dicha orientación en momentos culturales muy distantes.

De las tumbas con armas hay 7 orientadas, lo que supone el 36,8% del total. Este porcentaje tan escaso se debe a que el 57,9% del total de tumbas con armamento entre su ajuar eran simples estructuras en hoyo circular u oblongo que resultan imposibles de orientar. Las 7 tumbas orientadas siguen la alineación general SE-NW de la inmensa mayoría de las tumbas de este cementerio (Alcalá-Zamora 2000a).

En lo referente a la orientación de las armas dentro de la tumba, tenemos muy poca información debido, por un lado, a la dispersión y alteración de materiales producida por procesos postdeposicionales y por el otro, a la falta de documentación al respecto en los trabajos de campo realizados en los años 70. Aún así, tenemos datos de la disposición de las armas en tres enterramientos. En el 3E3, la falcata y el *soliferreum* se depositaron en el centro y el resto del ajuar alrededor; en el 3F2, la falcata se encontró doblada en «S» con la punta dirigida al Norte en la parte superior de la cista, mientras el resto del ajuar aparece debajo disperso. Por último, la tumba 4F2, la más rica en armamento del cementerio, presenta una ordenación esmerada del ajuar con el casco en el centro, al Oeste la espada de La Tène doblada de Norte



FIGURA 4.57: *Ubicación de armas en la tumba 4F2.*

a Sur, con la empuñadura hacia el Este. Al Sur, entre la espada y el casco, se halló el umbo del *scutum* y una punta de lanza en dirección al casco. Al NE se encuentra la manilla de aletas doblada en ángulo de 45º, y pegada al extremo de la aleta más cercana al centro, la falcata orientada de Norte a Sur con la punta mirando al Sur (Fig. 4.57).

De todo lo expuesto se observa que las orientaciones del ajuar son tan variadas que apenas es posible pensar en la existencia de una norma de deposición orientada, aunque sí parece haber una predisposición, al menos para las espadas, de la orientación N-S. En Coimbra del Barranco Ancho, las armas más largas se colocan en sentido longitudinal al eje más largo de la fosa, siguiendo un criterio funcional más que simbólico según García Cano (1997b: 226). En la necrópolis de Cabecico del Tesoro, donde contamos con un análisis detallado de un importante conjunto de armas, se detecta un patrón de colocación del armamento en las tumbas (Quesada 1989a; Sánchez/ Quesada 1991). Las armas se colocan perpendiculares unas a otras formando una «T» o apiladas, con la empuñadura tocando la urna y la punta en el extremo más lejano a ésta. Las puntas de lanza se colocan perpendiculares a las manillas de los escudos, lo mismo que ocurre en varias tumbas de El Cigarralejo (Quesada 1989b y Cuadrado 1987). Sin embargo en Cabezo Lucero las cenizas del guerrero se colocaron en el interior del escudo, lo que supone la cremación previa del cadáver. En este mismo cementerio las falcatas presentan una orientación recurrente en dirección Este-Oeste (Aranegui *et al.* 1993).

A veces, las armas dobladas del Cabecico del Tesoro (falcatas o *soliferrea*), envuelven la urna cineraria, al igual que ocurre con la sepultura 55 de la necrópolis de El Poblado en Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b).

Ubicación de tumbas con armas en la necrópolis

Las tumbas con armas están distribuidas en todo el área central de la necrópolis, pudiendo distinguir una línea transversal que separa dos agrupaciones, una al SE y otra al NW (Fig. 4.58).

La superposición de hasta 7 tumbas sobre el túmulo más grande del cementerio, resulta un caso interesante desde el punto de vista de la posición de las tumbas con armas. En el centro del túmulo 5F4, fechado entre el 500 y el 450 a.C., se construyó un pequeño túmulo cuadrangular datado hacía el 325 a.C., en el que se deposita a un personaje relevante dentro de la sociedad, un varón fornido de 40-45 años, que se entierra sobre la sepultura más destacada de la necrópolis, lo que podría indicar algún tipo de filiación con el individuo que ocupa el túmulo principal, o quizá la búsqueda de legitimación de su poder dentro del grupo. Así mismo, en la esquina NW del túmulo 5F4 se superpone una estructura tumular de piedra con cista de adobe, la 5F2, perteneciente a un varón de 30-40 años, acompañado de un rico ajuar de armas, lo mismo que ocurre con el túmulo 5E1, en el que se entierra un varón con un lote de armas entre su ajuar. Por lo tanto, podría considerarse este espacio dentro del cementerio como un lugar de enterramiento de un grupo gentilicio guerrero que reserva una ubicación determinada para expresar su poder y su vinculación a la comunidad a través de las generaciones.

Tipo de guerra

Los guerreros ibéricos de Pozo Moro tienen una panoplia básicamente ofensiva, con presencia de algunas armas de protección como los escudos o el casco reservados para personajes de alto rango.

Atendiendo a las deposiciones de armas en las sepulturas y concluyendo que éstas responden a un orden funcional establecido por la comunidad enterrada en Pozo Moro, se deduce que estamos ante un tipo de lucha cuerpo a cuerpo, donde la falcata es el arma principal junto con la lanza empuñada. A estos dos elementos se añaden otras armas en función de la riqueza del ajuar, como el *soliferreum*, las espadas rectas, los escudos o el casco, además de la posible repetición de objetos como la lanza con su regatón o la espada. En Pozo Moro contamos con 5 lanzas pesadas junto a sus correspondientes regatones y otras 2 sin ellos. En cinco ocasiones se asocia este tipo de lanza y el *soliferreum*. Así, se nos presenta un panorama en el que la panoplia cuenta con dos armas de asta con funciones distintas, el *soliferreum* para arrojar antes del choque cercano y la lanza para arremeter con el apoyo defensivo del escudo, en caso de que este elemento esté presente. Se trata del típico combate ibérico cuerpo a cuerpo (Quesada 1997a). El enfrentamiento cercano y probablemente individual viene avalado



FIGURA 4.58: *Ubicación de tumbas con armas en la planimetría general de la necrópolis de Pozo Moro.*

además por la alta proporción de falcatas y espadas rectas halladas, combinadas con la *caetra* o escudo ligero en cinco de los 6 casos en que este elemento esta presente (Alcalá-Zamora 2000b).

La ausencia de arreos de caballo en la necrópolis indica que los desplazamientos se realizaban a pie, al igual que en Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993), Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990a), Llano de la Consolación (Valenciano 2000) o Corral de Saus (Izquierdo 2000) entre muchos otros ejemplos documentados. En las necrópolis donde se encuentran son objetos muy escasos y siempre se vinculan con tumbas ricas como la 55 de Coimbra o las sepulturas 200 y 277 de El Cigarralejo (Cuadrado 1987).

En la Meseta se producen hallazgos de arreos con mayor frecuencia que en el área ibérica del Sureste, asociándose también con las sepulturas de ajuares más destacados (Lorrio 1997: 235-238; Schüle 1969: 122-128; Stary 1994: 150 ss.) *.

Elementos multiusos: Los Cuchillos

Los cuchillos no se incluyen dentro de la panoplia ibérica, ya que su función no fue estrictamente la de servir de arma, aunque es probable que el guerrero portara uno de estos elementos y que lo dedicara a múltiples funciones de carácter práctico. Sin embargo, también se han encontrado cuchillos en tumbas sin armas, lo que hace pensar que se utilizaron en diferentes contextos.

Estos útiles han sido interpretados por Quesada como elementos de prestigio ya que aparecen solos, sin acompañar a ningún otro tipo de arma y en fechas antiguas cuando aún el uso del hierro no se había generalizado (Quesada 1989b: 76).

En Pozo Moro contamos con 3 piezas completas y fragmentos de las cachas de una cuarta, ubicados en las tumbas 3F8, 4C3, 6E3 y 6F2.

Se trata de un objeto muy popular en casi todas las necrópolis ibéricas. En Cabezo Lucero cuentan con 18 unidades, largos y cortos, distribuidas en 14 tumbas (Aranegui *et al.* 1993: 127-28). En Hoya de Santa Ana se documenta en tumbas antiguas fechadas en torno al 500 a.C. (Blánquez 1990a). En El Llano de la Consolación cuentan con 5 *items*, 4 afalcatados y uno recto que aparecen solos, sin asociarse a ningún otro tipo de arma (Valenciano 2000), igual que ocurre en 3 casos de Pozo Moro. En la necrópolis de El Poblado de Coimbra del Barranco Ancho aparecieron fragmentos de cuatro cuchillos datados entre el 350 y el 300 a.C. (García Cano 1997b). En el Cigarralejo se encontraron 13 ejemplares completos que permitieron distinguir seis tipos con un desarrollo cronológico que discurre del 400 al 100 a.C. (Cuadrado 1989: 75-76).

Los cuchillos afalcatados o rectos son un elemento recurrente en los contextos funerarios meseteños desde fines del siglo VI a.C. hasta el siglo II a.C. No se considera que formen parte del armamento, aunque el tamaño de alguno de ellos similar al de una puñal, hace pensar que se usaran en ciertas ocasiones en el combate (Lorrio 1997).

Consideraciones finales

Las armas gozaban de especial consideración entre los iberos. Representaban una exaltación del grupo social aristocrático que se identificaba con esos elementos (Quesada 1989a, 1997a).

En Pozo Moro predominan las armas ofensivas (85,7%) sobre las defensivas (14,3%), lo que indica que se realizaba un combate cuerpo a cuerpo. Dentro de las ofensivas son la falcata y la lanza las más abundantes, ya que entre las dos suman el 49% del total de armas de la necrópolis. Desde un punto de vista táctico deberían destacar numéricamente las lanzas frente a las falcatas. Sin embargo, la abundancia de falcatas en contextos funerarios ibéricos es un fenómeno recurrente, y pone de manifiesto el carácter emblemático de este arma de prestigio, considerada símbolo de estatus en el ámbito guerrero ibérico y que además resulta mucho más costosa en su fabricación que la lanza. Fortalece esta hipótesis el hecho de que las únicas armas con decoración conservadas en Pozo Moro son precisamente dos falcatas, lo que indica que al valor funcional se está añadiendo otro que trasciende lo puramente ornamental para introducirse en el mundo ideológico y de control de la imagen por parte de las élites aristocráticas.

Destacan cinco tumbas sobre las demás, tanto por la importancia de la panoplia que las acompaña, como por la monumentalidad de la sepultura, por lo que se pueden considerar pertenecientes a los jefes de cada una de las generaciones sucesivas del grupo gentilicio. En la primera fase de uso del espacio funerario en época ibérica, fechada entre el 475 y el 450 a.C. (Alcalá-Zamora 2000a), cabe resaltar las grandes dimensiones (4,5 por 4 m.) del túmulo 3G1, que sin embargo presenta un ajuar discreto, acompañándose únicamente de una lanza con su correspondiente regatón, de una fíbula y de algunos recipientes cerámicos. La tumba se fecha entre el 475 y el 400 a.C., momento en que en el contexto de las costumbres funerarias ibéricas prima la grandiosidad de los monumentos erigidos en honor de los difuntos sobre la cantidad de objetos depositados como ajuar (Santos 1994b; Blánquez 1997). La tumba 4G1, fechada entre el 400 y el 350 a.C. es también un túmulo importante de 3,57 por 2,57 m. realizado en piedra con cista de adobe y acompañando al difunto una falcata con una decoración muy elaborada. La sepultura 5E1, es un túmulo de piedra con cista de adobe, en el interior de la cual se encuentra un importante ajuar de guerrero que cuenta con 7 elementos de la panoplia. La cronología de esta tumba se sitúa entre el 325 y el 225 a.C. La tumba 5F2 también es un túmulo de piedra, aunque de

* Agradecemos las aportaciones de F. Quesada al capítulo del armamento.

menores dimensiones que los anteriores, del que sólo se excavó la esquina SE, que tenía un importante lote de armas, destacando la presencia de dos espadas de frontón y antenas entre su ajuar. Se fecha entre el 300 y el 200 a.C. Por ultimo, la 4F2 es una tumba en hoyo, protegida por adobes y que contaba con el conjunto de armas más rico de la necrópolis, incluyendo un casco de tipo Montefortino con una inscripción latina que fecha la sepultura a finales del siglo III o principios del II a.C. El caso de esta tumba es excepcional, y cabe aventurar que estamos ante un mercenario que en una de sus campañas militares consigue capturar o dar muerte a un jefe que porta una panoplia completa, incluido el casco con sello de propiedad. Cuando este individuo muere y es enterrado en Pozo Moro, se deposita junto a su propia panoplia, la de aquel guerrero vencido que probablemente le hizo muy respetado en vida (Quesada 1997b).

Los jefes de cada grupo gentilicio al parecer portaban una panoplia completa en la que se incluían armas ofensivas y defensivas, mientras los clientes combatirían con un armamento más ligero, o al menos se les enterraba con una panoplia simple como forma de diferenciarse del jefe también después de la muerte.

Un 57,9% de las tumbas con armas son simples hoyos excavados en el suelo dentro de los cuales se depositaban las cenizas del difunto y su ajuar, un 26,3% son túmulos de piedra y/o adobe, a los que habría que sumar un 15,8% que parecen corresponder a antiguos túmulos prácticamente desaparecidos como consecuencia de la erosión y la superposición de tumbas, y de un 5,3% carecemos de datos que permitan establecer el tipo de tumba al que pertenece. Con todo ello, se deduce que hay un predominio de tumbas simples asociadas a armamento, aunque le siguen de cerca con un 42,1% las tumbas de empedrado tumular o de adobes. El hecho de que haya un porcentaje alto de tumbas simples con armas entre su ajuar, también se explica por las cronologías tardías de muchas de estas sepulturas, ya que según avanza el siglo IV-III a.C. las estructuras tumulares van desapareciendo y son substituidas por otras más sencillas.

De las tres tumbas que cuentan con al menos cinco elementos de la panoplia, dos presentan estructuras tumulares y la tercera es un hoyo flanqueado por adobes que pudieron formar parte de un cierre. Esta ultima tumba, es la más rica del cementerio y sin embargo el gasto en la construcción arquitectónica fue mínimo. Estamos ante una tumba tardía, de finales del siglo III o principios del II a.C., momento en que apenas se realizan enterramientos en el cementerio, la construcción de grandes túmulos ha dejado ya de ser una constante en el área sepulcral y en su lugar se producen muy pocos enterramientos, con estructuras poco visibles pero con ajuares muy importantes, lo que quiere decir que se está potenciando la riqueza personal de un individuo frente a la capacidad de ostentación de los aristócratas a través del impacto visual característico de los grandes monumentos de los siglos V y IV a.C.

Las tumbas con armas se asocian fundamentalmente con hombres (71,4 %), aunque también están presentes en tumbas femeninas e infantiles (14,2 % en ambos casos).

Se detectan dos grupos de tumbas con armas en el cementerio, uno al SE y otro al NW, probablemente pertenecientes a dos grupos gentilicios de aristócratas guerreros. El individuo enterrado en la tumba 5F4 se constituiría en el antepasado real o mítico de un grupo familiar, que se entierra encima del túmulo 5F4 erigido en su honor, el más grande de la necrópolis, como forma de demostrar los vínculos de sangre frente a un grupo de sepulturas con armas dispuestas alrededor de la tumba del jefe, pertenecientes a la red clientelar establecida por esa familia.

6. *Indumentaria personal*

Dentro de los ajuares de la necrópolis tres elementos están directamente relacionados con los elementos de vestido, de los que sólo han llegado hasta nosotros los objetos metálicos que complementaron los tejidos, desaparecidos como consecuencia de su destrucción por el paso del tiempo y por la cremación a que fueron sometidos los cadáveres. Trataremos en primer lugar de las fíbulas que se usaron para sostener las capas o ropajes de tela, para a continuación centrarnos en los broches o hebillas. Finalmente acabaremos el capítulo con los botones o sellos de bronce encontrados en la necrópolis.

Fíbulas

Las fíbulas de Pozo Moro se engloban tipológicamente en dos grupos: fíbulas anulares hispánicas y fíbulas de La Tène I.

La necrópolis cuenta con un total de 41 fíbulas distribuidas en 29 tumbas, de las cuales 37 se localizaron en contexto cerrado y 4 proceden de niveles superficiales o se encontraron fuera de contexto.

Los tamaños van de los 2,2 cm. de la más pequeña a los 7,2 cm. de la más grande.

El 79,3% de las tumbas de Pozo Moro y el 70% de Cabezo Lucero contenían una única fíbula en su ajuar (Aranegui *et al.* 1993), mientras un porcentaje mucho más reducido, que no superaba el 20%, llevaba dos ejemplares, siendo excepcionales los casos en que aparecen 3 o más fíbulas por sepultura.

Nº FÍBULAS	Nº TUMBAS
1	23= 79,3%
2	4= 13,8%
3	2= 6,9%
TOTAL	**29= 100%**

FIGURA 4.59: *N.º de fíbulas por tumba en Pozo Moro.*

Nº FÍBULAS	Nº TUMBAS
1	21= 70%
2	6= 20%
3	2= 6,6%
7	1= 3,3%
TOTAL	**30= 100%**

FIGURA 4.60: *Nº de fíbulas por tumba en Cabezo Lucero (Basado en Aranegui et al. 1993).*

Fíbulas anulares hispánicas

Es el tipo más característico de la segunda Edad del Hierro peninsular. En Pozo Moro se localizaron 36 fíbulas anulares en contexto cerrado y otras 4 en superficie o descontextualizadas. Se han clasificado siguiendo la tipología que para la provincia de Albacete propone Rubí Sanz Gamo (1992).

Fíbulas de pie con botón o tipo 1 de Cuadrado

En la tumba 1H1 de la necrópolis de Pozo Moro, se encontró una fíbula de esta tipología con la particularidad de estar decorada en el puente con una cabeza humana cortada. En la provincia de Albacete el tipo cuenta con un único paralelo procedente de la tumba 30 de la necrópolis de Camino de la Cruz, en este caso con decoración estriada en el puente y una fecha aproximada del 500 a.C. (Sanz Gamo *et al.* 1992: 104, fig. 5.8, 23). Son escasos los ejemplos de este tipo en el territorio peninsular, concentrándose casi exclusivamente en el área catalana, concretamente en la necrópolis Martí de Ampurias (Almagro Basch 1953: 117, fig. 102,1), o la de La Oriola, Amposta, Tarragona (Cuadrado 1963b: 48). La cronología de estas piezas según Cuadrado es de finales del siglo VI a.C. o principios del V, hasta el 450 a.C.

TIPO (Sanz 1992)	NÚMERO	PORCENTAJE
AN01	1	3%
AN02a	1	3%
AN02e	3	9%
AN04a	2	6%
AN04b	10	30,3%
AN04c	3	9%
AN04h	1	3%
AN05	1	3%
AN09a	1	3%
ANindeterminado	9	27,3%
LTI	1	3%
TOTAL	33	100%

FIGURA 4.61: *Tipología de fíbulas en Pozo Moro.*

En la necrópolis de Cabezo Lucero, el 64,5% de las fíbulas de las que se ha podido identificar el tipo al que pertenecen, son de la variante 4B de Cuadrado, repartiéndose el resto de los tipos en las siguientes variantes 4j, 9a, 4c, 9b, 4h y 4d (Aranegui *et al.* 1993: 131).

En Coimbra se encontraron 21 fíbulas en contexto cerrado y 5 más fuera de tumba de los tipos anular hispánico y de apéndice caudal y esquema de La Tène I (García Cano 1997b). En las necrópolis de la provincia de Albacete se han contabilizado 239 fíbulas [46], siendo el tipo más numeroso el de puente de navecilla o tipo 4 de Cuadrado con el 36,8% de los casos, y dentro de este la variante 4b con el 68,2% de las fíbulas de navecilla.

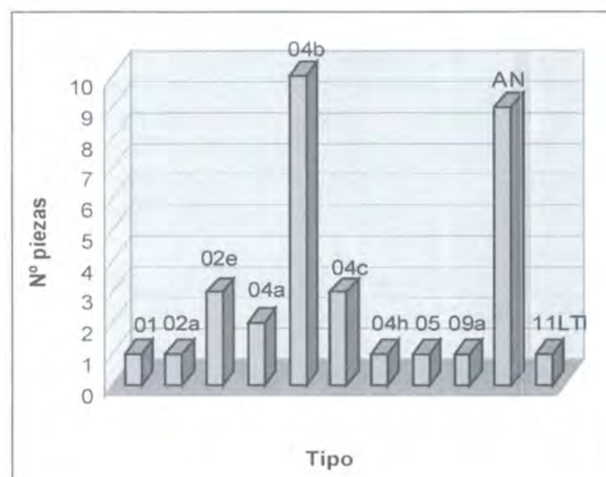


FIGURA 4.62: *Relación tipología de fíbulas y número de cada tipo. Leyenda: A= 04a; B= 04b; C= 04c; D= 01; E= 05; F= 09a; G= 02a; H=02e; I= 04.*

De las 29 tumbas con fíbulas de Pozo Moro, sólo tenemos datos antropológicos de 12. De ellas, 6 eran de varones adultos, 1 era de mujer, 3 pertenecían a tumbas dobles de mujer con niño, 1 era de sexo dudoso y la última era la tumba de un niño menor de un año (Reverte 1985).

SEXO	NºTUMBAS POZO MORO	NºTUMBAS CABEZO LUCERO
Varón	6	10
Mujer	1	3
Mujer+Niño	3	
Niño	1	2
Dudoso	1	
TOTAL	**12**	**15**

FIGURA 4.63: *Relación de las fíbulas con el género en Pozo Moro y Cabezo Lucero.*

El que haya más tumbas masculinas con fíbulas que femeninas en estas dos necrópolis, parece relacionarse más con la mayor cantidad de tumbas de varones en la totalidad del cementerio, que con el hecho de

[46] Se han considerado las fíbulas analizadas por Sanz Gamo (1992) y se les ha añadido las 26 fíbulas de Pozo Moro inéditas que quedaron sin incluir en ese catálogo.

que exista una relación directa entre este elemento y los individuos de sexo masculino. En las tumbas dobles, en dos de los casos, éstas contaban con una única fíbula, mientras que en la tercera la sepultura contenía 3 unidades pertenecientes al mismo tipo.

En cuanto a la tipología de tumbas en las que aparecen las fíbulas, parece existir una relación bastante clara entre las estructuras de túmulo de piedra o adobe y la presencia de fíbulas, ya que de las 29 tumbas consideradas, 16 eran tumulares, 11 en hoyo, aunque de ellas 6 resultan dudosas ya que la ausencia de superestructura, posiblemente se deba a la mala conservación de la misma, y de otras dos, no se puede precisar el tipo de tumba debido a la total destrucción de la misma o a no estar documentadas en los planos de campo.

Por último destacar que el marco cronológico de estas fíbulas en la necrópolis de Pozo Moro abarca desde la segunda mitad del siglo V a.C. hasta el siglo III a.C. coincidiendo con el momento de auge en el uso del espacio funerario.

Fíbulas de Navecilla Tipo 04

Contamos con un total de 19 fíbulas de este tipo, de las cuales 13 están distribuidas en tres variantes y en las otras 6 no se ha podido identificar la variante debido a las condiciones de conservación. Entre ellas cabe destacar la fíbula de la tumba 4D5 (Fig. 24,1) con el puente formado por dos caras humanas unidas por el cráneo, que encuentra paralelos en territorio celtibérico, concretamente en una fíbula áurea de Cheste (Lorrio 1997: 202, fig. 82,7).

Variante «a»

Con anillo fino y puente en arco sencillo, se conservan 3 unidades procedentes de las tumbas 5D5 (Fig. 46,1), 4C5 (Fig. 20,1) y 8E2 (Fig. 65,1). En la provincia de Albacete se han localizado en otros dos yacimientos, la necrópolis de Camino de la Cruz con una cronología de entre el 550 y el 500 a.C. y la de Hoya de Santa Ana con un marco cronológico amplio del siglo V a.C. (Sanz Gamo 1992: 110, fig. 5.13, 52 y 54).

Este tipo de fíbulas se encuentran en todo el territorio peninsular con cronologías desde finales del siglo VI, principios del V a.C. hasta el 450 a.C. Así, las encontramos en la tumba 55 de la necrópolis de Bonjoan de Ampurias (Almagro Basch 1952: 194, fig. 165,2), en la tumba I de la necrópolis de Cruz del Negro (Cuadrado 1963: 52), y en el nivel I de Castellones de Céal (Fernández Chicarro 1955b, Chapa *et al.* 1998).

Variante «b»

Se trata de la variante denominada por Cuadrado como de *navecilla normal*. La sección del puente puede ser maciza, plano-convexa, cóncava aquillada o cóncavo-convexa, siendo la más frecuente la última mencionada con 5 ejemplos, lo que representa el 62,5% de las fíbulas de esta variante.

Contamos con 8 unidades presentes en las sepulturas 3F1 (Fig. 7,1), 3F3 (Fig. 9a,1), 3F7 (Fig. 12,1), 3F8 (Fig. 13,2), 4F5 (Fig. 32,1), 4G4 (Fig. 37,1), 5F3 (Fig. 54a,1) y 6F2 (Fig. 61,1).

En la provincia de Albacete se han contabilizado 60 ejemplares, con una distribución amplia por todo el territorio y presencia mayoritaria en la mitad oriental en yacimientos como Hoya de Santa Ana, con 25 ejemplares, La Torrecita con 8 y Pozo Moro con otras 8. De todos ellos, solamente 2 tienen resorte de muelle como el del ejemplar de Pozo Moro. Los paralelos para estas piezas se encuentran en toda la Península Ibérica. En Andalucía se han documentado en la necrópolis de Baños de la Muela (Castulo) en sepulturas fechadas en el siglo IV a.C. (Blázquez 1975: fig. 121, 21 y 22; fig. 116,38 y fig. 78,17), también en Tejada la Vieja (Huelva) en niveles de finales del siglo IV a.C. (Ruiz Delgado 1989: 198). En la provincia de Murcia se encuentran en el Cigarralejo, Cabecico del Tesoro y Coimbra del Barranco Ancho, con fechas que oscilan entre finales del siglo V a.C. y el siglo IV a.C. (Iniesta 1983: 130-39). En la provincia de Valencia se encuentran en La Bastida y en Covalta (Rams 1975: 147, tabla I). En Cataluña se documentan en los poblados ibéricos de la costa entre los siglos V y I a.C. (Navarro 1970: 109) y el interior (Cura y Ferrán 1976: 123). Se localizan también por toda la Meseta desde la segunda mitad del siglo V a.C. hasta la primera mitad del siglo I a.C. (Argente 1974: 194).

Variante «c»

Son fíbulas caracterizadas por unos montantes con terminación bífida situados en los extremos del puente, de arista longitudinal y sección cóncava-aquillada. En la necrópolis de Pozo Moro se encontraron 2 unidades, una en la tumba 3E1 (Fig. 4,1) y otra en la 5D1 (Fig. 42,1). En la provincia de Albacete la variante «c» está representada por 19 piezas [47] procedentes de 9 yacimientos localizados en la mitad oriental de la provincia (Casa del Monte, Cerro de los Santos, El Jardín, Hoya de Santa Ana, Llano de la Consolación, La Torrecica, Los Cabezos, Los Villares y Pozo Moro). La dispersión de esta variante es amplia en la provincia de Valencia, Alicante y Murcia. Encontramos una fíbula de este tipo en la necrópolis de Corral de Saus (Izquierdo 2000: 239, fig. 124,7), estando presentes también en La Bastida, San Miguel de Liria, Covalta, La Carencia y Les Ventes de Mogente (Rams 1975: 147, tabla I), La Albufereta (Rubio Gomis 1986), Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993: 131, fig. 20, 10 y 26, 7) y La Serreta (Cortell *et al.* 1992: 107-108, fig. 17, 1,2 y 6) en Alicante, y más aún en la de Murcia, fundamentalmente en El Cigarralejo y Cabecico del

[47] A las 17 piezas analizadas por Sanz Gamo 1992, añadimos otras dos procedentes del Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 110,fig.11) y de Pozo Moro (Alcalá-Zamora inédito).

Tesoro, con cronologías de entre el siglo IV y la primera mitad del siglo III a.C. (Cuadrado 1987). En Coimbra del Barranco Ancho se recuperaron 6 ejemplares (García Cano 1997b: 235-236). Se trata de piezas fechadas, todas ellas, entre el siglo IV y mediados del siglo III a.C.

En Andalucía aparece en la necrópolis de Baños de la Muela y en el nivel 15 de El Cerro Macareno, con fechas de mediados del siglo V a.C. (Ruiz Delgado 1989: 198). En la Meseta se encuentran en yacimientos de la provincia de Ávila, Palencia, Soria, Cuenca y Guadalajara con cronologías de entre el siglo IV y mediados del III a.C. (Martín Montes 1984: 40).

Fíbulas de puente romboidal (tipo 5 de Cuadrado)

Contamos con un único ejemplar localizado en la tumba 4F7 (Fig. 33,1). Hay 3 piezas similares en la necrópolis de Hoya de Santa Ana (Sanz Gamo 1992: 116, fig. 5.27, 138 y 139), aunque llevan resorte de muelle, en vez de aguja libre como en Pozo Moro, característica que por otro parte da a nuestro ejemplar una cronología más antigua, de entre finales del siglo V a.C. y principios del IV a.C. También esta presente en una sepultura de El Cigarralejo fechada en el segundo cuarto del siglo IV a.C., en la Bastida y La Carencia (Rams 1975: 148) y en la Meseta, en Padilla de Duero, Buenhache de Alarcón, con cronologías del siglo IV a.C. y Numancia con fechas del siglo III a.C. (Martín Montes 1984: 41 y Sanz Gamo 1992: 116).

Fíbulas de puente de alambre (tipo 9 de Cuadrado)

De las dos variantes del tipo establecidas por Cuadrado (1957), el ejemplar de la tumba 4F7 de Pozo Moro pertenece a la variante «a». En la provincia de Albacete se han documentado 6 piezas de esta variante, tres proceden de los Villares, y las otras tres de Hoya de Santa Ana, La Torrecica y Pozo Moro (Sanz Gamo 1992: 117, fig. 5.28, 141-146). Contamos con dos ejemplares procedentes de la necrópolis de Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993: 131, fig. 54,2 y 81,2). En ambos casos se trataba de tumbas infantiles en las que el ajuar consistía en una urna acompañada de la fíbula.

Aparecen con cronologías muy antiguas del siglo VI a.C. e incluso en la segunda mitad del siglo VII a.C., en yacimientos andaluces como el poblado bajo de El Carambolo, Cerro Macareno, Torre de Doña Blanca y Castellones del Céal. También hay ejemplares similares en Los Molinicos de Moratalla con cronologías de finales del siglo V a.C. (Iniesta 1983: 169), y en la Meseta en la necrópolis de Almaluez (Soria) con fechas del V-I a.C. (Sanz Gamo 1992: 117).

Fíbulas de timbal o tipo 2 de Cuadrado

Son junto con las de navecilla las que tienen una distribución peninsular más amplia.

En Pozo Moro contamos con tres ejemplares distribuidos en dos variantes, la «a» y la «e» y dos subvariantes, la 2eI y la 2eII (Cuadrado 1957 y Sanz Gamo 1992).

Variante «a»

Esta variante, de timbal hemiesférico, se considera la más antigua, a partir de la cual se desarrollan las demás (Cuadrado 1957: 43). El único ejemplar de Pozo Moro se encontró en la tumba 4F2 (Fig. 29d, 10) junto con un importante ajuar de guerrero que por la tipología de alguna de las piezas y la posición estratigráfica de la tumba no puede fecharse más allá de principios del siglo III a.C. o finales del II a.C.

La variante fue fechada por Cuadrado entre finales del siglo V y el III a.C. (Cuadrado 1957: 42), siendo frecuente en yacimientos del Sur y del Levante peninsular.

En El Cigarralejo se fechan en la primera mitad del siglo IV a.C. (Cuadrado 1987: 98).

En la Meseta se encuentran en la provincia de Salamanca, Guadalajara y Cuenca (Martín Montes 1984: 39).

Variante «e»

Está presente en todo el Sureste de la Península Ibérica. El puente se une al anillo mediante dos montantes con una unión destacada. Presenta dos subvariantes:

Subvariante I

El único ejemplar con contexto se encontró en la sepultura 3G1 (Fig. 16a, 3). Es de pequeñas dimensiones, timbal elipsoidal decorado con incisiones y charnela de visagra. En la cuadrícula 4H, se encontró una fíbula de anillo pequeño, considerada como hallazgo aislado.

En Albacete, este tipo tiene una dispersión localizada en la mitad oriental de la provincia, disminuyendo su cantidad según nos adentramos en el extremo noroccidental de la provincia (Sanz Gamo 1992: 107). Hay 11 piezas procedentes de Mahora, El Jardín, El Lobo, Hoya de Santa Ana, La Torrecica, Los Villares y Pozo Moro. Predomina el resorte de tope osculador frente al de charnela de visagra. Está presente también en La Bastida con fechas del primer y segundo cuarto del siglo IV a.C. (Fletcher *et al.* 1965), y en menor cantidad en Covalta y Chelva (Rams 1975: 144-146) y en La Serreta y El Puig (Alcoy), todas ellas con fechas de finales del siglo V e inicios del siglo III a.C. También lo encontramos en El Cigarralejo en el primer cuarto del siglo IV a.C (Cuadrado 1987).

En la Meseta también se encuentra aunque de forma más esporádica, en yacimientos como Almaluez o Las Madrigueras en Carrascosa, Cuenca (Almagro Gorbea 1969: 100, tabla I, 9-13).

Subvariante II:

Aparece fundamentalmente en la mitad oriental de la provincia de Albacete, tanto en poblados como en

necrópolis, con predominio de la charnela de visagra y cronologías desde finales del siglo V a.C. hasta el último cuarto del siglo III a.C. En Pozo Moro se encuentra un ejemplar de timbal hemiesférico en la tumba 4G1 (Fig. 35b,1), datado por estratigrafía entre el 400 y el 350 a.C., fecha que encaja bien en la cronología establecida para el tipo y más en concreto con las piezas de El Cigarralejo.

En la provincia de Murcia se encuentra en El Cigarralejo con materiales del primer y segundo cuarto del siglo IV a.C. y en Cabecico del Tesoro (Iniesta 1983: 122-27). Es un tipo abundante en La Bastida, y en menor medida en Sagunto y Covalta (Sanz Gamo 1992: 108).

En la necrópolis de Las Madrigueras (Cuenca), su presencia se ha vinculado al comercio establecido con el Levante peninsular (Almagro Gorbea 1969: 101).

Fíbulas de La Tène

Las fíbulas de La Tène que han aparecido en la provincia de Albacete se encuentran mayoritariamente a los pies o próximas a grandes vías de comunicación prerromanas, una Norte-Sur siguiendo la cuenca del río Júcar y el río Mundo y otra Noreste-Suroeste que sigue el denominado Camino de Aníbal, lo que permitió su difusión (Sanz Gamo 1992: 219). Se encuentran numerosos ejemplos en El Amarejo, el Cerro de los Santos, el Tolmo de Minateda, Casas de Villaralto, Mahora y El Tesorico en Albacete y El Cigarralejo y Coimbra del Barranco Ancho en Murcia, todos ellos ubicados en el mismo entorno geográfico, mientras son mucho más escasas en otros yacimientos más cercanos a Pozo Moro, como Hoya de Santa Ana, Los Villares y el Camino de la Cruz (Sanz Gamo 1992: 220).

También contamos con un ejemplar fuera de sepultura procedente de la necrópolis de la Serreta en Alicante (Cortell *et al.* 1992: 107-108, fig. 17,9).

La única fíbula de este tipo en Pozo Moro se encontró rota en la tumba 4D6 (Fig. 25,2). Es del tipo 11LTI de Sanz Gamo (1992) y 4-2a de Cuadrado (1978), autor que fecha este tipo de fíbulas entre finales del primer cuarto del siglo IV a.C. y el 325 a.C. (Cuadrado 1978 y 1987).

Fíbulas similares, fechadas en el 370-390 a.C., se encuentran en las tumbas 129 y 130 de El Cigarralejo (Cuadrado 1987: 276-77, fig. 110, 15 y 16 y fig. 111, 7), en las tumbas 1, 32 y 48 de la necrópolis del Poblado de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b: 239, fig. 40,5; 50,7 y 21,14) en el Amarejo (Sanz Gamo 1992: 223-24, fig. 6.4, 158-159) o en El Tesorico (Broncano *et al.* 1985: 161, fig. 62,3).

Hebillas

En Pozo Moro existe un único ejemplar de forma elipsoidal y pequeñas dimensiones en la sepultura 4F2 (Fig. 29d, 11). En la tumba 1 de la necrópolis de La Serreta hay 3 hebillas de bronce y dos de hierro. En este caso se identifican con correajes de guerrero, ya que todas las que han aparecido en esta necrópolis se vinculan a ajuares con armas (Cortell *et al.* 1992: 103-106, fig. 16, 6-11), lo mismo que en Pozo Moro.

También están presentes las hebillas elipsoidales en la necrópolis de El Cigarralejo, con una pieza similar a la de Pozo Moro en la tumba 239(2) (Cuadrado 1987: 428, fig. 183, 30) y en Coimbra del Barranco Ancho hay varias piezas procedentes de las sepulturas 12, 19, 41 y 53 (García Cano 1997b: 240, fig. 44,4; 115,4; 53,4 y 5; 125,11), siendo el paralelo más cercano al de Pozo Moro, la hebilla de la tumba 53 datada con anterioridad al primer cuarto del siglo II a.C. (García Cano 1997b: 241). En Castellones de Céal hay dos hebillas, en este caso de hierro encontradas en la campaña de 1958 fuera de contexto (Chapa *et al.* 1998: 75, fig. 31, 1 y 2).

Sellos o botones

Se trata de objetos cuya función precisa desconocemos, aunque por su morfología intuimos que se trata, bien de botones decorativos, o mas bien, dada la escasez de elementos documentados, pensamos que se trata de sellos que iban colgados al cuello y que podrían interpretarse como marcas o estampillas de propiedad. Queda por resolver, y esto ya entra dentro de un terreno puramente hipotético, si pertenecieron a artesanos o comerciantes que identificaban sus productos con dichos sellos, o serían credenciales personalizadas pertenecientes a miembros destacados de la sociedad.

En la necrópolis de Pozo Moro se han exhumado 3 sellos o botones de bronce decorados con motivos zoomorfos, localizados en las tumbas 4C1 (Fig. 18,1), 5D5 (Fig. 46,2) y 8E2 (Fig. 65,2).

La forma del botón es diferente en cada caso, rectangular, cuadrangular o circular polilobulado.

Las dimensiones van de los 3,8 cm. del más grande, al 1,4 cm. del más pequeño.

Los motivos decorativos son en los tres casos de animales, un ciervo, un grifo y un cuadrúpedo, posiblemente un lobo o un perro. No hemos encontrado ningún otro caso en que se utilicen estos temas para decorar la superficie de sellos, aunque sí se utilizan con frecuencia sobre otros soportes como recipientes cerámicos, apliques de bronce, joyería, *thymiaterium* o escultura en piedra.

Este tipo de elemento está presente en la tumba 11 de El Bancal del Estanco Viejo (Minateda-Hellín, Albacete) fechada en el siglo IV a.C.; se trata de un botón cónico con 10 apéndices de bronce, que encuentra su paralelo más cercano en la necrópolis de la Hinojosa en Cuenca (López Precioso y Sala 1988-89: 150, fig. 15, 889), encontrándose botones circulares o semiesféricos algo más sencillos en la Meseta en yacimientos como la necrópolis de Molina de Aragón, en

el Castro del Zarranzano y en la ciudad de Numancia (Lorrio 1997: 230, figs. 94 a 96). El ejemplar del Bancal del Estanco Viejo no presenta una superficie plana que permitiera utilizar la pieza como sello por lo que la consideramos un botón decorativo. En Extremadura se documentan varios ejemplos en El Risco y Cancho Roano (Martín Bravo 1999: 84, fig. 28, 7-15; Celestino 1996). Están presentes en las tumbas 109, 244 y 333 de El Cigarralejo, con fechas de entre el 375 y 300 a.C., dos de ellos con motivo de esvástica y el tercero con una rosácea.

También con motivo de esvástica, hay un ejemplar en la tumba 11/145 de Castellones de Céal, fechada entre fines del siglo V y principios del IV a.C. por una copa de figuras rojas (Chapa *et al.* 1998: 109, fig. 48, 7).

Dentro de este apartado habría que incluir también, un botón realizado en una piedra porosa y blanda de color blanquecino- grisáceo, localizado en la tumba 4D5 (Fig. 24, 3). Un paralelo muy próximo en cuanto a la forma, pero realizado en bronce, se encuentra en la tumba 36 de la cercana necrópolis de Los Villares (Blánquez 1991: 198, fig. 44, 6416).

7. *Objetos de adorno y uso personal*

Los objetos de adorno y uso personal no son muy numerosos en los ajuares de las tumbas de Pozo Moro, y en esto coincide con el contexto general de las necrópolis ibéricas peninsulares.

Entre los adornos incluimos las piezas de joyería realizadas en oro, plata, bronce y pasta vítrea: pendientes, brazaletes, cuentas de collar, colgantes, anillos o figuritas, para terminar con las pinzas de bronce como objetos de uso personal.



FIGURA 4.64: *Porcentajes de adornos y objetos de uso personal en la necrópolis de Pozo Moro.*

En la necrópolis de Pozo Moro sólo se han rescatado 3 pendientes, 2 de oro y uno de plata localizados en las sepulturas 4D3, 4D6 y 6E3. Los pendientes se clasifican en dos tipos y dos variantes siguiendo la tipología establecida por Alicia Perea (1991: 221).

1. *Anular cerrado o tipo 8B de Perea*

1a. *Amorcillado sencillo*

El pendiente de plata de la tumba 6E3 (Fig. 59a, 1), encuentra sus paralelos más cercanos en la tumba 104 de El Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 235), en el punto 36 de Cabezo Lucero con una cronología del 375-350 a.C. y realizado con alma de plata y lámina exterior de oro, y en el punto 39, 42 y Zona B-7 de esta misma necrópolis también en plata (Aranegui *et al.* 1993: 134, figs. 39,12; 42,3; 53,1 y 133,21). En El Cigarralejo están realizados en oro excepto el de la tumba 211 que es de plata (Cuadrado 1987: T-95, 141, 144, 193, 211). También hay uno en la sepultura 1 y dos de menores dimensiones en la 15 de La Serreta (Cortell *et al.* 1992: 109, fig. 17,13), otros dos en la tumba 22N de la necrópolis de El Poblado de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997: 227, fig. 8,5) y en Andalucía, en Baza (Presedo 1982: 79, fig. 47, 4 y 5) y en Castellones de Céal (Chapa *et al.* 1998: 92, fig. 38,5). Todas ellas con cronologías de la primera mitad del siglo IV a.C.

1b. *Extremos solapados y sección de hilos torsionados*

En Pozo Moro contamos con un pendiente de oro localizado en la tumba 4D3 (Fig. 22a, 1), cuyo paralelo más cercano se encuentra en Covalta (Ballester 1945: 330-31), en la sepultura 1 de la necrópolis de La Serreta (Cortell *et al.* 1992: 109, Lám. IV, 2), en un fragmento en plata procedente de la necrópolis de Orleyl (Lázaro *et al.* 1981: 27, fig. 12, 3), en la tumba 55 de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho con fecha de finales del siglo III a.C. (García Cano 1997b: 228, fig. 104,3) y en dos ejemplares de la tumba XVI de Castellones de Céal (Chapa *et al.* 1998: 64).

2. *De lámina calada en doble creciente o Tipo 8F de Perea*

Se encuentra un único ejemplar en la sepultura 4D6 de Pozo Moro (Fig. 25, 1).

Paralelos de esta pieza los encontramos en El Tesorico (Broncano *et al.* 1985: 173, fig. 62,1), en La Albufereta con cronologías del siglo IV a.C. (Rubio Gomis 1986: 361-62, figs. 33, 61 y 76) y en El Cigarralejo con cronologías del 400-350 a.C. para el ejemplar más similar al de Pozo Moro localizado en la tumba 309 (Cuadrado 1987: T-182, 185 y 309). Tanto La Albufereta como El Cigarralejo, se incluirían en un mismo taller, siendo el 8F el tipo exclusivo y característico de estos yacimientos (Perea 1991: 263). También hay un pendiente del tipo 8F en la tumba 35S de la necrópolis de la Senda en Coimbra del Barranco Ancho, fechado a mediados del siglo IV a.C. (García Cano 1997: 228, fig. 26S, 1), y otro en la tumba 415 de El Cabecico del

NECRÓPOLIS	Pendientes ORO	Pendientes Plata	Pendientes Bronce	Pendientes Cobre	Nº Tb con pendientes	Nº Total Tumbas	TOTAL
Llano Consolación	2	1			3	57	3
El Tesorico	2				2	8	2
Cabezo Lucero	1	5	2		7	100	8
Castellones	6				3	66	3
Cigarralejo	13	1	2	1	16	382	17
La Serreta	4	3			3	17	7
Coimbra	5	1			3	117	6
Pozo Moro	2	1			3	87	3
TOTAL	**35**	**12**	**4**	**1**	**40**	**834**	**49**

FIGURA 4.65: *Pendientes de metales preciosos en necrópolis del Sureste de la Península Ibérica.*

Tesoro (Inédito sala III, vitrina 4, Museo de Murcia). En forma de creciente se encuentran pendientes en Numancia (Lorrio 1997: 230, fig. 96, 3 y 5)

Consideraciones finales

Resulta significativa, y al mismo tiempo característica del área de estudio, la escasez de objetos de oro y plata catalogadas en la necrópolis de Pozo Moro. Sólo el 3,4% de las sepulturas contaban entre su ajuar con piezas realizadas en estos metales preciosos, porcentaje muy similar al de otras necrópolis ibéricas como El Cigarralejo con un 3,7% o Coimbra del Barranco Ancho con un 4,2% (Cuadrado 1987; García Cano 1997b), pero superior al de Cabecico del Tesoro con un 1,5%, La Albufereta, con un 2,2%, o Baza con un 1,1% (García Cano 1997b: 229). Dos pendientes de oro y uno de plata, distribuidos en tres tumbas, constituyen la totalidad de objetos suntuarios de Pozo Moro. De las tres tumbas, dos eran de riqueza media o media-baja y la tercera contenía un ajuar importante con armamento y cerámica de importación, y pertenecía a un individuo de sexo masculino.

Este tipo de elementos aparecen indistintamente en tumbas masculinas y femeninas. Así, en El Cigarralejo de las 13 tumbas con objetos de oro, la mitad pertenecían a mujeres y la otra mitad a hombres, quedando una de sexo indeterminado (García Cano 1997b, Cuadrado 1987). En Coimbra las cifras se sitúan en un 40 % para los hombres y un 60% para las mujeres, considerando en este caso los objetos de oro y plata (García Cano 1997b: 227).

El 4,8 % del total de tumbas de todas las necrópolis consideradas en el cuadro tenían entre su ajuar algún pendiente. La mayoría están realizados en oro (67,3%), seguido de los de plata con un 23 %, los de bronce (7,7 %) y los de cobre (1,9 %). El número de unidades que se encuentran en los cementerios del área levantina son considerablemente más numerosos que los del interior, así los yacimientos levantinos concentran el 77,5% del total. En este sentido, hay que tener en cuenta que las necrópolis del interior son de menores dimensiones, con menos cantidad de tumbas y esto haría que los porcentajes de objetos de metal precioso disminuyeran. Por otra parte, no se han podido incluir en el cuadro necrópolis como Hoya de Santa Ana o Los Villares por falta de información publicada sobre la totalidad de los ajuares. Todo ello hace que las conclusiones obtenidas a este respecto sean provisionales.

La cronología se centra en el siglo IV a.C. como ocurre en el Cigarralejo y en buena parte de los casos de Coimbra del Barranco Ancho (Cuadrado 1987 y García Cano 1997b).

La escasez del número de objetos de oro y plata recuperados en contexto funerario y el hecho de que las que se conocen correspondan a objetos de adorno personal, puede interpretarse, como proponen Teresa Chapa y Juan Pereira (1991a: 30) como que los objetos de oro formaban parte de la indumentaria del difunto en el momento de la cremación. El oro se reservaría para ser heredado a las siguientes generaciones y por tanto no se amortizaría en las tumbas (Nicolini 1990: 621; Chapa y Pereira 1991a).

Brazaletes

Contamos con dos brazaletes muy fragmentados encontrados en las tumbas 3F3 (Fig. 9a, 2) y 3F8 (Fig. 13,3).

Fragmentos de hilo de bronce de sección circular o cuadrada se localizaron en las sepulturas 1, 9, 11 y 13 de La Serreta (Cortell *et al.* 1992: 109), en la tumba 1 de El Tesorico (Broncano *et al.* 1985: 172, fig. 11, 2-13), en la incineración 37 de El Puntal de Salinas (Sala 1998: 245, fig. 31,8) y en la necrópolis de Orleyl (Lázaro *et al.* 1981: 24-31), en los dos últimos yacimientos realizados en plata. En 17 tumbas de la necrópolis del Llano de la Consolación se identificaron fragmentos de posibles brazaletes (Valenciano 2000: 236). En El Cigarralejo son escasos los ejemplos de brazaletes, casi siempre de bronce de sección circular algo más gruesos que los de Pozo Moro y con los extremos abiertos y terminados en decoración moldurada (Cuadrado 1987: 97, fig. 51, 39; 93, 6; 214, 1).

Colgantes

En la tumba 4C3 (Fig. 19,2) se encontró un colgante de bronce de forma peduncular que encuentra un paralelo muy cercano en la necrópolis de Chera (Lorrio 1997: 226, fig. 95A,4).

Cuentas de collar

De pasta vítrea

La presencia de cuentas de pasta vítrea es muy frecuente en los yacimientos del Levante y Sureste peninsular con un marco cronológico amplio, aunque es en el siglo IV a.C. cuando aparecen con más profusión (García Cano 1997b: 258).

En la tumba 3F10 se encontraron 3 cuentas de pasta vítrea (Fig. 14,3), junto con una figurilla de bronce de un cuadrúpedo y un caracol que en conjunto, posiblemente formaban parte de un collar. Tenemos dos tipos de cuenta, dos de ellas, de color azul, son anulares simples de sección circular y la otra es una cuenta circular con decoración de ojos. De las primeras tenemos ejemplos en el Llano de la Consolación, Los Villares, Corral de Saus, El Puntal de Salinas, El Cigarralejo, Coimbra del Barranco Ancho o Los Nietos.

Cuentas de ojos se encuentran en Hoya de Santa Ana, necrópolis de El Poblado de Coimbra del Barranco Ancho, El Cigarralejo, La Serreta o El Puntal de Salinas entre otros.

En la Meseta se documentan cuentas de pasta vítrea de ambos tipos en la necrópolis de Carratiermes, Riba de Saelices y Atienza (Lorrio 1997: 226).

De plata

En la tumba 4C5 (Fig. 20,5) apareció una cuenta de *plata* hueca, de forma octogonal, de la que no se ha podido obtener ningún paralelo. Según los análisis antropológicos realizados por Reverte (1985), se trata de una tumba doble de una mujer y un niño, lo que viene a corroborar la idea de que la mayoría de las tumbas con cuentas entre su ajuar pertenecen a individuos femeninos.

Anillos

En Pozo Moro hay tres anillos de bronce, uno de chatón decorado y dos de anillo simple (Figs. 18,4 y 20,4). De estos últimos contamos con numerosos ejemplos en necrópolis ibéricas como El Tesorico, Llano de la Consolación, El Cigarralejo, La Serreta, Los Nietos, o Cabezo Lucero entre otros.

Del ejemplar con chatón de la tumba 3F3 (Fig. 9a,3) se encuentran paralelos en las necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho fechados en el siglo IV a.C. (García Cano 1997b: 228, fig. 35S,9; 34, 4 y 8; 39S,8) también están presentes en la Albufereta (Rubio Gomis 1986, fig. 33 y 123), en las sepulturas 9, 11 y 15 de La Serreta (Cortell *et al.* 1992: 109, fig. 17, 10-12), en las incineraciones 15 y 24 de la necrópolis de El Puntal de Salinas (Sala y Hernández 1998: 233, figs. 15,17 y 21,5), realizados en plata, bronce y hierro en Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993: 133) y en El Cigarralejo (Cuadrado 1987: 261, T-122, 123, 145).

Figuritas

En la tumba 3F10 (Fig. 14,1) junto a tres cuentas de pasta vítrea, un anillo de fíbula anular y tres fusayolas, apareció una figurita de cuadrúpedo apoyada en una peana rectangular, realizada en bronce, que pudo formar parte de un collar aunque la existencia de la peana hace pensar en otro uso. No hemos encontrado paralelos en ninguna de las necrópolis ibéricas publicadas, aunque quizá podría tratarse de un exvoto reutilizado en un contexto funerario. Se conocen varios ejemplos de équidos realizados en arcilla o en metal de distintos contextos prerromanos peninsulares (Quesada y Zamora 2003). De ellos sólo uno se apoya en una peana y se identifica como una tapadera de un recipiente cerámico de la necrópolis de Aguilar de Anguita (Blanco 2003: fig. 4,1).

Agujas

Contamos con una única pieza realizada en bronce de sección circular y decoración moldurada en el tercio superior en la tumba 6E3 (Fig. 59a, 2). En la tumba 200 de El Cigarralejo fechada en el 425-375 a.C., se documenta una pieza similar aunque la decoración en este caso es de flor de adormidera (Cuadrado 1987: 355, fig. 149,35).

Pinzas

Las 4 unidades de Pozo Moro provienen de 3 tumbas y de un hallazgo aislado. Se trata de chapitas de bronce dobladas por el centro dejando un hueco en el doblez para la anilla de suspensión que no se ha conservado en ninguno de los casos. Las dimensiones oscilan entre los 4,2 y los 8,5 cm. de longitud.

Contamos con tres tipos de pinzas, la de bordes paralelos (Tumba 4D6, Fig. 25,3), bordes trapezoidales, es decir que decrecen de abajo a arriba (Fig. 64,1) y la de estrangulamiento en la parte superior al desarrollo de cada brazo (Tumbas 3E3, fig. 6b,5 y 8E2, fig. 65,3).

Los paralelos de las pinzas de la tumba 4C3 se encuentran en las sepulturas 8S y 44S de La Senda (Coimbra del Barranco Ancho) con fechas del s. IV a.C. (García Cano 1997b), en El Cigarralejo (Cuadrado 1987) y en la tumba 183 de Cabecico del Tesoro.

Las pinzas de depilar son elementos bastante frecuentes en los ajuares funerarios del Sureste peninsular, aunque escasos en número de ejemplares, así encontramos 6 realizados en bronce y en hierro en el Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 236). De ellos, las pinzas de la tumba 41 (Valenciano 2000: 115, fig. 16,3555) encuentran claras semejanzas con las de la sepultura 8E2 de Pozo Moro (Fig. 65,3). De las 4 piezas de la necrópolis de la Senda, dos presentan parecidos con la de la 8E2 de Pozo Moro, aunque son más elaboradas al tener decoración de molduras en la parte superior. Se fechan en el 375-350 a.C. (García Cano 1997b: 242-43, figs. 6S, 6 y 23S,3). En Los Villares y Hoya de Santa Ana hay dos ejemplares sin decoración (Blánquez 1990a: 237 y 292), y en Corral de Saus otras 5 unidades (Izquierdo 2000: 239, fig. 125, 34-38). También están documentadas en la necrópolis de Orleyl con decoración incisa en las paletas (Lázaro *et al.* 1981: 29, fig. 12, 10-12). En El Cigarralejo se documentan en 7 tumbas, realizadas en bronce, cobre o hierro, con decoración calada en su mayoría y fechadas entre el 400 y el 325 a.C. (Cuadrado 1987). Cuatro deposiciones de Cabecico del Tesoro y otras 6 de Los Nietos contaban con pinzas entre sus ajuares, con fechas del siglo IV a.C. (García Cano 1997b: 243). En la sepultura 11 de La Serreta hay unas pinzas con decoración calada muy elaborada, que conservan la anilla de sujeción (Cortell *et al.* 1992: 11, fig. 17, 4). En Cabezo Lucero cuentan con 7 pinzas simples de forma rectangular o trapezoidal con perfil recto o dentado y sin decoración en las paletas como ocurre en las de Pozo Moro. En los casos en los que se ha podido precisar la cronología ésta se encuentra entre el 425 y el 350 (Aranegui *et al.* 1993: 134).

En la Meseta son frecuentes las pinzas tanto en las tumbas con armas como en aquellas integradas por objetos de adorno. Se trata de piezas con decoración troquelada como en Atienza o Almaluez, o de tipo calado, ambos de procedencia ibérica, del que se tiene constancia en la ciudad de Numancia. Las cronologías de estas piezas van desde finales del siglo V a.C. a finales del III a.C. (Lorrio 1997: 232-33).

Sólo contamos con datos antropológicos de la tumba 8E2 de Pozo Moro, perteneciente a un niño menor de un año (Reverte 1985). Las pinzas de la tumba 25 de la necrópolis de El Puntal de Salinas se asocian también a un individuo infantil (Sala 1998: 235-36, fig. 22,5).

Consideraciones finales

De los 13 objetos de adorno contabilizados en Pozo Moro, 2 estaban realizados en oro (15,3%), otros dos en plata (15,3%) y 8 en bronce (61,5%).

Los 14 objetos de adorno documentados, se distribuyen en 9 tumbas, lo que supone que el 10,3% de sepulturas de Pozo Moro tenía entre su ajuar algún adorno personal y sólo el 3,4% era de oro o plata.

Adornos	**Oro**	**Plata**	**Bronce**	**P.Vítrea**
Pendientes	2 (4D6,4D3)	1 (6E3)		
Brazalete			2 (3F3,3F8)	
Colgante			1 (4C3)	
Cuentas		1 (4C5)		3 (3F10)
Anillo			3 (3F3,4C1,4C5)	
Aguja			1 (6E3)	
Figurita			1 (3F10)	
Pinzas			4 (4D6,3E3,8E2)	
TOTAL	2	2	12	3 = 19

FIGURA 4.66: *Cuadro resumen de objetos de adorno y uso personal.*

El 7,6% de las tumbas en Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b: 227) y el 6% en Cabezo Lucero (elaborado con datos de Aranegui *et al.* 1993) tenían alguna joya [48] en su ajuar, lo que supone porcentajes bastante superiores a los de Pozo Moro.

Al correlacionar la presencia de metales preciosos en una tumba con la importancia del ajuar, observamos como el 75% son sepulturas medianas o ricas con entre 7 y 17 objetos de ajuar, así dos de ellas, la 3F3 y la 4D3, son de las tumbas más ricas de Pozo Moro con 13 y 17 objetos respectivamente. En Coimbra del Barranco Ancho, todas las sepulturas que contaban con piezas de oro tenían un ajuar relevante, siendo casi todas las más ricas del cementerio. Sin embargo las deposiciones con objetos de plata no tienen ajuares tan ricos (García Cano 1997b: 227).

Sólo contamos con datos antropológicos de dos tumbas que fueron consideradas de individuos de unos 40 años, de sexo masculino (Reverte 1985). En cuanto al tipo de estructura que se vincula a los objetos de adorno, cabe destacar que el 57,1% se asocia a túmulos de piedra o/y adobe y el 42,8% son *loculi* con restos de piedra o adobe que probablemente pertenecieron a túmulos desaparecidos como consecuencia de la superposición y erosión de las tumbas con el paso del tiempo. En lo que se refiere a la ubicación en el espacio funerario, las piezas se concentran en 4 cuadrículas, la 3F, 4D, 4C y 6E. Los dos pendientes de oro se encontraron en tumbas situadas en la misma cuadrícula.

[48] Entendemos por joya en este caso aquellos objetos de adorno personal realizados en oro o plata.

5. LA NECRÓPOLIS TARDORROMANA (S. IV-V d.C.)

5.1. Introducción

La necrópolis de Pozo Moro estuvo en uso de forma prácticamente ininterrumpida, a lo largo de 800 años, acogiendo tres periodos culturales diferenciados, el Orientalizante, ejemplificado en el monumento turriforme fechado por su ajuar en torno al 500 a.C. (Almagro Gorbea 1976, 1983b), el ibérico-romano, representado por la necrópolis ibérica de cremación con cronología desde comienzos del siglo V a.C. al siglo II d.C. (Almagro Gorbea 1976, 1983b, Alcalá-Zamora 2000a) y el tardorromano, consistente en enterramientos de inhumación asentados sobre los monumentos precedentes y con fechas del siglo IV-V d.C. De esta última fase nos ocuparemos a continuación, analizando las estructuras, los ajuares y el ritual funerario que ha dejado huellas en el registro arqueológico.

5.2. Contexto histórico

La presencia romana en Albacete se constata por primera vez a finales del siglo III a.C., como consecuencia del paso por el llamado Camino de Aníbal que atravesaba las tierras Albacetenses en dirección a Cástulo, de los ejércitos romanos y de las tropas bárquidas en la Segunda Guerra Púnica. La importancia de Albacete en este momento radica en su situación geográfica, que hace que se desarrolle una importante red viaria ya desde época prerromana. Así, para trasladarse de las ciudades levantinas a la Bética, desde la Bética al valle del Ebro, o desde los centros mineros de Cástulo o *Carthago Nova* a la Meseta, había que cruzar necesariamente tierras albaceteñas.

A pesar de la importancia de esta zona como lugar de paso, apenas tenemos información arqueológica de los lugares de asentamiento. Conocemos algunos yacimientos ubicados al amparo de las vías de comunicación, junto a pequeñas lagunas o puntos de agua que permitieran el desarrollo agrícola. En los Llanos se produjo una cierta concentración de población en villas, como la de Los Torreones, Santa Ana de Abajo o El Acequión, cercanas a las lagunas del Salobral, el Acequión o los Ojos de San Jorge.

Es de las necrópolis de las que tenemos más información, procedente de yacimientos de adscripción ibero romana como La Cueva, Los Hitos, Mahora, Tolmo de Minateda, Hoya de Santa Ana o Casa del Alcaide y en mucha menor medida de necrópolis más tardías (Roldán Gómez 1987, 1995, Sanz Gamo 1991 y 1997; Gamo Parra 1998). La cremación del cadáver se atestigua hasta el siglo I d.C. Este se deposita en hoyos simples, aunque también se ha documentado el uso de adobes para cubrir la tumba en La Torrecica (Sánchez Jiménez 1953) o en Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990a). Se constata la presencia de monumentos funerarios en época tardoibérica en El Tolmo de Minateda o la tumba «O» de Hoya de Santa Ana, que mantienen tradiciones más antiguas (Sanz Gamo 1997: 281).

A lo largo del siglo V y VI d.C., se asiste a la desintegración de la organización política y económica del mundo romano, produciéndose una decadencia de los antiguos municipios romanos, y un desarrollo de los núcleos rurales, reocupándose también lugares deshabitados desde época ibérica (Sanz Gamo 1991: 56).

El periodo comprendido entre los siglos V y VIII d.C., conocido por la historiografía como «siglos oscuros», se caracterizó por profundas convulsiones políticas, consecuencia de las incursiones de pueblos godos, que desde el siglo IV afectaban a la Península Ibérica. La constitución del Reino Visigodo en el siglo VI d.C. y la llegada de ejércitos bizantinos a mediados de este siglo al Sureste peninsular, supusieron el inicio de una serie de enfrentamientos bélicos, que afectaron profundamente a los territorios albaceteños, ya que algunos de los episodios más significativos de la ofensiva antibizantina del

rey visigodo Leovigildo tendrán como escenario la región de Oróspeda, situada en las proximidades de la Sierra de Segura. Las evidencias materiales de esta época son escasas y poco conocidas. El rito funerario típico de las poblaciones ya cristianizadas de los siglos VI y VII d.C., consiste en inhumaciones en fosas excavadas en la tierra o en el interior de cistas de piedra orientadas en dirección NE-SO, de forma que el difunto mirara al sol naciente, como era costumbre desde el Bajo Imperio. Antes de cubrir la fosa, los deudos depositaban una pequeña ofrenda funeraria, herencia quizá de los antiguos ritos paganos, consistente, por lo general, en un pequeño recipiente cerámico, casi siempre una lucerna, o una jarrita o botella, destinada a contener aceites o ungüentos.

La islamización de las tierras albaceteñas se produce poco después de la llegada de los musulmanes a la Península Ibérica a principios del siglo VIII, quedando Albacete vinculado al territorio del *Tudmïr*, que incluía parte de Alicante, Murcia y el Sureste de Albacete. La ciudad de Albacete, no debió ser un núcleo significativo hasta bien entrado el siglo XI. Con anterioridad a esta fecha debió ser una pequeña alquería situada en los llanos, probablemente la actual Chinchilla, importante ciudad de la Cora de *Tudmïr*, según el geógrafo árabe *Al-Udrí*. El desarrollo de esta pequeña alquería debe vincularse a su estratégica situación en las vías que atravesaban la zona desde época romana (Sanz Gamo 1991: 53-58).

5.3. Descripción de tumbas y ajuares

En el yacimiento se han exhumado 13 tumbas de inhumación pertenecientes todas ellas a la fase tardorromana del cementerio. También se incluyen dos cuencos considerados como hallazgos aislados, ya que no se encontraron restos óseos asociados a ellos, ni estructura alguna que los acompañara, pero que en el momento de la excavación se les asignó denominación de tumba, 3Einh.1 y 3Dinh.2.

2Finh. 1:

Estructura:

Parcialmente excavada. Piedras formando un semicírculo que delimita un hoyo donde se introduce un individuo del que solo se han excavado las piernas, mientras el resto quedaría por debajo del testigo Oeste de la cuadrícula 2F. El cuerpo se orienta en sentido W-E.

Ajuar:

Sin ajuar.

3Dinh.1:

Estructura:

No hay restos de estructura visibles, pero debió tener un ataúd de madera ya que se recuperó un clavo de hierro que pudo servir para ensamblar las tablas. El cuerpo está orientado NW-SE.

La jarra se colocó a los pies del difunto.

Ajuar:

1) Cuenco con estrechamiento en el cuello, labio exvasado y engrosado y pie plano.

Dimensiones:

H: 6,9 cm.; Dboca: 10,6 cm.; Dpie: 4,1 cm.

2) Jarra de borde recto y labio redondeado y exvasado, dos asas de sección circular que arrancan del borde y terminan en el inicio del cuerpo globular. Pie anular, bajo y plano.

Dimensiones: H: 10,3 cm.; Dboca: 3,6 cm.; Dmx: 8,4 cm.; Dpie: 3,5 cm ; s.asa: 0,8 cm.

3) Clavo de hierro de sección rectangular.

Dimensiones: Lg.total: 6,9 cm.; Dcabeza: 1,5 cm.; s: 0,5 cm.

3Dinh.2:

Hallazgo aislado.

En la mitad Este de la cuadrícula 3D, a 1,4 m. del testigo Este y 2,43 del Sur, y a 0,5 m. de profundidad aparece un cuenco fragmentado sin restos óseos ni objeto alguno que lo acompañe [1].

1) Cuenco carenado, borde exvasado y labio recto, cuerpo bitroncocónico y pie plano.

Dimensiones: H: 6,2 cm. ; Dboca: 6,3 cm. ; Dmx: 7,2 cm. ; Dpie: 2,7 cm.

3Einh.1:

Hallazgo aislado.

En el ángulo SW de la cuadrícula 3E y a 1,10 m. de profundidad, aparece un cuenco sin restos de huesos en su interior [2].

1) Cuenco carenado, de borde exvasado y labio biselado, perfil en ese y pie plano.

Dimensiones: H: 5,1 cm. ; Dboca: 5,2 cm. ; Dmx: 5,8 cm.; Dpie: 2,9 cm.

4Dinh.1:

Estructura:

Enterramiento infantil cubierto con dos *tegulae* que se asienta sobre el lado Sur del túmulo 4Cinc.5 que le sirve de base. La estructura tumular está orientada en sentido NW-SE, pero el cuerpo se desvía con respecto a ella y sigue una orientación W-E.

Ajuar:

1) Cuenco carenado en el arranque del cuerpo, boca ancha, borde recto y labio redondeado. Pie bajo con doble umbo al exterior.

Dimensiones: H: 4,6 cm.; Dboca: 8 cm.; Dpie: 3,5 cm.

---

[1] Esta información se ha extraído del diario de campo escrito por Samuel de los Santos en Octubre de 1971.

[2] Vid. nota 1 *supra*.

4Dinh.2:

Estructura:

Restos de una inhumación, de cuya estructura sólo se conserva un arco de piedras de tamaño medio, probablemente procedentes del túmulo 4C incineración 1 sobre el que se asienta la inhumación orientada en dirección NW-SE. Es probable que el cuerpo estuviera dentro de un ataúd de madera desaparecido, del que se han conservado cuatro clavos de hierro que sirvieron de herrajes y el arco de piedras usadas para reforzar y entibar la caja dentro del hoyo.

Ajuar:

1) Plato hondo con borde reentrante moldurado a modo de uña, cuerpo inclinado y fondo plano.

Dimensiones: H: 2,2 cm.; Dboca: 10 cm.; Dpie: 7,6 cm.

2) Clavos de hierro, dos completos y dos incompletos de sección cuadrangular o rectangular.

Dimensiones: Lg: 9,8 cm., 7,7 cm., 3,3 cm., 5,5 cm.; Dcabeza: 1,2 cm., 1,3 cm.; s: 0,5 cm., 0,4 cm., 0,7 cm., 0,6 cm.

4Dinh.3:

Estructura:

Restos de una inhumación, posiblemente de un niño, ubicada en la esquina NW de la cuadrícula 4D y orientado al Oeste. Se conservan algunos de los huesos largos de las extremidades y en el extremo Sur tres piedras que protegen un cuenco cerámico. La estructura debió consistir en un ataúd de madera del que sólo se han conservado restos de clavos. Los escasos restos conservados se orientan NW-SE.

Ajuar:

El cuenco se encuentra a los pies. Cerca de la cabeza y de los pies aparecieron restos de clavos de hierro.

1) Cuenco carenado con molduras en el arranque del cuerpo, borde exvasado y labio redondeado, pie indicado y plano.

Dimensiones: H: 4,9 cm.; Dboca: 9,8 cm.; Dpie: 3,9 cm.

4Einh.1:

Estructura:

Inhumación que se apoya en el relleno de piedra del Monumento, perteneciente probablemente a un individuo infantil o juvenil a juzgar por el tamaño de los huesos, con la cabeza inclinada hacía la izquierda y los brazos paralelos al cuerpo. La tumba debió consistir en un simple hoyo excavado en la esquina SW del Monumento y tapado por tejas de las que sólo se encontraron las que cubrían las piernas. La tumba sigue la orientación NW-SE.

El cuenco se coloca sobre el corazón.

Ajuar:

1) Cuenco hemiesférico, de borde recto y pie plano.

Dimensiones: H: 4,4 cm.; Dboca:10,5 cm.; Dpie: 5,6 cm.

4Ginh.1:

Estructura:

Inhumación parcialmente excavada, ubicada en la esquina SW de la cuadrícula 4G, que consiste en un hoyo excavado por debajo del túmulo 4Ginc.4, rompiendo su lado Sur en el proceso. En la zona donde se encuentra el cráneo y el fémur izquierdo se documentó una pequeña acumulación de piedras posiblemente consecuencia de la remoción del túmulo que está por encima y que se rompió para realizar la inhumación. La presencia de clavos en la tumba podría indicar la utilización de un ataúd de madera desaparecido para la colocación del difunto. Los clavos se localizaron a ambos lados del cráneo. El cuerpo se orienta en sentido N-S.

Ajuar:

1) Cuenco hemiesférico de pasta naranja, con borde recto y pie indicado biselado y plano.

Dimensiones: H: 5,1 cm.; Dboca: 8,7 cm.; Dpie: 3,4 cm.

2) Dos clavos de hierro incompletos de sección circular.

Dimensiones: Lg: 4,7 cm., 5,2 cm.; s: 0,6 cm., 1 cm.

4Hinh.1:

Estructura:

Restos de una inhumación de la que sólo se conserva el cráneo, situado en el lado Oeste de la cuadrícula 4H. Se trata de un simple hoyo que rompe los estratos más antiguos de la necrópolis y se asienta sobre el nivel en el que se construyó el Monumento. A juzgar por la colocación del cráneo y de la urna, parece que la orientación de la tumba sería N-S.

Ajuar:

1) Urna de borde exvasado y labio engrosado y redondeado, cuello marcado y cuerpo globular. Pie indicado y plano.

Dimensiones: H: 9,4 cm. ; Dboca: 8,6 cm. ; Dcuello: 7,4 cm. ; Dpie: 4 cm.

4Hinh.2:

Estructura:

Parcialmente excavada, ya que al Sur limita con el perfil Sur de la cuadrícula 4H. Hoyo rectangular sobre el que se deposita al difunto con la cabeza apoyada en una piedra plana a modo de almohada. Los brazos están flexionados sobre el pecho. Orientación del cuerpo N-S.

El cuenco se deposita a la altura de los brazos y en el lado derecho del cuerpo.

Ajuar:

1) Cuenco de pasta gris y desgrasante grueso alto de boca abierta y borde exvasado, estrechamiento en

el tercio inferior marcando el pie indicado, plano y umbilicado al interior.

Dimensiones: H: 6,5 cm.; Dboca: 7,6 cm.; Dmx: 7,8 cm.; Dpie: 3,4 cm.

5Dinh.1:

Estructura:

Inhumación situada en el lado Sur de la cuadrícula 5D. A ambos lados del cuerpo y al lado de la cabeza hay piedras usadas para reforzar y entibar el ataúd de madera, que al desaparecer provocaría la colocación de las piedras a modo de delimitación de los restos óseos. El cuerpo se orienta en sentido NW-SE.

Ajuar:

1) Restos de clavos de hierro [3].

2) Cuenta plana de hueso con un agujero en el centro de 2 mm. de diámetro.

Dimensiones: Dmx: 1,1 cm.; a: 0,4 cm.

5Dinh.2:

Estructura:

El esqueleto se apoya en la cara externa del sillar 5D-4, que forma parte de la esquina Sureste del túmulo 5Einc.1. El individuo inhumado mantiene la orientación del túmulo con la cabeza hacía el NW y los pies al SE.

El ajuar se depositó encima del sillar 5D-4, a la altura del cuello del difunto.

Ajuar:

1) Lucerna de pasta blanquecina con asa geminada, cuerpo con disco circular provista de orificio de alimentación centrado y piqueta redondeada.

Dimensiones: L: 7 cm.; Amx: 5,3 cm.; D.orificio alimentación: 1,9 cm.; D.piqueta: 1,2 cm.; L.asa: 3,6 cm.; a.asa: 1,4 cm.

2) Botella de pasta naranja, con asa geminada de sección semicircular, boca ancha moldurada y exvasada, cuello estrangulado, cuerpo ovoide y pie indicado anular y umbilicado.

Dimensiones: H: 10,8 cm.; Dboca: 3,4 cm.; Dmx: 8 cm.; Dpie: 3,9 cm.; Lg.asa: 4,5 cm.; a.asa: 1,4 cm.

3) Cuenco tosco de boca abierta, cuerpo inclinado y labio reentrante, pie indicado y fondo umbilicado al exterior y al interior.

Dimensiones: H: 5,2 cm.; Dboca: 11,3 cm.; Dpie: 6,7 cm.

4) Cuenco carenado, con boca ancha y labio biselado, pie plano y fondo umbilicado.

Dimensiones: H: 5,6 cm. ; Dboca: 7,4 cm. ; Dmx: 7,8 cm. ; Dpie: 3,7 cm.

5Einh.1:

Estructura:

Fosa rectangular con los bordes redondeados, excavada a dos niveles. A juzgar por la presencia de clavos a ambos lados de los pies y a la altura de los hombros [4], cabe suponer que el cuerpo se introdujo en una caja de madera que se encajaría en el segundo escalón de la fosa, para después cubrirlo con tierra y piedras calizas de mediano tamaño, colocándose sobre ellas tres hiladas de *tegulae* sobrepuestas y apoyadas sobre el borde externo de la fosa en su lado Oeste y en el sillar 5D-3 del túmulo 5Einc.1 en el Este. El difunto se colocó pegado a la cara externa del sillar, con la cabeza mirando al NW y los pies al SE.

La botella del ajuar se depositó a los pies del difunto y el plato a la altura de las caderas y en el lado izquierdo del cuerpo. A la altura de los hombros y de los pies quedaron restos de clavos de hierro que debieron formar parte del ataúd de madera que contenía el cuerpo del fallecido y que desapareció con el paso del tiempo.

Ajuar:

1) Botella de pasta anaranjada con asa geminada de sección semicircular, boca moldurada y exvasada, cuello estrangulado del que parte el asa, cuerpo globular y pie indicado anular y plano.

Dimensiones: H: 8,2 cm. ; Dboca: 2,5 cm. ; Dmx: 5,9 cm. ; Dpie: 3,2 cm. ; a.asa: 0,8 cm.

2) Mortero de *terra sigillata* clara D y forma 91 de Hayes (1972) de producción africana (África proconsular, área de Túnez) con decoración a ruedecilla en el fondo interno, cuyo periodo de producción global se sitúa entre finales del siglo IV-principios del siglo V d.C. a la primera mitad del siglo VII d.C. Para esta pieza en concreto se propone una cronología de finales del siglo IV, mediados del siglo V d.C. (480-530 d.C.) con paralelos en Conimbriga y Sperlonga (Atlante 1981: 105, tav. XLVIII, 14).

Dimensiones: H: 3,5 cm.; Dboca: 11 cm.; D.ala: 12,1 cm.; Dpie: 3,5 cm.

3) Clavos de hierro

Dimensiones: Lg. conserv: 5,1 cm., 3,9 cm. ; s: 0,9 cm., 0,9 cm.

6Einh.1:

Estructura:

Alineación de piedras formando una delimitación rectangular con la cabecera redondeada, documentada parcialmente ya que prosigue bajo los testigo Oeste y Sur de la cuadrícula 6E sin excavar. El difunto se orienta NW-SE, aunque algo desplazado con respecto a otras inhumaciones del entorno que siguen claramente la orientación general del cementerio.

Ajuar:

No se han documentado objetos de ajuar.

[3] Desaparecidos el 4 de julio de 1975.

[4] De los 4 clavos de hierro de los que queda constancia en los dibujos y fichas de campo solo se han dibujado 2, ya que el resto debieron desaparecer de antiguo.

5.4. Estudio de estructuras funerarias

Las inhumaciones de Pozo Moro son todas en hoyo, y dentro de estas se encuentran dos tipos, con ataúd o sin ataúd con dos subtipos cada uno, que describimos a continuación.

1. *Fosas*

Las estructuras de las tumbas tardorromanas de Pozo Moro, son simples hoyos rectangulares excavados en los niveles arqueológicos anteriores, en los que se depositaron el ajuar y el difunto.

Las dimensiones de las fosas en Pozo Moro son difíciles de precisar, ya que carecemos de datos del momento de la excavación. Sólo contamos con información parcial de 5 fosas, todas ellas presentan dimensiones muy homogéneas que van de los 60 a los 66 cm. de ancho y de 1,94 a 2 metros de largo. En esta categoría se incluyen las inhumaciones 4H2 y 5D2 (Fig. 5.7 y 5.8; 5.11).

En la necrópolis de Fuente de Baños (Cuenca) se identificaron tres tamaños de fosas, correspondientes a individuos masculinos adultos, con dimensiones de entre 1,80 y 2 metros de largo por 50-80 cm. de ancho, un segundo grupo de adolescentes y mujeres con dimensiones de 1,30 y 1,50 metros y un tercer grupo vinculado a individuos infantiles, de entre 80 y 90 cm. de largo y 25 ó 30 cm. de ancho (Fuentes 1989).

a) Con ataúd

Dentro de esta categoría se incluyen 5 tumbas, de ellas 4 se incluyen en la variante en fosa y en la quinta el ataúd se introduce en la fosa y después se cubre con tejas.

a1) En fosa

De ellos sólo se han conservado algunos de los clavos de hierro que debieron servir para unir los tablones de madera que constituían el armazón de la caja, desaparecido como consecuencia de su condición orgánica, y las piedras para entibarlos. Las tumbas incluidas en esta categoría son la 3Dinh.1 (fig. 5.4), 4Dinh.2 (fig. 5.4), 4Ginh.1 (fig. 5.66), 5Dinh.1 (fig. 5.7).

a2) Con cubierta de tegulae

La presencia de clavos en la fosa de la tumba 5Einh.1 nos hace pensar en la existencia de un ataúd que luego se recubrió con *tegulae* (Fig. 5.9 y 5.11).

b) Sin ataúd

b1) Con refuerzo de piedras

La sepultura 6E1 es una fosa ovalada delimitada en todo el contorno excavado por piedras de mediano tamaño que podrían corresponder bien al entibado de un ataúd o a una marcación del cadáver introducido en una simple fosa (Fig. 5.9 y 5.11).

b2) Con cubierta de tegulae

En esta categoría se incluyen, una inhumación infantil en la tumba 4Dinh.1 (Fig. 5.4 y 5.11) y la 4Einh1 (fig. 5.5). En la necrópolis de San Miguel del Arroyo (Valladolid), la presencia de *tegulae* en las tumbas se asocia con los enterramientos infantiles (Caballero 1974).

El 100% de las inhumaciones documentadas son fosas, y dentro de ellas, en el 38,5% de los casos, el cadáver se depositó en un ataúd y en el 53,8% directamente sobre la fosa, con refuerzo de piedras o con cubierta de *tegulae*.

No descartamos la posibilidad de que algunas de las sepulturas que hemos considerado que no tenían ataúd, lo tuvieran en el momento del enterramiento, pero que no se hayan conservado por ser los elementos de unión también de material orgánico y por tanto no dejar huella alguna en el registro arqueológico. El enterramiento en ataúd esta presente en necrópolis de la Meseta como la hispano-visigoda de Segobriga en la provincia de Cuenca, en la que los difuntos se enterraron con la cabeza mirando al Oeste, en ataúdes de madera, juntando sus piezas con clavos de hierro que suelen ser el único ajuar de las tumbas (Almagro Basch 1975), y la de El Carpio en Toledo que comparte características similares (Ripoll 1985). En las necrópolis tardorromanas del Duero es frecuente el uso de ataúdes de madera. Así, entre el 33 y el 50% de los enterramientos de esta época en la Meseta eran de este tipo (Fuentes 1989: 251).

En la necrópolis tardorromana de Tarragona se identificaron 16 tipos de tumbas, de las cuales las de ataúd y las de fosa cubierta con *tegulae* planas, son las antiguas, y se fechan entre fines del siglo III y mitad del siglo IV a.C. (Del Amo 1979).

5.5. Rito y ajuar

El ritual utilizado en todos los casos constatados es el de la inhumación, característico de la Península Ibérica desde el siglo III d.C., pero presente ya desde al menos finales del siglo II. El tipo de enterramiento vinculado a este nuevo ritual es el sarcófago tanto de plomo como de madera, junto a la cubierta de *tegulae*. El tránsito de la cremación a la inhumación, probablemente se produjo en el seno de los grupos sociales más elevados, que se enterrarían en sarcófagos de piedra o plomo, mientras que los enterramientos más modestos, o los de las necrópolis rurales, imitarían esas estructuras con un tipo menos costoso, como sería el ataúd de madera y con otras formas de enterramiento que continúan la tradición tipológica altoimperial como es el caso de la fosa cubierta con *tegulae* (Fuentes 1989: 278).

Todas las tumbas documentadas en Pozo Moro son individuales, lo que resulta extraño en época tardorromana y medieval, cuando es muy frecuente la reutili-

zación de las tumbas que acogen varios individuos, casi siempre miembros de una misma familia (Carmona 1997) como ocurre en la necrópolis de Almodovar del Pinar (Almagro Gorbea 1970) o en la de El Carpio (Ripoll 1985).

El ritual funerario en época tardorromana debió estar constituido por un elaborado funeral que comenzaría con la muerte del difunto, el velatorio, la preparación del cuerpo, el traslado al cementerio, la construcción de la tumba y las visitas posteriores para honrar a los muertos en días clave. De todo este proceso, apenas nos ha quedado información, por lo que tenemos que acudir a las fuentes de épocas inmediatamente anteriores y posteriores para llegar a intuir como sería el ritual de la época tardorromana. Estamos en un momento de transición, en el que se produce un sincretismo de creencias, ritos y cultura material que se refleja en la variabilidad de manifestaciones funerarias.

El cuerpo debió cubrirse con prendas ligeras de tela de las que no han quedado rastros en Pozo Moro pero sí en otros yacimientos como en la necrópolis de El Carpio en Toledo (Ripoll 1985) o la de El Ruedo en Almedinilla, Córdoba, con cronologías desde finales del siglo III d.C. hasta el siglo VII d.C., donde se identificaron restos de tela de lienzo de fabricación local y elaboración rústica, pertenecientes a la mortaja del difunto, adheridos a brazaletes de hierro (Carmona 1997: 184). En las necrópolis del Duero, era costumbre amortajar a los muertos con sus vestidos, quedando de ellos exclusivamente los elementos metálicos como los broches, botones o clavos del calzado. La presencia de estos elementos en las tumbas es habitual en conjuntos fechados entre la segunda mitad del siglo IV y la mitad del siglo V d.C. (Fuentes 1989), pero están totalmente ausentes en Pozo Moro, lo que indicaría la variabilidad regional de los rituales en función de las tradiciones locales.

Los esqueletos de las inhumaciones de Pozo Moro aparecen con el cuerpo extendido boca arriba en decúbito supino. Los brazos pueden estar colocados de tres formas diferentes: estirados a lo largo del cuerpo (4D1, 4E1, 4G1, 5D1, 5E1 y 6E1), cruzados sobre el pecho (4H2) o con el brazo izquierdo estirado a lo largo del cuerpo y el derecho sobre la pelvis (5D2).

POSICIÓN BRAZOS	Nº TUMBAS	%
Sobre pelvis	6	46,1
Sobre pecho	1	7,7
Uno pelvis y otro a lo largo del cuerpo	1	7,7
Indeterminado	5	38,5
TOTAL	13	100

FIGURA 5.1: *Posición de los brazos en las sepulturas.*

En otras necrópolis tardoantiguas se repiten los mismos esquemas de colocación del cuerpo en la tumba que nos encontramos en Pozo Moro, como es el caso de la necrópolis prieguense de El Ruedo (Carmona 1997).

De las 13 tumbas excavadas en la necrópolis tardorromana de Pozo Moro, 11 tenían ajuar, lo que representa el 84,6% del total de sepulturas, mientras en las otras 2, el 15,4%, no se encontró ningún objeto junto al difunto (2F1 y 6E1). El numero de objetos depositados por tumba es reducido, no superándose en ningún caso los 4 elementos que se encuentran en la tumba 5D2 (Fig. 5.8). El 63,6% de las tumbas con ajuar tenían un solo objeto, el 18,2% contaba con dos, el 9,1% con tres y el mismo porcentaje con cuatro. No hay elementos de adorno personal, a excepción de la cuenta que se localizó en la tumba 5Dinh.1 (Fig. 5.7,2), ni de vestimenta entre los ajuares depositados en las tumbas, los cuales se componen exclusivamente de depósitos rituales compuestos por cerámicas, fundamentalmente jarritas y cuencos realizados a torno, que pudieron formar parte de algún ritual de libación. La similitud de las jarritas de las tumbas 5D2 (Fig. 5.8,2) y 5E1 (Fig. 5.9,1) hacen pensar que fueron realizadas por un mismo taller y que ambos enterramientos fueron realizados en un corto lapso de tiempo. En la inhumación 5D2, se depositó también una lucerna, ajuar característico entre la mitad del siglo III y la mitad del IV d.C.

La presencia de ajuar en las necrópolis tardorromanas es característico de los contextos rurales, mientras en los urbanos éste es prácticamente inexistente (Fuentes 1989).

Se observan dos grupos de tumbas con distinta orientación, uno situado en las cuadrículas 4E, 4D, 5D y 5E que sigue la orientación NW-SE característica de la necrópolis ibérica y que es posible que se deba al aprovechamiento intencionado de las estructuras preexistentes, y otro situado en las cuadrículas 4H y 4G que mantienen una orientación N-S. En la cuadrícula 2F hay un enterramiento descolgado del resto, el 2Finh.1, que tiene una orientación Oeste-Este característica de la tradición de enterramiento romana-cristiana, al igual que la 4Dinh.1 que sigue esta misma orientación. En la necrópolis de Fuente de Baños (Cuenca), la orientación mayoritaria es la E-W, con agrupaciones de tumbas que pueden responder a vínculos familiares o de otro tipo (Fuentes 1989). Esta es también la orientación más frecuente en las necrópolis tardorromanas de la Meseta, con un 39,3% de los casos, seguida de la W-E con un 15% y de la N-S con un 4,3% (Fuentes 1989).

Existe, por tanto, en Pozo Moro una diversidad de orientaciones, pero parecen destacarse dos entre ellas, una la que sigue la orientación mayoritaria del cementerio NW-SE, y otra N-S.

ORIENTACIÓN	Nº TUMBAS	%
NW-SE	7	53,8
N-S	3	23,1
E-W	2	15,4
Sin Identificar	1	7,7
TOTAL	13	100

FIGURA 5.2: *Orientaciones de las tumbas.*

No se ha detectado ninguna señalización externa de las tumbas, ni signos, señales o símbolo religioso alguno que pudiera ofrecer datos sobre la adscripción religiosa de los individuos allí enterrados a excepción de la doble orientación NW-SE y N-S que nos puede hacer pensar que estamos ante dos grupos, que presentan un ritual diferenciado. En los casos documentados de las necrópolis de la Meseta con orientación N-S, responden siempre a condicionantes del terreno como fuertes desniveles, que obligan a cambiar la dirección de los enterramientos. Ese es el caso de la necrópolis de Merchanas, Torrejón (Talavera de la Reina) o Taniñe en Soria (Fuentes 1989). En el caso de Pozo Moro, no pensamos que exista un condicionante físico que marque la orientación de las tumbas, ya que el desnivel es apenas perceptible en el yacimiento, pero sí un interés, por parte de un grupo, por separarse física y simbólicamente del resto.

5.6. CRONOLOGÍA

El único objeto de la necrópolis de inhumación de Pozo Moro que nos ofrece una cronología absoluta para el cementerio es el mortero de *Terra Sigillata Africana D* de la forma 91 de Hayes (1972). El periodo de fabricación global de estas piezas se sitúa en centros de producción manufacturera tunecinos, entre finales del siglo IV y principios del siglo V d.C. hasta la primera mitad del siglo VII d.C. Los prototipos fueron comercializados localmente en lugares como Sbeitila durante el siglo IV d.C., para alcanzar posteriormente un mercado de larga distancia (López Campuzano 1995). La de la tumba 5Einh.1 es una pieza cuya fabricación masiva se centra en la primera mitad del siglo V d.C. y antecede a otras variantes surgidas en la segunda mitad del siglo V d.C., que serán las usuales a lo largo del VI d.C. Carandini y Tortorella plantean una cronología de finales del siglo IV-530 d.C. para piezas similares a la nuestra procedentes de Sperlonga (Italia) y Conimbriga y Ostia (Atlante 1981: 105-13) [5]. En cuanto al conjunto de cerámica común presente en las tumbas y especialmente las botellas, son elementos característicos de los siglos IV y V d.C. en la Península Ibérica. Por último, el ritual funerario también encaja perfectamente en la cronología propuesta.

5.7. RELACIONES COMERCIALES EN LOS SIGLOS IV Y V D.C.

La explotación de un suelo de alto potencial agrícola permitió a ciertas comunidades rurales la obtención de un excedente que les permitiría acceder al intercambio de manufacturas depositadas en los núcleos costeros y procedentes de mercados exteriores. Estas comunidades debieron mantener vigente el trazado viario de época clásica que iba desde *Carthago-Nova* hasta *Saltigi*, facilitando así la penetración de los bienes de consumo desde la costa (López Campuzano 1995: 127). Parece claro que la estructura social de la ciudad portuaria, la principal de las cuales sería *Carthago Nova*, permite mantener la influencia sobre el área rural, como demuestra el hecho de que casi toda la vajilla fina encontrada en los núcleos del interior, procede de un comercio de larga distancia originario del Norte de África y depositado en los centros portuarios para su redistribución. Entre los asentamientos rurales y los centros portuarios principales, existen intermediarios que reciben y redistribuyen las mercancías de importación hacía el interior a cambio de excedentes agrícolas (López Campuzano 1995: 130-32).

5.8. CONCLUSIONES

A pesar de la distancia temporal y cultural, la ubicación de un cementerio tardorromano en el mismo lugar donde se asentó un Monumento funerario orientalizante, y luego una necrópolis ibérica, denota la sacralización de un espacio acotado, ya que hay una superposición de tumbas en un espacio limitado, y posiblemente un intento por parte de un grupo que vivió en las inmediaciones del yacimiento entre los siglos IV y V d.C., de búsqueda de legitimación sobre el control de un territorio por medio del establecimiento de vínculos familiares o míticos con los individuos enterrados en Pozo Moro.

La ocupación tardorromana del yacimiento está representada por un cementerio de inhumación, constituido por 13 tumbas exhumadas, que ocupan un espacio de 224 m^2 y cortan los niveles arqueológicos de época ibérica.

En la organización espacial de la necrópolis, se observan dos orientaciones predominantes, un grupo de tumbas sigue la dirección mayoritaria de la necrópolis ibérica NW-SE, y otro, situado al Oeste del área excavada, mantiene una orientación N-S, lo que nos puede estar indicando un intento, por parte de un grupo de esta sociedad, de diferenciarse del resto. La colocación de los cuerpos en las tumbas es en decúbito supino, con los brazos a lo largo del cuerpo o cruzados sobre el pecho, con un claro predominio del primer caso sobre el segundo.

Las tumbas son en fosa, con o sin ataúd de madera, y refuerzo de piedras o cubierta de *tegulae*.

Por su parte, los ajuares son pobres y escasos y se reducen casi exclusivamente a pequeños recipientes de cerámica, con asociaciones frecuentes de la jarra y el cuenco, que responden probablemente al juego litúrgico-funerario básico del mundo romano (Caballero 1974). La ausencia en las inhumaciones de Pozo Moro de elementos del vestido, de jarras o ungüentarios de vidrio,

[5] Agradecemos esta información a Miguel Contreras del Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid.

característicos de la segunda mitad del siglo IV o principios del V d.C., así como la presencia de lucernas y de recipientes cerámicos que sustituyen a los de vidrio, unido a la tipología de las tumbas, indican ciertas particularidades de esta necrópolis que se fecharía según el mortero de *sigillata* clara de la inhumación 5E1, entre finales del siglo IV y el 530 d.C.

La información arqueológica de la que disponemos hasta el momento apunta a un sistema socioeconómico tardorromano esencialmente rural, sustentado por la relevancia de las explotaciones agrarias vinculadas a *villae* de las que apenas tenemos información en la provincia de Albacete (Gamo Parra 1999).

Cabe destacar para finalizar, el desarrollo de la vida de unos grupos o comunidades de diferente vinculación cultural, en torno a un pozo y un pequeño *fundus* que explota el entorno del yacimiento durante casi un milenio.

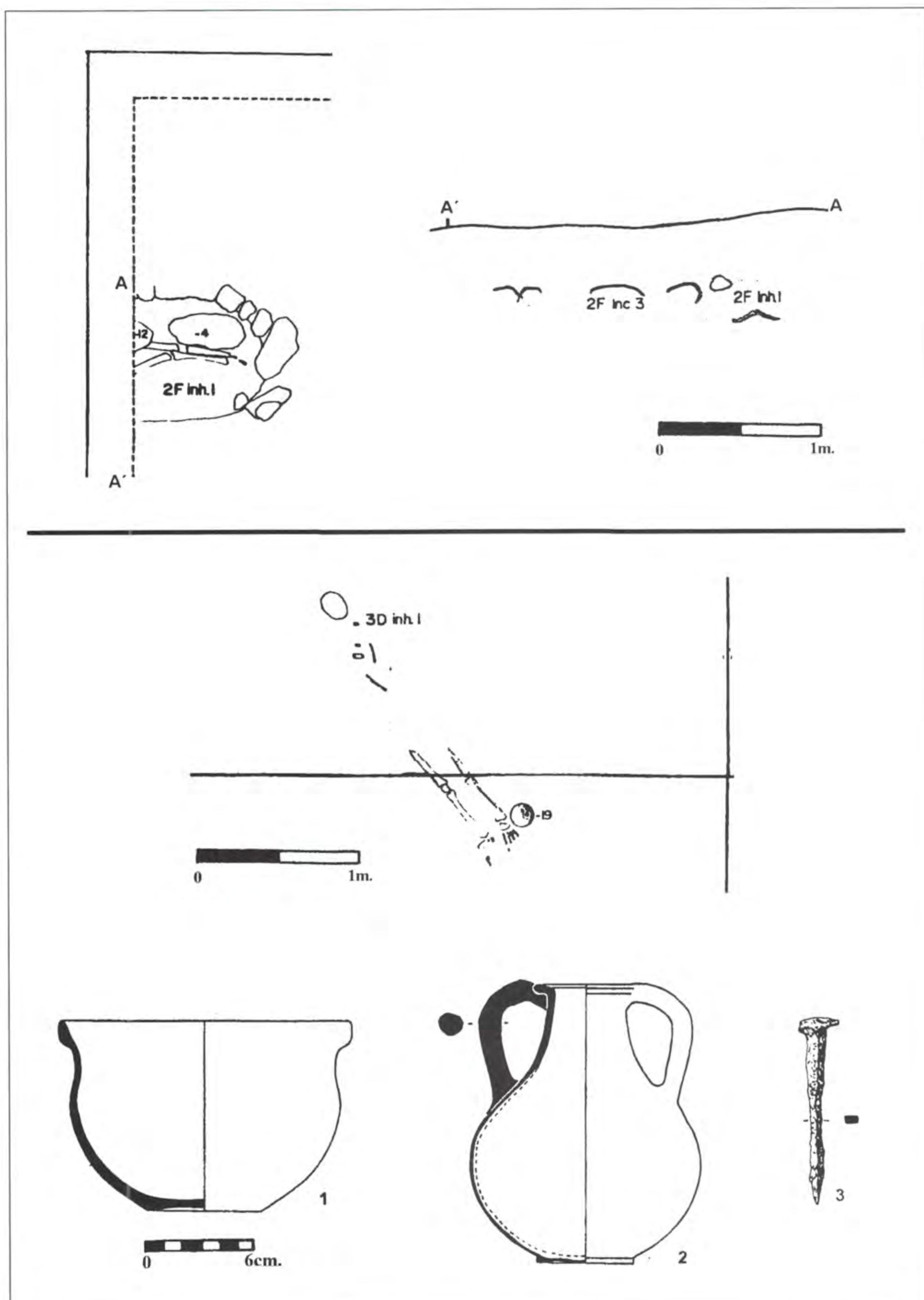


FIGURA 5.3: *Inhumanciones 2F1 y 3D1.*

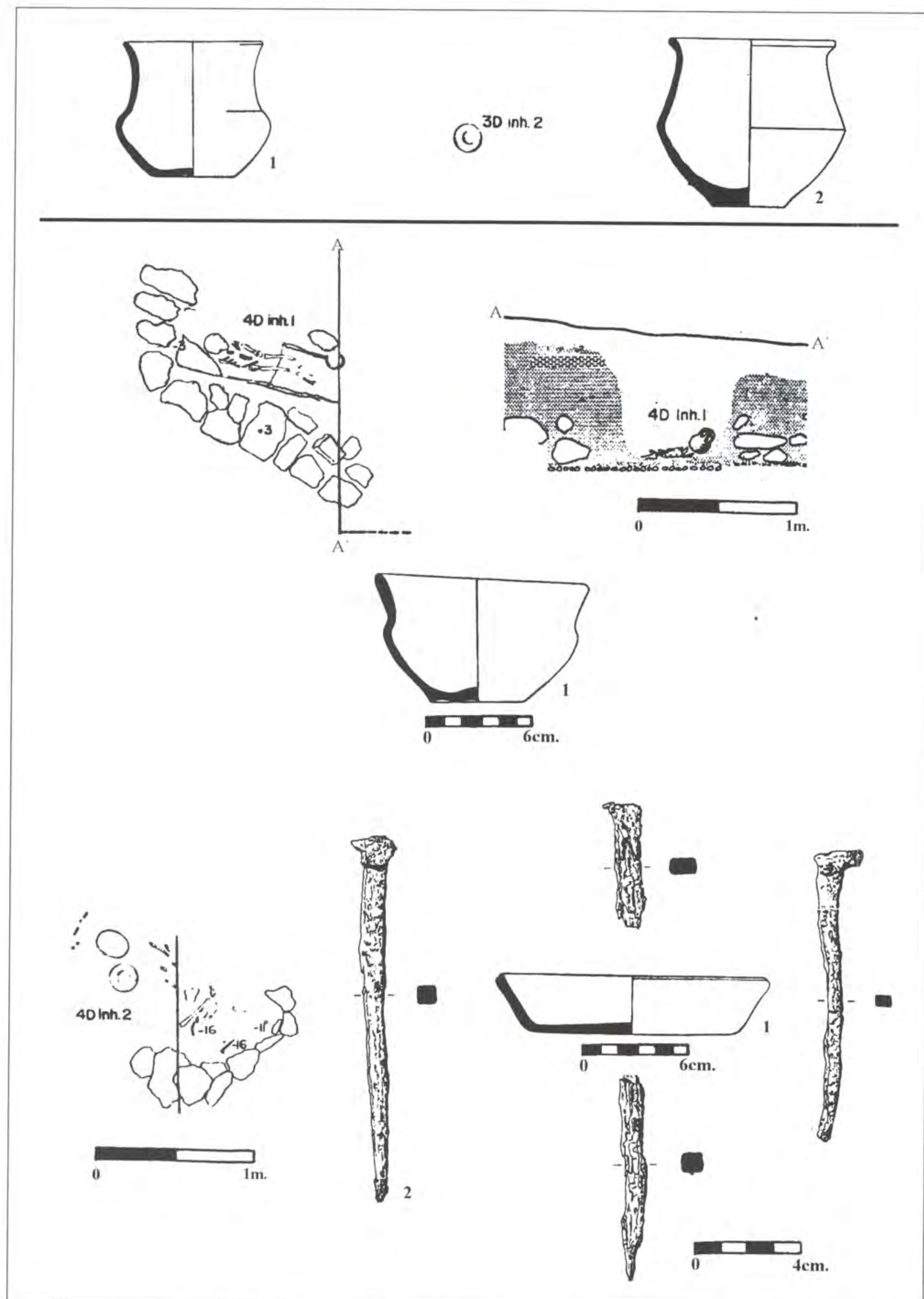


FIGURA 5.4: *Hallazgos aislados 3Dinh. 1 y 3Dinh.2. Inhumaciones 4D1 y 4D2.*

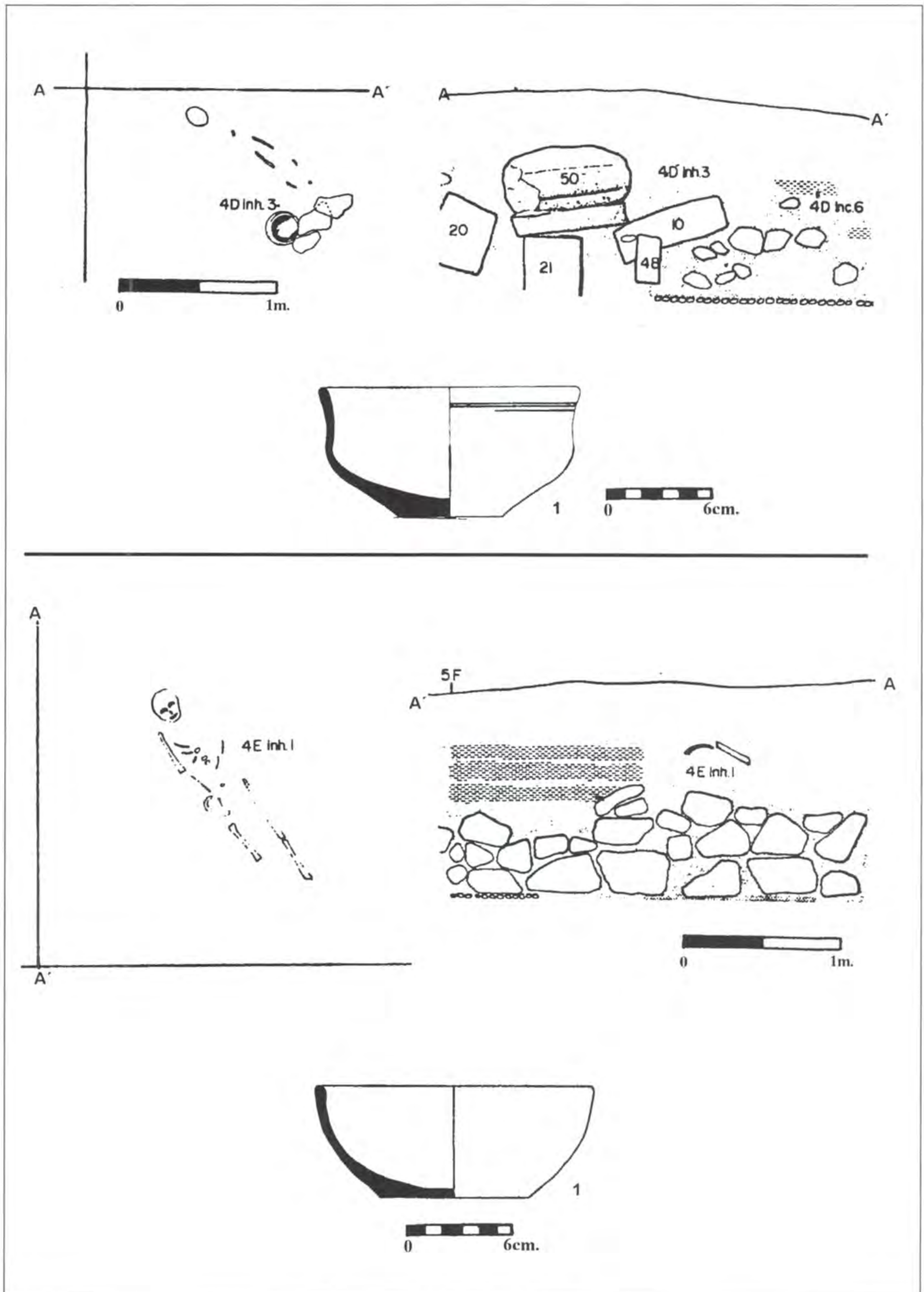


FIGURA 5.5: *Inhumanciones 4D3 y 4E1.*

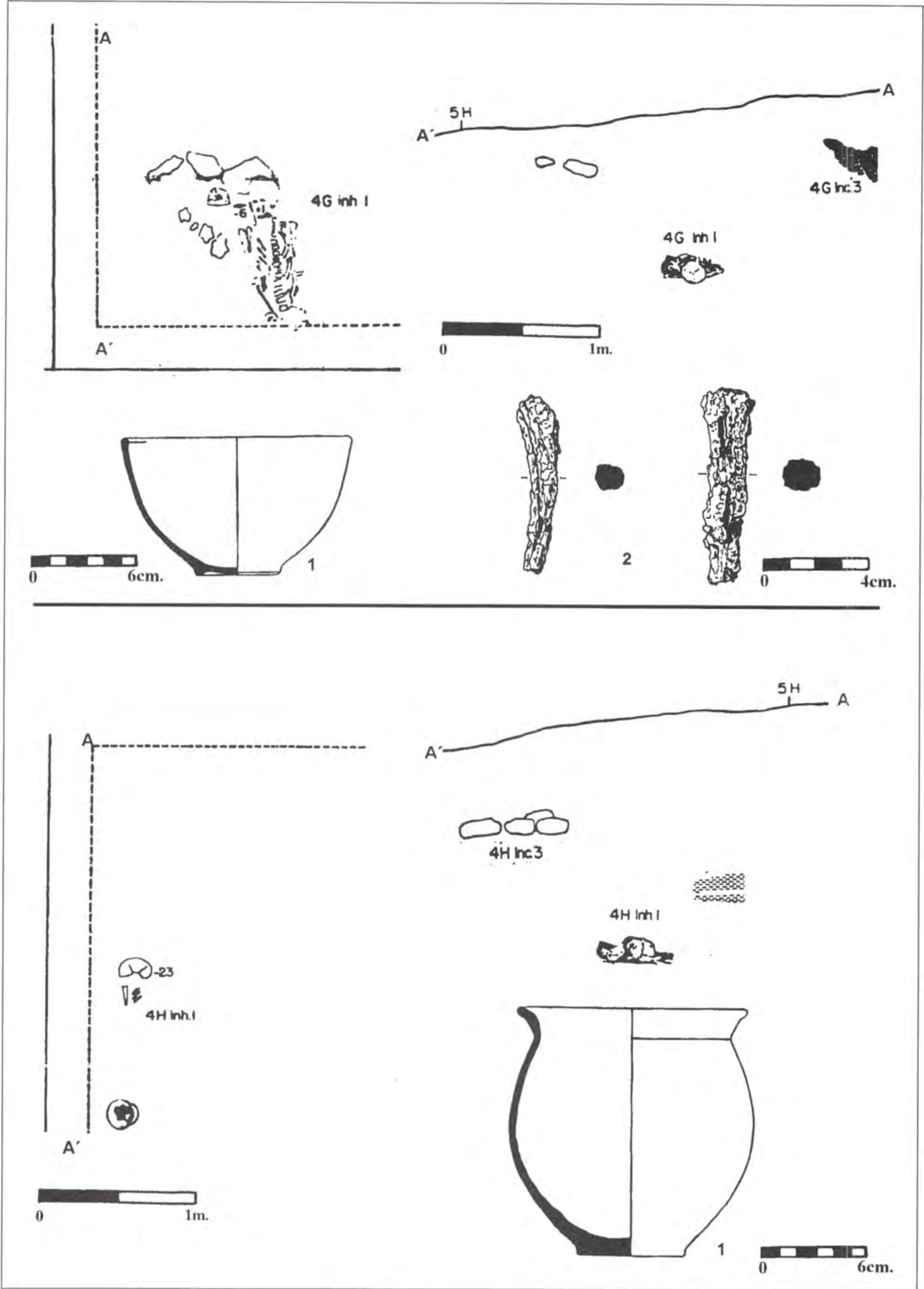


FIGURA 5.6: *Inhumaciones 4G1 y 1H1.*

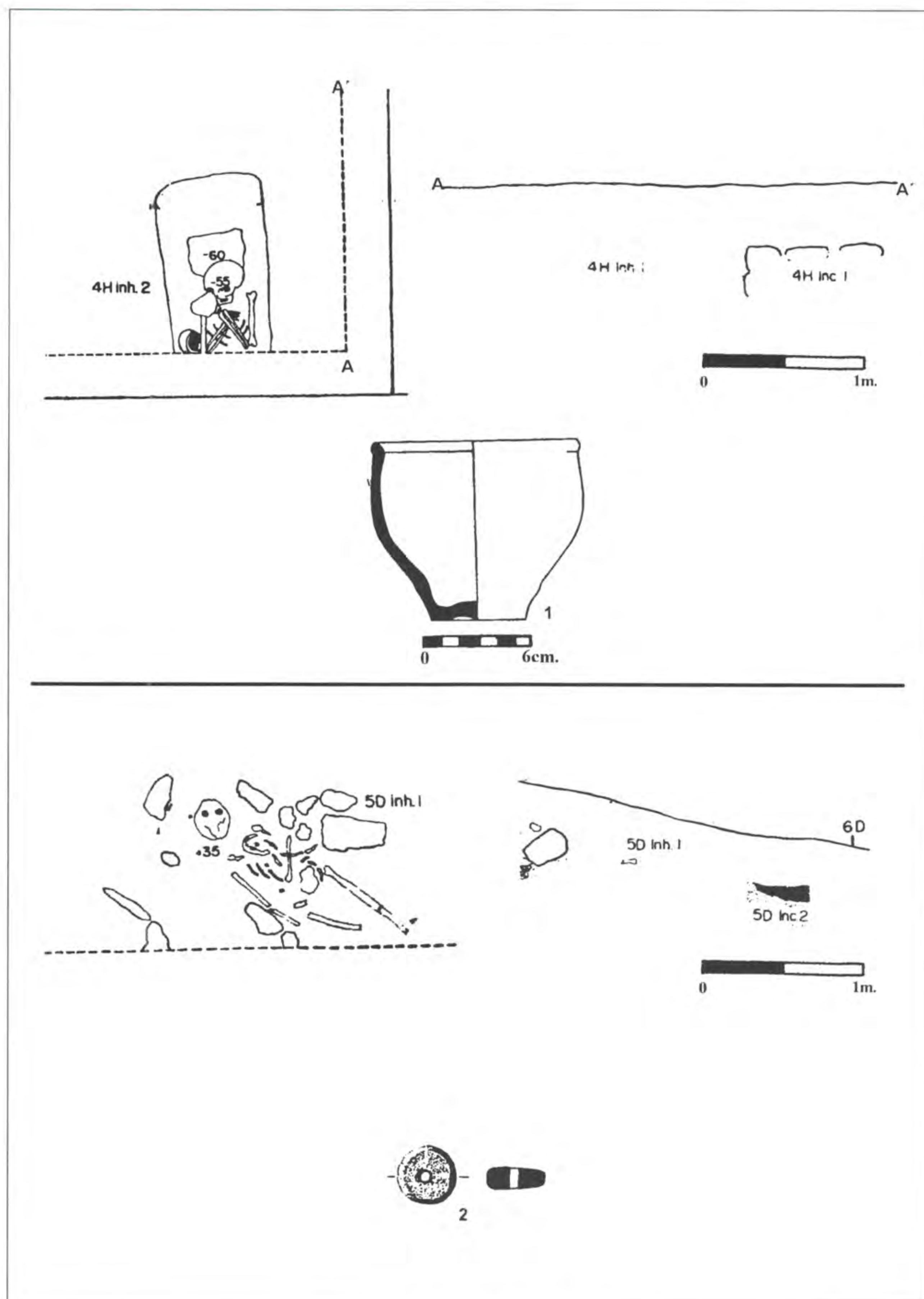


FIGURA 5.7: *Inhumaciones 4H2 y 5D1.*

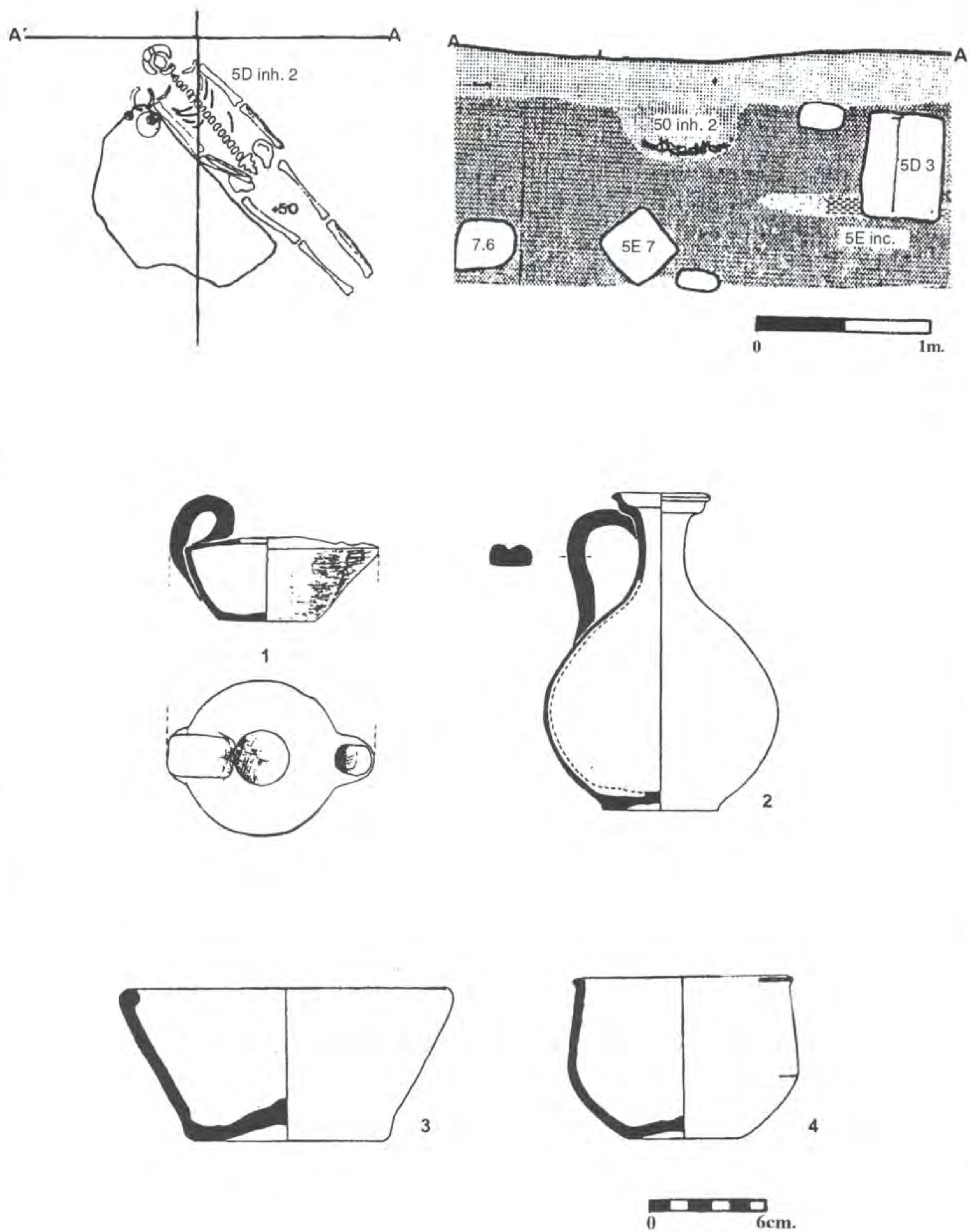


FIGURA 5.8: *Inhumación 5D2.*

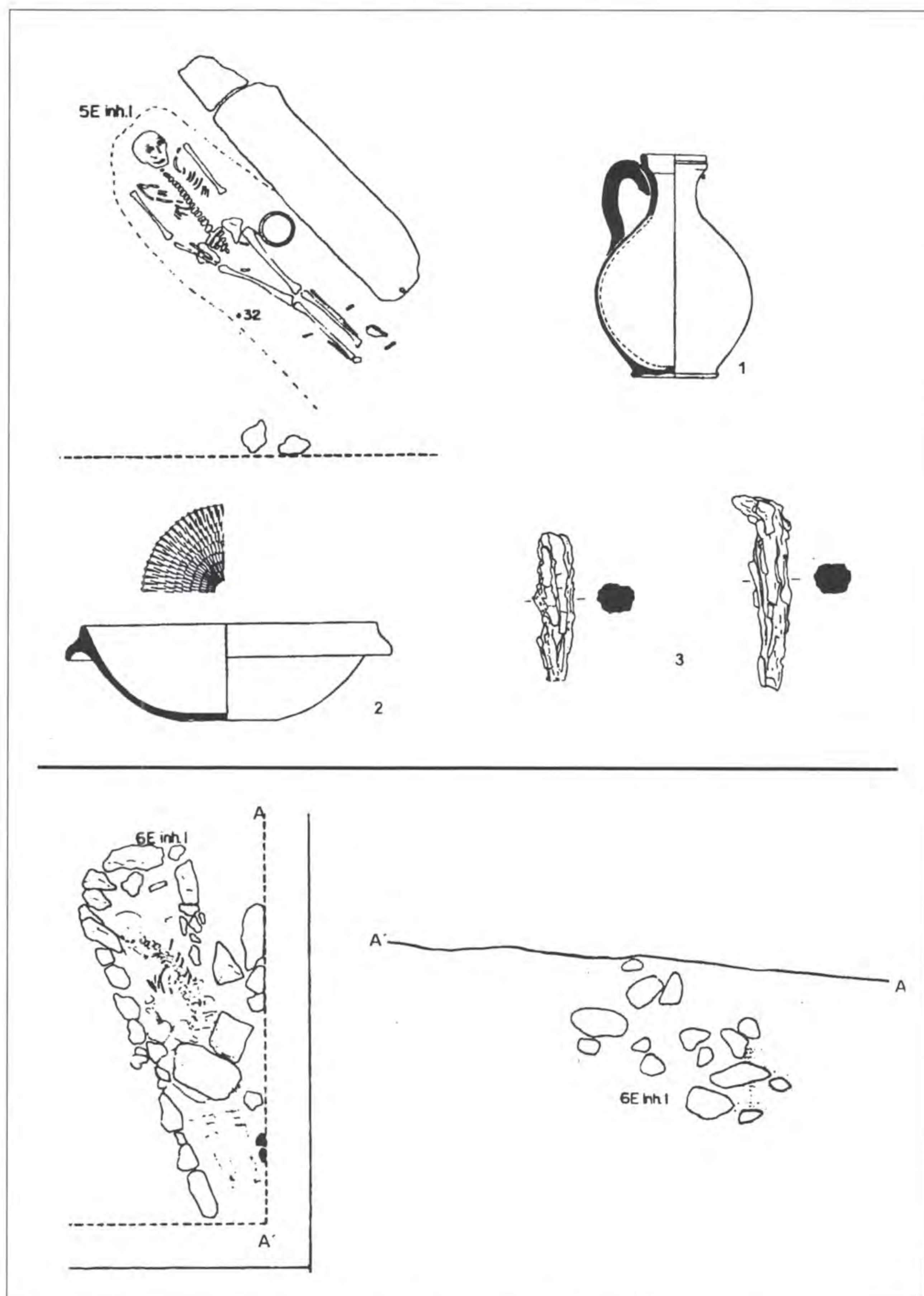


FIGURA 5.9: *Inhumaciones 5E1 y 6E1.*

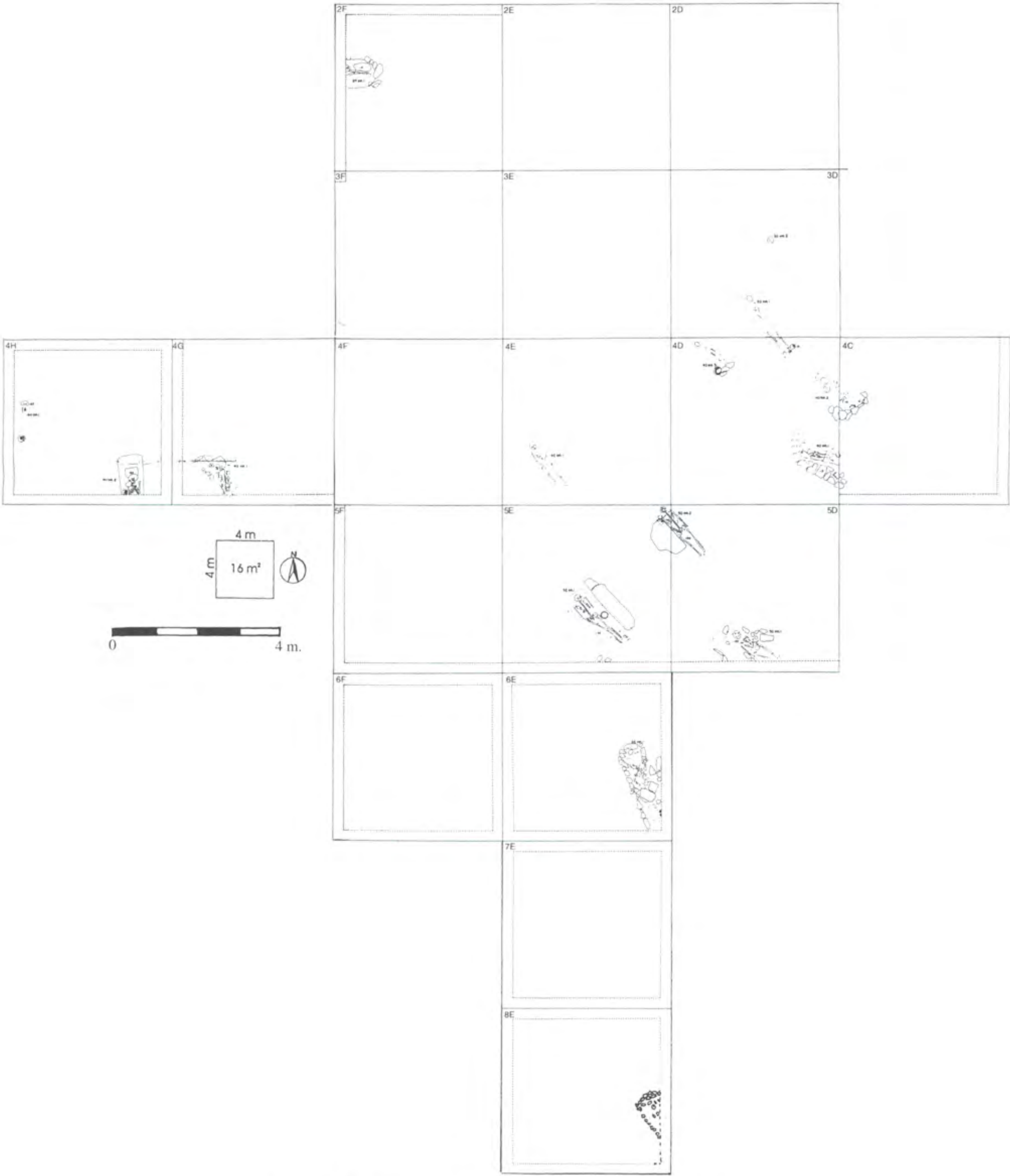


FIGURA 5.10: *Planimetría de la necrópolis de inhumación.*













FIGURA 5.11: *Fotografías de las inhumaciones, de izquierda a derecha y de arriba abajo: 4D1, 6E1, 5E1, 4H2, 5D2 y detalle de la 5D2.*

6. ETNOARQUEOLOGÍA: EL ARTESANO Y LA INVERSIÓN DE TRABAJO EN AJUARES Y TUMBAS

La etnoarqueología se basa en el estudio de los rasgos culturales de ciertas comunidades que por motivos diversos han mantenido los elementos propios de otras que les precedieron en el tiempo. A pesar de que los puntos en común entre unas y otras son necesariamente parciales, no por ello dejan de ofrecer datos de un valor incuestionable para acercarnos a los procesos de trabajo y a las gentes que están detrás de los objetos recuperados en los contextos arqueológicos. El uso de paralelos etnográficos para estudiar la cultura ibérica se encuentra ya en Estrabón (San Nicolás y Ruiz Bremón 2000: 32), y, aunque no han faltado autores, desde los primeros años de la investigación sobre los iberos, que tuvieran en cuenta estos aspectos, como García y Bellido en relación con el tocado de la Dama de Elche y su similitud con los de las falleras valencianas (García y Bellido 1980), no ha sido considerada una fuente importante de información en las numerosas publicaciones que han ido saliendo a la luz a lo largo del siglo XX. Sólo recientemente, y coincidiendo con su rápida desaparición, se esta empezando a valorar la importancia de documentar las técnicas antiguas de construcción de viviendas o la fabricación de artesanías como claves para acercarnos a los procesos de trabajo en la antigüedad. Este interés, coincide con la puesta en valor del Patrimonio Arqueológico como reclamo turístico y criterio de conservación de los yacimientos. Así, la musealización de muchos yacimientos supone la reconstrucción total o parcial de los mismos, y por tanto, al menos en teoría, la necesidad de buscar la forma más cercana a la original de levantar las estructuras. Entre otros muchos ejemplos de musealización destacamos el yacimiento de La Hoya (Laguardia, Álava), el caso de Numancia (Soria), donde se han reconstruido dos casas, una celtibérica y otra romana (Jimeno *et al.* 2001) y el de Calafell (Tarragona), con una reconstrucción de la totalidad del poblado. En la Comunidad Valenciana se está llevando ha cabo una importante labor de reconstrucción parcial de yacimientos como Sant Miquel de Lliria, Castellet de Bernabé o Puntal del Llops entre otros. La creación de parques arqueológicos y escuelas taller como los de Segóbriga (Abascal *et al.* 2002) o Alcalá de Henares (Méndez Madariaga 2000: 93 y Sánchez Montes 2000: 43) están dando apoyo institucional a la formación de gente joven en trabajos tradicionales, evitando en muchos casos su desaparición.

Por otra parte, en la última década se han venido desarrollando los *talleres* o *aulas didácticas*, tanto en los museos y exposiciones temporales como en los propios yacimientos, implicando a los niños en el conocimiento de las sociedades del pasado a través de la experimentación directa con sus formas de vida. Estos talleres suponen también la consideración de los procesos de trabajo y la experimentación para reproducirlos. En el Museo de Altamira de Santillana del Mar se realizan talleres de tecnologías prehistóricas en relación con el fuego, la caza y el arte rupestre. Pero la mayor oferta pedagógica de la Península Ibérica se encuentra, sin duda, en Cataluña, impartida tanto en museos como en yacimientos. El Museo de Gavà oferta un amplio abanico de posibilidades ligadas al mejor conocimiento de las minas prehistóricas, el arte y la conservación de los alimentos, en los Museos Comarcales de Urgell y de Olérdola se imparten talleres de cerámica ibérica, en la ciudadela ibérica de Calafell se realizan talleres de construcción de paredes de tapial usando la tecnología de época ibérica, además de las jornadas de representaciones en el propio yacimiento sobre «un día en la vida de los iberos», en las que se cuenta con reproducciones de la indumentaria, las armas y el menaje del hogar. El Museo Etnológico de Barcelona organiza talleres que reproducen los distintos procesos de trabajo de la prehistoria: la construcción de cabañas, las técnicas del fuego, construcción de arcos y flechas, tecnología cerámica y lítica, etc. Todo lo expuesto anteriormente es sólo una muestra de las

opciones que ofrece esta Comunidad Autónoma (Monfort 2000). Además, los cada vez más frecuentes proyectos de *arqueología experimental* están permitiendo obtener una información de primera mano sobre procesos postdeposicionales y tecnológicos. En este sentido, se están realizando actividades en el yacimiento de Plaza de Moros en Villatobas, Toledo, en relación con la reproducción de los adobes con arcilla local e intentando imitar los recuperados en el propio yacimiento, además de contar con un taller cerámico que también se centra en la reproducción de las piezas que se encuentran en Plaza de Moros (Urbina/ Urquijo 2002 y comunicación personal). Así mismo, el Taller de Arqueología Experimental de Ronda viene realizando desde 1984 una importante actividad investigadora de reproducción de la tecnología usada por los grupos del pasado, con la finalidad de corroborar las hipótesis de trabajo de los investigadores acerca de cómo se desarrollaban las prácticas artesanales del pasado (Garrido, Moreno y Padial 1995).

Por último, la creación de *empresas* dedicadas a la reproducción de piezas arqueológicas y a la etnoarqueología, como el Arqueódromo de Zaragoza o la *Itálica Collection* en Sevilla, vienen a reforzar el conocimiento sobre las tecnologías del pasado y su difusión a la sociedad.

Toda esta labor apenas ha tenido reflejo en publicaciones y mucho menos en su inclusión sistemática en los estudios científicos, que prescinden de una parte relevante de la información disponible. Nuestra perspectiva de investigadores nos hace perder muchas veces de vista la parte práctica de los procesos que estudiamos, quedándonos en el análisis y descripción de las piezas que recuperamos en las excavaciones, sin tener en cuenta la fase de realización de las mismas y sobre todo las manos y la forma de pensar de los artesanos que las realizaron. Es cierto que no podemos acceder directamente a esa información, pero sí podemos acercarnos a ella a través de artesanos actuales que utilizan técnicas muy similares a las del pasado, intentando salvar en algunos casos o siendo conscientes de las limitaciones en otros, los numerosos problemas técnicos derivados del paso del tiempo y de la introducción de nuevas tecnologías y mentalidades.

Las bases teóricas para cuantificar el gasto de energía invertido en el ritual funerario como forma de establecer la jerarquía social de un grupo, surge en los años 1970, dentro del marco de la *Arqueología de la Muerte*, de la mano de autores tan consagrados como Binford (1971) y Tainter (1978). En la década de 1990 estas ideas se aplican a yacimientos españoles como Segóbriga o Bibracte (Almagro Gorbea 1997). Recientemente, Abrams y Bolland (1999) de la Universidad de Ohio, han aplicado las ideas del gasto de energía a la arquitectura antigua, utilizando como ejemplo un palacio del yacimiento Maya de Copán en Honduras. En su estudio, las construcciones se traducen en estimaciones de tiempo empleado en su fabricación, pretendiendo profundizar en la organización del trabajo y en la estructura económica dentro de un proyecto de construcción en un contexto arqueológico, utilizando conceptos modernos de *gestión* del trabajo. A pesar de que se ha intentado dar cabida a estos planteamientos en algunos trabajos sobre el mundo funerario ibérico, nunca se ha abordado desde un punto de vista etnográfico, intentando establecer un baremo objetivo real que sirva de referencia para comparar las horas de trabajo invertidas en la elaboración tanto de las estructuras funerarias como de los ajuares depositados en las tumbas, si bien se han establecido intuitivamente criterios de valoración de objetos y tipos de sepulturas considerando la escasez del material utilizado para su fabricación, la dificultad de obtención de la pieza y el trabajo empleado en su elaboración (Quesada 1989b, Chapa y Pereira 1991a, Chapa *et al.* 1998). Aunque la consideración de estos aspectos es relevante, ésta se hace desde una perspectiva actual basada en la intuición de los investigadores sobre la importancia de los objetos en la vida cotidiana de estas poblaciones.

Con el fin de intentar establecer un baremo objetivo de gasto de energía invertida en la elaboración de tumbas y ajuares, analizaremos las técnicas tradicionales de trabajo de la cantería y el adobe para las estructuras funerarias y las de la metalurgia y la alfarería para las de los ajuares. Mediante la entrevista directa con artesanos actuales que todavía utilizan estas técnicas de manera artesanal tradicional, hemos procurado establecer las horas de trabajo necesarias para la elaboración de cada tipo de objeto. Con todo ello, se obtiene un criterio de valoración comparativo y perfectamente objetivo que permitirá ser aplicado a la necrópolis que centra nuestro estudio y por ende, al resto de los contextos funerarios ibéricos.

6.1. LAS ESTRUCTURAS

El tipo de estructura funeraria característico de la necrópolis de Pozo Moro y de muchos otros cementerios ibéricos del Sureste de la Península Ibérica es el túmulo de piedra y/o adobe, rectangular o cuadrangular (Almagro Gorbea 1983a, Blánquez 1990a). Un caso excepcional lo representa el Monumento turriforme, que consideraremos aparte dada la complejidad del programa arquitectónico.

Nos centraremos, en primer lugar, en los procedimientos de trabajo de la cantería tradicional, desde la extracción de la roca de la cantera hasta la colocación de la piedra en su lugar de destino, para después intentar establecer el tiempo invertido en la construcción de estos túmulos. Un proceso similar seguiremos con las estructuras de adobe, desde la extracción del barro a la fabricación de los adobes y su colocación.

Cantería

A) *La extracción de la piedra y la construcción del Monumento turriforme*

Para analizar el proceso constructivo y la inversión de trabajo necesaria para la realización de las estructuras funerarias en piedra caliza arenisca documentadas en la necrópolis de Pozo Moro hay que tener en cuenta las distintas fases del trabajo, desde la extracción de la piedra en la cantera, el desbastado y ejecución de los sillares y el traslado y montaje en el lugar definitivo.

La fase inicial de extracción de la piedra apenas está documentada en época ibérica, pero contamos con abundante información de época romana y de la cantería tradicional que aún se realiza en escuelas taller. En ella nos apoyamos para documentar la fase de extracción.

Para el abastecimiento de materia prima, el artesano ibérico acude a fuentes locales de calizas areniscas que son piedras blandas de talla fácil. La cantera de Pozo Moro estaría próxima al yacimiento, ya que existen afloramientos de este tipo de roca en los alrededores.

En el cortado inicial de los bloques debieron usarse punteros o escoplos metálicos y cuñas de madera o metal golpeadas con mazas, alcotanas o macetas robustas que permitieran abrir brechas en la piedra aprovechando sus grietas naturales para, finalmente, desgajar con palancas los bloques obtenidos. En la cantería tradicional, en vías de desaparición como consecuencia de la mecanización, se sigue el mismo sistema de extracción utilizando cuñas, punteros o cinceles, golpeados con grandes martillos (VV.AA. 1993). A continuación se procedería al traslado de los bloques al lugar de trabajo, aunque no descartamos que en ciertas ocasiones pudieran tallarse *in situ*, en cuyo caso se comprobaría previamente la calidad de los bloques, golpeando con una maceta el centro de la pieza y colocando la mano libre abierta sobre la losa. Si la piedra está sana emite hondas de sonido claras y eco al ser golpeada, mientras que el material imperfecto produce un sonido sordo y sin resonancia, lo que obliga a desechar la pieza (VV.AA. 1993).

Tras el cortado de los bloques en diversos tamaños en función de las necesidades, se procede al *desbastado*. Para ello, se utilizan cinceles de boca ancha que se golpean con macetas o martillos para alisar las caras del sillar. En el caso de que existiera un programa escultórico, se desarrollaría un diseño previo a veces mediante el dibujo en el bloque de un boceto a tiza, como el documentado en el relieve del jabalí bifronte de Pozo Moro (Negueruela 1992) o mediante incisiones suaves realizadas con un punzón como en la estela funeraria de la Serrada, Castellón (Izquierdo y Arasa 1998), la Dama oferente del Cerro de los Santos o la cabeza del aristócrata a caballo de Los Villares (Blánquez y Roldán 1994: 79). A continuación se procedería a la labra definitiva de la pieza, que en algunos tramos no coincide con el dibujo inciso, permitiendo su observación.

En este tipo de piedras blandas, el diseño preelaborado se traslada sobre la superficie plana de un bloque mediante dos técnicas, el relieve plano o semiplano y el altorrelieve.

Pla Ballester en su artículo sobre instrumentos de trabajo ibéricos en la región Valenciana (Pla 1968) constató un alto grado de especialización instrumental en contextos del siglo IV a.C. de poblados como La Bastida de les Alcuses y Covalta. Este autor identificó instrumentos utilizados para la talla de los bloques, entre ellos cuñas, macetas, cinceles, punteros, taladros, escoplos, barrenas, alcotanas grandes, picodolobre y compás.

La fase final de realización de las piezas arquitectónicas incluye el alisado y/o pulido de las superficies, mediante limas o abrasivos minerales en polvo (Negueruela 1992), utilizándose también el agua como elemento que hace bajar la alta temperatura alcanzada por las herramientas durante el proceso de trabajo. Los bloques arquitectónicos presentan sus caras no visibles desbastadas y apenas alisadas, mientras las caras laterales se alisan y pulen con mayor cuidado. En último lugar se procedería al policromado, en caso de que la pieza lo llevara. El color refuerza el impacto de las masas y los volúmenes de los elementos monumentales y es portador de una importante carga expresiva y simbólica en las sociedades antiguas (Blánquez 1993b). La gama de colores documentados en contextos funerarios ibéricos es reducida, fundamentalmente se ha documentado el rojo y en menor medida el azul, el negro y el marrón-ocre. El color rojo en las sociedades del pasado simboliza la fuerza de la vida y en el contexto funerario su continuación tras la muerte (Izquierdo 2000). En este sentido se han documentado en contextos del siglo IV a.C. restos de enlucidos rojos en numerosas tumbas de Castellones de Céal (Chapa *et al.* 1998) y en algunas de las estructuras de Palomar del Pintado en Toledo (Pereira, comunicación personal). Con cronologías más antiguas, coincidiendo con los monumentos funerarios y conjuntos escultóricos de finales del siglo VI y sobre todo del siglo V a.C., el color rojo también aparece en algunas cornisas de la necrópolis de Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993), así como en un capitel de los Villares de Andújar (Moreno-Almenara 1994). Este mismo color se utiliza en el suelo de preparación del túmulo principesco 5F4 de Pozo Moro.

El ensamblaje y montaje final del monumento podía haberse hecho *in situ*, y ese parece ser el caso del monumento de Pozo Moro, realizado según Almagro Gorbea por artesanos itinerantes procedentes del ámbito oriental (Almagro Gorbea 1983b).

ACTIVIDAD	INSTRUMENTAL
Extracción y cortado del bloque	Cuñas, macetas Alcotanas, escoplos, Cinceles o punteros
Desbastado	Cinceles de filo recto De boca ancha y Martillos/macetas.
Boceto y ejecución del elemento, acabado.	Cinceles filo recto y curvo, bujardas, taladros, punzones, reglas, escuadras, martillos, mazas alcotanas
Pulido y lijado de superficies. Policromado	Limas, abrasivos Pinceles, punzones pigmentos
Traslado, montaje de piezas en la necrópolis	Sistemas elevación y de traslado Cordajes, maderas Grapas, yeso y pernos

FIGURA 6.1: *Actividades e instrumental implicado en las tareas de cantería.*

B) *La construcción de los túmulos*

El yacimiento de Pozo Moro se encuentra situado en una hondonada endorreica formada por margas del Pleistoceno y rodeada de montes de calizas cretácicas. La *materia prima* empleada en la construcción de los túmulos de Pozo Moro son, por tanto, rocas carbonatadas, concretamente calizas-areniscas de color blanquecino procedentes del entorno inmediato. Se trata de materiales cuyas características intrínsecas de tenacidad y resistencia permiten un fácil trabajo de talla, especialmente cuando se labran recién extraídas de la cantera, pero que al mismo tiempo pueden sufrir alteraciones mineralógicas que modifiquen su compacidad, deshaciéndose con facilidad, por lo que en ocasiones los túmulos de piedra se cubrían con adobes para protegerlos del contacto directo con los fenómenos atmosféricos. Este podría ser el caso de la tumba 3F8 de Pozo Moro o de muchas de las tumbas de Castellones de Céal (Chapa *et al.* 1993).

En todos los casos en los que se ha realizado un análisis de las fuentes de materia prima utilizada en la arquitectura funeraria ibérica, éstas se encontraban en el entorno inmediato de los yacimientos, como es el caso de Monforte del Cid, La Alcudia de Elche y Corral de Saus (Izquierdo 2000). Esto permitía minimizar la inversión de trabajo en el traslado de los sillares a su lugar de destino y amortizar los recursos disponibles.

Para la construcción del monumento de Pozo Moro debió existir una especialización en el trabajo que permitiera hacer frente a todo el proceso desde la selección y extracción de la piedra, su transporte, el diseño del monumento, la labor de cantería, el diseño escultórico y de talla y el montaje. Sin embargo, en la fase ibérica de la necrópolis dicha especialización no debió ser necesaria, ya que las estructuras funerarias son mucho más simples y no hay evidencia de la existencia de esculturas o relieves, por lo que la construcción de los túmulos debió correr a cargo de algún miembro de la sociedad dedicado a ello y probablemente residente cercano del lugar de enterramiento, un sepulturero o cantero, que no necesariamente tuvo que ser un artesano especializado (Izquierdo 2000). Por tanto, el número de horas invertida en la elaboración de estas estructuras, al igual que en las de adobe, tiene una importancia relativa, ya que no lo podemos considerar un trabajo especializado sino una labor realizada por una serie de personas allegadas al difunto por parentesco o por otra relación de dependencia con respecto a él, que, además de ocuparse de este trabajo, podrían dedicarse a otras labores.

C) *Etnoarqueología: inversión de trabajo*

Para cuantificar el gasto de horas de trabajo basándonos en los datos que nos han proporcionado artesanos actuales en función de su experiencia de talla de la piedra, hemos separado la fase Orientalizante del resto de los periodos de ocupación del espacio funerario, ya que en la primera es necesario contar con un equipo especializado que requiere el control de procedimientos técnicos complejos por parte de los artesanos, mientras que la construcción de los túmulos de las fases posteriores pudieron ser realizadas por cualquier miembro de la sociedad que adquiriera un poco de práctica.

Contamos con alguna referencia sobre el tiempo invertido en la construcción de las sepulturas procedente de las Leyes suntuarias de Cicerón (Cicerón, De Legibus, II: 26; 65) y de las leyes de Platón (Platón, Leyes 12, 958D). En ellas se hace referencia a las restricciones en el gasto de los funerales, prohibiendo que «nadie hiciera un sepulcro que exigiera un trabajo superior al de diez hombres en tres días», lo que implica que era frecuente que se superara esa inversión de tiempo y hombres para la construcción de la *domus aeterna*, por lo que tuvo que restringirse en varias ocasiones el gasto.

Para el caso excepcional del Monumento de Pozo Moro hemos elaborado un cálculo de la inversión de trabajo necesaria para su realización basándonos en las estimaciones realizadas, a petición nuestra, por Carlos Rodríguez, monitor de cantería de la Escuela Taller de Restauración del Centro de los Oficios de León [1].

El corte en «V» o corte manual de la piedra consiste en practicar ranuras con la maceta y el puntero en forma de cuña, de 4-5 cm. de profundidad y 2-3 cm. de anchura, en la dirección del corte deseado, sobre el bloque de piedra que se pretende cortar. A lo largo de este corte se colocan cuñas puntiagudas que, por efecto de golpes repetidos provocan la ruptura del bloque (Fig. 6.1) (VVAA 1993). Este trabajo podría llevar aproximadamente una jornada [2] y media por sillar, tanto cortarlo como aproximarlo a las medidas y la forma deseadas. De la cantera ya traerían el sillar aproximado al lugar de trabajo o de montaje de la estructura. El tiempo de labra de cada sillar sería de 3 a 4 jornadas, utilizando para esta labor el escafilador, punteros, gradinas, cinceles y trinchante. Las molduras requieren un tiempo considerable que se especifica a continuación:

Moldura recta: 3 jornadas de labra del sillar y unas 8 jornadas para hacer la moldura.

Moldura de encuentro exterior: 3 jornadas de labra del sillar y 13 jornadas para realizar las molduras.

La parte escultórica es la que supone mayor inversión de tiempo y mas pericia.

Bajorrelieves de los frisos: 3 jornadas de preparación del sillar, una jornada de dibujo de la piedra y

[1] Agradezco al Centro de los Oficios y especialmente a Carlos Rodriguez su amabilidad al atenderme.

[2] Una jornada equivale a 8 horas de trabajo.

unas tres semanas de trabajo [3] para la elaboración de los relieves utilizando gradinas y cinceles de todas las medidas.

Leones: el bloque no haría falta escuadrarlo y la realización de las esculturas llevaría un mes y medio de trabajo [4] por cada una. Las herramientas implicadas en esta labor son uñetas, gradinas y medias cañas.

Todos estos cálculos tienen en cuenta la destreza de los canteros en la antigüedad. Un cantero actual tardaría aproximadamente un 20% más, ya que no están acostumbrados a trabajar a mano. Hoy día se utilizan máquinas cortadoras hidráulicas, taladradoras neumáticas, sierras eléctricas y otro tipo de instrumental que consiguen cortes rápidos y limpios con una mínima pérdida de material y que reducen considerablemente el tiempo de trabajo, sobre todo en las primeras fases de extracción y labrado de los sillares.

TAREAS	TIEMPO
Corte Sillar Labra sillar	12 horas/sillar 24-32 horas/ sillar [5]
TOTAL	40 horas/ sillar
Moldura recta Moldura encuentro Exterior	9+3 = 12 jornadas= 96 horas + 12 h. Corte=108 13+3 = 16 jornadas=128 horas+12 h.corte= 140
Frisos decorados	2+3+1= 5 jornadas Preparación +3 semanas elaboración =164 horas
Leones	1,5 meses= 240x4 leones = 960 horas
Montaje	

FIGURA 6.2: *Estimación de tiempo invertido por unidad arquitectónica.*

Basándonos en los datos facilitados por Carlos Rodríguez, vamos a estimar el tiempo invertido en la elaboración del Monumento de Pozo Moro partiendo de la reconstrucción que de este conjunto arquitectónico propuso Martín Almagro Gorbea (1983b, 1992). Contamos con que los horarios de trabajo en la antigüedad no tuvieron mucho que ver con las jornadas actuales y menos si se trata de un equipo que viene de fuera a realizar un trabajo, por lo que los cálculos se van a realizar en horas, días y meses.

La realización de las esculturas no requiere el trabajo de una persona exclusivamente dedicada a ello, cualquier cantero con experiencia de unos dos años podría realizarlos sin necesidad de una formación específica. En el labrado de los leones lo que requiere más pericia es el vaciado de la boca.

Hemos calculado el tiempo total teniendo en cuenta que en el monumento trabajaría un equipo que hemos considerado de entre 5 y 8 personas, lo que supone un tiempo estimado de 5 meses en el caso de que se contara con menos artesanos y algo más de 3 meses de trabajo en jornadas de 12 horas y sin días de descanso para un equipo de 8 personas. A esto habría que añadir el tiempo de montaje de la estructura que hemos estimado en unos 20 días.

ELEMENTOS ARQUITECTÓNICOS	Nº SILLARES	TIEMPO INVERTIDO
Base	42	1680 horas= 140 días [6]
Cuerpo	52	2080 horas= 172 días
Moldura recta	8	864 horas= 72 días
Moldura de encuentro exterior	8	1120 horas= 92 días
Sillares entre las molduras	24 [7]	480 horas = 40 días
Cornisa con moldura de gola	8	400 horas= 34 días
Remate moldura recta	8	384 horas= 32 días
Frisos decorados	7	1148 horas= 95 días
Leones	4	960 horas= 80 días
TOTAL 1 persona	154	9113 horas= 759 días= **25 meses**
5 personas		151 días/pers **= 5 meses**
8 personas		95 días/pers. **= 3, 1 meses**

FIGURA 6.3: *Inversión de trabajo en el monumento de Pozo Moro.*

Según se observa en el cronograma de actividades del cuadro 6.4, algunas de las actividades implicadas en la realización del monumento podrían simultanearse de tal forma que la estructura podría estar en pie en un tiempo aproximado de 120 días. En el corte de la piedra hemos calculado que trabajarían 8 personas durante 18 días. Probablemente no serían las mismas que las que realizan el resto de las tareas ya que para llevarla a cabo no se necesita un personal especializado. Cuando ya hubiera un volumen lo suficientemente

[3] Tres semanas suponen 15 días de trabajo de 8 horas cada uno, es decir 120 horas.

[4] Un mes y medio supone 30 días de trabajo, 8 horas cada jornada, lo que representa un total de 240 horas de trabajo por cada león.

[5] Vamos a considerar una media de 28 horas para la labra de un sillar y 40 horas en total si se incluye el cortado de la piedra.

[6] Se han considerado días de 12 horas de trabajo.

[7] Estos sillares tienen la mitad de tamaño que el resto por lo que el tiempo invertido se dividirá entre 2.

grande de piedra cortada podría empezarse a labrar los sillares, tarea que se realizaría con 5 personas en 69,5 días, mientras las 3 restantes del equipo podrían comenzar a realizar la moldura recta, en lo que invertirían algo más de 21 días. Una vez finalizada la moldura recta, esas mismas 3 personas pasarían a realizar la moldura de encuentro exterior, invirtiendo 23 días en su ejecución, para pasar a continuación a decorar los frisos, lo que supondría casi 25 días de trabajo. Una vez que en el día 80 se han terminado de labrar los sillares necesarios para todo el monumento, quedan liberadas 5 personas que podrían encargarse de tallar los leones. Suponemos que realizarían un león cada uno, en cuyo caso tardarían 20 días. Si consideramos que los 4 leones fueron realizados por la misma persona el tiempo se multiplicaría por 4, aunque también podría haber una sola persona desde el principio dedicada *ex profeso* a tallar los leones de esquina. En este ultimo caso el tiempo total no cambiaría en exceso aunque sí el reparto de las tareas. Finalmente se procedería al montaje del monumento. Éste podría comenzarse unos días antes de la terminación de las esculturas ya que en primer lugar tendría que allanarse y preparar el terreno mediante una capa de barro endurecido, realizar la cremación del difunto y a continuación proceder al ensamblaje de los sillares de la base y del resto de los elementos arquitectónicos que lo constituyen. Esta tarea podría durar hasta 20 días contando con un equipo de entre 4 y 6 personas.

Si exceptuamos el monumento que implicó un equipo de trabajo especializado para su elaboración, el resto de las estructuras de piedra de la necrópolis de Pozo Moro no presuponen conocimientos profesionales para su ejecución y por tanto tampoco un equipo dedicado a tiempo total a estas labores. Dicho esto, hemos querido consultar a un cantero la inversión de trabajo necesaria para realizar un túmulo de piedra escalonado de 2,5 por 2,5 metros y 1 metro de altura. Con esta información, podremos comparar en términos cuantitativos las horas de trabajo invertidas en la construcción de un túmulo de piedra con respecto a uno de adobe. Como la piedra empleada en los túmulos no lleva labra previa, la única inversión sería el corte en «V» en la cantera que llevaría unas 210 horas, lo que supone unos 17 días de extracción para una sóla persona, aunque lógicamente participarían más individuos y se extraería más cantidad de piedra de la necesaria para un túmulo de estas dimensiones, almacenándose para cuando fuera necesario su uso. Además habría que contar con el montaje de la estructura. Todo el proceso llevaría entre 6 y 9 días contando con la participación de 2 o 3 personas.

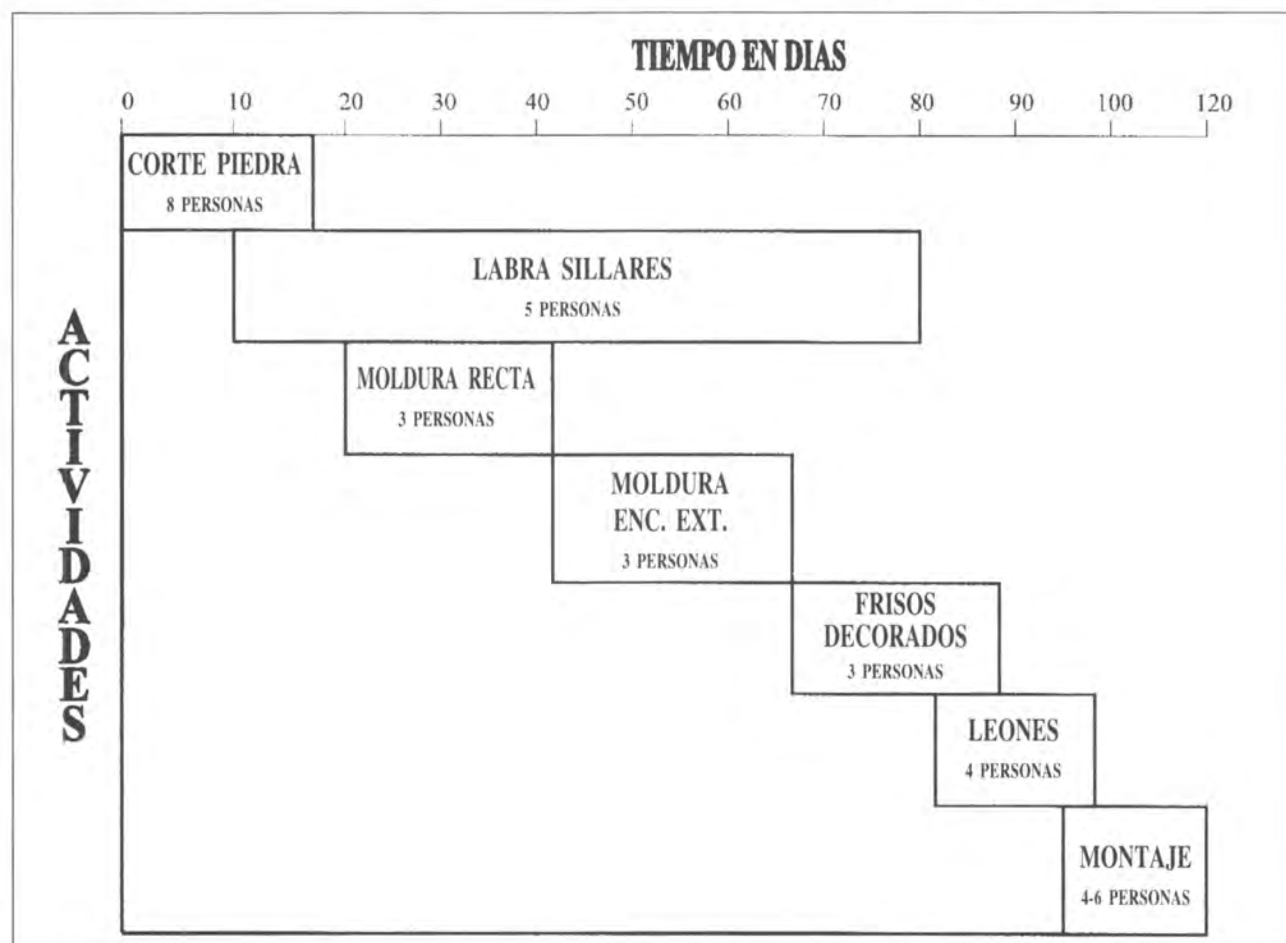


FIGURA 6.4: *Planificación temporal de la construcción y montaje del Monumento de Pozo Moro.*

Adobe: la elaboración y construcción de túmulos y cistas

El adobe fue el principal material de construcción en la arquitectura domestica del Próximo Oriente Antiguo, especialmente en los *ziggurats*, recintos urbanos, palacios y viviendas. En Grecia también fue ampliamente utilizado desde el Neolítico hasta época Clásica, empleándose en la construcción de murallas y en edificios públicos y privados. En las *poleis* griegas, los adobes se solían comprar a suministradores locales, que cobraban discretos dispendios, ya que la arcilla para construir 100 piezas valía en época clásica 4 dracmas, mientras que ya elaborados costaban 36. El fabricante cobraba al día 2 dracmas y media, y su asistente una menos (Lawrence 1979: 211). En Etruria se documenta la constancia de adobes desde el siglo XII a.C., primero sin zócalo de protección y luego sobre zócalo de cantos como en las casas de Marzabotto (Lawrence 1979: 212). También en la época de la Republica romana se usó frecuentemente el adobe en edificios civiles y privados al menos desde el siglo II a.C. En la *Narbonensis* se constata el uso del adobe desde el 600 a.C. en la zona entre el mar y el lago Berre, considerándose en este caso una importación del Mediterráneo. En el Norte de África existen numerosos ejemplos de empleo del adobe anterior a la influencia helenística o cartaginesa (Asensio 1995b: 30-32).

En la Península Ibérica el origen de la utilización de los adobes se remonta al Calcolítico, aunque será en época ibérica cuando se generalice su uso, sobre todo en las áreas orientales. En estas regiones su uso es masivo, apareciendo en casi todos los yacimientos conocidos en obras públicas de carácter defensivo o civil, viviendas privadas e incluso en las necrópolis. La utilización de este material debió obedecer a la conjunción de la tradición constructiva del Bronce Final con la influencia mediterránea a partir de las colonizaciones (Burillo 1985: 115).

La utilización de adobes en contextos ibéricos se documenta tanto en lugares de hábitat como en cementerios. Es en los primeros donde se ha centrado la investigación. Las dimensiones de los adobes no parecen ser constantes sino adaptadas a las distintas necesidades y tradiciones locales. Así, los del Bajo Aragón parecen responder a un módulo de adobe muy largo, que no comparte con los documentados en el Valle Medio del Ebro (Asensio 1995: 35), ni con los de Villatobas en Toledo (Urbina *et al.* 2002). Estas diferencias, en parte se explican porque el adobe en su secado sufre una serie de contracciones que dependen de la composición y proporción de la mezcla y sobre todo de la fragua y el secado, lo que produce que en una misma construcción realizada con adobes de idéntica procedencia hallemos sensibles diferencias de color y dimensiones, que pueden llegar al 10-15%. José Ángel Asensio ha identificado 4 módulos en los que encajan la mayoría de las piezas encontradas hasta el momento en contextos peninsulares. El primero, corresponde a un módulo antiguo de 15×9×7 cm., el segundo, de 30×20×10 cm., es el doble del primero y responde a un módulo indígena que quedaría reafirmado tras la conquista al coincidir aproximadamente con el pie romano. El tercero es un módulo de 40×30×10 cm., y responde también a una doble tradición, local por un lado e Itálica por el otro, ya que equivale a un *cubitus* (1,5 pies). Módulos de este tipo se encuentran en La Picola en Santa Pola, Alicante (Moret y Badie 1998: 59), en el poblado ibérico de El Oral y en San Fulgencio, Alicante (Abad y Sala 1993). En niveles del siglo IV-III a.C. de El Puntal del Llops y en el Amarejo aparecen medios módulos de 30×20 cm. que coinciden exactamente con los medios módulos de La Picola, Ullastret y *Emporiom* utilizados en casas y calles y que se corresponden con el modelo metrológico griego, concretamente con el pie jonio-ático (Moret y Badie 1998: 59). El cuarto tipo, de 50×30×10 cm. podría responder al codo púnico de 50-52 cm. aunque también pudo tener procedencia en Grecia (Asensio 1995a: 388-89). Por último, hay una serie de piezas que no encajan en ninguno de los módulos antes mencionados como un adobe de 38 cm. de longitud por 15 de anchura y 14 de altura, documentado en el yacimiento de La Gessera de reciente publicación (Belarte 1999-2000).

Las piezas se unen entre sí mediante una capa de barro o argamasa de entre 5 y 10 mm. de espesor. Tanto en viviendas como en túmulos de adobe se ha documentado un enlucido posterior a la colocación que respondería a una doble funcionalidad, por un lado, aislar de la humedad y proteger de la erosión y por el otro, regularizar el acabado (Belarte 1999-2000: 86).

En las necrópolis también se ha documentado el uso de los adobes, aunque en muchas de ellas, excavadas de antiguo, no se detectaron estas estructuras. Hasta el momento no han sido objeto de un estudio detallado en las publicaciones, lo que hace muy difícil extraer conclusiones sobre dimensiones o composición de los mismos, para intentar establecer diferencias o similitudes con los utilizados en los asentamientos. Sin embargo, por lo que hemos podido observar en necrópolis con estructuras bien conservadas como Castellones de Ceal y el mismo Pozo Moro, los adobes que se utilizan para cubrir los *loculi* son muy irregulares y de mayores dimensiones, a modo de losetas, que los del alzado de las estructuras tumulares. Así en Castellones las longitudes de los adobes que sellan la tumba 11/145 van de los 40 a los 56 cm. y las anchuras de los 23 a los 30 cm. En cuanto a los alzados de los túmulos, presentan una mayor regularidad entre los adobes de una misma estructura, con longitudes que están entre los 31 y los 45 cm. en función de la envergadura de la tumba (elaborado a partir de Chapa *et al.* 1998). En Pozo Moro sólo se identificaron las cistas de adobe y la primera línea de

adobes de las estructuras, al pasarse por alto los alzados en el proceso de excavación. Los tamaños de los adobes conservados son también muy heterogéneos. Van del 1,42 m. de longitud de la tumba 5D5 a los 30 cm. de las piezas más pequeñas documentadas en varias tumbas. Parece existir una repetición relativamente frecuente de una medida, los 45-48 cm. de longitud, módulo que esta presente en la mayoría de las tumbas que utilizan este material. En cuanto a las anchuras, los tamaños oscilan entre los 9 y los 36 cm., siendo las mas frecuentes medidas entre 27-33 cm. y en torno a 18 cm. En la necrópolis de la Punta del Barrionuevo de Iniesta, Cuenca, se documentaron numerosas estructuras realizadas en adobes. La 3008, es una construcción cuadrada de 2,5 m. de lado y 1,25 metros de altura, construida con adobes blancos y rojos de 40×35×12 cm., buscando un sentido ornamental o/ y simbólico (Valero 1999).

A pesar de lo precario de los datos, parece que el módulo utilizado en los contextos funerarios es más largo y sobre todo más ancho que el que se utiliza en los poblados, por lo que es posible que los adobes utilizados en uno y otro contexto se realizaran independientemente, quizá como una forma de separar simbólicamente una misma tarea, dotando de contenido ideológico una actividad de la vida cotidiana.

Analizados los datos procedentes de los contextos arqueológicos, nos acercaremos a las técnicas de trabajo tradicionales documentadas por la bibliografía en la provincia de Segovia (Tallés y Zapata de la Vega 1987), para después describir el testimonio de un informante propio que trabajó el adobe siendo joven, en el que nos hemos centrado para acercarnos a las estimaciones de tiempo invertido en la realización de los túmulos. También contamos con los datos que amablemente nos facilitaron en La Escuela de Arqueología de Plaza de Moros en Villatobas, Toledo (Urbina 2002 y comunicación personal).

Técnicas empleadas en la elaboración de los adobes (Tallés y Zapata de la Vega 1987).

En primer lugar se extrae el barro, separando con un pico las vetas de barro, que posteriormente se recogen con una pala y se echan en espuertas para su transporte. Antes de moldear el barro hay que prepararlo echando en una pila la cantidad necesaria para después añadir el agua. Luego hacen pasar por encima unas caballerías, en fila dando vueltas alrededor de ellas durante un par de horas. Con ello se consigue que el barro quede amasado y mezclado, deshaciéndose los terrones. Una vez amasado, se toma una brazada de barro y se mete apretándolo en el molde de forma paralelepípeda del tamaño deseado, colocado sobre un tablón. Una vez relleno, se repasa con agua para que la pasta quede bien repartida. Luego se rasa el molde con la palma de la mano. A continuación, se da la vuelta al molde separándose de la madera y por fin, se saca para dejarlo a secar durante cuatro días, dependiendo de la climatología. Pasado este tiempo, se apilan las piezas en palés de 300 o 400, de forma que favorezca su secado, durante otros cuatro días.

Las *materias primas* empleadas son barro y agua. Ambas se obtienen en lugares cercanos al de trabajo. Es el propio artesano el que se encarga de extraer y transportar el barro.

Las herramientas utilizadas para la extracción del barro en las vetas son pico, azadón y pala. La azada para hacer trozos de barro manejable, un cajón para trasladar la mezcla, en caso de que no se fuera a trabajar *in situ*, los moldes de madera con la forma del contorno del producto a realizar. La fabricación de los moldes se encarga a un carpintero, siendo la persona encargada de su realización el que decide las dimensiones y formas que tendrán. Su mantenimiento sólo requiere la limpieza con agua de los restos de barro. Además, es necesaria una tabla de madera que se coloca como base del molde para que no se salga el barro, un recipiente para contener agua y una rastra para allanar y limpiar el piso sobre el que se colocan las piezas para su secado.

Inversión de trabajo

Para este estudio hemos contado con el testimonio de un informante nacido en el pueblo salmantino de Puebla de Yeltes, quien trabajó de joven el adobe para la construcción de su casa y la de sus familiares, así como para venderlos y sacar un jornal extra. Hoy día esta técnica ha desaparecido por completo en la zona y de ella sólo quedan los testimonios de la gente que los fabricaba hace años y las construcciones que aún quedan en pie realizadas en este material.

El picado o extracción del barro de las barreras se realizaba con picos y duraba dos o tres días, dependiendo de la cantidad necesaria. El amasado del barro llevaba un día y a continuación la masa se colocaba en unos moldes rectangulares de unos 35×15 cm. hechos de tablones de madera ensamblados. Según la destreza, se fabricaban entre 200 y 500 adobes por persona y día [8]. Por último, se dejaban secar unos dos días, dependiendo de la climatología, colocados en fila y de canto para que se secaran por igual. Cuando llovía los adobes se malograban y había que repetir el proceso. Las construcciones de adobe las realizaba un albañil y se levantaba con mucha rapidez trabando los adobes entre sí con barro.

En la Escuela de Arqueología de Plaza de Moros (Villatobas, Toledo) se han llevado a cabo trabajos experimentales para la elaboración de adobes realiza-

[8] Consideramos jornadas de trabajo de 10-12 horas.



Izda. Fabricación de adobes. Villatobas, Toledo, julio de 2001.



Arriba. Llenando los moldes y enrasando. Villatobas, Toledo.

FIGURA 6.5: *Fabricación de adobes en Villatobas, Toledo. (Fotos Ezequiel Martínez).*

dos con la misma composición que los documentados arqueológicamente, con la finalidad de que sirvieran para levantar una estructura de habitación de 6 por 3 metros. La construcción de la casa ha quedado detenida de momento en espera de la subvención necesaria, pero se llevó a cabo el análisis de la composición mineralógica de los adobes antiguos y se ensayó con los modernos hasta conseguir una composición similar. La unión entre los adobes se documentó mediante el análisis mineralógico y consistía en una mezcla de barro decantado y aglutinante que actuaba como un cemento. Para la fabricación de los adobes se contó con dos personas del pueblo que habían elaborado adobes en su juventud y con una tercera persona que siguió instrucciones para ayudar en la elaboración. Se trabajó en horario de mañana, de 8,30 a.m. a 2.30 p.m., durante un mes, excepto los fines de semana, obteniéndose 4.000 adobes, los necesarios para construir una casa de 6 por 3 metros y una planta de altura. El barro se obtuvo de un barrero cercano al yacimiento y se elaboraron unos 100 adobes por persona y día [9]. Únicamente implicaba más tiempo el secado de los adobes al sol, ya que la dureza necesaria para construir una vivienda de adobe tiene que ser muy grande y por tanto el tiempo de secado se prolonga. Es de suponer que la dureza de los adobes deseada para una tumba tendría que estar pensada para durar eternamente ya que tiene que albergar al difunto para siempre, es su *domus aeterna*.

La diferencia entre nuestro informante salmantino y la experiencia de la Escuela Taller de Villatobas es bastante considerable lo que se explica en parte por el número de horas de trabajo en uno y otro caso y en parte por la mayor pericia del que está acostumbrado a realizar una determinada labor.

Con estas informaciones constatamos que la elaboración de adobes en sociedades rurales hasta hace 25 años era una técnica conocida por una buena parte de los miembros de la comunidad que no implica conocimientos especializados y que se realizaban en el tiempo libre para restaurar las casas u otras edificaciones. La percepción del tiempo en los pueblos es o era distinta a la de las ciudades. Fuera de las labores del campo que se centran en épocas concretas del año, queda mucho tiempo libre para poder emplearlo en la elaboración de trabajos que puedan ser útiles para la economía doméstica y que permitan una mayor autonomía.

Dicho esto, hemos elaborado un cálculo del tiempo estimado de construcción de un túmulo de adobe de 2,5×2,5 metros, con dos niveles y un metro de alto. Se han considerado dos módulos distintos de adobes, uno de 30×20×10 cm. y otro de 25×12×10 cm. Con el primer módulo se necesitarían 1764 adobes calculando un 5% de piezas malogradas, mientras que con el segundo, harían falta prácticamente la mitad, 904. Con estos datos y sabiendo según nuestras fuentes [10], que una persona puede realizar en torno a los 300 adobes diarios de media, siempre que cuente con los moldes necesarios para hacerlos, se calcula que un grupo de 4 personas podría realizar los bloques necesarios para la construcción de un túmulo de las características ya mencionadas en un día y medio y una sola persona en algo menos de 6 días. El montaje del túmulo se realizaría en unas 4 ó 5 horas.

6.2. LOS AJUARES

Dentro de la diversidad de objetos de ajuar que acompañaron a los difuntos de Pozo Moro, hemos seleccionado dos tipos de piezas, por un lado las ar-

[9] La jornada de trabajo es de 8 horas diarias.

[10] Hemos hecho una media entre los 500 adobes diarios que podía llegar a fabricar una persona habituada a ello según nuestro informante de Yeltes y los 100 que se realizaron en media jornada por persona y día en Villatobas, Toledo.

mas y por el otro la cerámica. Las primeras por la relevancia que estos objetos tuvieron tanto desde el punto de vista funcional como por su valor simbólico y ritual en el seno de una sociedad de aristócratas guerreros y la segunda, por la importancia cuantitativa que tiene sobre el total de objetos de ajuar y por la diversidad de formas y decoraciones que presenta.

Con este estudio pretendemos establecer un baremo objetivo para calcular mejor el valor de los objetos depositados en las tumbas. Para ello analizaremos las técnicas de trabajo y la inversión de tiempo empleado en la realización de cada tipo de objeto, así como el valor del material empleado, que a su vez depende de su rareza, de la distancia de la fuente de obtención y de la cantidad utilizada.

Somos conscientes de que, a pesar de que nuestro estudio parte de las técnicas de trabajo tradicionales, los condicionantes en los distintos momentos de uso del cementerio pudieron ser diferentes, por lo que habría que contar con un margen de error en las estimaciones. Sin embargo, el método comparativo es totalmente objetivo, ya que no establece un valor real neto para un determinado objeto, sino un valor relativo en relación a su coste real de obtención con respecto a un conjunto dado de elementos, lo que permite establecer comparaciones objetivas entre ellos.

Metalurgia: las armas y la orfebrería

Así como en la elaboración de las estructuras tumulares pensamos que no fue necesaria la participación de artesanos especializados, en la elaboración de los objetos metálicos presentes en las tumbas se lleva a cabo un trabajo altamente especializado que sólo pudo ser realizado por artesanos cualificados, que utilizaron, al menos en parte, procesos estandarizados de trabajo. Es precisamente en los ajuares donde vamos a poder establecer la inversión en horas de trabajo de forma que sea un criterio objetivo a nivel comparativo, para poder valorar la importancia de los objetos depositados en las tumbas.

Para acercarnos a los procesos de trabajo de la metalurgia tradicional hemos contado con los estudios etnográficos realizados por Ana Belén Tallés Cristóbal y Javier Zapata de la Vega en la provincia de Segovia (Tallés y Zapata 1987), con la información procedente de los análisis llevados a cabo en la reconstrucción de una herrería rural romana del siglo I d.C. de la provincia de Tarragona, único centro siderúrgico rural que por su excepcional conservación ha permitido un estudio detallado de las estructuras y de los elementos fabricados en una forja romana en el Noreste de la Península Ibérica (Revilla Calvo *et al.* 1996), con las referencias a estos procesos en publicaciones arqueológicas y con el testimonio de Mariano Ostalé y Jose Manuel Pastor, socios de la empresa Arqueódromo de Zaragoza, dedicada a la reproducción de piezas arqueológicas, arqueología experimental y etnoarqueología.

Hasta la llegada de los romanos a la Península Ibérica, los cuales introducen nuevos sistemas basados en la explotación en galería, cabe suponer que no existían grandes minas o explotaciones subterráneas, sino explotaciones a cielo abierto a partir de la recogida de óxidos férricos en zanjas y escarbaderos de escasa profundidad practicadas en suaves laderas, que suministrarían sin demasiado esfuerzo lo necesario para la producción del utillaje doméstico y bélico (Madroñero y Ágreda 1989: 109-18).

Los lingotes de hierro, procedentes del forjado de la masa esponjosa del hierro generada por la reducción del mineral en el horno, eran la materia prima con la que se elaboraban las herramientas. Fragmentos de este tipo de lingotes se han localizado en el área de trabajo del taller de Vilarenc en Tarragona. Todos los datos disponibles en Vilarenc apuntan a que estaríamos ante una forja de pequeña entidad que abastecería las necesidades fundamentales de un *fundus*. Estos lingotes probablemente fueron elaborados también en la propia herrería, aunque también pudieron ser traídas del exterior ya que el comercio de barras de hierro de sección cuadrada y rectangular en el Mediterráneo occidental en época romana, está documentado en numerosos pecios (Revilla Calvo 1996: 27). Estos lingotes también se han encontrado en contextos prerromanos de la provincia de Guadalajara como en El Palomar de Aragoncillo, un asentamiento vinculado a recursos mineros, y en otros, relativamente lejanos a las fuentes de metal como Torre de Codes, lo que podría estar indicando una circulación del metal semielaborado, al menos en un ámbito regional reducido (Martínez y Arenas 1999: 206). Las primeras fases del proceso de transformación del hierro debieron realizarse en establecimientos especializados fuera de las áreas de hábitat para evitar riesgos de incendio y la toxicidad de las emanaciones que se desprenden durante el proceso de combustión y, por motivos de economía en las inmediaciones de los puntos de extracción. En cambio, la fabricación de las piezas pudo realizarse en asentamientos de mayor envergadura, a los que el hierro llegaría en forma de tortas o porciones de metal preparadas para la forja (Martínez y Arenas: 206). En todo caso, la existencia de talleres metalúrgicos locales se documenta casi sistemáticamente en los poblados excavados en extensión, al menos en el área celtibérica (Lorrio *et al.* 1999: 180), lo que quiere decir que cada poblado tendría su pequeña forja en las que se realizarían los utensilios de primera necesidad y además existirían talleres especializados en piezas de mayor dificultad que probablemente abastecerían mercados más amplios.

Desde la creación de los Altos Hornos de Vizcaya, ya no se obtiene el hierro del mineral sino que se compran las barras de hierro y se comienza a trabajar con la materia prima elaborada sobre la mesa. Si queremos acercarnos a la inversión real de tiempo que implica cada pieza deberíamos contar con esta fase

inicial de obtención del mineral de hierro aunque la dificultad de acceso a esta información nos hace centrarnos en los procesos de elaboración a partir de la barra de hierro.

El *hierro* es la materia prima principal que interviene en los procesos de elaboración para ser forjado y batido a golpe de martillo. El hierro empleado es del tipo dulce, ya que es la variedad más maleable dada su poca proporción en carbón. Además de las piezas realizadas en hierro, también contamos con un pequeño porcentaje realizado en bronce, es el caso del casco de la tumba 4F2, de las fíbulas, sellos y ciertos adornos. El *bronce* es una aleación de metales en distintas proporciones, el ternario lleva unas proporciones aproximadas de 12% de estaño y 88% de cobre, mientras el bronce ternario, característico de la Edad del Hierro en la Península Ibérica incluye un porcentaje de en torno al 10% de plomo, 12% de estaño y 78% de cobre. Se utiliza *ceniza* colada untada en los moldes durante la fase de fundido, para que no se pegue el metal. El *agua* por su parte, es imprescindible para el templado del hierro y para avivar la fragua. El *combustible* para la fragua es el carbón, que en época ibérica estaría en función de la materia prima disponible en los alrededores, probablemente pino y carrasca en la zona que nos ocupa.

Las herramientas empleadas en la elaboración son de hierro forjado, realizadas por el propio artesano según sus necesidades, recibiendo algunos de ellas en herencia. La reparación y conservación del instrumental la realiza el propio artesano.

Enumeraremos a continuación los instrumentos principales utilizado en una forja:

Martillos de varios tamaños, los más grandes denominados de forja, se usan para devastar la pieza de hierro caliente que se está trabajando; los pequeños, llamados de remachar, sirven para afinar en el batido del hierro.

El *yunque* es una pieza de hierro acerada de forma paralelepípeda central (vientre) de la que salen dos protuberancias o *peñas*, de forma cónica y piramidal respectivamente. Sobre el vientre del yunque y sus peñas, se machaca para batir y forjar el hierro que se está trabajando.

El *tas* sirve de apoyo y base en la forja de piezas pequeñas, mientras que el *macho* se emplea para batir el hierro caliente cuando es de gran tamaño.

Se utilizan *tenazas* de varios tamaños para sacar y meter las piezas del fogón así como para manipular la pieza que se está forjando en el yunque. El *caballete* sirve para sujetar las piezas muy largas que se están trabajando en el yunque.

El *tornillo* se emplea para fijar mediante dos mordazas articuladas, piezas de hierro para ser trabajadas a golpe de martillo.

La *rompedera* se emplea para romper piezas grandes de hierro en el yunque. Con la *tarjadera* se cortan las piezas grandes de hierro, mientras que con el *cortafríos* se cortan las pequeñas.

El *puntero* y el *granate* son útiles de hierro de forma alargada con sección circular y cuadrangular respectivamente terminados en punta, que se usan para marcar puntos en las piezas que van a ser trabajadas, golpeándolas por el extremo opuesto con un martillo sobre el yunque.

Aún no se han documentado en contexto arqueológico *moldes* de hierro que evidencien una industrialización del armamento, pero la amplísima dispersión de las armas de la Edad del Hierro Peninsular hacen pensar que esa industrialización tuvo que existir, por que si no, no hubiera sido posible abastecer mercados tan grandes, ni hacer frente a los encargos del ejército romano o armar a los mercenarios hispanos que lucharon con los ejércitos romano o cartaginés. Es lógico pensar que existieran pequeños talleres que atenderían las demandas locales y que realizarían armas personalizadas atendiendo las particularidades de cada cliente y talleres de mayor envergadura que se harían cargo de abastecer mercados mas amplios.

Finalmente, son necesarios una serie de objetos para mantener la fragua a la temperatura adecuada, como la *pala* para echar el combustible en la fragua antes y durante el encendido, la *badilla* y el fuelle para remover las ascuas del carbón y avivar el fuego siempre que hay que meter alguna pieza para su calentado en la fragua, el *hisopo*, que es un atizador con un mango largo y un trapo mojado en el extremo que se salpica sobre el fuego de la fragua, y dos tipos de *escobas*, una hecha de ramas de bálago que se usa para limpiar el ventilador del fuelle y otra de retama para barrer y limpiar el fogón de la fragua de los restos de carbón.

Por la información recuperada en la herrería de Vilarenc se deduce que el herrero, con un equipamiento limitado a una fragua, un yunque, martillos, pinzas, cincel, fuelle y las barras de hierro precisas, podía manufacturar y reparar, en caliente y en frío, muchos de los elementos de hierro de primera necesidad utilizados en una *villa* (Revilla Calvo 1996: 28).

Los datos disponibles sugieren que la técnica metalúrgica antigua era simple y no requería de instalaciones muy sofisticadas, en ellas el herrero no podía controlar la temperatura exacta de la fragua, pero por experiencia conocía el color que debía alcanzar el hierro para su trabajo. Atendiendo a las estructuras micrográficas observadas se puede afirmar que el herrero rural romano conocía y practicaba la mayoría de las técnicas de forja, lo que indica que se trata de un trabajo especializado, aunque no implicaba una elevada cualificación. La estandarización de los procesos técnicos y la homogénea gama del producto final hace pensar que el herrero rural era más un operario que repetía unas técnicas y prácticas adquiridas que un artesano que aportaba soluciones distintas a problemas específicos.

En las técnicas de forja se diferencian dos tipos:

1) Técnicas de modelado.

2) Técnicas de mejora de las propiedades de la pieza.



FIGURA 6.6: *Representación funeraria romana que ilustra el trabajo de la forja del hierro (Revilla et al. 1996).*

Las primeras consisten en la combinación de tratamientos térmicos y mecánicos para dar la forma deseada a un hierro y para expulsar los restos de escoria presentes en un metal. Estas técnicas se materializan al comprimir el metal entre dos superficies duras, el yunque y el martillo. La masa y la velocidad del martillo determinan la calidad del trabajo. A este grupo pertenecen las técnicas de recalcado, estirado, aplanado, doblado y soldadura en caliente. La aplicación de las técnicas de modelado suponía la pérdida de algunas propiedades estructurales del hierro o del acero. El reequilibrio o recristalización se lograba con alguna de las técnicas de mejora, como el recocido, que consiste en un tratamiento térmico a baja temperatura (menos de 800ºC), que restaura la maleabilidad y el equilibrio estructural. Con la carburación o aleación de hierro y carbono se aumenta la resistencia y con el temple o enfriamiento rápido por inmersión en agua o aceite se aumenta la dureza, aunque muchas de las propiedades del acero templado pueden obtenerse por el trabajo de endurecimiento mediante el martilleo en frío y el recocido a muy baja temperatura, forjándose mientras se enfría a temperatura ambiente (Revilla *et al.* 1996: 28; VVAA 1995).

La inversión de trabajo

La fabricación de armas supone el gasto en una materia prima apreciada que requiere unos conocimientos especializados para su manipulación y una considerable inversión de trabajo. A esto hay que añadir el valor simbólico, difícilmente cuantificable, que estos objetos tenían en las sociedades aristocráticas ibéricas.

Para cuantificar la inversión de trabajo necesaria para la realización de las armas que forman parte de la panoplia ibérica de Pozo Moro hemos contado con la ayuda de José Manuel Pastor Eixarch y Mariano Ostalé Martínez, socios de la Empresa Arqueódromo de Zaragoza [11].

A continuación se incluye un listado de los procesos de trabajo y las horas invertidas en la realización de las armas documentadas en Pozo Moro [12].

1. *Falcata*

La hoja de las falcatas analizadas procedentes de contexto arqueológico, «se fabricaba por apilamiento de varias láminas de hierro y acero, generalmente tres, soldadas a la calda a golpe de martillo sobre el yunque, proceso que confería a la pieza dureza y resistencia del filo cortante y una cierta flexibilidad y aguante al impacto sin romperse» (Gómez, Rovira y Montero 1995: 154). Para la elaboración de la hoja se parte de una lámina de metal en bruto de un grosor adecuado predeterminado por la experiencia. A partir de esta, se le va dando forma mediante martilleado que alterna la fragua y en frío. A continuación sigue una operación de desbaste y burilado que puede durar entre 10 y 40 horas, dependiendo de la tipología del arma y de la complejidad de las acanaladuras elegidas en el diseño. Posteriormente se ejecuta, si procede, el templado y se termina con el lijado y pulimentado. En el caso de querer añadir decoraciones incrustadas con metales, se realiza esta operación previamente al lijado y pulido. El tiempo invertido varía en función de la complejidad y profusión de la decoración. Por ejemplo, dos prótomos de caballo llevarían 30 horas. Un ejemplar con profusas decoraciones en ambas caras de la hoja puede llevar hasta 180 horas. La ejecución del mango se realiza a partir de un tarugo de madera. El proceso incluye su tallado y labrado y la incrustación de metales nobles, para terminar con el remachado con pasadores y arandelas y un repasado final. Todo ello supone, según el modelo elegido, entre 22 y 60 horas.

La *vaina* de la falcata precisa para su elaboración del recortado y cosido del cuero con la forma adecuada y el posterior remachado de las abrazaderas metálicas que han de estar debidamente acabadas para evitar cualquier manipulación posterior que podría deteriorar el cuero. Si se le añaden cantoneras y contera metálicas son 5 horas más. Si la parte vista del cuero se repuja, este trabajo lleva de 2 a 6 horas dependiendo del diseño.

[11] La empresa Arqueódromo se dedica a la elaboración de réplicas arqueológicas reproduciendo técnicas tradicionales y realizando un exhaustivo trabajo de documentación del registro arqueológico y de las fuentes documentales disponibles como la numismática, la escultura en piedra, los exvotos o la cerámica.

[12] Agradecemos la detallada información proporcionada por Mariano Ostalé y José Manuel Pastor.

FALCATA	INVERSIÓN EN HORAS Sencilla	Compleja
HOJA		
Martilleado	4	4
Desbast/Burilado	10	40
Templado	2	2
Lija/pulimentado	6	10
MANGO	22	60
FUNDA		
Cuero	20	22-26[13]
Refuerzos metálicos	25	25
DECORACIÓN	30	180
TOTAL		
1.Con decoración y vaina metálica	**99**	**321**
2. Sin decoración y vaina de cuero.	**64**	**142**

FIGURA 6.7: *Horas de trabajo para fabricar una falcata.*

Una falcata sencilla, sin decoración y con vaina de cuero llevaría unas 64 horas de trabajo, es decir unos 8 días de trabajo, mientras que esta misma falcata con decoración compleja, llevaría casi 100 horas, unos 12 días. Si hablamos de falcatas más elaboradas la inversión de horas de trabajo se dispara llegando a 40 días de trabajo para la más elaborada.

2. *Espada de La Tène*

A partir de la lámina de hierro se precisan 5 horas de forja y 3 de lijado y pulido. Un mango sencillo de las espadas de La Tène de tipo antiguo con dos piezas de madera torneadas y remachado al espárrago de la hoja puede terminarse en 8-13 horas, pero existen enmangues con taraceas o incrustaciones y/o adornos de metal que pueden llegar a incrementar considerablemente los tiempos de ejecución. Los de hueso o marfil precisan de tiempos parecidos. De los enmangues de madera apenas tenemos testimonios conservados en contexto arqueológico, pero sabemos que no todas las maderas sirven, pueden elegirse por su resistencia y por su belleza. Hay maderas nobles más duras que el hueso y la dificultad de su labrado incrementa su valor y su aspecto final.

3. *Espada de frontón o de antenas*

El tiempo de forja necesario para obtener la hoja en bruto es de 4-5 horas y de otras 3 para la terminación pulida. La verdadera dificultad de este arma es la realización de las acanaladuras longitudinales de la hoja, que para una ejecución sencilla de 4 acanaladuras rectas y en paralelo implica 6 horas de trabajo. La vaina requiere de unos tiempos parecidos a los de la vaina con cantoneras metálicas de las falcatas. La fabricación del mango de estas espadas lleva de 10 a 12 horas por las superestructuras metálicas que suelen llevar y que requieren de una gran precisión para su ajuste.

La inversión total alcanzaría las 50 horas de media, lo que supone algo más de 6 días de trabajo.

4. *Soliferreum*

El proceso técnico de fabricación es el de forjado en fragua. La terminación puede ser muy variada por las distintas decoraciones que tienen en la zona central con secciones trapezoidales o adornos de volutas que suelen realizarse con lima.

Los tiempos de fabricación de este tipo de armas no son muy elevados, ya que un *soliferreum* de 170 cm. de longitud podría estar terminado en menos de 12 horas o lo que es lo mismo 1,5 días de trabajo.

ESPADA DE FRONTÓN/ANT	INVERSIÓN EN HORAS
HOJA	
Forja	4 -5
Pulido	3
Acanaladura	6
MANGO	10 -12
FUNDA	25
TOTAL	**48 -51**

FIGURA 6.8: *Inversión en horas para fabricar una espada de frontón o de antenas.*

	INVERSIÓN EN HORAS
SOLIFERREUM	170 -180 cm
Forjado	8
Terminación	1,5 - 4
TOTAL	**9,5 y 12**

FIGURA 6.9: *Tiempo necesario para fabricar un* soliferreum.

5. *Puntas de lanza*

Una punta de lanza de 18 cm. con nervadura central como la de la tumba 4G1 de Pozo Moro, parte para su elaboración de una plancha de hierro que se forja en bruto con la ayuda de los tases del yunque, haciéndole el cuello sobre un molde. A continuación, se estira la hoja sobre el yunque resaltando los nervios con una matriz fija y otra sobre martillo. Para una hoja de 65 cm. el proceso es el mismo, cambiando únicamente los moldes y matrices por ser las lanzas largas normalmente de una tipología distinta, aumentando los tiempos de trabajo en proporción aritmética a la longitud de la hoja.

Una punta de lanza corta puede llevar entre 8 y 10 horas, mientras que una larga supondría una inversión de entre 28 y 36 horas, lo que supone 3,5 días y 4,5 días respectivamente.

[13] Según el diseño del repujado del cuero.

	INVERSIÓN EN HORAS	
LANZA	**Corta** (18 cm.)	**Larga** (65 cm.)
Forja	6-8	21-29
Lijado/Pulido	2	7
TOTAL	**8-10**	**28-36**

FIGURA 6.10: *Inversión en horas para la elaboración de lanzas.*

6. *Regatón*

Para un regatón de unos 10 cm. de longitud el tiempo necesaria viene a ser de una hora de forjado y 10 minutos para su terminación. El procedimiento es el mismo que para las lanzas pero sin la hoja. Las dimensiones no resultan determinantes en el tiempo de elaboración.

7. *Escudo largo*

Un escudo de tipo galo, de capas de madera encoladas y moldeadas, con forro de cuero, umbo de hierro sencillo redondo o de mariposa, manilla de madera o hierro y cantonera superior e inferior metálicas, lleva aproximadamente 40 horas de trabajo, sin contar la posible decoración del umbo o de la cubierta exterior.

8. *Casco de tipo Montefortino*

Se parte de las planchas metálicas de forma y espesor dados por la experiencia y sobre ellas se dibujan las formas de los desarrollos. Se bate hasta conseguir la calota y, poco a poco, se le va dando la forma deseada. Se le añade entonces el botón de remate mediante forja o soldadura y las carrilleras con los correspondientes abisagramientos. Se termina remachando las piezas de adorno y las cubriciones de cuero o fibra vegetal. Un casco liso, sin adornos, incrustaciones, ni labrados, puede llevar unas 170 horas de trabajo. Si se le añade decoración incisa como la del casco de la tumba 4F2 de Pozo Moro, se tardarían unas 60 horas más.

Además de los de las armas, valoraremos también los procesos técnicos e inversión de trabajo de la *orfebrería* recuperada en las tumbas de Pozo Moro.

Desde el periodo orientalizante la orfebrería se considera especialidad independiente de las actividades metalúrgicas, identificándose distintos talleres. Durante el periodo ibérico se amplia el sector social que puede acceder a los objetos de oro. Se produce una mayor estandarización tipológica y se detecta una fabricación industrializada de muchos de los tipos más frecuentes. Tanto en el aspecto técnico como en el iconográfico resulta evidente la influencia de la orfebrería griega, común a toda la cuenca del Mediterráneo. La orfebrería ibérica se caracteriza por la integración plena de las técnicas de filigrana y granulado en sus procesos de trabajo (Perea 1991: 279-282).

Para los objetos de orfebrería como fíbulas, pendientes o brazaletes, se esculpe el modelo y se funde «a la cera perdida». Éste es normalmente el proceso utilizado para el oro, la plata o el bronce, sin mas diferencias que los distintos tiempos de fusión y temperatura necesarios para cada metal. Una vez fundidas las piezas, se repasan y pulen y se montan si se trata de una composición. En una fíbula de plata de tamaño medio, una vez fundidas las piezas, el montaje del puente con la aguja, el pasador, el muelle y los remates del pasador, requiere unas 2,30 horas hasta dejarla pulida y en funcionamiento. Los tiempos de realización dependen de la complejidad de la decoración de forma que hemos establecido unas medias de 3 horas para los brazaletes de bronce, 2 horas para los pendientes más sencillos y 3 para el más complejo.

En el caso de los metales, a la inversión en horas de trabajo hay que añadir el valor relativo del oro, la plata, el bronce y el hierro en la antigüedad, su dificultad de adquisición en función de la lejanía de la fuente y la mayor o menor abundancia de la materia prima. Resulta muy difícil acercarse a la equivalencia de los metales en época ibérica ya que no tenemos constancia escrita que nos ofrezca dicha información, sin embargo si podemos llegar a un marco de referencia a través de la documentación que nos proporcionan los juegos de ponderales, el dinero premonetal y las primeras monedas de bronce y plata (García Bellido 1999: 366).

La costa mediterránea de la Península Ibérica estaba tan cerca de las explotaciones de *Carthago Nova* y Castulo, que debió valorar la plata por debajo del precio romano. «Este material se extraía de las galenas argentíferas del Sureste, de Sierra Morena, del cinturón piritífero onubense y de otras mineralizaciones más diseminadas» (Gómez, Rovira y Montero 1995: 154). La moneda indígena parece constatar una gran baratura de la plata en la Citerior respecto al resto del Mediterráneo Occidental (García Bellido 1999: 384).

Los metales de producción propia sirven de referencia para los restantes metales siguiendo una ratio de mercado. Así en Lidia el valor de referencia era el electro, en Grecia la plata y en Roma el cobre (García Bellido 1999).

En Grecia el ratio oro/plata se mantiene entre 1.11 y 1:14 gm., y en Roma, aunque los momentos de crisis generan numerosas fluctuaciones en las equivalencias a lo largo del tiempo, se encuentra en 1 gm. de plata = 120 de oro. Por su parte, en el Mediterráneo 1 gm. de plata equivalía a 60 de Ae. (García Bellido 1999: 365-66).

Fenicios y griegos acuñaron plata con un valor idéntico de 4,70 gm., valor que podría ser el patrón ibérico levantino (García Bellido 1999: 366).

El ratio oro/plata a finales del siglo III, momento de creación del denario en el que el oro pasa a ser el metal patrón, en el occidente mediterráneo era de 1:120.

Es la moneda bárquida la que ofrece más información por acuñar los tres metales en valores grandes. El peso de la unidad de Ae es de 8/9 gm. desde sus

primeras acuñaciones hasta después del 212 que asciende a 10/11 gm., posiblemente para revalorizar la plata y evitar que se atesore. La ratio en épocas conflictivas sería de 1 Ag = 120 gm. de Ae. Esta ratio parece encontrarse también en las monedas hispano-cartaginesas y en las saguntinas. En época de paz esa ratio sería mucho más baja, del orden de 1= 80. En cuanto a la relación del oro y la plata tendríamos un ratio de 1 Au: 11 1/3 g. Ag en Hispania, mucho más bajo que en Cartago y Sicilia donde el coste del oro era 114 gm. de plata (García Bellido 1999: 367).

La plata en Hispania estaba mucho más baja que en Italia y Sicilia, siendo en la primera 1 Ae: 11 1/3 Ag. y en las segundas, 1 Ae = 14 gm. Ag. Del 1 Ag. = 80 Ae de hispania se pasa al 1:120 de Roma (García Bellido 1999: 384).

Referencia del Bronce / Plata 1:10.

Hacía el 200 d.C. los valores de referencia de la plata son:

Ampurias 1.84

Península Ibérica 1:80

Roma 1:120

Del Bronce:

c. 1. 79 bronces de 15,4 gm. respecto al denario de 3,9 o de c. 1:84 en areikoratikos.

Hubo una tendencia de la moneda hispano-cartaginesa a controlar la reciprocidad de los valores monetales, se hicieron adaptaciones para que las monedas de plata, oro y bronce fueran intercambiables por un número exacto de piezas en cada emisión:

1 estatera de Au de 7,50 gm. = 12 sículos de 7,14 Ag (85,68 gm.)

1 siclo de 7,14 = 100 calcos de Ae de 8,6 gm. (en gramos 7,5 Au = 85, 68 Ag = 10.281 Ae).

Partiendo de la información recopilada sobre las equivalencias de metales en la antigüedad, y teniendo en cuenta que estas no son fijas y pueden modificarse en función de los acontecimientos, hemos establecido el siguiente marco de referencia para poder aplicarlo al caso de los ajuares metálicos de Pozo Moro. Utilizaremos pues los valores: 1 oro= 11 plata = 21 bronce.

La alfarería: sistemas tradicionales de obtención de materia prima y fabricación

Para acercarnos al estudio de la alfarería hemos optado por analizar la cerámica popular rural de las sociedades campesinas de la provincia de Albacete que aún utilizan técnicas tradicionales de trabajo. Para ello se ha contado con las investigaciones etnográficas realizadas en la provincia de Albacete y publicadas por María Asunción Lizarazu de Mesa (1983) y Javier Sánchez Ferrer (1989).

En la provincia de Albacete se encuentran tres focos o talleres alfareros dentro de los cuales se agrupan los centros de producción actuales:

1. *Chinchilla* y su área de influencia. Se caracteriza por una producción de obra pequeña, elaborada a torno y vidriada, con horno de planta redonda o cuadrada sin cubierta.

2. *Villarrobledo*. Elabora obras más grandes, sin vidriar y realizadas *urdiendo* [14] el barro dando vueltas alrededor de un *bolo* o pieza troncocónica de arcilla sobre la que se trabaja. El horno es de planta cuadrada cubierto con una cúpula con respiradero central.

3. *Tobarra*. Núcleo foráneo con alfareros procedentes de Bailén que realizan piezas sin vidriar o con vidriado interno en horno cubierto con una cúpula de doce *flameras* o aberturas.

Hemos elegido la zona de Chinchilla, de entre los tres alfares activos hoy día en Albacete, para analizar el proceso de trabajo y la estructura de un alfar tradicional por su cercanía geográfica al yacimiento de Pozo Moro y por la posibilidad de documentar una serie de técnicas de trabajo tradicionales, algunas de las cuales ya están en desuso, pero de las que aún queda memoria y que nos pueden acercar a los procesos de trabajo empleados en época ibérica, romana y tardorromana.

El centro alfarero de Chinchilla se mantiene gracias a tres aspectos fundamentales:

1. La alfarería es una actividad corriente en comunidades con un importante núcleo de población y una **larga tradición artesana**.

2. La necesidad de estos productos en la vida ordinaria de las poblaciones tradicionales, su facilidad de fabricación y la presencia de un **excelente barro en las inmediaciones**.

3. La posibilidad de abastecer a mercados cercanos.

La presencia de agua abundante, de arcillas de aceptable pureza, una masa forestal importante y la proximidad a ejes de comunicación fundamentales son los aspectos que condicionan el establecimiento de un alfar, tanto en la actualidad como en todos los casos documentados de época ibérica. Resulta interesante el conservadurismo que mantienen los alfareros en las formas cerámicas, manteniendo los mismos tipos y las especialidades en determinados recipientes a lo largo del tiempo.

Construcciones, materias primas e instrumental

Las *construcciones* con las que cuenta un alfar actual en Chinchilla son las siguientes:

1. Un *pozo* excavado o semiexcavado en el suelo con las paredes de adobes para almacenar barro una vez seco y machacado.

[14] Confección de tiras o rollos de barro que se unen y modelan con las manos para crear una pieza cerámica.

2. Superficie llana para picar el barro de unos 6 m^2 realizada con losas de barro cocido llamada *Era de losas*.

3. *Placeta* o suelo liso y duro realizado con agua y barro machacado extendido sobre una superficie barrida. Es el lugar donde se extiende el barro para secarlo y machacarlo sin que coja impurezas.

4. *Aljibe* de ladrillo y cemento usado para recoger el agua de lluvia que será utilizada para batir [15] el barro y durante el modelado.

5. *Pilón*. Media tinaja grande seccionada transversalmente que se usa para batir el barro.

6. *Balsas o pilas*. Construcción formada por tres recipientes exentos o adosados que se comunican entre sí, realizados en ladrillo revestido de cemento que se utiliza para batir y colar el barro.

7. *Losa de sobar*. Piedra de mármol adosada a la pared por un lado y apoyada en un pie de ladrillo por otro, ligeramente inclinada hacía el interior que sirve para amasar el barro con las manos y formar pellas [16].

8. *Horno* de leña. En Chinchilla es una construcción rectangular sin cubierta, localizada en el exterior del alfar y realizada en adobes de barro refractario cubiertos en el exterior por una capa de guijarros, paja y a veces ladrillo (Fig. 6.11).

Las *materias primas* empleadas en los alfares de Chinchilla son la *arcilla*, que se obtenía excavando profundos desmontes hasta localizar una veta de 3 metros de espesor a la que se llegaba abriendo un pozo. Este proceso se llevaba a cabo cada tres o cuatro años durante un mes o mes y medio. Los barreros mas importantes se encuentran en dos zonas, una cercana al cementerio llamada «El Bolán», de la que se extraía barro *flojo* o fino de color amarillo, y la otra es el Pozo Murcia del que se obtiene aún hoy día barro *fuerte* de color rojo.

La arcilla se compone de un 50% de sílice, un 15% o mas de aluminio, que le da el carácter de material refractario y entre un 3 y un 4% de agua que le dota de sus propiedades plásticas y que desaparece con el calentamiento entre 400 y 800º, perdiéndose con ella la elasticidad y produciendo porosidad y reducción de volumen. Por ultimo cuenta con un porcentaje de impurezas como el peróxido de hierro presente en una cantidad de entre un 7 y un 14%, que son las responsables junto con la oxidación y reducción, de la coloración negra, roja, rosada o amarilla que toman las pastas una vez cocidas.

El tipo de arcilla define las características alfareras de las distintas zonas, ya que cada tipo de barro necesita una elaboración diferente. Además, cada alfar tiene su propia personalidad, aunque ésta sea muy próxima a la de los talleres de zonas limítrofes que participan de condiciones físicas, económicas y culturales semejantes (Sánchez Ferrer 1989: 88). Esto

[15] Mezclar la tierra con agua antes de modelarla.
[16] Medida de barro que se deposita en el torno para realizar la pieza deseada.



FIGURA 6.11: *Horno experimental ibérico de arcilla con estructura bicameral (Garrido et al. 1995).*

explicaría la dificultad de encontrar dos piezas iguales en la cerámica ibérica, ya que la alfarería tradicional carece de la estandarización de épocas posteriores.

El *agua* es un elemento fundamental en la alfarería. En Chinchilla se usa el agua de lluvia que se recoge en un pozo. Para conseguir 1 kg. de arcilla utilizable son necesarios unos 10 litros de agua (Martínez y Castellano 2001).

Para la decoración se usan *productos químicos y naturales* y de entre ellos destacamos los que pudieron ser utilizados en la Edad del Hierro de la zona como el óxido de hierro y el óxido de manganeso.

Las *fuentes de energía* utilizadas como combustible en el horno, proceden de la zona de pinos o monte bajo de Chinchilla, utilizándose rama de pino o romero.

Los *instrumentos utilizados* en las distintas fases de elaboración de las piezas son los siguientes (Fig. 6.12):

Para la extracción de la arcilla de la veta se usa un *pico* y una *pala* para cargar la arcilla en las *espuertas*. En la preparación del barro se utiliza una *batidera* o *legón* para extender la arcilla en la placeta, un *porro* o martillo de mango largo usado para machacar los terrones de arcilla mas grandes y después machacar la arcilla con un *mazo*. La *palanca*, que consiste en dos piezas de madera colocadas en ángulo obtuso, se usa después del mazo para dejar la arcilla como polvo. Después se bate el barro en la primera balsa con un *rastro* y a continuación se criba para retener las impurezas del barro cuando éste pasa de

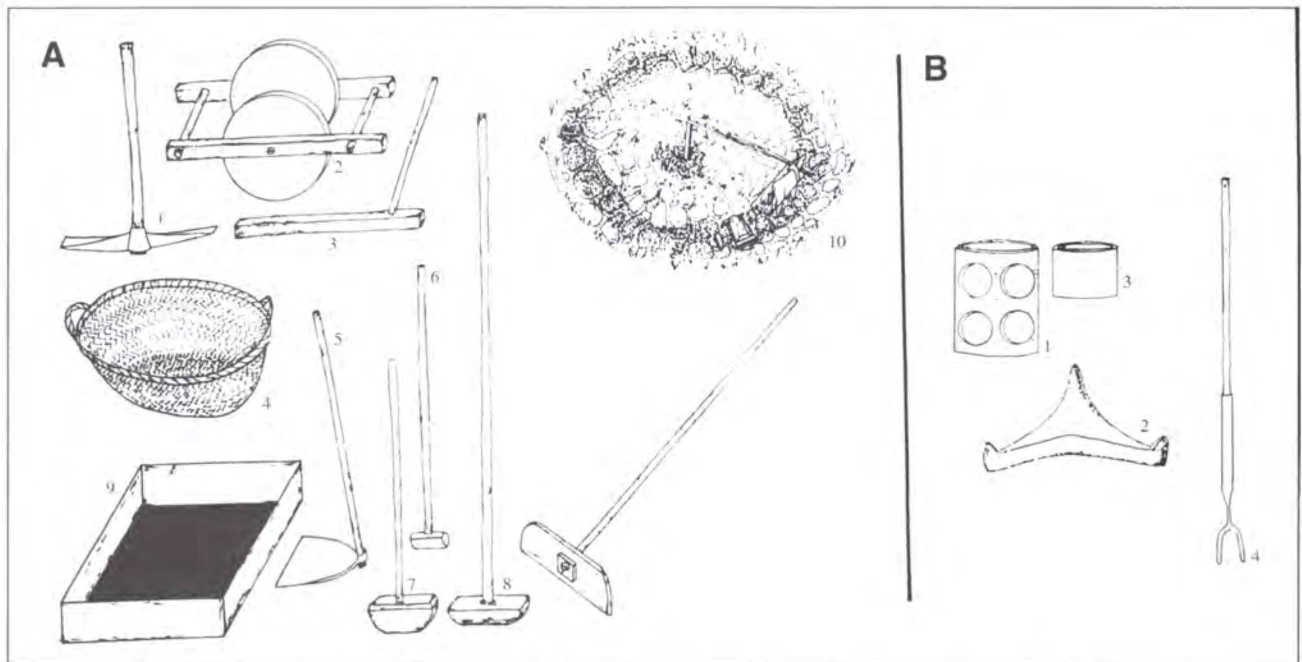


FIGURA 6.12: *A) Instrumentos utilizados en la extracción y preparación de barro: 1. Pico. 2. Garrocha. 3. Palanca. 4. Espuerta. 5. Legón. 6. Porro. 7. Mazo. 8. Rastro. 9. Criba. B) Instrumentos para enhornar: 1-3. Trébedes. 4. Horca. Basado en Lizarazu 1983).*

una balsa a otra. Con una *hoz* se cortan trozos de barro almacenado para trabajarlo pisándolo, y una vez pisado, para sobarlo. Por ultimo, con una *espátula* se raspa el barro que queda en la losa de sobar.

En el modelado se necesita una *rueda* o *torno* (Fig. 6.14), que consta de dos ruedas paralelas unidas por un eje o árbol. Antiguamente el torno consistía en un árbol que giraba sobre una piedra con una hendidura central y en su mitad superior se sujetaba con un travesaño que iba de la pared a la mesa con un pellejo de liebre o una alpargata de cáñamo. Para contener el agua en la que se humedecen constantemente las manos durante el modelado se utiliza un recipiente de barro cocido denominada *albañal* y para alisar las paredes durante el modelado, un trozo de caña cortada longitudinalmente. Con una *alpayata* o trozo rectangular de cuero o badana se da lustre a las paredes exteriores de la pieza y se pule la boca durante el modelado. Para separar la pieza de la cabeza del torno se usa un hilo de algodón o bramante y con un *fleje* o cinta metálica acodada en los extremos se elimina el barro sobrante de la base de la pieza.

En cuanto a la decoración, se usan *pinceles* fabricados con un cañón de madera en el que se introduce una mata de pelo de animal, plumas de gallina y alambres o *punzones* para realizar motivos incisos.

Para la cocción se utilizan, sobre todo con platos, *trébedes* o piezas de tres brazos de arcilla cocida para separar una piezas de otras y evitar que al cocer se *besen* las piezas. Con la *horquilla*, instrumento de dos puntas paralelas tubulares y un mango largo de madera, se introduce la leña en el interior de la caldera y se atiza el fuego.

Técnicas de fabricación

En este apartado vamos a considerar las técnicas empleadas en la elaboración del barro, las utilizadas para la creación de la pieza, las decorativas y las de la cocción.

Técnicas empleadas en la fabricación del barro desaparecidas en la actualidad

La búsqueda de las vetas la realiza el alfarero, quién con su experiencia distingue las mejores arcillas. En Chinchilla la arcilla se extraía picando con azón y pala, transportando después el barro al alfar con carros o caballerías, y dejándose a la intemperie hasta que había suficiente para ser preparado. Después se extendía la tierra en la placeta y se hacían surcos con la azada de madera para que se secara toda por igual al removerla. Una vez seca y desmenuzada, se almacenaba en pozos. El barro que se iba a utilizar en unos meses se picaba convirtiéndolo en polvo en la era de losas. Cada variedad de tierra se picaba por separado y se mezclaban cuando se echaban al pilón, con el fin de conseguir un barro que al mezclarlo con agua adquiriera la plasticidad adecuada para poder trabajarlo. Tras la preparación dél barro sería aconsejable su pudrición, que consiste en el reposo de la arcilla en un lugar húmedo y oscuro para que las bacterias y microorganismos digieran la materia orgánica y evitar así efectos no deseados en el proceso de cocción, como la coloración interna oscura de las pastas (Martínez y Castellano 2001: 144). Se mezclaba el polvo con el

agua a mano (fig. 6.13) y después se colocaba en un enlosado que previamente se había barrido y espolvoreado con ceniza y allí se pisaba durante una hora y media para amasarlo y darle homogeneidad. Finalmente, mediante el *sobado* se eliminan las bolsas de aire que se forman en el barro.



FIGURA 6.13: *Amasado de la cerámica (Garrido et al. 1995).*

Técnicas empleadas en la elaboración del producto

Para el torneado de las piezas se utiliza el torno de alfarero. Según los paralelos conocidos, los tornos ibéricos debían de ser bajos y de rueda grande, movidos por un auxiliar, muy similares a los utilizados en la alfarería tradicional española hasta el siglo XX (Martínez y Castellano 2001: 144) y a los que se documentan en la decoración de algunas cerámicas griegas (Gran-Aymerich 1991). (Fig. 6.14).

Una vez modelada la pieza deseada se deja que consolide su forma sin dejar que pierda toda su humedad para que pueda manejarse sin peligro de deformación. Se orean en tablas de madera a la sombra durante varias horas o un día. Las partes suplementarias pueden modelarse con la mano cuando se trata de asas, o con el torno cuando se trata de pitorros, tapas, etc. Antes de pegarlas a la pieza, ésta se repasa en el torno humedeciéndola con la mano y se vuelve a pulir. Las partes añadidas se pegan por presión o dando una fina capa de barro fresco a la parte donde se van a colocar. A continuación, se procede a un segundo secado para que se endurezcan y pierdan humedad las piezas añadidas. Antiguamente se sacaban las piezas al sol para que se secaran mas rápidamente, aunque había peligro de que se deformaran si el secado era irregular o de que se estropearan si cambiaba el tiempo.

Las técnicas decorativas

Existen cuatro técnicas utilizadas en el alfar de Chinchilla que se documentan también en las cerámicas ibéricas y que a continuación enumeramos:

1. *Incisa*. Se realiza antes del segundo secado con un alambre o punzón.
2. *Cordones de barro* que se modelan con la mano y se adhieren al mismo tiempo que las partes suplementarias. Pueden llevar incisiones verticales o impresiones digitales.
3. *Calados*. Se realizan antes de que el cuerpo se endurezca con un palillo o alambre.
4. *Baños con otras arcillas*. Se prepara la greda machacándola y batiéndola con agua de forma que quede un poco espesa y después el baño se puede realizar de dos formas, introduciendo la pieza completa en la disolución, es decir, por inmersión o salpicando con las manos con greda más líquida. Si la decoración es de bandas paralelas o decoración geométrica variada, la greda se aplica con pincel y el artesano se ayuda de un compás. Para la realización de las bandas se utiliza la torneta de pintar y después se termina la decoración a mano alzada o a compás según el diseño elegido.

Otros procesos decorativos de tipos cerámicos muy frecuentes en los contextos ibéricos como el barniz rojo o el engobe blanco se explican a continuación. Para el engobe blanco se utilizan arcillas calcáreas más claras, mientras que el barniz rojo se conseguía bruñendo la superficie pintada de la pieza, antes de su cocción o por medio de engobes o barnices fundentes (Martínez y Castellano 2001).

Después de decorada, se deja que se seque definitivamente un día o dos, según la climatología, para que pierda la humedad de los baños.

Cocido

El primer paso es enhornar, labor que probablemente se realizaría mediante una técnica desaparecida en la que se libraban las piezas de la llama cubriendo los fuegos con cascos. La obra abierta se coloca separada entre sí por trébedes hasta la mitad de la altura del horno. Sobre el culo de la última pieza se pone arena y se carga la obra cerrada. En la última tanda se coloca la obra parda, sin baño y se tapa con cascos. La puerta del horno se cierra con adobes hechos con residuos del barro y la de la caldera con dos espuertas de tierra húmeda, tres cántaros y barro. Se caldea el horno introduciendo leña poco a poco durante 2 o 3 horas, de manera que las piezas pierdan humedad len-



FIGURA 6.14: *Torno de alfarero sobre eje bajo, pintura de figuras negras sobre una copa ática según Gran-Aymerich (1991).*

tamente. Una vez caldeado se sigue echando leña las siguientes 5 horas para poner el fuego más fuerte, evitando que salga la llama y hasta que los cascos adquieren un color azafranado, lo que indica que se han alcanzado los 950º. Entonces se cierra la puerta de la caldera, se pone la segunda capa de casco como cubierta y se deja enfriar el horno durante tres días. La duración de la cocida es de 8 o 9 horas, variando en función de las condiciones climáticas, sobre todo del viento. A las 24 horas se quitan los cascos gruesos y 48 horas después se abre la puerta del horno y se retira la capa de casco fino para sacar las piezas que en este momento tienen una temperatura de 60º. La obra se saca caliente por la parte superior del horno. Cuando se trata de piezas grandes como tinajas, una vez sacadas del horno, se colocan en un espacio amplio y se riegan durante varias horas para que no pierdan consistencia.

Antiguamente cada estación del año tenía sus piezas características en función de las necesidades. Así, en verano, lo que mas se realizaba eran piezas usadas para la siega, mientras que en invierno eran piezas para la casa y la cocina.

Aspectos económicos y sociales de la alfarería tradicional

En este punto vamos a considerar aspectos relacionados con el mantenimiento de las construcciones y el instrumental, la inversión de trabajo, la distribución comercial del producto y cuestiones de género y organización del trabajo.

Economía del trabajo

El mantenimiento hay que llevarlo a cabo en dos aspectos, las instalaciones y las herramientas. Dentro de las primeras, la reparación más frecuente es el enlucido del horno de leña que se realiza cada tres o cuatro hornadas con barro y paja. Las pilas necesitan reparaciones similares. Estos trabajos requieren una importante inversión de tiempo y mano de obra. En cuanto a las herramientas, éstas son simples y realizadas en materiales duraderos, algunos de los cuales se heredan de unas generaciones a otras. Los instrumentos que se reparan o sustituyen con mas frecuencia son los de madera, utilizados para machacar y batir el barro. La inversión de trabajo en estos elementos no es grande pero si constante.

Economía de inversión

En la extracción de la arcilla la inversión de trabajo es de un mes cada tres o cuatro años. El tiempo invertido en la recogida y almacenamiento de combustible depende de la cercanía de la materia prima y del número de personas que participen en su recogida. En Chinchilla, donde los barreros y el combustible están cerca, el transporte lo realiza el propio alfarero.

En todos los casos estudiados en Albacete la alfarería es una empresa familiar en la que trabaja el cabeza de familia solo o ayudado por sus hijos y se dedican exclusivamente a su oficio.

Economía comercial

El área de distribución comercial se establece a dos niveles, comarcal y exterior. Tradicionalmente, la mayor parte de la producción era absorbida por las casas de labor, los agricultores y las bodegas de la Mancha. La obra vidriada era de uso cotidiano en todas las familias.

Características de los productores

Excepto en uno de los alfares regentado por cuatro hermanas que heredaron el negocio de su padre, todos los alfareros son hombres, aunque las mujeres participan en el machacado del barro, al enhornar y vaciar el horno y sobre todo, al vender las piezas en la propia localidad.

No existe una jerarquía establecida. Los trabajadores del alfar son miembros de una familia y se distribuyen el trabajo y los beneficios equitativamente, salvo los aprendices, que realizan tareas que requieren menos experiencia o las piezas mas fáciles. Es un trabajo a tiempo total, de unas 10 horas diarias, aunque ese tiempo puede aumentar los días de cocción.

En todos los casos documentados los conocimientos alfareros se transmiten de padres a hijos siempre por línea masculina.

Los estudios etnográficos demuestran que las alfarerías de carácter mas elemental, propias de sociedades orientadas al autoconsumo, que utilizan medios materiales tradicionales que excluyen el torno alto y cuya producción no precisa una especialización excesiva, permanecen mayoritariamente en manos de las mujeres, mientras que el trabajo lo realizan hombres cuando la actividad alcanza un grado mayor de desarrollo y complejidad, ampliando los circuitos de intercambio fuera del ámbito doméstico e introduciendo novedades de equipamiento. En este sentido, los estudios realizados sobre improntas dactilares en piezas de arcilla de alfares vacceos confirman que la mayoría de las huellas corresponden a varones adultos, aunque también se documentan algunos adolescentes y una mujer (Escudero 1999: 256). Este dato podría confirmarnos que la alfarería era una actividad familiar ya desde la Edad del Hierro, que probablemente se desarrollaba a dos niveles, uno de autoconsumo y otro de más envergadura y orientado a un mercado más amplio.

La alfarería en el mundo ibérico: un ejemplo de horno ibérico en Alcalá del Júcar, Albacete

Desde fines del siglo VII a.C. la alfarería ibérica introduce innovaciones tecnológicas como la decantación hidráulica de las arcillas, el uso del torno de al-

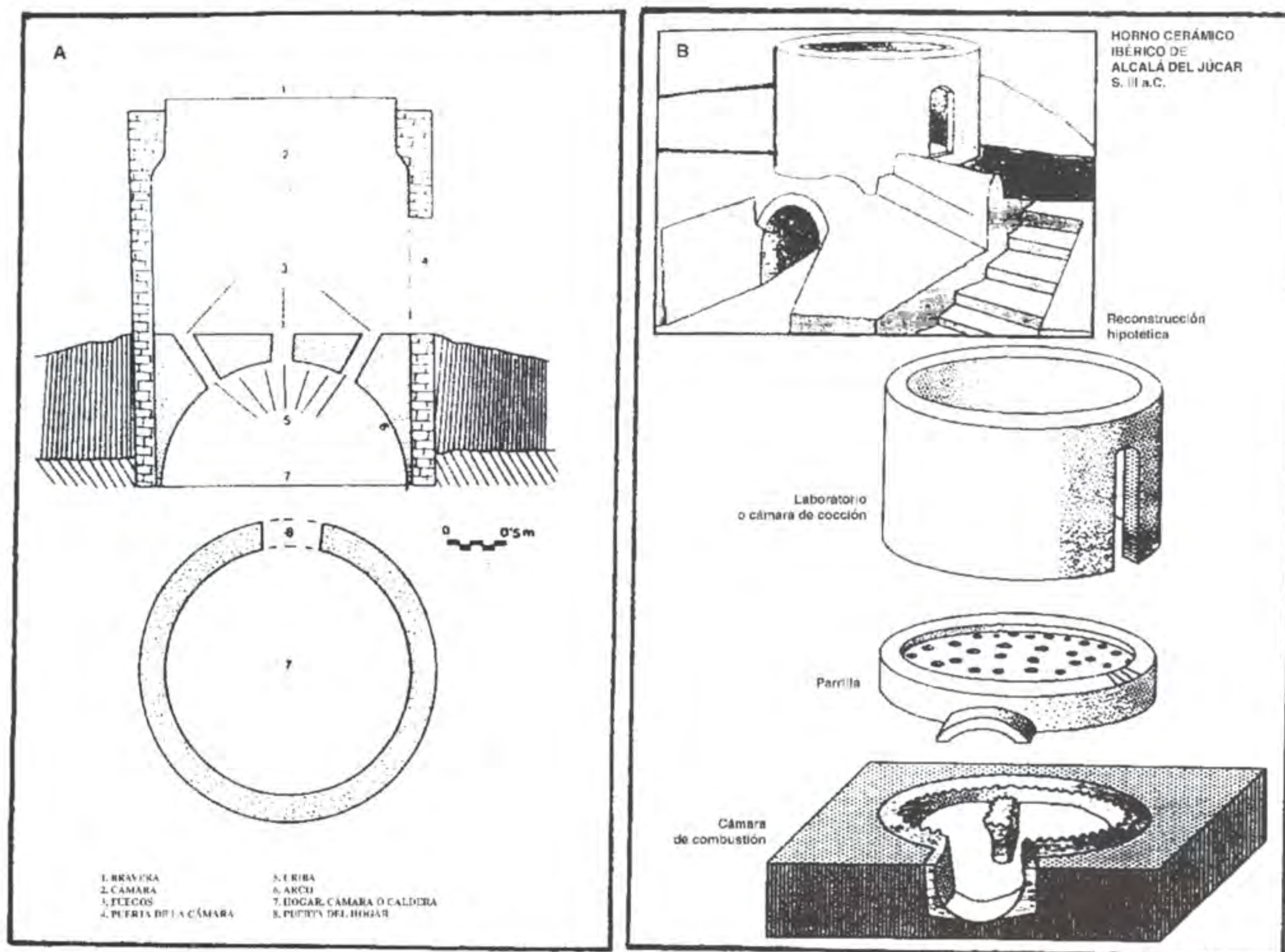


FIGURA 6.15: *A. Sección del horno árabe de los hermanos Tortosa en Chinchilla (Sánchez Ferrer 1989). B. Reconstrucción del horno ibérico de Alcalá del Júcar (Coll 1987).*

farero y el dominio del proceso de cocción, consecuencia directa del contacto con los pueblos colonizadores fenicios y griegos. Las temperaturas alcanzadas en hornos de estructura compleja y buen rendimiento energético, podían llegar a los 1.000 ºC. Todos estos logros técnicos serían posibles gracias a la aparición en la sociedad ibérica de artesanos especializados que coexisten con otros dedicados a la fabricación de cacharros con técnicas domesticas tradicionales.

Partiendo de los numerosos aunque poco estudiados hallazgos de la Península Ibérica, Coll establece una tipología de hornos ibéricos distribuidos en dos grupos, el de planta de desarrollo rectangular, el más extendido, y el de desarrollo circular (Coll 1987: 22). El sentido del tiro es siempre vertical, variando el número de cámaras de fuego y su distribución. Dentro del grupo de planta circular se incluye el ejemplar de Alcalá del Júcar, que describimos a continuación por su proximidad al yacimiento de Pozo Moro y por su buen estado de conservación.

El yacimiento se encuentra en la hoz del río Júcar a escasos kilómetros del pueblo de Alcalá en dirección a Jorquera, en una zona con buenas condiciones para el establecimiento de un alfar ya que el río aporta arcillas aluvionales y abundancia de agua, así como una importante vegetación en las vertientes de la hoz en época ibérica, para utilizar como combustible. Prueba de ello es que hasta la década de los 70 funcionaba una alfarería en el mismo pueblo. Aunque la estructura analizada es la mas completa, existían también otras en peores condiciones que nos indica la existencia en este lugar de un complejo taller de cerámica ibérica. El horno se fecha a finales del siglo III o principios del II a.C., aunque hay evidencias en el yacimiento que remontan su actividad al siglo IV a.C.

El horno estudiado produjo fundamentalmente piezas grandes como ánforas o urnas, además de vasos menores, y se complementaria con otro horno de menores dimensiones dedicado a vasos pequeños (Coll 1987: 18). Para su construcción se excavó un hoyo circular hasta la roca madre de unos 3 metros de diámetro por 1,80 de altura, en un sedimento correspondiente a deshechos de otro horno anterior. El hoyo fue revestido con un muro circular de tapial con cimientos de piedra. En los puntos en que existen fuertes tensiones por el peso de la parrilla se utilizan adobes como refuerzos. Así mismo, la parte baja de los muros de la boca de carga se reforzó con gruesas lajas de caliza.

El pilar fue construido en adobes de 30×17×9 cm. y desde él nacen los falsos arcos que forman el sostén de la parrilla en bóveda radial. Todos los muros están cubiertos y regularizados por una capa de arcilla de unos 3 cm. de grosor que apareció requemada. La parrilla es una falsa bóveda con 53 perforaciones excavadas en los adobes después de la construcción de la bóveda, y distribuidas por toda su superficie, que permiten el paso de los vapores de la cámara de combustión. Los muros de la cámara de cocción se construyeron con tapial de 36 cm. de grosor medio y 70 cm. de altura, que delimitan un espacio circular de 2,85 m. de diámetro. La cubierta del horno debió ser abovedada, aunque no se ha conservado ningún resto de ella, lo que indica que la estructura se encontraba abierta por la parte superior.

El tipo de horno de Alcalá del Júcar recoge una tradición cultural enraizada en el mundo feno-púnico, con paralelos en hornos de planta en «omega» de Mozia (Falsone 1981). Su dispersión por la Península Ibérica coincide con la zona de profundas influencias mediterráneas fenicio-púnicas al Sur del Ebro, encontrándose en yacimientos como Pajar del Artillo, Itálica, Cerro Macareno (Fernández *et al.* 1979), Cerro de los Infantes (Contreras *et al.* 1983), Guadalimar del Caudillo, Jaén (Roca 1975) y El Ruedo en Almedinilla (inédito, comunicación personal), y los levantinos de Borriol, Campello y Mas de Moreno en Foz Calanda, y Casillas del Cura en Venta del Moro (Martínez *et al.* 2001) con cronologías desde fines del siglo VII al II a.C. (Contreras 1983, Coll 1987: 23). Sin embargo, en las zonas próximas a Ampurias, son abundantes los hornos de tipo griego, con precedentes en el Cerámico de Atenas (Coll 1987: 23-24).

Hornos de producción mixta ibérico-romana se han documentado en Castellón y Cataluña, así como en algunos yacimientos franceses, cuya similitud formal con los hornos de esta región de la Península Ibérica está indicando la existencia de técnicas cerámicas comunes a todo el ámbito mediterráneo (Vicente *et al.* 1984). Parece claro que en la Península Ibérica coexisten dos tradiciones cerámicas tecnológicamente muy similares, realizadas simultáneamente en instalaciones alfareras no especializadas y diseminadas por todo el territorio, que permitirían el abastecimiento de las necesidades de vajilla común por parte de las poblaciones establecidas en su área de influencia, con instalaciones sencillas que utilizan materias primas cercanas (Vicente *et al.* 1984).

Cálculo del tiempo de producción

Hemos querido completar el estudio de la cerámica con la aportación del tiempo invertido en la elaboración de diferentes recipientes cerámicos como marco de referencia para poder establecer comparaciones entre piezas y también con otros elementos del ajuar como las armas o las fíbulas. Para ello hemos contado con la inestimable ayuda de un ceramista especializado en cerámica negra y arqueológica que cuenta con un taller en Gerona y que amablemente ha contestado a todas las cuestiones planteadas por nosotros y que a continuación desarrollamos. En primer lugar se seleccionaron una serie de cerámicas representativas de los distintos tipos presentes en el yacimiento:

- Ánfora decorada ibero-romana de la tumba 4G2
- Urna de almacenaje tosca (4F8)
- Urna tosca estampillada (4C4)
- *Kalathos* decorado (4E1)
- Plato decorado (5F3)
- *Kylix* de figuras rojas (3F3)
- *Oinochoe* de barniz negro (3F3)
- *Bolsal* de barniz negro (3F3)
- *Kantharos* de barniz negro (4D3)
- Cuenco de *terra sigillata* de la forma 36 (7D1)
- Fusayola (5E3)
- *Pondus* (5E3)

Se pidió al ceramista Ricardo Campos que hiciera una estimación del tiempo aproximado invertido en cada tipo de pieza, elaborándose una tabla con el desglose de tareas implicadas y los tiempos invertidos en cada una de ellas para finalmente obtener un tiempo total de manipulación al que habría que añadir el invertido en la extracción y traslado del barro al lugar de trabajo, además del tiempo de secado y el de cocción (Fig. 6.18).

Para el conjunto de piezas que hemos seleccionado en la figura 6.18, teniendo en cuenta que de cada pella de 6 y 8 kilos de barro se pueden sacar varias piezas, serían necesarios 84 kilos de barro, cantidad que puede extraerse aproximadamente en 4 ó 5 días por una o dos personas.

En el cuadro se ha considerado, por un lado, el total de la manipulación de la pieza, y por otro el total de tiempo invertido resultante del total de manipulación junto con los tiempos de preparación del barro para las piezas que requieren mayor depurado como las cerámicas áticas y la *terra sigillata*, y la cocción. No se ha considerado ni el secado ni el oreado ya que estos procesos no implican ningún tipo de manipulación por parte del artesano, que puede dedicar ese tiempo de espera a realizar otras piezas. En cuanto a la cocción sólo se tiene en cuenta el tiempo de llenar el horno y de controlar que la temperatura sea constante. En este sentido hay que tener en cuenta que cuando se lleva a cabo la cocción se aprovecha al máximo el espacio del horno, por lo que ese tiempo de control del proceso habría que dividirlo entre el número de piezas. Es un tiempo constante, por lo que no es interesante de cara a comparar el trabajo invertido en una u otra pieza cerámica, pero sí es importante su consideración si queremos compararlos con la inversión de tiempo en otro tipo de objetos de ajuar.

Hay una serie de cuestiones relacionadas con el oreado y secado de las piezas que no se incluyen en el cuadro por cuestión de espacio y que van a ser consideradas a continuación.

El oreado de la pieza depende del tamaño de la misma, ya que cuanto mas pequeña más pronto se seca, y de las condiciones atmosféricas:

OREAR	Tiempo en horas
Al sol ó encima del horno	0,1-0,2
Al aire y a la sombra	1-2
Interior, sombra y sin corrientes de aire	+ de 4

FIGURA 6.16: *Tiempos del oreado de la pieza.*

El secado del engobe también se rige por los condicionantes metereológicos y de dimensiones de la pieza.

Resulta evidente que el secado al sol de las piezas es lo más ventajoso en cuanto al tiempo se refiere, por lo que es probable que se eligieran los meses con menos probabilidades de chubascos para la fabricación de las piezas, aunque plantea el riesgo de lluvias imprevistas que malogren todo el trabajo. En todo caso, el Sureste de la Península Ibérica cuenta con un alto porcentaje de días soleados al año, lo que favorece estas tareas. Es probable que el invierno, menos apto para la alfarería porque las piezas tardan más en secarse y hay menos sol, se aprovechara para extraer el barro de las canteras y llevarlo al deposito en el que se almacena para su posterior uso. Esta tarea podría durar semanas o meses dependiendo de la cantidad extraída.

SECAR ENGOBE	Tiempo en horas
Al sol	1
Al aire y sombra	2-3
Interior	24

FIGURA 6.17: *Tiempos del secado del engobe.*

La preparación de la *terra sigillata* o el barniz negro, podía durar semanas en función del grado de especialización del taller.

Los tiempos de producción indicados en la tabla podrían verse reducidos en un 15% aproximadamente si estuviéramos ante talleres especializados, con alfareros expertos realizando un trabajo seriado. La enorme variabilidad de cerámicas ibéricas hace difícil pensar en la existencia de talleres que realizaran piezas estandarizadas, sino más bien en pequeñas instalaciones alfareras no especializadas de carácter local. Sin embargo, la homogeneidad en el tipo de piezas procedentes del comercio griego, muestran un alto grado de especialización en muchos talleres áticos o focenses. Ni que decir tiene, que la *terra sigillata* y la campaniense implican un trabajo en serie de ciertos modelos que se reparten por todo el Mediterráneo.

Otro factor que influye en el tiempo de realización de una pieza es la calidad, tanto de las pastas y engobes como de las decoraciones. La calidad final depende del tiempo empleado en su realización y de la habilidad del alfarero. Por ejemplo, al pintar la decoración de un *kylix* de figuras rojas, esmerarse en dar las pinceladas con igual densidad para que no se noten los «clareones», o al bañar las piezas de *sigillata* hacerlo en dos veces para que no se noten las marcas de los dedos. Los tiempos que aparecen en la tabla están calculados pensando en dar una buena calidad a las piezas.

En cuanto a los tiempos de cocción pueden variar dependiendo de la capacidad del horno y el tipo de horno, pero tomando una media se obtienen unas 10-14 horas para cocer a unos 900º C y 2 o 3 días para que se enfríe el horno y poder sacar la hornada [17].

6.3. CONCLUSIONES

A la hora de valorar la inversión de trabajo en las tumbas de la necrópolis de Pozo Moro, tenemos que distinguir entre las estructuras y los objetos del ajuar. Las primeras pudieron ser realizadas por cualquier miembro de la comunidad, ya que su elaboración no requiere un trabajo especializado o habilidad especial. Por tanto los constructores de túmulos de piedra o adobe pudieron ser los propios habitantes del lugar que en sus ratos libres se dedicaban a esta tarea. En ese caso, la valoración del tiempo empleado en su elaboración no tendría demasiado sentido y sí el tamaño y el espacio ocupado por la tumba o la grandiosidad de la estructura, que cumpliría un papel propagandístico del personaje allí enterrado o de su posición en la sociedad.

El tiempo necesario para construir un túmulo de adobe es entre 3 y 2 veces menor que el de piedra, ya que se requiere más tiempo en el corte de la piedra sin labrar que en la extracción del barro y la preparación de los adobes y además el tiempo de montaje es más elevado en el caso de la piedra que en los adobe. Sin embargo hay que considerar la posibilidad de que la piedra se recogiera sin necesidad de cortarla, en cuyo caso habría que valorar la recopilación y el transporte.

En el monumento de Pozo Moro la situación cambia, ya que su construcción supuso una planificación previa de la estructura, una talla laboriosa y un desarrollo iconográfico que requieren la presencia de un equipo especializado probablemente venido del mundo fenicio (Almagro Gorbea 1983b), lo que implica-

[17] Toda la información referente a los procesos técnicos ha sido proporcionada por Ricardo Campos, al que agradecemos enormemente su cooperación.

TIPO/ TAREA	Ánfora ibérica decorada	Urna tosca moldura	Urna tosca estampillada	Kálathos	Plato decorado	*Kylix* Figuras Rojas	Oinocoe barniz negro	Bolsal barniz negro	*Kantharos* B.N. Asas	Cuenco *Sigillata* F-36	Fusayola	*Pondus*
Amasar barro	3-5 min. (1)	10 min. (1)	5 min. (1)	5 min. (1)	10 min. (6-8)	5 min. (8-10)	5 min. (4-5)	5 min. (8)	5 min. (6)	8 min. (15-20)	5 min. (20-25)	5 min. (8-10)
Tornear	12 min.	20 min.	10 min.	10 min.	7 min.	5 min.	8 min.	5 min.	6+3 min.	2+8 min.		
Modelar							2min.				5 min.	8 min.
Orear	SÍ = 15 min.	SÍ = 25 min		SÍ = 15 min.	SÍ = 15 min.	SÍ = 15 min.	SÍ = 15 min.	SÍ = 15 min.	SÍ = 15 min.	SÍ = 15 min.		
Hacer asas	5 min.					10 min.	3 min.	10 min.	10 min.			
Poner asas	10 min.					10-15 min.	8 min.	10-15 min.	10 min.			
Retornear	10 min.	10 min.		5 min.	5 min.	7 min.	10 min.	7 min.	10 min.	5 min.		
Secar	1-2 días			1-2 días	1 día	1-2 días	2 días	1-2 días	2 días	1 día		
Decorar	60 min.		3 min.	25 min.	60+60 min.	35 min.						
Bañar cuerpo							2 min.	3 min.	2 min.	2 min.		
Secar engobe							SÍ = 60 min.	SÍ = 60 min.	SÍ = 60 min.	SÍ = 60 min.		
Bañar pie							2 min.	5 min.	2 min.	2 min.		
Secado final		3 días	2 días			1-2 días	2 días	1-2 días	1-2 días	1 día	1 día	3 días
Total Manipulación	**102 min.**	**40 min.**	**18 min.**	**45 min.**	**134 min.**	**72 min.**	**36 min.**	**46 min.**	**44 min.**	**19 min.**	**5 min.**	**9 min.**
Cocción	ENTRE 10 Y 14 HORAS A 900º C Y 2-3 DÍAS PARA QUE SE ENFRIE EL HORNO											
Observaciones				La calidad del dibujo modifica el tiempo			Preparación barro depurado = 2 semanas (80horas)					

FIGURA 6.18: *Inversión del tiempo necesario para la realización de los recipientes cerámicos de los ajuares de Pozo Moro.*.

ría su mantenimiento durante el tiempo que durase la construcción de la tumba.

La fabricación de los objetos metálicos y de las cerámicas que forman parte de los ajuares de las tumbas requieren unos conocimientos especializados y una dedicación a tiempo total, lo que nos permite valorar las horas de trabajo invertidas en su realización.

Para cuantificar la inversión de trabajo en la fabricación de los recipientes cerámicos hay que tener en cuenta que la alfarería tiene un uso cotidiano doméstico y habría que saber si los recipientes cerámicos que forman parte de los ajuares de las tumbas tuvieron un uso funerario exclusivo o fueron reutilizados después de haber tenido un uso doméstico, en cuyo caso el número de horas invertido en su realización queda amortizado en buena parte, aunque suponga la restitución de esas piezas en el contexto de la vida cotidiana. Algunos de los repertorios formales de la cerámica ibérica son iguales en contexto de poblado y de necrópolis, lo que hace suponer la utilización de ciertas piezas en ambas situaciones, aunque también es posible la fabricación por encargo a medida. Las lañas y reparaciones que se aprecian en algunos de los recipientes importados hallados en tumbas indican una reutilización funeraria tras un probable uso en la vida cotidiana, pero en algunos casos se puede afirmar que los aristócratas iberos podían comprar cerámica ática para su uso exclusivo funerario (Sánchez 2000: 185). Por tanto, no existe una norma que permita establecer con exactitud cuando y con que frecuencia las piezas cerámicas tenían un doble uso. En el caso de las armas, es probable que fueran utilizadas antes de ser depositadas en las tumbas, aunque en algún caso excepcional estas parecen realizadas *ex profeso* para dicho fin. En el caso de algunas piezas del armamento y de la orfebrería, además se está amortizando en las tumbas una materia prima preciada.

Podríamos hablar de una distribución limitada, de carácter local de los alfares en época ibérica. Estaríamos ante pequeños centros no especializados, en los que el grupo familiar se haría cargo de todos los trabajos, junto con talleres especializados en productos concretos que abastecerían mercados mas grandes. Los tiempos invertidos en la realización de los recipientes cerámicos son considerablemente menores que los que requiere la fabricación de los objetos metálicos lo que unido al valor de la materia prima empleada indica un valor mucho mas elevado de las tumbas que contienen objetos metálicos en relación con las que solo contienen recipientes cerámicos. Sin embargo hay que considerar también el género del individuo enterrado, ya que los enterramientos femeninos suelen carecer de armas y por tanto los porcentajes de objetos de metal disminuyen. En ese caso, el estatus vendría expresado por otros elementos como la cerámica de importación o la orfebrería.

El uso de esta fuente de información supone utilizar criterios modernos para valorar acciones pasadas y plantea el riesgo del actualismo. Sin embargo la riqueza que nos ofrece y las posibilidades que nos abre en nuestro trabajo de acercarnos al pasado, hacen de esta disciplina una herramienta imprescindible para una investigación rigurosa.

7. ESTUDIO SOCIO-IDEOLÓGICO: DETERMINACIÓN DE ESTATUS, RITUALES Y ELEMENTOS SIMBÓLICOS

7.1. Jerarquización social: el grupo gentilicio

Este estudio tiene como finalidad el intentar conocer la organización social del grupo humano que se enterró en Pozo Moro. Para ello se ha recurrido a la interpretación del registro arqueológico disponible y a las posibles inferencias de tipo etnoarqueológico que de él se desprendan.

En el mundo ibérico, los trabajos sobre jerarquización social se han centrado casi exclusivamente en el análisis de los contextos funerarios, basándose en la asunción de que la estructura social en vida queda reflejada en la muerte a través de los rituales funerarios (Ruiz y Chapa 1990). La valoración de la cantidad de objetos del ajuar así como el gasto de energía en la elaboración de la tumba son aspectos que empiezan a considerarse como indicadores de jerarquización social con las aportaciones de la Arqueología de la Muerte. En España estos presupuestos empiezan a tenerse en cuenta a partir de los estudios de Almagro Gorbea (1983b) y los posteriores trabajos realizados en la necrópolis de Cabecico del Tesoro o El Cigarralejo, centrados en la valoración de la riqueza y la jerarquización social a través del estudio exhaustivo de los ajuares de estos grandes conjuntos funerarios (Quesada 1991, Cuadrado 1987, Santos Velasco 1989, 1994a).

En Pozo Moro hemos utilizado dos elementos para intentar descifrar la estructura social del grupo enterrado. Por un lado, el ajuar valorado mediante tres métodos, el del recuento simple del número de objetos presentes en cada tumba, el del cálculo ponderado de la riqueza teniendo en cuenta el diverso valor de los objetos siguiendo un criterio de valoración arbitrario y el de la inversión en horas de trabajo por tumba. Por el otro, se contempla el tipo de estructura y la correlación entre el ajuar y la tipología de la tumba. Todo ello se ha analizado en el conjunto de la necrópolis y en cada una de las cinco fases en las que se ha subdividido el uso del espacio funerario. A continuación hemos establecido un nuevo sistema de evaluación de la riqueza, considerando la cuantificación de la inversión de horas de trabajo necesarias para la realización de cada una de las tumbas de la necrópolis de Pozo Moro, basándonos en información etnoarqueológica y considerando las distintas materias primas empleadas y el supuesto valor de los objetos exóticos presentes en los ajuares. Con todo ello pretendemos establecer un método de valoración de la riqueza basado en criterios más objetivos y cuantificables, que permita establecer comparaciones con otros conjuntos conocidos.

La jerarquía social del difunto se establece por medio de una serie de indicios de los que descartamos aquellos de los que no queda huella en el registro arqueológico, nos referimos al proceso completo del funeral, para centrarnos en otros factores más perdurables, como el ajuar, el tipo de estructura funeraria o la ubicación y espacio ocupado por las mismas dentro del cementerio.

El ajuar: Composición de los ajuares

La variedad de objetos que pueden encontrarse en las tumbas de la necrópolis de Pozo Moro es considerable, por lo que se ha creído conveniente agruparlos en los siguientes apartados:

1. Cerámica ibérica
2. Cerámica de barniz rojo y de importación
3. Armas
4. Adornos
5. Otros

A continuación exponemos en un gráfico los porcentajes de objetos de cada tipo presentes en los ajuares de la necrópolis de Pozo Moro. Se ha contabilizado un total de 317 objetos distribuidos en cada una de las

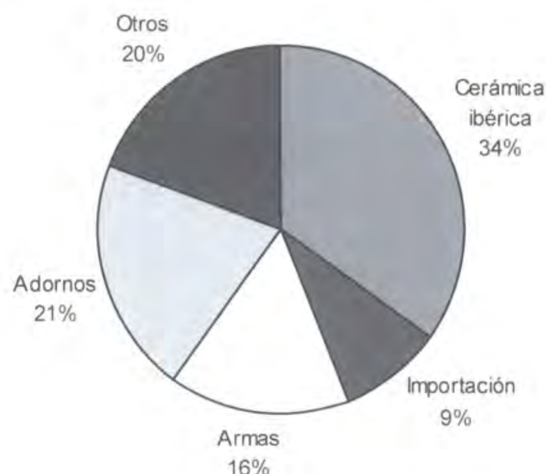


FIGURA 7.1: *Porcentajes totales de objetos de ajuar en Pozo Moro.*

categorías arriba señaladas. El apartado correspondiente a «otros» incluye fusayolas y pesas de telar, con 48 piezas, lo que supone un 15,1% del total de objetos de ajuar. Estos elementos se encuentran depositados en parejas, tríos o incluso en mayores cantidades dentro de una misma tumba, excepto en dos de ellas en que se encontró una sola unidad. Al ser parte de telares habría que interpretarlos como una única pieza, o como representación de la parte por el todo cuando aparecen en escasa proporción. Además, están presentes en esta categoría 5 pinzas, 4 cuchillos afalcatados, unas tijeras y cuatro astrágalos.

Se han utilizado y comparado tres procedimientos para valorar la riqueza de las tumbas ibéricas de Pozo Moro. El primero es el recuento simple del números de objetos de cada ajuar, el cual ha sido contrastado con otro método, que ponderado, establece una jerarquía de objetos en función de la escasez del material utilizado para su fabricación, la dificultad de obtención de la pieza y el trabajo y tipo de material empleado en su elaboración, utilizando una valoración intuitiva. Con todo ello, se ha confeccionado un listado de criterios con su correspondiente baremo numérico que a continuación detallamos y que se basa en el método utilizado por Chapa y Pereira en la necrópolis de Castellones de Céal (1991: 443), según el cual se otorga una puntuación similar a seis tipos de objetos en los que se engloban todos los posibles elementos de ajuar (cerámica ibérica, cerámica importada, armas baratas, armas caras, adornos y otros). Cada uno de estos tipos suma un punto, independientemente de la cantidad de elementos que lo conforme, valorándose además la estructura arquitectónica puntuada de la más sencilla a la más compleja. Este sistema se ha adaptado a las características de los ajuares y de las estructuras de la necrópolis de Pozo Moro:

Oro/Plata .... 7 puntos
Adornos de Bronce .... 6 puntos
Cerámica de importación .... 5 puntos
Armas ricas .... 4 puntos
Armas pobres .... 3 puntos
Cerámica ibérica .... 2 puntos
Otros .... 1 punto

Se ha valorado el tiempo y esfuerzo invertido en la realización de la **estructura** de la tumba de forma intuitiva, utilizando la lógica. Así, las tumbas en hoyo recibirán un punto, las estructuras tumulares pequeñas de adobe recibirán 2 puntos, las estructuras tumulares pequeñas de piedra con cista de adobe recibirán 3 y las grandes estructuras tumulares tendrán 4 puntos.

El tercer método que hemos aplicado es el de la inversión en horas de trabajo necesaria para la realización tanto de los objetos del ajuar, como de las estructuras, basado en la investigación etnoarqueológica que hemos desarrollado en el capítulo 6.

De los 90 conjuntos considerados en el apartado de descripciones, se han utilizado 80 para el recuento y se han desechado otros 10 por considerarse ofrendas, sepulturas sin terminar de excavar o tumbas duplicadas.

En los cuadros que a continuación se presentan se contabiliza el número de objetos por tumba y el porcentaje que representan en relación al total de enterramientos. En primer lugar se hará una valoración general de la necrópolis, para después incluir cuadros e histogramas de riqueza por fases.

Algo más del 50% de las sepulturas consideradas en el cuadro anterior, tienen entre cero y tres objetos de ajuar depositados, lo que supone un porcentaje muy elevado de tumbas «pobres» o «muy pobres» [1]. Un 38% corresponde a tumbas de riqueza media dentro de la necrópolis y un 9,8% son tumbas ricas o muy ricas, siendo las distancias entre las sepulturas de este mismo

Nº. objetos	Nº. de tumbas	Porcentaje
0	8	10%
1	16	20%
2	6	7.6%
3	11	13.8%
4	6	7.5%
5	6	7.5%
6	5	6.3%
7	10	12.6%
8	2	2.6%
9	1	1.2%
10	1	1.2%
11	1	1.2%
12	1	1.2%
13	4	5%
17	1	1.2%
18	1	1.2%

FIGURA 7.2: *Resumen de valoración de la riqueza en Pozo Moro.*

[1] Hay que tener en cuenta que todas las tumbas pertenecen a miembros de la elite social, así que cuando se utiliza el término pobre es para comparar diferencias entre miembros de un mismo nivel.

Nº de tumbas	Puntuación	Porcentaje
5	1	6%
3	2	3,6%
7	3	8,4%
10	4	12%
4	5	4,8%
3	6	3,6%
7	7	8,4%
4	8	4,8%
7	9	8,4%
8	10	9,6%
4	11	4,8%
5	12	6%
2	13	2,4%
3	14	3,6%
1	15	1,2%
4	16	4,8%
1	18	1,2%
1	19	1,2%
1	20	1,2%
1	27	1,2%

FIGURA 7.3: *Riqueza ponderada en Pozo Moro.*

grupo bastante escasas, lo que se interpreta como un grupo de elite muy homogéneo entre sí, o que al menos esas distancias no son visibles desde el punto de vista de la riqueza del ajuar depositado en sus tumbas.

Al ponderar el ajuar (Fig. 7.3), se observa que la gran variabilidad de opciones que se presentan, son consecuencia en parte de la pobreza de la muestra analizada, aspecto que también se trasluce en los histogramas, que presentan curvas irregulares con muchos picos.

En los gráficos de barras que se exponen a continuación se ha colocado en el eje de abcisas el número de objetos que componen los ajuares de las tumbas de Pozo Moro ordenadas de menor a mayor comenzando desde cero en el caso del gráfico superior, y la puntuación obtenida del cálculo ponderado del ajuar y la estructura correspondiente a cada tumba en el inferior, y en el de ordenadas de ambos el número de tumbas.

En las siguientes páginas analizaremos la riqueza y jerarquización social teniendo en cuenta su evolución en las cinco fases de utilización del cementerio,

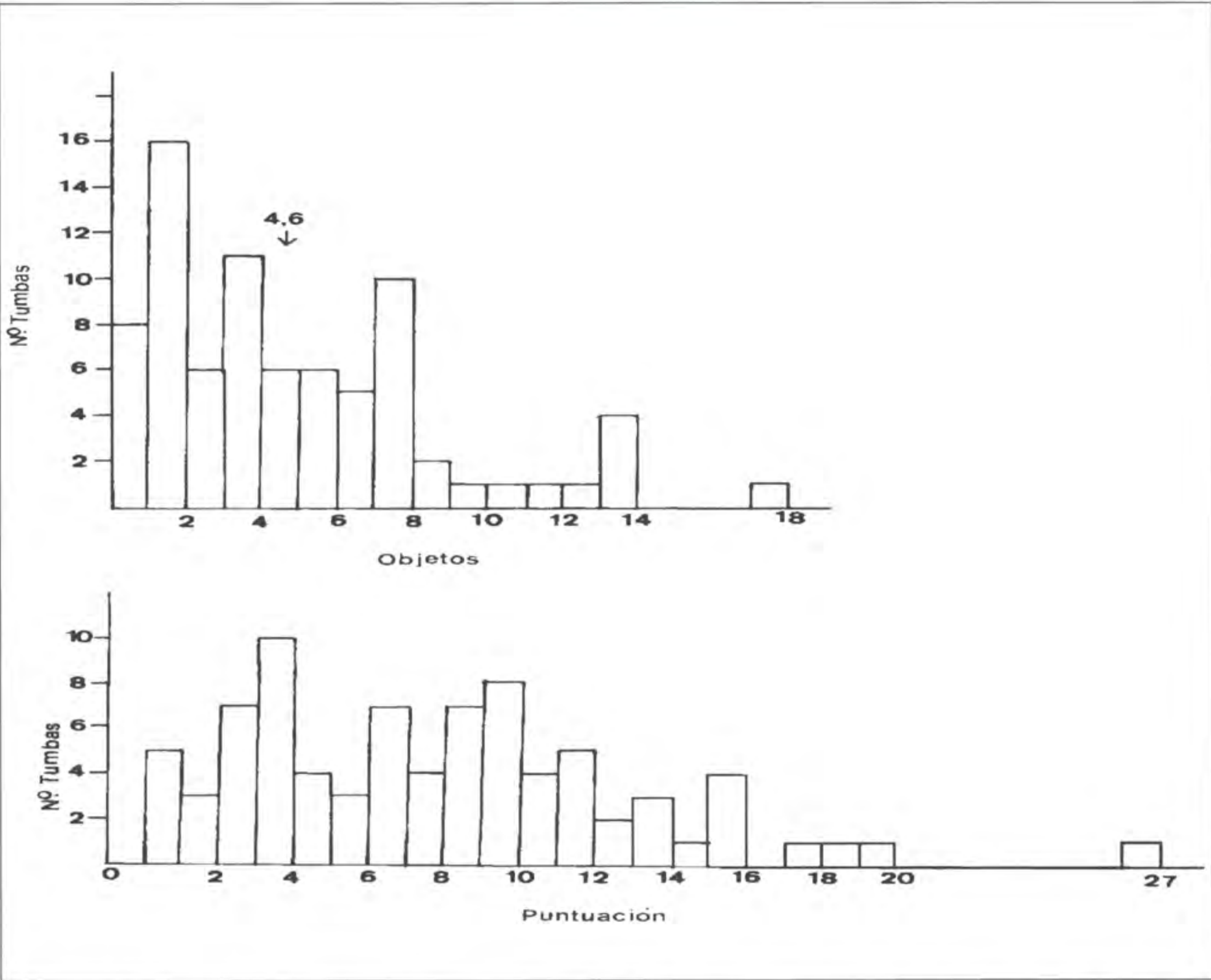


FIGURA 7.4: *Número de objetos por tumba y puntuación ponderada por tumba en el conjunto de la necrópolis de Pozo Moro.*

para identificar variaciones en el ritual y la ideología expresada en el contexto funerario del grupo o grupos gentilicios considerados.

N.º Objetos	N.º de tumbas	Porcentaje
8 [2]	1	100%

FIGURA 7.5: *Riqueza en la Fase I.*

N.º de tumbas	Puntuación ajuar	Puntuación estructura	%
1	22	4	100%

FIGURA 7.6: *Riqueza Ponderada. Fase I.*

N.º Objetos	N.º de tumbas	Porcentaje
0	4	33.3%
1	2	16.6%
2	2	16.6%
3	1	8.3%
4	1	8.3%
6	2	16.6%

FIGURA 7.7: *Riqueza en la Fase II.*

La ausencia de ajuares en los grandes túmulos de esta fase (5F4, 7E1 y 2F3), nos hace valorar la propia estructura de la tumba como un elemento de prestigio social que está por encima de la importancia de los objetos de ajuar. Es interesante resaltar que en todas las tumbas con ajuar de esta fase se deposita una fíbula, bien junto a otros objetos (1H1, 8E2, 4F7, 4F4 y 3G1), o como único elemento depositado en la sepultura (4F5, 4G7).

N.º de tumbas	Puntuación ajuar	Puntuación estructura	%
1	0	1	8.3%
3	0	4	25%
2	8	1	16.6%
2	6	2	16.6%
3	8	2	25%
1	12	4	8.3%

FIGURA 7.8: *Riqueza ponderada. Fase II.*

Es significativo que las tres tumbas de mayor complejidad arquitectónica no dieron ningún objeto de ajuar, lo que podría interpretarse como un estatus establecido en función de la inversión realizada en la estructura que resultaría visualmente impactante, o bien habría que considerar la posibilidad de la pérdida del ajuar por robo, en el caso del túmulo 5F4, o en el 2F3 y el 7E1 por no haberse localizado ya que se encuentran parcialmente excavados. Sin embargo, hay un cuarto caso, el del túmulo 3G1, en el que se correlaciona la importancia del ajuar y la envergadura de la estructura que lo protegió.

N.º Objetos	N.º de tumbas	Porcentaje
0	3	7.9%
1	5 [3]	13.2%
2	1 [4]	2.6%
3	4	10.5%
4	4	10.5%
5	5	13.2%
6	1	2.6%
7	6	15.8%
8	2	5.3%
10	1	2.6%
11	1	2.6%
13	4	10.5%
17	1	2.6%

FIGURA 7.9: *Riqueza en la Fase III.*

Hemos eliminado dos conjuntos de la fase III por tratarse de ofrendas, por lo que nos queda un total de 38 tumbas consideradas (fig. 7.10).

Se observa una democratización en las posibilidades de acceso al enterramiento y por tanto a la posibilidad de ostentación a través de la acumulación de objetos en los ajuares que acompañan a las sepulturas. El porcentaje de tumbas con más de 5 objetos es bastante elevado, supone el 45,2% del total y el número de tumbas con 13 objetos también supone un porcentaje alto, lo que sugiere que se produce un ensanchamiento en el acceso de la sociedad a un cierto estatus social.

Como se puede observar, no existe una relación clara entre la riqueza del ajuar y la complejidad de la estructura, lo que en parte es consecuencia de la pérdida por erosión de algunas de las estructuras tumulares que se han tenido que considerar de tipo 1 por no encontrar evidencias claras de una superestructura de adobe o piedra, y en parte es reflejo de la pobreza de la muestra analizada.

El cálculo ponderado de la riqueza de las tumbas 4Ginc.2 y 7Dinc.1 nos ofrecería la misma puntuación en ambos casos (10 puntos) y a juzgar por los ajuares de tumbas de época romana, se trataría de sepulturas consideradas ricas. Se podría discutir la adscripción étnica de los individuos allí enterrados. En el caso de la tumba 4Ginc.2, aparece cerámica indígena junto con una moneda romana que además de su contenido material implica una ideología o costumbre funeraria propiamente romana que pudo ser asimilada por un personaje local o un extranjero que se entierra con elementos locales pero que conserva sus tradiciones funerarias. Por su parte, la presencia de todo un ajuar de *terra sigillata*, junto con la moneda y los restos de hierro que se pueden considerar intrusiones ya que la bolsada de cenizas de la tumba se asienta sobre un

[2] La presencia de restos destruidos de objetos de oro, plata, bronce, hierro y hueso no nos permiten identificar con exactitud el numero de objetos presentes en el ajuar por lo que hemos optado por contabilizar un número mínimo de objetos.

[3] Ofrenda (4D4).
[4] Ofrenda (3F5).

túmulo ibérico, podría interpretarse a modo de hipótesis como un enterramiento de un personaje extranjero asentado en el territorio albaceteño que posiblemente para legitimar su poder sobre dicho territorio, decide enterrarse en un espacio sagrado y sobre la sepultura de un antepasado local.

N.º de tumbas	Puntuación ajuar	Puntuación estructura	%
1	0	1	2,6%
1	0	2	2,6%
2	0	3	5,3%
1	1	3	2,6%
2	2	1	5,3%
2	2	2	5,3%
1	2	3	2,6%
2	3	3	5,3%
1	5	2	2,6%
3	6	1	7,9%
1	6	2	2,6%
1	7	1	2,6%
1	7	2	2,6%
3	7	3	7,9%
1	8	1	2,6%
2	8	3	5,3%
2	9	3	5,3%
1	11	1	2,6%
1	12	1	2,6%
3	12	2	7,9%
1	12	3	2,6%
1	14	1	2,6%
1	14	2	2,6%
1	14	3	2,6%
1	16	3	2,6%
1	25	2	2,6%

FIGURA 7.10: *Riqueza ponderada. Fase III.*

Nº. objetos	Nº.de tumbas	Porcentaje
FALTAN DATOS ORIGINALES		

FIGURA 7.11: *Riqueza en la Fase IV.*

N.º de tumbas	Puntuación ajuar	Puntuación estructura	%
1	2	1	20%
1	5	1	20%
1	8	2	20%
1	9	2	20%
1	16	1	20%

FIGURA 7.12: *Riqueza ponderada. Fase IV.*

Nº. objetos	Nº.de tumbas	Porcentaje
7	2	100%

FIGURA 7.13: *Riqueza en la Fase V.*

Del gráfico de riqueza por número de objetos presentes en cada tumba se infiere que hay un 51,9% de tumbas «pobres» o «muy pobres», considerando como tales aquellas tumbas que tienen entre 0 y 3 objetos; un 41,7% corresponde a tumbas de riqueza media y un 6,3% a tumbas ricas o muy ricas, dentro de las cuales habría que diferenciar entre las 4 sepulturas que tienen 13 objetos y que suponen un 5,1% del total de enterramientos y la tumba 4Finc.2 que tiene 18 objetos y que representa el 1,2% del total, ya que se distancia significativamente del resto de las sepulturas.

Hay que tener en cuenta que en el caso de las tumbas dobles habría que dividir el número de objetos del ajuar por el número de individuos enterrados en una misma sepultura (7 tumbas dobles y 1 triple dudosa).

De la comparación de los gráficos de las distintas fases de uso del espacio funerario se deduce que de la fase II a la III se produce una apertura en el acceso a la posibilidad de enterramiento y al uso de objetos vinculados a las elites aristocráticas. Este hecho se traduce en que se producen mas enterramientos y aparecen mayor número de objetos en las tumbas directamente proporcional a la disminución de energía invertida en la construcción de la estructura funeraria. Aparecen tumbas ricas en un número importante y si se pondera el ajuar se produce una mayor homogenización de todas ellas. Mientras en la fase II las diferencias son mayores, en la III y la IV la curva es mucho más proporcionada. El hecho de que haya picos en el histograma es consecuencia de la pobreza de la muestra analizada, aunque se observa una tendencia hacía una curva descendente parecida a la que se da en necrópolis como el Cigarralejo, Cabecico del Tesoro o Baza (Quesada 1994: 462-63). En cuanto al histograma obtenido de la riqueza ponderada general de la necrópolis, la irregularidad de la curva es consecuencia de una muestra pobre, aunque parece detectarse la presencia de dos poblaciones. En los gráficos por fases el problema de la escasez de la muestra analizada se acentúa todavía más presentando curvas muy irregulares y poco representativas.

La media de objetos por tumba que se ha establecido para Pozo Moro es de 4,6 objetos, comparable a los 4,7 de la necrópolis de la Senda (Coimbra), los 4,8 de la necrópolis de Cabecico del Tesoro o los 5,1 de Baza. Las necrópolis de el Poblado (Coimbra) y el Cigarralejo se alejan de estos parámetros algo más al presentar medias de 8, 1 y 12 objetos respectivamente (García Cano 1997). Sin embargo, en el Poblado la tumba que tiene 94 objetos y la que tiene 31, disparan la media, exceptuando estas dos tumbas el histograma que presentan ambas necrópolis es bastante similar. En cuanto a la necrópolis de la Senda, exhibe tumbas menos ricas y un histograma más homogéneo.

La tumba más rica de Pozo Moro, con 17 objetos, se ubicaría en el Cigarralejo un poco por encima de la media de objetos por tumba, es decir dentro del abanico de sepulturas de riqueza media, mientras que

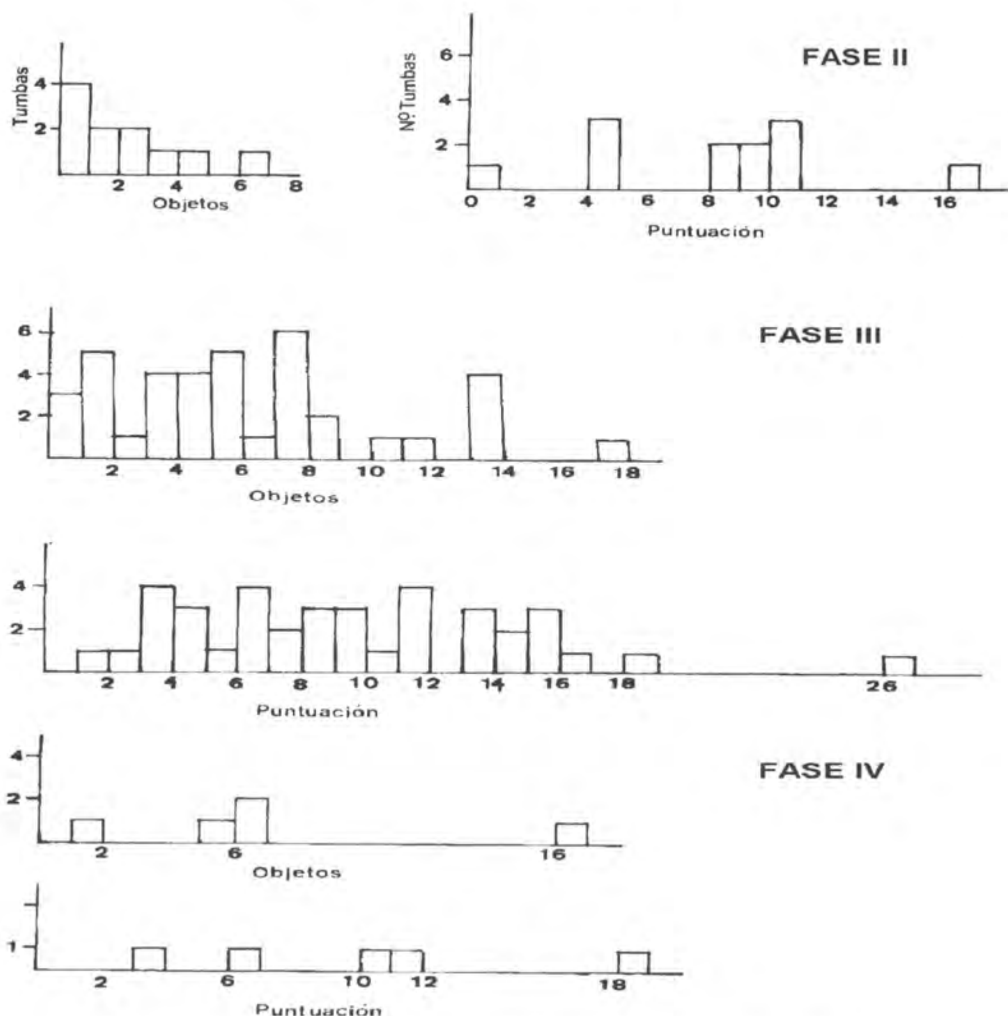


FIGURA 7.14: *Diagrama de objetos / n.º de tumbas por fase en Pozo Moro.*

en Coimbra, Cabecico del Tesoro y Baza, estaría dentro del grupo de tumbas ricas pero alejado de las tumbas muy ricas que aparecen en las tres necrópolis mencionadas y que no están presentes en Pozo Moro, lo que indica una menor jerarquización social y menores distancias de estatus entre los individuos enterrados en Pozo Moro (Fig. 7.15 y 7.16).

En Pozo Moro hay escasas diferencias entre las tumbas ricas y las «pobres», ya que la más importante tenía 17 objetos depositados (4Finc.2), frente a las distancias entre unas y otras en el Cigarralejo, en la que la tumba 209 tiene 154 objetos, la tumba 200, 208 objetos y la 277, 233. Por su parte, en Coimbra la tumba 70 dió 94 piezas (Cuadrado 1987; García Cano 1997b).

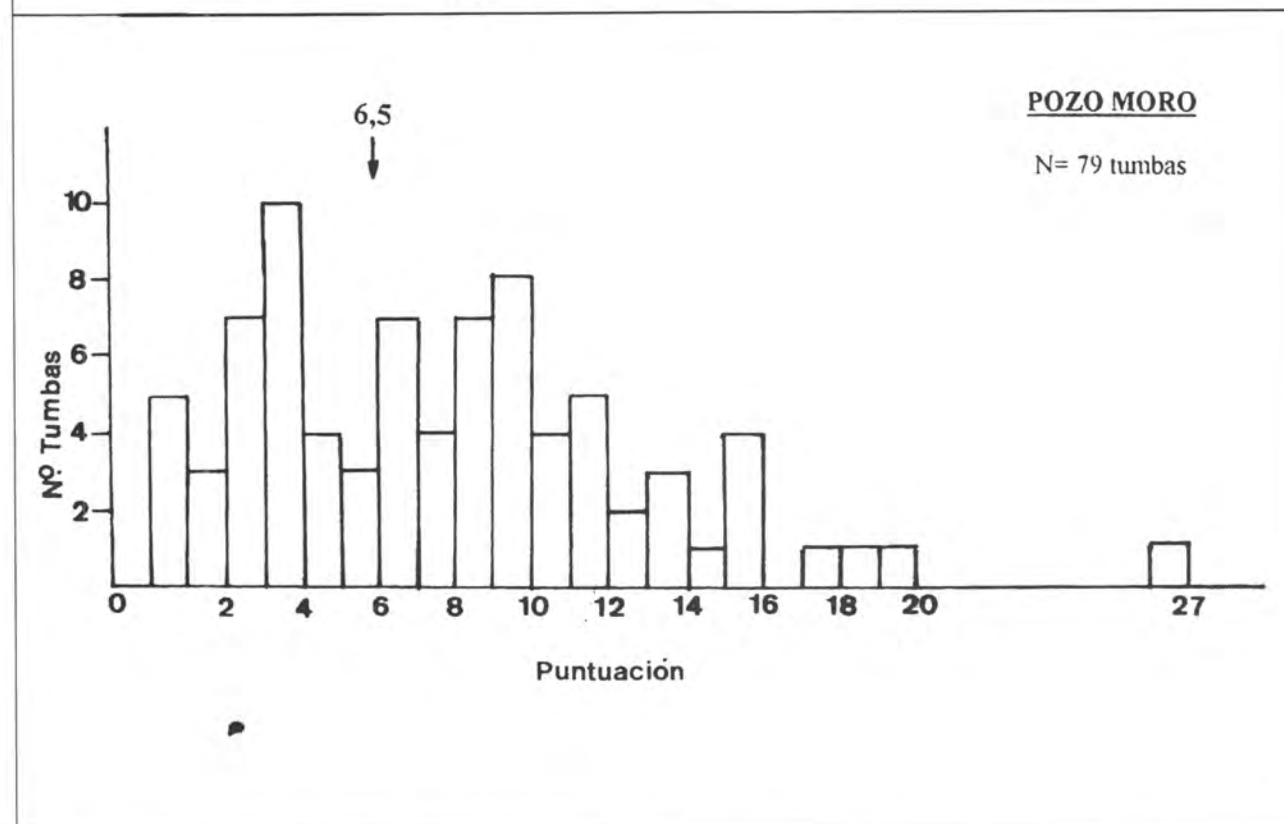
En Pozo Moro se detectan dos tipos de tumbas ricas, las que cuentan con un conjunto de armas relevante como la 4F2 y la 5F2, y las que incluyen un lote de piezas de importación como la 3F3. Esta dualidad podría explicarse por cuestiones de género, considerando las tumbas con armas masculinas y la de la vajilla ática femenina, por diferencias sociales, considerando el primer tipo como tumbas de guerreros y el segundo de comerciantes de alto nivel, o por diferencias cronológicas, ya que la sepultura 3F3 es de las más antiguas de la necrópolis (en torno al 420), mientras que las que cuentan con un equipo armamentístico importante son tardías, de entre el siglo III y el II a.C.

El último de los métodos de jerarquización de tumbas empleado es el de la consideración del tiempo invertido en la realización de estructuras y ajuares funerarios, del tal forma que contemos con un criterio de puntuación lo más objetivo posible.

Se han valorado todas las tumbas, incluidas las ofrendas, descartándose únicamente las sepulturas de las que no tenemos información ni de la estructura ni del ajuar (5G1 y 5G2). En algunos casos se ha podido inferir aproximadamente el tamaño de los túmulos que fueron excavados parcialmente o que no se conservaban completos (2F3, 3E3, 4H1, 5F2, 7E1) y en otras ocasiones carecíamos de la información mínima necesaria, por lo que se ha preferido colocar un signo de interrogación en la casilla correspondiente (4H4, 4H6, 6E3, 8E1 y 8E2).

Las categorías consideradas han sido en primer lugar las estructuras, y en segundo los ajuares, y dentro de estos las armas, la orfebrería, la cerámica y un grupo

POZO MORO
N= 79 tumbas
Nº Tumbas
16
14
12
10
8
6
4
2
4,6
2 4 6 8 10 12 14 18
Objetos



Figuras 7.15 y 7.16: *Riqueza por número de objetos (arriba) y ponderada (abajo) en la necrópolis de Pozo Moro.*

de otros elementos que incluyen las monedas o las tijeras que no se pueden considerar en los anteriores conjuntos. Los tiempos están expresados en horas y las tumbas se han ordenado de mayor horas de trabajo necesarias para su realización a menor cantidad de tiempo invertido.

La inversión de tiempo de las tumbas con cista de adobe se ha calculado teniendo en cuenta que la estructura interior estaría realizada en adobes y el revestimiento en piedra. Todos los cálculos de inversión de tiempo en la elaboración de las estructuras se han llevado a cabo tomando como referencia los tiempos establecidos para túmulos de 2,5 por 2,5 metros tanto de adobe como de piedra que se desarrolla en el capítulo 6 dedicado a la etnoarqueología. En función de estas dos cifras se calculan los tiempos en función del tamaño de las estructuras y de los materiales utilizados. A esta cifra se le ha añadido media hora más de preparación del suelo, realización del agujero y traslado de los restos. Cuando se trata de simples hoyos excavados en el suelo natural en los que se introducen los restos del difunto junto con los ajuares que les acompañan, se ha calculado una media de 30 minutos que incluye la realización del agujero, la recogida e introducción de los restos y el tapado del hoyo.

La estructura de la tumba 5E1 se ha calculado considerando que muchos de los sillares de piedra utilizados en su construcción son reutilizados del monumento turriforme, por lo que se le han descontado 20 horas de trabajo.

En la cerámica no se han contabilizado los tiempos de cocción y secado, ya que no suponen tiempo invertido por el artesano en la elaboración de las piezas y porque en cada hornada se llena el horno totalmente por lo que sería imposible calcular el tiempo que corresponde a cada pieza sin conocer el tamaño del horno y el número de piezas que se introduce en cada tanda.

Para las piezas de barniz negro, barniz rojo, *terra sigillata* y Campaniense se ha calculado una hora extra por cada pieza, la mitad en las piezas más pequeñas, de preparación del barro para conseguir el depurado necesario.

La inversión de trabajo en el monumento orientalizante de Pozo Moro lo separa con contundencia del resto de las sepulturas de la necrópolis, con un total de 9113 horas de realización de la estructura, a lo que habría que añadir la preparación del terreno, el traslado de los sillares en el caso de que no se tallaran *in situ* y el montaje.

Un reducido grupo de 4 tumbas cuentan con la inversión de trabajo mayor que oscila entre las 475 y las 306 horas. Un segundo grupo constituido por 7 tumbas, suponen un volumen de trabajo que va de las 204 a las 104 horas. En un conjunto de 28 sepulturas se invirtieron entre 90 y 11 horas, mientras el grupo más numeroso está constituido por las tumbas a las que se dedicó menos de 10 horas de trabajo. Dentro de este último grupo, 11 se encuentran entre las 11 y las 5 horas, mientras que en las otras 35, el gasto fue inferior a 5 horas. Al margen del primer grupo de tumbas que marca claramente las diferencias con el resto, la disminución del número del tiempo invertido en su realización es muy gradual, lo que nos hace pensar que no existen grupos jerárquicos claramente diferenciados, máxime si consideramos que tres de las tumbas con mayor puntuación corresponden a las cronologías más antiguas de la necrópolis, en las que toma especial relevancia la estructura monumental de las tumbas. En el caso de la 4F2 es la panoplia guerrera la que se lleva la mayor inversión de trabajo, hasta tal punto que supera el costo que supone la construcción de los grandes túmulos de la fase II de la necrópolis de Pozo Moro.

Para realizar un estudio más aproximado a la realidad habría que añadir a la inversión en horas dos aspectos: la valoración de los objetos exóticos o importados presentes en los ajuares de las tumbas, concretamente las cerámicas de importación y las cuentas de pasta vítrea, y la equivalencia entre metales valiosos utilizados para la elaboración de objetos de ajuar. En este punto se nos plantea el problema de la manera de comparar resultados diversos, por un lado la inversión de tiempo y por otro el valor de los metales y de las importaciones. Hemos optado por convertir el valor de las importaciones en horas de trabajo. Nos hemos planteado la posibilidad de calcular el tiempo que podría tardar dicha mercancía en alcanzar la Península Ibérica cruzando el Mediterráneo desde su lugar de origen. En este sentido, los cálculos se vuelven muy complicados ya que las variantes que influyen en la duración del viaje son muchas y muy difíciles de conocer, esto es la influencia y el régimen de vientos, el número de escalas realizadas, la velocidad alcanzada por los barcos, las posibilidades de carga de los mismos, el calculo del riesgo de accidente con la consecuente pérdida de la carga, el tipo de embarcación, los conflictos bélicos, etc. De la mayoría de estos aspectos no tenemos documentación antigua, y de otros podemos intuirla de las navegaciones de la era de los descubrimientos (Braudel 1953, Arbellot *et al.* 1957) aunque hay que tener en cuenta que para entonces la tecnología había evolucionado, se utilizaban aparatos de navegación bastante precisos, y el tipo de navío estaba más evolucionado. Considerando todas las variantes pensamos que no sería posible llegar a un método lo suficientemente objetivo y fiable, por lo que se ha optado por otra vía, quizá menos rigurosos pero fácilmente cuantificable.

Un total de 12 tumbas de la necrópolis contenían algún objeto importado, conformando un total de 22. Se le ha concedido a cada uno de estas piezas una puntuación de 7, calculada en función de la relación entre el número de piezas de cerámica ibérica y el de vajilla importada en la necrópolis de Pozo Moro, de tal forma que se obtiene un resultado de 15,8 piezas

TUMBAS	ESTRUCTURA	ARMAS	ORFEBRERÍA	CERÁMICA	OTROS	TOTAL horas
Monumento	9113		7?	5,24	60	9185,24
4F2	5	461	4,3	5,27		475,57
5F4	348		3			351
4G1	88	226,5	2,3	1,2		318,4
7E1	306	?	?	?	?	306
4D3	36	160	2	6		204
6F2	74	109,1	2,3	2,22		188,2
5E1	30	148,2	5	1,44		185,04
2F3	175,30					175,3
3G1	142	29	2,3	0,39		174,9
3F2	0,30	104		0,3		105
5E6	0,3	104		0,09		104,39
4F3	88			2,37		90,37
3E3	0,30	85		1,1	0,5	87,3
3F3	47,30		6	31,1		84,4
5D5	10	64	8	0,55		82,55
5E4	0,3	64		0,3	12	77
3F1	72,30		2,3	1,28		75,58
5D1	0,3	64	2,3	5,05		72,05
4G3	0,3	64		1		65,3
4F1	0,3	64				64,3
2E1	49,30			1,3		50,3
4C5	40		8,3	0,32		49,2
6F1	38			2,35		40,35
5F3	21	9,3	5	4,54		39,26
5D3	0,3	33,1		0,33		34,13
4H1	33					33
5D7	31,3			0,18		31,48
3G3	27			4,34		31,34
3F8	20	6	5,3			31,3
3F4	28,30			0,18		28,18
3F10	22		5	0,15	0,30	27,45
6E3	?	19,3	2	2,28		22,58
4G4	14		2,3	0,43		17,13
6E2	0,3	12		4,28		16,58
5E2	0,3	9,3		3,56		13,56
4C3	3,11	4	4	0,18		11,29
4D6	0,3		13,3	0,05		14,05
4F7	6		4,3	1,42		12,12
4E2	0,3	9,3		1,02		11,02
4C1	3		7			10
8E2	1		5	0,3	2,3	9
4F4	4		2,3	1,13		7,43
5E3	1			5,41		6,41
6F2	0,3	3	2,3			6
4D5	0,3		3,3	1,45		5,45
7D1	0,3			5,01	0,1	5,41
5D4	2,2			3,15		5,35
4F5	3		2,3			5,3
1H1	No hay datos		5	0,2		5,2
6E1	0,3		2,3	2,05		5,05
4G7	2		2,3			4,3
4G5	0,3			3,39		4,09
4G2	0,3			3,27	0,1	4,07
3F7	No hay datos		2,3	1,4		4,1
3E1	0,30		2,3	0,5		3,5
4C2	3,16			0,25		3,41
4G6	0,3		3			3,3
4H6	?		2,3	1,05		3,35?
4D1	1,20			2,02		3,22
2F1	0,30			1,25		2,55
3F11	2,26			0,18		2,44
4E1	0,3			2		2,3
4G9	2					2
3F5	Ofrenda			1,54		1,54
4D2	0,30			1,2		1,5
6F3	1,3			0,15		1,45
8E1	?		1	0,35		1,35
3E2	0,30			1,05		1,35
5D2	0,3			0,47		1,17
8D1	?		0,3	0,35		1,05
4F6	0,3			0,18		0,48
5D6	0,3			0,18		0,48
4C4	0,30			0,18		0,48
4D4	0,3			0,15		0,45
4H3	0,3			0,05		0,35
4H5	0,3	Sin excavar				0,3?
4F8	Ofrenda			0,4		0,4
2F2	0,30					0,3
3F0	0,30					0,3
3F9	0,30					0,3
5F1	0,3					0,3
8A1	0,3					0,3
4H2	0,3					0,3
4G8	Ofrenda			0,18		0,18
3F6	Ofrenda			0,15		0,15

FIGURA 7.17: *Horas invertidas en la estructura funeraria y el ajuar de las tumbas de Pozo Moro.*

importadas por cada 100 ibéricas, o lo que es lo mismo, 1 cerámica de importación por cada 7 de producción local. Para que este resultado pueda ser correlacionado con la inversión de tiempo obtenida en la figura 7.17, habría que multiplicar el tiempo obtenido por 7 y por el número de recipientes de este tipo que contenga cada una de las tumbas. De esta forma la tumba 3F3 pasaría a costar 277,25 horas de trabajo en vez de las 84,4 horas iniciales.

TUMBAS	OBJETOS EXOTICOS	VALORACIÓN
3E1	1	7= 5,50 horas
3F3	8	56=277,34 horas
3G3	1	7=17,50 horas
4D2	1	7= 8,40 horas
4D3	2	14= 23,36 horas
4F2	1	7= 10,08 horas
4F3	1	7=15,24 horas
5D4	1	7= 9,10 horas
5E1	1	7= 10,08 horas
5E2	1	7= 9,10 horas
6E3	1	7= 3,01 horas
7D1	3	21= 25,11 horas
11	**21**	**TOTAL**

FIGURA 7.18: *Valoración de los objetos importados presentes en los ajuares de Pozo Moro.*

Somos conscientes de los inconvenientes que plantea la elección de método elegido para la valoración de los objetos importados, pero en función de los datos disponibles pensamos que es un sistema que se ajusta a los objetivos perseguidos.

Además de las importaciones, también hay que considerar la materia prima en la que están realizados los objetos del ajuar, ya que resulta evidente que el valor de la plata, el oro o el bronce no es el mismo, ni ahora ni en la antigüedad (Finley 1986). El valor de los metales preciosos ha ido fluctuando significativamente con el paso del tiempo y también en función a la cercanía de la fuente de materia prima. Las variantes a considerar son múltiples, pero no pretendemos hacer aquí un análisis económico de las fluctuaciones de precios en la antigüedad, sino acercarnos a un valor objetivo que nos permita establecer comparaciones entre objetos, y como consecuencia poder aplicarlo a todo el ámbito peninsular como sistema de valoración objetivo, que por supuesto podrá ser mejorado y matizado.

De la basta bibliografía sobre el tema de las equivalencias de los metales en la antigüedad nos hemos quedado con la que propone Mª Paz García Bellido (1999: 367) manejando datos de emisiones áureas hispano-cartaginesas durante los años de guerra y sus preparativos, entre el 237 y el 206, y que son las siguientes:

Sabemos que 4gr. de plata equivalía a 1 jornada de trabajo (Finley 1986: 92-93) por lo que contando con las equivalencias de los metales previamente establecidas, obtenemos una transformación de los metales en horas de trabajo, de forma que este resultado pueda ser añadido al listado inicial de la inversión de trabajo en la fabricación de los objetos.

Hemos considerado la jornada de trabajo equivalente a 10 horas, de forma que 4 gramos de plata supone un extra de 10 horas de trabajo. Correlacionando los valores establecidos se obtiene la información que se enmarca a continuación:

1 bronce = 10 plata = 21 oro
0,4 bronce = 4 plata = 44 oro
1 hora bronce = 10 horas plata = 110 horas
0,25 h/gr.br = 2,5 horas/gr. Ag = 27,5 h/gr.Au

No tenemos información sobre el peso de muchas de las piezas de la necrópolis de Pozo Moro, debido al estado de conservación de muchas de ellas y a la desaparición de otras, por lo que hemos establecido comparaciones con piezas similares de las que si poseemos esa información (VVAA 1998: 287; Raddatz 1969).

TUMBAS	MATERIAL	N.º OBJETOS/ PESO en gr.	VALORACIÓN horas
1H1	Bronce	1=28	7
3E1	Bronce	1=26	6,5
3F1	Bronce	1=12	3
3F3	Bronce	3=25	6,25
3F7	Bronce	1=9	2,25
3F8	Bronce	2=18	4,5
3F10	Bronce	2=10	2,30
3G1	Bronce	1=16	4
4C1	Bronce	5=54	13,5
4C3	Bronce	2=6	1,5
4C5	Bronce	4=15	3,75
4D1	Bronce	1=2	0,5
4D3	Oro Bronce	1=4 2=22	110 5,5
4D5	Bronce	2=32	8
4D6	Oro Bronce	1=1,4 4=27	38,5 6,75
4F2	Bronce	3 =903	225,75
4F4	Bronce	1=?	?
4F5	Bronce	1=4	1
4F7	Bronce	2=14	3,5
4G1	Bronce	1=10	2,30
4G4	Bronce	2=7	1,75
4G6	Bronce	1=4	1
4G7	Bronce	1=10	2,30
4H6	Bronce	1=4	1
5D1	Bronce	1=16	4
5D5	Bronce	3=24	6
5E1	Bronce	3=6	1,5
5F3	Bronce	2=10	2,30
5F4	Bronce	1=?	¿
6E1	Bronce	1=2	0,5
6E3	Plata Bronce	1=1,5 1=8	4,15 2
6F2	Bronce	1=2	0,5
7D1	Bronce	1=4	1
8D1	Bronce	1=3	0,45
8E1	Bronce	2=6	1,5
8E2	Bronce	3=26	6,5
36	**Br64/Ag1/Au2**	**67**	**TOTAL**

FIGURA 7.19: *Valoración de la materia prima empleada en la realización de los objetos metálicos de Pozo Moro.*

	FASE	TUMBAS	ESTRUCTURA	ARMAS	ORFEBRERÍA	CERÁMICA	OTROS	TOTAL horas
1	I	Monumento	9113		7?	5,24	60	9185,24
2	IVa	4F2	5	686	5,15	14,31		710,46
3	II	5F4	348		3			351
4	III	4D3	36	160	117,5	26,10		340
5	III	4G1	88	226,5	5,20	1,2		321,3
6	II	7E1	306	?	?	?	?	306
7	III	3F3	47,30		12,25	217,30		277,25
8	III	5E1	30	148,2	6,50	10,08		195,18
9	III	5F2	74	109.1	2,3	2,22		188,2
10	II	3G1	142	29	6,3	0,39		178,9
11	II	2F3	175,30					175,3
12	III	4F3	88			15,59		105,37
13	III	3F2	0,30	104		0,3		105
14	III	5E6	0,3	104		0,09		104,39
15	III	5D5	10	64	14	0,55		88,55
16	III	3E3	0,30	85		1,1	0,5	87,3
17	III	3F1	72,30		5,3	1,28		78,58
18	III	5E4	0,3	64		0,3	12	77
19	III	5D1	0,3	64	6,3	5,05		76,05
20		4G3	0,3	64		1		65,3
21		4F1	0,3	64				64,3
22	III	4D6	0,3		58,45	0,05		59,20
23	III	4C5	40		12,15	0,32		53,05
24	III	2E1	49,30			1,3		50,3
25	III	3G3	27			20,14		47,14
26	III	5F3	21	9,3	7,50	4,54		42,16
27		6F1	38			2,35		40,35
28	III	3F8	20	6	10,20			36,20
29	III	5D3	0,3	33,1		0,33		34,13
30	III	3F10	22		7,30	0,15	3,30	33,15
31		4H1	33					33
32		5D7	31,3			0,18		31,48
33	IVa	6E3	?	19,3	8,15	2,28		28,28
34	III	3F4	28,30			0,18		28,18
35	Va	7D1	0,3		1	26,19	0,1	27,59
36	III	4C1	3		20,30			23,30
37	Va	5E2	0,3	9,3		11,36		21,36
38	III	4G4	14		4,15	0,43		18,58
39	III	6E2	0,3	12		4,28		16,58
40	II	4F7	6		8	1,42		15,42
41	II	8E2	1		11,30	0,3	2,3	15,30
42		3E1	0,30		9	5,50		15,20

	FASE	TUMBAS	ESTRUCTURA	ARMAS	ORFEBRERÍA	CERÁMICA	OTROS	TOTAL horas
43	III	4D5	0,3		11,3	1,45		13,45
44	III	5D4	2,2			10,55		13,15
45	III	4C3	3,11	4	5,30	0,18		12,59
46	II	1H1	No hay datos		12	0,2		12,20
47		4E2	0,3	9,3		1,02		11,02
48	IVb	4D2	0,30			8,40		9,10
49	II	4F4	4		2,3	1,13		7,43
50	II	4G7	2		5			7
51	III	5E3	1			5,41		6,41
52		6F2	0,3	3	3			6,30
53		4F5	3		3,3			6,30
54		6E1	0,3		3	2,05		5,35
55	IVa	4G5	0,3			3,39		4,09
56	Vb	4G2	0,3			3,27	0,1	4,07
57	III	3F7	No hay datos		4,55	1,4		6,35
58	III	4G6	0,3		4			4,30
59	IVa	4D1	1,20		0,30	2,02		3,52
60	III	4C2	3,16			0,25		3,41
61		4H6	?		2,3	1,05		3,35?
62	III	2F1	0,30			1,25		2,55
63	II	3F11	2,26			0,18		2,44
64		4E1	0,3			2		2,3
65		8E1	?		2,30	0,35		3,05
66		4G9	2					2
67	III	3F5	Ofrenda			1,54		1,54
68		8D1	?		1,15	0,35		1,50
69		6F3	1,3			0,15		1,45
70		3E2	0,30			1,05		1,35
71		5D2	0,3			0,47		1,17
72	III	4F6	0,3			0,18		0,48
73		5D6	0,3			0,18		0,48
74		4C4	0,30			0,18		0,48
75	III	4D4	0,3			0,15		0,45
76		4H3	0,3			0,05		0,35
77	II	4H5	0,3	Sin excavar				0,3?
78	IVb	4F8	Ofrenda			0,4		0,4
79	III	2F2	0,30					0,3
80	III	3F0	0,30					0,3
81	II	3F9	0,30					0,3
82	III	5F1	0,3					0,3
83		8A1	0,3					0,3
84		4H2	0,3					0,3
85		4G8	Ofrenda			0,18		0,18
86		3F6	Ofrenda			0,15		0,15

FIGURA 7.20: *Cuadro resumen de la inversión de trabajo en las tumbas de Pozo Moro.*

Las tumbas marcadas en gris en la figura 7.20 son las que contaban entre su ajuar con algún objeto de bronce, plata u oro y/o con vajilla de importación, completando un total de 40 enterramientos de los 87 excavados, lo que supone un 45,9% del total. Si seleccionamos las tumbas que tenían oro o plata, ese porcentaje se reduce al 3,4%. Se observa que la distribución de estos objetos es bastante uniforme en todos los niveles de riqueza de la necrópolis salvo en las 15 tumbas que implican una inversión de trabajo inferior a 1 hora, en las que están ausentes, lo que se explica en 7 de ellas por no contar con ningún tipo de ajuar. Las tumbas se han organizado en orden descendente una vez añadido el extra adjudicado a los objetos exóticos y a los metales preciosos.

Si unificamos la inversión de horas en la fabricación de los ajuares y las estructuras funerarias con la del valor de los metales y de la vajilla de importación, los resultados varían considerablemente. La tumba 3F3 pasa de un puesto 14 a un 7°, y de 84,4 horas a 277,25 al considerar el valor extra del importante conjunto de vajilla ática con que contaba. Algo parecido sucede con las sepulturas 4D6 cuya inversión de trabajo pasa de 14,05 horas a 59,20, y de un puesto 38 a un 22°, consecuencia de la valoración del oro con el que se realizó el pendiente presente en la tumba; la 3E1 que asciende 12 puestos y pasa de 3,5 a 15,20 horas, la 4D2 por su parte gana 19 puestos y las 1,5 horas iniciales se convierten en 9,10 horas cuando se incluye el valor añadido de la copa de Campaniense A, único objeto de ajuar que acompaña la tumba. La sepultura 4D5 sube 6 puestos y pasa de 5,45 a 13,45 horas como consecuencia del importante peso en bronce de la fíbula de cabezas cortadas. La 4D3 implica 136 horas más de trabajo al considerar la puntuación extra del pendiente de oro y de los *kantharoi* de barniz negro como objetos exóticos. La sepultura 4F2 se mantiene en el puesto 2.° en inversión de trabajo detrás del Monumento turriforme, pero aumenta considerablemente la distancia con la tumba 5F4, la 3ª, ya que pasa de 475,57 a 710,46 horas, situándose a 359,46 horas de la tumba 5F4.

Hay un grupo de tumbas que como consecuencia de la menor cantidad de estos objetos en sus ajuares descienden en el ranking ligeramente a pesar de que aumenta el número de horas como la 4G1 que baja

un puesto, la 4G4 que baja 5 o la 4C3 que desciende 6 lugares.

Hasta el puesto 50 las tumbas que tienen una puntuación alta se debe o bien a la inversión en la estructura o bien a la importancia del armamento que la acompaña. A partir del puesto 44 que corresponde a la tumba 8E2 en adelante, desaparecen las armas y la inversión se concentra básicamente en las cerámicas y en la orfebrería.

En cuanto a jerarquización de tumbas por fases se observa que es el monumento, único representante de la fase I, el que se lleva la mayor cantidad de horas con una diferencia abismal sobre el resto. Si tratamos la necrópolis en conjunto se observa que la concentración mas importante de tumbas, 75, se encuentra entre los 15 minutos y las 100 horas de trabajo. Un pequeño grupo de 4 sepulturas implica entre 180 y 190 horas. Una tercera agrupación se encuentra entre las 275 y las 360 horas y los últimos dos enterramientos incluidos en las fases I y IV respectivamente, se separan claramente del resto. La inversión media para el conjunto de la necrópolis es de 223,23 horas si tenemos en cuenta solo las tumbas de las que conocemos la fase a la que pertenecen, mientras que si descartamos el Monumento que desvirtúa los resultados por la enorme inversión que supone, la media se queda en 74,26 horas. Si consideramos todas las tumbas de la necrópolis incluyendo las que no se han podido adscribir a ninguna fase, entonces la media estaría en 162, 29 horas con el monumento y 56,03 horas sin el monumento.

De las 12 tumbas de la fase II, 8 tienen una inversión inferior a las 16 horas y las otras 4 se incluyen dentro de las primeras 11 tumbas con un trabajo de entre 175 y 351 horas. En el histograma de la fase II (fig. 7.21) se distinguen tres agrupaciones de tumbas, la primera de poca inversión, la segunda con dos sepulturas de inversión media alta y un ultimo conjunto de alta inversión por encima de las 300 horas. La media de inversión de horas por tumbas es de 89,29.

La fase III es la que cuenta con mayor número de tumbas distribuidas por todos los niveles de inversión, con una distribución muy similar a la establecida para el conjunto de la necrópolis, con una acumulación de enterramientos de inversión inferior a las 100, y tres pequeños grupos de inversión media alta. La media es de 65,42 horas por tumba.

Las sepulturas de la fase IVa se distribuyen de forma muy desigual en el ranking de inversión. Así, la tumba que implica mayor número de horas de trabajo detrás del Monumento, la 4F2, pertenece a esta fase. Las tres restantes, 6E3, 4G5 y 4D1 tienen una inversión muy desigual ocupando los puestos 33 con 28,28 horas, 55 con 4,09 horas y 59 con 3,52 horas respectivamente. En la fase IVb hay una importante distancia entre la tumba 4D2 que ocupa el puesto 48 con 9,10 horas y la 4F8 con el 78º puesto y 0,40 horas. En el histograma de la figura 7.21 se han unificado las fases IVa y IVb, obteniendo un grupo de 4 tumbas con inversión inferior a las 10 horas y una tumba descolgada con 710 horas. La inversión media de la fase IVa es de 186,58 y la de la IVb de 4,75 horas. La conjunta de las dos subfases es de 125, 90 horas, pero si descontamos la tumba 4F2 que es la que dispara los resultados la media se queda en 9 horas.

La fase Va cuenta con dos tumbas que implican inversiones muy similares de entre 21 y 27 horas y la Vb representada por la 4G2 se marcha al puesto 56 con 4,07 horas. El histograma de ambas fases (fig. 7.21) muestra la pobreza de los ajuares y de las estructuras funerarias en estos últimos momentos de uso del espacio funerario. La inversión media es de 17,67 horas.

En los primeros 30 puestos de la figura 7.20 sólo hay una tumba de las fases mas recientes de la necrópolis, la 4F2, el resto corresponden a las fases I, II y III fechadas entre el 500 y el 300 a.C.

Si comparamos los histogramas de los tres métodos utilizados para la evaluación de la riqueza en Pozo Moro, vemos que mediante el sistema de cálculo de la inversión de trabajo se observan agrupaciones de tumbas en distintos niveles de riqueza y una curva mas gradual, mientras que con el método de riqueza por número de objetos y el ponderado, la curva que se obtiene es muy irregular y con muchos picos.

En las sociedades antiguas el nacimiento en el seno de los linajes más o menos relevantes es lo que determina la pertenencia de los individuos a una u otro segmento social. Aunque las relaciones parentales continúan siendo vínculo de cohesión, éstas ya no son relaciones determinantes a nivel social. La pertenencia a un grupo de edad y sexo dejan de ser esenciales para pasar a serlo la pertenencia a un linaje. La reproducción de esos linajes redunda en el carácter gentilicio de esas sociedades, ligados unos a otros por lazos de dependencia clientelar (Santos Velasco 1994: 65-68).

A juzgar por el análisis realizado de los ajuares, en el yacimiento de Pozo Moro nos encontramos ante el cementerio de un grupo gentilicio constituido por 8 o 9 personas que establecen entre sí relaciones clientelares y que se entierran en un mismo espacio simbólico bajo un ritual compartido y jerarquizado. Dicha necrópolis estaría vinculada a un pequeño poblado de carácter agrícola, probablemente situado en una pequeña elevación a escasos metros al NE del cementerio, que controlaría un territorio bajo el dominio del grupo gentilicio que se entierra allí como forma de legitimar su poder y su control sobre la zona.

Estamos ante élites guerreras gentilicias en relación con las corrientes ideológicas introducidas a partir del siglo V a.C. en el Sureste de la Península Ibérica (Almagro Gorbea 1996: 87). Este sistema parece ser la base de la organización social ibérica en este territorio, constituido por asentamientos tipo *oppida* que controlan, a través de sus elites, una red de pequeños asentamientos de carácter agrícola y/o estratégico,

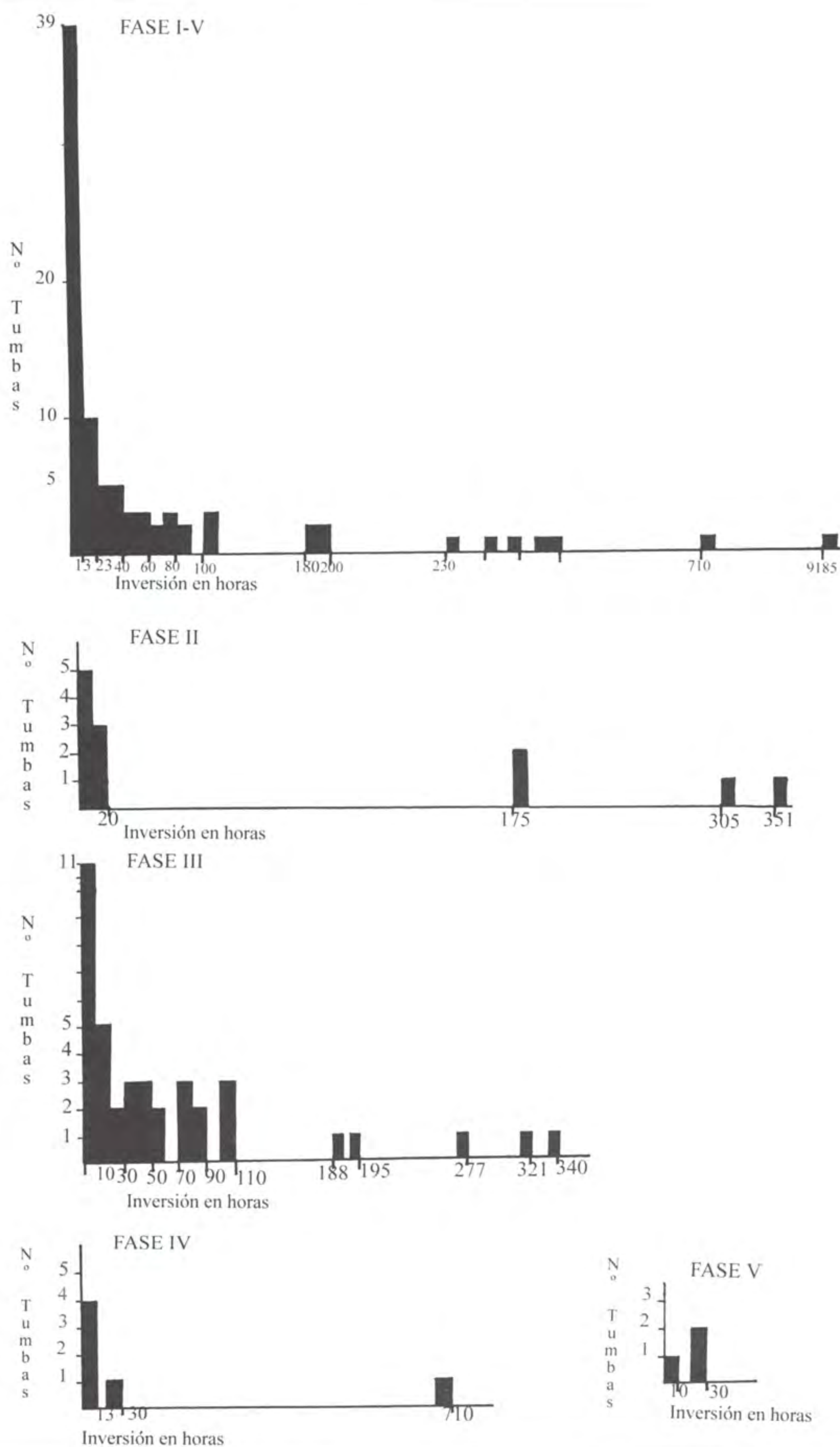


FIGURA 7.21: *Histogramas de inversión de horas en las tumbas de la necrópolis de Pozo Moro.*

considerados la unidad mínima del sistema social ibérico, al menos en esta región. Pozo Moro sería, por tanto, una de esas unidades mínimas que vertebran la sociedad y el territorio del Sureste en la zona de Albacete y que se vinculan a un terreno de relativa riqueza agrícola, que además controla vías de comunicación principales y, sobretodo, un recurso esencial en esta zona como es el agua. Todas las necrópolis conocidas en esta zona responden al mismo patrón de tamaño y localización, ya que son pequeñas y buscan siempre la proximidad a los puntos de agua, a vías de comunicación y a tierras con potencial agrícola o ganadero.

El estudio de Arturo Ruiz sobre la necrópolis de Baza sacó a la luz una posible e interesante interpretación de la organización espacial de este espacio funerario, detectando agrupaciones de tumbas que se disponen en círculos concéntricos alrededor de una serie de tumbas principales (Ruiz *et al.* 1991). Así mismo el análisis de la planta de la necrópolis de Mianes excavada por Maluquer de Motes (1982 y 1987), permite distinguir la existencia de algunas agrupaciones de tumbas que contienen armas y que ocupan un lugar nuclear con respecto a otras sepulturas que se colocan a su alrededor y que parecen corresponder a mujeres. Esta distribución recuerda a la de algún cementerio Lacial de la Edad del Hierro (Bietti Sestieri 1986, 1992) y responde a una estructura social en la que el elemento primordial no es la familia nuclear, sino grupos más amplios, probablemente de tipo gentilicio que establecen relaciones clientelares de dependencia.

En el área celtibérica también se detectan agrupaciones de tumbas que podrían relacionarse con este mismo sistema de organización social, aunque resulta prematuro asegurarlo dado la escasez de datos disponibles, la apuntamos como hipótesis sugestiva a tener en cuenta. En la necrópolis de Numancia las tumbas se distribuyen en un núcleo central que incluye las tumbas mas antiguas y otra serie de agrupaciones alrededor de este área nuclear que ofrecen cronologías más tardías (Jimeno, comunicación personal). En la necrópolis de la Osera también se detecta una ordenación de espacio funerario en grupos de tumbas en relación con una visión cosmológica de las concepciones funerarias (Baquedano y Martín Escorza 1995). En la necrópolis de Botija en Cáceres, también se identificaron agrupaciones de tumbas con enterramientos preponderantes dentro de cada uno de estos grupos que contaban con ajuares más destacados y que podría estar indicando el lugar de enterramiento del jefe de un clan y su grupo clientelar (Hernández y Galán 1996). Estas consideraciones por más que resulten sugestivas tienen que ser tomadas con muchísimas reservas ya que no existen datos tangibles que apoyen su confirmación. Es evidente que estas agrupaciones están reflejando algo importante pero estamos todavía lejos de descifrarlo.

7.2. La imagen del poder

En Pozo Moro el control y expresión de la imagen ostentada por las aristocracias va a ser expresada de forma diversa en las distintas fases de uso del espacio funerario. En el periodo Orientalizante la imagen de la monarquía tiene su reflejo exterior en un edificio monumental, claramente visible en el paisaje, en el que se desarrolla un programa iconográfico donde la escultura juega un importante papel. El regulo de Pozo Moro fomentó a través de estos relieves esculpidos, la conciencia colectiva de un pasado regio y sagrado (Olmos 1996: 100). Con la imagen esculpida se busca ampliar el público que la contempla. En este conjunto se cuentan los orígenes cósmicos de la humanidad, ejemplarizada en la iniciación de un linaje por su fundador. Los mitos sirven para justificar y sacralizar el poder real. La historia de los orígenes será también la de los antepasados del allí enterrado, justificando su poder y el orden social establecido. A través del ajuar de esta tumba también se apunta un programa iconográfico que refuerza el escultórico. Se reproduce una vieja costumbre Orientalizante utilizando el nuevo lenguaje de moda, al elegir unos objetos procedentes del mundo greco-itálico, lo que nos habla de las relaciones de este regulo con el nuevo centro de poder económico en el Mediterráneo (Almagro Gorbea 1983b). Se mantiene el ritual de la libación presente en el mundo tartésico, bajo las formas cerámicas griegas. La imagen de los nuevos vasos viene a reforzar la idea del ideal monárquico que se plasma en el conjunto escultórico del monumento. Así la imagen del joven desnudo que domina a dos leones en el asa de la jarra reproduce un antiguo motivo mítico que esta presente en el cinturón de oro de Aliseda (Olmos 1992: 71) y que representa el privilegio de los reyes en el mundo oriental del sometimiento del león y la supremacía sobre las fieras del hombre elegido (Olmos 1996: 102). Ya en el ajuar se prefigura y concentra la simbología del Monumento.

En la segunda fase de la necrópolis asistimos a un cambio importante en el uso del espacio sagrado, aparecen los grandes túmulos de piedra que ocupan un espacio considerable y que se colocan a distancia suficiente entre ellos para permitir la circulación. En contraposición, no se han evidenciado restos del ajuar que pudo acompañar a estas tumbas, lo que indica que se esta dando mayor relevancia a la estructura, a su visualización en el espacio y al poder que supone permitir la entrada a un espacio importante dentro del cementerio, al que solo tienen acceso personajes muy destacados de la sociedad. En la Fase III, asistimos a una posibilidad de acceso al enterramiento en este lugar mucho más generalizada, en la que las estructuras disminuyen de tamaño y se adosan y superponen unas a otras. Por el contrario, ante la imposibilidad de construir grandes estructuras por falta de espacio u otros motivos de orden social, se impone un ritual en el que

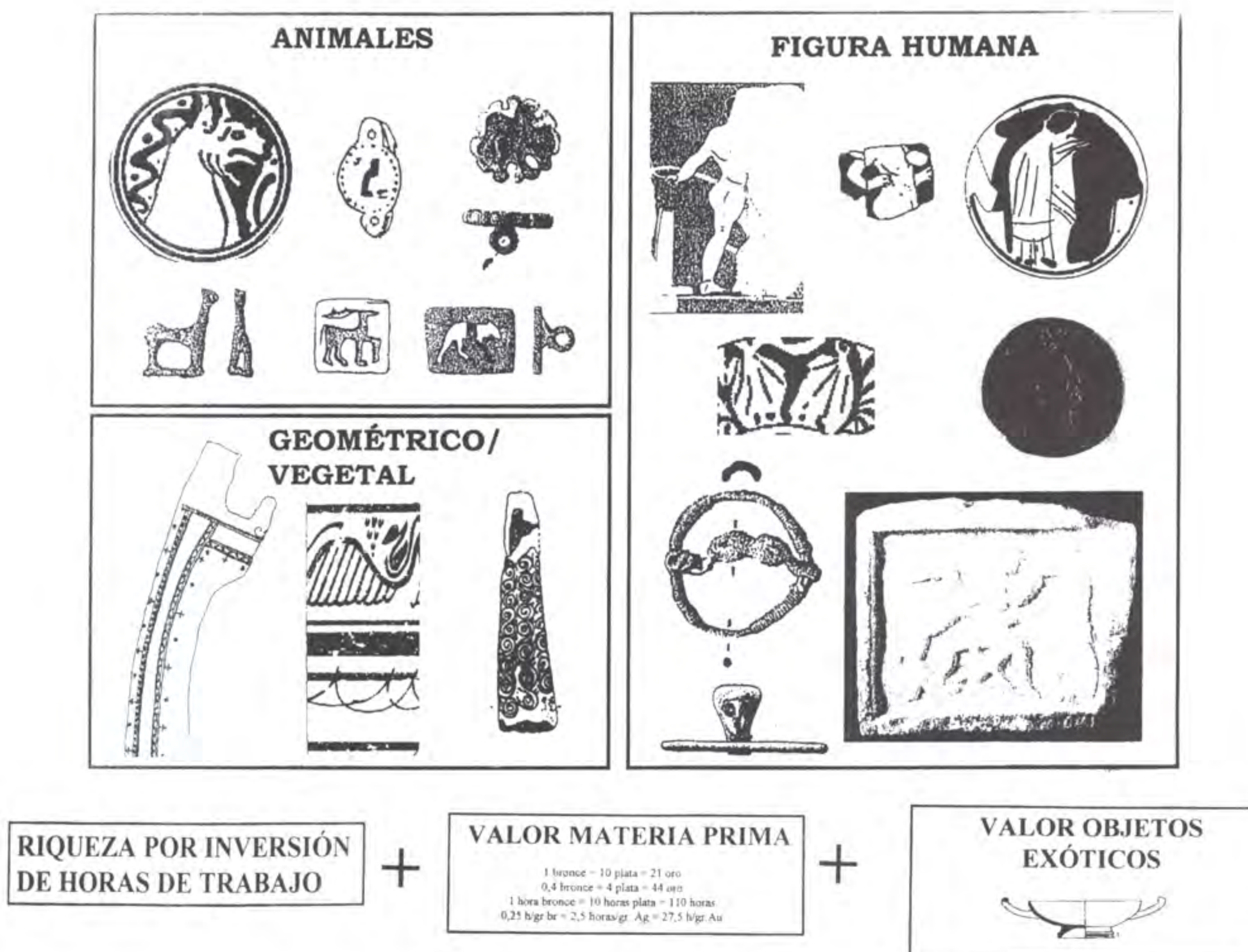


FIGURA 7.22: *El uso de la imagen en la necrópolis de Pozo Moro.*

los ajuares adquieren mayor protagonismo, trasladándose la imagen del exterior al interior de las tumbas. Es el momento de auge de la llegada de la cerámica ática al Sureste de la Península Ibérica, con la carga de contenido simbólico y sobre todo de ostentación de estatus que estas suponen. Se eligen temas dentro de los repertorios que ofrecen los artesanos griegos, más acordes con los gustos y leyendas locales. Pero la utilización de la imagen no se reserva a la pintura vascular sino que también parece estar presente en otros elementos como las armas, a través de las representaciones, casi siempre esquemáticas, de los damasquinados en plata, pero también a través de elementos de adorno personal como las fíbulas con cabezas cortadas, el anillo de la tumba 3F3 que representa en el chatón una figura difícilmente reconocible o la pequeña figurita zoomorfa de la sepultura 3F10. Y de nuevo la imagen aparece en los sellos, representando animales como el ciervo o el grifo. Todas estas manifestaciones dan buena cuenta de la importancia que tienen las imágenes en el universo funerario de la población de Pozo Moro. Estas giran en torno a la figura humana, con las representaciones de joven con manto de las cerámicas áticas, de las cabezas cortadas en las fíbulas o las efigies de las monedas, pero también se recrean en la naturaleza, tanto en el mundo vegetal de algunas cerámicas y sobre todo de las decoraciones de las falcatas, como en el animal, con la presencia de los leones y el jabalí del monumento, el grifo del Kylix procedente de la tumba 4F3 y de uno de los sellos, y el ciervo de otro de los sellos y posiblemente de la figurita que formaría parte de un collar de la tumba 3F10 (fig. 7.22). Una representación de antílope la encontramos en un escaraboide de la necrópolis de Ampurias (Padro 1974: 113,6). El motivo del grifo es bastante frecuente en el contexto de la cultura ibérica, documentándose en la cerámica de importación (Trías 1967), en la escultura en piedra (Chapa 1985) y en objetos de adorno personal (García Cano 1997: 258-63). Para un estudio completo sobre este tema ver el trabajo de Mª Montserrat Vidal de Brandt (1973). La iconografía del lobo es frecuente en el entorno Mediterráneo y en el céltico, asociado al peligro y a la muerte. Se encuentra representado en bronces, escultura y cerámica ibérica desde el siglo V al I a.C. Este animal debió cumplir un papel importante en los ritos iniciáticos de paso, asociado a las cuevas santuario y a las sepulturas. Este tema ha merecido un notable interés entre los investigadores, siendo tratado por Blázquez (1983); Blanco (1993); Rodríguez y

Chapa (1993); Pérez Vilatela (1993) y Almagro Gorbea (1996 y 2001) entre otros. En el ámbito funerario ibérico existen varias representaciones escultóricas de lobo, como el de Porcuna (González Navarrete 1987; Negueruela 1990: 258-260), único ejemplo conocido fechado en el siglo V a.C., la cabeza del conjunto escultórico de El Pajarillo en Huelma, Jaén, con una cronología de principios del siglo IV a.C. (Ruiz, Molinos y Chapa 2000) las de Osuna en Sevilla y las de Pradana en Córdoba, y la caja de Villargordo, en Jaén (Chapa 1979) que cumplen el papel de defensores de la tumba. El lobo también aparece en objetos de bronce como las páteras de Tivissa (Raddatz 1969, lám.75), la de Santiesteban del Puerto (Griñó y Olmos 1982) o en los bronces de Maquiz (Almagro Gorbea 1979: 179-184) vinculados en cuanto a los temas se refiere, al ritual funerario y al universo mítico ibérico. Por otra parte la presencia del lobo como decoración central de escudos o pectorales a modo de emblema parece corroborar la hipótesis de Almagro Gorbea sobre el papel del lobo en relación con ritos iniciáticos de la *iuventus* guerrera, donde el animal simboliza la muerte ritual y el descenso a los infiernos, de donde el joven guerrero saldría revestido de inmortalidad y dotado del furor que caracteriza a ares (Almagro Gorbea 1996: 115). También es posible, como señala Teresa Chapa, la asociación de ciertas imágenes que se repiten en contextos geográficos concretos, con grupos étnicos determinados (Rodríguez y Chapa 1993: 171).

7.3. El ritual

El ritual empleado en todo el mundo ibérico fue la incineración, aunque se constatan inhumaciones infantiles depositadas bajo las casas de numerosos poblados (Gusi 1992, Guerín *et al.* 1989, Calvo Gálvez 2000, Miquel-Feucht 2001). Junto a estas inhumaciones infantiles también se han documentado niños de corta edad cremados en los cementerios, lo que podría interpretarse como un ritual diferencial en función del estatus de esos niños dentro de la sociedad (García Huerta 1990: 672). Se apunta una doble influencia de la llegada del ritual incinerador, por un lado la de los Campos de Urnas que por su proximidad debió tener mayor impacto en el área más oriental de la Península Ibérica (Almagro Basch 1952, Almagro Gorbea 1986-87, Torres 1996), y la de los pueblos comerciantes del Mediterráneo Oriental, que dejan su huella en el resto del territorio Íbero desde época Orientalizante (Blázquez 1986, Wagner 1986 y 1995, Escacena 1989, Pellicer 1989, Belén y Escacena 1992).

En Pozo Moro, a lo largo de 700 años se efectúan cremaciones primarias en algunos casos y secundarias en otros, en las que los cadáveres se colocan sobre una pira hecha a base de troncos de encina y retamas procedentes del entorno del yacimiento. No se ha documentado resto alguno de la presencia de los *ustrina* como los estudiados en Castellones de Ceal (Chapa *et al.* 1998). Almagro Gorbea, director de las excavaciones de Pozo Moro, afirma que las cremaciones se llevarían a cabo en el mismo lugar de cada tumba (Almagro Gorbea 1978: 252), al menos en las estructuras tumulares. Nosotros pensamos que muchas de las cremaciones serían primarias, pero la escasez de restos óseos conservados en tumbas como la 8E2, 5G2, 5E5 o 4D1, hacen difícil su consideración de deposiciones primarias. Incineraciones *in situ*, se documentan en la necrópolis de Archena (García Cano y Page 1990), en la mitad de los casos de Hoya de Santa Ana (Blánquez 1990a), La Albufereta (Rubio 1986), Corral de Saus (Izquierdo 2000) o Casa del Monte (Ballester 1930, Blánquez 1992). En el territorio ibérico incineraciones primarias y secundarias conviven incluso dentro de un mismo yacimiento, pero parece existir una tendencia a utilizar la incineración *in situ* en la zona de Albacete, Murcia y Norte de Valencia, justo en las regiones donde más frecuentemente se encuentran las tumbas tumulares que permiten preservar el *ustrinum* que se sitúa debajo, mientras que la tendencia a realizarse cremaciones secundarias predomina en Cataluña y el resto del país Valenciano, donde son más frecuentes las sepulturas en hoyo.

En el caso de que las incineraciones de Pozo Moro sean primarias, es probable que una vez alisado y preparado el lugar se procedería a levantar una pira donde se colocaría al difunto vestido junto con su ajuar, como cabe deducir de la presencia de fíbulas y adornos personales que fueron recuperados en las tumbas con muestras de haber estado en contacto con el fuego de la pira. La presencia física de tejidos se ha podido documentar en la necrópolis de El Cigarralejo (Cuadrado 1987: 28). La temperatura alcanzada en las igniciones estudiadas por Reverte llegaron a los 850-950º C, aunque para otros autores éstas son demasiado elevadas (Wahl 1982, 1984, Gómez Bellard 1996), lo que implica la utilización de un gran volumen de leña. El sistema de recogida de huesos para ser depositados en urnas o cistas en Pozo Moro fue muy dispar ya que en algunos casos se produjo una recogida exhaustiva de los restos procediendo incluso a su lavado, mientras en otros se recogen escasos fragmentos que aparecen mezclados con restos de tierra, carbón vegetal, piedras, esquirlas de cerámica o restos de metal (Reverte 1985). Una vez cremado el cadáver se depositarían sus restos, junto con el ajuar, en un nicho o *loculus* preparado al efecto. Las dimensiones medias de estos nichos están en torno a los 90 cm. de longitud, 60 de anchura y 30 de profundidad, datos muy semejantes a los documentados en Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b: 86). No se ha constatado ningún acabado o enlucido especial de las paredes de los nichos como ocurre en muchos otros conjuntos funerarios como El Cigarralejo (Cuadrado 1987), Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993), Castellones de Ceal (Chapa *et al.* 1991: 335), Estacar de

Robarinas (García Gelabert y Blázquez 1988: 249) y Palomar del Pintado (Pereira 1995: 254). Exceptuando las 34 cremaciones estudiadas por Reverte en Pozo Moro (1985), no sabemos en que casos los restos óseos se depositaron en urnas y en cuales lo hicieron directamente en el interior del nicho, ya que este dato no fue recogido en los diarios de campo. De los casos estudiados (Reverte 1985), en 23 ocasiones (67,6%) se introducen los restos óseos en urnas cerámicas, en 9 se depositan en el interior de cistas de adobe (26,5%) y en los 2 restantes (5,9%) quedan en los *busta*. Entre ellos hay dos casos particulares que vamos a analizar por separado. La tumba 5D5 ofreció restos de dos individuos, en el interior de la urna se colocaron los restos óseos de una mujer, mientras en el *bustum* se encontraron los restos de un individuo infantil o juvenil. En el *bustum* del túmulo principesco 5F4 se detectaron huesos de al menos tres individuos, dos varones y un niño. La interpretación en este caso resulta complicada, pero podemos avanzar tres posibles hipótesis, la primera que los tres individuos fueran miembros de una misma familia y fueran enterrados conjuntamente, la segunda que fuera un posible *ustrinum* utilizado en varias ocasiones antes de ser sepultado por el gran túmulo, y una tercera que la mezcla de restos óseos se debiera al expolio que sufrió esta tumba en la que se horadó un agujero probablemente buscando el ajuar, lo que pudo provocar las mezcla de materiales procedentes de distintas tumbas.

Tumbas infantiles como la 8E2 o la 4F3 presentan ajuares relevantes lo que nos hace plantearnos porque los niños tienen un tratamiento sofisticado en Pozo Moro. La hipótesis mas probable es la pertenencia de estos individuos a linajes privilegiados.

En 10 tumbas de Pozo Moro, un 11,5% del total, las urnas se cubrieron con una tapadera cerámica o con una piedra para proteger el interior del contacto directo con la tierra.

El sistema de cierre de los nichos no ha podido ser documentado en todas las tumbas excavadas, ya que no se hace mención de este dato en los diarios de campo, pero por las planimetrías y la fotografía, hemos detectado que en algunos casos, los nichos se cubrían con adobes de color amarillo claro unidos entre sí con una argamasa blanquecina probablemente obtenida del propio barro utilizado para la fabricación de los adobes, mientras que en otros se tapaba con las propias piedras del relleno del túmulo o se delimitaba con una cista de adobe y luego se cubría de piedra.

Las únicas referencias de textos antiguos que hacen mención del mundo funerario de los pueblos incineradores de la Península Ibérica son las descripciones de los funerales de Viriato (Apiano 71 y Diodoro 33,21). Por ellas se sabe que el cadáver, preparado con sus mejores vestimentas y armamento, era cremado en una gran pira y, mientras el cuerpo se consumía, se realizaban danzas y se cantaba a la gloria del héroe. Una vez apagado el fuego se realizaban juegos atléticos. Este tipo de ceremonial tan suntuoso sólo debía llevarse a cabo en casos excepcionales y lo más probable es que en los funerales habituales, mientras se cuidaba y se alimentaba el fuego, se celebraran ciertas danzas y cantos a los que las sociedades ibéricas debieron ser muy aficionados si nos guiamos por las representaciones en pintura vascular y las referencias en fuentes escritas. A pesar de las limitaciones del registro arqueológico, éste nos ofrece otro tipo de información que no se relata en los funerales de Viriato. De este modo sabemos que muchos de los vasos cerámicos se rompían y luego se depositaban en la pira y que las armas, previa inutilización mediante el doblado, fragmentado o mellado, también eran sometidas a la acción del fuego. La destrucción de los objetos mencionados, además de su carácter votivo, parece relacionarse con el deseo de que el uso de éstos finalizara al mismo tiempo que la vida de su propietario.

La costumbre de ofrecer alimentos a los difuntos está documentada en todo el ámbito ibérico al menos desde principios del siglo IV a.C. hasta la baja época ibérica, conviviendo en los momentos más antiguos las ofrendas alimentarias con el ritual destructor como ocurre en Grecia.

En la cuadrícula 3D de Pozo Moro se mandaron analizar los huesos recogidos en un nivel revuelto correspondiente a la fase más antigua del cementerio. En él se identificaron dos individuos adultos, una vaca y una cierva, cuyo cráneo había sido fragmentado después de la muerte del animal, y algunas partes del esqueleto se encontraron quemadas. La manipulación de los huesos de estos animales indica que deben constituir desechos de comida (ver Anexo Paleontológico, por Arturo Morales). Este dato resulta muy interesante, ya que sería una prueba de la realización de un banquete funerario en las primeras fases de uso del cementerio, probablemente vinculado al monumento turriforme, en uno de cuyos relieves se representa precisamente una escena de banquete, ya que no se realizó ningún otro enterramiento en esta zona del cementerio. Alusiones a la celebración de banquetes fúnebres se encuentran en las fuentes escritas en un texto hitita del siglo XIV, en el que se menciona, al describir la incineración de un personaje real, que al segundo día se apagaba la pira con cerveza y se tomaba parte en el banquete (Christmann-Franck 1971: 65-67). También aparece mencionada la celebración de un banquete en la descripción que hace Homero de los funerales de Héctor (*Ilíada* XXIV, 788-803). Entre las costumbres funerarias romanas también era frecuente realizar al lado de la tumba y durante el enterramiento un banquete, en el que se suponía que participaba el propio difunto.

En Pozo Moro también se han documentado 4 urnas con huesos de animales en su interior que se han interpretado como ofrendas. Concretamente en la urna

3F6 se encontró un esqueleto casi completo de cerdo o jabalí joven, sin huellas de manipulación, y en la 4F8, fragmentos de tibia de otro cerdo o jabalí inmaduro. En otras tumbas también se han encontrado algunos huesos de ovicápridos jóvenes mezclados con los restos óseos del difunto; es el caso de las sepulturas 4D3, 4F9, 4H6 y 5F4. El hecho de que los animales sacrificados sean jóvenes implica un mayor dispendio ofrecido al difunto, ya que se pierde el peso en carne que el animal alcanzaría en edad adulta. Es posible que estas ofrendas sean una prueba del cuidado y mantenimiento del que fueron objeto las tumbas y de las visitas periódicas a las mismas con la intención de seguir honrando y recordando a los difuntos. Las reconstrucciones que fueron acometidas en tumbas como la 5/719 de Castellones de Ceal son una clara muestra de ello (Chapa *et al.* 1998).

En el depósito votivo de El Amarejo, Bonete, también se documentó la presencia de ovicápridos sacrificados en torno a los seis meses de vida, mientras los suidos y bóvidos son ejemplares adultos de los que primero se aprovecha la leche, la carne o el cuero (Broncano 1989: 65).

La presencia entre los ajuares de las tumbas de vajilla de importación relacionada con la bebida como las copas o las jarras, pueden estar relacionados con la posible existencia de un ritual de libación del que no tenemos más constancia arqueológica que la que nos ofrecen otros cementerios del entorno, como el de Los Villares, en el que se documentó un *silicernium* (Blánquez 1984c, 1990a). Sin embargo, la presencia recurrente de vajilla relacionada con la bebida en los contextos funerarios ibéricos, refuerza su vinculación con ritos en los que el vino juega un importante papel (Quesada 1995).

Por último, y aunque ya se ha tratado más detalladamente en otro lugar (ver apartado 4.8), no podemos dejar de mencionar la cuestión de la orientación. La orientación recurrente de los túmulos y de los nichos que permiten por su morfología ser orientados, en sentido SE-NW, es un caso excepcional dentro del panorama funerario ibérico, ya que se mantiene invariable durante 700 años. Esta rotundidad nos hace pensar que la elección de la orientación de las tumbas de este cementerio se rigió por algún hito en el paisaje o algún punto de referencia fijo, que hiciera que se respetara esa dirección. La variabilidad en la disposición de las tumbas de la mayoría de las necrópolis ibéricas conocidas parece relacionarse con la salida y la puesta del sol y con la estación del año en que se produce la muerte del individuo que va a ser enterrado (Mata 1993: 437; Almagro Gorbea, comunicación personal).

Es evidente que una parte importante del ritual funerario se nos escapa, e incluso es posible que esa parte fuera la que claramente marcaba las diferencias sociales y la que reflejaba el sistema de creencias de la comunidad, pero también es cierto que al menos una parte de todo eso ha quedado implícito en los aspectos del funeral que han llegado hasta nosotros y que las diferencias y similitudes presentes en ajuares y estructuras tienen y tuvieron un significado, aunque además existieran otras claves que desconocemos, pero que en parte podemos inferir de culturas próximas como la griega o la romana.

7.4. El fondo ideológico

El periodo orientalizante se caracteriza por una organización socio-económica influida por la colonización fenicia, y especialmente por el área sirio-fenicia, como demuestran las formas arquitectónicas, los ritos y monumentos funerarios y la organización palacial. Monumentos como la tumba de Pozo Moro o el palacio de Cancho Roano evidencian un sistema ideológico de carácter teocrático, ampliamente difundido por el Mediterráneo en el periodo Orientalizante y fundamentado en el carácter sacro del *rex*, vinculado míticamente a la divinidad, la cual le otorga su poder sobre la sociedad (Almagro Gorbea 1996a, Almagro y Moneo 2000, Moneo 2003).

El palacio del monarca sacro era sede del poder político y económico, además de lugar de culto a la divinidad dinástica y a los antepasados del *rex*. Dicho culto se evidenciaba mediante ritos destinados a mantener la protección divina del rey, su familia, la ciudad y su territorio, y por extensión de toda la población. Esta concepción, en la que se fundamenta el poder en Oriente y también en el Lacio y la Etruria orientalizantes, explica la asociación entre culto divino y regio y el carácter sacro del rey, cuyas divinidades protectoras eran las de toda la población. Este contexto ideológico constituye el mejor marco para comprender la importancia del culto funerario dinástico del monumento de Pozo Moro, ideología cuyo precedente debe buscarse en el culto oriental a los *Rephaim* o antepasados del rey. Este marco ideológico parece perdurar en los santuarios dinásticos ibéricos del Sureste, asociados a cultos funerarios, influyendo así mismo sobre la estructura arquitectónica de algunos santuarios gentilicios del mundo ibérico, hasta que acaban asimilados a los *heroa* como consecuencia del influjo helénico (Almagro Gorbea 1996a).

A partir del siglo VI a.C. se documenta la aparición de nuevas élites ecuestres de tipo gentilicio surgidas como consecuencia de su propia dinámica social, siguiendo un proceso bien documentado en Grecia, Etruria o Roma. La evolución de las necrópolis ibéricas permite documentar esta nueva fase en la que las monarquías orientalizantes fueron sustituidas por monarquías atestiguadas por *heroa* monumentales destinados a resaltar a sus antepasados míticos, que basarían su poder en la pertenencia a un grupo gentilicio de carácter guerrero descendiente de un antepasado mítico heroizado. Este profundo cambio ideológico se

refleja en la separación del palacio y el santuario en construcciones independientes. El proceso sigue evolucionando hasta que en el siglo IV a.C. la estirpe monárquica se diferencia cada vez menos de las aristocracias guerreras, manteniendo una tendencia a la isonomía (Almagro Gorbea 1996a).

La ideología de carácter heroico tiene influjos de las áreas septentrionales del mundo ibérico, donde se generalizó el rito de incineración con deposito de armas en el ajuar, en ocasiones intencionalmente destruidas, rito asociado a partir del siglo V a.C. a santuarios relacionados con viviendas de élite cuyo origen doméstico evidencia su hogar ritual, dedicado al culto del antepasado gentilicio considerado progenitor mítico. Todas estas creencias se vinculan a la cremación del difunto como rito de purificación y heroización.

Este proceso ideológico evolucionó progresivamente hacía la aparición de sistemas urbanos, característicos de la ultima fase de la cultura ibérica. En ella los santuarios gentilicios pasaron a tener carácter público, adoptando formas arquitectónicas helenísticas primero y finalmente romanas. Por su parte, los cementerios pierden la monumentalidad de las primeras fases del mundo ibérico en sentido inverso a la relevancia arquitectónica que van adquiriendo los santuarios.

Todas estas transformaciones también van a suponer un cambio en el culto a las divinidades, evolucionando desde el *smiting-god* orientalizante protector del rey sacro, a divinidades poliádicas protectoras de toda la población. Pero lo más innovador de los nuevos cultos urbanos será la transformación del culto gentilicio al antepasado heroizado en el culto al héroe fundador de la ciudad, que refleja una ideología plenamente urbana. Dichos cultos debieron tener una amplia aceptación, como demuestra su alusión en las monedas en las que se refleja la ideología de una clase ecuestre de tipo oligárquico y censatario, que controlaría la administración y el poder político de las ciudades y cuya afinidad con las élites de Roma ayuda a comprender su rápida integración en el sistema clientelar romano y su importante papel en la romanización.

Todo este proceso que hemos ido perfilando brevemente, responde a un doble substrato cultural e ideológico, de origen Mediterráneo con fuertes influjos fenopúnicos en las áreas meridionales, de tipo indoeuropeo y helénico en las septentrionales, aunque unos y otros tendieron a converger en el proceso de urbanización que se produce en las fases finales de la cultura ibérica. En ambas áreas el culto a los antepasados supone una ideología que sustentaba el poder económico y político de las elites sociales, lo que supone una fuerte interdependencia entre ideología y estructura socioeconómica, que explica su desarrollo paralelo y sus influjos mutuos a lo largo del tiempo, hasta su desaparición con la romanización.

La personalidad ideológica del mundo ibérico responde a este doble origen, a la evolución de ese substrato y a los influjos culturales recibidos de fenicios, griegos, púnicos y, finalmente, romanos. Por ese motivo, el proceso evolutivo del mundo ibérico es comparable al de otras culturas mediterráneas de la Antigüedad, especialmente de Grecia e Italia, aunque dado su mayor alejamiento de los focos culturales de Oriente y del Egeo, mantiene su propia personalidad y presenta una evolución más lenta, no alcanzando un desarrollo urbano pleno prácticamente hasta la romanización (Almagro Gorbea 1996a).

8. DEMOGRAFÍA

8.1. PROBLEMÁTICA

Al total desinterés prestado al análisis antropológico siguió, a partir de los años 80, un intento por acercarse a los aspectos demográficos de las poblaciones representadas en las necrópolis a través del estudio de los restos óseos cremados. Así, a lo largo de la década de los 80 salen a la luz los estudios antropológicos de la necrópolis de el Cigarralejo (Santonja 1985, 86, 89) o Pozo Moro (Reverte 1985; Almagro 1986), y en los 90 las de los Villares (Blánquez 1990a), Cabezo Lucero (Aranegui *et al.* 1993), Turó dels dos Pins (García 1993), Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 1997b y 1999), Castellones de Céal (Chapa *et al.* 1998), Son Real (Hernández 1998) y Corral de Saus (Izquierdo 2000).

A pesar de las ventajas y riqueza de la información que ofrecen los estudios antropológicos y demográficos, no es menos cierto que presentan una serie de obstáculos y una problemática concreta con la que hay que contar a la hora de abordar su estudio y elaborar resultados. A continuación exponemos algunos de los aspectos que afectan a la evaluación de los estudios demográficos:

1. No todos los individuos tienen por qué tener acceso al mismo ritual y lugar de enterramiento. Esto es especialmente relevante en los cementerios ibéricos que han podido ponerse en relación con sus respectivos poblados, llegando a la conclusión de que un sector importante de la sociedad no recibía sepultura o al menos no ha quedado constancia de ese acto en el registro arqueológico (Chapa 1991; Ruiz Zapatero y Chapa 1990). Además, sabemos que existía un ritual por el cual los niños de corta edad eran inhumados y enterrados debajo de las casas, por lo que la representación de este grupo de edad quedaría desvirtuado en los cementerios (Gusi 1970 y 1992).

2. Pueden existir distintas necrópolis como destino final de los habitantes de un mismo asentamiento. Esto ocurre en lugares como Coimbra del Barranco Ancho que tiene dos necrópolis para un mismo asentamiento que se suceden cronológicamente ya que la primera y más pequeña, la de la Senda, no va más allá del tercer cuarto del siglo IV a.C., mientras la segunda abarca desde el 375 a.C. al II a.C. (García Cano 1997b). El Tolmo de Minateda presenta más problemas a la hora de establecer las conexiones de las tres necrópolis cercanas al asentamiento, la necrópolis Norte en la base del cerro donde se encuentra el yacimiento, la de Cola de Zama Norte, y la del Bancal del Estanco Viejo (Abad *et al.* 1998). La primera se adjudica claramente al poblado del cerro dada la proximidad, pero quedan muchas dudas de que la de Zama pertenezca al poblado del Tolmo, ya que se encuentra a pocos metros de una pequeña colina que pudo ser un asentamiento de tipo aldea o alquería que controla un terreno agrícola ganadero y que se ubica muy próximo al arroyo de Tobarra pero en la orilla contraria a la del Tolmo. Estaríamos ante otra de estas necrópolis rurales como la de Pozo Moro, que además presenta entre los objetos de ajuar de sus tumbas un casco muy parecido al de la tumba 4F2 de Pozo Moro. Por su parte, la necrópolis del Bancal esta mucho más alejada y habría que ponerla en relación con la Vía *Complutum-Carthago Nova*.

3. Desconocimiento de una parte de la necrópolis por destrucción, no excavación o deficiente conservación de los restos. En el caso de Pozo Moro, las constantes labores agrícolas llevadas a cabo en la zona han desmantelado los niveles más superficiales, por lo que algunas de las tumbas es probable que desaparecieran y otras se han visto removidas por la acción de los arados y los furtivos.

4. Dificultad de estimación certera de la duración del uso del espacio funerario y de adscripción precisa

de las tumbas a sus fases. (Hernández 1996: 140; Ruiz y Chapa 1990: 362). La escasez de datos cronológicos precisos en la necrópolis de Pozo Moro hace muy difícil en muchas ocasiones ubicar alguna de las tumbas en un intervalo cronológico lo suficientemente aproximativo. Por ello, hemos tenido que dejar de lado algunas de las sepulturas difíciles de ubicar por la ausencia de cerámica ática u otro elemento indicativo de fecha, que además carecían de conexión con ninguna otra tumba de cronología conocida de la necrópolis. Aún en los casos en los que teníamos información cronológica, cabe considerar otros posibles errores relacionados con la perduración de piezas (García Cano 1997c), hecho que hemos podido constatar en la tumba 3F3 de Pozo Moro que contaba con una vajilla de cerámica ática que presentaba un desfase de unas piezas con respecto a otras de una generación.

5. Dificultad de contrastación de los datos demográficos de los cementerios con los de los poblados. Es bien sabido que los estudios demográficos resultan más fiables si consideramos los datos por un lado de los lugares de enterramiento y por otro de los asentamientos, ya que creemos que no toda la población tuvo acceso a las necrópolis y que por tanto la información procedente de estas resultaría parcial. En la provincia de Albacete, tradicionalmente, la investigación se ha centrado en las necrópolis, dejando de lado el estudio de los poblados, de los que apenas tenemos información. Por tanto hay que contar con un margen de error que supone la imposibilidad de acceso a la información de poblados en esta región.

8.2. Estudios comparativos

En los últimos años se ha observado un creciente interés por valorar la información que ofrece el estudio de los restos antropológicos presentes en las necrópolis de cremación, de forma que a la total ausencia de estos estudios en las necrópolis excavadas de antiguo, le sustituye ahora la inclusión en la mayoría de las monografías de un anexo de análisis antropológicos (Blánquez 1990a, Aranegui *et al.* 1993, Chapa *et al.* 1998, García Cano 1999, Izquierdo 2000). Son más escasos aquellos trabajos que trascienden la inclusión de estos datos en un apéndice para integrarlos en el estudio de la sociedad que está más allá de dichos restos (Hernández Gasch 1998). A pesar de este reciente interés, son todavía escasos, y sobre todo parciales, los resultados que de dichos estudios se desprende; pero es evidente, que serán de gran utilidad cuando exista un cúmulo de datos suficientes para que permitan el estudio de los restos óseos de un cementerio completo, que haga posible extrapolar los resultados y compararlos con otros conjuntos. Un esfuerzo realizado en este sentido, y contando con las limitaciones que imponen la pobreza de los datos disponibles, puede verse en un trabajo de Manuel Santonja e Ignacio Montero (1992) que compara los valores métricos de los restos óseos de individuos adultos de las necrópolis de El Cigarralejo, Los Villares y Pozo Moro, concluyendo que los varones presentaban una mayor robustez y talla media que las mujeres, de lo que se deduce que realizarían actividades en las que el desarrollo de la masa muscular sería más importante. El artículo sobre paleodemografía ibérica realizado por Martín Almagro Gorbea hace casi dos décadas (1986) es hasta el momento el intento más serio al respecto. Fuera de estas conclusiones no se ha llevado a cabo un estudio comparativo reciente de los datos disponibles.

8.3. Resultados: la población ibérica de Pozo Moro

El estudio que a continuación desarrollamos parte del análisis realizado por J.M. Reverte de los restos antropológicos de la necrópolis que nos ocupa (Reverte 1985) y de la interpretación que de los mismos hace Martín Almagro en su artículo *Aportación inicial a la paleodemografía ibérica* (Almagro 1986). Contamos con una población analizada de 41 individuos procedentes de 32 conjuntos, de los que 23 corresponden a restos conservados dentro de urnas funerarias, 8 a restos recogidos dentro de cistas de adobe de tumbas sin urna cineraria y 2 a restos encontrados dentro de *busta*. Los pesos de los restos óseos de las cremaciones se encuentran entre los 1.274 gramos de la tumba 4D5 y los 3 del Monumento, con un peso medio por sepultura de 290,88 gramos. Las temperaturas de cremación oscilaron según Reverte entre los 850º y los 950ºC. Las técnicas de recogida fueron desiguales, ya que en algunos casos se recogen los huesos junto con tierra, carbón y cenizas, como en la tumba 4Dinc.5, 4Ginc.1 o 5Dinc.1, mientras en otras se utiliza la técnica del *pick up* o recogida minuciosa de los restos y lavado de los mismos para separarlos de la tierra, como en las tumbas 3Finc.4 o 4Finc.6.

No se han localizado *ustrina* comunales en el área excavada, lo que no quiere decir que no existieran para las sepulturas de menor entidad arquitectónica, aunque en el caso de la mayoría de los túmulos la cremación se realizaba *in situ* a juzgar por los suelos de arcilla apisonada sobre los que se elevaba el túmulo, que se documentaron quemados como consecuencia del proceso de cremación del difunto (Almagro Gorbea, comunicación personal).

El 15% de los huesos analizados por Reverte en Pozo Moro muestran alguna huella de patología, las más frecuentes que se han detectado son las afecciones bucales como caries, periodontitis y abscesos alveolo dentarios que hacían perder la dentadura en muchos casos antes de los 35 o 40 años, artrosis en la columna vertebral, la rodilla y en el hombro en

individuos de entre 40 y 50 años, anemias tempranas y roturas de huesos (Reverte 1985: 277-279).

Partiendo de los dos artículos arriba mencionados (Reverte 1985; Almagro 1986), extrapolaremos los resultados a la tabla de fases presentada en este trabajo, lo que nos permitirá extraer conclusiones sobre la evolución demográfica de la población enterrada en Pozo Moro a lo largo de 700 años.

Edad/Sexo	Masculino		Femenino		Indeterminado %		Total %	
0-1					1	10		2,3
1-2					6	60		16,3
2-3					2	20		4,6
2-5					1	10		2,3
5-10					0	0		0
0-10 (Total)	n	%	n	%	10	100	10	23,2
10-20	1	2,3	1	2,3			2	4,6
20-30	1	2,3	1	2,3			2	4,6
30-40	10	23,2	5	11,6	1	2,3%	16	37,2
40-50	7	16,2	1	2,3			8	16,6
50-60	2	4,6	2	4,6			4	9,3
Incierta					1	2,3%	1	2,3
TOTAL	**21=**	**48,8%**	**10=**	**23,2%**	**12=**	**27,9%**	**43**	100

FIGURA 8.1: *Distribución por edades y sexo (Almagro Gorbea 1986).*

El gráfico revela la desproporción hombres/mujeres, con un índice de masculinidad del 67,7%; se observa un porcentaje superior de hombres (59,9%) sobre mujeres y niños, lo que probablemente denota una desproporción de carácter ritual que también se aprecia en otras necrópolis del entorno como Los Villares con un 39,4% de varones (Blánquez 1990a), Castellones de Céal presenta un 26% de varones frente a un 13% de mujeres si nos basamos en el análisis de Gómez Bellard (Chapa *et al.* 1998: 204), en Cabezo Lucero el porcentaje es de un 60% de hombres frente a un 40% de mujeres si nos centramos exclusivamente en los 16 casos en los que se ha podido determinar el género de las cremaciones (Aranegui *et al.* 1993: 54), o el porcentaje algo más equilibrado de El Cigarralejo con un 36,6% de individuos masculinos frente a un 33,4% de femeninos.

La mortalidad infantil en Pozo Moro supone un 25%, lo que evidencia que el número de enterramientos infantiles no refleja la mortalidad infantil real que debió ser cercana al 50%. En cuanto a la mortalidad por edades, cabe destacar la marcada curva *gausiana* que presenta la mortalidad infantil, concentrándose el 70% de los fallecimientos entre los 0 y los 3 años, debido a las muertes producidas durante el embarazo o el parto y a la mayor debilidad de los niños menores de 3 años. Si superan esa edad su posibilidad de supervivencia es bastante elevada, como refleja el descenso del número de muertes producidas entre los 5 y 10 años. Entre los 30 y los 40 años se da la tasa máxima con un 40%, para disminuir progresivamente hasta los 60 años. La mortalidad por sexos sólo es diferenciable a partir de los 10 años, siendo la tasa de las mujeres entre los 10 y los 30 años doble a la de los hombres como consecuencia de los embarazos y los partos. Entre los 30 y los 40 años la tasa se equilibra entre hombres y mujeres y se eleva hasta alcanzar el 50%, mientras que entre los 40 y los 50 años desciende la mortalidad de forma mucho más significativa entre las mujeres, para invertirse esa tendencia entre los 50 y los 60 años. La longevidad máxima es de 60 años aunque esta circunstancia se deba mas a la escasez de la muestra anali-

GÉNERO	n	%	n	%	n	%	n	%		Indeterm. *	Total	%
Hombres	1	100	3	50	15	53,5	1	33			21	48,8
Mujeres			1	16,6	8	28,5	1	33			10	23,2
Niños			2	33,3	5	17,8	1	33		4	12	28
FASES	**I**		**II**		**III**		**IV**		**V**		**43**	**100**

FIGURA 8.2: *Proporción sexual por fases.*

* Las tumbas 4C4, 4H6 y 5D6 no se han podido colocar dentro de ninguna de las fases establecidas por falta de datos estratigráficos o tipológicos que pudieran orientar la designación cronológica. Del mismo modo, la tumba 5F5 que aparece en el trabajo de Reverte no existe con tal denominación en la documentación de campo, por lo que pensamos se trata de un error de identificación que nos hace imposible incluirlo en ninguna de las fases.

zada que a la población real representada. La esperanza de vida se cifra en 28,5 años y el promedio de vida en 34,4 años, con una diferencia de 2,6 años más para los hombres que para las mujeres (Almagro Gorbea 1986). En la necrópolis talayótica de Son Real la diferencia de esperanza media de vida entre hombres y mujeres se eleva hasta los 5 años en favor del sexo masculino (Hernández 1996).

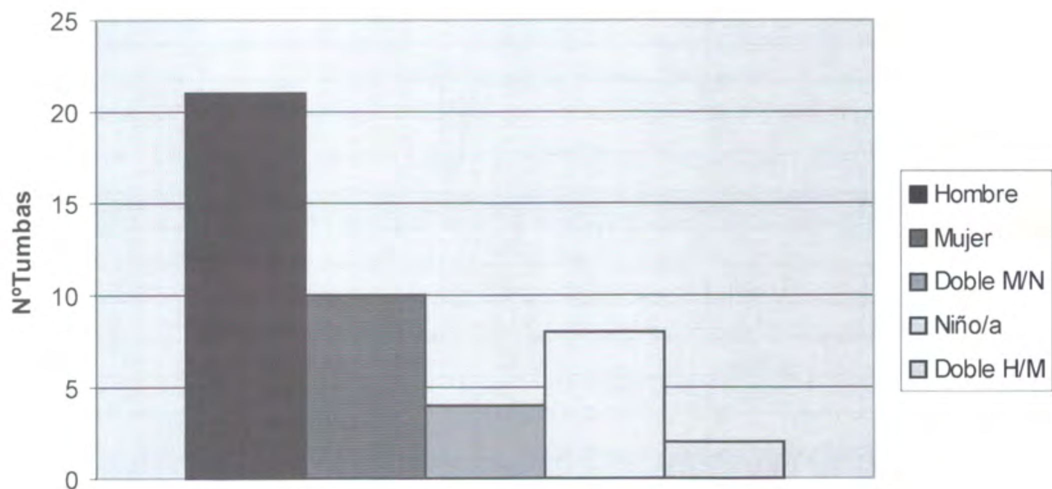


FIGURA 8.3: *Identificación sexual de las tumbas de pozo Moro. Basado en Reverte 1985.*

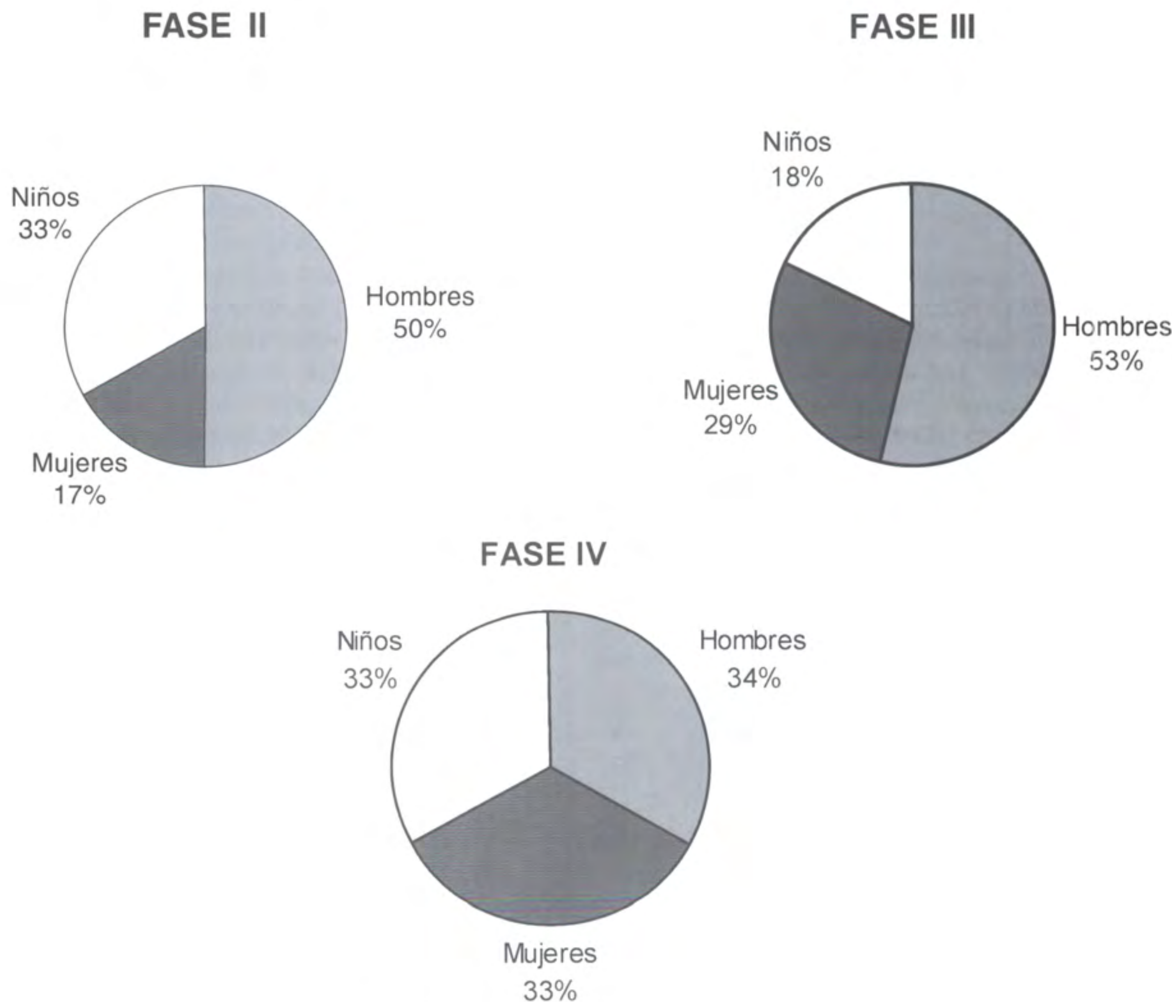


FIGURA 8.4: *Identificación sexual por fases.*

Análisis de la distribución por género: Tumbas masculinas / femeninas / infantiles (sexo indiferenciado)

Se ha considerado oportuno relacionar las variables de espacio ocupado y número de tumbas, con el género de los individuos enterrados por fases, con la intención de detectar cambios en la utilización del espacio funerario y en el acceso diferencial de hombres, mujeres y niños al enterramiento a lo largo de los casi 700 años de uso de esta zona como lugar de enterramiento. La escasez de la muestra analizada supone un *handicap* aún mayor cuando pretendemos desglosarla por fases, ya que ésta queda reducida a un número muy pequeño de individuos. Sin embargo, su análisis supone un punto de partida que permite identificar tendencias y contar con datos que no pueden dejarse de lado por el simple hecho de tratarse de una muestra reducida.

El siguiente cuadro (Fig. 8.5) plasma de forma resumida toda la información cruzada de fases, tumbas, espacio ocupado y distinción de género.

Únicamente se han podido ubicar 60 tumbas en sus respectivas fases de las 87 cuantificadas, lo que equivale al 69% del total de tumbas excavadas, ya que no existían elementos susceptibles de datación precisa que permitieran colocar con suficiente exactitud las 27 restantes, por lo que hemos preferido descartarlas en los recuentos.

Se detecta un aumento progresivo de la densidad de tumbas hasta el final de la fase III para descender en la fase IV y volver a subir en la V, aunque este ultimo ascenso está desvirtuado por la presencia de dos únicas tumbas, la 4Ginc.2 y la 7Dinc.1 que ocupan un espacio muy reducido, lo que provoca el ascenso de la densidad.

Se observa que el número de tumbas y el género por fases, presenta una curva gausiana lo que se corresponde con la realidad demográfica de las sociedades preindustriales salvo en la infravaloración de la presencia de niños en Pozo Moro y en otras necrópolis ibéricas frente a la alta mortalidad infantil que presentan las sociedades preindustriales (Hassan 1978), y que puede relacionarse con el enterramiento de niños bajo los cimientos de las casas, la consideración de los mismos como miembros no de derecho dentro de la sociedad hasta no alcanzar el año de edad, o la conservación diferencial de los restos óseos infantiles en el registro arqueológico como consecuencia de la mayor fragilidad de los mismos (Gusi 1970, 1992).

La escasez de tumbas infantiles respecto a las adultas en la necrópolis de Pozo Moro está en contradicción con la pirámide poblacional característica de las sociedades preindustriales que presentan una mortalidad infantil muy elevada, y que sin embargo es una pauta que se repite en las necrópolis ibéricas en las que se ha realizado un estudio antropológico (Almagro Gorbea 1986), como la de Cabezo Lucero que presenta una cronología desde mediados de la primera mitad del siglo V a.C. hasta finales del segundo tercio del siglo IV a.C. con un total de 66 individuos analizados de los que solo 8 pertenecen a restos óseos infantiles (Aranegui *et al.* 1993). En el Cigarralejo se cuenta con 371 casos estudiados, de los sólo 36 corresponden a niños de 0 a 10 años, lo que representa un 9,7% del total de individuos analizados (Santonja 1989: 56). En Castellones de Céal, de 23 individuos estudiados, 3 corresponden a restos óseos infantiles o juveniles, lo que equivale a un 13% del total (Chapa *et al.* 1998). En Coimbra del Barranco Ancho se estudiaron 61 incineraciones, de las que 10 correspondían a restos óseos infantiles o juveniles, lo que supone un 13,7% del total, similar al 13,95% de Los Villares (García Cano 1997b y 1999; Blánquez 1990a). Estaríamos ante parámetros de mortalidad infantil real entre un 30 y un 50%, lo que implicaría que los individuos infantiles enterrados en el cementerio accederían a ese privilegio en función de su estatus de personajes de prestigio dentro de la sociedad.

Los datos que relacionan tumbas por metro cuadrado y género no dan resultados significativos ya que la escasez de la muestra impide extraer conclusiones estadísticas válidas. Aparentemente no parecen existir áreas específicas de enterramiento en función de la edad o del sexo del difunto.

Es destacable el aumento de tumbas infantiles de la fase II a la III aunque también asciende considerablemente el número total de tumbas, y la aparición en esta última fase de tumbas infantiles individuales, lo que indica un estatus hereditario dentro de la sociedad. Así mismo, las tumbas femeninas y masculinas se equilibran mucho más en la tercera Fase, ya que de una proporción de 1 a 3, se pasa a otra inferior a 1 a 2.

FASES	N.º tumbas	m^2	T/m^2	Tumbas femeninas	T. masculinas	T. niños	$T.m^2$ M	$T.m^2$ F
I	1	88	0.01		1 100%		0.01	
II	12	214	0.05	1 = 16 %	3 50%	2 33%		
III	40	408	0.1	8 = 27 %	15 52%	6 20%	0.03	0.01
IV	5	20	0.25	1 = 50 %	1 50%			
V	2	6	0.33					

FIGURA 8.5: *Espacio ocupado por tumba e identificación sexual por fases.*

CRONOLOGÍA	Nº TUMBAS	ESPERANZA MEDIA VIDA	INDICE DE MORTANDAD	ACSADI/ NEMESKERI	MORRIS
500 a.C-117d.C	143	34.6	25.6	8/ 9.1	9

FIGURA 8.6: *Estimación poblacional de Mozo Moro.*

Entre la segunda y la tercera fase los porcentajes se mantienen muy parecidos, salvo el aumento del numero de mujeres en detrimento del numero de niños frente al periodo anterior en el que las tumbas infantiles duplican las femeninas.

En la fase IV se igualan los porcentajes de tumbas infantiles duplican las femeninas. En la fase IV se igualan los porcentajes de tumbas masculinas, femeninas e infantiles aunque el hecho de contar sólo con tres análisis hace que sea muy difícil extrapolar conclusiones.

Con el fin de cuantificar el tamaño de una comunidad viva en un determinado momento a partir de los datos proporcionados por la necrópolis de Pozo Moro, se han utilizado dos métodos de estimación poblacional, el de G. Acsádi y J. Nemeskéri (1970) para las necrópolis del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en Centroeuropa, en el que el número de la población media de una comunidad (p) es igual al número total de enterramientos de una necrópolis (D) multiplicada por la esperanza de vida media al nacer (e), dividido por el intervalo cronológico de uso de la necrópolis (n), resultado al que se añade un factor corrector (K) estimado en el 10-20%. El promedio de vida se ha cifrado en Pozo Moro en 34,6 años, comparable a los 35 años de la necrópolis ibérica de Los Villares y a los 34,01 de la necrópolis talayótica de la Edad del Hierro de Son Real (Hernández 1998). El otro método utilizado es el del investigador del mundo clásico Ian Morris (1987), desarrollado sobre las estructuras sociales de la Grecia Arcaica, en el que se substituye el concepto de esperanza de vida por el de índice de mortandad, según la cual la población se obtiene de dividir 1000 entre el índice de mortandad multiplicado por el intervalo cronológico de uso de la necrópolis y por el número de enterramientos total de la misma.

En ambos casos los valores obtenidos son muy aproximados, oscilando entre los 8 y los 9 individuos. Resultados muy parecidos se documentan en otras necrópolis de la edad del Hierro como la del túmulo B de Setefilla que ofrece un índice de 8,2 individuos si consideramos generaciones de 25 años (Torres 1999: 92) o las necrópolis tardorromanas inglesas constituidas por grupos de entre 15 y 40 individuos. En algunos de estos cementerios los grupos aislados de jefaturas que no superan en ningún caso las 15 personas son la regla, aspecto que tiene su reflejo en los asentamientos, en los que se constituyen grupos que no alcanzan los 50 individuos, lo que supone unidades familiares de 10 personas (Burmeister 2000). Para la necrópolis talayótica de Son Real, los cálculos de tamaño de población real oscilan de los 13 a 22 individuos en la fase I, entre 40 y 68 en la II y entre 11 y 20 en la fase III (Hernández 1996: 153).

Nº de Tumbas	Individuos	%
1[1]	3	3
7	2	15,1
26	1	81,9

FIGURA 8.7: *Número de individuos por tumba.*

En la figura 8.7 se observa que el porcentaje más elevado (81,9%) corresponde a tumbas individuales, seguido de las tumbas dobles, tanto de hombre/ mujer (4D5 y 5D4) como mujer/ niño (1H1, 4C4, 5G2 y 5D6) o hombre/ niño (5F4). Sólo existe un caso de tumba triple, la 5Dinc.4, en la que se encontraron restos óseos de un varón de unos 40-45 años depositados en el interior de la urna y los de una mujer de entre 35 y 45 años depositada en la cista de adobes, además de restos escasos de otro hombre de unos 25 o 30 años. La insignificante cantidad de restos correspondientes al varón más joven, parecen indicar que se trata de una mezcla de restos de individuos quemados juntos pero enterrados por separado. Algo parecido ocurre en la tumba 4D5, en que además de un varón adulto, aparecen restos escasos de una mujer que debió quemarse en el mismo lugar con anterioridad y no debieron recogerse completamente sus restos, lo que nos lleva a sopesar la posibilidad de que al menos en estos casos existiera un *ustrinum o ustrina* en otro lugar separado de la zona de enterramiento. No podemos descartar, dada la gran incidencia de los fenómenos postdeposicionales en el yacimiento, que la mezcla de restos óseos pueda deberse a las remociones del terreno provocadas por la construcción y utilización de las conejeras. La tumba 5Dinc.5 es el único caso en que un niño de unos 10-12 años fue enterrado con otro de 1 o 2 años de edad, lo que en ultima instancia podemos interpretar como el enterramiento conjunto de dos miembros de la misma familia, probablemente hermanos.

Número de enterramientos por año

El uso prolongado que se hizo del yacimiento de Pozo Moro, desvirtúa la utilización real que este es-

[1] Podrían ser restos mezclados de individuos enterrados por separado pero cremados juntos. Por tanto es una tumba triple dudosa.

pacio tuvo en momentos concretos de su historia, por lo que se ha creído conveniente calcular el uso de la necrópolis por año.

En la valoración del número de deposiciones que tienen lugar en un año en el cementerio, vamos a considerar tres variables, en primer lugar descartando el periodo de 150 años en que no se producen enterramientos, en segundo término contabilizando esos 150 años y, por ultimo, desglosando el periodo 1 del 2.

Si consideramos que en la fase Va se abandona la necrópolis durante unos 150 años, la utilización del espacio funerario se prolongaría durante 475 años, periodo durante el cual hemos estimado que se producirían 143 enterramientos, de lo que obtenemos un uso de 0,3 enterramientos al año, lo que supone una visita al cementerio cada 3 años aproximadamente. Si tenemos en cuenta esos 150 años, considerando que el hecho de la inexistencia de tumbas se puede deber a la desaparición por erosión de las mismas, la cifra resultante baja a los 0,23 enterramientos por año, lo que supondría un enterramiento cada 4 años y tres meses.

Si se valora el Periodo 1 independientemente del Periodo 2, tendríamos 250 años en los que se produce el 90% de los enterramientos, lo que supone una utilización de la necrópolis cada 2 años.

Fases	Tumbas/Año
II	0,13
III	0,4
IV	0,026
V	0,04

FIGURA 8.8: *N.º de enterramientos al año por fases.*

Para obtener el número de tumbas por año, se ha considerado el periodo de tiempo que dura la fase y el número de tumbas excavadas en dicha fase. En la fase II se produce una visita al cementerio cada 7,7 años, cifra que desciende considerablemente en la fase III, en la que se enterraría un difunto cada 2 años y medio y ya en la fase de decadencia en el uso del espacio funerario esa cifra aumenta considerablemente hasta los 37,5 años. Por último en la fase V se producen dos enterramientos a lo largo de 48 años, el primero se produjo con posterioridad al 68-69 d.C. fecha de la moneda de Galba que estaba incluida en el ajuar y que estaba bastante gastada, y el segundo entre 30 y 48 años más tarde, ya que la tumba incluía en su ajuar una moneda de Trajano. En las fases IV y V se produce un enterramiento por generación, pudiendo contemplarse la posibilidad de que fuera el jerarca del grupo social el que se entierra en Pozo Moro.

8.4. POZO MORO Y EL TERRITORIO

Una vez establecida la comunidad representada en la necrópolis de Pozo Moro, vamos a extrapolar esa información al territorio que lo rodea, delimitando un área que por sus condiciones hidrográficas debió desarrollar un modelo de ocupación del territorio particular, condicionado por el aprovisionamiento de agua. La contrastación de la información disponible sobre las necrópolis ibéricas de Albacete con la de los poblados y la toponimia local, nos acerca al modelo de poblamiento rural de una región geográfica marcada por el carácter endorreico y delimitada por tres grandes cuencas fluviales, la del Júcar, la del Segura y la del Guadiana.

La distribución del popblamiento rural en el África y en Beocia presenta paralelos muy cercanos a la organización territorial identificada para Pozo Moro (Fig. 8.12) (Bintliff 1994).

En el área ibérica de la provincia de Albacete y su territorio de influencia, al igual que ocurre en la Celtiberia (Álvarez y Ruiz Zapatero 2001: 70), la Campiña de Jaén (Ruiz y Molinos 1993) o el Camp de Turia (Bonet 1995) se reconoce una jerarquización territorial del poblamiento según los datos que hemos podido manejar procedentes tanto de los poblados (Soria Combadiera 2000), como de las necrópolis (Blánquez 1991, 1992). Siguiendo el esquema establecido por Lucía Soria en su Tesis Doctoral, se observa una ordenación de los lugares de habitat en tres grupos que describimos a continuación.

a) En primer lugar contamos con comunidades pequeñas, de entre 0,02 y 1,5 Ha. que se instalan cerca de terrenos fértiles y de vías de comunicación principales o secundarias. Los menores de 3000 m^2 son poblados de funcionalidad básicamente agrícola. Se ubican cerca de vegas y llanuras de alto potencial agrícola y junto a cursos de agua. Dentro de este grupo se incluyen muchas de las necrópolis conocidas por prospecciones como Casa del Monte, Laguna del Salobralejo, Pétrola o El Ojuelo, además de las conocidas por excavaciones sistemáticas que se mencionan más abajo, y pequeños poblados como San Jorge, El Villar de Bonillo, El Charcón o Fuente Albilla. En los de mayor tamaño, como La Quéjola (Blánquez 1993 y 1995) o El Amarejo (Broncano 1985), junto a la actividad agrícola, también se realizan trabajos artesanales y se observa un desarrollo de las redes comerciales.

La necrópolis de Pozo Moro, representa un grupo gentilicio de unas 8 o 9 personas que se entierran en el cementerio y que representan al sector dominante de la sociedad. Junto a esta necrópolis existiría una pequeña alquería de unas pocas casas que trabajaría las tierras circundantes y controlaría el paso y el pozo como recurso principal disponible en esta zona. Este tipo de pequeño asentamiento, ya sea alquería o aldea, representaría el sistema principal de ocupación territorial de la población rural. Las necrópolis de Hoya de Santa Ana, El Tesorico, Casa del Monte, La Cueva, Llano de la Consolación, Camino de la Cruz, Los Villares o El Tesorico, entre otros, responderían a este mismo tipo de comunidades.

b) Comunidades de tamaño medio, de entre 3 y 6 Ha., situados estratégicamente en pasos naturales con amplio dominio visual y en las proximidades de cauces fluviales principales, en los límites de las áreas controladas por las ciudades y dominando otra serie de poblados de menor entidad. Se relacionan con vías de comunicación secundarias, en activo, muchas de ellas, desde el siglo VII a.C. Entre estos se encuentran Piedra de Peña Rubia (Elche de la Sierra), dentro del territorio de El Tolmo de Minateda, El Puntal de Peñarrubia (Alcalá del Júcar), bajo el control de la ciudad de Meca o Los Villares de las Carboneras, circunscrito al espacio articulado por El Villar (Soria 2000: 476-82).

c) Comunidades grandes o ciudades de entre 7 y 15 Ha., que desarrollan actividades comerciales y artesanales amplias, poseen grandes construcciones de carácter colectivo, se localizan en el centro de un territorio y se erigen en núcleos vertebradores de ese espacio, ubicándose en lugares elevados de fácil defensa y junto a vías de comunicación principales. Entre estos se encuentran Castellar de Meca, El Tolmo de Minateda, *Libisosa* (Lezuza), El Villar y *Saltigi* (Chinchilla), aunque esté aún por demostrar su localización en la actual Chinchilla (Soria 2000: 461-474).

	Ha.	Nº y %
POBLADOS GRANDES	Entre 7,5 y 15	5
Castellar de Meca	15	1= 25 %
Tolmo de Minateda	10	2= 50 %
El Villar	10	
Saltigi	¿?	
Lezuza	7,5-8	1= 25 %
POBLADOS MEDIANOS	Entre 3 y 6	6
Piedra Peña Rubia	5-6	1= 16,6 %
Jorquera	4-5	1= 16,6 %
Cerro Fortaleza	3	3= 50 %
Las Hoyas	3	
Puntal de Peñarrubia	3	
Villares de Carboner	3-4	1= 16,6 %
POBLADOS PEQUEÑOS	Entre 0,02 y 1,5	37
Moraleja-2	0,002	1=2,7 %
S.Jorge, Casa Marta, Villares, Villar, Castellón	0,1	5= 13,5 %
Morra, C.Marta2, Villares, Charcón, Los Charcos, S.Margarita, Vallejo Viña, Fuentealb., Villaricos, El Amarejo.	0,2	10= 27 %
Berli, Camarillas-1, La Chamorra, Bogarra, Los Castellones.	0,3	5= 13,5 %
Cerro de la Estación, Nogales, Jodar.	0,4	3= 8,1 %
Casa Matosa, Cabezos, La Cueva.	0,5	3= 8,1 %
Casa Monte 2, Paraor	0,6	2= 5,4 %
Santa Ana, Quéjola	0,7	2= 5,4 %
Cabezo de los Silos	0,8	1= 2,7 %
Los Villares, Casa Jordana.	1	2= 5,4 %
Capuchinos	1,5	1= 2,7 %

FIGURA 8.9: *Jerarquización de asentamientos en territorio albaceteño. Basado en Lucía Soria (2000).*

Siguiendo a Blánquez (1997: 214 y 218) se distinguen dos momentos en la evolución del poblamiento:

1. El periodo que va desde finales del siglo VI hasta al primer cuarto del siglo IV a.C. se caracteriza por necrópolis situadas junto a importantes vías de comunicación, que originan un paisaje funerario constituido por grandes monumentos funerarios y programas escultóricos, que actúan como vehículos de transmisión de un mensaje ideológico de tipo heroizante. De esta primera etapa apenas tenemos información procedente de excavaciones, de los lugares de habitación aunque sabemos por los materiales de prospección recuperados que muchos de ellos tuvieron una ocupación temprana como Pozo Cañada, Meca, El Acequión, El Amarejo o Los Almadenes, siendo las necrópolis monumentales nuestra principal fuente de información.

2. En los siglos IV y III a.C. se abandona la escultura en el cementerio y con ella el sistema ideológico que la sustentaba, siendo sustituida por estructuras de menor envergadura y por ajuares en los que las armas cobran un especial protagonismo. El acceso a estos espacios sagrados deja de ser exclusivo de los individuos de más alto estatus, para abrirse a una élite de carácter aristocrático, fruto de un sistema de relaciones de tipo clientelar. En cuanto a los habitats, a lo largo del siglo IV a.C. se detecta un importante aumento del número de asentamientos, lo que supone un afianzamiento del modelo urbano y el surgimiento de áreas territoriales o de poder jerarquizadas y regidas por núcleos centrales, poblados periféricos y habitats rurales (Soria 2000).

A partir del análisis del territorio de Albacete llevado a cabo por Lucía Soria Combadiera que jerarquiza el habitat en tres tipos de asentamientos en función de su tamaño y sus particularidades estratégicas y de abastecimiento (Soria 2000), hemos querido valorar las características del poblamiento rural en un área de carácter endorreico donde la vida no sería posible si no contaran con fuentes naturales o pozos que les abastecieran del recurso esencial para la supervivencia. La característica esencial del territorio que rodea la necrópolis de Pozo Moro es por tanto, la ausencia de grandes cauces fluviales que lo alimenten. Esta zona queda delimitada al Norte por el río Júcar, al Sur por el río Mundo, al Este por el río Segura y por las Sierras de Martés y Crevillente y por el Oeste por la Sierra del Sahúco, el río Lezuza y las Cañadas de agua que descienden del Záncara hacía el Sur.

Partiendo de este supuesto, hemos ubicado en un mapa los puntos de agua localizados en los mapas

topográficos escala 1: 25.000 del Instituto Geográfico Nacional (Fig. 8.10). Así mismo, se han considerado todos aquellos topónimos que hacían referencia a puntos de agua, tales como pozos, fuentes, lavajos o lagunas. La presencia del topónimo Pozo Airón de origen Celta, que se refiere al Dios del Agua del mundo Celta y que cuenta con muy escasos ejemplos en la Península Ibérica, es una prueba palpable de la perduración de la toponimia a lo largo de los siglos, lo que apoya, en parte, la valoración de la toponimia como reflejo de la realidad. A esta información se han añadido todos los yacimientos conocidos de época Ibérica Plena (Sanz Gamo 1992, Soria Combadiera 2000). Utilizando los polígonos Thiesen se ha obtenido una ordenación del territorio en pequeños asentamientos de tipo rural, ubicados en función de los puntos de agua y constituidos por pequeñas comunidades o grupos gentilicios que controlan un territorio de entre 25 y 50 km^2. La distancia media establecida entre puntos es de 6,4 Km. en la zona delimitada, descartando el área Murciana por carecer de suficientes datos sobre la localización de pequeños asentamientos de carácter agropecuario. En el territorio seleccionado se han contabilizado 38 poblados y 27 necrópolis, conformando un total de 65 yacimientos considerados. De ellos, en 15 ocasiones se asocia el yacimiento con un topónimo en relación con el agua, en 4 casos, los yacimientos se vinculan a pozos o fuentes naturales y en dos ocasiones están presentes las tres variables, el yacimiento, el pozo y el topónimo. Estos 21 yacimientos representan un 32,3% del total analizado para el área endorreica seleccionada, lo que supone una cifra lo suficientemente significativa como para corroborar nuestra hipótesis de trabajo. En este sentido, y por extensión, la localización de los topónimos y de los pozos o fuentes naturales en esta región estará reflejando en buena medida el sistema de poblamiento en época ibérica plena. Así, se han considerado los 78 topónimos y los 19 pozos distribuidos por el área seleccionada, utilizándolos como si fueran yacimientos a la hora de elaborar los polígonos Thiesen. En la zona de la Sierra del Saúco, al Oeste de Peñas de San Pedro, donde se produce una acumulación de pozos (9 en un área de 130 Km^2), la ocupación del territorio estaría regida por otros condicionantes, y por tanto hemos preferido considerarla aparte aunque se incluya en el mapa de la organización territorial.

Si consideramos exclusivamente las necrópolis rurales de la zona delimitada por nosotros estimada en 8750 m^2, obtenemos un total de 1.575 individuos de la elite dominante controlando este territorio en época ibérica plena, si consideramos grupos gentilicios de 9 personas, y 1.400 si fueran de 8 miembros. Lo que resulta más difícil de calcular es la población total que ocuparía ese territorio, ya que solo contamos con los datos demográficos procedentes de las necrópolis donde solo se enterró un porcentaje reducido de la población. Este vacío podrá llenarse cuando se acometa la excavación y el estudio sistemático de estos poblados rurales, lo que permitiría estimar la población que podría albergar y compararla con los datos conocidos de los cementerios.

El modelo de habitat concentrado tipo *oppidum* genera la ocupación de un paisaje que se articula en torno a un importante número de pequeños asentamientos de carácter rural de los que apenas quedan huellas dado su pequeña entidad, pero que detectamos a través de las necrópolis donde se entierran personajes de rango aristocrático que controlan el desarrollo y mantenimiento de rutas comerciales a través de las cuales se canalizan las mercancías importadas procedentes de los puertos de comercio de la costa levantina. Las elites residentes en las ciudades recibirían el control de las mercancías importadas en sus territorios de influencia y se encargarían de su distribución. La subsistencia cotidiana descansaría en las capacidades agrícolas y ganaderas, así como en la explotación de los recursos naturales como la caza, la recolección y la explotación de saladares, de los alrededores de cada uno de estos asentamientos rurales, bajo la influencia directa de los grupos aristocráticos.

ÁREA ESTUDIO 52 X 42	**= 8800 Km^2 aprox.**
POBLADOS	38
NECRÓPOLIS	27
TOTAL	**65**
YACIMIENTO+TOPÓNIMO	15
YACIMIENTO+POZO	4
YAC+TOPÓ+POZO	2
TOTAL	**21**
TOPÓNIMOS	78
POZOS	11
TOTAL DE PUNTOS CONSIDERADOS	**175**= 50 Km^2 por punto.

FIGURA 8.11: *Clasificación y cuantificación de puntos considerados en el área seleccionada.*

Con la llegada de las primeras influencias del mundo romano, la situación cambia rápidamente, las pequeñas necrópolis empiezan a desaparecer como consecuencia del cambio social y cultural que la romanización impone sobre el territorio que nos ocupa. La reorganización política y administrativa que impone la romanización hace que el antiguo sistema de relaciones comerciales establecido por las elites aristocráticas ibéricas, se venga abajo, provocando el abandono de la mayoría de los asentamientos de época ibérica. A pesar de esos últimos intentos de vinculación con los referentes culturales anteriores, representados por las dos tumbas de la fase V, la necrópolis de Pozo Moro se abandona después de 700 años de uso ininterrumpido. Algo parecido sucede con necrópolis como Hoya de Santa Ana, en las que aunque se detectan algunas tumbas de época ibero-romana, el lugar termina abandonándose definitivamente.

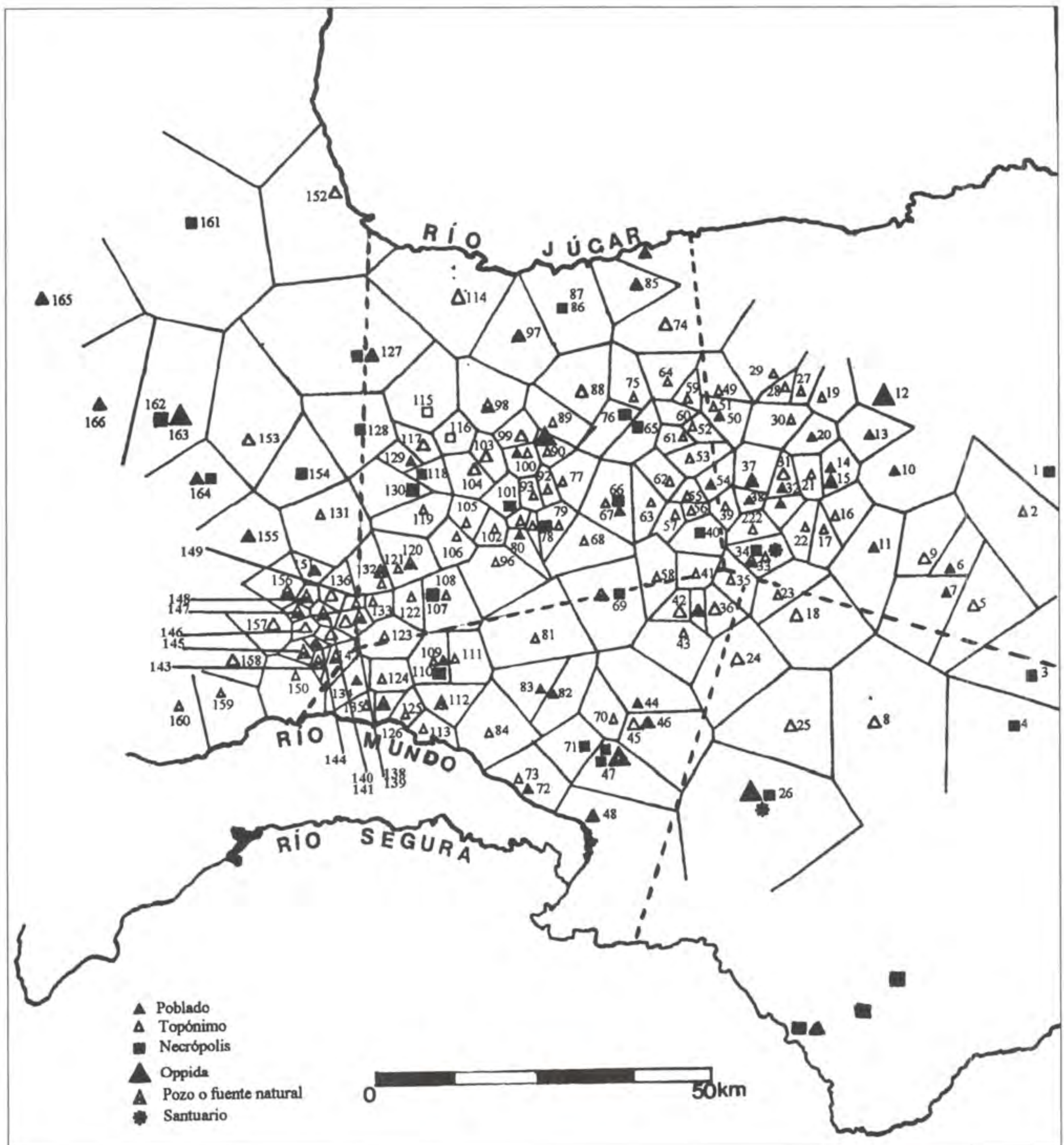


FIGURA 8.10: *Mapa de organización teórica del territorio en época ibérica.*

Leyenda.—1. Corral de Saus. 2. Fuente la Higuera. 3. El Zaricejo. 4. El Puntal de Salinas. 5. Santa Margarita (Caudete). 6. Capuchinos. 7. Cerro de Santa Ana. 8. Hoya del Pozo. 9. Los Pocicos. 10. Cerro del Águila. 11. Jodar (Almansa). 12. Castellar de Meca. 13. Los Nogales. 14. El Pedregosillo. 15. Fuente de las Palomas. 16. Casa de la Fuente del Pino. 17. Casa del Pozo Carril. 18. El Pozuelo. 19. Hoya del Pozo. 20. Casa de Delgado. 21. Casa del Charco. 22. Pozo de la Higuera. 23. Pocico de la Buitrera. 24. Casa de los Pozos. 25. Fuente del Pino. 26. Coimbra del Barranco Ancho. 27. Fuente Manzana. 28. La Laguna. 29. Las Fuentes. 30. Vallejo del Pozo. 31. Fuensanta. 32. Villaricos. 33. Caña del Pocico. 34. Llano de la Consolación. 35. Fuente Vieja. 36. Fuente Álamo. Poblado de Cerro Fortaleza. 37. Fuente Somera. 38. El Amarejo. 39. Casa de la Fuente Chilla. 40. Laguna del Salobralejo. 41. Pocico Leandro. 42. El Charco. 43. La Fontana. 44. El Castellón. 45. El Charcón. 46. Fuente de El Charcón. 47. El Tolmo de Minateda y necrópolis de Cola de Zama y Bancal de Estanco Viejo. 48. Terche 1. 49. Casa de Fuente Lino. 50. Casa Aparicio. 51. Fuente Navalo. 52. El Pocico. 53. Fuente de los Pobres. 54. El Bachiller. 55. Hoya del Pozo. 56. La Laguna. 57. El Pocico de Vista Alegre. 58. Pozo Pepis. 59. Fuente Rincón. 60. Pozo Almendros. 61. Hoya Pocillo de Doña María. 62. Las Lagunillas. 63. Fuente El Puerco. 64. Pocico de la Hoz. 65. Los Villares. 66. Las Lagunicas. 67. Pétrola. 68. Pozo de Hoya Redonda. 69. Hoya de Santa Ana. 70. Fuente del Hueso. 71. Pozo de la Nieve. 72. Terche 1. 73. Casas del Río. 74. Pozo Lorente. 75. La Fuentecica. 76. Camino de la Cruz. 77. Pozo Milla. 78. Necrópolis de Pozo Moro. **79. Pozo Moro.** 80. Pozo Cañada. 81. Los Charcos. 82. Cerro de la Estación. 83. Cerro de Polope. 84. Pozo Cano. 85. La Cueva. 86. Casa del Monte. 87. Casa del Pozo. 88. Casa de Fuencaliente. 89. Casa de Agua. 90. Rinconada de Fuensanta. 91. *Saltigi.* 92. Casa de Pozo Milla. 93. El Pozanco. 94. Pozo Bueno. 95. Pozo Cañada. 96. Las Charcas. 97. El Lavajo. 98. Pozo de La Losilla. 99. Casa del Pozo Balazote. 100. Pozo de la Peña. 101. La Cueva. 102. Pozo Airón. 103. Pozo Tejera. 104. El Pozarro. 105. Lavajo del Casuco. 106. Morras del Lavajo. 107. Cementerio de Pozo Hondo. 108. Pozo Hondo. 109. Poblado y necrópolis de Fuente Albilla. 110. Fuente Albilla. 111. Casa del Pozo de la Higuera. 112. Fuente de las Trifillas. 113. Fuente de la Graña. 114. Villar de Pozo Rubio. 115. Casa del Alcaide. 116. Los Llanos. 117. Aguas Nuevas. 118. El Melegriz. 119. La Calera del Agua. 120. Lavajo de las Perdices. 121. Los Pocicos. 122. El Lavajón. 123. Alcadozo. 124. Pozo Sancho. 125. El Fontanar. 126. Fuente Vieja. 127. Necrópolis y poblado de El Acequión. 128. Casa del Alcaide. 129. Cerro del Tio Perico. 130. El Salobral. 131. Pozuelo. 132. Casa del Pozo. 133. Casa del Pocico Serrano. 134. Pocicos del Agua. 135. La Fontanica. 136. Fuente del Yobo. 137. La Fuensanta. 138. Pozo De El Royo. 139. El Fontanar de las Viñas. 140. Fuente del Corcho. 141. Manantial de la Vieja. 142. Pozo de los Gaspares. 143. Pozo de Rambla Honda. 144. Pozón Angui. 145. Pozo Yagüe. 146. Fuente del Pino. 147. Fuente de la Ventosa. 148. Pozo de la Ventosa. 149. Fuente de Prado Umbela. 150. Fuente Redonda. 151. Pozo Chico. 152. Fuensanta. 153. Casa Pozo. 154. La Vega de Balazote. 155. La Quéjola. 156. Fuente de la Almejía. 157. Cerro de la Fuente. 158. El Prado del Caño. 159. La Fuente del Arenal. 160. Sierra del Agua. 161. Casa Quemada. 162. *Libisosa.* 163. El Lobo. 164. Los Villares de Lezuza. 165. El Villar. 166. Casas Blancas. 167. El Ojuelo 168. La Vereda. 169. La Mesa del Almendral. 170. Sotillo. 171. Villanueva de la Fuente. 172. Capellanía. 173. Fuente Carrascosa. 174. Fuenfría. 175. Las Fuentes. 176. Hituero. 177. Fuentes. 178. Fuente Higuera. 179. Fuente Carrasca. 180. El Pozuelo. 181. Fuente de Taif. 182. La Piedra de Peñarrubia. 183. Morra de los Castillejos. 184. Cortijo de la Fuente de la Sabina. 185. Poblado de El Macalón. 186. Necrópolis de El Macalón. 187. Varica Virtudes. 188. Casa de la Marta 1. 189. Fuente del Aguilar. 190. La Chamorra. 191. Camarillas 1. 192. El Tesorico. 193. Los Almadenes. 194. Fuente Blanca. 195. Fortuna. 196. Cabezo del Tío Pío. 197. El Cigarralejo. 198. Casas de Cilanco. 199. Baños de Fuente Podrida. 200. El Villar. 201. Casa del Monte. 202. Casa de la Jordana. 203. El Paraor. 204. Poblado de Los Charcos. 205. Los Villares de las Carboneras. 206. Los Villares de Abengibre. 207. Vallejo de las Viñas. 208. Fontanares. 209. Topónimo Los Charcos. 210. Fuentealbilla. 211. Casilla del Mixto. 212. Las Hoyas. 213. La Punta del Barrionuevo. 214. Casa de la Matosa. 215. Villaralto. 216. Casa del Monte. 217. Los Cabezos. 218. Poblado del Cabezo de los Silos y necrópolis de Casa de Villarrallo. 219. Cerro de San Jorge. 220. La Morrica. 221. Berlí. 222. La Fuente.

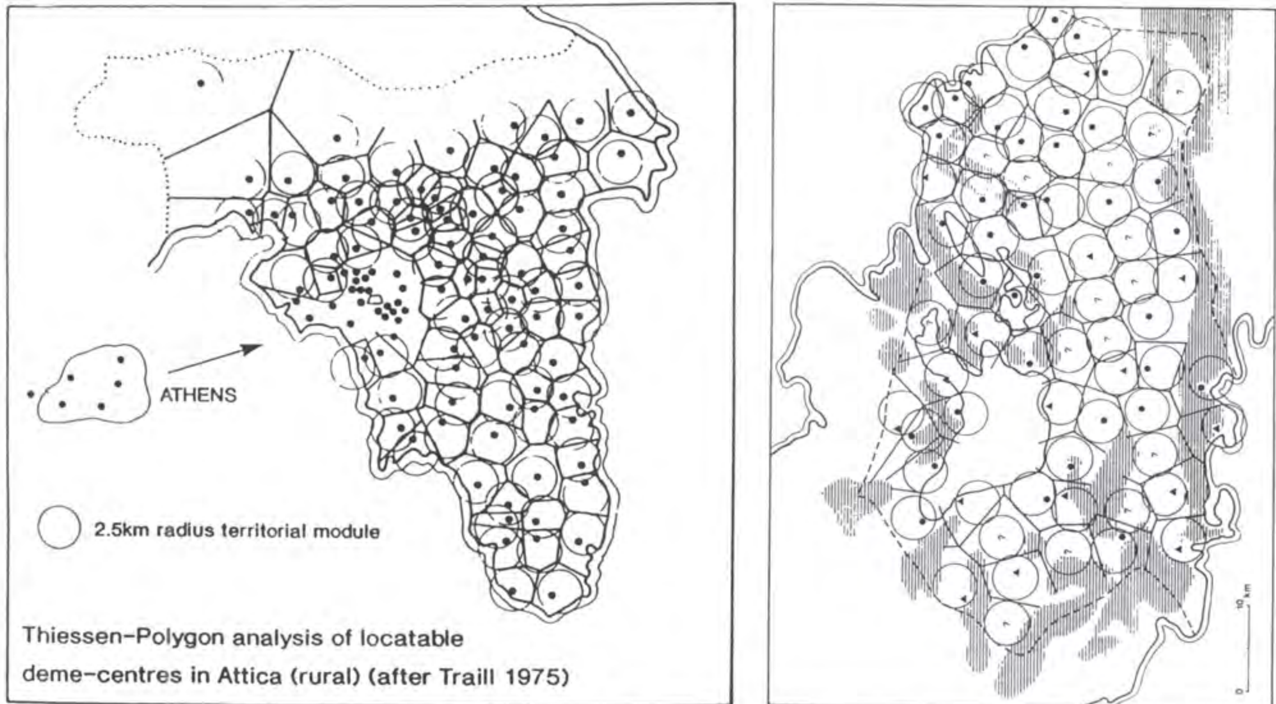


Figura 8.12: *Análisis de polígonos Thiessen aplicados al Ática rural y a la Beocia Clásica (según Bintliff 1994).*

8.5. Consideraciones finales

A la estructuración del territorio en época ibérica plena a partir de un centro rector de carácter urbano donde se concentra el poder político y económico propuesta por Lucía Soria Combadiera (2002), hemos añadido la organización del territorio albacetense a nivel micro, acercándonos al habitat rural a través de los pocos vestigios que nos han quedado de él, como los asentamientos y necrópolis conocidos por excavaciones y prospecciones y rastreándolo con ayuda de la toponimia local y de los recursos hidrográficos. Con todo ello se obtiene un mapa de estructuración del territorio condicionado por las características hidrográficas de la zona y organizado socialmente por pequeños grupos gentilicios, considerados como la unidad mínima del poblamiento y de la estructura social del mundo ibérico en esta región.

9. LAS RELACIONES EXTERIORES: VÍAS DE CONTACTO

Para acercarnos a las relaciones comerciales que la población representada en Pozo Moro mantuvo con el exterior, nos hemos centrado en los objetos depositados como ajuar en el interior de las tumbas, diferenciando entre las importaciones y las producciones locales, para intentar localizar los lugares de producción y sus *mercados* o áreas de distribución, siempre teniendo en cuenta las numerosas limitaciones que este tipo de estudio presenta dada la información disponible. Una vez establecida la red de productos comerciales, la cotejamos con las vías de comunicación de las que ha quedado constancia, para completar y precisar la información procedente de la distribución de productos en los distintos yacimientos arqueológicos y su relación con las vías naturales de acceso a los mismos.

9.1. LA RED COMERCIAL: LOS PRODUCTOS Y SU DISTRIBUCIÓN

La crisis de Tartessos produjo una traslación de intercambios y poder económico a la ciudad minera de Castulo, y por extensión, dada su situación estratégica, a Albacete. El área de Chinchilla no va a escapar a este proceso, y por ende también tendrá sus consecuencias en la composición de los ajuares de las tumbas de Pozo Moro.

En el siglo V a.C. se está consolidando una amplia área comercial en la que griegos e iberos no sólo conviven sino que colaboran y en donde los fenicios occidentales y los púnicos, quienes durante el siglo VI a.C. probablemente dieron el primer empuje a este comercio, se convierten en intermediarios activos en relación con ambos ambientes mercantiles. En este proceso, los íberos van a ser responsables de al menos una parte del trayecto del comercio a larga distancia. Un estamento de la sociedad ibérica del Sureste, en relación estrecha con los griegos, se especializa en una actividad comercial de carácter interregional, experimenta con la escritura y la desarrolla en función de sus necesidades específicas, a juzgar por la información disponible en los plomos, y a través de sus contactos e incluso del asentamiento en territorios originalmente no ibéricos facilita el desarrollo de esa cultura común, a pesar de sus variaciones locales, y extiende junto con ella una lengua y una escritura como vehículos de comunicación supralocal (de Hoz 1994b: 261).

La intensificación del tráfico comercial del interior de la Península Ibérica con el mundo griego, provoca la acumulación de riqueza entre las aristocracias del Sureste que controlan los intercambios y que lo reflejan en la monumentalización de sus tumbas y en la acumulación de objetos valiosos en sus ajuares (Aranegui 1994).

Con el fin de acercarnos a las posibles relaciones comerciales que Pozo Moro mantuvo con el exterior, en primer lugar analizaremos los productos importados presentes en los ajuares de la necrópolis, para después centrarnos en la producción local.

Importaciones

Las importaciones que llegan a Pozo Moro son básicamente las cerámicas procedentes del mundo griego, que atravesando el Mediterráneo llegan a las costas de la Península Ibérica y se distribuyen por las principales vías de comunicación prerromanas hacía el interior. Además de las vajillas de cerámica ática también se encontraron en la necrópolis unas cuentas de pasta vítrea que formaban parte de un collar y que posiblemente procederían del área fenicio-púnica, aunque Emeterio Cuadrado no descarta que una parte pudiera ser fabricada en España (Cuadrado 1987: 104) y un jarro de bronce de procedencia italogriega o etrusca (Almagro Gorbea 1983b). También se ha incluido como importación el monumento orientalizante, ya que aunque la elaboración

se produjo en la Península Ibérica, el equipo, la planificación y los prototipos son extrapeninsulares.

Cerámica griega

La acción comercial Jonia más antigua documentada en la Península Ibérica se centra en dos zonas culturales diferentes, con estructuras políticas y económicas diversas: Andalucía, con un núcleo importante en Huelva y cronologías de fines del siglo VII a.C. y la zona Oriental de la Península Ibérica con fechas que se remontan a la primera mitad del siglo VI a.C., con centro distribuidor en Ampurias. El comercio foceo en el Sur de España fue una actividad ligada a la navegación de cabotaje, con centro en Huelva y en las colonias fenicias, desde Cádiz a Almería y posiblemente Alicante, bajo la órbita fenicia, sin irrumpir en las redes y circuitos comerciales secundarios que unían a estas regiones con el interior. Por tanto, Huelva será el objetivo prioritario de los foceos desde fines del siglo VII a.C. hasta el 540-530 a.C. En estos momentos el comercio foceo se centra en Tartessos, pero cuando este mercado entra en crisis, el intercambio se dirigirá a nuevas regiones. La caída de Focea, el traslado de población a Occidente y la reorganización del sistema comercial tras la batalla de Alalia potenciarán el cambio de orientación en el papel jugado por Ampurias en el sistema comercial foceo-masaliota hasta convertirla en la base de operaciones del comercio griego con Iberia a partir del siglo V a.C.

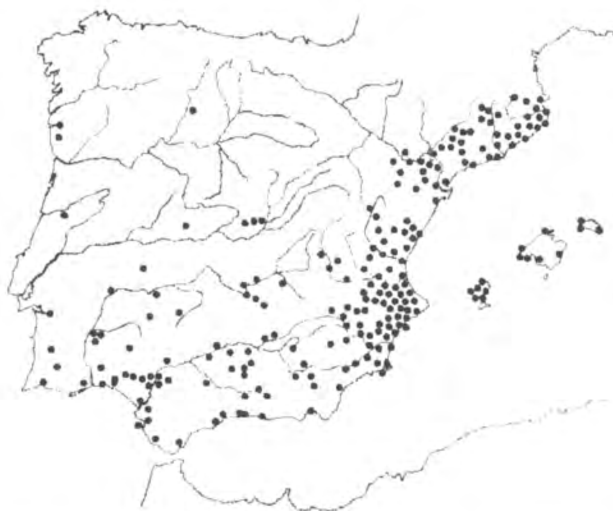


FIGURA 9.1: *Distribución de la cerámica griega en la Península Ibérica en los siglos V y IV a.C. (Cabrera y Sánchez 2000).*

Posiblemente la nueva fundación de *Emporion* se nutrió de una parte de este contingente humano que abandonó la metrópoli tras la caída de Focea. Así, *Emporion* irá afianzándose en su papel de abastecedor principal de una demanda indígena cada vez más fuerte, que irá aumentando a lo largo del siglo V a.C. Desde Ampurias hasta Almería, hay una distribución eminentemente costera de las importaciones griegas, pero con una especial concentración en torno a las grandes vías de penetración hacía el interior, en las desembocaduras del Llobregat, Ebro, Júcar y Segura. Desde los centros comerciales situados en la costa, penetrarán al interior algunas importaciones griegas a través de un comercio redistribuidor controlado por las poblaciones indígenas (Cabrera 2000: 171-173). Las sociedades ibéricas con estructuras cada vez más complejas participan activamente en las actividades de intercambio que les permiten dar salida a sus excedentes productivos y les proporcionan los objetos de lujo necesarios para la reproducción de su sistema social. La existencia de este mercado mediterráneo supuso para el mundo ibérico la consolidación de las aristocracias locales, cuyo poder y prestigio estaban basados en su habilidad para controlar el aprovisionamiento y redistribución interna de los productos de lujo mediterráneos. Desde la primera mitad del siglo V a.C. y especialmente a partir de la segunda mitad de ese mismo siglo, el comercio griego se dirige a una zona de la que apenas se habían extraído anteriormente sus potenciales beneficios, el Levante y Sureste peninsular, y con ellos las zonas del interior con las que se comunican (Cabrera y Sánchez 2000: 133).

Las cerámicas áticas debieron llegar a la zona de Albacete por la costa levantina, remontando la desembocadura del Segura, para tomar la Vía Heraklea o camino de Aníbal (Almagro Gorbea 1975, Sillières 1977 y Blánquez 1990b) que pasaba por Pozo Moro y el Llano de la Consolación. El trasiego de objetos documentados arqueológicamente pone de relieve el papel decisivo desempeñado por esta ruta terrestre como eje distribuidor del comercio. Las primeras importaciones conocidas que llegan a Albacete se encuentran en el ajuar del Monumento turriforme de Pozo Moro fechado entre el 500 y el 490 a.C. (Almagro Gorbea 1983), en el Poblado de El Castellón con cronologías que no van más allá de la mitad del siglo V a.C. (López Precioso 1992) y en la necrópolis de Hoya de Santa Ana, fechados en el ultimo cuarto del siglo VI a.C. (Blánquez 1990b). En un segundo momento, que corresponde cronológicamente a la segunda mitad o finales del siglo V hasta fines del siglo IV a.C., llega un repertorio de piezas griegas a la provincia de Albacete mucho más abundante y más extendido geográficamente. A los yacimientos que siguen recibiendo materiales de importación durante esta etapa como Hoya de Santa Ana o el mismo Pozo Moro se añaden otros muchos que se van a incorporar a la dinámica comercial de las importaciones de objetos de lujo, como la necrópolis de El Bancal del Estanco Viejo (López Precioso y Sala 1988-89), la de El Tesorico (Broncano *et al.* 1985) o El Amarejo (Broncano y Blánquez 1985).

En contraposición a la ruta andaluza, las cerámicas griegas de Albacete debieron llegar desde las costas alicantinas, que a su vez mantenían estrechos víncu-

los comerciales con Ampurias. Desde la desembocadura del Segura remontarían hacía el interior siguiendo la *Vía Heraklea* o Camino de Aníbal (Rouillard 1991; Blánquez 1991b).

De las más de 7000 piezas catalogadas en la Península Ibérica, el 82,3 % están asociadas a la bebida. En la necrópolis de los Villares, el 63,8 % son copas y el 95,1 % son formas relacionadas con los ritos del vino. El bolsal es la pieza más repetida con un 24,09% del total, siendo ésta una forma ampliamente representada en Cataluña (Blánquez 1994: 333). Este mismo esquema se repite en Pozo Moro, donde la vajilla de bebida representa el 81,2 % del total de cerámica ática, del cual el 25 % son copas, el 25 % son jarras y el 12,5 % bolsales. La ausencia de vasos contenedores de aceites o perfumes, junto con el porcentaje mucho mayor de piezas de barniz negro que de figuras rojas, hace pensar en un menor grado de helenización en esta necrópolis, hecho que también se documenta en el cementerio del Llano de la Consolación (Valenciano 2000: 273-74).

Para poder acercarnos a la distribución de estos productos y la incidencia de los mismos en las distintas zonas, vamos a seleccionar las tumbas con mayor número de cerámicas áticas de las necrópolis conocidas y publicadas del Sureste de la Península Ibérica. Este sistema plantea un problema fundamental, la falta de necrópolis ibéricas de esta zona publicadas completas, quedando reducidas a 6: El Cigarralejo, La Albufereta, Coimbra del Barranco Ancho, Cabezo Lucero, Llano de la Consolación y Pozo Moro. De la necrópolis de Los Villares excavada por Juan Blánquez tenemos el dato relevante de las 36 piezas de importación presentes en el *silicernium*, hallazgo que supone la concentración más alta de este tipo de cerámica conocida hasta la fecha en un único deposito en el Sureste de la Península ibérica. Sin embargo, al no estar más que 11 tumbas publicadas completas no hemos podido incluir este cementerio en el cuadro resumen de la figura 9.2. Estos datos plantean un fuerte sesgo a la hora de analizar la distribución real de las importaciones, pero hoy por hoy es la forma mas útil que conocemos de valorar los datos disponibles.

Si dividimos el número de piezas importadas entre el total de tumbas presentes en cada uno de los cementerios considerados, observamos que el porcentaje mas elevado se encuentra en la necrópolis costera de Cabezo Lucero que parece constituirse en un centro distribuidor de importaciones de primera magnitud, seguido de lejos por Coimbra del Barranco Ancho, el Cigarralejo, Llano de la Consolación y La Albufereta. A un segundo nivel se encuentran las pequeñas necrópolis del interior albaceteño con 0,54 y 0,31 importaciones por tumba.

La publicación completa de muchos de los yacimientos conocidos y excavados ayudará a ofrecer una visión más clara de los flujos comerciales de la cerámica ática en la Península Ibérica.

Necrópolis	**Total Piezas**	**Tumbas excavadas**	**Tumba con ática**	**Pieza s/tb**
Cabezo Lucero	696	95	26	7,3
Albufereta	68	267	11	0,25
Cigarralejo	300	410	17	0,73[1]
Coimbra	120	117	8	1,02
Llano de la Consolación	31	57	8	0,54
Pozo Moro	27	87	8	0,31

FIGURA 9.2: *Cerámica de importación en las necrópolis publicadas del Sureste de la Península Ibérica.*

Objetos de pasta vítrea

Aunque tradicionalmente se ha considerado a estos objetos de fabricación fenicio-púnica, es probable que algunas de estas piezas se realizaran en la Península Ibérica (Cuadrado 1987: 104). La imposibilidad de diferenciar las de fabricación local de las de importación nos llevan a incluirlas dentro del apartado de producciones externas, ya que en todo caso, la escasez de este producto en la necrópolis de Pozo Moro hace pensar que el centro distribuidor no debía encontrarse muy cercano, pues en ese caso contaríamos con una mayor abundancia del mismo en los ajuares. La mayor cantidad de objetos de pasta vítrea en el área costera levantina de la Península Ibérica, y su disminución según nos acercamos al interior de la Meseta, parecen indicar que la producción se realizaba bien en las poblaciones costeras mas influenciadas por las modas procedentes del Mediterráneo, bien en otros puntos bañados por este mismo Mar que lo comercializaban en el extremo más occidental del Mediterráneo.

En Pozo Moro sólo se han documentado tres cuentas de collar de pasta vítrea en la tumba 3F10.

Estos elementos se encuentran con frecuencia en los ajuares funerarios del Levante y Sureste de la Península Ibérica del siglo IV a.C. También se han documentado en yacimientos de la Meseta como la necrópolis de las Madrigueras en Cuenca (Almagro Gorbea 1969: 137). Son objetos de comercio habituales en los siglos V y IV a.C., apareciendo casi sistemáticamente en todos los poblados indígenas excavados (Maluquer 1981: 345).

Toréutica

En el ajuar recuperado en el *bustum* que acompañaba al difunto del monumento de Pozo Moro se depositó un jarro de bronce del que solo se documentó el asa.

La procedencia de este objeto la sitúa Martín Almagro Gorbea en el área italogriega o etrusca, sin poder precisar mas datos dado el mal estado de conservación de la pieza (Almagro Gorbea 1983b).

[1] Datos consultados en el Museo Monográfico de El Cigarralejo (Mula). Agradecemos a su Directora Virginia Page el acceso a la información.

Cantería

La arquitectura y programa escultórico del monumento turriforme de Pozo Moro, lo pone en conexión con estructuras similares del área Sirio-Palestina (Almagro Gorbea 1983b) y en ultima instancia parece relacionarse con un equipo de artesanos itinerantes procedentes del entorno de Cádiz. En cuanto al resto de las estructuras realizadas en piedra, son características del Sureste peninsular y se encuentran también en necrópolis de la Alta Andalucía y de la Carpetania.

Producciones de la Península Ibérica

Dentro de este apartado se analizan aquellos objetos que fueron fabricados posiblemente fuera del ámbito local como ciertas joyas y la cerámica estampillada y de barniz rojo.

Orfebrería

En esta categoría incluimos los pendientes de oro y plata recuperados en los ajuares de 3 tumbas de Pozo Moro y los sellos de bronce.

I. *Pendientes*: Los 3 pendientes de la necrópolis de Pozo Moro son tipos habituales de los contextos funerarios del Sureste de la Península Ibérica. En concreto el de la tumba 4D6 en creciente, es el mas frecuente en la necrópolis de la Albufereta (Rubio Gomis 1986). Según Alicia Perea (1991) existiría un taller o tradición artesanal representado por la producción de El Cigarralejo y La Albufereta, ya que los pendientes y arracadas en creciente son predominantes de estos dos yacimientos. Ejemplares sueltos de esta tipología se encuentran en varios yacimientos del Sureste de la Península Ibérica y en la necrópolis de Numancia, lo que indica que tuvieron una gran aceptación en un amplio territorio.

II. *Sellos* o botones de bronce: Su funcionalidad sigue sin estar clara aunque parece plausible pensar que se trate de marcas de propiedad o identificativos personales que se llevaban colgados al cuello. El área de localización de este tipo de objetos es bastante amplia aunque los ejemplares recuperados son muy escasos. Se documentan en poblados y necrópolis de la Meseta y Extremadura, aunque existe una concentración mayor en el Sureste y Alta Andalucía.

Cerámica

Dentro de la tipología de cerámica presente en la necrópolis de Pozo Moro, encontramos una decoración característica de la zona de Coimbra del Barranco Ancho, la estampillada, que se localiza en El Amarejo (Broncano y Blánquez 1985: 209, fig. 112, 211), en el Cerro de los Santos (Chapa 1980: 100, fig. 10.10), Monteagudo (Murcia) (Lillo Carpio 1977-78: 24-25, fig. 14,5) y Coimbra del Barranco Ancho (Murcia) (García Cano 1997: 162-63, fig. 151 a 157) en el área del Sureste y en otras regiones como Cabeza Moya en la provincia de Cuenca (Navarro y Sandoval 1984: 264-65, fig. 29, 801 y 49, 1.065) o Motilla de Palacios en Ciudad Real (Fernández y Fonseca 1985: 264, fig. 5,6). El volumen de hallazgos y las similitudes morfológicas de las decoraciones, hacen pensar que existió un taller que fabricaba este tipo de piezas en Coimbra del Barranco Ancho o alrededores en torno a la segunda mitad del siglo III a.C. (García Cano 1997: 162 y ss.) y desde allí se comercializó a las áreas limítrofes, llegando algunas de ellas hasta puntos tan alejados como Ciudad Real o Cuenca.

Barniz rojo

Para Emeterio Cuadrado las cerámicas de barniz rojo tienen su origen en la mitad superior de la cuenca del Guadalquivir con prolongaciones que llegan por el Sur hasta la provincia de Cádiz, y estableciendo su límite de distribución septentrional en la Cordillera Central. Según este autor, la llegada de estos elementos a los yacimientos de la Meseta se produce a partir de la segunda mitad del siglo IV a.C. y durante el siglo III a.C. momento de máximo uso de estas cerámicas en contextos ibérico-celtas de la Submeseta Sur (Cuadrado 1991c: 356). En este ámbito se encuentran documentados en yacimientos de las actuales provincias de Madrid, Toledo, Guadalajara, Cuenca, Ciudad Real y Albacete (Fernández Rodríguez 1987). Pero es en el Cigarralejo donde se ha documentado un mayor número de piezas, a buena distancia de otros yacimientos murcianos o andaluces como Cabecico del Tesoro, Coimbra del Barranco Ancho, La Albufereta, Estacar de Robarinas o Baza (García Cano 1997b: 119-120).

Relaciones con la Alta Andalucía

Desde mediados del siglo VI a.C. se asiste a una creciente penetración de relaciones filohelenas hacía Occidente siguiendo la Vía Heraklea hacía el Valle del Guadalquivir, en sentido contrario a como anteriormente se habían difundido los influjos orientalizantes y coincidiendo con el momento de máximo predominio griego en el Mediterráneo (Almagro Gorbea 1992: 47). Esto quiere decir que las relaciones que desde época Orientalizante habían existido entre la provincia de Albacete y Andalucía van a seguir existiendo, sólo que el flujo de influencias va a cambiar de dirección, llegando ahora del mundo griego a través de la costa levantina y de allí a los centros de distribución interiores, quienes a través de las vías de penetración que

significan los ríos Segura y Mundo hacía el Sudeste de Albacete, llegarían a través del Guadalimar a la cuenca alta del Guadalquivir. En la primera mitad del siglo IV a.C., la ciudad de Castulo parece que funcionó como un *port of trade* ya que en ella se documentan más formas cerámicas que en otros yacimientos. Existe una clara analogía entre los materiales griegos de las necrópolis de la Alta Andalucía y los de la Meseta meridional, lo que evidencia que en esta época estaría en pleno rendimiento la ruta que unía la Meseta con la zona de Castulo a través de Alicante (Valenciano 2000). Aunque la Alta Andalucía mantiene sus peculiaridades en cuanto a la tipología de tumbas se refiere, si parece claro que existió una relación comercial constante entre ambas regiones, sobre todo en lo referente a cerámica de importación o a determinados objetos como los sellos o algunas armas. Los paralelos entre el conjunto escultórico de Porcuna (González Navarrete 1987, Negueruela 1990) y el de los Villares (Blánquez 1987), hacen pensar en una cronología para ambos de en torno al 490 a.C., estableciendo una relación temprana entre uno y otro punto de la geografía peninsular. Prueba de esas interconexiones son también la presencia en el túmulo 22 de los Villares, de una cámara interna (Blánquez 1991), característica de la arquitectura funeraria de la Alta Andalucía, la presencia de cenefas y suelos de cantos rodados en las necrópolis de Pozo Moro (Almagro Gorbea 1983b) y Pozo de la Nieve (López Precioso 1995), que ofrecen diseños muy cercanos a los de las necrópolis de Castulo, y la presencia de sepulturas tumulares en las necrópolis altoandaluzas que jalonan la Vía Heraklea.

Relaciones con la Meseta

Los contactos del área ibérica con la Meseta se constatan al menos desde el siglo VI a.C., hasta la conquista romana en el siglo II a.C., lo que supone la inclusión de estas regiones en otra esfera política y cultural. Las relaciones entre ambas culturas se inician con una serie de contactos, al principio probablemente esporádicos, durante el Celtibérico/ Ibérico Antiguo, que fueron aumentando a lo largo del periodo pleno, lo que se refleja en el incremento de elementos de cultura material del mundo ibérico en el ámbito de influencia meseteña, así como en la adopción del alfabeto ibérico en el siglo II a.C. y otras innovaciones tecnológicas. Las rutas de enlace con la zona levantina y con el Sureste de la Península Ibérica, son numerosas, y muchas de ellas siguen hoy día en uso ya que se trata de vías naturales por las que se siguen trazando las carreteras modernas. Por el Sureste de la provincia de Cuenca, a través de los ríos Júcar y Cabriel, penetrarían elementos culturales del mundo ibérico procedentes de Albacete y Valencia, especialmente cerámicas de importación en abundancia que no parecen llegar más allá de la actual provincia de Cuenca. Dada su mejor conservación en el registro arqueológico, es la presencia de las producciones cerámicas y metálicas lo que demuestra los contactos entre unas regiones y otras. Sin embargo, el comercio no sólo moviliza productos, sino que también, y es lo más importante, introduce innovaciones tecnológicas, como el torno de alfarero y los primeros tipos cerámicos a torno presentes en la Celtiberia, que parecen proceder del área ibérica. La presencia en la Celtiberia de la cerámica ática y de barniz rojo en época antigua es muy reducida y se limita a la provincia de Cuenca, ofreciendo cronologías del siglo V-IV a.C. También de influencia ibérica, llegan a la Celtiberia una serie de objetos realizados en metal como colgantes, broches de cinturón o armas. Este tipo de elementos suelen aparecer en pequeña proporción y en general formando parte de los ajuares más ricos de las necrópolis, lo que indica que serían considerados objetos de prestigio y atesorados por las elites (Cerdeño *et al.* 1999: 267-73). La escasa cantidad de falcatas presentes en contextos celtibéricos denota que se trata de piezas importadas, cuya adquisición no parece relacionarse con su utilidad sino más bien con las connotaciones simbólicas que este arma tenía y con su consideración como objeto importado de prestigio (Quesada 1992: 243). Algo parecido pudo ocurrir con las espadas de frontón. Además de todos estos objetos, también debió existir un importante comercio de bienes perecederos como el vino y algunos alimentos, de los que no tenemos huella en el registro arqueológico. Los territorios ibéricos del interior fueron productores de vino desde épocas muy tempranas y así lo demuestran yacimientos como los Villares en el que se ha documentado el cultivo de la vid en niveles del siglo VI a.C. o los lagares documentados en el Alt de Benimaquía y La Quéjola (Blánquez 1994: 110-11 y 1996a). Se trata de una zona eminentemente cerealista, cuyo cultivo se sigue manteniendo hasta la actualidad. Es probable que también se explotara el cultivo del esparto y el cáñamo, fibras utilizadas desde al menos el Neolítico con las evidencias de la utilización de este material en la Cueva de los Murciélagos y en el Bronce Medio como atestigua la presencia de restos de esterillas realizadas en esparto encontradas en el yacimiento de el Castellón (López Precioso *et al.* 1992). Plinio El Viejo en su Historia Natural (III,4) señala que el mayor aprovechamiento comercial e industrial de esta fibra se da a partir de la presencia púnica en los últimos momentos del siglo III a.C.

Por los datos disponibles sabemos que existió un límite de penetración de cerámica importada desde la costa al interior que a su vez establece las fronteras de la red comercial a 125-150 kilómetros de distancia de la costa por término medio, y que se mantiene inalterable hasta la llegada de los romanos a esta región hacía el 180 a.C. Este límite también coincide con el que alcanzan los plomos ibéricos escritos, que

se relaciona con su uso en calidad de instrumento utilitario en el ámbito comercial (de Hoz 1993: 658). Sin embargo, parece que existió algún tipo de relación, quiza de mercenariado, al menos a partir del siglo III a.C., entre el área celtibérica y la zona de la actual Cataluña como demuestran la presencia de dos puñales biglobulares en el yacimiento de Turó del Vent amortizados a fines del siglo III a.C. y la posible procedencia de algunas de las espadas de La Tène del área celtibérica en Cataluña, la cual a finales del siglo III a.C. está recibiendo la mayoría de sus armas del Norte de los Pirineos (Lorrio 1994: 230-32). Este hecho nos lleva a considerar la posibilidad de que las escasas espadas de La Tène presentes en Albacete procedan también del área Catalana, más que de un intercambio comercial con la Meseta.

Será a partir del siglo II a.C., coincidiendo con la entrada en escena del mundo romano, cuando se produzca una llegada, cada vez mayor según va avanzando el siglo, de productos procedentes del mundo itálico e ibérico costero.

Hasta ahora hemos enumerado los productos procedentes del mundo ibérico que pudieron resultar de interés para los pueblos celtibéricos, pero además debieron existir una serie de productos objetos de intercambio que estos grupos produjeron y que tuvieron un interés económico para los iberos. Entre ellos cabe destacar los metales, la sal, la lana, la madera y la resina. Cada vez parece más claro que la presencia colonial en las costas levantinas ya desde mediados del siglo VII a.C. fue la obtención de metales a través de la penetración por las vías fluviales hacía las áreas de captación interiores. El hierro, el estaño, el cobre y la plata fueron materias primas codiciadas por las colonias fenicia y griega, quienes debieron ver en las veneras del Sistema Ibérico una importante fuente de abastecimiento (Martínez y Arenas 1999: 207). Es probable que las poblaciones locales del área ibérica tuvieran unas redes de intercambio ya establecidas y un sistema de abastecimiento que debió ser aprovechado por las colonias.

La sal se usaba además de para cocinar y conservar alimentos, para el consumo animal, en el proceso de fabricación del hierro y en el curtido de las pieles (Arenas y Martínez 1999: 212). Este producto no debió ser demandado por las comunidades del área de Pétrola - Pozo Cañada, dada la abundancia de asentamientos situados en torno a zonas de salinas, que debieron funcionar como centros extractores y distribuidores de este producto a las áreas cercanas. La mayor capacidad agrícola de las tierras del Mediterráneo frente a las excepcionales condiciones para el desarrollo de la ganadería en la Meseta harían que las relaciones comerciales entre estas dos zonas se realizaran también en función del intercambio de productos secundarios de la ganadería celtibérica, por productos agrícolas procedentes del área ibérica. Estos intercambios difícilmente son demostrables arqueológicamente, pero el sentido común hace pensar que existieron.

La gran proyección marítima de la cultura ibérica en su fase plena lleva a suponer la necesidad de una gran cantidad de madera para la construcción de barcos, por lo que es probable que se abasteciera en regiones del interior relativamente próximas y bien comunicadas con la costa.

Por último, la resina de enebro, sabina y pino de la provincia de Soria, Guadalajara y Cuenca también pudo ser objeto de exportación, utilizada para la iluminación o para ser transformada en pez (Cerdeño *et al.* 1999: 282-84).

Hemos creído conveniente incluir dentro de nuestro trabajo un estudio de los elementos de comercio y las interconexiones e influencias entre pueblos, así como su grado de penetración a través de las posibles vías de entrada prerromanas, romanas y pecuarias de la provincia de Albacete.

9.2. La red viaria en la provincia de Albacete y sus relaciones con las provincias limítrofes

En época prerromana debió existir una buena infraestructura de caminos que permitieran el paso tanto de personas como de ganado y objetos de comercio.

La identificación arqueológica de estas vías resulta en muchas ocasiones complicado, por lo que hemos tenido que acudir a fuentes de información más recientes, de época romana y medieval sobre todo, para podernos acercar a los trazados de la Edad del Hierro.

La provincia de Albacete es una región llana, cruce de vías de comunicación, atravesada de Norte a Sur y de Este a Oeste por cuatro vías principales y un ramal secundario, siendo *Saltigi* (Chinchilla) situada a escasos 10 Km. al Norte de Pozo Moro, el lugar de cruce teórico de todas ellas. Además hay una red secundaria y de enclaves de función agrícola, de tal forma que los productos elaborados en esos lugares tienen una salida hacia mercados de mayor envergadura a través de las vías principales (López Precioso 1993: 127).

Vías prerromanas: Vía Heraklea-Camino de Aníbal

Esta vía comercial y cultural puso en contacto directo y constante las costas levantinas con la Alta Andalucía (Blánquez 1990a). La Vía Heraklea no es más que una reutilización o continuidad de una vía de comunicación anterior que se remonta, como poco, al Bronce Final Tartésico (Bendala 1989: 138). A través de este eje viario terrestre se distribuyeron objetos y conceptos culturales que circulaban por el Mediterráneo procedentes del mundo griego y de Oriente. Este contacto directo con las culturas mas avanzadas del momento, produjo un gran dinamismo y una evolución mas rápida de la vida de las gentes que habitaban estos territorios (Valenciano 2000: 47 y ss.).

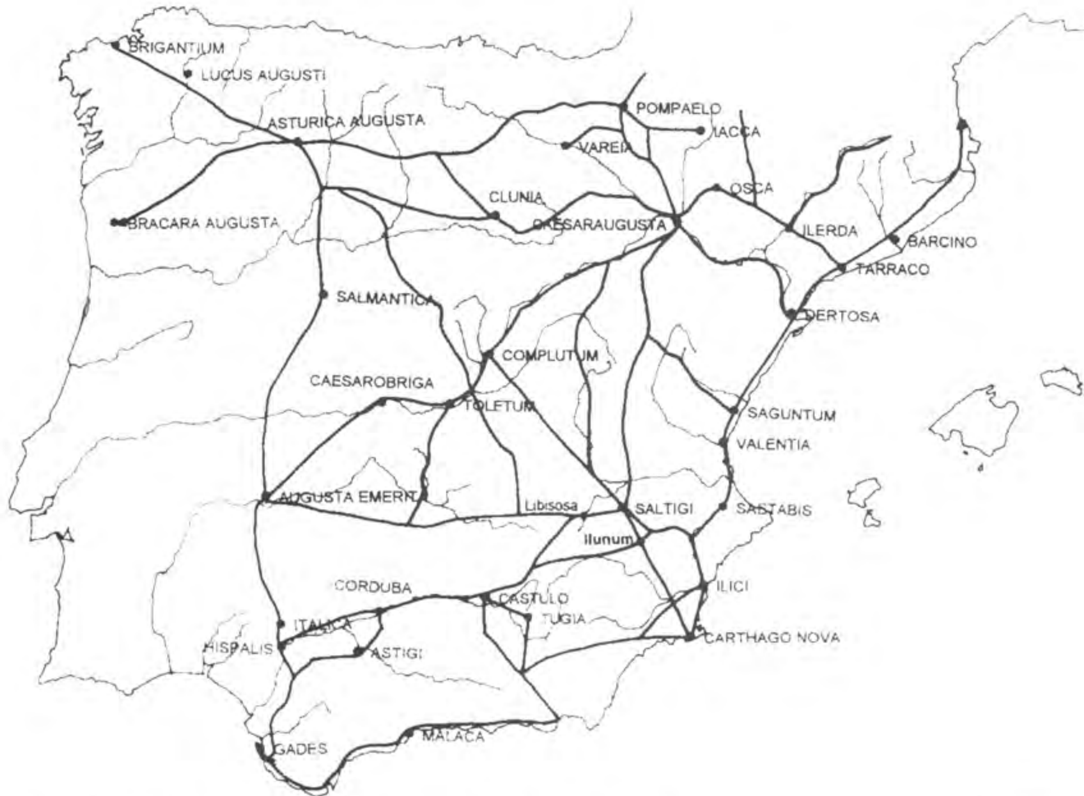


FIGURA 9.3: *Principales vías de comunicación romanas en la Península Ibérica, según Abad et al. 1998.*

En líneas generales el trazado romano de la Vía Augusta se superponía en buena parte a una vía anterior, que denominamos Vía Heraklea. El tramo interior que atravesaba es la parte de la vía Heraklea no reaprovechada en teoría por la vía Augusta. Este tramo ofrecía ventajas importantes ya que carece de ríos caudalosos y relieves bruscos, lo que hace innecesarias las grandes obras de infraestructura y lo que es más importante, supone un ahorro significativo del tiempo necesario para alcanzar la Alta Andalucía. Estas ventajas debieron primar sobre los peligros de salubridad que supone una zona pantanosa y de fiebres como el *Campus Spartarius* de las fuentes. Muchas de estas zonas pantanosas fueron desecadas en el siglo XIX, precisamente para evitar la incidencia de estas enfermedades y para realizar un aprovechamiento más intensivo de las zonas de cultivo. Esta antigua vía es el camino natural más fácil para llegar a Valencia desde el curso medio del Guadalquivir, a través de la cuenca del Guadalimar y después del Guadalén, para alcanzar el Campo de Montiel, el Sudeste de la Mancha y seguir desde él por Chinchilla y Játiva hacía el Mediterráneo, accediendo al extremo occidental peninsular por los Llanos de Albacete y desde Castulo, por el Guadalquivir.

Sillières ha propuesto un trazado para el Camino de Anibal entre Cástulo y *Saetabis* que a grandes rasgos iría por *Ad Aras*, Garibaile, *Ad Morum*, Venta de San Andrés, Montizón, Venta Quemada, Venta de los Ojuelos, *Mentesa*, Viveros, El Ballestero, *Libisosa* y Tiriez, hasta *Saltigi*. Pasado *Saltigi*, cruzaba al Norte de Horna para continuar por Pétrola, La Higuera, Llano de la Consolación, Cerro de los Santos, Sur de Marisparza, Tobarilla, Noroeste de Caudete, Casas de Albalat, Fuente La Higuera, Mogente, El Pulido y *Saetabis* (Xátiva). Almagro Gorbea propuso posteriormente una pequeña variante para el ultimo tercio del recorrido, tomando como referencia la ubicación de la necrópolis de Pozo Moro, indica la posibilidad de que la carretera que une Pozo Cañada con Horna fuera el verdadero camino prerromano o Vía Heraklea, lo que llevaría el recorrido del camino unos 5 km. más al Sur (Almagro Gorbea 1983b: 181-82).

El paso por estas tierras meseteñas de la Vía Heraklea fue decisivo como elemento agilizador del proceso formativo ibérico. El trazado de esta vía comercial y cultural, complementado con otros de menor entidad, puso en contacto directo y continuo la costa levantina con la Alta Andalucía, posibilitando la difusión, primero de la escultura y luego de las vajillas de importación griegas, con obligada mirada al ámbito emporitano. El horizonte material de los yacimientos ibéricos de las tierras del interior con niveles estratigráficos del siglo V a.C. demuestran un activo comercio desarrollado por *Emporion* no sólo en la costa, sino también hacía el interior peninsular (Blánquez 1994: 333). El trazado de la vía Heraklea fue reutilizado en su mayor parte por un recorrido romano con ligeras variantes que no cambió la finalidad última de

esta vía de comunicación, aunque si modifica su paso por el *Campus Spartarius*.

Vías romanas

Por el territorio albaceteño discurren cuatro vías principales más el ramal de Hellín y el Itinerario de Antonino o Vía 31. Esta red viaria atraviesa el Sureste meseteño tanto en sentido Este-Suroeste (*Tarraco-Gades*, o Vía Augusta), como Norte-Sur (*Complutum-Carthago Nova*), además de otras dos vías paralelas en sentido Oeste-Este (*Corduba-Saguntum* y *Emerita Augusta*-Puerto de Almansa).

1. La Via *Complutum-Carthago Nova* es el principal eje de comunicación Norte-Sur que atraviesa las tierras albaceteñas. Su existencia está atestiguada desde época ibérica antigua, con monumentos como el de Pozo Moro, del siglo VI a.C., hasta al menos el siglo XI d.C. El trazado básico de este camino se ha mantenido hasta la actualidad, conservado en la carretera N-301. Procedente de *Complutum* y a través de *Segobriga*, la vía romana se dirigía hacía el Sureste atravesando la zona meseteña de Albacete de Norte a Sur. Pasaba por La Roda, La Gineta y Chinchilla, luego por Aldeanueva, donde se conservan restos de rodadas, a continuación pasaba a escasos metros del yacimiento de Pozo Moro en dirección a Torre Uchea, donde se han localizado una necrópolis monumental ibérica, otra visigoda y un miliario datado en el 238, para después dirigirse al Tolmo de Minateda, y de allí a Cieza, ya en la provincia de Murcia (Sillières 1982).

2. *Caesar Augusta-Laminio o Via 31 del Itinerario de Antonino.*

A su paso por el Sureste Meseteño el Itinerario de Antonino utiliza dos tramos de vía. Por un lado el trazado Norte-Sur de la vía *Complutum-Carthago Nova*, desde Fuente la Higuera, ya en la provincia de Cuenca, hasta Elche, y por el otro, la de *Emerita Augusta*-Puerto de Almansa, desde Elche hasta Ossa de Montiel (Blánquez 1990a; Ruiz Molina *et al.* 1988).

3. *Tarraco-Gades por Libisosa o Via Augusta.*

La vía romana presenta un trazado costero camino de Cartagena y reaprovecha parte del trazado de un camino anterior que iría por el interior. Pasando Elche, la vía coincidía con posteriores caminos pecuarios, concretamente el Camino de Cartagena y la Vereda Real, pasado Rojales, punto donde se encuentra la necrópolis de Cabezo Lucero.

A través de esta vía se ponían en contacto los dos centros mineros más importantes de la Península Ibérica, Castulo y el Campo de Cartagena, canalizando la explotación y la comercialización con el exterior de la plata, hierro y posteriormente el plomo (Blánquez 1990a: 48).

4. *Emerita Augusta al Puerto de Almansa.*

Esta vía atraviesa el Este de la Meseta en sentido Oeste-Este y pone en relación a *Emerita Augusta* con la costa valenciana pasando por *Libisosa* (Lezuza) y *Saltigi* (Chinchilla) en dirección al Puerto de Almansa (Corchado Soriano 1969).

5. *Vía Corduba-Saguntum.*

Estudiada por Corchado Soriano (1969), con un doble itinerario en Andalucía, bien por Montoro y Linares o por Villa del Río y Castulo. Ambas rutas se unifican en Arquillos hacía Villanueva de la Fuente (ciudad Real), el Bonillo el Albacete, Villagordo del Júcar en Cuenca y Sagunto. Presenta problemas de trazado en su paso hacía Sagunto, por lo que autores como Blánquez plantean serias dudas sobre su existencia (Blánquez 1990a: 50-51).

6. *Ramal de la Vía Corduba-Saguntum.*

El ramal de la Vía *Corduba- Saguntum* hacia Hellín tiene su origen en Beas de Segura, pasada la Venta de San Andrés, en un carril ganadero llamado Camino del Cordado. La vía cruzaría el Guadalimar a la altura de Villaverde, en dirección a la cuenca del Río Mundo, y siguiendo su curso hasta Hellín, donde enlazaba con la vía romana de *Complutum-Carthagonova.*

La ordenación viaria de carácter ganadero en el Sureste meseteño tiene dos tramos de particular interés, uno es la entrada de Andalucía hacía La Mancha a través de la Vereda de Los Serranos con la variante a Valencia y su marcha en paralelo a la vía romana *Tarraco-Gades* en lo que sería a su vez el Camino de Aníbal y el otro corresponde con los alrededores de Chinchilla, donde se cruzan la Vereda Real de Cuenca a Cartagena en paralelo a la Vía *Complutum-Carthago Nova*, con el Camino de Aníbal y la Vereda Real de Andalucía a Valencia. Los principales yacimientos ibéricos de cronología antigua están en relación con el trazado de la Vía Heraklea.

En cuanto a la red secundaria, los datos disponibles son fragmentarios y los estudios se han llevado a cabo a nivel comarcal por lo que desbordaría el marco de este estudio su descripción completa (Ruiz Molina *et al.* 1988). Sin embargo, cabe destacar la presencia de vías secundarias que comunicaban Albacete con Murcia poniendo en relación el Tolmo de Minateda y El Cerro de los Santos con Coimbra del Barranco Ancho o Albacete con la Alta Andalucía a través de la Vía *Castulo-Saitabi* por el Tolmo y el Cerro de los Santos (López Precioso *et al.* 1992).

La importancia de esta zona desde época prerromana radica en su ubicación en un punto de paso canalizado por la *Via Augusta* en función del comercio y de las explotaciones mineras de *Carthago Nova* y Andalucía. Además de la *Via Augusta*, existía una red viaria que utilizando los pasos naturales comunicaba la zona Norte con la Sur y la costa con el interior (Roldán 1987).



FIGURA 9.4: *Mapa de vías de comunicación en el Sureste de la Península Ibérica.*

El momento de uso máximo de la red viaria se sitúa a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C. hasta el Ibérico tardío, ésta mantiene su uso y sentido a lo largo del periodo pleno, momento en que se produce la entrada en mayor cantidad de cerámicas griegas desde finales del siglo V a.C. La ubicación de los nuevos asentamientos sobre o cercanos a los antiguos, denota el interés de estas poblaciones por controlar las mismas vías de comunicación. Al mismo tiempo se siguen utilizando los mismos espacios funerarios como Pozo Moro o Hoya de Santa Ana, aunque cambien los grandes monumentos de la etapa precedente por las estructuras tumulares y se produzca un ensanchamiento social en el uso del espacio funerario (López Precioso *et al.* 1992).

Todos estos caminos facilitaron las relaciones entre las explotaciones rurales, los asentamientos especializados y los *oppida*, favoreciendo el desarrollo y mantenimiento de los circuitos comerciales y por ende las transformaciones culturales y sociales que el transcurso del tiempo va imponiendo (Abad *et al.* 1998).

La mayor concentración de asentamientos de época ibérica y romana, conocidos casi todos por prospecciones arqueológicas, se produce en la zona Este de la provincia, como ocurre en la actualidad y probablemente sea consecuencia de las mejores condiciones geográficas, climáticas y agrícolas que presenta este territorio, junto con su buena comunicación. Estos pequeños asentamientos o *fundi* se encuentran junto a puntos de agua, en terrenos fértiles y bien comunicados permitiendo el desarrollo de una economía agrícola-ganadera (Soria Combadiera 2000).

9.3. Pozo Moro y las comunicaciones

La vereda Real de Cartagena a Cuenca, vía esencial del ganado trashumante desde época antigua y que aún hoy en día sigue en uso, pasa a unos 300 metros al Este de Pozo Moro, entre los cerros de Padosa y el pie del cerro de los Calderones y atraviesa la hondonada de Pozo Moro en dirección Norte hacia Chinchilla pasando al Este del cerro Vicente. Esta vereda real constituye la comunicación de la zona oriental de la Meseta Sur con la costa del Sureste Peninsular por el camino natural de más fácil acceso a la Meseta desde el Mediterráneo. Este camino corre paralelo a la vía romana de *Carthago Nova* a *Complutum* que pasa algo más al Oeste, entre Pozo Moro y la actual carretera coincidiendo con el camino viejo de Chinchilla a

Murcia. En la hondonada de Pozo Moro, la Vereda Real de Cartagena a Cuenca se cruza con la carretera de Horna a Pozo Cañada que a su vez debió ser un ramal lateral del tramo entre *Saitabi* y *Castulo* de la *Via Heraklea* que pasó a ser la *Via Augusta*, cuyo trazado principal pasaba por *Saltigi* y *Libisosa*. Este ramal pudo ser el verdadero camino prerromano o *Vía Heraklea*, ya que corresponde mejor que la vía romana con los yacimientos ibéricos como el Cerro de los Santos, Llano de la Consolación, El Salobral o Balazote (Almagro Gorbea 1983b: 181-182).

Muy poco es lo que sabemos sobre el trazado de la red secundaria en el área que nos ocupa, aunque en ocasiones se pueden llegar a intuir al localizar los puntos de mas fácil acceso a lugares importantes como es el caso de la vía secundaria de Pozo Moro a Ontur, que conectaba estas dos áreas a través de Hoya de Santa Ana. Desde Pozo Moro-Los Calderones, el camino toma dirección Sureste por la «Vereda Real de Cartagena» hasta Hoya de Santa Ana. De allí se dirige a Ontur por el «Camino de Albacete» pasando al pie del Marrón del Madroño, donde se ubica un poblado de la Edad del Bronce, y posteriormente se funda un asentamiento de época romana de función defensiva y de vigilancia del cruce de caminos entre esta vía y la que viene del Tolmo en dirección al Cerro de los Santos (López Precioso 1993: 123-24).

Otra de estas vías secundarias pondría en relación a Murcia y Albacete por medio de la Via *Bolbax* (Cieza, Murcia)-Pozo Moro.

Muchos autores han señalado la necesidad de la existencia de una vía que conecte el área de *Carthago Nova* con el interior de la Meseta (Almagro Gorbea 1978a; Sillières 1982, Selva y Jordán 1988). Desde Cieza, el camino se dirigiría a Calasparra, remontando el curso del río Segura, desde aquí ascendería el río Mundo pasando por los Almadanes, poblado que ejerce un evidente control sobre el área circundante. Prosigue por el paraje de El Tesorico hasta llegar a la desembocadura del arroyo de Tobarra, para recorrer el Valle de Minateda-Agramón. A la derecha quedaría el poblado Zama-4 y la necrópolis de Cola de Zama Sur donde se encontró un casco de tipo Montefortino con morfología y cronología similar al de Pozo Moro. Desde aquí llegaría al Tolmo de Minateda, cruzándose en una zona cercana a la necrópolis de Torre Uchea con la Vía que venía de Castulo a través del Mundo y el Segura. De Torre Uchea continuaría al Cerro de la Estación (Tobarra) para dirigirse al puerto entre la Sierra de Navajuelos y la de Apedreado. Desde allí se accede a los Llanos de Albacete a la altura de Mizquitillas, llegando a Pozo Moro sin obstáculos orográficos (López Precioso 1992: 58-59)

Un tercer ramal debió existir entre el Cerro Fortaleza (Fuente Álamo) y Pozo Moro-*Saltigi*. El Cerro Fortaleza es uno de los principales enclaves de la zona, con una impresionante muralla y una cronología desde época plena ibérica hasta el Alto Imperio. La comunicación entre estos dos grandes *oppida*, *Saltigi* y Cerro Fortaleza, se realizaría a través de la Rambla de La Jaraba y la de La Muerta, dejando Hoya de Santa Ana al Sur (López Precioso *et al.* 1992).

9.4. Conclusiones

Las importaciones presentes en el yacimiento, tras el viaje en barco por el Mediterráneo que duraría entre 65 y 85 días, llegarían a Albacete por las costas Alicantinas o Murcianas en las que se encuentran altas concentraciones de vajilla ática con paralelos formales en las de Pozo Moro, remontando la desembocadura del Segura para tomar la Via Heraklea que pasaba por Pozo Moro.

Las cerámicas, los sellos o las estructuras funerarias ponen a Pozo Moro en conexión con la Alta Andalucía y demuestran las continuas relaciones comerciales y culturales que existieron entre el Sureste de la Península Ibérica y Andalucía. Menos tangibles resultan los contactos entre la Meseta y la necrópolis de Pozo Moro, aunque el descubrimiento de estructuras tumulares y ajuares similares descubiertos en las provincias de Cuenca (Valero 1999) y Toledo (Pereira 1995) apuntan hacía unas relaciones mucho más estrechas. Por último, las conexiones con la costa levantina y con las áreas limítrofes de Murcia fueron continuas a lo largo de todo el periodo de uso del cementerio y demuestran que las elites que se enterraron en Pozo Moro estuvieron volcadas al intercambio económico y cultural con el Mediterráneo.

Las vías de comunicación fueron las que facilitaron o entorpecieron todas estas relaciones entre pueblos. La mayoría de los yacimientos de época ibérica en la provincia de Albacete se localizan en clara cercanía a las vías de comunicación, lo que junto a la procedencia diversa de los materiales importados presentes en los ajuares de las tumbas de las necrópolis, está reflejando un ritmo dinámico para las redes comerciales de estas poblaciones desde el siglo VI a.C.

9.5. Pozo Moro en el marco de las necrópolis ibéricas

Con objeto de incluir a la necrópolis de Pozo Moro en el marco de la cultura ibérica, se ha llevado a cabo una revisión de los contextos funerarios ibéricos desde las necrópolis catalanas con influencias de los Campos de Urnas, las necrópolis de costa (valencianas, murcianas y alicantinas), las necrópolis tumulares del Sureste, las penetraciones hacía zonas limítrofes como Toledo o Cuenca, las de la Alta Andalucía y sus conexiones con el Sureste y el vacío del área Turdetana.

En el área catalana la información más abundante se documenta en las zonas más meridionales con cronologías del ibérico antiguo en torno a la mitad del siglo VI a.C. y relaciones evidentes con las necrópolis del País Valenciano. Tanto en las necrópolis del siglo VI a.C. del Nordeste de Cataluña como en las del interior, se observa una continuidad con la etapa final de los Campos de Urnas, aunque con claras influencias ibéricas de cultura material, como algunas cerámicas y la abundancia de armas, las fíbulas y la orfebrería. La continuidad con los Campos de Urnas pudo ser responsable de la adopción del ritual de cremación característico del mundo ibérico, que en otras zonas parece responder más bien a la influencia del mundo fenicio. Por tanto, se produce una difusión del iberismo en dirección Sur-Norte y Oeste-Este, proceso que debió completarse entrado el siglo V a.C., aunque la escasez de yacimientos documentados de esta época impida profundizar en ello (Sanmartí 1992: 77-98). La abundancia de armas de las necrópolis plenamente ibéricas o de influencia ibérica, en contraposición a la prácticamente nula presencia de estos objetos en las necrópolis inmediatamente anteriores, sugiere un papel preponderante del guerrero en la sociedad ibérica del periodo inicial en Cataluña o al menos denota el carácter simbólico de estos objetos en los contextos funerarios. La ausencia de estructuras monumentales y de ajuares destacados en las necrópolis del siglo VI a.C. podrían hacer pensar en una sociedad básicamente igualitaria, con identidades sociales basadas en el sexo y la edad o en la posibilidad de que la jerarquía social no se explicitara en los contextos arqueológicos recuperados (Sanmartí 1992: 96-100). En cuanto a las fases posteriores, sólo se conocen dos necrópolis del ibérico pleno, Cabrera de Mar (García Roselló 1993) y Puig de Serra (Martín Ortega 1983), con cronologías desde mediados del siglo V a.C. hasta mediados del II a.C., aunque el grueso de las tumbas se centre en el siglo IV a.C., y algunos fragmentos de estelas funerarias y fragmentos escultóricos de época ibero-romana, que no permiten avanzar datos generalizables. En las tumbas del Ibérico Pleno siguen estando ausentes las estructuras de tipo tumular características del Sureste peninsular, consistiendo las tumbas en simples hoyos excavados en el suelo de 1 metro de diámetro aproximadamente y a veces cubiertos por algunas piedras que sellan el hoyo. En la necrópolis de Puig de Serra destaca la abundancia de cerámica ática de barniz negro y de figuras rojas, frente a la escasez de armas.

El panorama funerario de las costas levantinas presenta numerosos puntos en común, fruto de los constantes contactos comerciales y de las directas influencias Mediterráneas, pero también mantienen particularidades regionales que responden a una escala de relaciones locales y a dinámicas internas de funcionamiento.

Si comenzamos este análisis por las necrópolis del área de Levante, encontramos que se localizan en las proximidades de los poblados, en zonas llanas sobre todo en Valencia y Castellón, o en los espolones del cerro donde se levanta el poblado, como ocurre en los yacimientos valencianos de San Miguel de Liría o Sagunto, pero sobre todo en los de Alicante. No contamos con información concluyente sobre la cercanía de los cementerios a las vías de comunicación, salvo el caso de Corral de Saus, emplazada junto a la Vía Heraklea (Pla 1977, Aparicio 1984, Izquierdo 2000), pero la ubicación junto a las puertas de acceso de los poblados, de necrópolis como Cabezo Lucero, El Puntal (Soler 1990), El Molar (Senent 1930: 5) o la Serreta (Llobregat *et al.* 1990), así parecen sugerirlo.

Las cremaciones pueden ser primarias o secundarias como es el caso de las necrópolis antiguas mejor conocidas como El Molar o La Solivella, datadas entre finales del siglo VI y primera mitad del siglo V a.C. y de la mayoría de las necrópolis conocidas con fechas posteriores. A lo largo del siglo IV a.C. van a coexistir ambos tipos de cremaciones en Cabezo Lucero, donde las deposiciones primarias parecen reservadas para los individuos masculinos mientras las secundarias corresponden a mujeres y niños (Aranegui *et al.* 1993) y en La Albufereta, donde las cremaciones *in situ* parecen ser las mayoritarias (Rubio 1986).

En las zonas de montaña alicantinas, las necrópolis conocidas, como La Serreta de Alcoy, El Puntal de Salinas o El Peñón del Rey en Villena, responden a un mismo patrón de enterramientos muy simples que aprovechan los huecos de la roca. Estructuras simples en hoyo también se documentan en Castellón y Valencia.

Solo se han excavado estructuras tumulares en Corral de Saus y Las Peñas en Valencia y en Cabezo Lucero en Alicante. Los dos yacimientos valencianos mencionados están en relación con la Vía Heraklea que comunicaba las zonas mineras de Castulo con *Saitabi*, por lo que habría que incluirlos dentro del área de influencia albaceteña. El caso de Cabezo Lucero es un *unicum* dentro del conjunto del área alicantina, que implica algún tipo de relación, aún sin explicitar, con la zona del Sur de la Meseta. Mucho más abundantes resultan los monumentos funerarios escultóricos, como los pilares-estela o los monumentos de tipo turriforme (Izquierdo 2000), aspecto que puede estar indicando una mayor uniformidad cultural en las primeras fases del desarrollo de la cultura ibérica, al menos en las formas de expresión externa del poder.

En cuanto a los ajuares de las necrópolis más antiguas, están constituidos básicamente por objetos de uso personal y armas. Dentro de esta uniformidad, destacan algunas diferencias en la tipología de estos objetos entre las necrópolis castellonenses como la de Sagunto, en la que predominan las fíbulas de resorte bilateral y pie levantado y las espadas de La Tène, en clara conexión con la zona catalana, y los cementerios más meridionales como el de El Molar, con fíbulas anulares hispánicas y la falcata como tipo de arma

más abundante, consecuencia de la influencia murciana. Los cementerios septentrionales de cronología antigua carecen totalmente de cerámica importada en sus ajuares, mientras que en los yacimientos más cercanos a las zonas de paso hacía el interior, como El Molar, El Oral o Cabezo Lucero, empiezan a llegar las primeras importaciones (Sala 1996). Durante el Ibérico Pleno (último cuarto del siglo V hasta el II a.C.) se generaliza en todos los yacimientos la cerámica ática de barniz negro y figuras rojas, así como las fíbulas anulares de resorte y la falcata, marcándose de nuevo diferencias entre las necrópolis en más clara relación con las vías de comunicación hacía la Alta Andalucía y los yacimientos de las comarcas interiores de montaña (Abad y Sala 1992: 145-161).

La ubicación de las necrópolis y por ende del poblamiento en la región Murciana se vertebra en torno al curso del Segura y de sus principales afluentes. Los yacimientos se sitúan en valles de alta potencialidad agropecuaria, en torno a las vías de comunicación que comunican esta zona con las áreas mineras de la Alta Andalucía. El marco cronológico abarca desde la segunda mitad del siglo V hasta mediados del siglo I a.C., con un pico máximo en el siglo IV a.C. Las cremaciones son secundarias y las estructuras son mayoritariamente en fosa revestida o no y cubierta con tierra, barro o adobes, con algunas piedras que protegen la urna, aunque también se han documentado estructuras tumulares y monumentos de tipo pilar-estela en Coimbra, Cigarralejo, Cabecico y Los Nietos con cronologías del siglo IV para los monumentos escultóricos y primera mitad del siglo III a.C. para los últimos ejemplos de encachados tumulares. En la mayoría de los casos, los restos óseos se introducen en urnas de cerámica ibérica pintada y se cubre con un plato a modo de tapadera (García Cano 1992: 313-334).

El Sureste de la Meseta es una encrucijada de caminos que conecta la Meseta, el País Valenciano y la región Murciana a través de vías naturales de comunicación. Contamos con datos más o menos completos de 18 necrópolis que abarcan todo el periodo de la cultura ibérica, desde el último cuarto del siglo VI a.C. hasta el cambio de Era. La base Orientalizante sobre la que se configura la cultura ibérica en esta zona, defendida por Almagro Gorbea desde el descubrimiento de Pozo Moro (Almagro Gorbea 1983b), se ve corroborada por hallazgos como el lingote chipriota de la tumba 31 de los Villares (Blánquez 1987), algunos elementos de cultura material relacionados con el perfume y la indumentaria personal y la existencia de tumbas de estructura tumular y cámara interna como la sepultura 22 de Los Villares, que lo relacionan con el mundo tartésico. Como características comunes a todas ellas podemos destacar la intencionada limitación del espacio utilizado como zona de enterramiento, que provoca la inevitable superposición de las tumbas, en buena parte de tipo tumular, presentes desde el siglo VI a.C. en Los Villares hasta el cambio de Era en las necrópolis de El Tolmo de Minateda. Los túmulos principescos de los siglos VI y V a.C. documentados en algunas necrópolis de la provincia de Albacete, en general presentan ajuares poco relevantes como en los Villares (Blánquez 1992: 259) o nulos como en Pozo Moro (Alcalá-Zamora 2000a), en los que las armas están prácticamente ausentes, lo mismo que las cerámicas de importación hasta el último cuarto del siglo V a.C. Los programas escultóricos desaparecen y los del siglo VI y V a.C. son destruidos (Blánquez 1993b). Durante el siglo IV a.C. las tumbas tumulares se siguen utilizando, aunque de peor calidad y menor tamaño que las precedentes. Sin embargo en el área murciana durante el siglo IV a.C. siguen estando presentes estructuras tumulares de grandes dimensiones con ajuares importantes durante el siglo IV a.C. en necrópolis como El Cigarralejo (Tumbas 45, 200, 209, 277) (Cuadrado 1987), Cabecico del Tesoro (tumba 400) o Coimbra del Barranco Ancho (tumbas 22, 70) (García Cano 1997b). Las armas están presentes de forma habitual en los ajuares, adquiriendo ahora un contenido simbólico del que antes carecían. Las cerámicas áticas comienzan a incluirse de forma habitual en las tumbas desde el ultimo cuarto del siglo V a.C., siendo más abundantes a lo largo del siglo IV a.C. aunque con piezas de peor calidad que penetran en la primera etapa a través de la Vía Heraklea y después por la de *Complutum-Carthago Nova* (Blánquez 1992).

Se observa una orientación de los lados largos de los túmulos en relación con los puntos cardinales, aunque sin una orientación mayoritaria clara, salvo el caso de Pozo Moro.

La influencia griega se deja sentir en los repertorios escultóricos presentes en más de la mitad de las necrópolis conocidas y por supuesto en la llegada de vajilla de importación relacionada con el consumo del vino y probablemente con la asimilación de alguno de los rituales a él vinculados (Blánquez 1996a). En este sentido, el *silicernium* de Los Villares sería una muestra palpable de ello (Blánquez 1987).

Los datos manejados en esta región nos acercan a una sociedad aristocrática de tipo gentilicio, en tránsito hacía una estructura estatal que quedará truncada hasta la romanización (Blánquez 1992).

El profundo cambio social producido en el siglo IV a.C. provoca un distanciamiento cultural y comercial con la Alta Andalucía a favor del Sureste peninsular, que ahora adquiere mayor protagonismo. A finales del siglo III, la romanización impone nuevas circunstancias, que si bien en un primer momento no suponen un cambio brusco con respecto al periodo anterior, terminaran modificando sustancialmente los rasgos culturales característicos del periodo ibérico (Blánquez 1992: 235-262).

Tras la desaparición de la compleja estructura socio-cultural de Tartessos, surge la Cultura ibérica Turdetana, heredera en muchos aspectos del mundo tartésico pero con aspectos nuevos y diferenciadores

con respecto al periodo anterior, fruto de la relación con el Sureste de la Península Ibérica, y de una nueva situación en el circuito comercial predominante.

Las características del mundo funerario de época ibérica en la Alta Andalucía difiere en el curso medio y bajo del Guadalquivir con respecto al resto. Al Oeste de la línea que va desde Andujar hasta Porcuna y desde Jaén hacía la provincia de Córdoba por la Subbética no se han documentado necrópolis.

La variada tipología de las tumbas en esta región es reflejo de las diferencias étnicas y de la compleja composición social de las distintas zonas que lo integran. Así, en la Turdetania oriental y la Bastetania se encuentran tumbas de cámara de origen fenicio y con precedentes orientalizantes. Algunas son individuales, como la de la Dama de Baza, y otras colectivas como reflejo de parentescos u otro tipo de asociaciones sociales. En Toya se documentan complejas cámaras semisubterráneas de sillería con puerta de acceso y diversas estancias, consideradas mausoleos de carácter familiar, y en Castellones del Ceal las cámaras son más sencillas y se decoran con motivos vegetales de color rojo. Junto a estos tipos, se divulgó el uso de *larnakes* o cajas, normalmente de piedra como las de Galera de caliza decorada con vivos colores, para contener las cenizas del difunto. En esta misma necrópolis, se encuentran túmulos con cámara, que caracterizan el paisaje tumular de este conjunto funerario. Junto a estas estructuras de tipo monumental se encuentran otras consistentes en simples hoyos excavados en el suelo natural y a veces revocados con barro o adobe.

En las necrópolis que jalonan el trazado de la Vía Heraklea son frecuentes las necrópolis de tipo tumular características del Sureste Meseteño.

Consecuencia de esas relaciones a través de la Vía Heraklea va a ser la evidente similitud entre las necrópolis de Castulo y las ibéricas del Sureste peninsular. En las necrópolis de Estacar de Robarinas y Estacar de Luciano se constata una perduración del uso del espacio sagrado, igual que sucede en algunos de los cementerios del Sureste de la Meseta como Hoya de Santa Ana o el mismo Pozo Moro. En Estacar de Robarinas también se han documentado restos escultóricos de animales reaprovechados en tumbas posteriores o sometidos a destrucciones sistemáticas, fenómeno claramente documentado en el área del Sureste y que se extiende a toda la Alta Andalucía, estableciendo de nuevo un punto de conexión temprano entre ambas zonas. El tipo de estructura más representado en las necrópolis de Castulo es el túmulo con o sin cenefa de cantos rodados (García Gelabert y Blázquez 1992: 455-464), que es también el tipo más característico del Sureste de la Meseta. En cuanto a la cenefa de cantos rodados, se constata su presencia en el pasillo de circunvalación que bordea el monumento de Pozo Moro (Almagro Gorbea 1983b).

En los ajuares se observan diferencias entre los de Baza y los de Cástulo, con una preponderancia de las cerámicas de importación en el segundo frente a una mayor relevancia de las armas en la primera, lo que indica unas dinámicas comerciales distintas en uno y otro caso, que se relacionan con el papel que las minas de Castulo adquieren en el contexto mediterráneo y que terminaran marcando las distancias entre dos grupos étnicos, los Bastetanos y los Oretanos, que tienen un origen común y por tanto elementos culturales y materiales compartidos.

La región comprendida entre el Guadalquivir y el Genil es una zona de transición entre la Alta Andalucía y la Andalucía Occidental, encontrándose en ella desde el siglo VI a.C. esculturas zoomorfas pertenecientes a estructuras funerarias de tipo pilar-estela, similares a las que se encuentran en otras partes del mundo ibérico (Belén y Escacena 1992: 518).

Los hallazgos de tumbas fechados entre los siglos V y III a.C. son excepcionales en el Guadalquivir Bajo y Medio, no contando con información funeraria hasta la conquista romana, ausencia que se puede relacionar con la vinculación cultural de los Turdetanos con las etnias indoeuropeas de las zonas atlánticas de la Península Ibérica (Belén y Escacena 1992: 509-529).

En cuanto a las influencias del mundo funerario ibérico en regiones limítrofes, cabe destacar el área conquense y la presencia de estructuras tumulares rectangulares o cuadrangulares de piedra y/ adobe en necrópolis como La Punta del Barrionuevo en Iniesta, que se incluye dentro del ámbito geográfico de La Manchuela, y que presentan cronologías de entre el 200 y el 125 a.C. (Valero 1999), El Navazo en Hinojosa del Campo y El Cerro de la Virgen de la Cuesta en Alconchel de la Estrella (Blázquez 1999: 50-51), en clara conexión con las necrópolis tumulares del Sureste peninsular. En cuanto a la actual provincia de Ciudad Real, destacamos la documentación de fragmentos escultóricos zoomorfos que formarían parte de monumentos de tipo pilar-estela o remates de estructuras tumulares, en una de las necrópolis de Alarcos y en otra supuesta área funeraria en Alcubillas, localizada en las cercanías del paso de la Vía Heraklea.

En la provincia de Toledo, es muy reducida el área que podemos considerar ibérica, y de las necrópolis conocidas solo se considera ibérica en sentido estricto la de Palomar del Pintado en Villafranca de los Caballeros, situada en las estribaciones de los Montes de Toledo, con un prolongado uso que abarca del siglo VI-V a.C. hasta el siglo I a.C. (Pereira 1995).

Por tanto, parece existir una clara relación entre el mundo Carpetano y el Ibérico, constatada sobre todo a partir del siglo IV a.C. a través de muchos de los objetos de los ajuares de las tumbas de esta época, que son resultado de una larga tradición de contactos establecidos, al menos desde el segundo milenio (Blasco y Barrio 1992: 279-302).

10. CONCLUSIONES: LA NECRÓPOLIS DE POZO MORO Y LA CULTURA IBÉRICA

La necrópolis ibérica de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete) se localiza en un cruce de comunicaciones esencial que pone en contacto la Meseta y la Alta Andalucía a través de la Vía *Heraklea* y el Levante con la Meseta mediante la Vía *Carthago Nova - Complutum*, encontrándose además cercana a un pozo de especial importancia estratégica en este territorio. En la década de 1970 se realizaron en el yacimiento tres campañas de excavación, que unidas a una pequeña intervención de comprobación que tuvo lugar en octubre de 2000 (Alcalá-Zamora 2000a), sacaron a la luz en torno al 60% del total de la superficie estimada de la necrópolis.

El descubrimiento y análisis de Pozo Moro supuso un hito en el estudio del mundo funerario ibérico, al ofrecer una visión sobre el paisaje de las necrópolis ibéricas completamente novedoso hasta el momento (Almagro Gorbea 1983a, b y c). Quedaba pendiente la publicación de la necrópolis ibérica y tardorromana para completar el estudio de este conjunto funerario que nosotros hemos presentado.

La necrópolis de Pozo Moro supone el uso prácticamente ininterrumpido de un mismo espacio funerario a lo largo de 800 años y en momentos culturales diferentes, primero en el periodo orientalizante, que da origen al cementerio ibérico, para en época romana volver a utilizarse por unos personajes de un cierto estatus social, a juzgar por la riqueza de sus ajuares, que posiblemente vivieron en alguna *villa* cercana al cementerio. Por último, y tras un lapso de 250 años en que se abandona el yacimiento, surge la necrópolis de inhumación tardorromana que clausura definitivamente la utilización de este emplazamiento como lugar de enterramiento.

Se han establecido dos periodos de uso del espacio funerario, el primero corresponde al momento de inauguración y máxima expansión (500-250 a.C.) y el segundo supone el estancamiento (250-75 a.C.) y declive (75 a.C. 117 d.C) del cementerio coincidiendo con la crisis del siglo III a.C. en el mundo ibérico, consecuencia de la Segunda Guerra Púnica y la crisis social de Sertorio en la década del 70 a.C. respectivamente. Las cinco fases de utilización del yacimiento, corresponden a tres momentos crono-culturales diferentes, el orientalizante, el ibérico y el ibero-romano. El origen del cementerio lo constituye el monumento orientalizante fechado por su ajuar en torno al año 500 a.C. (Almagro Gorbea 1983b), alrededor del cual surge una necrópolis ibérica que en su fase II está constituida por grandes túmulos de piedra con una separación media de 1,5 metros que permite la circulación entre ellos y su contemplación en perspectiva. Se distribuyen en una franja longitudinal de unos 215 metros cuadrados, al Este del monumento, en la que la densidad de tumbas ronda las 0,05 sepulturas por metro cuadrado. La fase III fechada entre el 425 y el 300 a.C., coincidiendo con la fase Plena del mundo ibérico, representa el momento de mayor concentración de tumbas y máxima expansión espacial de la necrópolis. La fase IVa está marcada por la crisis del siglo III a.C. que deja su huella en el vertiginoso descenso en el número de enterramientos que se producen en el cementerio, así como en la drástica reducción en el espacio utilizado (20 m^2) que se concentra en el área central ocupada con anterioridad por el empedrado de guijarros del monumento. Todavía en la fase siguiente se produce algún enterramiento esporádico, hasta que se abandona durante algo más de 125 años, y ya, en época iberorromana, retoma el lugar su uso funerario produciéndose aproximadamente un enterramiento por generación. Esta periodización la confirma y refuerza la precisión de los resultados obtenidos en la matriz de secuencia tipológica (fig. 4.3).

En las primeras fases del iberismo el espacio funerario se reserva a muy pocos individuos, reflejo de una organización tribal que a nivel político se traduce en una jefatura que rige una comunidad más o menos homogénea y que marca su diferenciación con la cons-

trucción de sepulturas monumentales como ocurre en el Monumento de Pozo Moro e incluso en la fase II de la misma necrópolis. En la fase plena de la cultura ibérica (siglo IV a.C.) la sociedad se jerarquiza más, y se hace más compleja estableciéndose una aristocracia de carácter guerrero, con su red clientelar, que controla el excedente y los intercambios y que establece su dominio sobre el lenguaje simbólico mediante el acceso restringido y jerarquizado a las necrópolis, frente al resto de la población dependiente. Estas estructuras se manifiestan en las grandes necrópolis constituidas por centenares de tumbas como la de el Cigarralejo, La Albufereta, Cabecico del Tesoro, Baza o Cabezo Lucero, momento que queda ejemplificado en Pozo Moro en la Fase III, salvando las distancias del tamaño de la población considerada en uno y otro caso (Hernández 1996; Santos Velasco 1994b).

El yacimiento de Pozo Moro es de vital importancia para establecer la relación entre el mundo orientalizante y los orígenes de la cultura ibérica, quedando dicha relación expresamente manifestada en la utilización de un mismo espacio funerario. En el siglo V a.C. los grandes monumentos, cuyo máximo exponente es el turriforme de Pozo Moro, se estarían convirtiendo en edificaciones antiguas, quizá lugar de referencia de cada linaje familiar, quizá revestidos de un significado mítico, símbolo de unos orígenes. El hecho de que no vuelvan a construirse monumentos de esa envergadura se podría interpretar como un nuevo reparto del poder y del control económico por parte de un mayor número de linajes que, o bien ya no pueden permitirse costear esas estructuras arquitectónicas, o bien dedican sus recursos a nuevos tipos de edificaciones o al consumo de bienes más o menos suntuarios y de importación, que en última instancia reflejan la substitución de la concentración de poder y recursos de una monarquía de carácter sacro, a la descentralización en distintos polos de poder aristocrático (Hernández 1996; Almagro 1996). La aparición de nuevos tipos de estructura podría reflejar también una forma de apartarse del antiguo poder regio y substituirlo por los distintos focos de poder aristocrático (Hernández Gasch 1998).

En la necrópolis del Cerrillo Blanco de Porcuna se observa un fenómeno similar al de Setefilla o Pozo Moro, en el que la tumba principal correspondería a un matrimonio origen de un linaje que se entierran aparte del túmulo grande. En el siglo VII a.C. se produce ese doble enterramiento y en torno a él empieza a enterrarse el grupo clientelar, constituyendo una necrópolis con máximo apogeo en el siglo IV a.C. que surge en torno a una tumba central, al igual que sucede en Pozo Moro y Setefilla (Ruiz, en prensa). El monumento de Pozo Moro crea un espacio funerario individualizado, en torno al cual se entierran unas décadas más tarde los grupos clientelares en formación buscando la cercanía al origen del linaje. Algo similar se observa en la necrópolis de Toya, donde la monumentalización de la tumba principal se refleja en el interior de la sepultura y no en el exterior como es el caso de Pozo Moro o Porcuna (Cabré 1925).

Los grandes monumentos funerarios de finales del siglo VI y principios del V a.C., como el de Pozo Moro, se convierten desde principios del siglo V a.C. en edificaciones antiguas, quizá lugar de referencia de cada linaje, revestido de un significado mítico, símbolo de unos orígenes.

En Pozo Moro, a partir de finales del siglo V a.C., la imagen ya no está presente en las estructuras arquitectónicas monumentales de las tumbas, sino que ésta se refleja en una serie de elementos, que no son visibles externamente, ya que forman parte de los ajuares, como la cerámica de importación, los sellos, anillos o falcatas decoradas. Este es un fenómeno generalizado en todo el Sureste de la Península Ibérica, en el que se observa desde la primera mitad del siglo IV a.C. una disminución notable de la escultura funeraria y un aumento significativo de la imagen del poder trasmitida a través de la cerámica importada, las armas y la orfebrería. Se produce un trasvase de la manifestación de estatus de lo exterior a lo interior (Sánchez 2000: 183).

Las dimensiones de la necrópolis, 760 metros cuadrados y 143 tumbas aproximadamente, así como la ubicación de la misma, nos hacen pensar en que se trata de un cementerio rural perteneciente a un grupo familiar o comunidad que enterró a sus difuntos en un punto estratégico, quizá como forma de delimitar el control que ese grupo ejercía sobre el territorio y sus recursos.

Se han documentado seis tipos de estructura, desde la más sencilla en hoyo directamente sobre el suelo y que identificamos con las fases más tardías, aunque está presente desde la fase II, a las más complejas, como el programa arquitectónico del Monumento y los grandes túmulos de piedra de la fase II que implican un mayor esfuerzo de construcción así como de mano de obra y tiempo invertido en su realización.

La coincidencia en un 95% en la orientación NE-SW de las tumbas de la necrópolis de Pozo Moro, es un punto que llama poderosamente la atención, ya que no se repite con tal rotundidad en ninguna otra necrópolis ibérica publicada y evidencia concepciones rituales de base cosmológica que se mantienen con el paso del tiempo.

Para establecer la riqueza y jerarquización social de Pozo Moro, nos hemos basado en dos parámetros cuantificables, como son el ajuar y el tipo de estructura de la tumba, aunque somos conscientes de que existen muchos otros aspectos que pudieron ser esenciales para determinar la jerarquía de este grupo, pero que no hemos podido considerar por tratarse de elementos intangibles y difícilmente objetivables.

Se han utilizado 3 criterios contrastados de valoración de la riqueza en Pozo Moro: el número de objetos por tumba, el ponderado y el de la inversión

de horas de trabajo. La consideración del ajuar ofrece una curva descendente aunque poco homogénea, como consecuencia de la pobreza de la muestra analizada, con escasas distancias entre las tumbas más ricas y las más pobres y una riqueza media de 4,6 objetos por tumba, lo que representa una media algo baja en el conjunto de las necrópolis ibéricas del Sureste peninsular y muy alejada de las grandes necrópolis como El Cigarralejo, donde la tumba más rica de Pozo Moro ocuparía un lugar algo por encima de la media de objetos por sepultura, pero dentro del grupo de tumbas de riqueza media. Con el método de inversión de trabajo pretendemos utilizar un sistema mas objetivo que permita generalizar su uso y establecer comparaciones entre todos los conjuntos conocidos.

En Pozo Moro, al igual que en la mayoría de las necrópolis ibéricas, se observa una desproporción ritual de hombres con respecto a mujeres y niños, lo que demuestra que existía una jerarquía establecida en el acceso restringido al enterramiento. La baja mortalidad infantil que reflejan los análisis realizados por Reverte (Reverte 1985), implican que prácticamente la mitad de los niños que morían no eran enterrados en el cementerio, lo que se puede relacionar con los enterramientos documentados en los cimientos de algunas casas ibéricas (Gusi 1970 y 1992; Miquel-Feucht 2001, Moneo 2003). En Pozo Moro solo se enterraría la elite, lo que supone un porcentaje reducido de la población, aunque este sea muy difícil de calcular.

En el yacimiento de Pozo Moro nos encontramos ante el cementerio de un grupo gentilicio constituido por 8 o 9 adultos que mantienen entre sí relaciones clientelares, que controlan un pequeño poblado de carácter agrícola, considerado la unidad básica de un *oppidum* ubicado seguramente en Chinchilla y que se entierran en un mismo espacio simbólico bajo un ritual compartido y jerarquizado. Estamos ante élites guerreras gentilicias en relación con las corrientes ideológicas introducidas a partir del siglo V a.C. en el Sureste peninsular.

El poblamiento en la región de Albacete se articula en función de las características orográficas e hidrográficas del territorio, de tal forma que en un territorio de marcado carácter endorreico los asentamientos se ubican en función de la cercanía a los puntos de agua, ya sea lagunas, arroyos o pozos. Nuestra aportación al estudio del territorio ha sido la identificación del modelo de poblamiento rural ligado a pequeños caseríos o alquerías distribuidas en función de la proximidad a fuentes de aprovisionamiento de agua, básica para la subsistencia y, en segundo término, ubicados junto a vías de comunicación más o menos importantes y en zonas de alto rendimiento agrícola. Con ayuda de la información procedente de las excavaciones y prospecciones realizadas en la zona y con el apoyo de la toponimia local y la localización de los pozos o fuentes naturales como fuente de información fundamental para rastrear el sistema de ocupación del territorio, hemos establecido un mapa de distribución de asentamientos rurales entre las cuencas fluviales del Segura, el Júcar y el Guadiana, obteniendo un total de 175 yacimientos en 8.750 m^2. Si consideramos grupos gentilicios de 8-10 personas en un territorio de 8.750 Km2 y 175 necrópolis, calculando que cada poblado considerado sólo contara con un lugar de enterramiento, obtendríamos un total de entre 1400 y 1600 individuos de la elite que controlaba este territorio.

El paisaje en esta zona se articula en torno a un importante número de asentamientos rurales, controlados por individuos de rango aristocrático que dominan el tráfico comercial y que probablemente residen en los *oppida*.

Las 13 tumbas excavadas de la necrópolis de inhumación tardorromana de Pozo Moro se asientan a distintos niveles sobre los monumentos precedentes rompiendo los estratos más antiguos. Son enterramientos en hoyo, con o sin ataúd de madera y en ocasiones cubiertos de *tegulae*. El 84,6% de las tumbas tenían ajuar, aunque éste no supera nunca las 4 piezas y está exclusivamente compuesto por recipientes cerámicos vinculados probablemente al ritual de libación. La presencia de un cuenco de *terra sigillata* clara fechado entre finales del siglo IV y el 530 d.C. es el elemento de datación más firme para fechar el uso de este espacio entre los siglos IV y V d.C. En la organización espacial del cementerio se encuentran dos orientaciones predominantes, la NW-SE y la N-S, que posiblemente marcan la diferencia entre dos grupos de distinta jerarquía.

Dentro de la diversidad de manifestaciones funerarias de la Cultura Ibérica, se incluye la necrópolis de Pozo Moro en el marco de los enterramientos tumulares del Sureste de la Meseta. Cabe destacar la uniformidad tipológica de todos los cementerios conocidos en esta zona y su contacto físico y cultural con la Alta Andalucía a través de la Vía Heraklea.

Como conclusión final de todo lo expuesto anteriormente, la aportación mas relevante de la necrópolis de Pozo Moro al conocimiento de la Cultura Ibérica se puede resumir en los siguientes aspectos:

1. La importancia de la necrópolis de Pozo Moro, más que en la cantidad de tumbas y la calidad de los ajuares documentados, no muy destacada, reside en su valoración como necrópolis de un grupo gentilicio, que cabe considerar como la unidad básica de la sociedad ibérica y da la clave para una interpretación social e ideológica objetiva. El análisis realizado en el yacimiento nos ha permitido dilucidar la historia y evolución de ese grupo gentilicio a lo largo de 500 años, lo que demuestra el profundo arraigo y la continuidad de este sistema de organización social.

2. Pozo Moro es una de las pocas necrópolis ibéricas publicadas completas, bien conocida y prácticamente reconstruida en todos sus aspectos: dimensiones, ubicación, evolución, demografía, tipo de so-

ciedad representada, jerarquización social, relaciones comerciales y nexos culturales.

3. Aporta un sistema objetivo de valoración de la riqueza basado en la inversión de horas de trabajo necesarias para la realización de cada una de las sepulturas de la necrópolis de Pozo Moro, hasta ahora nunca aplicado de forma sistemática y que podrá ser utilizado para otros conjuntos permitiendo comparar resultados de una forma objetiva.

4. A partir del análisis exhaustivo de la necrópolis de Pozo Moro ha sido posible establecer el sistema de poblamiento a nivel micro en el estratégico territorio comprendido entre las cuencas fluviales del Río Segura, el Guadiana y el Júcar, basado en la necesidad de cercanía a los puntos de agua en una zona de carácter endorreico.

5. Destacar la importancia y la necesidad de que se estudiara la necrópolis ibérica y la tardorromana de Pozo Moro 20 años después de que saliera a la luz el estudio sobre el Monumento, completando así el conocimiento de este espacio cementerial y su relevancia para la Cultura Ibérica.

Con esta investigación hemos pretendido acercarnos a retazos de la vida de los personas que habitaron Pozo Moro en la Edad del Hierro, así como a su organización social y territorial, en el marco de un ámbito geográfico marcado por el carácter endorreico. Somos conscientes de las limitaciones que impone la información material disponible, pero pensamos que sólo de esta manera conseguiremos avanzar en la comprensión de las sociedades del pasado y en su recuperación para la sociedad actual, meta última de todo nuestro trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

Abad Casal, L. / Gutiérez Lloret, S. / Sanz Gamo, R. (1993): El proyecto de investigación arqueológica «Tolmo de Minateda» (Hellín): Nuevas perspectivas en el panorama arqueológico del sureste peninsular. En: Blánquez Pérez, J. /Sanz Gamo, R. /Musat Hervas, Mª.T. *Jornadas de Arqueologia Albacetense en la UAM*. Pp.: 147-176.

– (1995-97): La necrópolis y el área sacra ibéricos de «Las Agualejas» (Monforte del Cid, Alicante). *Lucentum* XIV-XVI: 7-18.

– (1998): El Tolmo de Minateda. Una historia de tres mil quinientos años. Patrimonio Histórico-Arqueología. Castilla la Mancha.

Abad Casal, L. / Sanz Gamo, R. (1995): La cerámica ibérica con decoración figurada de la provincia de Albacete. Iconografía y territorio. *Saguntum*, 29: 73-84.

Abad Casal, L. / Sala Sellés, F. (1992): Las necrópolis ibéricas del área de Levante. En: Blánquez y Antona (Eds.) *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis*. UAM. Pp.: 145-167.

– (1993): El poblado ibérico de El Oral (San Ful-gencio, Alicante). *STV*, 90.

– (2001): *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuera.* Real Academia de la Historia.

Abascal Palazón, J.M. / Sanz Gamo, R. (1993): Novedades de epigrafía romana en la provincia de Albacete. *Al-Basit*, 33: 13-36.

Abascal Palazón, J.M. / Almagro Gorbea, M. / Cebrián Fernández, R. (2002): Segobriga. Ciudad romana y Parque Arqueológico. *Revista de Arqueología*, 248: 36-43.

Abrams, E.M. / Bolland, T.W. (1999): Architectural energetics, ancient monuments, and operations management. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 6(4): 263-291.

Acsadi, G. / Nemeskeri, J. (1970): *History of Human Life Span and Mortality*. Akademai Kiado. Budapest.

Alcalá-Zamora Díaz-Berrio, L. (2000a): *La necrópolis ibérica de Pozo Moro: sus fases y cronología.* Memoria de Licenciatura. Universidad Complutense de Madrid.

– (2000b): El armamento de la necrópolis ibérica de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete). *AnPAUM*, 16: 17-32.

– (2002): La necrópolis ibérica de Pozo Moro: sus fases y cronología. *II Congreso de Historia de Albacete, vol. I Arqueología y Prehistoria.* Pp.: 199-202. I.E.A.

Alfaro Arregui, M. (1995): El poblado ibérico de El Amarejo (Bonete, Albacete). En:

Blánquez, J. (Ed.). *El mundo ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000.* Pp.: 231-36.

Almagro Basch, M. (1952): La invasión céltica en España. En: Menéndez Pidal, R. (Dir.). *Historia de España.* Vol.I, 2: 1-278. Madrid. Espasa Calpe.

– (1953): La necrópolis de Ampurias I. *Monografías Ampuritanas.* Barcelona.

– (1975): La necrópolis hispano-visigoda de Segó-briga. *EAE*, 84.

Almagro Gorbea, M. (1969): La necrópolis de Las Madrigueras, Carrascosa del Campo (Cuenca). *BPH*, X. Madrid.

– (1970): Hallazgos de época visigoda en Almodóvar del Pinar (Cuenca). *TP*, 27: 311-326.

– (1973): Pozo Moro: una nueva joya del arte ibérico. *Bellas Artes*, 73: 11-14.

– (1975): Pozo Moro y el origen del arte ibérico. *XIII Congreso Nacional de Arqueología*. Pp.: 671-686.

– (1976): Informe sobre las excavaciones de Pozo Moro. Chinchilla (Albacete). *NAH*, 5: 379-383.

– (1976-78): La iberización de las zonas orientales de la Meseta. *Ampurias*, 38-40: 93-123. Barcelona.

– (1978a): Pozo Moro y la formación de la Cultura Ibé-rica. *Saguntum*, 13: 227-250.

– (1978b): Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro. *TP*, 35: 251-278. Madrid.

– (1982): Recapitulación: Interpretación histórico-cultural. En M. Almagro-Gorbea (Ed.): *El Santuario de Juno en Gabii. Excavaciones 1956-1969.* Madrid-Roma . Pp.: 581-624.

– (1983a): El <<Paisaje>> de las necrópolis ibé-ricas y su interpretación sociocultural. *Estratto della Rivista Di Studi Liguri* Anno XLIV. N.º 1-4: 199-218.

– (1983b): Pozo Moro. El monumento Ori-entalizante, su contexto sociocultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica. *Madrider Mitteilungen*, 24: 177-294.

– (1983c): Pilares-estela ibéricos. *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch.* Tomo III: 7-20. Ministerio de Cultura.
– (1986): Aportación inicial a la paleodemografía ibérica. *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez.* Zaragoza. Pp.: 477-493.
– (1986): Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas prerromanas. En: Jordá, F. *et al.* (coord.). *Historia de España. Prehistoria.* Pp.: 341-532. Madrid. Gredos.
– (1986-87): Los Campos de Urnas en la Meseta. *Zephyrus*, 39-40: 31-47.
– (1988-89): El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales. *Zephyrus*, 41-42: 339-382.
– (1991): La necrópolis de Medellín. Influencia fenicia en los rituales funerarios tartésicos. I-IV *Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*. Ibiza. Pp.: 233-252.
– (1992): Las necrópolis ibéricas en su contexto Mediterráneo. En: Blánquez y Antona (Eds.) *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis*. UAM. Pp.: 37-75.
– (1996a): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico.* Dircursos. Real Academia de la Historia. Madrid.
– (1996b): Pozo Moro 25 años después. *REIb*, 2: 31-63.
– (1997): Lobo y ritos de iniciación en Iberia. *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura* (Roma 11-13 Noviembre, 1993). Coloquio Internacional. *Serie Varia*, 3. UAM. Pp.: 103-127.
– (1998): Pozo Moro. En: VV.AA., *Los Iberos. Príncipes de Occidente*. Catálogo de la Exposición. Barcelona.
– (2001): Los Íberos: Nuevas perspectivas sobre sus orígenes. En: Lorrio, A. (Ed.). *Los Íberos en la Comarca de Requena-Utiel (Valencia)*. Pp.: 32-47. Serie Arqueológica. Universidad de Alicante.
ALMAGRO GORBEA, M. / DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. (1988-1989): El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales. *Zephyrus*, 41-42: 339-382.
ALMAGRO GORBEA, M. / JIMÉNEZ, J.L. (1982): Metrología y modulación del templo de Juno Gabina en Italica. *Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma,* 16: 59-89.
ALMAGRO-GORBEA, M. / LORRIO, A. (1989): *Segóbriga III. La Muralla Norte y la Puerta Principal. Campañas 1986-1987*. Cuenca, 1989.
ALMAGRO GORBEA, M. / MONEO, T. (2000): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico. BAH*, 4. Madrid. RAH.
ALMAGRO GORBEA, M. / GRAN-AYMERICH, J. (1991): *El estanque monumental de Bibracte (Mont Beuvray, Borgoña). Memoria de las Excavaciones del Equipo Franco Español en el Mont Beuvray 1987-1988 (Complutum, Extra 1)*. Madrid, 1991.
ALMAGRO GORBEA, M. / OLMOS ROMERA, R. (1981): Observations sur l´assimilation de l´iconographie classique d´epoque prerromaine dans la Péninsule Iberique. En: Kahil, L. y Augé, C. *Mythologie greco-romaine. Mithologies Péripheriques*, 593: 57-62. Paris.
ALMAGRO GORBEA, M. / RUIZ ZAPATERO, G. (1992): Paleoetnología de la Península Ibérica. *Complutum* 2-3. Madrid.
ALMAGRO GORBEA, M.J. (1984): La necrópolis de Baria (Almería). Campañas 1975-78. *EAE*, 129. Madrid.
ALONSO LÓPEZ, J. / CERDÁN, R. / FILLOY NIEVA, I. (1999): *Nuevas técnicas metalúrgicas en armas de la II Edad del Hierro. Arqueometalurgía y conservación analítica en la necrópolis de La Hoya (Laguardia, Álava).* Diputación Foral de Álava.
ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.M. / ALMAGRO GORBEA, M. (1998): *Hispania, el legado de Roma.* Catálogo de la exposición en *La Lonja - Zaragoza.* Zaragoza.
ÁLVAREZ SANCHÍS, J. / RUIZ ZAPATERO, G. (2001): Cementerios y asentamientos: Bases para una demografía arqueológica de la Meseta en la Edad del Hierro. En : Berrocal, L. Y Gardes, P. (Eds.). *Entre Celtas e Íberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispanias.* BAH, 8: 61-75. RAH y Casa de Velásquez. Madrid.
AMANTE SÁNCHEZ, M. (1993): Lucernas romanas de la región de Murcia. Hispania Citerior. *Anejos de Antigüedad y Cristianismo* I. Universidad de Murcia.
AMITRANO BRUNO, R. (1984): Un replanteamiento de la restauración de algunas piezas de Barniz Negro de Hoya de Santa Ana, Albacete. En: *I Congreso de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2). Pp.: 317-326.
ANDREU MEDIERO, E. (1984): Recursos explotables de los diferentes ecosistemas de Castilla-La Mancha y el poblamiento durante la Edad del Bronce.
APARICIO PÉREZ, J. (1984): Tres monumentos ibéricos valencianos: La Bastida, Meca y El Corral de Saus. En: *VARIA* III, serie arqueológica n.º 10. «La cultura Ibérica». *Homenaje a Domingo Fletcher Valls*. Pp.: 145-205. Valencia.
ARANA, R. / PÉREZ SIRVENT, C. (1993): El trabajo del hierro en el poblado protohistórico de el Castellar de Librilla (Murcia). II. Estudio mineralógico. En: Arana Castillo, R. *et al.* (Eds.) *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la cuestión*. Universidad de Murcia.
ARANEGUI GASCÓ, C. (1994): El círculo del SE. y el comercio entre Íberos y Griegos. *Huelva Arqueológica* XIII, 1: 297-315.
– (1998): Los iberos a través de sus imágenes. En: *Los iberos, príncipes de Occidente.* Catálogo de la exposición (Barcelona 1998). Pp.: 175-187.
ARANEGUI, C. / JODIN, A. / LLOBREGAT, E. / ROUILLARD, P. / UROZ, J. (1993): *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante).* Collection de la Casa de Velázquez. Madrid-Alicante.
– (1996): Signos de rango en la sociedad ibérica. Distintivos de carácter civil o religioso. *REIb*, 2: 91-121.
ARASA, F. / IZQUIERDO, I. (1998): Estela antropomorfa con inscripción ibérica del Mas de Barberán (Nogueruelas, Teruel). *AEspA*, 71: 177-178.
ARBELLOT, G. / BERTIN, J. / CHAUNU, H y P. (1957): *Séville et l´Atlantique (1504-1650).* Première partie: statistiques. Tomo VII. Construction Graphique. S.E.V.P.E.N. Paris.
ARENAS ESTEBAN, J.A. / MARTÍNEZ NARANJO, J.P. (1999): La explotación de la sal durante la Edad del Hierro en el Sistema Ibérico. En: *IV Simposio sobre celtíberos. Economía*. Daroca 1997. Pp.: 209-212.
ARÉVALO GONZÁLEZ, A. (2003): La moneda hispánica del jinete ibérico: estado de la cuestión. En: Quesada y Zamora (Eds): *El caballo en la antigua iberia*. RAH. Pp.: 63-74.

ARGENTE OLIVER, J.L. (1974): Las fíbulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita. *TP* 31: 143-216.

ARRIBAS, A. / TRÍAS, Mª.G./ CERDÁ, D. / DE HOZ, J. (1987): *El barco de El Sec (Calvià, Mallorca). Estudio de los materiales.*

ASENSIO ESTEBAN, J.A. (1995a): La ciudad en el mundo prerromano en Aragón. *CaesarAugusta*, 70.

– (1995b): Arquitectura de tierra y madera en la protohistoria del Valle Medio del Ebro y su relación con la del Mediterráneo. *CaesarAugusta*, 71: 23-56.

ATLANTE, I. (1981): Atlante de la forme ceramiche I. Ceramiche fine romana nel bacino mediterráneo (medio e tardo imperio). En: Carandini, A. (coord.). *Enciclopedia dell'arte antica clásica e orientale*. Roma. Pp.: 105-107.

BÁDENAS, P. / OLMOS, R. (1988): La nomenclatura de los vasos griegos en castellano. Propuestas de uso y normalización. *AEspA*, 61: 61-79.

BAENA PREYSLER, J. / QUESADA SANZ, F. / BLASCO, C. (1995): An application of GIS to intra-site spatial análisis: the Iberian Iron Age cemetery at El Cigarralejo (Murcia, Spain). En: Huggett, J. / Ryan, N. (Eds.). *Computer Applications and Quantitative Methods in arqchaeology. BAR IS*, 600:137-146.

BAENA PREYSLER, J. / QUESADA SANZ, F. (1998): Aplicación de los sistemas de información geográfica (S.I.G). *BAEAA*, 38: 239-248.

BALLESTER TORMO, I. (1930): Avance al estudio de la necrópolis ibérica de Casa del Monte (Albacete). *Comunicación al IV Congreso Internacional de Arqueología*. Pp.: 27-48.

BALLESTER TORMO, I. (1945): Sobre prehistoria Albaidense. *APL*, 2: 327-334.

BARBERÁ, J. (1969-70): La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar (Excavación 1968-1969). *Ampurias*, 31-32: 169-189.

BARRIAL I JOVÉ, O. (1990): El ritual del sacrificio en el mundo ibérico catalán. *Zephyrus*, XLIII: 243-248.

BASCO Y PÉREZ, R. (1960): *La comarca del Ortegal en el II Milenio a.C. Navegaciones primitivas.* Tomo IV. La Coruña.

BEA Y CASTRO, D. (1999): La necrópolis de Can Canyís (Banyeres del Penedés, Baix Penedés, Tarragona). En: *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, vol. 3. Cartagena 1997. Pp.: 151-159.

BELASTE FRANCO, M.C. (1999-2000): Sobre el uso del barro en la protohistoria del Bajo Aragón: estudio de materiales conservados en el Museu d´arqueologia de Catalunya, Barcelona. *Kálathos*, 18-19: 65-93.

BELÉN, Mª. / ESCACENA, J.L. (1992): Las necrópolis ibéricas de Andalucía Occidental. En: Blánquez y Antona del Val (Eds.) *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis*. UAM. Pp.: 509-529.

BENDALA GALÁN, M. (1979): La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador. En: *La Baja Época de la Cultura Ibérica*. Pp.: 33-53.

– (1989): La génesis de la estructura urbana en la España antigua. *CuPAUAM*, 16: 127-147.

– (1996): El mundo ibérico en los albores del año 2000. *REIb*, 2: 15-29.

– (2000): *Tartesios, Iberos y Celtas. Pueblos, cul-turas y colonizadores de la Hispania antigua*. Madrid.

BIETTI SESTIERI, A.M. (1986): I dati archeologici di fronte alla teoria. *Dialoghi di Archeologia*, 2: 249-263.

– (1992): *The Iron Age community of Osteria dell'Ossa. A study of socio-political development in central Tyrrhenian Italy*. C.U.P.

BINFORD, L.R. (1971): Mortuary practices: Their study and their potential. En: Brown, J.A. (Ed.) *Approaches to the social dimensions of mortuary practices. Society for American Archaeology* Memoirs, 25: 6-29.

– (1972): Mortuary practices: treir study and their potencial. En: Binford, L.W. (Ed.): *An archaeological Perspective*. Seminar Press. N.York. Pp.: 208-243.

BINTLIFF, J. (1988): Extracting meaning from the past. Actas Conferencia de la Universidad de Bradford.

– (1994): Territorial behaviour and the natural history of the Greek polis. En: *Stuttgarter Kolloquium zur historischen geographie des altertums* 1990. Pp.:207-249, tafel XVIII-LXXIII.

– (1997): Recent developments in the history and archaeology of Central Greece: Proceedings of the 6th International Boetian Conference. *BAR IS*, 666.

BLANCO FREIJEIRO, A. (1959): La necrópolis ibérica de la Guardia, Jaén. *BIEG*, 108.

– (1987-1988): Las esculturas de Porcuna. *Boletín de la Real Academia de Historia* I, II y III: 205-445.

– (1993): El carnassier de Elche. *Homenaje a R. Ramos Folqués*. Elche. Pp.: 83-97.

BLANCO GARCÍA, J.F. (2003): Iconografía del caballo entre los pueblos prerromanos del centro-norte de Hispania. En: Quesada y Zamora (Eds): *El caballo en la antigua iberia*. RAH. Pp.: 75-123.

BLÁNZQUEZ PÉREZ, J. (1983): *I Jornadas de Arqueología de Albacete*. Catálogo de la exposición. Arqueología en Albacete 1977-1982.

– (1984a): Túmulos ibéricos, necrópolis de los Villares. *Revista de Arqueología*, 36: 36-45.

– (1984b): La necrópolis ibérica de «El Camino de la Cruz». (Hoya Gonzalo). *Al-Basit* 15: 93-107.

– (1984c): La segunda campaña de excavaciones en la necrópolis ibérica de los Villares, en Hoya Gonzalo, Albacete. Estado de la cuestión. En: I Congreso de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2). Pp.: 345-358.

– (1986-87): Notas acerca de una revisión de la necrópolis ibérica de la Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete). *CuPAUAM*., 13-14. Vol.II: 9-27.

– (1987): *La necrópolis ibérica de los Villares* (Hoya Gonzalo, Albacete). Diputación de Albacete.

– (1990a): *La formación del mundo ibérico en el sureste de la Meseta. Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete*. Instituto de Estudios Albacetenses-CSIC. Albacete.

– (1990b): El factor griego en la formación de las culturas prerromanas de la Submeseta Sur. *CuPAUM*, 17: 9-24.

– (1992): Las necrópolis ibéricas en el sureste de la Meseta. En: Blánquez y Antona (Eds.) *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis*. UAM. Pp.: 235-278.

– (1993a): La lectura iconográfica de las necrópolis ibéricas. *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Ministerio de Cultura. Pp.: 216-223.

– (1993b): El mundo funerario albacetense y el proble-

ma de la escultura iberica: la necrópolis de los Villares. En: Blánquez Pérez, J. / Sanz Gamo, R. Musat Hervas, Mª.T. *Jornadas de Arqueología Albacetense en la UAM.* Pp.: 111-128.
– (1993c): Primeras aportaciones arqueológicas sobre la cronología de la escultura ibérica. En: Mangas, J. / Alvar, J. (Eds.). *Homenaje a José Mª Blázquez.* Vol.II. Ediciones Clásicas. Madrid. Pp.: 85-108.
– (1993d): El poblado ibérico de La Quéjola. *Pátina,* 6: 99-107.
– (1994a): Férnandez Jurado, J. / Rufete Tomico, P. / García Sanz, C. (Eds.): Mundo funerario ibérico en la Alta Andalucía. *Huelva Arqueológica,* XIV. La Andalucía ibero-turdetana (s.VI-IV a.C.). Actas de las Jornadas en el Foro Iberoamericano de la Rábida (Palos de la Frontera). 16-18 Marzo, 1994. Pp.: 207-243.
– (1994b): La necrópolis tumular ibérica de el Salobral (Albacete). *Verdolay,* 6: 199-208.
– (1994c): El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta. *Huelva Arqueológica* XIII, 1: 320-345.
– (1995a): La muerte y los rituales funerarios en el mundo ibérico. En: Blánquez, J. (Ed.). *El mundo ibérico. Una nueva visión en los albores del año 2.000.* Toledo. Pp.: 67-77.
– (1995b): La necrópolis ibérica de El Salobral (Albacete). En: Blánquez, J. (Ed.). *El mundo ibérico. Una nueva visión en los albores del año 2.000.* Toledo. Pp.: 258-266.
– (1995c): El mundo funerario en la cultura ibérica. En: Fábregas, R. (Ed.) *Arqueoloxia da Morte na Peninsula Iberica desde al orixes ata o Medievo.* Biblioteca Arqueohistoria, 3: 249-276. Xinzo de Limia.
– (1996a): El vino en los rituales funerarios ibéricos. *Congreso sobre el vino en la antigüedad.* Jérez de la Frontera. Pp.: 216-241.
– (1996b): Lugares de culto en el mundo ibérico. Nuevas propuestas interpretativas de espacios singulares en el sureste meseteño. *REIb,* 2: 147-172.
– (1997): Caballeros y aristócratas del s.V a.C. en el mundo ibérico. En: *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura* (Roma 11-13 Noviembre, 1993). Coloquio Internacional. *Serie Varia,* 3. UAM. Pp.: 211-234.
– (1999): La cultura ibérica a través de la imagen de la fotografía de finales de siglo. Un homenaje a la memoria. Madrid. Pp.: 221-231.
BLÁNQUEZ PÉREZ, J. / ANTONA DEL VAL, V. (1992): *Congreso de Arqueología ibérica: Las necrópolis.* Universidad Autónoma de Madrid. Varia 1.
BLÁNQUEZ PÉREZ, J. / OLMOS ROMERA (1993): El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete. El timiaterio de la Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico. En: Blánquez Pérez, J. / Sanz Gamo, R. Musat Hervas, Mª.T. *Jornadas de Arqueologia Albacetense en la UAM.* Pp.: 85-108.
BLÁNQUEZ, J. / ROLDÁN, L. (1994): Nuevas consideraciones en torno a la historiografía y tecnología de la escultura ibérica en piedra. *REIb,* 1: 61-84.
BLASCO BOSQUED, Mª.C./ BARRIO MARTÍN, J. (1992): Las necrópolis de la Carpetania. En: Blánquez y Antona del Val (Eds.) *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis.* UAM. Pp.: 279-312.
BLÁZQUEZ, J.M. (1959): Caballo y ultratumba en la Península Hispánica. *Ampurias,* 20: 281-302.
– (1975): Castulo I. *Acta Arqueológica Hispánica,* 8. Madrid.
– (1979a): El mundo ibérico en los siglos in-mediatos al cambio de era. En *La Baja Época de la Cultura Ibérica.* Pp.: 51-71.
– (1979b): Castulo II. *Excavaciones Arqueológicas en España* 105. Madrid.
– (1983): *Primitivas religiones ibéricas,* II (Religiones prerromanas). Ediciones Cristiandad Huesca. Pp.: 175-210.
– (1986): El influjo de la cultura semítica (fenicios y cartagineses) en la formación de la cultura ibérica. *Aula orientalis,* 4: 163-178.
BLÁZQUEZ, J.M. / GARCÍA GELABERT, M.P. (1987): La necrópolis de «El Estacar de Robarinas», Castulo: Tipología de los enterramientos. *APL,* XVII: 177-188.
– Las necrópolis oretanas de Castulo. Paralelos con las necrópolis ibéricas del Sureste. En: *Congreso de Arqueología ibérica: Las necrópolis.* Universidad Autónoma de Madrid. Varia 1. Pp.: 455-472.
BLÁZQUEZ, J.M. / GONZÁLEZ NAVARRETE, J. (1985): The Phokaian Sculpture of Obulco in southern Spain. *American Journal of Archaeology,* 89: 61-69.
BLECH, M. (1997): Los inicios de la iconografía de la escultura ibérica en piedra: Pozo Moro. En: Olmos Romera, R. / Santos Velasco, J.A. (eds.) *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura* (Roma 11-13 Noviembre, 1993). Coloquio Internacional. *Serie Varia,* 3. UAM. Pp.: 193-210.
BONET ROSADO, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edeta y su territorio.* SIP. Valencia.
BONET ROSADO, H. / MATA PARREÑO, C. (1997): La cerámica ibérica del siglo V a.C. en la Edetania. *Recerques del Museu d'Alcoi,* 6: 31-47.
– (2001): Organización del territorio y poblamiento en el país Valenciano entre los siglos VII al II a.C. En : Berrocal, L. Y Gardes, P. (Eds.). *Entre Celtas e Íberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispanias.* BAH, 8: 175-186. RAH y Casa de Velásquez. Madrid.
BRAUDEL, F. (1953): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II.* Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires.
BRONCANO, S. (1984): El poblado ibérico de «El Amarejo» (Bonete, Albacete). *Al-Basit,* 15: 75-91. Albacete.
– (1986): El Castellar de Meca. Ayora (Valencia). EAE, 147. Madrid.
– (1989): El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete). *EAE,* 156.
BRONCANO, S. / BLÁNQUEZ, J. (1985): El Amarejo (Bonete, Albacete). *EAE,* 139.
BRONCANO, S. / MARTÍN, A. / NEGRETE, M.A. / MARTÍN, A. (1981): Avance de las excavaciones de urgencia realizadas en «El Tesorico», Agramón-Hellín (Albacete). *Al-Basit,* 10: 159-177.
BRONCANO, S. / MARTÍN, A. / NEGRETE, M.A. / PUCH, E. (1985): La necrópolis ibérica de «El Tesorico» (Agramón-Hellín, Albacete). *N AH,* 20: 40-175.
BROTONS, F. / MÉNDEZ, R. / GARCÍA, C. / RUIZ, E. (1988): El tramo viario de Montealegre a Fuente la Higuera.

En: Gonzalez Blanco, A. (Ed.): *Vías romanas del sureste*. Pp.: 75-80.

BROWN, J. (1995): On mortuary analysis- with special reference to the saxe- Binford research program. En Beck, L.A. (Ed.) *Regional approaches on mortuary analysis*. Pp.: 3-25.

BRÜCK, J. (1999): Ritual and rationality: some problems of interpretation in european archaeology. *European Journal of Archaeology*, 2(3): 313-340.

BURILLO, F. (1982): La jerarquización del habitat de época ibérica en el valle medio del Ebro. Una aplicación de los modelos locacionales. *IV Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*. Zaragoza. Pp.: 215-228.

BURMEISTER, S. (2000): Archaeology and Migration. *Current Anthropology*, 41(4): 539-567.

CABALLERO ZOREDA, L. (1974): *La necrópolis tardorromana de Fuentespreadas. Un asenta-miento en el Valle del Duero. EAE*, 80.

CABRÉ, J. (1925): Arquitectura Hispánica. El sepulcro de Toya. *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 1: 73-101.

CABRERA, P. / SÁNCHEZ, C. (1991): Importaciones griegas en el Sur de la Meseta. *Huelva Arqueológica*, XIII,1: 356-375.

– (1994): Comercio internacional Mediterráneo en el siglo VIII a.C. *AEspA.*, 67: 15-30.

– (2000): El comercio griego con el mundo ibérico durante la época clásica. En: Cabrera, P. y Sánchez, C. (Eds.). *Los Griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Catálogo de la exposición del MAN. Pp.: 133-146.

CABRERA, P. (1998): Greek trade in Iberia: the extent of interaction. *Oxford Journal of Archaeology*, 17(2): 191-206.

– (2000): El comercio Jonio arcaico en la Península Ibérica. *Ceràmiques jonies d'época arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental*. Actas de la Tabla redonda celebrada en Ampurias los días 26-28 Mayo de 1999. *Monografías Emporitanas*, 11: 165-175.

CALVO-GÁLVEZ, M. (2000): *Los enterramientos infantiles: análisis osteoarqueológico*. Curso de Antropología y Arqueología forense, Facultad de Medicina, Valencia.

CARMONA BERENGUER, S. (1991): Estudio tipológico de la cerámica funeraria de la necrópolis de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba). *AAC*, 2: 371-393.

– (1997): Las necrópolis Tardorromanas y de época Visigoda en Andalucía en el ámbito rural. *Congreso Internacional La Hispania de Teodosio*. Vol.2. Pp.: 425-34.

CARPENTER, R. (1925): *The Greeks in Spain*. Londres.

CARRASCO SERRANO, G. (1988): Comunicaciones romanas de la provincia de Albacete en los itinerarios de época clásica. *Al-Basit*, 23: 35-42.

– (2000): Vías romanas y mansiones en el territorio provincial de Albacete. *Actas del IV Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, I: 91-102. Guadalajara 1998.

CASADO MORAGÓN, Mª. F. (1982): Aproximación a la hidrología de Albacete. En: Actas del *II Seminario de Geografía*. Albacete. Pp.: 85-100.

CASTELO RUANO, R. (1990): Nueva aportación al paisaje de las necrópolis ibéricas. Paramentos con nicho ornamental y posibles altares en la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia). *CuPAUAM*, 17: 35-43.

– (1994): Documentación y hemerografía del Monumento de Pozo Moro, Chinchilla (Albacete). *BAEAA*, 34: 86-103.

– (1995): Técnicas y materiales constructivos en el mundo ibérico. En: Blánquez, J. (Ed.): *El mundo ibérico en los albores del año 2000*. Pp.: 132-144.

– (1998): La arquitectura funeraria ibérica. *BAEAA*, 38: 123-159.

CASTELLANO CASTILLO, J. (2000): La *terra sigillata subgálica* del área del anfiteatro romano de *Carthago Nova*. *Saguntum*, 32: 151-167.

– (2001): Una espada de frontón procedente del yacimiento ibérico de «El Gatillo» (Enguera, Valencia). *Saguntum*, 33: 141-146.

CASTRO CUREL, Z. (1980): Fusayolas ibéricas, antecedentes y empleo. *Cypsela*, III: 127-146. Diputació de Girona.

CELESTINO, S. / JIMÉNEZ, J. (1993): *El palacio -santuario de Cancho Roano IV. El sector Norte*. Badajoz.

CELESTINO PÉREZ, S. (1996): *El palacio-santuario de Cancho Roano, V, VI y VII. Los sectores Oeste, Sur y Este*. Museo de Badajoz, 3.

CELESTINO, S. (2001): Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico. Pp.: 17-56.

CERDEÑO, Mª.L. / SANMARTÍ, E. / GARCÍA HUERTA, R. (1999): Las relaciones comerciales de los celtíberos. En: Burillo, F. (coord.) *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía*. Daroca 1997.

CICERÓN: *Sobre las leyes*. Traducción de Fco de P. Samaranch. Ed: Aguilar.

CISNEROS FRAILE, F. (1984): El más allá en el mundo ibérico. Las necrópolis: ciudades de los muertos. En: *VARIA* III, serie arqueológica n.º 10. «La cultura Ibérica». *Homenaje a Domingo Fletcher Valls*. Pp.: 115-143. Valencia.

– (1992): Fíbulas anulares de la Casa del Monte (Valdeganga, Albacete). En: *Homenaje a Pla Ballester. Estudios de Arqueología ibérica y romana*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie Trabajos Varios 89. Pp.: 199-214.

COLL CONESA, J. (1987): El horno ibérico de Alcalá del Júcar, Albacete. *Revista de Arqueología*, 80: 16-24.

CONDE BERDÓS, M.J. (1990): Los Kalathoi «sombrero de copa» de la necrópolis del Cabecico del Tesoro de Verdolay (Murcia). *Verdolay*, 2: 149-160.

– (1998): Estado actual de la investigación sobre la cerámica ibérica de época plena y tardía. *REIb*, 3: 299-335.

CONTRERAS, R. / CARRIÓN, F. / JABALOY, E. (1983): Un horno de alfarero protohistórico en el Cerro de los Infantes (Pinospuente, Granada). En: XVI CNA. Zaragoza. Pp.: 533-537.

CORCHADO SORIANO, M. (1969): Estudio sobre vías romanas entre el Tajo y el Guadalquivir. *AespA*, 42: 124-158.

CORTELL, E. / JUAN, J. / LLOBREGAT, E. / REIG, C. / SALA, F. / SEGURA, J.M. (1992): La necrópolis ibérica de la Serreta: resumen de la campaña de 1987. En: *Homenaje a Pla Ballester. Estudios de Arqueología ibérica y romana*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie Trabajos Varios 89. Pp.: 83-119.

CRIELLARD, J.P. (1998): Cult and death in early 7th century Euboea. The aristocracy and the polis. En: Marchegay, S. / Le Dinahet, M. / Salles,J.F. (eds). *Nécropoles et pouvoir. Idéologies, pratiques et interpretations. Actes du colloque Théories de la necropole antique, Lyon 21-25 janvier 1995. Travaux de la Maison de l'Orient Méditerranéan*, 27: 43-58.

CRUBÉZY, E. (1998): Du monde des morts au monde des vivants. Au fait, qu'etudions nous?. En: Guilaine, J. y Vaquer, J. (Eds). *Tombes, Nécropoles , Rites funéraires préhistoriques et historiques*. Séminaires du Centre d'Anthropologie. Toulouse. Pp.: 7-12.

CRUZ PÉREZ, M.L. (1987): Necrópolis Ibérica de Los Nietos, Cartagena. Campañas de excavaciones de 1984 y 1985. *Excavaciones y prospecciones arqueológicas en la región de Murcia*, 1 (Memorias de Arqueología). Murcia. Pp.: 183-255.

– (1990): Necrópolis ibérica de Los Nietos (Cartagena, Murcia). *EAE*, 158. Madrid.

CUADRADO DÍAZ, E. (1955): Excavaciones en el Cigarralejo (Mula, Murcia). Campañas 1948 a 50. *NAH*, I-III: 80-101.

– (1957): La fíbula anular hispánica y sus pro-blemas. *Zephyrus*, 8: 6-76. Salamanca.

– (1958): Cerámica griega de figuras rojas en la necrópolis del «Cigarralejo». *AEsp.A*,.31: 98-125.

– (1963a): Cerámica ática de barniz negro de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia). *APL*, X: 97-164.

– (1963b): Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica. *Trabajos del Seminario de Historia Primitiva del hombre*. CSIC. Madrid.

– (1966): La cerámica occidental de barniz rojo y su ámbito geográfico. *VI Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*. Roma 1962. Pp.: 36-46.

– (1969): Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartessico. En: *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Universidad de Barcelona. Pp.: 257-290.

– (1972): Tipología de la cerámica ibérica fina de «El Cigarralejo». Mula (Murcia). *TP*, 29: 125-187.

– (1978a): Cerámica Campaniense de El Cigarralejo. *BAEAA*, 9: 23-30.

– (1978b): Cerámica Campaniense del taller de las «pequeñas estampillas» en Cigarralejo (Mula, Murcia). *BAEAA*, 6: 31-32.

– (1981): Las necrópolis peninsulares en la Baja Época de la cultura ibérica. En: *La Baja Época de la Cultura Ibérica*. Pp.: 51-69.

– (1984a): El Cigarralejo: relaciones con la Meseta. *Al-Basit*, 15: 127-141

– (1984b): Restos monumentales funerarios de El Cigarralejo. *TP*, 41: 251-290.

– (1987): La necrópolis ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia). *BPH*, XXIII.

– (1989): *La panoplia ibérica de «El Cigarralejo»* (Mula, Murcia). Colección Documentos Serie Arqueología, 3. Murcia.

– (1989-90): La cremación funeraria de los iberos. *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 5-6: 111-113. Universidad de Murcia.

– (1991a): Excavaciones arqueológicas en la necrópolis de El Cigarralejo. Campaña de 1985. *Memorias de Arqueología*, 2: 191-197. Murcia.

– (1991b): Excavaciones arqueológicas en El Cigarralejo. Campaña de 1986. *Memorias de Arqueología*, 2: 199-202. Murcia.

– (1991c): La cerámica ibero-céltica de barniz rojo. *TP*, 48: 349-356.

– (1993): Las necrópolis ibéricas. *Homenaje a Alejandro Ramos Folqués*. Ciclo de conferencias. Elche 1985. Pp.: 16-30.

CUADRADO, E. / QUESADA, F. (1989): La cerámica ibérica fina de «El Cigarralejo» (Murcia). Estudio de cronología. *Verdolay*, 1: 49-115.

CUNCHILLOS, J.M. / GALÁN, J. / A. ZAMORA, S. / VILLANUEVA DE AZCONA, S. (eds.) (1998): Actas del Congreso: «El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente», *Sapanu. Publicaciones en Internet II* (http://www. Labherm.Filol.csic.es).

CUOZZO, M. (1996): Prospettive e metodologiche nell'interpretazione delle necropoli: la *Post-Processual Archaeology. Annali di Archaeologia e Storia Antica*. Nuova Serie, 3: 1-37. Nápoles.

– (1998): Ideologia funeraria e competizione tra gruppi elitari nelle necropoli di Pontecagnano (Salerno), durante il periodo orientalizzante. En: *Marchegay, S. / Le Dinahet, M. / Salles,J.F. (eds.). Nécropoles et pouvoir. Idéologies, pratiques et interpretations. Actes du colloque Théories de la necropole antique, Lyon 21-25 janvier 1995*. Pp.: 109-113.

CURA MORENA, M. / FERRÁN, A.M. (1976): Las fíbulas del interior de Cataluña. *Cypsela*, 1: 122 y ss. Gerona.

CHAPA BRUNET, T. (1979): La caja funeraria de Villargordo (Jaén). *TP*, 36: 445-458.

– (1980): Nuevas excavaciones en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). *Al-Basit*, 7: 81-111.

– (1985): *La escultura ibérica zoomorfa*. Madrid.

– (1991): La Arqueología de la Muerte: planteamientos, problemas y resultados. *Seminario: Arqueología de la muerte: Metodología y perspectivas actuales*. Diputación provincial de Córdoba. Pp.: 13-38.

– (1995): El *ustrinum* 11/126 de la necrópolis ibérica de Castellones de Céal (Hinojares, Jaén). Estudio de sus materiales metálicos. *Verdolay*, 7: 209-218.

– (1997): La escultura ibérica como elemento delimitador del territorio. En: Olmos Romera, R. / Santos Velasco, J.A. (eds.) *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura* (Roma 11-13 Noviembre, 1993). Coloquio Internacional. *Serie Varia*, 3. UAM. Pp.: 235-247.

– (1998a): Recensión de: Quesada Sanz, F. (1997): El armamento ibérico. Monographies instrumentum 3/1 y 2. *TP*, 55 (2): 187-189.

– (1998b): Los Iberos y su espacio funerario. En: *Los Iberos. Príncipes de Occidente*. Catálogo de la exposición . Barcelona.

CHAPA BRUNET, T. / PEREIRA SIESO, J. (1991a): El oro como elemento de prestigio social en época ibérica. *AEspA*, 64: 23-35.

– (1991b): La necrópolis de Castellones (Hinojares, Jaén). *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Pp.: 431-454.

CHAPA, T. / PEREIRA, J. / MADRIGAL, A. / MAYORAL, V.

(1998): *La necrópolis ibérica de los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén).* Arqueología colección. Junta de Andalucía.

CHAPA BRUNET, T. / BELÉN DEAMOS, Mª. (1997): *La edad del Hierro.* Síntesis, 11.

CHAPMAN, R. / KINNES, I. / RANDSBORG, K. (1981): *The archaeology of death.* New directions in archaeology. Cambridge University Press.

CHRISTMANN-FRANCK, L. (1971): Le rituel des funérailles royales hittites. *Revue Hittite et Asianique*, XXIX: 61-111.

D'AGOSTINO, B. (1985): Società dei vivi, comunita dei morti: un raporto difficile. *Dial.Arch*, 1.3, IIIs: 47-58.

DASZEWSKI, W. (1998): La nécropole de Marina El-Alamein. En: Marchegay, S. / Le Dinahet, M. / Salles, J.F. (eds.). *Nécropoles et pouvoir. Idéologies, pratiques et interpretations. Actes du colloque Théories de la necropole antique, Lyon 21-25 janvier 1995. Travaux de la Maison de l'Orient Méditerranéan,* 27: 229-239.

DAUDÉN SALA, C. (1971): Recientes hallazgos ibéricos en Pozo Moro. *Minutos Menarini*, 40: 3-12.

– (1972): Excavaciones arqueológicas en Pozo Moro. *Minutos Menarini*, 50: 3-9.

– (1978): El descubrimiento de la necrópolis ibéri- ca de Pozo Moro. *BAEAA*, 10, 2.º Semestre: 31-36.

– (1994): 24 años después del descubrimiento de Pozo Moro. *Asemeya*, vol.II (7): 26-30.

DAVID, N. / STERNER, J. / GAVUA, K. (1988): Why pots are decorated. *Current Anthropology*, 29(3): 365-389.

DEL AMO, M.D. (1979): *Estudio crítico de la necrópolis paleocristiana de Tarragona.* Instituto de Estudios Tarraconenses Ramón Berenguer IV.

DÍAZ-ANDREU, M. (1998): Ethnicity and iberians: The archaeological crossroads between perception and material culture. *Journal of European Archaeology*, 2(1).

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1984): Algunas observaciones en torno al comercio continental griego en la Meseta Meridional. En: *I Congreso de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2). Pp.: 327-334.

– (2000): Los mecanismos del *emporion* en la práctica comercial de los foceos y otros griegos del este. *Ceràmiques jonies d'época arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental. Actas de la Tabla redonda celebrada en Ampurias los días 26-28 Mayo de 1999. Monografías Emporitanas*, 11: 27-45.

ESCACENA, J.L. (1989): Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida. En: Aubet, M.E. (coord.). *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir.* Pp.: 433-476.

ESCRIVÁ GONZÁLEZ, C. / SÁNCHEZ GONZÁLEZ, L. (1996): Avance prelimilar de las prospecciones arqueológicas en los términos municipales de Carcelén y Alatoz durante 1995. *Al-Basit*, 39: 75-98.

ESCUDERO NAVARRO, Z. (1999): Consideraciones sobre la alfarería vaccea. La producción de cerámica a torno. En: Burillo, F. (coord.). *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía.* Daroca 1997. Pp.: 241-257.

ESPEJO MURIEL, C. (1997): Nuevas aportaciones al ritual funerario griego. En: Morfakidid, M. / Alganza Roldán, M. (Eds): *La religión en el mundo griego. De la antigüedad a la Grecia Moderna.* Athos-Pérgamo. Universidad de Granada. Pp.: 37-43.

FALSONE, G. (1981): *Struttura e origine orientale dei forni da vasaio di Mozia.* Palermo.

FATAS CABEZA, G. (1967): La colección de pesas de telar del Museo Arqueológico de Zaragoza. *Caesaraugusta*, 29-30: 203-208.

FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A. (1953): Excavaciones en El Llano de la Consolación (1891-1946). *APL*, 4: 195-209.

– (1964): Excavaciones en el Cerro de los Santos en 1962. *NAH*, VI, Cuadernos 1-3. Madrid.

FERNÁNDEZ CHICARRO, C. (1955a): Prospección arqueológica en los términos de Hinojares y la Guardia. *BIEG*, II(6): 89-99.

– (1955b): Noticiario Arqueológico de Andalucía. *AespA*, XXVIII: 322-341.

FERNÁNDEZ, J. / GRANADOS, J. (1980): Cerámicas de imitación áticas del Museo Arqueológico de Ibiza. *TMAI*, 2. Ibiza.

FERNÁNDEZ, F. / CHASCO, R. / OLIVA, D. (1979): Excavaciones en el Cerro Macareno. La Rinconada. Sevilla (Cortes e-f-g. Campaña 1974). *NAH*, 7. Madrid.

FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, A. (1996): *Geomorfología del cañon del Río Júcar en la comarca de la Manchuela.* Tesis Doctoral de la UCM.

FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): Tejada la Vieja: Una ciudad protohistórica. *Huelva Arqueológica*, 9. Huelva.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. (1984): Estado actual de la investigación de la cerámica de barniz rojo en Castilla-La Mancha. En: *I Congreso de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2). Pp.: 309-315.

– (1987): La cerámica de barniz rojo en la Meseta: Problemas y perspectivas. *A.Esp.A*, 60: 3-42.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. / FONSECA FERRANDIS, R. (1985): Materiales ibéricos de la Motilla de los Palacios (Ciudad Real). *Oretum*, I: 257-275.

FERRER, M. (1982): Necrópolis del Coll del Moro, Gandesa. *Excavaciones Arqueològiques a Catalunya*, 1: 234-37. Barcelona.

FIGUERAS PACHECO, F. (1934): Excavaciones en la isla de Campello. *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 132. Madrid.

– (1956): *La necrópolis ibero-púnica de la Albufereta de Alicante.* Estudios Ibéricos, 4. Valencia.

FINLEY, M.I. (1986): *La economía de la antigüedad.* México.

FLETCHER VALLS, D. (1965): *La necrópolis de la Solivella* (Alcalá de Chivert). Serie Trabajos Varios del SIP, 32. Valencia.

– (1975): La Bastida de les Alcuses. *Gran Enciclopedia de la región Valenciana*, Tomo II. Valencia.

FLETCHER VALLS, D. (1977): *La necrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia).* SIP. Valencia.

FLETCHER, D. / PLA, E. / ALCÁCER, J. (1965-69): *La Bastida de les Alcuses* (Mogente, Valencia). I y II. Trabajos varios del SIP, 24 y 25. Valencia.

FLETCHER, D. / PLA, E. (1977): Cincuenta años de actividades del S.I.P (1927-1977). *Trabajos Varios del S.I.P*, 57: 171-175.

FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1989): *La necrópolis tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca) y el problema de las denominadas «necrópolis del Duero».* Diputación Provincial de Cuenca.

GAMO PARRA, B. (1998): *La antigüedad tardía en la provincia de Albacete*. IEA, 107.

GARCÍA BELLIDO, Mª P. (1999): Sistemas metrológicos, monedas y desarrollo económico. En: *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía*. Burillo, F. (coord.). Daroca 1997. Pp. 363-385.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1980): *Arte ibérico en España*. Madrid

GARCÍA CANO, J.M. (1982): *Cerámicas griegas de la región de Murcia*. Biblioteca Básica Murciana 6. Murcia.

– (1990): Notas sobre la necrópolis ibérica de Los Nietos. *Verdolay*, 2: 161-171.

– (1991a): Informe sobre la V Campaña de excavaciones en la necrópolis ibérica de «El Poblado» de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla). *Memorias de Arqueología*, 2: 149-163. Murcia.

– (1991b): Informe preliminar de la VI Campaña de excavaciones arqueológicas realizada en la necrópolis de «El Poblado» de Coimbra del Barranco Ancho. (Jumilla). *Memorias de Arqueología*, 2: 165-168. Murcia.

– (1992): Las necrópolis ibéricas en Murcia. En: Blánquez y Antona del Val (Eds.). *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis*. UAM. Pp.: 313-347.

– (1994): Las necrópolis ibéricas en Murcia. Un ejemplo paradigmático: Coimbra del Barranco Ancho. Estudio Analítico. Universidad de Murcia.

– (1996a): Informe de la segunda campaña de excavaciones en la necrópolis ibérica de Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia). *Memorias de Arqueología*, 5: 105-113. Murcia.

– (1996b): Los kalathoi de cuello estrangulado de las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). *AAC*, 7: 33-44.

– (1997a): Tercera campaña de excavaciones en la necrópolis ibérica de Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia). *Memorias de Arqueología*, 6: 109-114. Murcia.

– (1997b): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*. Universidad de Murcia.

– (1997c): Un aspecto poco tratado en las ne-crópolis ibéricas. La perduración de objetos en los ajuares: el caso de Murcia. En: *Primeras Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla- La Mancha*. Pp.: 169-179.

– (1998): La cerámica ática. *BAEAA*, 38: 161-174.

– (1999): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). II. Análisis de los enterramientos, catálogo de materiales y apéndice antropológico y paleobotánico*. Universidad de Murcia.

GARCÍA CANO, J.M. / PAGE DEL POZO, V. (1990): La necrópolis ibérica de Archena. Revisión de los materiales y nuevos hallazgos. *Verdolay*, 2: 109-147.

– (1991): Panorama actual de las cerámicas griegas en Murcia (1982-1991). En: Mesa redonda sobre Griegos e Iberos en los siglos VI-IV a.C. Ampurias 1991. *Huelva Arqueológica*, XIII, 1: 219-239.

– (1994): Panorama actual de las cerámicas griegas en Murcia (1982-1991). *Huelva Arqueológica*, XIII, 1: 219-239.

– (2001): El armamento de la necrópolis de Castillejo de los Baños. Una aproximación a la panoplia ibérica de Fortuna (Murcia). *Gladius*, XXI: 57-136.

GARCÍA GANDÍA, J. M. (2002): Joyas, amuletos y armas. La necrópolis orientalizante de Les Casetes. *Revista de Arqueología*, 249: 36-47.

GARCÍA GELABERT PÉREZ, Mª Paz (1988): *La necrópolis del Estacar de Robarinas, Jaén: ritos y creencias*. Tesis Doctoral de la U.C.M.

– (1990): La religión ibérica a través de las necrópolis. *Zephyrus*, XLIII: 259-266.

– (1993): Estudio del armamento prerromano peninsular a través de la escultura y del relieve. En: Mangas, J. / Alvar, J. (Eds.). *Homenaje a José Mª Blázquez*. Vol.II. Ediciones Clásicas. Madrid. Pp.: 201-226.

GARCÍA GELABERT, Mª P. / BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1992): Las necrópolis oretanas de Cástulo. Paralelos con las necrópolis ibéricas del Sureste. En: Blánquez y Antona del Val (eds.) *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis*. UAM. Pp.: 455-472.

GARCÍA HUERTA, R. / MORALES HERVÁS, F.J. (1999): La cerámica griega en la meseta sudoccidental. En: *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo II. Primer milenio y Metodología*. Fundación Reí Afonso Henriques. Universidad de Alcalá de Henares. Pp.: 335-345.

GARCÍA HUERTA, R. / ANTONA DEL VAL, V. (1984): Estructuras de tipo tumular en la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro de la Yunta (Guadalajara). En: I Congreso de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2). Pp.: 291-300.

GARCÍA I ROSELLÓ, J. (1993): *La necrópolis ibérica del Turó dels Dos Pins*. Mataró.

GARCÍA I RUBERT, D. (2000): Un casco de tipo Montefortino localizado en la Partida de la Carrova (Amposta, Montsià, Tarragona). *Gladius*, XX: 168-178.

GARCÍA-MAURIÑO MÚZQUIZ, J. (1993): Los cascos de tipo Montefortino en la Península Ibérica. Aportación al estudio del armamento en la IIª Edad del Hierro. *Complutum*, 4: 95-146. Madrid.

GARLAND, R. (1985): *The greek way of death*. Duckworth.

GARRIDO VÍLCHEZ, O. / MORENO JIMÉNEZ, F. / PADIAL ROBLES, B. (1995): Arqueología experimental. Una forma de acercarse al pasado. *Revista de Arqueología*, 166: 6-13.

GNOLI, G. / VERNANT, J.P. (1982): *La mort, les morts dans le societés anciennes*. Nápoles 1977.

GOLDSTEIN, L.G. (1976): *Spatial structure and social organisation. Regional manifestations of Mississippian society*. Ph.D dissertation. NW University.

– (1981): One-dimensional archaeology and multidimensional people: spatial organization and mortuary analisys. En: Chapman, R./ Kinnes, R. / Randsborg, K. (Eds.). *The Archaeology of death*. C.U.P. Pp.: 53-70.

GÓMEZ BELLARD, F. (1995): Los conceptos de comercio en el mundo ibérico. En: Blánquez, J. (Ed.): *El mundo ibérico en los albores del año 2000*. Pp.: 29-35.

– (1996): El análisis antropológico de las crema-ciones. *Complutum Extra*, 6 (II): 55-64.

GÓMEZ RAMOS, P. / ROVIRA LLORENS, S. / MONTERO RUIZ, I. (1995): La arqueometalurgía ibérica. En: Blánquez, J. (Ed.): *El mundo ibérico en los albores del año 2000*. Pp.: 152-157.

GONZÁLEZ ALCALDE, J. / CHAPA BRUNET, T. (1993): Meterse en la boca del lobo. *Complutum*, 4: 169-174.

GONZÁLEZ NAVARRETE, J.A. (1987): *Escultura ibérica del Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén*. Jaén.

GRACIA ALONSO, F. (1995): Consideraciones sobre la estructura de los intercambios comerciales en la cultura ibérica. *Verdolay*, 7: 177-185.

GRACIA, F. / MUNILLA, G. / PALLARÉS, R. (1988): La Moleta del Remei (Alcanar, Montsía). Diputació de Tarragona.

GRACIA, F. / MUNILLA, G. / GARCÍA, E. / *et al*. (1996): Demografía y superficie de poblamiento en los asentamientos ibéricos del NE. Peninsular. *Complutum Extra*, 6(II): 177-191.

GRACIA, F. / MUNILLA, G. (1999): *La Moleta del Remei*. Universidad de Barcelona. CD-Room.

GRAN-AYMERICH, J. y E. (1994): Sobre la primera cerámica ibérica. De los primeros esquemas helenizantes a la interpretación de los hallazgos recientes en el edificio tardo-orientalizante de Cancho Roano (Zalamea, Baja Extremadura). *Huelva Arqueológica*, XIII, 1: 155-174.

GRIÑÓ, B. / OLMOS, R. (1982): La pátera de Santiesteban del Puerto (Jaén). *Estudios de Iconografía I. Catálogos y monografías del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid. Pp.: 13-122.

GUÉRIN, P. / CALVO, M. / GRAU, E. (1989): Tumbas Infantiles en el Castellet de Bernabé (Llíria, Valencia). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: 63-93.

GUERRERO AYUSO, V. (1992): *L' épave Cabrera III (Majorque). Echanges commerciaux et circuits monétaires au milieu du III siéle après J.C.* Publiations du Centre Pierre Paris, 23. París.

– (1993): *Navios y navegantes. En las rutas de Baleares durante la Prehistoria*. Ed. El Tall. Mallorca.

GUSI JENER, F. (1970): Enterramientos infantiles ibéricos en vivienda. *Pyrenae*, 6: 65-71.

– (1992): Nuevas perspectivas en el conocimiento de los enterramientos infantiles de época ibérica. *Homenaje a E. Pla Ballester*. SIP, Trabajos Varios, 89: 239-260. Valencia.

GUTIÉRREZ SOLER, L.M. / IZQUIERDO PERAILE, I. (2001): Análisis arqueológico e interpretación de los espacios funerarios del *oppidum* de Giribaile en el territorio del valle del Guadalimar (Jaén). *AespA*, 74: 35-52.

GUZMÁN ARIAS, C. (1989): *Pomponio Mela. Corografía*. Universidad de Murcia.

HÄRKE, H. (1997a): The nature of burial data. En: Kjeld, C. / Hoilund, K. (ed.): *Burial & Society. The cronological and social analysis of archaeological burial data*. Aarhus University Press. Pp.: 19-27

– (1997b): Final comments: ritual, symbolism and social inference. En: Kjeld, C. / Hoilund, K. (ed.): *Burial & Society. The cronological and social analysis of archaeological burial data*. Aarhus University Press. Pp.: 191-195.

HARLE, V. (1997): *Ideas of social order in the ancient world*.

HASSAN, F.A. (1978): Demographic Archaeology. *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol.1: 49-65.

HAYES, J.W. (1972): *Late roman pottery*. The British School at Rome. Londres.

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. / SALA SELLÉS, F. (2000): Una punta de lanza decorada de la necrópolis de El Puntal (Salinas, Alicante). *Gladius*, XX: 179-190.

HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. (1990): Enterramientos de empedrado tumular de la necrópolis I de Villasviejas (Cáceres). *Verdolay* 2: 71-75.

HERNÁNDEZ, F. / GALÁN, E. (1996): La necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres). *Extremadura Arqueológica*, VI.

HERNÁNDEZ GASCH, J. (1998): Son Real. Necrópolis talayótica de la Edad del Hierro. Estudio arqueológico y análisis social. *Arqueomediterránea*, 3(II).

HERNANDO GONZALO, A. (1992): Enfoques teóricos en arqueología. *SPAL*, 1: 11-35.

HILL, E. (1998): Death as a rite of passage: the iconography of the Moche Burial Theme. *Antiquity*, 72, n.º 277: 528-538.

HODDER, I. (1982a): The identification and interpretation of ranking in prehistory: a contextual perspective. En: Renfrew, C. Y Shennan, S. (Eds.): Ranking, resource and exchange. Aspects of the archaeology of early European society. C.U.P. Pp.: 450-454.

– (1982b): Theoretical archaelogy: a reactionary view. En: Hodder, I. (Ed.): *Symbolic and structural archaeology*. C.U.P.

– (1987): *The archaeology of contextual meanings*. C.U.P.

– (1994): *Interpretación en Arqueología. Co-rrientes actuales*. Ed.Crítica.

HODSON, F.R. (1977): Quantifying Hallstatt: some initial results. *American Antiquity*, 42 (3): 394-412.

HOILUND NIELSEN, K. (1997): From society to burial and from burial to society. En: Kjeld, C. / Hoilund, K. (ed.): *Burial & Society*. The cronological and social analysis of archaeological burial data. Aarhus University Press. Pp.: 103-110.

HOZ, J. de (1993): La lengua y la escritura ibéricas, y las lenguas de los iberos. Lengua y cultura en la Hispania prerromana. En, Untermann, J. / Villar, F. (Eds.): *Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*. Colonia 1989. Salamanca. Pp.: 635-666.

– (1994a): Una probable inscripción latina en un casco de Pozo Moro. *AEA*, 67: 223-227.

– (1994b): Griegos e Íberos: Testimonios epi-gráficos de una cooperación mercantil. *Huelva Arqueológica*, XIII, 2: 243-271.

INIESTA SANMARTÍN, A. (1983): *Las fíbulas de la región de Murcia*. Murcia.

IZQUIERDO EGEA, P. (1993): Sobre las cerámicas aticas y el gasto funerario de los iberos. *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología*. Vol.1. Pp.: 161-164.

IZQUIERDO PERAILE, M.I. (1995): *El contexto arqueológico de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Moixent, Valencia)*. Tesis de licenciatura inédita. Universidad de Valencia.

– (1996): Reminiscencias Mediterráneas en cerámica ibérica. El ejemplo del Corral de Saus (Mogente, Valencia). *AespA*, 69: 239-262.

– (1997): Monumentos funerarios tipo pilar-estela. Símbolo y expresión de la aristocracia ibérica. *Revista de Arqueología*, 197: 12-17.

– (1998): La imagen femenina del poder. Reflexiones en torno a la femeinización del ritual funerario ibérico. En: Aranegui, C. (Ed.): Los iberos, príncipes de Occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibéri-

ca. Actas del Congreso Internacional (Barcelona 1998). *Saguntum*, Extra 1: 185-193.

– (1999): Parejas de esfinges y sirenas en las necrópolis ibéricas: una aproximación al tema. En: II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo II. Primer milenio y Metodología. Fundación Reí Afonso Henriques. Universidad de Alcalá de Henares. Pp.: 413-424.

– (2000): *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela.* Servicio de Investigación prehistórica. Serie de Trabajos Varios, 98. Valencia.

IZQUIERDO, I. / ARASA, F. (1998): La estela ibérica de La Serrada (Ares del Maestre, Castellón). *Saguntum*, 31: 181-194.

JANNORAY, J. (1955): *Enserune*. Paris.

JEHASSE, L. (1978): *Salamine de Chypre. La céramique a vernis noir du rempart meridional*. Vol. VIII. Centre d´Archéologie Chipriota. Paris.

JIMÉNEZ COBO, M. (1995): La vía Castulo-Saetabis. *Actas del I Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, I: 133-140.

JIMENO, A. / SANZ, A. / BENITO, J.P. (2001): Numancia. Reconstruir para entender. *Revista de Arqueología*, 233: 6-9.

JONES, A.M.M. (1964): *Later Roman Empire*. Oxford.

JORDÁN MONTES, J.F. / MOLINA GÓMEZ, J.A. (2000): *Recorridos por la bibliografía etnológica de la provincia de Albacete. Comentarios bibliográficos*. Instituto de Estudios Albacetenses.

JUAN TOVAR, L.C. (1997): Las industrias cerámicas hispanas en el Bajo Imperio. Hacia una sistematización de la Sigillata Hispánica Tardía. *Congreso Internacional La Hispania de Teodosio*, vol.2: 543-68.

KJELD JENSEN, C. / HOILUND NIELSEN, K. (1997): Burial data and correspondence analysis. En: Kjeld, C. / Hoilund, K. (ed.): *Burial & Society*. The cronological and social analysis of archaeological burial data. Aarhus University Press. Pp.: 29-61.

KURTZ, D. / BOARDMAN, J. (1971): *Greek burial costums*. Thames&Hudson.

LAFUENTE VIDAL, J. (1934): *Excavaciones en la Albufereta de Alicante*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 126(1). Madrid.

LAGARCE, J. y E. (1997): Les lingots <<en peau de boeuf>>, objets de commerce et symboles idéologiques dans le monde Méditerranéen. *Africa. Serie REPPAL*, X. Institut National du Patrimoine. Republique Tunisienne. Pp.: 73-97.

LAMBOGLIA, N. (1952): Per una classificazione preliminare della ceramica Campana. *Atti del 1.º Congresso Internazionale di Studi Liguri*. Bordhiguera 1950. Pp.: 139-206.

LARSEN, C.S. (1995): Regional perspectives on mortuary analysis. En: Beck, L.A. (Ed.). *Regional approaches on mortuary analysis*. Pp.: 247-264.

LAWRENCE, A.W. (1979): *Greek aims in fortification*. Oxford.

LÁZARO *et al.* (1981): *Materiales de la necrópolis ibérica de Orleyl (Vall dÚxó, Castellón)*. Valencia.

LEÓN, P. (1998): La imagen en la cultura ibérica. La escultura. En: *Los Iberos. Príncipes de Occidente*. Pp.: 153-169.

LÉVEQUE, P. / MOREL, J.P. (1987): *Céramiques Hellénistiques et romaines, II*. Centre de Recherches d´Histoire ancienne, vol. 70.

LILLO CARPIO, P. (1977/78): La cerámica estampillada ibérica. *AUM*, Filosofía y Letras, XXXVI, 1-2: 11-25.

– (1986): Armas y utillaje de los iberos. *Historia de Cartagena*, III: 539-587. Murcia.

LINAREJOS CRUZ PÉREZ, M. (1990): Necrópolis ibérica de Los Nietos (Cartagena, Murcia). *EAE*, 158.

LIZARAZU DE MESA, M.A. (1983): Alfarería popular en la provincia de Albacete: Estudio etnográfico. *Etnografía española*, 3: 267-383. Ministerio de Cultura.

LLOBREGAT, E. (1988): Un conjunto de templos ibéricos del siglo IV a.C. hallado en las excavaciones de isla de Campello (Alicante). *Homenaje a Samuel de los Santos*. Pp.: 137-43. Diputación de Albacete.

– (1993): La Illeta dels Banyets (El Campello) fou un *empórion?*. En: *Homenatje a Miquel Tarradell*. Pp.: 421-428. Barcelona.

LLOBREGAT, E. / UROZ, J. (1993): Una tumba singular en la necrópolis ibérica de Cabezo Lucero (Guardamar, Alicante). En: Mangas, J. / Alvar, J. (Eds.). *Homenaje a José Mª Blázquez*. Vol.II. Ediciones Clásicas. Madrid. Pp.: 289-308.

LÓPEZ CAMPUZANO, M. (1995): Comercio de cerámicas romanas (ss. IV-V d.C.) en la Vega Media de Murcia: La *Terra Sigillata Africana* del Cabezo del Agua Salada (Alcantarilla). *Verdolay*, 4: 125-132.

LÓPEZ PRECIOSO, J.(1994): *Bibliografía arque-ológica de la provincia de Albacete. Catálogo comentado*. Instituto de Estudios Albacetenses.

– (1995): La necrópolis ibérica del Pozo de la Nieve (Torreuchea- Hellín, Albacete). En: Blánquez, J. (Ed.). *El mundo ibérico. Una nueva visión en los albores del año 2.000*. Pp.: 267-273. Toledo.

LÓPEZ PRECIOSO, J. / SALA SELLÉS, F. (1988-89): La necrópolis del Bancal del Estanco Viejo (Minateda-Hellín, Albacete). *Lucentum*, VII-VIII: 133-159.

LÓPEZ PRECIOSO, J. / JORDÁN MONTES, J.F. y SORIA COMBADIERA, L. (1992): Asentamientos ibéricos en el campo de Hellín. Su relación con el trazado viario y la red comercial. *Verdolay*, 4: 51-62.

LORRIO ALVARADO, A. (1994): La evolución de la panoplia celtibérica. *MM*, 35: 212-257.

– (1997): Los Celtíberos. *Complutum*, extra 7. U.C.M. Madrid/Alicante.

LORRIO, A.J. / GÓMEZ RAMOS, P./ MONTERO, I. / ROVIRA, S. (1999): Minería y metalurgia celtibérica. En: Burillo, F. (coord.). *IV Simposio sobre celtíberos. Economía*. Daroca 1997. Pp.: 161-180.

LULL, V. / PICAZO, M. (1989): Arqueología de la muerte y estructura social. *AEA*, 62: 5-20.

MADROÑERO DE LA CAL, A. / ÁGREDA SUECUN, M.N. (1989): Los hierros de la España prerromana. *Minería y metalurgia en las Antiguas Civilizaciones Mediterráneas y Europeas*, Tomo I. Madrid. Pp.: 109-118.

MALUQUER DE MOTES, J. (1981): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz 1978-1981*. Barcelona.

– (1982): Mianes, Santa Bárbara. *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys, Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, 1: 224-225. Barcelona.

– (1985): En torno al comercio protohistórico terrestre y marítimo griego en el sudeste. *VI Congreso Inter-*

nacional de Arqueología submarina. Cartagena 1982. Pp.: 475-482.

– (1986): *Molí d'Espigol. Tornabous. Poblat ibè-ric*. Generalitat de Catalunya. Barcelona.

– (1987): *La necrópolis paleoibérica de Mianes en Santa Bárbara (Tarragona)*.

MALUQUER, J. / PICAZO, M. / RINCÓN, A. (1981): *La necrópolis ibérica de la Bobadilla (Jaén)*. Programa de Investigaciones Protohistóricas. Barcelona.

MANSO, E. / RODERO, A. / MADRIGAL, A. (2000): Materiales cerámicos procedentes de una necrópolis ibérica de Mengíbar (Jaén). *BMAN*, XVIII, N.º 1 y 2: 97-144.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 791-I. Chinchilla de Monte-Aragón*. Instituto Geográfico Nacional. Primera edición 2000.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 791-II. Hoya Gonzalo*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 2000.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 791-III. Estación de Chinchilla*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 2000.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 791-IV. Villar de Chinchilla*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 2000.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 792-I. Higueruela*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1998.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 792-II. Alpera*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 2000.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 792-III. Corral Rubio*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1998.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 792-IV. Bonete*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1998.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 816-I.. San Pedro*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1982.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 816-II. Los Pocicos*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1982.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 816-III. Fuensanta*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1982.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 816-IV. Peñas de San Pedro*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1982.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 817-I.. Pozo Cañada*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1995.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 817-II. Pétrola*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1995.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 817-III. Cerro Lobo*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1995.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 817-IV. Pinilla*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1995.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 818-I.. La Higuera*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1996.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 818-II. Montealegre del Castillo*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1997.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 818-III. Fuente Álamo*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1997.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 818-IV Arabí*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1997.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 842-I.. Cañadas de Haches*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1995.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 842-II. Alcadozo*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1997.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 842-III.Ayna*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1997.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 842-IV.Liétor*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1995.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 843-I. Tobarra*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1997.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 843-II. Los Mardos*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1997.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 843-III. Hellín*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1997.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 843-IV. Albatana*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1997.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 844-I.Ontur*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1995.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 844-II. Los Gavilanes*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1995.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 844-III. Sierra de la Pedrera*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1995.

MAPA TOPOGRÁFICO NACIONAL DE ESPAÑA. E. 1:25.000. *Hoja n.º 844-IV. La Alquería*. Instituto Geográfico Nacional. Primera Edición 1995.

MAPA PROVINCIAL. E. 1:200.000. *Ciudad Real*. Instituto Geográfico Nacional. 4ª Edición 1998.

MAPA AUTONÓMICO. E. 1:350.000. *Castilla- La Mancha*.Geoplaneta 1999.

MAPA PROVINCIAL. E. 1:200.000. *Albacete*. Instituto Geográfico Nacional. 3ª Edición 1993.

MARTÍN BRAVO, A.Mª (1999): *Los orígenes de Lusitania*. Real Academia de la Historia. Madrid.

MARTÍN MONTES, M.A. (1984): La fíbula anular hispánica en la Meseta peninsular I. Origen y cronología, su estructura y clasificación tipológica. *BAEAA*, 19: 36-46. Madrid.

MARTÍN ORTEGA, M.A. (1983): El Puig de Serra de Daró: una necrópolis d'Ullastret. *Tribuna d'Arqueologia*, 1982-83: 93-95.

MARTÍN VALLS, R. / ESPARZA ARROYO, A. (1992): Génesis y evolución de la cultura Celtibérica. *Complutum*, 2-3: 259-279.

MARTÍNEZ, J.M. (1989): La necrópolis ibérica de las Peñas (Zarra, Valencia). *APL*, XIX. Valencia.

MARTÍNEZ NARANJO, J.P. / ARENAS ESTEBAN, J.A. (1999): La explotación del hierro en el curso alto del río Mesa (Guadalajara). En: *IV Simposio sobre celtíberos. Economía*. Daroca 1997. Pp.: 203-207.

MARTÍNEZ PÉREZ, T. / MARTÍNEZ INCLÁN, T. (1989): La moneda romana en la provincia de Albacete. *Al-Basit*, 25: 85-106.

MARTÍNEZ QUIRCE, F. / MAYORAL HERRERA, V. (1998): Los iberos y sus imágenes. La difusión en CD-ROM de una propuesta científica. *Saguntum Extra*, 1. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de Occidente. Pp.: 225-229. Valencia.

MARTÍNEZ VALLE, A. / CASTELLANO, J.J. (2001): Los hornos ibéricos de Las Casillas del Cura (Venta del Moro, Valencia). En: Lorrio, A. (Ed.). *Los Íberos en la Comarca de Requena-Utiel (Valencia)*. Pp.: 134-150. Serie Arqueológica. Universidad de Alicante.

MATA PARREÑO, C. (1991): *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Origen y evolución de la cultura ibérica.* SIP. Serie Trabajos varios. Num.88. Valencia.

– (1993): Aproximación al estudio de las necró-polis ibéricas valencianas. *Homenatge a M. Tarradell*. Pp.: 429-448. Barcelona.

– (1996): Arqueología funeraria. Estado actual de la investigación en España. En: Villalaín, J.D., Gómez Bellard, C. y Gómez Bellard, F. (Eds.), *Actas del II Congreso Nacional de Paleopatología.* Valencia 1993. Pp.: 167-176.

– (2001): Límites y fronteras en Edetania. *APL*, 33: 243-272.

MATA PARREÑO, C. / BONET ROSADO, H. (1992): La cerámica ibérica: ensayo de tipología. En: *Homenaje a E. Pla Ballester*. SIP, Trabajos Varios 89: 117-174. Valencia.

MATA PARREÑO, C. / BURRIEL ALBERICH, J.M. (2000): Importaciones de los siglos VI-V a.C. en el centro y norte del País Valenciano. En: *Ceràmiques jonies d'época arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental. Actas de la Tabla redonda celebrada en Ampurias los días 26--28 Mayo de 1999. Monografías Emporitanas*, 11: 233-254.

MATTINGLY, H. / SYDENHAM, E.A. (1968): *The Roman Imperial Coinage. Augustus to Vitelius.* Vol.I. (3 ed.), London. Pp.: 209.

MAYS, S. (1998): *The archaeology of human bones*. Routledge.

MÉNIEL, P. (1992): *Les sacrifices d´ánimaux chez les gaulois*. Ed: Errance. Paris. Pp.: 111-130.

MAYET, F.C. (1984): *Les céramiques Sigillées Hispaniques.* Vol. I y II.

MÉNDEZ MADARIAGA, A. (2000): El Patrimonio Arqueológico en la ciudad de Alcalá de Henares. El parque arqueológico de la ciudad romana de Complutum». En: *I Congreso Internacional Ciudad, Arqueología y Desarrollo. La musealización de los yacimientos arqueológicos*. Alcalá de Henares. Pp.: 89-99.

MENÉNDEZ PIDAL, R. (1986): *Historia de España* Tomo II (1). *España Romana*.

MERGELINA, C. (1943-44): Tugia.- Reseña de unos trabajos. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, X: 13-32.

MEZQUÍRIZ IRUJO, Mª.A. (1983a): Tipología de la Terra Sigillata Hispánica. *BMAN*, 1-2: 123-131.

– (1983b): Cerámica Sigillata Hispánica. Historia y criterios tipológicos. *BMAN*, 1-2: 133-136.

MILLÁN MARTÍNEZ, J. (1995): La necrópolis del Cerro de la Virgen de la Cuesta (Alconchel de la Estrella, Cuenca). En: Blánquez, J. (Ed.): *El mundo ibérico en los albores del año 2000.* Pp.: 246-250.

Miquel-Feucht, M. / VILLALAÍN BLANCO, J.D. (2001): Una inhumación infantil de la primera Edad del Hierro en la Villa de Requena (Valencia): Estudio antropológico y Paleopatológico. Lorrio, A. (Ed.): *Los Íberos en la comarca de Requena-Utiel (Valencia).* Universidad de Alicante.

MIRÓ, M.T / REIG, C. (...): *Recerques del Museu de Alcoy*, 6:

MITHEN, S. (1998): *Arqueología de la mente*. Drakontos.

MCKINLEY, J.I. (1989): Cremations: expectations, metodologies and realities. En: Roberts, Ch.a. / Lee, F. / Bintliff, J. (eds.). *Burial archaeology, Currrent Researcher Methods and Developments*, Oxford. *B.A.R. B.ser.*, 211: 65-76.

– (1994): A pyre grave goods in British cremation burials; have we missed something?. *Antiquity*, 68 (258): 132-134.

– (1997): Bronze Age «Barrows» and funerary rites and rituals of cremation. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 63: 129-145.

MOLINA, J. *et al.* (1976): *Coimbra ,del Barranco Ancho. Jumilla*. Murcia. *SIP. Serie de Trabajos Varios, 52.* Valencia.

MOLINOS, M. *et al.* (1998): *El santuario heroico de «El Pajarillo» (Huelma, Jaén).*

MONEO, MªT. (1995): Santuarios urbanos en el mundo ibérico. *Complutum*, 6: 245-256.

– (2003): *Religio iberica. Santuarios, ritos y divinidades (s.VII-I a.C.).* B.A.H, 20. RAH.

MONFORT, L. (2000): Tallers d´Arqueologia. *Treballs d´Arqueologia*, 7: 78-162.

MONRAVAL, M. / LÓPEZ, M. (1984): Restos de un *silicernium* en la necrópolis ibérica de El Molar. *Saguntum*, 18: 145-162. Valencia.

MONRAVAL SAPIÑA, M. (1992): *La necrópolis ibérica de El Molar*. Valencia.

MONTÓN, S./ MONFORT, L. (2000): L'Arqueología als Museus. Oferta pedagógica. *Treballs d´Arqueologia*, 7: 12-78.

MOREL, J.P. (1969): L´atelier des Petites Estampilles. *Melanges d´Archeology et d´Histoire.Ecole francaise de Rome*,81.

– (1980): La ceramique campanienne: Acquis et problemes. *Ceramiques Hellenistiques et romaines. Centre de recherches d´Histoire Ancienne*, 36: 85-122.

– (1981): Céramique Campanienne. Les Formes. *Bibliotèque des Écoles Françaises d´Athènes et de Rome*, 244.

MORENO-ALMENARA, M. (1994): Un fragmento de capitel ibérico procedente del yacimiento de Los Villares de Andujar (Jaén). *AAC*, 5: 99-117.

MORET, P. / BADIE, A. (1998): Metrología y arquitectura modular en el Puerto de la Picola (Santa Pola, Alicante) al final del siglo V a.C. *AEspA*, 71: 53-61.

MORRIS, I. (1987): *Burial and ancient society*. Cambridge University Press.

- (1992): *Death-ritual and social structure in classical antiquity*. Cambridge University Press.
- (1998): Burial and ancient society after ten years. En: Marchegay, S. / Le Dinahet, M. / Salles, J.F. (eds.). *Nécropoles et pouvoir. Idéologies, pratiques et interpretations. Actes du colloque Théories de la necropole antique, Lyon 21-25 janvier 1995. Travaux de la Maison de l'Orient Méditerranéan*, 27: 21-36.

NAVARRO, R. (1970): *Las fíbulas en Cataluña*. Barcelona.

NAVARRO SIMARRO, J. y C. / SANDOVAL RÓDENAS, C. (1984): Cabeza Moya (Enguidanos, Cuenca). Primera y Segunda campañas. *NAH* , 19: 199-269.

NEGUERUELA MARTÍNEZ, I. (1979-80): Sobre la cerámica de engobe rojo en España. *HABIS*, 10-11: 335-359.
- (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos de el Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- (1992): La escultura ibérica. *Cuadernos de Arte Español*, 57. Historia 16. Madrid.

NICOLINI, G. (1990): Techniques des ors antiques. La bijouterie iberique du VII au IV siecle. París.

NIETO GALLO, G. (1940): Noticia de las excavaciones realizadas en la necrópolis hispánica de Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia). *Boletín del Seminario Español de Arte y Arqueología*, VI: 137-160.
- (1948): La necrópolis hispánica de Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia). *Crónica del III C.A.S.E.* Murcia. Pp.: 176-183.

NÚÑEZ PARIENTE DE LEÓN, E. / MUÑOZ, J. (1988): Excavación en la necrópolis del Cerro de las Balas. Ecija. Sevilla. *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 3: 429-433. Sevilla.

NÚÑEZ PARIENTE DE LEÓN, E. / QUESADA SANZ, F. (2000): Una sepultura con armas de baja época Ibérica (o época romana Republicana) en la necrópolis del «Cerro de las Balas» (Écija, Sevilla). *Gladius*, XX: 191-219.

OESTIGAARD, T. (1999): Cremations as transformations: when the dual cultural hypothesis was cremated and carried away in urns. *European Journal of Archaeology*, 2(3): 345-364.

OLMOS ROMERA, R. (1984): La cerámica de importación griega en el mundo ibérico. En: VARIA III, serie arqueológica «La cultura Ibérica». *Homenaje a Domingo Fletcher Valls*. Pp.: 225-247. Valencia.
- (1987): Posibles vasos de encargo en la cerámica ibérica del sureste. *AEspA*, 60 (n.º 155-56): 21-42.
- (1988-89): Originalidad y estímulos mediterráneos en la cerámica ibérica: el ejemplo de Elche. *Lucentum*, VII-VIII: 79-102.
- (1990): Imitaciones, producción y sociedad: algunas consideraciones en torno a la cerámica ibérica. *Verdolay*, 2: 39-44. Murcia.
- (1996a): Caminos escondidos. Imaginarios del espacio en la muerte ibérica. *Complutum Extra*, 6(II): 167-176. Madrid.
- (1996b): Pozo Moro: Ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo Ibérico. En: Olmos, R. (Ed.). *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*.Pp.: 99-114. Madrid.
- (1998): Naturaleza y poder en la imagen ibérica. *Saguntum Extra*, 1. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de occidente. Valencia.
- (1999 coord.): *Los Iberos y sus imágenes*. CDRoom. CSIC-Micronet. Madrid.
- (2000): El vaso del «ciclo de la vida» de Valencia: una reflexión sobre la imagen metamórfica en época iberohelenística. *AespA*, 73: 59-85.

OLMOS, R. y ROUILLARD, P. (eds.) 1996: *Formes Archaïques et Arts Ibériques*. Casa de Velázquez. Madrid.

OLMOS ROMERA, R. / SANTOS VELASCO, J.A. (1997): *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura* (Roma 11-13 Noviembre, 1993). Coloquio Internacional. *Serie Varia*, 3. UAM.

O'SHEA, J. (1981): Social configurations and the archaeological study of mortuary practices: a case study. Chapman, R./ Kinnes, R. / Randsborg, K. (Eds.) *The Archaeology of death* Pp.: 39-52. C.U.P.
- (1984): *Mortuary variability: an archaeological invvestigation*. New York. Academic Press.
- (1996): *Villagers of the Maros: a portrait of an Early Bronze Age society*. Plenum Press. New York-London.

PADRO, J. (1974): Los escarabeos de Emporion. *Miscelania Arqueológica II. XV Aniversario de los Cursos Internacionales de Ampurias (1947-71)*.Barcelona. Pp.: 113-125.

PAGE DEL POZO, V. / RUIZ SANZ, M.J. (1991a): Informe de la primera campaña de excavaciones en la necrópolis de la Senda de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). *Memorias de Arqueología*, 2: 181-189. Murcia
- (1991b): Informe de la segunda campaña de excavaciones en la necrópolis de la Senda de Coimbra del Barranco Ancho. (Jumilla, Murcia). *Memorias de Arqueología*, 2: 175-179. Murcia.

PAGE *ET AL.* (1987): *Coimbra del Barranco Ancho. Diez años de excavaciones*. Murcia.

PANADERO MOYA, M. (1976): *La ciudad de Albacete*. Extracto Tesis Doctoral.

PARKER PEARSON, M. (1993): The powerful dead: archaeological relationships between the living and the dead. *Cambridge Archaeological Journal*, 3(2): 203-229.

PASTOR MUÑOZ, M. (1997): El influjo religioso griego en la Península ibérica. En: Morfakidid, M. / Alganza Roldán, M. (Eds). *La religión en el mundo griego. De la antigüedad a la Grecia Moderna*. Pp.: 45-74. Athos-Pérgamo. Universidad de Granada.

PATIÑO GÓMEZ, M. (1984): Estado actual de la investigación sobre la cerámica griega en Castilla-La Mancha. En: *I Congreso de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2). Pp.: 301-307.

PAVOLINI, C. (1987): Le lucerne romane fra il III sec. a.C. e il III sec. d.C. En: *Céramiques Hellénistiques et romaines, II*. Centre de Recherches d'Histoire ancienne, vol. 70: 139-165.

PELLICER, M. (1989): Observaciones sobre la problemática tartesia. *Habis*, 20: 205-216.

PEREA, A. (1991): *Orfebrería prerromana*. Arqueología del Oro. Caja de Madrid.
- (1995): La metalurgía del oro en la fachada Atlántica durante el Bronce Final: interacciones tecnológicas. *Complutum Extra*, 5: 69-78.
- (1996): Propuesta teórica para una aproximación global a la imagen ibérica: El ejemplo del cambio y la tras-

misión iconográfica en metalistería. En: Olmos, R. (ed.). *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica.* Pp.: 61-71.

PEREA, A. / ARMSBRUSTER, B. (1998): Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: El depósito de «El Carambolo». Sevilla.

PEREIRA SIESO, J. / MADRIGAL BELINCHÓN, A. / CHAPA BRUNET, T. (1998): Enterramientos múltiples en las necrópolis ibéricas del Guadiana Menor. Algunas consideraciones. *Saguntum Extra*,1. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de occidente. Pp.: 343-354. Valencia.

PEREIRA SIESO, J. / MADRIGAL BELINCHÓN, A. (1993): El ritual funerario ibérico en la Alta Andalucía: La necrópolis de Los Castellones de Ceal. (Jaén). En: Mangas, J. / Alvar, J. (Eds) «*Homenaje a J.Mª Blázquez*» vol. II. Pp.: 381-394.

PEREIRA SIESO, J. (1979): La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal de Becerro, Jaén) en el Museo arqueológico Nacional. *TP*, 36: 289-348

– (1988): La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir. I. Propuesta de clasificación. *TP*, 45: 143-173.

– (1995): La necrópolis ibérica de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo). En: Blánquez, J. (Ed.). *El mundo ibérico. Una nueva imagen en los albores del año 2000.*

– (1999): Recipientes de culto de la necrópolis de Toya (Peal del Becerro, Jaén). *AEspA*, 72: 15-29.

PÉREZ AVILÉS, J. / VÉLEZ RIVAS, J. (1995): El poblado ibérico de El Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real). En: Blánquez, J. (Ed.): *El mundo ibérico en los albores del año 2000.* Pp.: 201-208.

PÉREZ VILATELA, L. (1993): El disco pectoral del busto fragmentario de la Alcudia de elche: paralelos e interpretación. *Pobla. Elche*, 15: 1-10.

PICAZO, M. (1977): *La ceramica ática de Ullastret*. Instituto de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona.

PINTA, J. L. de la (1993): Estampillas sobre producciones cerámicas ibéricas. Una aportación a su catálogo. *Gala* 2: 143-157.

PLA, E. (1968): Instrumentos de trabajo ibéricos en la Región Valenciana. *Estudios de Economía de la Península Ibérica*. Pp.: 143-190. Barcelona.

– (1977): La necrópolis ibérica, con sepulturas de empedrado tumular, de Corral de Saus, en Mogente (Valencia). *XIV C.N.A.* Pp.: 727-738. Zaragoza.

PLATÓN: *Las leyes*. Traducción de Pabón. J.M y Fdez Galiano, M. (1960). Instituto de Estudios políticos. Madrid.

PLINIO EL VIEJO: Historia natural. Edición de Antonio Fontán, Ana Mª Moure Casas y otros. Libros III y IV. Ed. Gredos.

PRADOS TORREIRA, L. (1997): Los ritos de paso y su reflejo en la toréutica ibérica. En: *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura* (Roma 11-13 Noviembre, 1993). Coloquio Internacional. *Serie Varia*, 3. UAM. Pp.: 273-282.

PRIETO VILAS, I.M. (2000): El monumento funerario de Pozo Moro: una revisión obligada. Memoria de Licenciatura inédita. Dep. Historia Antigua de la UCM.

– (2002): Nuevos elementos de discusión en torno al mundo funerario ibérico albacetense. En: *Actas del II Congreso de Historia de Albacete*, tomo I: 185-187. I.E.A.

PRESEDO VELO, F. (1973): La Dama de Baza. *TP*, 30: 187-205.

– (1982): La necrópolis de Baza. *EAE*, 119.

QUESADA SANZ, F. (1986-87): El armamento en la necrópolis ibérica de «Cabecico del Tesoro» (Murcia). En: Homenaje al Prof. Gratiniano Nieto. *CuPAUAM*, 13-14. Vol.II. Pp.: 47-63.

– (1989a): Informática en arqueología: un ejemplo aplicado al estudio de jerarquización en necrópolis ibéricas. *BAEAA.*, 27: 36-44. Julio-Diciembre. Madrid.

– (1989b): Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis Ibérica de «El Cabecico del Tesoro» (Murcia, España). *BAR I. S*, 502. Londres.

– (1989c): Consideraciones sobre el uso del armamento ibérico para la delimitación de unidades geopolíticas. *Fronteras, Arqueología Espacial*, 13: 111-120. Teruel.

– (1990): Falcatas ibéricas con damasquinados en plata. *Verdolay*, 2: 45-59.

– (1991): Muerte y ritual funerario en la Grecia antigua: una introducción a los aspectos arqueológicos. *Seminario: Arqueología de la muerte: Metodología y perspectivas actuales*. Diputación provincial de Córdoba. Pp.: 39-114.

– (1992): *Arma y símbolo: la falcata ibérica*. Divulgación 12. Alicante.

– (1993a): Riqueza y jerarquización social en necrópolis ibéricas: los ajuares. En: *Homenaje a José Mª Blázquez*. Casa de Velázquez.

– (1993b): *Soliferrea* de la Edad del Hierro en la Península Ibérica. *TP*, 50: 159-183. Madrid.

– (1994a): La cultura ibérica: una aproximación bibliográfica (1992-1993). *REIb*, 1: 335-377.

– (1994b): Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la cultura ibérica (V-II a.C.). *Verdolay*, 6: 99-124.

– (1994c): Riqueza y jerarquización social en necrópolis ibéricas: los ajuares. En: Mangas, J. y Alvar, J. (Eds.). Homenaje a J. M. Blazquez. Vol. II. Pp.: 447-466.

– (1995a): Vino y guerreros: banquete, valores aristocráticos y alcohol en Iberia. S. Celestino (ed.) *Arqueología del vino*. Pp.: 271-297. Jerez de la Frontera.

– (1995b): Armas en la sociedad ibérica. Diez pre-guntas fundamentales. En: Blánquez, J. (Ed.): *El mundo ibérico en los albores del año 2000.* Pp.: 158-167.

– (1997a): *El armamento ibérico. Estudio ti-pológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura ibérica (s.VI- I a.C.).* Monographies instrumentum, 3. Vol. 1 y 2. Montagnac.

– (1997b): Montefortino-type and related helmets in the Iberian Peninsula: a study in archaeological context. En: Feugère, M. (Ed.) *L'Équipemente militaire et L'armament de la République (IVe-Ier s. avant J.C.).* Pp.: 151-66.

– (1998a): From quality to quantity: wealth, status and prestige in the Iberian Iron Age. *BAR IT*, 730: 70-96.

– (1998b): Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera «caballería» en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptuales diferentes. *Saguntum Extra*, 1. Actas del Congreso Internacional Los iberos. Príncipes de occidente. Pp.: 169-183. Valencia.

– (1999): Porcuna, Cástulo y la cuestión del supuesto carácter meseteño, indoeuropeo o céltico de su panoplia: el «armamento ibérico» como armamento ibérico. En: *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo II. Primer milenio y Metodología.* Fundación Reí Afonso Henriques. Universidad de Alcalá de Henares. Pp.: 425-434.

QUESADA SANZ, F. / TORTAJADA RUBIO, M. (1999): Caballos en arcilla de la Segunda Edad del Hierro en la Península Ibérica. *CuPAUAM*, 25, 2: 9-53.

QUESADA, F. / ZAMORA, M. / REQUENA, F. (2000): Itinerant smiths in the Iberian Iron Age? (6th-2nd centuries BC). En: Feugère, M. y Gustin, m. (eds.). *Iron, blacksmiths and tools. Ancient European Crafts. Acts of the Instrumentum Conference at Podsreda (Slovenia).* Abril 1999. Pp.: 15-19.

QUESADA SANZ, F. / ZAMORA MERCHÁN, M. (eds.) (2003): *El Caballo en la Antigua Iberia.* RAH.

RADDATZ, K. (1969): Die Schatzfunde der iberischen Halbinsel vom Ende des Dritten bis zur des Ersten Jahrhunderts vor Chr.Geb. *Madrider Forschungen.* Band V. Berlín.

RAFEL I FONTANALS, N. (1985): El ritual d'enterrament ibèric. Un assaig de reconstrucció. *Fonaments*, 5: 13-31.

– (1993): *Necrópolis del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta). Campanyes 1984 al 87.* Excavaciones Arqueológicas en Catalunya, 12. Barcelona.

RAMALLO ASENSIO, S. / JORDÁN MONTES, J.F. (1985): *La villa romana de Hellín. Albacete. Una contribución al conocimiento del mundo rural romano en el Alto Segura.*

RAMOS FERNÁNDEZ, R. (1995): *El templo ibérico de la Alcudia. La Dama de Elche.* Adjuntament d'Elx.

RAMOS FOLQUÉS, A. (1969): Cerámica Del Cabezo Lucero. Rojales (Alicante). *AespA*, 42: 26-36. Madrid.

RAMS BRATONS, M.V. (1975): Avance a un estudio de las fíbulas ibéricas de la provincia de Valencia. *APL*, XIV: 139-154. Valencia.

RANDSBORG, K. (1974): Social stratification in Early Bronze Age Denmark. *Praehistoriche Zeitschrift*, 49: 38-61.

REIG SEGUI, C. (2000): El armamento de la necrópolis ibérica de La Serreta de Alcoi (Alicante, España). *Gladius*, XX: 74-117.

RENFREW, C. (1982): *Towards and archaeology of mind. An inaugural lecture delivered before the University of Cambridge on 30 November* 1982. C.U.P.

– (1993): Cognitive archaeology: some thoughts on the archaeology of thought. *Cambridge Archaeological Journal*, 3(2): 248-250.

REVERTE COMA, J.M. (1985): La necrópolis ibérica de Pozo Moro (Albacete): Estudio anatómico, antropológico y paleopatológico. *TP*, 42: 195-282.

REVILLA CALVO, V. / PÉREZ SUÑÉ, J.Mª. / GÓMEZ SÁNCHEZ, J.Mª. / POU VALLÈS, J. (1996): Estructuras y funcionamiento de una herrería rural romana del siglo I d.C. *Revista de Arqueología*, 182: 22-29.

RIPOLL, G. (1985): *La necrópolis visigoda de El Carpio de Tajo (Toledo). EAE.*

ROBINSON, D.M. (1950): Excavations at Olynthus XIII: Vases found in 1934 and 1938. Baltimore. Pp.: 274.282.

ROBINSON, H.R. (1975): *The armour of Imperial Rome.* Londres.

ROCA, M. (1975): Un horno de estilo prerromano en Guadalimar del Caudillo (Jaén). *Pyrenae*, 11.

ROLDÁN GÓMEZ, L. (1987): La investigación arqueológica de época romana en Albacete. *Al-Basit*, 20: 37-66.

– (1995): La Baja época de la cultura ibérica. En: Blánquez, J. (Ed.): *El mundo ibérico en los albores del año 2000.* Pp.: 170-177.

ROMERO DÍAZ, M. A. / RUIZ GARCÍA, A. (1986): El endorreísmo en la provincia de Albacete: Tipología y condicionamientos físicos. *Actas de la I Reunión de Estudios Regionales de Castilla-La Mancha.* Albacete 1984. Vol. III. Junta de Comunidades de Comunidades de Castilla La Mancha.

ROS SALA, Mª M. (1993): El trabajo del hierro en el poblado protohistórico de El Castellar (Murcia). I: Análisis arqueológico. En: Arana Castillo, R. / Muñoz, A. Mª / Ramallo, S. y Ros, Mª. M. (Eds.). *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la cuestión.* Universidad de Murcia.

ROUILLARD, P. (1991): *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du VIII e au IV e siècle avant Jesús-Christ.* Casa de Velázquez.

– (1998): Les nécropoles du sud-est de la Péninsule Ibérique aux V et IV siècles A.V. J.-C. Rites, sexes, hiérarchie sociale. En: *Marchegay, S. / Le Dinahet, M. / Salles,J.F. (eds). Nécropoles et pouvoir. Idéologies, pratiques et interpretations. Actes du colloque Théories de la necropole antique, Lyon 21-25 janvier 1995. Travaux de la Maison de l'Orient Méditerranéan*, 27: 79-84.

ROVIRA HORTALÁ, M. C. (1999): Las armas trofeo en la cultura ibérica: pautas de identificación e interpretación. *Gladius*, XIX: 13-32.

ROVIA LLORÉNS, S. (1993): La metalurgia de la Edad del Hierro en la Península Ibérica: una síntesis introductoria. En: Arana Castillo, R. *et al.* (Eds.). *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la cuestión.* Universidad de Murcia.

RUANO RUIZ, E. (1987): La escultura humana en piedra en el mundo ibérico. Madrid.

RUBIO GOMIS, F. (1986): *La necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante* (Valencia , España). Academia de Cultura Valenciana. Serie Arqueológica, 11. Valencia.

RUIZ DELGADO, M. (1989): *Fíbulas protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica.*

RUIZ MATA, D. / CELESTINO, S. (2001): *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica.* CSIC.

RUIZ MOLINA, L. / MUÑOZ LÓPEZ, F. (1988): Vías de comunicación romanas en la comarca de Yecla. En: González Blanco, A. (Ed.): *Vias romanas del sureste.* Pp.: 67-74.

RUIZ, A. / MOLINOS, M. (1985): Informe de las campañas de excavación en el Cerro de la Plaza de Armas de Puente Tablas (Jaén). *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1. Sevilla.

– (1990): Informe de la campaña de 1989 (Estudio de materiales) en el Cerro de la Plaza de Armas de Puente Tablas (Jaén). *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 5. Sevilla.

– (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico.* Crítica. Madrid.

RUIZ, A. / CHAPA, T. / RUIZ ZAPATERO, G. (1988): La Arqueología Contextual. Una visión crítica. *TP*, 45: 11-17.

RUIZ, A. / RISQUEZ, C. / HORNOS, F. (1992): Las necrópolis ibéricas en la Alta Andalucía. En: Blánquez y

Antona del Val (eds.) *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis*. UAM. Pp.: 397-430.

RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1997): Desarrollo y consolidación de la ideología aristocrática entre los iberos del Sur. En: *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura* (Roma 11-13 Noviembre, 1993). Coloquio Internacional. *Serie Varia*, 3. UAM. Pp.: 61-71.

– (1998): Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales. *Saguntum Extra*,1. Actas del Congreso Internacional «Los iberos, principes de occidente». Pp.: 289-300. Valencia.

– (en prensa): Necrópolis ibéricas y estructura social. En: *Paisajes funerarios en la cultura ibérica. III Curso de Arte y Arqueología Ibérica*.Segura de la Sierra, Marzo 2001.

RUIZ-ZAPATERO, G. / CHAPA BRUNET, T. (1990): La arqueología de la muerte: perspectivas teórico-metodológicas. *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*. Pp.: 357-373. Zaragoza.

SAÏD, S. (1998): Tombes épiques d'Homère a Apollonios. En: Marchegay, S. / Le Dinahet, M. / Salles, J.F. (eds.). *Nécropoles et pouvoir. Idéologies, pratiques et interpretations. Actes du colloque Théories de la necropole antique, Lyon 21-25 janvier 1995. Travaux de la Maison de l'Orient Méditerranéan*, 27: 9-20.

SALA SELLÉS, F. (1996): Algunas reflexiones sobre la fase antigua de la Contestania Ibérica: de la tradición Orientalizante al período clásico. *AAC*, 7: 9-32.

SALA SELLÉS, F./ HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. (1998): La necrópolis de El Puntal (Salinas, Alicante): aspectos funerarios ibéricos del s. IV a.C. en el corredor del Vinalopó. *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló*, 19: 221-267.

SALA SELLÉS, F. / LÓPEZ PRECIOSO, F.J. (1995): El poblado Orientalizante de los Almadenes (Hellín, Albacete). En: Blánquez, J. (Ed.): *El mundo ibérico en los albores del año 2000*. Pp.: 186-191.

SÁNCHEZ, J. / MAYORAL, V. / CHAPA, T./ MADRIGAL, A. / PEREIRA, J. (1999): Arqueología de la arquitectura en la Cuenca Alta del Guadalquivir. Cámaras funerarias y estructuras de habitación en época ibérica. En: *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo II. Primer milenio y Metodología*. Fundación Reí Afonso Henriques. Universidad de Alcalá de Henares. Pp.: 449-458.

SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (1992): *El comercio de productos griegos en Andalucía Oriental en los siglos V y IV a.C.: Estudio tipológico e iconográfico de la cerámica*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense.

– (1996): Códigos de lectura en iconografía griega hallada en la Península Ibérica. En: Olmos, R. (Ed.). *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Pp.: 73-85. Colección Lynx.

– (1997): Imágenes de la muerte en una tumba ibérica. *BMAN*, XV: 37-48. Madrid.

– (2000): Vasos griegos para los príncipes ibéricos. En: Cabrera, P. y Sánchez, C. (Eds.). *Los Griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Catálogo de la exposición del MAN. Pp.: 179-193.

SÁNCHEZ FERRER, F. (1989): *El alfar tradicional de Chinchilla de Montearagón*. Instituto de Estudios Albacetenses.

SÁNCHEZ GÓMEZ, M.L. / GONZÁLEZ REYERO, S. (1999): La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. *Revista de Arqueología*, 222: 40-47.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. (1947): Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete, de 1942 a 1946. *Informes y Memorias*, 15. Madrid.

– (1953): Llano de la Consolación (Albacete). La Torrecilla. Campaña de 1947. *NAH*, I, c 1-3: 92-96. Madrid.

SÁNCHEZ MESEGUER, J.L. / QUESADA SANZ, F. (1991): La necrópolis ibérica de Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia). *Congreso de Arqueología ibérica: Las necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid. Varia 1. Pp.: 349-396.

SÁNCHEZ MONTES, A. L. (2000): Proyecto formativo e inserción laboral relacionados con el Patrimonio Histórico. En: *I Congreso Internacional Ciudad, Arqueología y Desarrollo. La musealización de los yacimientos arqueológicos*. Alcalá de Henares. Pp.: 35-46.

SÁNCHEZ MORENO, E. (1996): Aproximación social a la Meseta Occidental prerromana: riqueza y jerarquización en la necrópolis de el Raso (sector el Arenal). Candeleda, Ávila. *CuPAUAM*, 23: 164-190.

SÁNCHEZ ORTEGA, D. (1995): *Los Llanos de Albacete: la tierra y el hombre. Un proceso histórico de realización humana. Su incidencia sobre el medio natural. Instituto de Estudios Albacetenses*. Serie 1, 83. Albacete.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, J. (1982): *Geografía de Albacete. Factores del desarrollo económico de la provincia y su evolución reciente*. Tomo I. Instituto de Estudios Albacetenses. Serie I, 12. Albacete.

SANDARS, H. (1913): The weapons of the Iberians. *Archaeologia*, 44: 205-294.

SANMARTÍ GREGÓ, E. (1978): La cerámica Campaniense de *Emporion* y *Rhode*. Barcelona.

– (1981): Las cerámicas de Barniz Negro y su función delimitadora de los horizontes ibéricos tardíos (siglos III-I a.C.). En *La Baja Época de la Cultura Ibérica*. Pp.: 163-181.

– (1992): Las necrópolis ibéricas en el área cata-lana. En: Blánquez y Antona (Eds.) *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis*. UAM. Pp.: 77-108.

SANMARTÍ GREGÓ, E. / SANTACADA, J. (1992): El poblat ibèric de Alorda Park (Calafell, Baix Penedés. Campanyes 1983-1988. *Excacions Arqueològiques a Catalunya*, 11. Barcelona.

SAN NICOLÁS PEDRAZ, MªP. / RUIZ BREMÓN, M. (2000): *Arqueología y Antropología Ibéricas*. UNED Ediciones.

SANTONJA ALONSO, M. / MONTERO RUIZ, I. (1985): Necrópolis de el Cigarralejo, Mula (Murcia). Estudio osteológico y paleopatológico (primera parte). *BAEAA*, 21: 46-57.

– (1985-86): Necrópolis ibérica de el Cigarralejo. Estudio anatómico y métrico (I). *BAEAA*, 22: 28-36.

– (1989): Revisión de las técnicas en osteología, a la luz de su estudio, en la necrópolis de el Cigarralejo. *BAEAA*, 27: 51-60.

– (1992): Valores métricos de los restos óseos cremados en las necrópolis ibéricas de el Cigarralejo, Pozo Moro y Los Villares. *BAEAA*, 32: 32-36. Madrid.

– (1998): La osteología . *BAEAA*, 38: 227-237.

SANTOS ESTÉVEZ, M. / PARCERO OUBIÑA, C. / CRIADO BOADO, F. (1997): De la arqueología simbólica del paisaje a la arqueología de los paisajes sagrados. *TP*, 54(2): 61-80.

SANTOS VELASCO, J.A. (1989): Análisis social de la necrópolis ibérica de el Cigarralejo y otros contextos funerarios de su entorno. *AEspA*, 62: 71-100. Madrid.

– (1994a): *Cambios sociales y culturales en época ibérica el caso del sureste*. Colección Gran Estudio. Madrid.

– (1994b): Reflexiones sobre la sociedad ibérica y el registro arqueológico funerario. *AEspA*, 67: 63-70.

– (1996): Sociedad ibérica y cultura aristocrática a través de la imagen. En: Olmos, R. (Ed.). *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*. Pp.: 115-130. Madrid.

– (1997): Imagen y territorio en época ibérica en el Bajo Segura. En: Blánquez, J. (Ed.). *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura* (Roma 11-13 Noviembre, 1993). Coloquio Internacional. *Serie Varia*, 3. UAM. Pp.: 249-259

– (1998): Los Iberos: entre la consolidación de las élites y el surgimiento del Estado. *Saguntum Extra*, 1. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de occidente. Pp.: 399-404. Valencia.

SANZ GAMO, R. (1980): Historia de la investigación arqueológica en la provincia de Albacete. *Centro de Albacete de la Universidad Nacional de Educación a Distancia*. Pp.: 171-184.

– (1993): Sobre la cronología de la sepultura del Cerro de la Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete). *Patina*, 6: 20-28. Madrid.

– (1995): El poblamiento rural del área de Balazote (Albacete) a la luz de las últimas investigaciones. En: Noguera, J.M. (Ed.): *Poblamiento rural romano en el sureste de Hispania*. Actas de las Jornadas de Jumilla 1993. Pp.: 339-356.

– (1997): *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: Los siglos de transición*. Instituto de Estudios Albacetenses. Serie I- Estudios, 93. Albacete.

SANZ GAMO, R. / GUTIÉRREZ LLORET, S. (1991): Romanos, visigodos y musulmanes. *Albacete en su historia*. Pp.: 53-71.

SANZ GAMO, R. / LÓPEZ PRECIOSO, J. (1994): Las necrópolis ibéricas de Albacete. Nuevas aportaciones al catálogo de escultura funeraria. *REIb*, 1: 203-46.

SANZ GAMO, R. / LÓPEZ PRECIOSO, J. / SORIA COMBADIERA, L. (1992): *Las fíbulas de la provincia de Albacete*. Instituto de Estudios Albacetenses. Serie I - Estudios, 66. Albacete.

SAXE, A. (1970): *Social dimensions of mortuary practices in a Mesolithic population from Wadi Halfa, Sudan*. Tesis doctoral inédita. Departmente of Anthropology. Michigan University.

SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel Madrider Forschungen*, 3. Vol. 1 y 2. Berlín.

SCHWALLER, M. / MARCHAND, G. / LEJARS, T. / ORLIAC, D. / RAPIN, A. / SANMARTÍ, A. (2001): Échanges, influences, productions dans la nécropole du deuxième âge du Fer d'Enserune (Hérault). *Documents d'Archéologie méridionale*, 24: 173-184.

SCHWEYER, A.V. (1998): Les monuments funéraires de Xanthos. *Dossiers d'Archeologie, 239:30-37.*

SELVA INIESTA, A. / JORDÁN MONTES, J.M. (1988): Notas sobre la red viaria romana en la comarca de Hellín- Tobarra (Albacete). En Gonzalez Blanco, A. (Ed.): *Vias romanas del sureste*. Pp.: 85-99.

SENENT, J.J. (1930): Excavaciones en la necrópolis de El Molar. *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 107. Madrid.

SHANKS, M. / TILLEY, C. (1982): Ideology, simbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic mortuary practices. Hodder, I. (Ed.) .*Simbolic and structural archaeology*. Pp.: 129-154. C.U.P.

– (1989): Archaeology into de 1990s. *Norw. Arch. Rev*, 22(1): 1-38.

SILLIÈRES, P. (1977): Le «Camino de Anibal». Itineraire des gobeletes de Vicarello, de Castulo a *Saetabis*. *Mélanges de la Casa de Velásquez*, XIII: 31-83.

– (1982): Une grande route romaine menant á Carthagène: le voie *Saltigi-Carthago Nova*. *Madrider Mitteilungen*, 23: 247-257.

SIMÓN GARCÍA, J.L. (2001): *En el umbral del más allá. Una tumba ibérica d'Elx. Catálogo de la exposición. Ayuntamiento de Alicante.*

SIERRA DELAGE, M. (1995): El poblado ibérico de Fuente de la Mota (Barchín del Hoyo, Cuenca). En: Blánquez, J. (Ed.): *El mundo ibérico en los albores del año 2000*. Pp.: 218-223.

SNODGRASS, A. (1967): *Arms and harmour of the Greeks*. Londres.

– (1998): Rural burial in the world of cities. En: *Marchegay, S. / Le Dinahet, M. / Salles, J.F. (eds). Nécropoles et pouvoir. Idéologies, pratiques et interpretations. Actes du colloque Théories de la necropole antique, Lyon 21-25 janvier 1995. Travaux de la Maison de l'Orient Méditerranéan*, 27: 37-41.

SORIA COMBADIERA, L. (1997): *El horizonte ibérico de El Castellón. (Hellín y Albatana, Albacete)*. I.E.A. Serie I- Estudios, 96. Albacete.

– (1998): *La cultura Ibérica en la provincia de Albacete. Génesis y evolución a través del estudio del poblamiento*. Universidad de Castilla-La Mancha. Tesis Doctorales.

– (2002): La estructuración del territorio albacetense durante el ibérico pleno (ss. V-III a.C.). Los grandes asentamientos y su distribución e el espacio. En: *II Congreso de Historia de Albacete*, vol I: Arqueología y Prehistoria. IEA. Albacete. Pp.: 137-144.

SPARKES, B. / TALCOTT, L. (1970): *The Athenian Agora*. Vol. XII. Parts 1-2. Princeton, New Jersey.

SPARKES, B. (1998): *Greek civilization: an introduction*.

STARY, P.F. (1989): Eisenzeitliche wagengräber auf der Iberischen Halbinsel. *Madrider Mitteilungen*, 30: 151-183.

– (1994): *Zur Eisenzeitliche Bewaffnung und Kampfesweise auf der Iberischen Halbinsel, Madrider Forschungen*, 18. Berlín.

STONE, P.G. / PLANEL, P.G. (1999): *The Constructed Past. Experimental archaeology, education and the public*. Routledge. Londres.

TAINTER, J.A. (1978): Mortuary practices and the study of Prehistoric social systems. *Advances in Archaeological Method and Theory*, 1: 105-141.

TALLÉS, A.B. / ZAPATA DE LA VEGA, J. (1987): Artesanías

de la provincia de Segovia. *Etnografía Española*, 6: 233-240.

TORELLI, M. (1996): *Historia de los Etruscos*. Barcelona. Crítica.

TORRES ORTIZ, M. (1996): La cronología de los túmulos A y B de Setefilla. El origen del rito de la cremación en la cultura tartésica. *Complutum*, 7: 147-162.

– (1999): Interacción entre fenicios e indígenas en el suroeste peninsular: las prácticas funerarias. En: *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo II. Primer milenio y Metodología*. Fundación Reí Afonso Henriques. Universidad de Alcalá de Henares. Pp.: 191-199.

TORTOSA ROCAMORA, T. (1996): Imagen y símbolo en la cerámica ibérica del SE de la Península. En: Olmos, R. (Ed.): *La sociedad ibérica en el espejo de su imagen*. Pp.: 163-176. Madrid.

– (1998): Los grupos pictóricos en la cerámica del Sureste y su vinculación al denominado estilo Elche-Archena. *Saguntum Extra*, 1. Actas del Congreso Internacional «Los iberos, príncipes de occidente». Pp.: 207-216. Valencia.

TRÍAS DE ARRIBAS, G. (1967): *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*. 2 vol. Valencia.

TRILLMICH, W. (1990): Early Iberian sculpture and Phocaean Colonization. *Proceedings of the First Australian Congress of Classical Archaelogy held in honour of Em. Prof. Trendall*. Pp.: 607-11. Oxford.

URBINA, D. / URQUIJO, C. (2002): Plaza de Moros. Un proyecto de gestión del Patrimonio Arqueológico. *Revista de Arqueología*, 254: 58-63.

URIARTE GONZÁLEZ, A. (1998): La conciencia evadida la conciencia recuperada. Diálogos en torno a la Arqueología de la mente y su aplicación al registro funerario ibérico. La necrópolis de Baza. *Tesis de Licenciatura* del Departamento de Prehistoria de la U.C.M.

VAQUERIZO GIL, D. (1989): Armas de hierro procedentes de la necrópolis ibérica de los Collados (Almedinilla, Córdoba). *Saguntum*, 22: 225-266.

VAQUERIZO GIL, D. (1988-89): Ensayo de sistematización de la cerámica ibérica procedente de las necrópolis de Almedinilla, Córdoba. *Lucentum*, VII-VIII: 103-133.

VAQUERIZO GIL, D. / QUESADA SANZ, F. / MURILLO REDONDO, J.F. (1992): La cerámica ibérica del «Cerro de la Cruz» (Almedinilla, Córdoba). *AAC*, 3: 51-112.

VALENCIANO PRIETO, Mª. C. (1998): Llano de la Consolación. El renacer de una necrópolis olvidada. *Revista de Arqueología*, 212: 18-28.

– (1999): La Necrópolis Ibérica del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete). Una revisión crítica. En: *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo II. Primer milenio y Metodología*. Fundación Reí Afonso Henriques. Universidad de Alcalá de Henares. Pp.: 441-447.

– (2000): *El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete). Revisión crítica de una necrópolis ibérica del Sureste de la Meseta*. Instituto de Estudios Albacetenses.

VALERO TÉVAR, M.A. (1999): La necrópolis tumular de la Punta del Barrionuevo. Iniesta, Cuenca. En: *Iªs Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*. Iniesta (Cuenca) 2-4 Mayo 1997. Pp.: 181-208.

VÉLEZ RIVAS, J. / PÉREZ AVILÉS, J. (1999): Oretanos en la Meseta sur. El yacimiento ibérico del Cerro de las Cabezas. *Revista de Arqueología*, 213: 46-55.

VICENTE REDÓN, J. / HERCE SAN MIGUEL, A.I. / ESCRICHE JAIME, C. (1984): Dos hornos de cerámica de época ibérica en «Los Vicarios» (Valdecebro, Teruel). *Kalathos*, 3-4: 311-372.

VIDAL DE BRANDT, M. (1973): La iconografía del grifo en la península ibérica. *Pyrenae*, 9: 7-151.

VIDAL FERRÚS, X. / MARTÍ BONAFÉ, MªA. / MATA PARREÑO, C. (1997): La cerámica ibérica de la segunda mitad del s.V a.C. en los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia): Formas y decoraciones. *Recerques del Museu d'Alcoi*, 6: 49-59.

VILASECA I ALTRES (1963): La necrópolis de Can Canyís. *TP*, VIII. Madrid.

VILA VALENTI, J. (1962): El *Campus Spartarius. Homenaje a C. De Margelina*. Universidad de Murcia.

VV.AA. (1993): *Guía práctica de la cantería*. Escuela Taller de Restauración Centro Histórico de León.

VVAA. (1995): *Proceedings The Importance of Ironmaking. Technical innovation and Social Change*. Estocolmo 1995.

VVAA. (1999): *Iª Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*. Iniesta (Cuenca), 2-4 Mayo 1997. Toledo.

WAGNER, C.G. (1986): Notas en torno a la aculturación en Tartessos. *Gerión*, 4: 129-160.

– (1995): Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el Suroeste de la Península Ibérica. *TP*, 52(1): 109-126.

WAHL, J. (1982): Leichenbranduntersuchungen. Ein Überblick über die Bearleilungs und Aussagemóglichkeiten von Brandgräbern. *Prähistorische Zeitschritt*, 57, 1-2: 1-125.

– (1984): Zur Technick der Leichenverbrenung II. Vorbereitung der Leiche und Behandlung der Knochenreste andhand ethnologischer Quellen. *Archäologisches Korrespor*.

WELINDER, S. (1988-89): An experiment with the analysis of sex and gender of cremated bones. *TOR*, 22: 29-41.

WILLIAMS, H. (1998): Monuments and the past in early Anglo-Saxon England. *World Archaeology*, 30(1): 90-108.

WHITE, K.D. (1984): *Greek and Roman Technology*. Thames and Hudson. Londres.

ZANNINI QUIRINI, B. (1991): El más allá en las religiones del mundo clásico. En: Paolo Xella (Ed.) *Arqueología del infierno*. Pp.: 225-247.

ZUAZO Y PALACIOS, J. (1917): *Trabajos arqueológicos en Montealegre del Castillo (Albacete)*. Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Congreso de Sevilla. Madrid.

ABREVIATURAS DE REVISTAS E INSTITUCIONES

AAC:	Anales de Arqueología Cordobesa.
AnPAUM:	Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia.
APL:	Archivo de Prehistoria Levantina.
AespA:	Archivo Español de Arqueología.
AUM:	Anales de la Universidad de Murcia.
BAEAA:	Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología.
BAR IS:	British Archaeological Reports. International Series.
BAR BS:	British Archaeological Reports. British Series.
BIEG:	Boletín del Instituto de Estudios Gienenses.
BMAN:	Boletín del Museo Arqueológico Nacional
BPH:	Bibliotheca Praehistorica Hispana
CNA:	Congreso Nacional de Arqueología.
CSIC:	Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
CUP:	Cambridge University Press.
CuPAUAM:	Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid.
EAE:	Excavaciones Arqueológicas en España.
IEA:	Instituto de Estudios Albacetenses.
MM:	Madrider Mitteilungen.
NAH:	Noticiario Arqueológico Hispánico.
Norw.Arch.Rev:	Norwegian Archaeological Review.
RAH:	Real Academia de la Historia.
REIb:	Revista de Estudios Ibéricos.
SIP:	Servicio de Investigaciones de la Excelentísima Diputación Provincial de Valencia.
SPAL:	Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla.
STV:	Serie de Trabajos varios del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia.
TMAI:	Trabajos del Museo de Arqueología de Ibiza.
TP:	Trabajos de Prehistoria.
UAM:	Universidad Autónoma de Madrid.

APÉNDICE I

ESTUDIO ANATÓMICO, ANTROPOLÓGICO Y PALEOPATOLÓGICO DE LOS RESTOS CREMADOS

por
JOSÉ MANUEL REVERTE COMA *

El cuadro resumen que presentamos sobre los restos cremados de Pozo Moro está basado en la información publicada por J.M. Reverte (1985). Se han detectado algunos errores al no coincidir algunos datos de las tablas con los de los análisis, por lo que se han modificado para que coincidan.

Hay que tener en cuanta que se trata de un estudio realizado hace 20 años y que no se ha pedido una contrastación de la información a otro profesional como se hizo en Castellones de Céal, obteniendo resultados muy dispares (Chapa *et al.* 1998), por lo que las conclusiones obtenidas en lo que a Pozo Moro se refiere hay que tomarlas con ciertas reservas.

A continuación exponemos las conclusiones a las que Reverte llegó en su estudio de la necrópolis de Pozo Moro.

CONCLUSIONES GENERALES

Los restos incinerados procedentes de la Necrópolis ibérica de Pozo Moro (Albacete) corresponden a una población de 42 individuos, distribuidos entre 21 varones, 11 hembras, un sujeto de sexo dudoso [1] y 10 niños menores de cinco años.

Las características biotipológicas y paleodemográficas de esta población puede resumirse en los siguientes puntos:

1. Varones fornidos, con fuertes masas musculares en extremidades inferiores, índices de platicnemia compatibles con personas sometidas a gran esfuerzo muscular en su mayor parte, relativo a extremidades inferiores. En algún caso el índice cnémico fue menor del hallado en los propios Hombres de Neandertal.

2. Las estaturas, aunque con amplio margen, debieron estar comprendidas entre 1,60 a 1,67 m. para varones adultos y entre 1,50 y 1,55 para mujeres adultas.

3. Las mujeres presentan caracteres musculares muy distintos, predominando la delgadez, la delicadeza, la escasez de masas musculares y la gracilidad.

4. La textura de los huesos y su resistencia a la cremación indica fuertes esqueletos, bien calcificados y una dieta rica en sustancias minerales y vitamina D, fijadora del calcio.

5. La mortalidad infantil debió ser alta, lo que producía una verdadera selección natural, sobreviviendo los más fuertes. Por ello, las huellas que han quedado en los huesos quemados indican una población varonil especialmente fuerte.

6. Se ha observado en dos ocasiones marcada separación de las órbitas y amplia raíz nasal, lo que puede ser una característica de esta población.

7. La dieta debió de contener alguna o algunas sustancias abrasivas dentales, quizás partículas procedentes de piedras o sistemas de moler los cereales a mano sobre molinos de piedra. Estas partículas desprendidas del molino al mezclarse con las harinas podrían hacerlas altamente abrasivas. También es probable que las aguas de bebida tuviesen un escaso

* Profesor de Medicina Legal, Antropología Médica y Paleopatología de la Universidad Complutense de Madrid.

[1] Dada la dificultad de adscripción sexual en las cremaciones, llama la atención que sólo exista un individuo de sexo dudoso.

TUMBA	EDAD	SEXO	PATOLOGÍA	PESO
Bustum Mn	50-55	V	Artrosis	3
1H1 (U)	50-60/1-2	H/niño		72
3F4 (U)	30-40	V	Torus palatino	982
3F7 (U)	25-30	V	Sutura metópica	308
3G3 (U)	40-45	V		17
4C2 (U)	40-50	V	Artrosis	289
4C3 (U)	1-2	Niña	Anemia	125
4C4 (U)	30-35/2-3	H/niño		658
4C5 (U)	40-45	H/niño	Caries,artrosis	563
			osteítis	
4D1 (U)	12-15	Niña?		19
4D3 (C)	30-40	V		29
4D5 (U)	40-50	V	Artrosis	1.274
			Abrasión dental	
4F2 (U)	40-45	V?		85
4F3 (U)	30-40	H		318
4G1(U)	25-30	V		99
4H6 (U)	1-2	Niño		288
5D1 (C)	50-60	H		181
5D4 (C)	40-45	V?	Abrasión dental	73
5D4 (U)	35-45	H?		131
5D5 (B)	25-30	H	Torus mandibular	50
5D5 (U)	10-12/1-2	Niño/niño		838
5D6 (U)	30-40/1-2	H/niño	Caries	1.043
5E5 (C)	30-40	V		17
5F2 (C)	30-40	?		52
5F3 (U)	40-45	V		224
5F4 (B)	30-40/1-2/50	V/Niño/V		402
5F5 (C)	2-5	Niño?		38
5G1 (C)	35-45	V		165
5G2 (C)	30-35/2-3	H/niño		60
6E1 (U)	45-50	V?	Platicnemía	585
6F1 (C)	30-40	V		569
6F3 (U)	30-40	H?		51
8E1 (U)	35-45	V		265
8E2 (U)	0-1	Niño		17

TOTAL	32		18V/10H/12N		9890
			=41		Media 290,88

FIGURA 10.1: *Cuadro resumen del estudio antropológico de la necrópolis ibérica de Pozo Moro (Basado en Reverte 1995).*

o nulo contenido en flúor o que la población padeciese algún tipo de parositosis intestinal, o que simplemente las aguas de bebida fuesen alterantes del esmalte, así como algún tipo de fruta que incluyesen en su dieta.

8. La expectativa de vida parece baja en esta población. De 43 sujetos que comprende la muestra, 10 eran niños menores de cuatro a cinco años, lo que supone el 23,25 por 100, casi la cuarta parte de esta población había muerto antes de los 4 años.

Entre los diez y los veinte años hay dos sujetos lo que puede interpretarse como que el 4.65 por 100 de la población adolescente no llegaba a los veinte años.

En el grupo de sujetos comprendidos entre los veinte y los treinta años, sucede lo mismo: el 4.65 por 100 no llegaba a los treinta años.

La población comprendida entre los treinta y los 40 años esta representada por 16 sujetos, lo que supone el 37 por 100 de la muestra. Esto quiere decir que el 37.20 por 100, es decir más del tercio de la población no llegaba a los cuarenta años.

La población de cuarenta a cincuenta años está representada por ocho sujetos, es decir, el 18,60 por 100 del total.

Solamente sobrepasaban la barrera de los cincuenta años cuatro sujetos, o sea un 9,30 por 100 de la población estudiada, es decir, casi un 10 por 100 pasaba los cincuenta años, todo lo que parece mostrar que estas poblaciones tenían una expectativa de vida muy baja. Aunque la muestra no es muy amplia, creemos que puede ser indicativa del estado paleodemográfico de los íberos cuando puedan cotejarse con otros grupos de la misma cultura.

9. En cuatro casos se pudo comprobar la asociación de mujer y niño de uno y dos años cremados conjuntamente. En tres de estos casos, la edad de la mujer estaba comprendida entre los treinta y los treinta y cinco años de edad y en un caso sobrepasaba los cincuenta años.

No puede pensarse en los tres primeros casos en una muerte consecutiva al parto por tratarse de niño de más de un año de edad, pero hay que pensar en algún modo que se trata de madre e hijo, excepto en el de la mujer de más de cincuenta años en cuyo caso podría tratarse de asociación abuela-nieto. Esto es indicio de que se quemaba conjuntamente a familiares fallecidos casi al mismo tiempo. Y la frecuencia de tales asociaciones nos hace pensar en alguna enfermedad infecciosa aguda que terminase con la vida de la madre y del hijo, sin descartar la posibilidad de alguna forma de eutanasia o sacrificio del hijo ante la muerte de la madre, lo que es una posibilidad.

10. Mortalidad y morbilidad: *Causas de muerte, enfermedades.*

Entre las enfermedades detectadas entre los restos óseos señalaremos la caries dental, seguida de posible periodontitis y abscesos alvéolodentarios que hacían perder parte de la dentadura antes de los treinta y cinco a cuarenta años. Sin embargo, había dentaduras muy resistentes, lo que puedo ser indicio de distintos patrones genéticos (población mixta).

La existencia de un torus palatino y un torus mandibular son indicios de factores irritativos en la dieta con un fondo también genético previo o producto de la mala dentadura. Parecen frecuentes los procesos artrósicos degenerativos, generalmente entro los cuarenta y cincuenta años de edad, localizados en articulaciones de la columna vertebral (cervical dorsal y lumbar), en la rodilla y articulación coxofemoral y en la articulación del hombro (escápulo-humeral). En cinco casos se pudo constatar la existencia de tales procesos degenerativos, así que por lo menos el 11,62 por 100 de la población de mayor edad tenía tendencia a padecer procesos artrósicos articulares, lo que se aproxima bastante al 18 por 100 de la población comprendida entre los cuarenta y los cincuenta años, que es precisamente donde se manifiesta casi siempre este tipo de enfermedad, con la excepción de una mujer comprendida entre treinta y cuarenta años, que presenta poliartropatías con localización en columna cervical y sacra y, más rara, en articulación témporo-maxilar, lo que tuvo que producirle intensas molestias en la masticación de los alimentos.

En un caso se detectó cribra orbitalia, lo que está en relación con anemias tempranas, cuya causa puede ser variada, desde la infestación parasitaria anemizante al déficit vitamínicoo férrico en la dieta o debido a procesos anemizantes como el paludismo, por ejemplo. En otro caso se observó restos de antigua osteítis cicatrizada en peroné, quizás consecutiva a proceso traumático.

Las causas de muerte no se pueden establecer solamente con el estudio de los huesos, pero probablemente el índice de enfermedades infecciosas debió ser alto. La mortalidad infantil debió tener como causa principal las afecciones propias de la infancia (agudas) y quizás la forma de ser tratadas éstas.

11. Cremación:

Se han apreciado diferencias en el proceso de cremación de estos 42 cuerpos. Las más notables observadas han sido las siguientes:

a) La temperatura debió ser de 850 a 950ºC [2], máxima que puede obtenerse con la combustión de maderas como el *Quercus ilex* (encina Mediterránea), que se ha encontrado en varios casos, o el ciprés (*Juniperus sp*), que más bien puede haber sido acelerador de la combustión, así como ciertas retamas utilizadas para avivar también el fuego.

b) Los cuerpos debieron cremarse sobre la tierra o en hoyos excavados en ésta. La impresión es que el cuerpo estuvo en posición decubito supino, bien colocado sobre la pira funeraria o bien entre dos capas de combustible. Una tercera posibi1idad es que fuese colocado sobre la tierra y la pira sobre el cuerpo. Sin embargo, la disposición de la colocación de los huesos por efecto del calor, los siempre escasísimos restos de la parrilla costal y la ausencia sistemática de esternón, la escasa cantidad en todos los casos de vértebras dorsales, lumbares y sacras, la escasa cantidad de huesos coxales y escápulas y el predominio de los huesos del cráneo y de las extremidades (especialmente de las diáfisis de los huesos largos), parece indicar que la acción más intensa del fuego siempre tuvo lugar sobre el tronco. Sin embargo, parece

[2] Según estudios realizados sobre las temperaturas alcanzadas en las cremaciones de época ibérica, no parece probable que estas fueran tan elevadas como sugiere Reverte.

discordante con el hecho de la escasísima presencia de restos de manos y pies. Ello podría explicarse en cuanto a las manos por la posición de estas sobre el pecho o el abdomen, cruzadas. Respecto a los pies, es más difícil el explicarlo, pero precisamente hemos hallado huesos astrágalos y calcáneos o metatarsianos sin combustión total, lo que parece concordarte con la suposición de que los pies quedasen a veces fuera del fuego principal.

Es seguro que una persona especializada vigilase el acto de la cremación y que de vez el cuando «arreglase» la descompuesta pira funeraria, empujando los restos que pudiesen quedar fuera en su periferia, hacia el centro, sobre la brasa. Este puede haber sido el caso de los pies. Los huesos largos de las extremidades, por su mayor consistencia y por estar protegidos por mayores masas musculares, parece lógico que hayan resistido más el efecto de la combustión, y por ello están más representados en estas cremaciones.

c) Es indudable que la cremación del cuerpo de un niño de uno a dos años exigió menos material combustible que el cuerpo de un adulto. Los huesos infantiles sufren un proceso de calcinación que permite distinguirlos de los del adulto con bastante facilidad. Al existir menos materia orgánica en ellos suelen quedar de un color blanco lechoso muy característico, lo que unido a su escaso espesor permite su distinción bastante rápida entre los restos de un adulto.

d) Llama la atención el extremo cuidado que se ha tenido al recoger algunos restos cremados, que han quedado totalmente exentos de piedras, carbón o tierra, mientras otros vienen mezclados con tales sustancias a veces en cantidades notables, lo que puede también ser debido a la rotura de la urna en la mayoría de los casos. Esto hace pensar que había varias formas de recogerlos. Mientras en unos se debía utilizar algo parecido a una pala o recogedor, tomando indiscriminadamente huesos, tierra y piedras menudas calcáreas que suelen ser el hallazgo más frecuente, en otros se pudo hacer una auténtica criba, separando cuidadosamente todo resto de carbón, piedras o tierra, quizás siguiendo el sistema de «pick up», después de haberse enfriado el conjunto.

e) Parece indudable que el tiempo de duración de la cremación tampoco fue el mismo en todos los casos. A veces se prolongaba más y en otros se interrumpía. No podemos saber las razones, quizás porque se calculó mal el combustible o porque el sujeto fuese más obeso o más delgado o porque se utilizara un procedimiento rápido como el vertido de agua o tierra sobre la pira para apagar esta. Lo que es evidente es que o bien se esperaba el total enfriamiento y, por ende, la total combustión cosa que podría durar más de 24 horas, ya que con brasas no se podría recoger o bien se apagaba el fuego de alguna forma para proceder al enfriamiento rápido y la recogida subsiguiente.

f) En cuanto a la colocación de los restos, puede apreciarse que en varios casos han estado sobre la tierra o en contacto directo con ella y que aguas procedentes de fuertes lluvias, precipitaciones o aguas freáticas, han depositado una capa de lodo fino que ha llegado a formar un cuerpo con los fragmentos de hueso. A veces ha formado terrones o pegotes de barro sobre los fragmentos o rellenado las cavidades medulares de los huesos largos. En otros casos, los huesos han estado en contacto directo con el carbón vegetal que sirvió para su cremación, sin haber sido separados de él, adquiriendo con el tiempo el color de éste y aun en otros han permanecido totalmente aislados y en este caso han permanecido muy limpios.

g) Es evidente que sobre el cuerpo o sobre la pira se depositaron ofrendas destinadas a ser quemadas junto con él y otras que se colocaban en torno a la urna y no eran destinadas a ser destruidas.

h) Es posible que hubiese lugares especialmente dedicados a las cremaciones y siempre el mismo, ya que de vez en cuando aparece mezclado con alguna de las cremaciones estudiadas en Pozo Moro, restos aislados de otro cuerpo y a veces hasta de dos más, lo que parece indicar que aunque se procediese a la limpieza de tales lugares o fosas crematorias (*ustrina*)[3] siempre cabía la posibilidad de que no fuese totalmente, y por ello algún resto de un cadáver anterior pasase a formar parte del siguiente. De ahí las discordancias que a veces se aprecian.

---

[3] Reverte sugiere la utilización de ustrina comunales, lo que explicaría la mezcla de restos óseos de diversos individuos, aunque nosotros lo tomamos con reservas dado que no han aparecido resto alguno de esos espacios de cremación.

APÉNDICE II

ESTUDIO DE LOS RESTOS PALEONTOLÓGICOS DE LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE POZO MORO (CHINCHILLA, ALBACETE)

por
ARTURO MORALES MUÑIZ *

1. INTRODUCCIÓN

Son prácticamente inexistentes los estudios específicos sobre los restos óseos de animales en las necrópolis ibéricas, aunque se hace referencia a su existencia informando sobre su carácter de ofrendas en varias ocasiones.

El que a continuación desarrollamos es un estudio inédito que incluimos en este anexo para completar la información disponible sobre la necrópolis de Pozo Moro.

2. ESTUDIO PALEONTOLÓGICO DE POZO MORO.

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo se estudian los restos de interés paleontológico extraídos por Don Martín Almagro Gorbea en la excavación arqueológica realizada en el poblado ibérico de Pozo Moro, en la provincia de Albacete. Desearía ahora extender mi gratitud al Dr. Almagro por su amabilidad al permitirme estudiar este material.

Los restos aquí hallados se componen únicamente de mamíferos que distinguimos dentro de dos fracciones distintas: por una parte tenemos un grupo procedente de unas urnas de incineración que al parecer es de un periodo que oscila entre los años 350 y 300 a.C. Todos estos huesos son de individuos jóvenes. La segunda fracción viene de un nivel revuelto y parece ser del 490-450 a.C. al 400 a.C. Este material lo constituyen animales adultos.

* Departamento de Zoología de la Universidad Complutense de Madrid.

2.1. COMPOSICIÓN FAUNÍSTICA

La fauna la componen un total de 199 restos identificables. El número de fragmentos no identificados asciende a 21. El número mínimo de individuos (NMI) es de 7. las especies representadas en esta muestra son las siguientes:

Sus scrofa
Ovis aries
Capra hircus
Bos taurus
Cervus elaphus

2.2. DESCRIPCIÓN PALEONTOLÓGICA

Sus scrofa, L.

El único ejemplar de esta especie se encontró en la tumba 3F6. Se trata de un ejemplar muy joven, de unas seis semanas de edad, ya que aún no muestra ningún molar y sus premolares posteriores no son plenamente funcionales. Los restos de este cochinillo ascienden a 83, pues el cráneo se halla muy fragmentado. Resulta curioso, no obstante, que entre este elevado número de huesos no aparezca ninguna vértebra. Es imposible decir si este animal pertenece al jabalí o a la forma doméstica.

Ovis aries, L

La oveja aparece en dos incineraciones representadas por un mínimo de tres individuos, todos jóve-

ESPECIE	CUADRÍCULA 3D	INCINERACIÓN 3F6	INCINERACIÓN 4F8	INCINERACIÓN 4F9
Sus scrofa		83 fragmentos = 1 individuo		14 fragmentos = 2 individuos
Ovis aries			1 individuo	2 fragmentos = 1 individuo
Capra hircus				49 fragmentos
Ovis/Capra				
Bos taurus	1 individuo			
Cervus elaphus	48 fragmentos =1 individuo			

FIGURA 10.2: *Distribución de los restos animales de Pozo Moro.*

nes. En la incineración 4F9 [1] podemos distinguir además dos animales de distinta edad, un cordero menor de tres o cuatro meses, con la epífisis distal del húmero izquierdo sin soldar, y otro ejemplar de más de tres o cuatro meses con la epífisis distal de húmero derecho soldada. Por otra parte, en la incineración 4F8 se encontró un radio derecho de otro corderito. Las piezas mensurables de estos animales jóvenes no aportan datos para el análisis comparativo de estructuras, por lo que no he realizado ninguna medición en ellas.

Capra hircus, L.

Solamente dos metacarpianos, uno derecho y el otro izquierdo, de esta especie han sido hallados en la incineración 4F9. Todo parece indicar que se trata de un mismo ejemplar. Tanto las epífisis proximales como las distales se han separado de la Diáfisis y además, la sutura medial que divide a ambos elementos del hueso caña, se halla aún muy abierta. No encontré datos cronológicos definitivos a este respecto, aunque parece ser que el animal en cuestión debió tener escasas semanas de vida. Ha sido realmente afortunado el haber hallado estos huesos precisamente, pues si ya de por sí la diferenciación postcraneal interespecífica de la cabra y la oveja resulta difícil en animales adultos, en jóvenes el problema se acentúa.

Oveja/Cabra

De no haber sido por los metacarpianos anteriormente mencionados, todos los bóvidos de la incineración 4F9 hubiesen sido catalogados como oveja. Los 49 restos que incluyo en esta sección se componen principalmente de huesos en los que no ha sido posible una diferenciación específica (costillas, Diáfisis fragmentadas y vértebras).

Bos taurus, L

Tan sólo una porción distal de tibia de vaca ha sido hallada en el nivel de deshecho. Se trata de un animal adulto, por lo que se han realizado las siguientes mediciones para posteriores comparaciones:

Tibia

1. Anchura subarticular .... 56,7 mm.
2. Anchura distal articular .... 43,5 mm.
3. Anchura mínima de la diáfisis .... 32,2 mm.
4. Grosor distal .... 45,4 mm.

Con estas medidas en cuestión vemos que se trata de un animal de talla intermedia, aunque robusto (debido al valor relativamente de su anchura mínima de la Diáfisis), quizás algo parecido a nuestra raza murciana actual, aunque esto ya sería salirse de los límites de nuestro análisis. El hueso ha sido quemado.

Cervus elaphus, L.

Los numerosos restos de ciervo del nivel de deshecho pertenecen, en realidad a un solo animal. Es una cierva adulta cuyo cráneo ha sido fragmentado, probablemente *post-mortem*, y algunas de las piezas de su esqueleto apendicular fueron quemadas. El deterioro de los huesos impide su medición.

Incineración 3F6

Contiene un esqueleto casi completo, a excepción del cráneo y algunos huesos largos de la extremidad posterior de un cerdo o jabalí inmaduro.

4F incineración 8

Diáfisis de una tibia de cerdo o jabalí inmaduro

[1] Hay un error en la numeración de la tumba por parte de Arturo Morales ya que la sepultura 4F9 no existe. No podemos saber a que tumba hace referencia realmente por lo que la dejamos con esa denominación.

4F incineración 9 (huesos del interior de la urna)

Diáfisis de una tibia derecha y otra izquierda de cerdo o jabalí.

Oveja
- Cuatro falanges
- Dos porciones de metacarpianos
- Dos fragmentos de una misma pelvis
- Un cuboide
- Diáfisis de un metacarpiano
- Astrágalo izquierdo
- Astrágalo derecho
- Dos porciones articulares de tibias izquierdas
- Porción de una tibia derecha

Oveja o cabra
- Dos porciones articulares de metatarsianos
- Dos Diáfisis de húmero
- Porción distal de fémur
- Pm2 y Pm3 superiores izquierdos
- Pm3 superior derecho
- Porción de una vértebra torácica

Cabra
- Metacarpiano derecho
- Pml inferior derecho
- M2 superior derecho
- M2 superior izquierdo

Rebeco
- M3 inferior derecho
- Hemimandíbula izquierda completa
- Porción articular de hemimandíbula izquierda

4F incineración 9

A causa de la fragmentación del material en esta zona, me resulta imposible determinar con exactitud la especie a la que los huesos pertenecen, ya que todos ellos parecen ser de un mismo individuo.

Cabra ú oveja
- Epífisis distal de un metatarsiano
- Porción calcáneo derecho
- Calcáneo izquierdo
- Primera falange
- Diáfisis de un húmero
- Diáfisis de un fémur

Existían igualmente, y con excepción de la incineración 3F6, abundantes esquirlas de huesos planos y costillas, así como fragmentos de Diáfisis.

En el informe antropológico realizado por Reverte que se incluye en el anexo I, también se hace referencia a algunos restos de huesos de animal mezclados con los restos humanos, que enumeramos a continuación:

4D incineración 3

5 gm. de astrágalo de ovicáprido

4F incineración 9

27 gm. de ovicáprido inmaduro

4H incineración 6

13 gm. de epífisis distal de hueso largo de un animal sin identificar.

2.3. Conclusiones

De todas las posibles inferencias que podemos efectuar con este escaso material sólo dos parecen inescapables y por ello son las únicas que aquí menciono:

1. Los huesos de la cuadrícula 3D, pertenecientes todos ellos a animales adultos y que presentan muestras de manipulación, deben constituir deshechos de comida.

2. Los huesos de las urnas de incineración, pertenecientes a individuos jóvenes y nunca presentan signos de manipulación, no son restos de comidas. Quizás representan una utilización secundaria de los animales, tales como una ofrenda o un culto de algún tipo.

2.4. Bibliografía

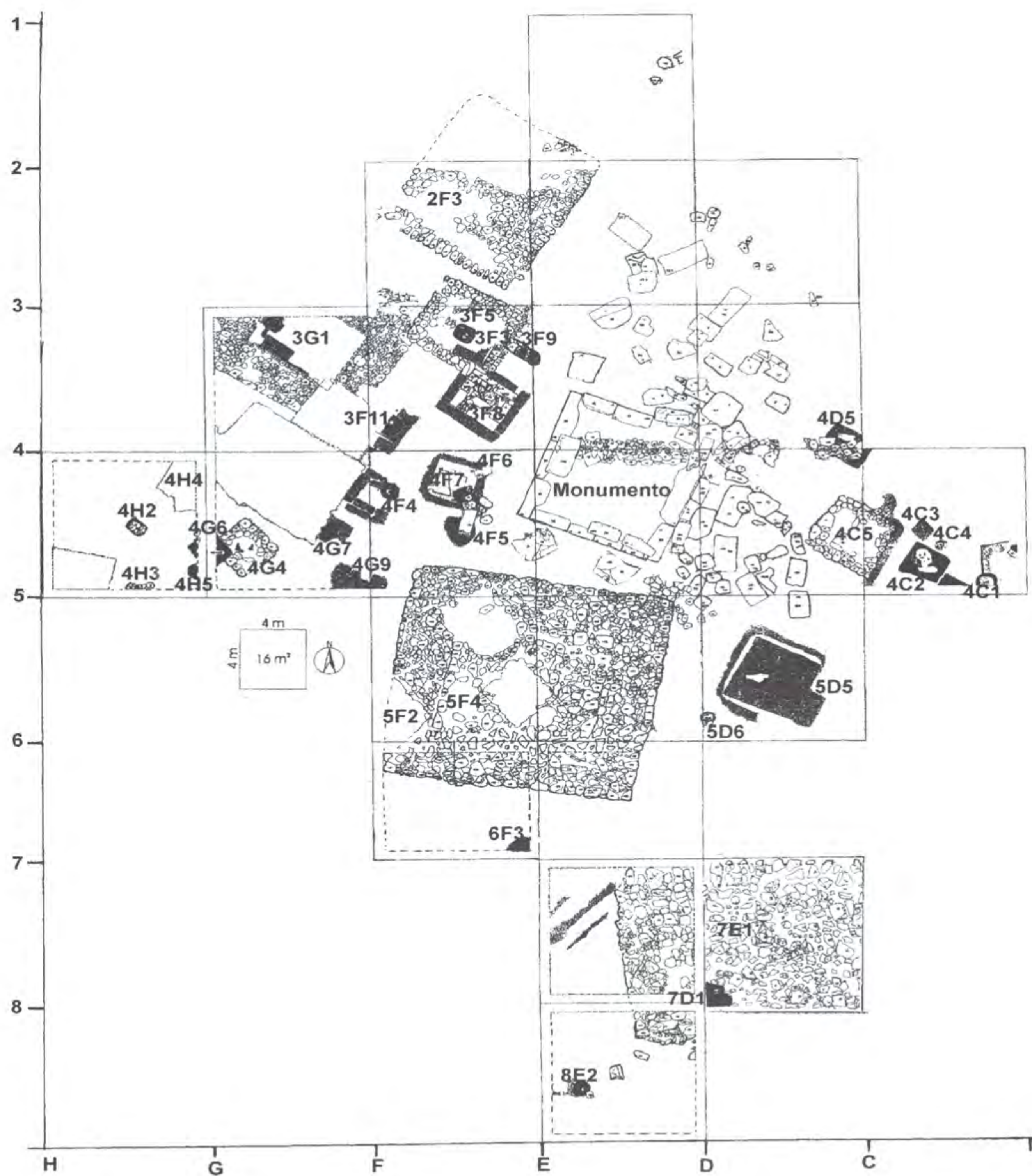
BOESSNECK, M. (1964): Osteologiscke Unterscheidungsmerkmale zwischen Shaf (Ovis aries, Linné) und Ziege (Capra hircus, Linné). *Kühn Archiv.* 78: 1-278.

KARL/ HEINZ/ HABERMEHL (1961): *Alterbes timmung bei haustieren, Pelztieren und beim jagbaren wild.*

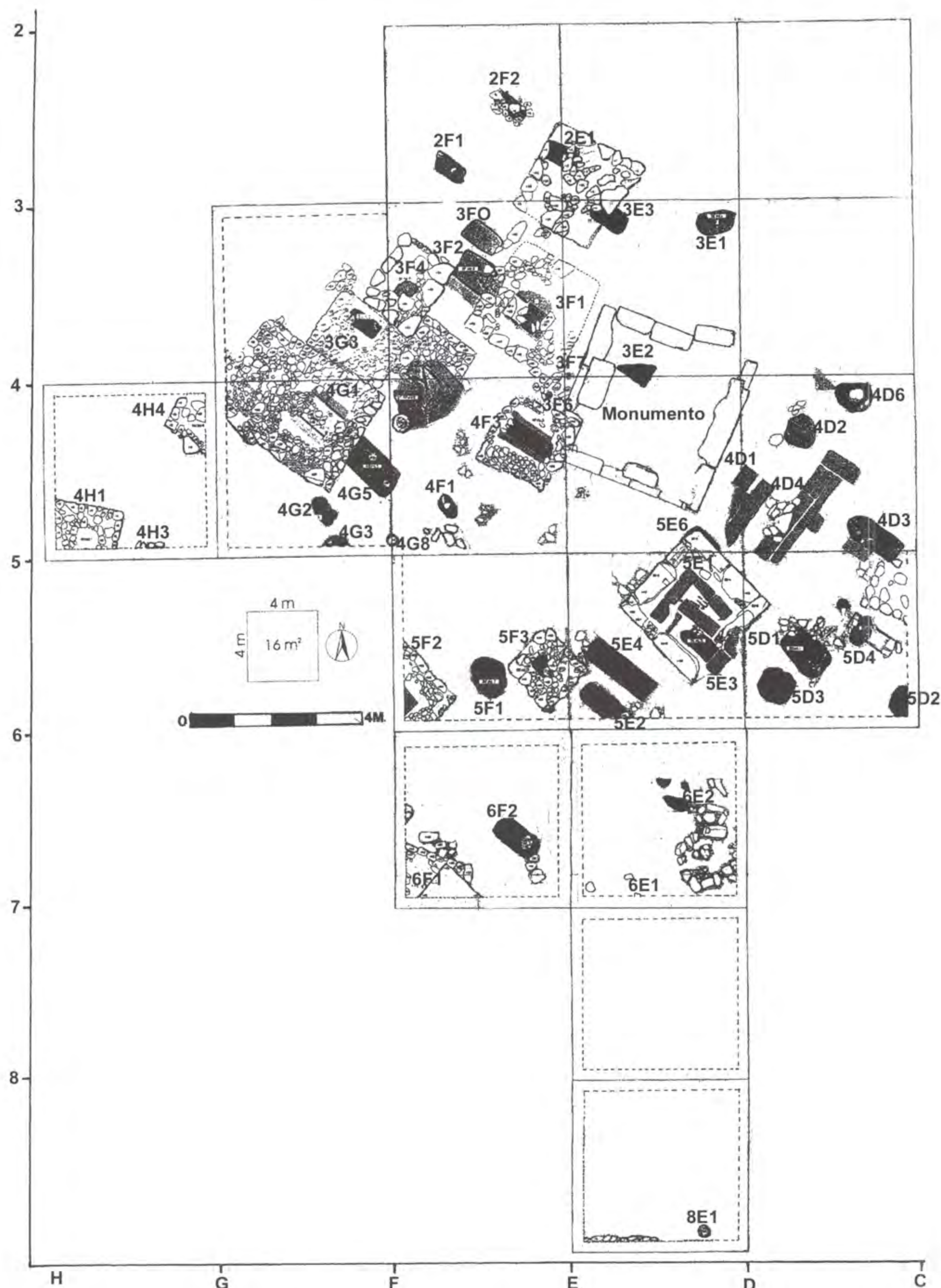
SILVER, I.A. (1972): The ageing of domestic aniamls. *Science in archaeology*: 283-302. London.

ZENNER (1963): A history of domesticated animals. Hutchinsen University Press.

PLANOS, FIGURAS Y LÁMINAS



Plano 1: *Planimetría general del área excavada de la necrópolis de Pozo Moro.*



PLANO 2: *Planimetría general del área excavada de la nercópolis de Pozo Moro.*

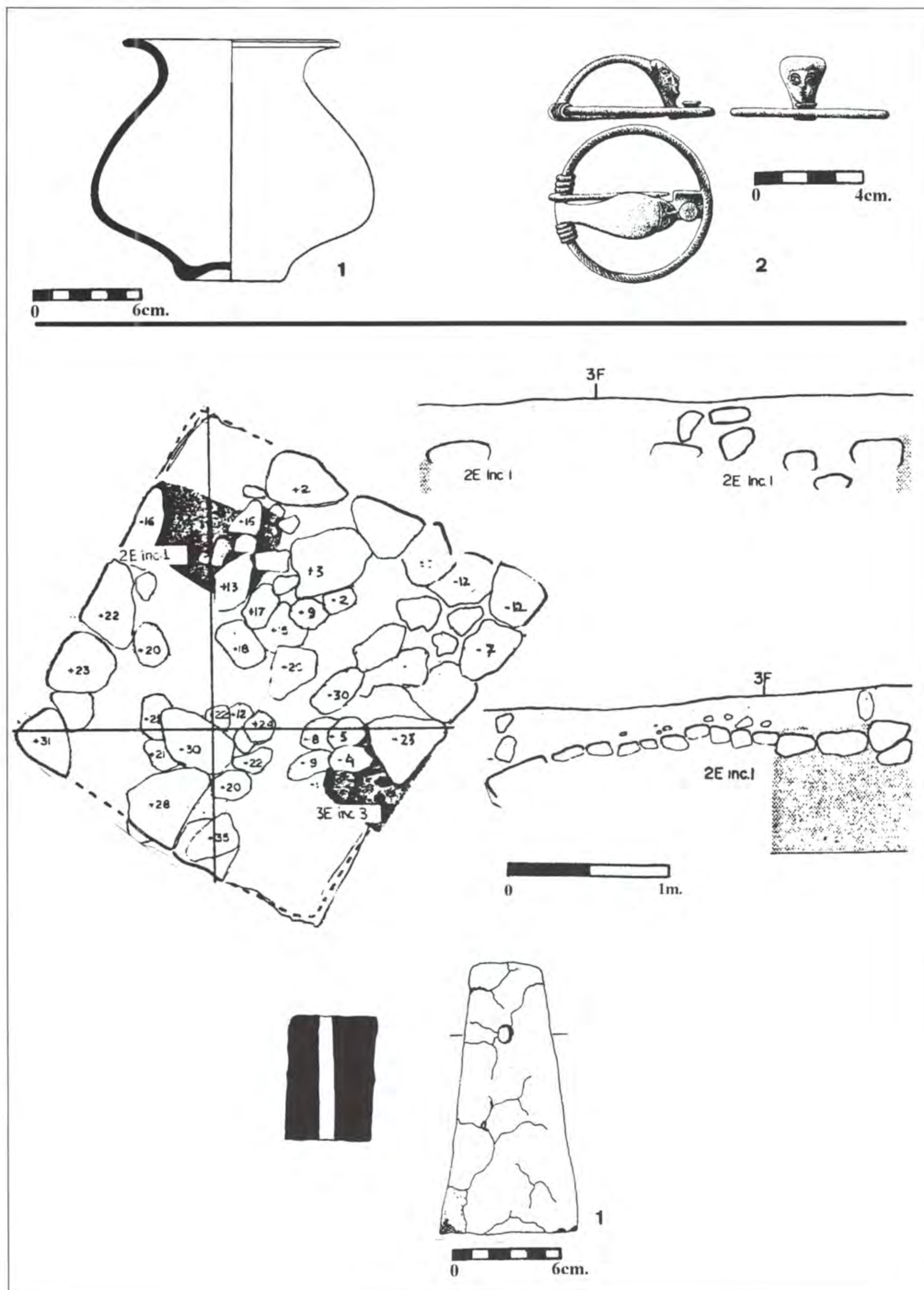


FIGURA 1: *Tumbas 1H1 y 2E1.*

2F inc 1.

1

2

3

0 6cm.



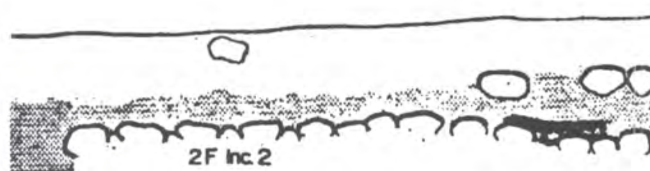


FIGURA 2: *Tumbas 2F1 y 2F2.*

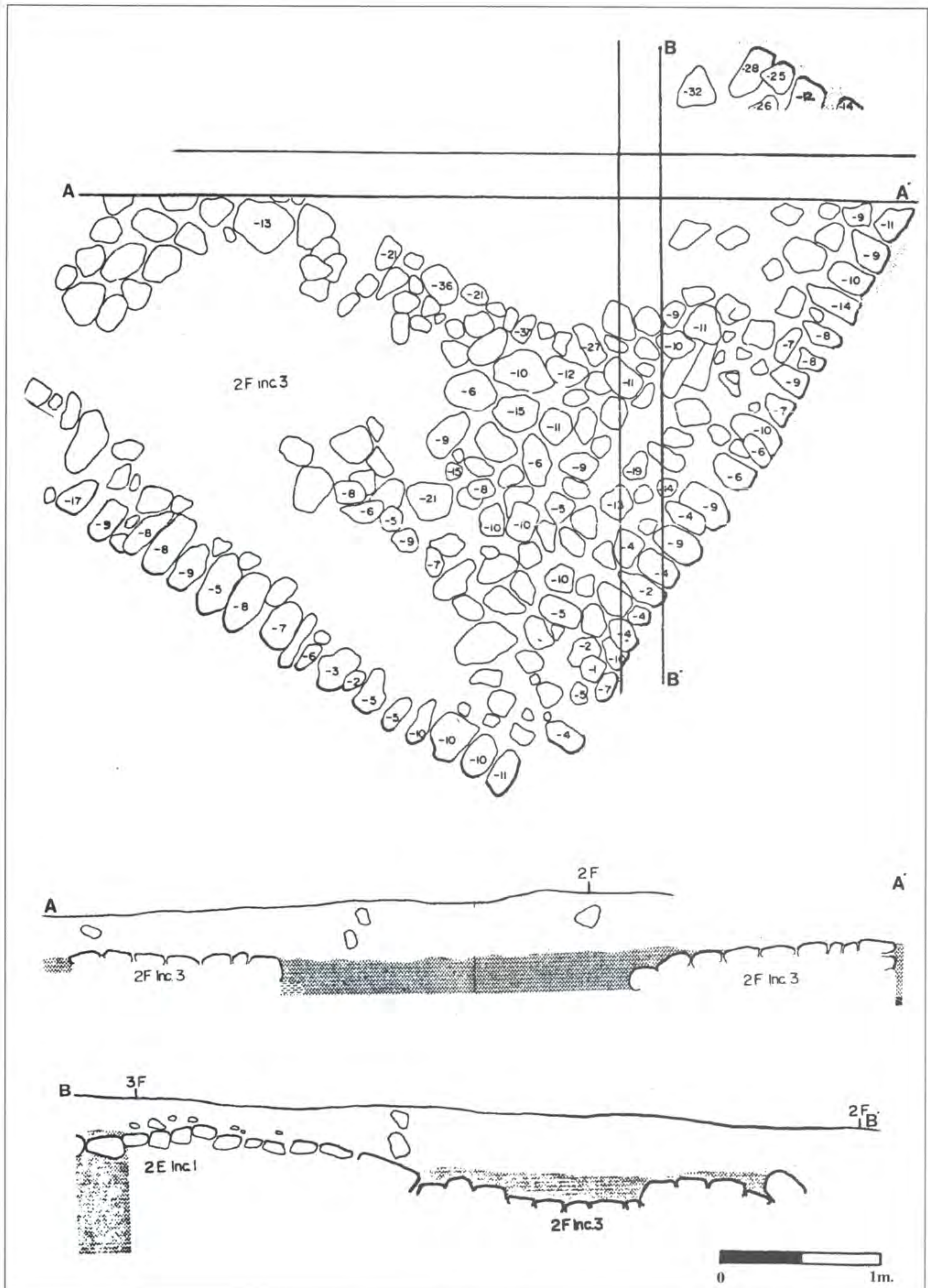


FIGURA 3: *Tumba 2F3.*

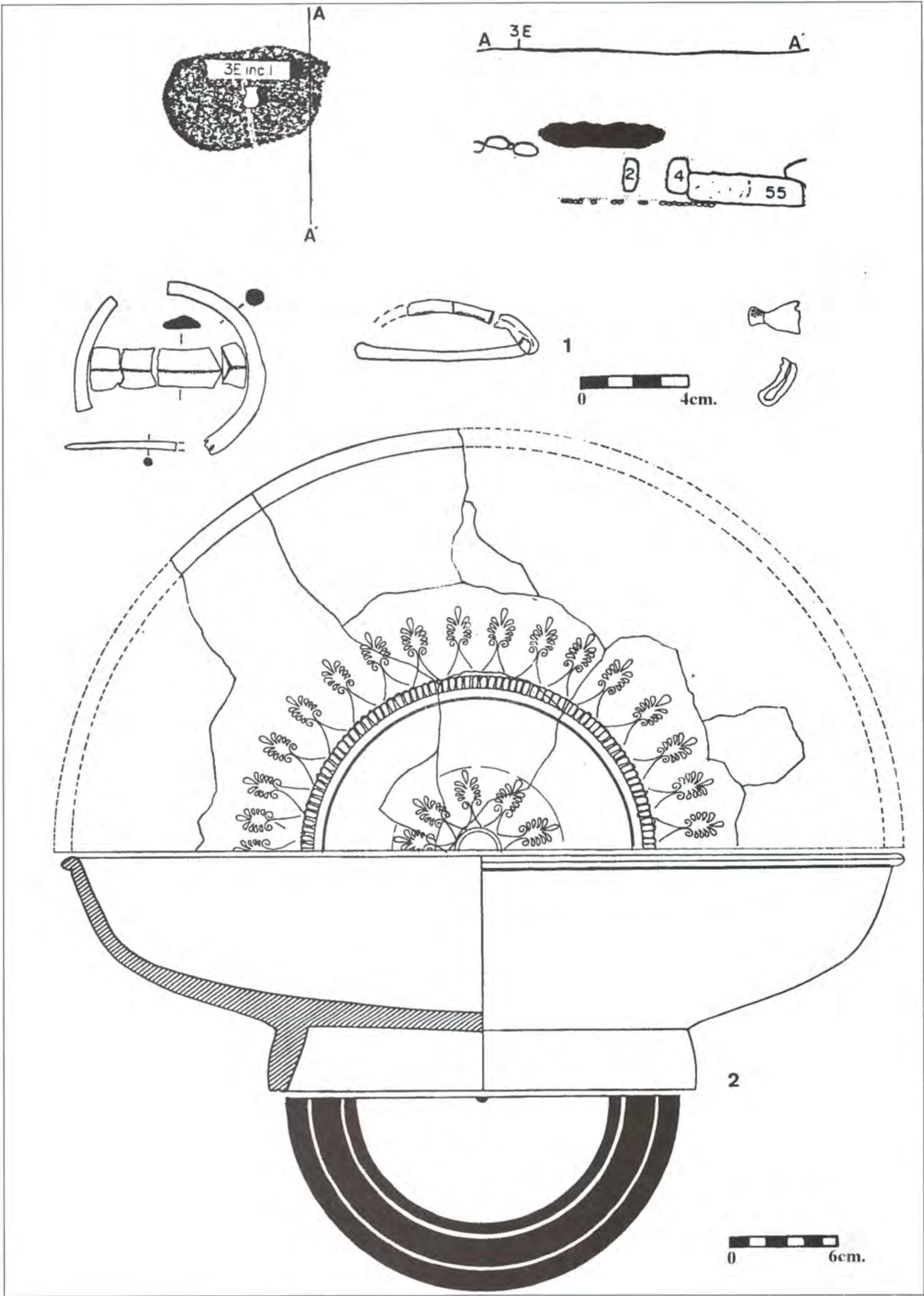


FIGURA 4: *Tumba 3E1.*

3Einc.2

36

0 1m.

3E Inc.2

Inc. MONUMENTO

1 2 3 4 5 6

0 6cm.

FIGURA 5: *Tumba 3E2.*

-13 -12 -12 +9 -18 -7 +20 3F -22 -2 -24 -23 -22 -9 -26 3Einc.3 -35 3Einc.3 1 2 3 0 10cm.

FIGURA 6a: *Tumba 3E3.*

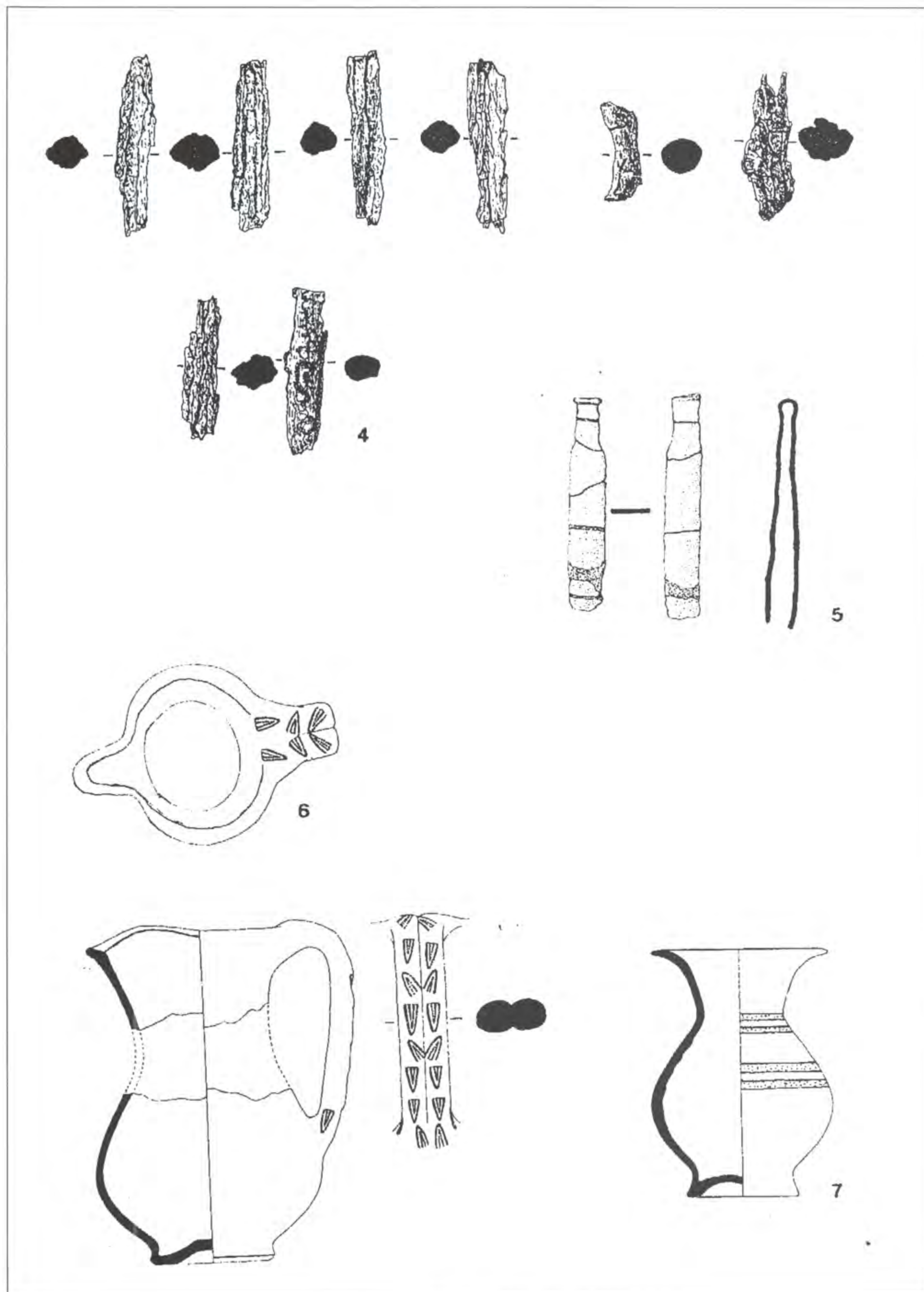


FIGURA 6b: *Tumba 3E3.*

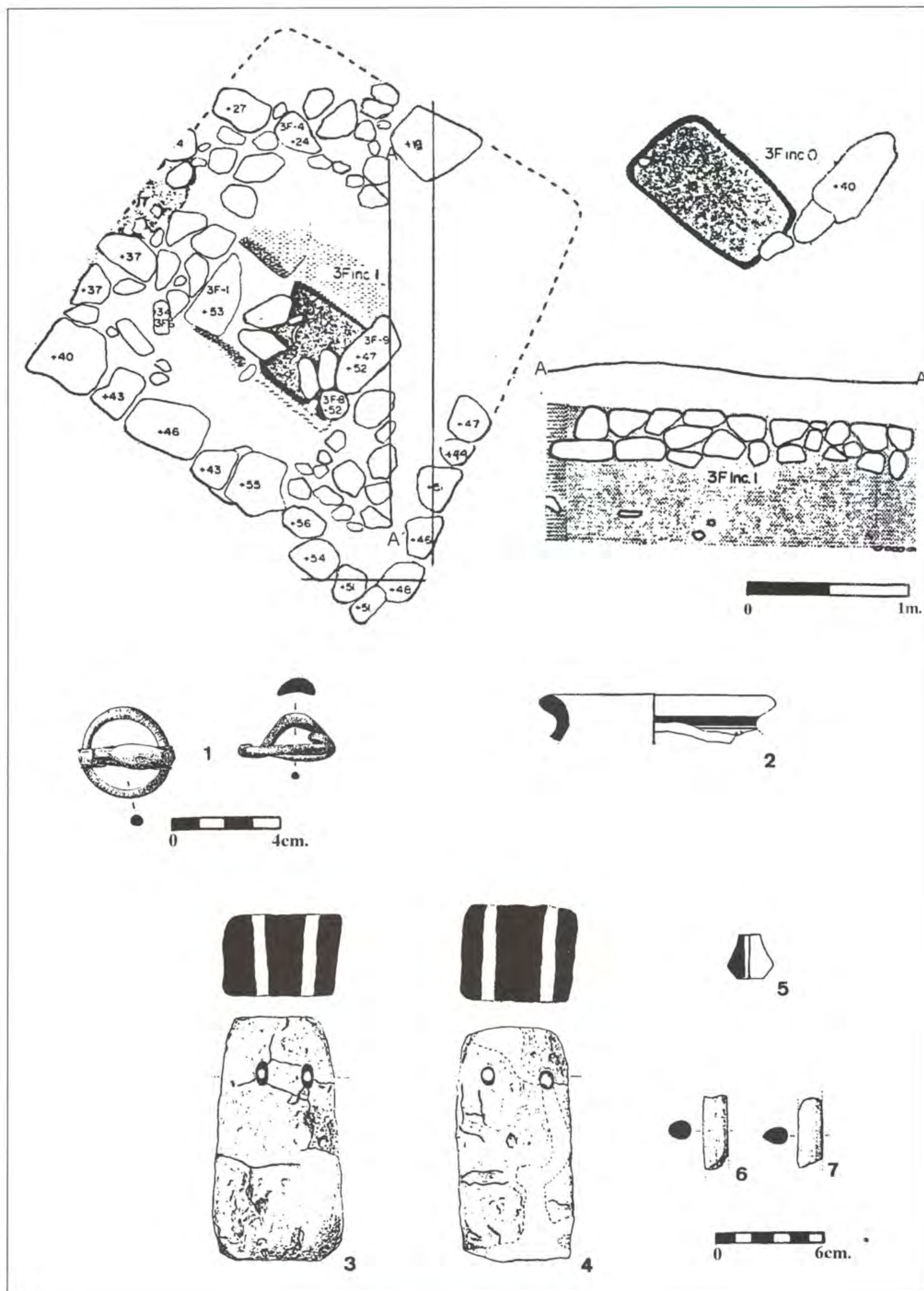


FIGURA 7: *Tumbas 3F0 y 3F1.*

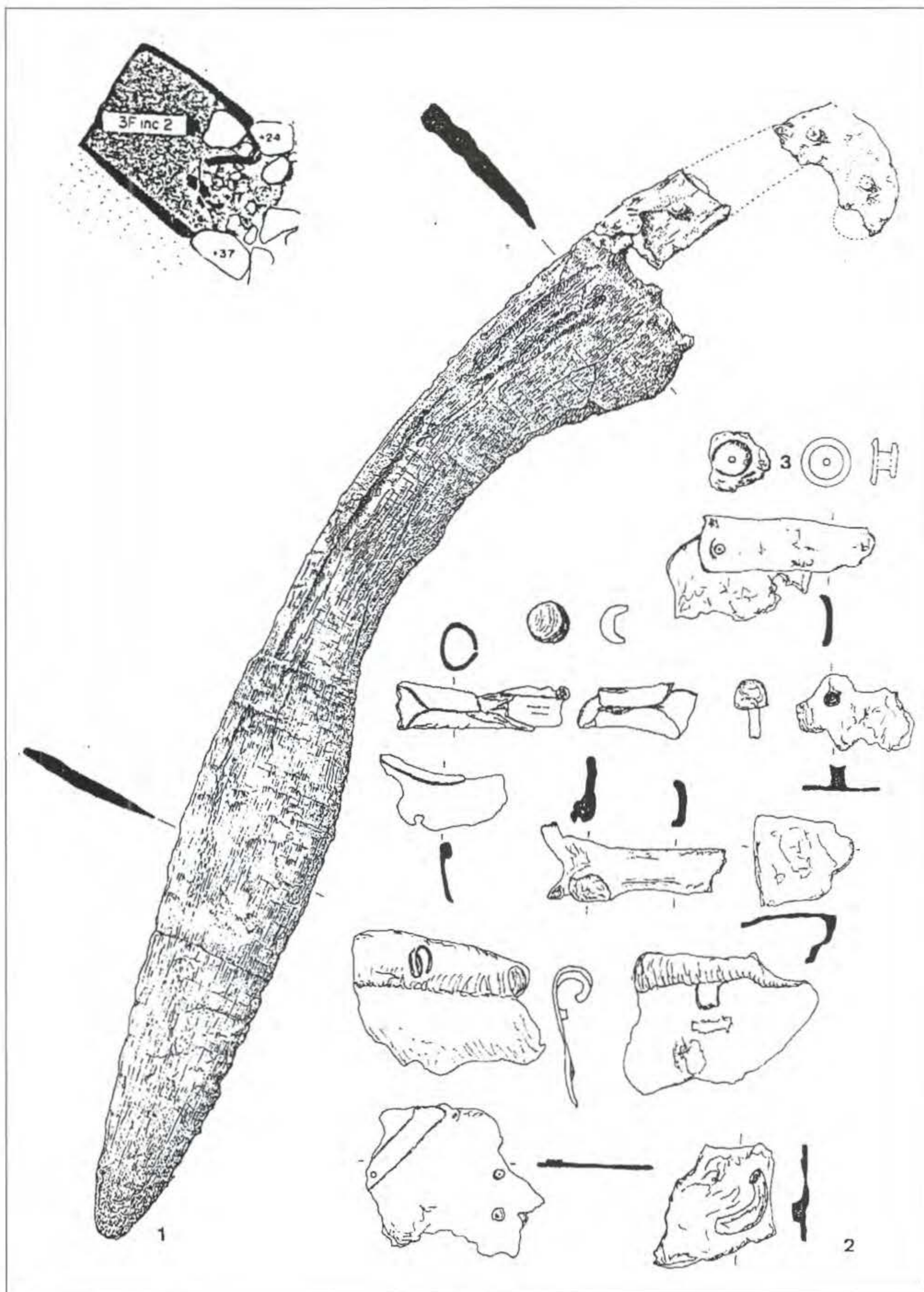


FIGURA 8a: *Tumba 3F2.*

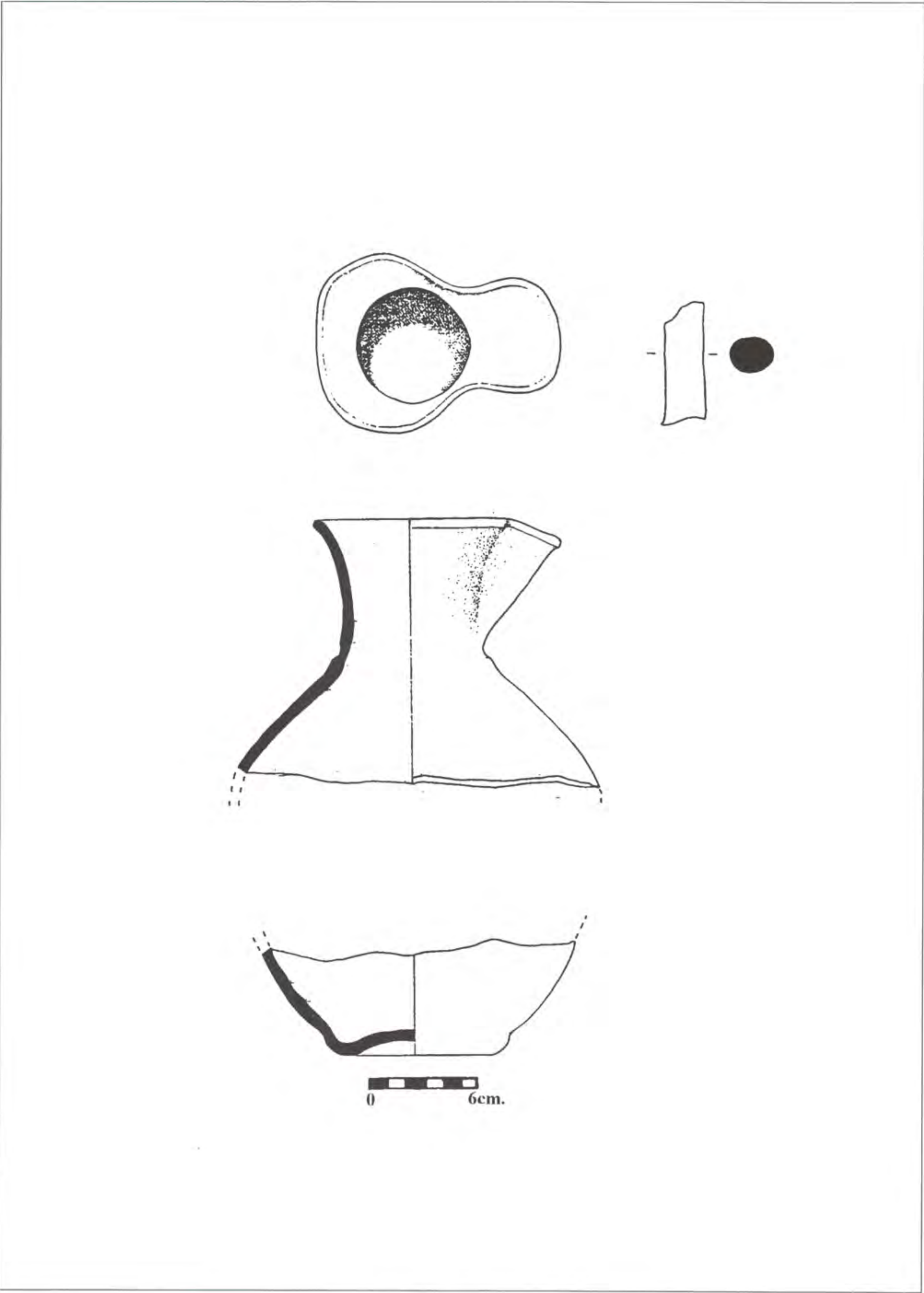


FIGURA 8b: *Tumba 3F2.*

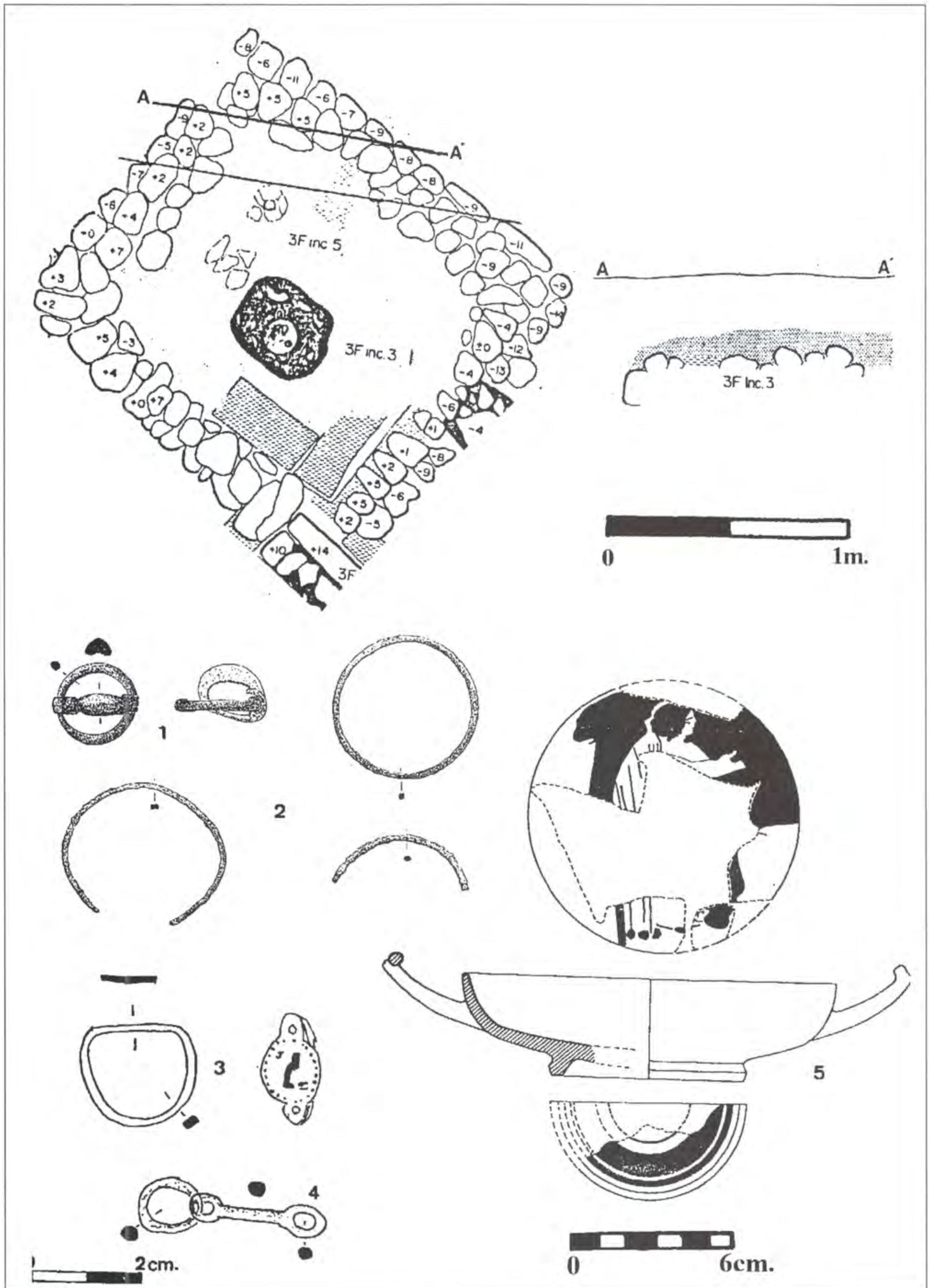


FIGURA 9a: *Tumba 3F3.*

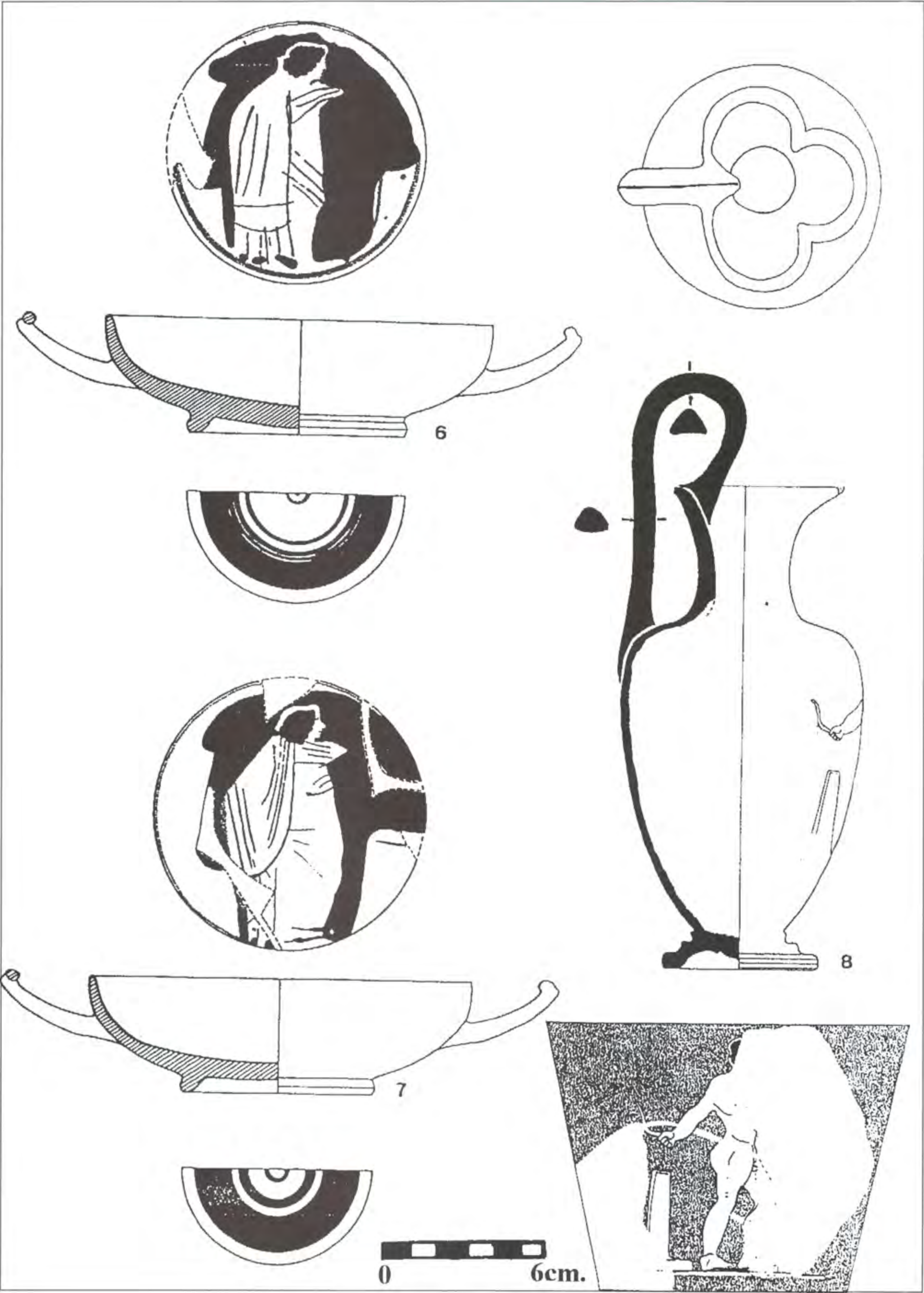
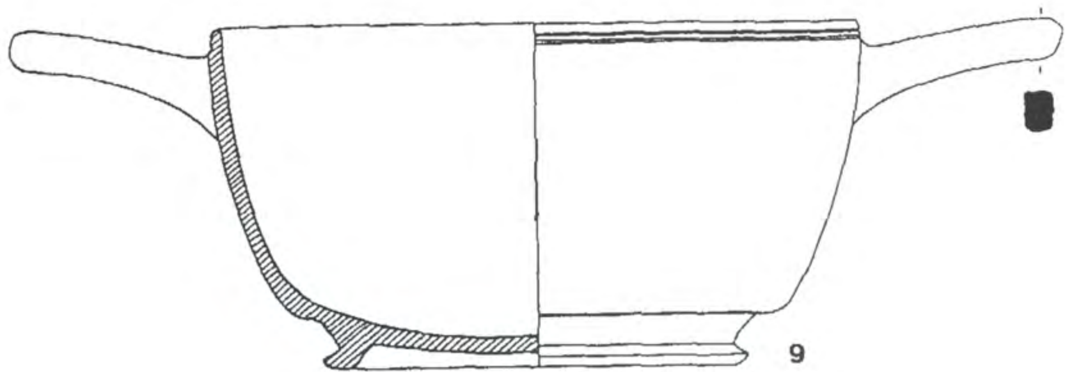


FIGURA 9b: *Tumba 3F3.*





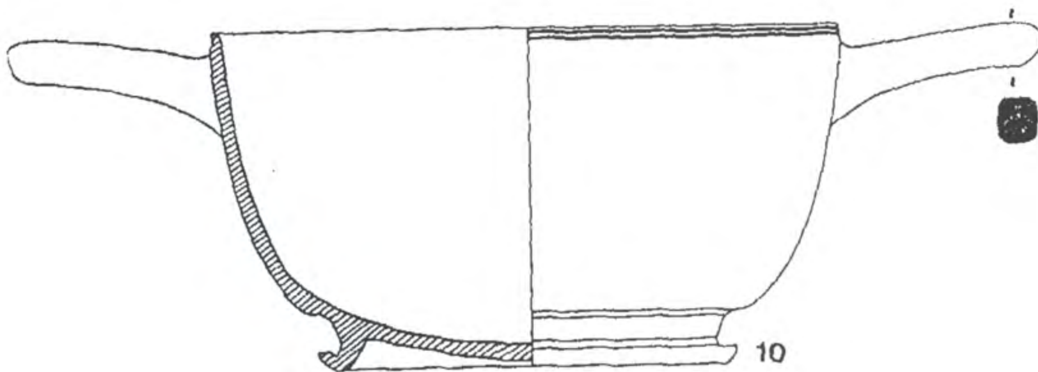






FIGURA 9c: *Tumba 3F3.*

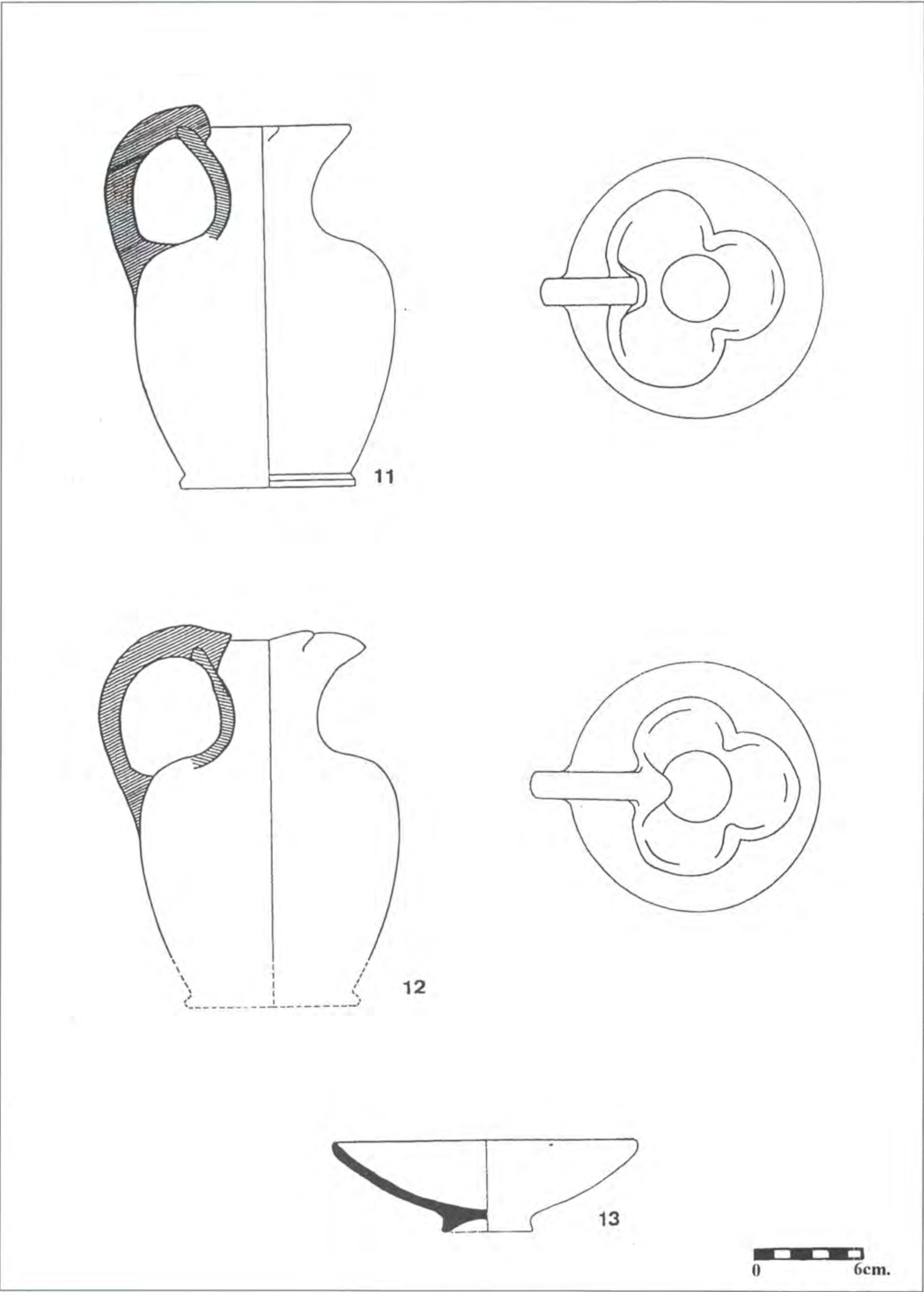


FIGURA 9d: *Tumba 3F3.*

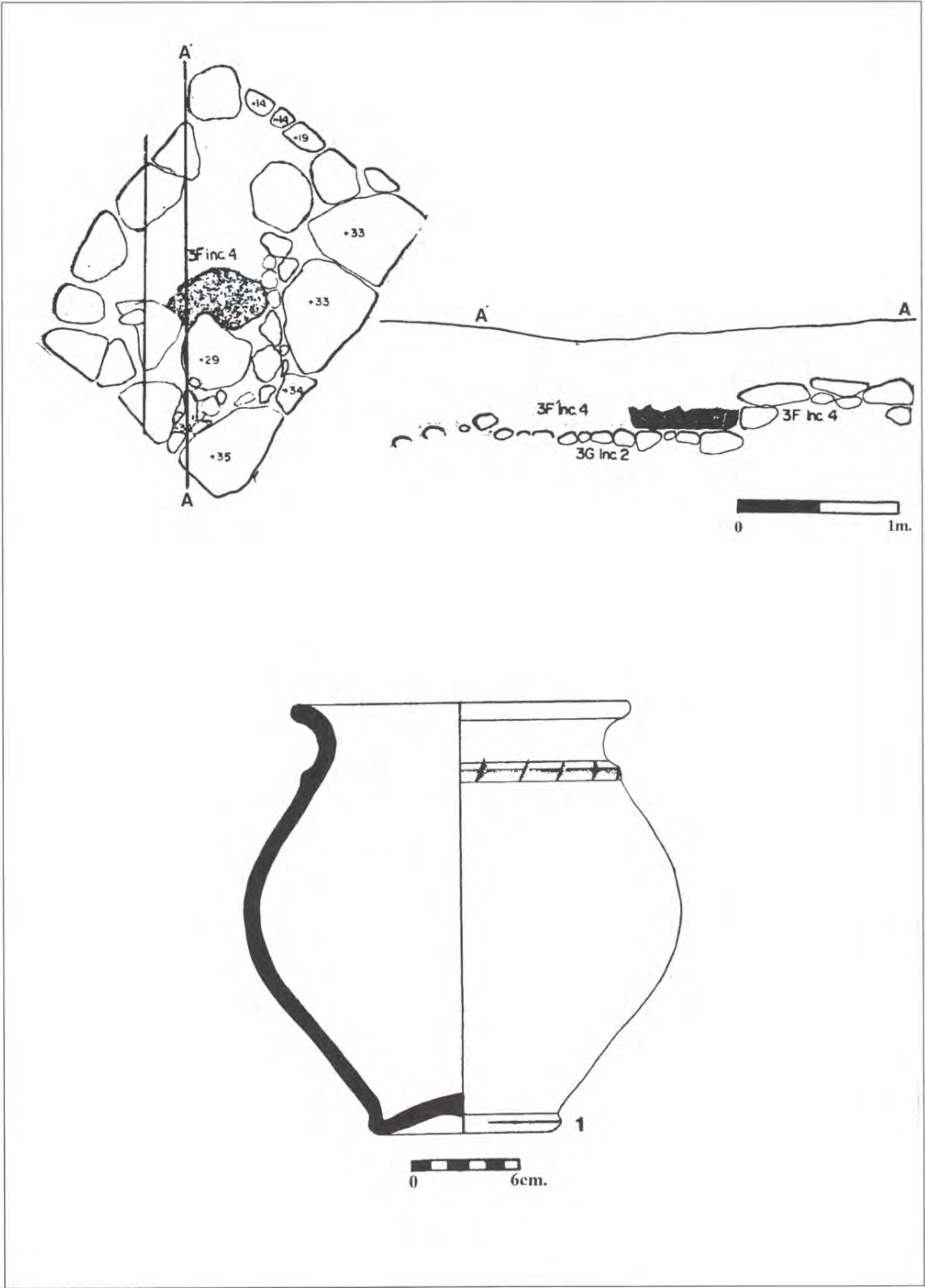


FIGURA 10: *Tumba 3F4.*

FIGURA 11: *Tumbas 3F5 y 3F6.*

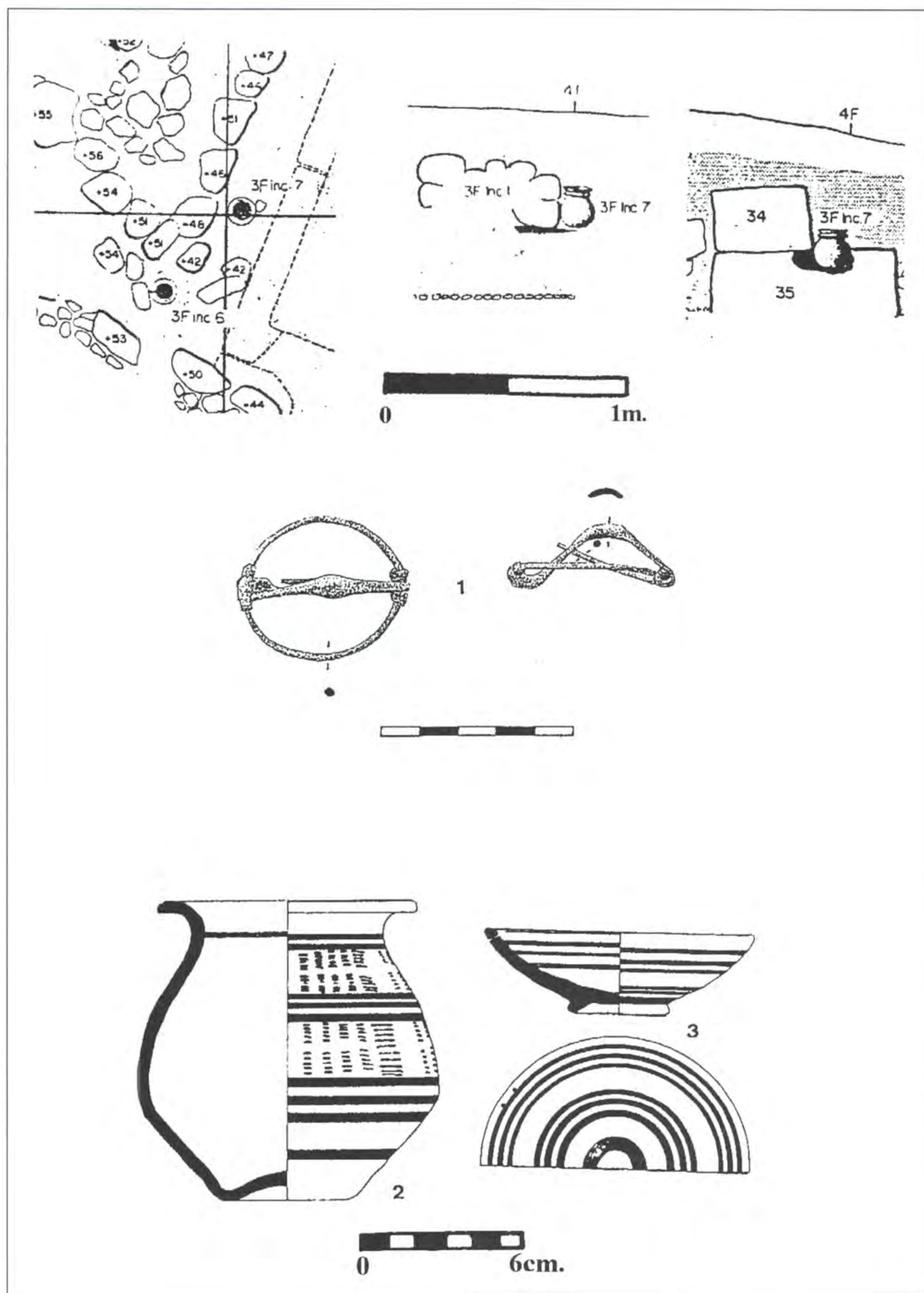


FIGURA 12: *Tumba 3F7.*

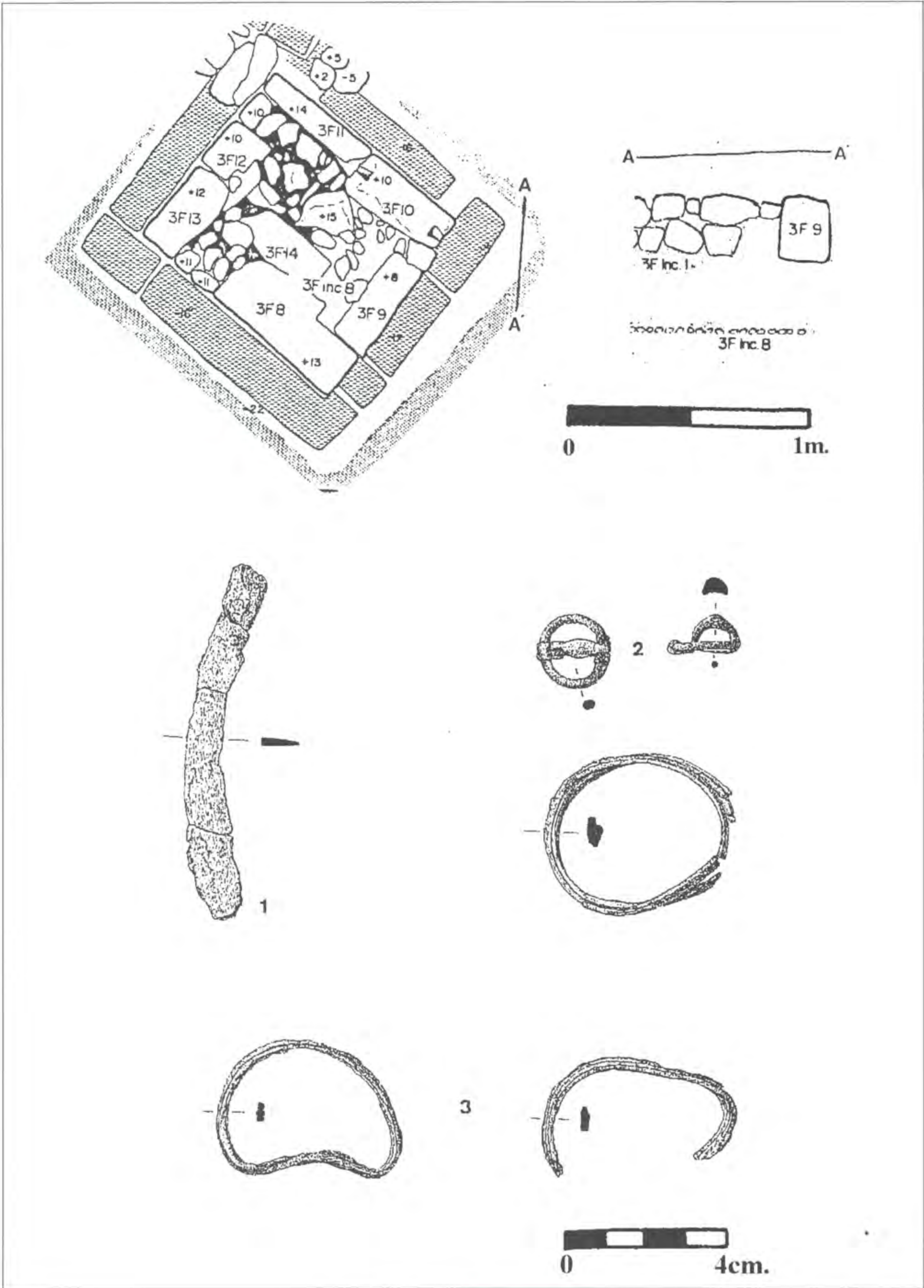


FIGURA 13: *Tumba 3F8.*

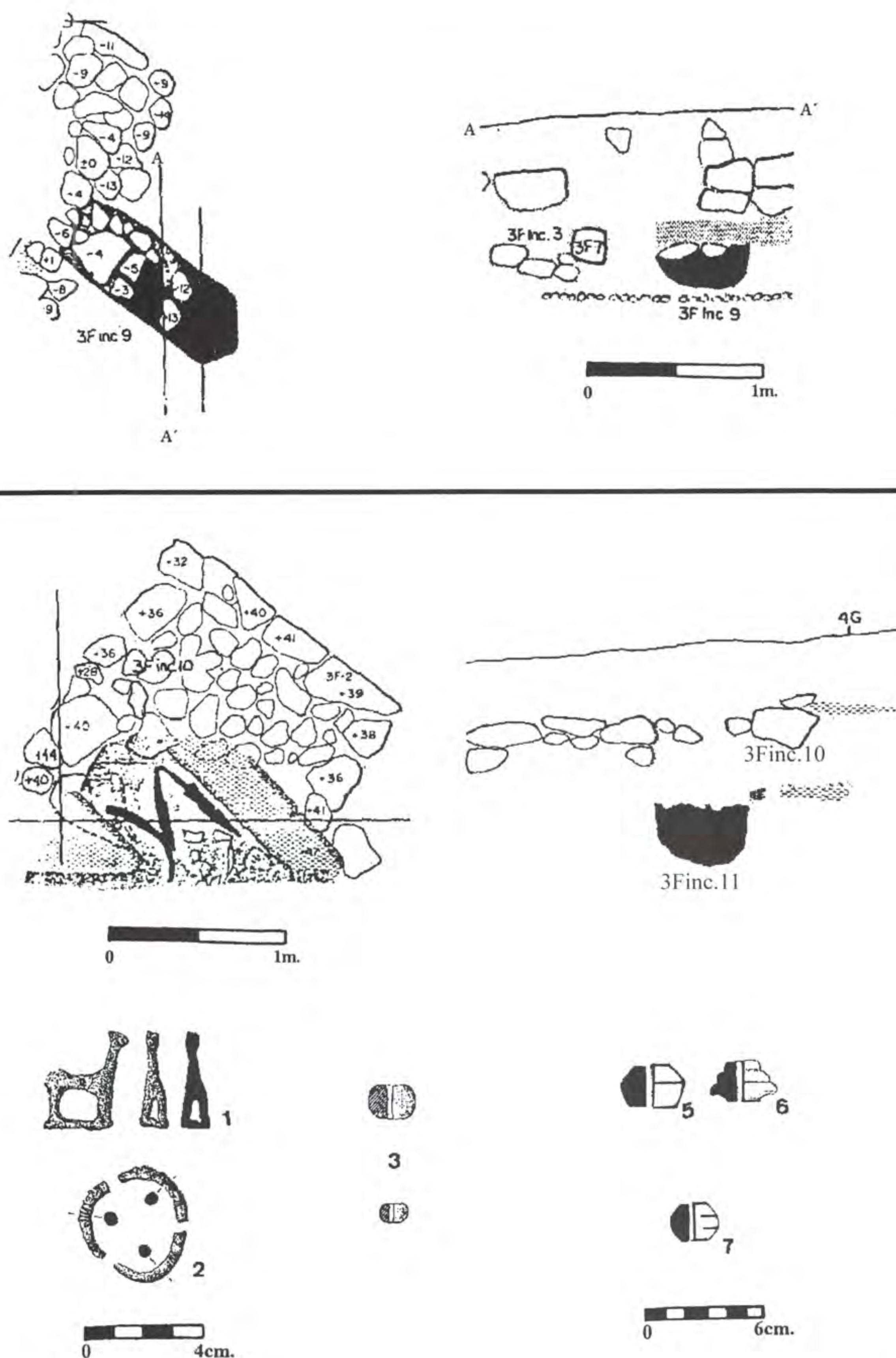


FIGURA 14: *Tumbas 3F9 y 3F10.*

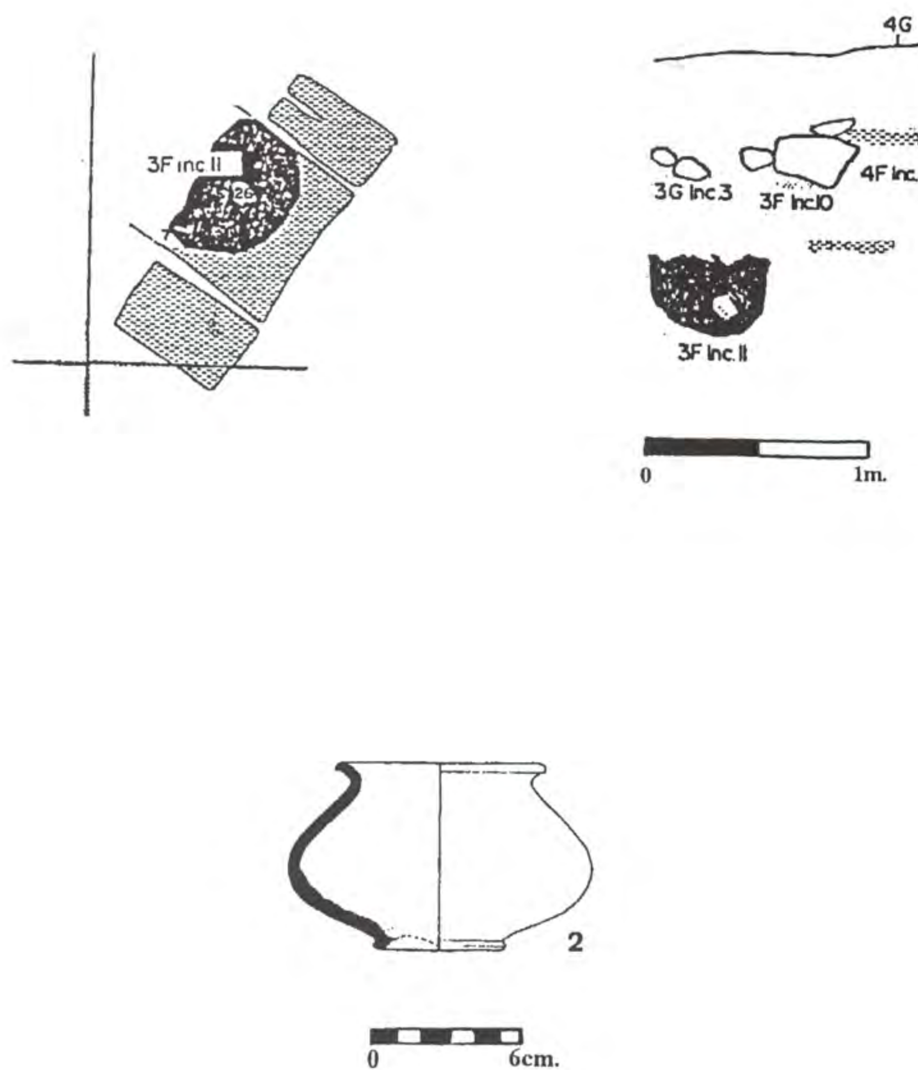


FIGURA 15: *Tumba 3F11.*

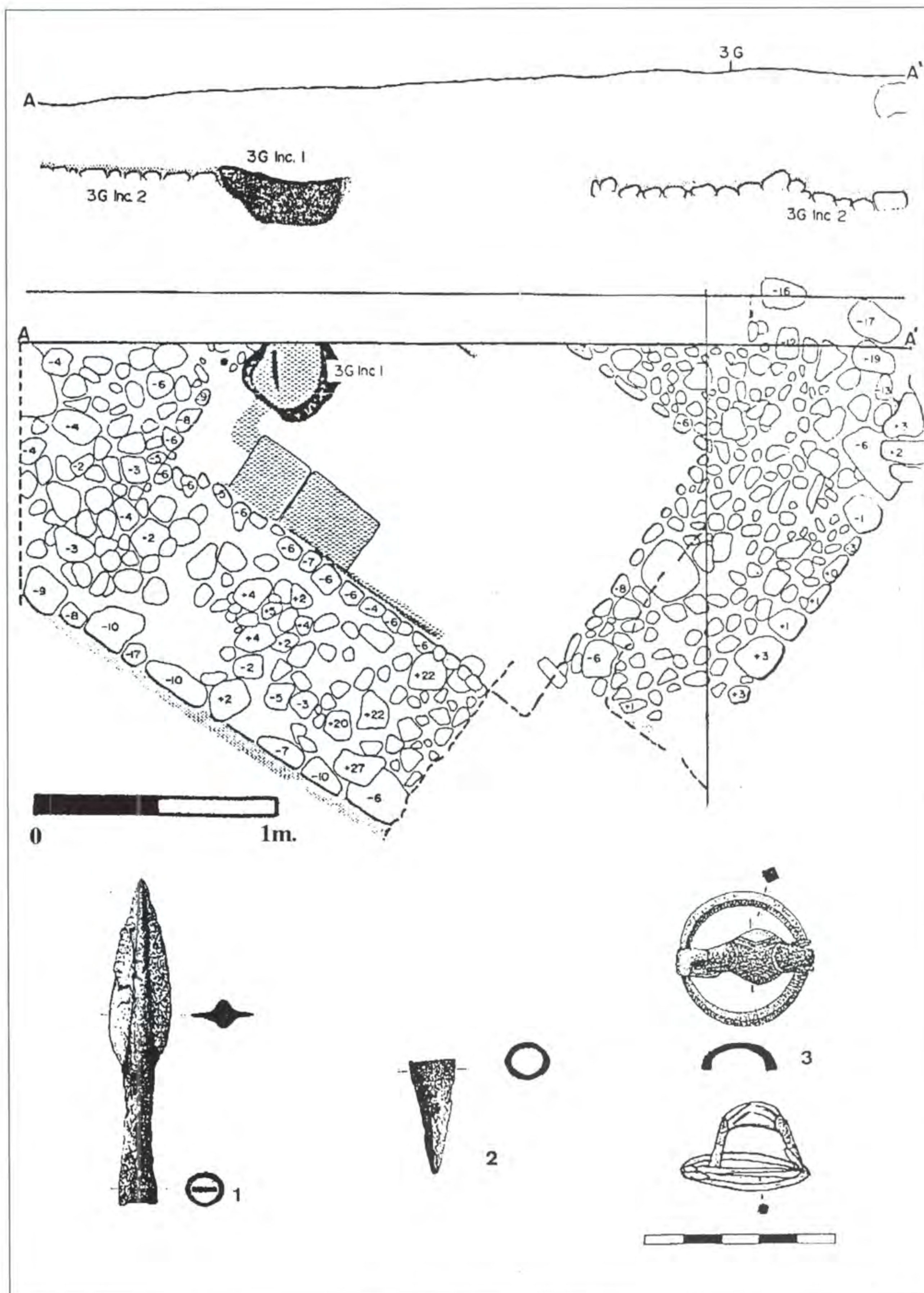


FIGURA 16a: *Tumba 3G1=3G2.*

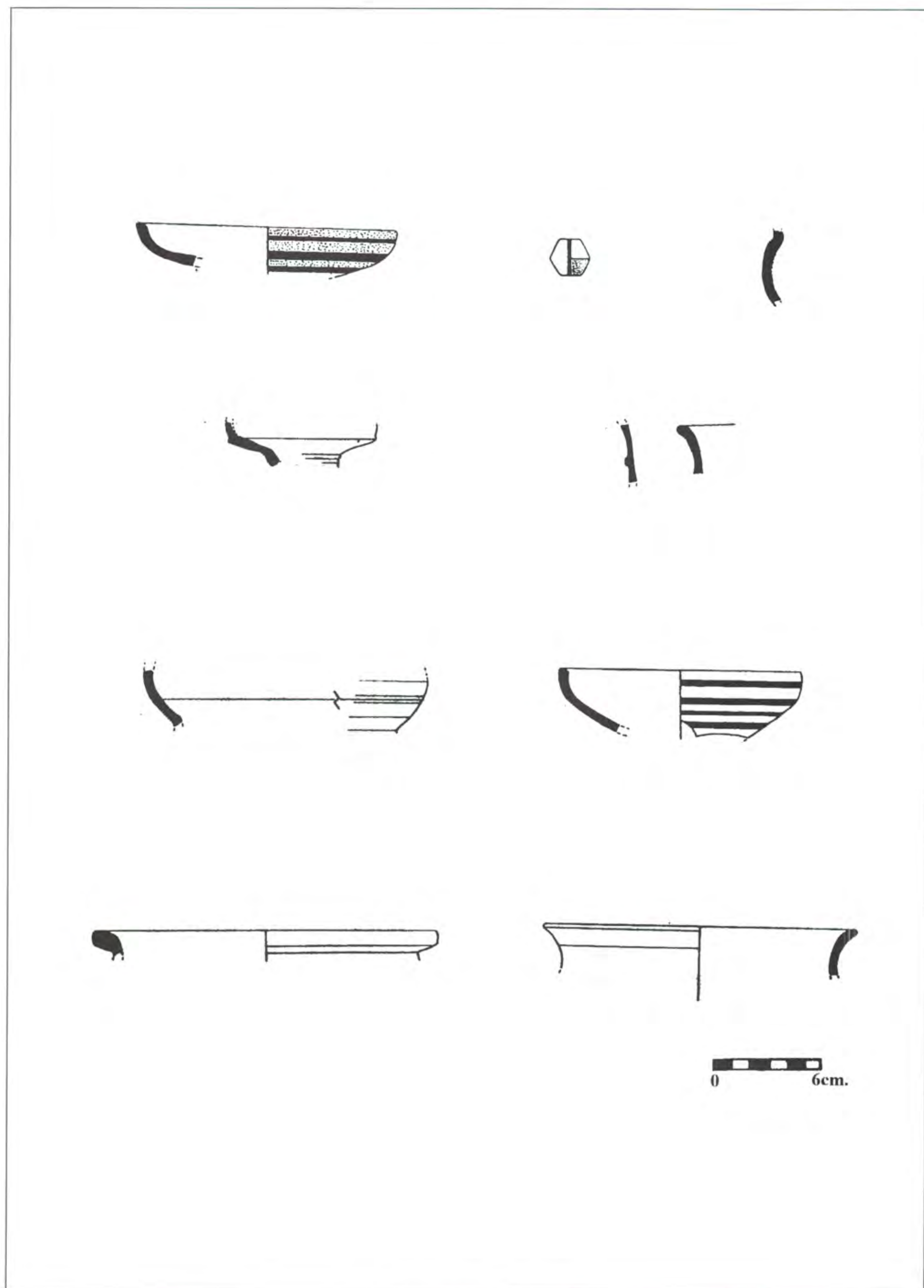


FIGURA 16b: *Tumba 3G1=3G2.*

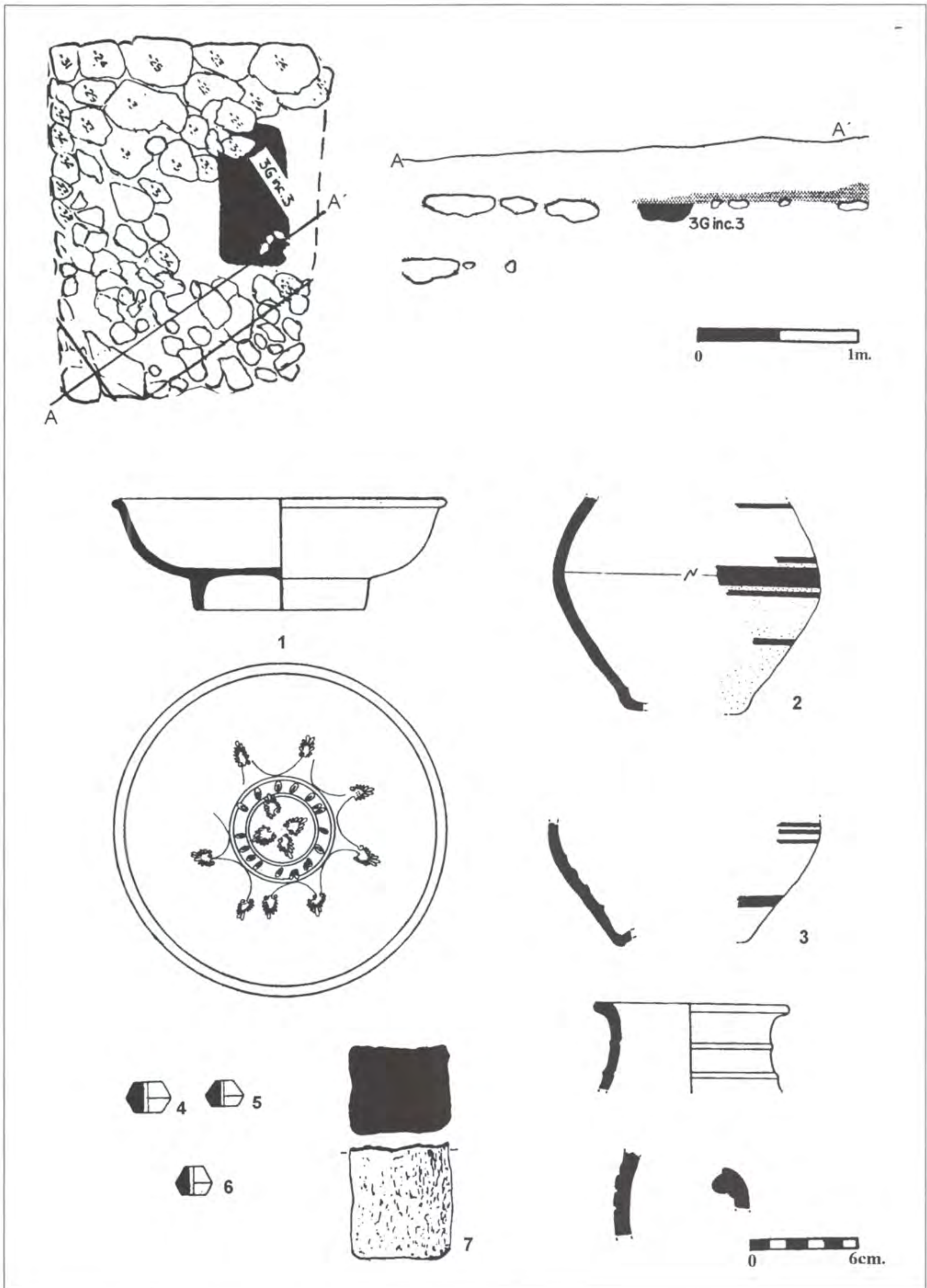


FIGURA 17: *Tumba 3G3.*

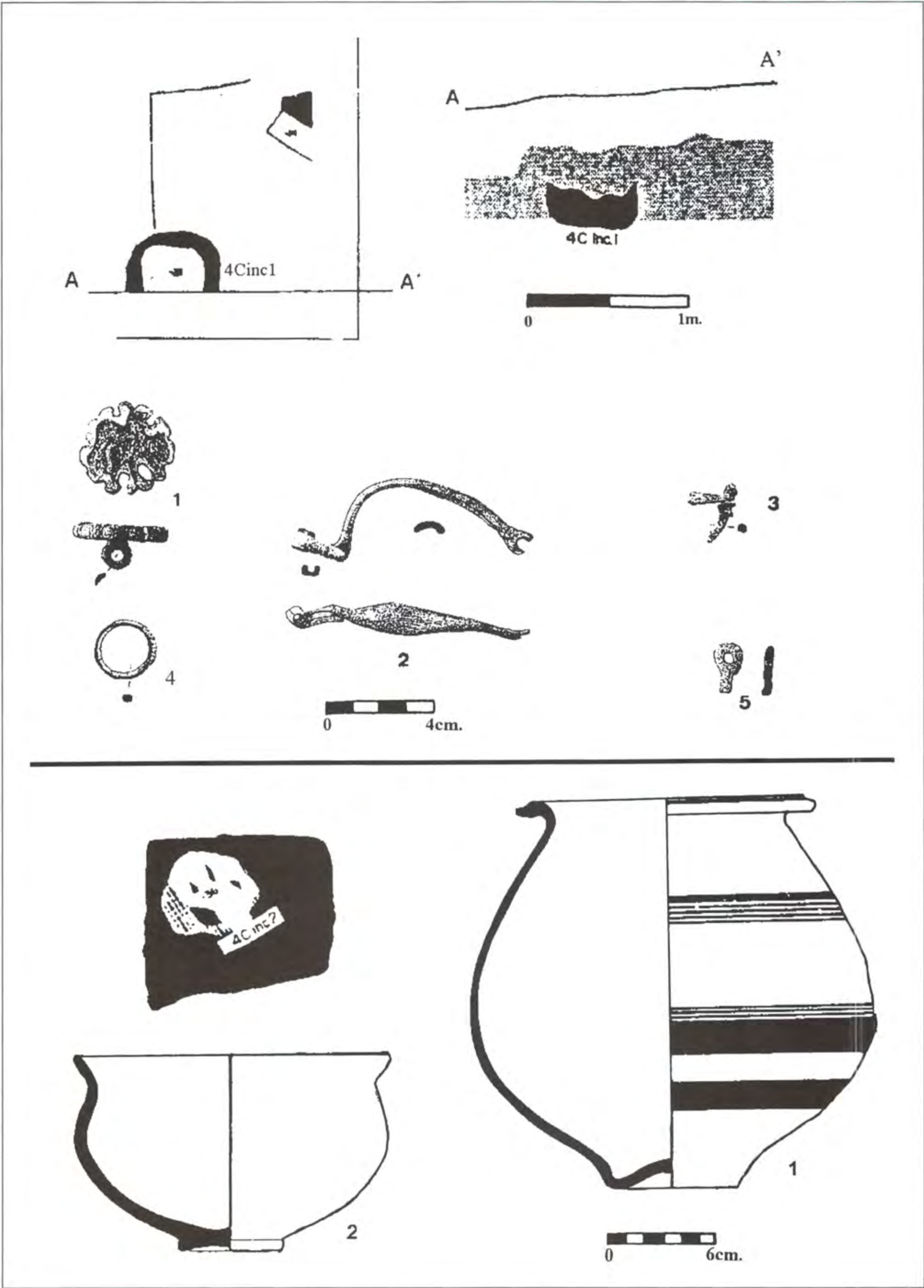


FIGURA 18: *Tumbas 4C1 y 4C2.*

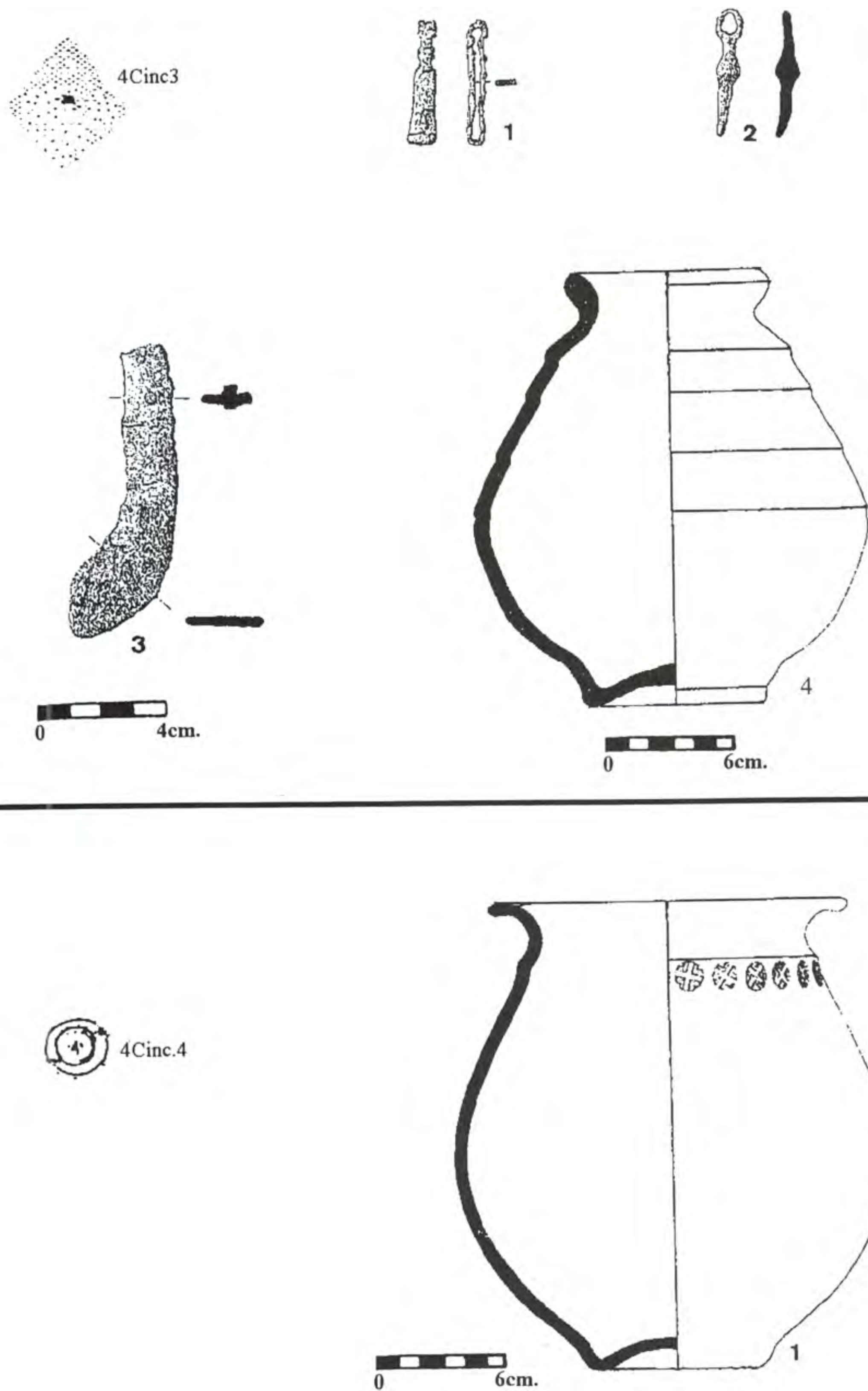


FIGURA 19: *Tumbas 4C3 y 4C4.*

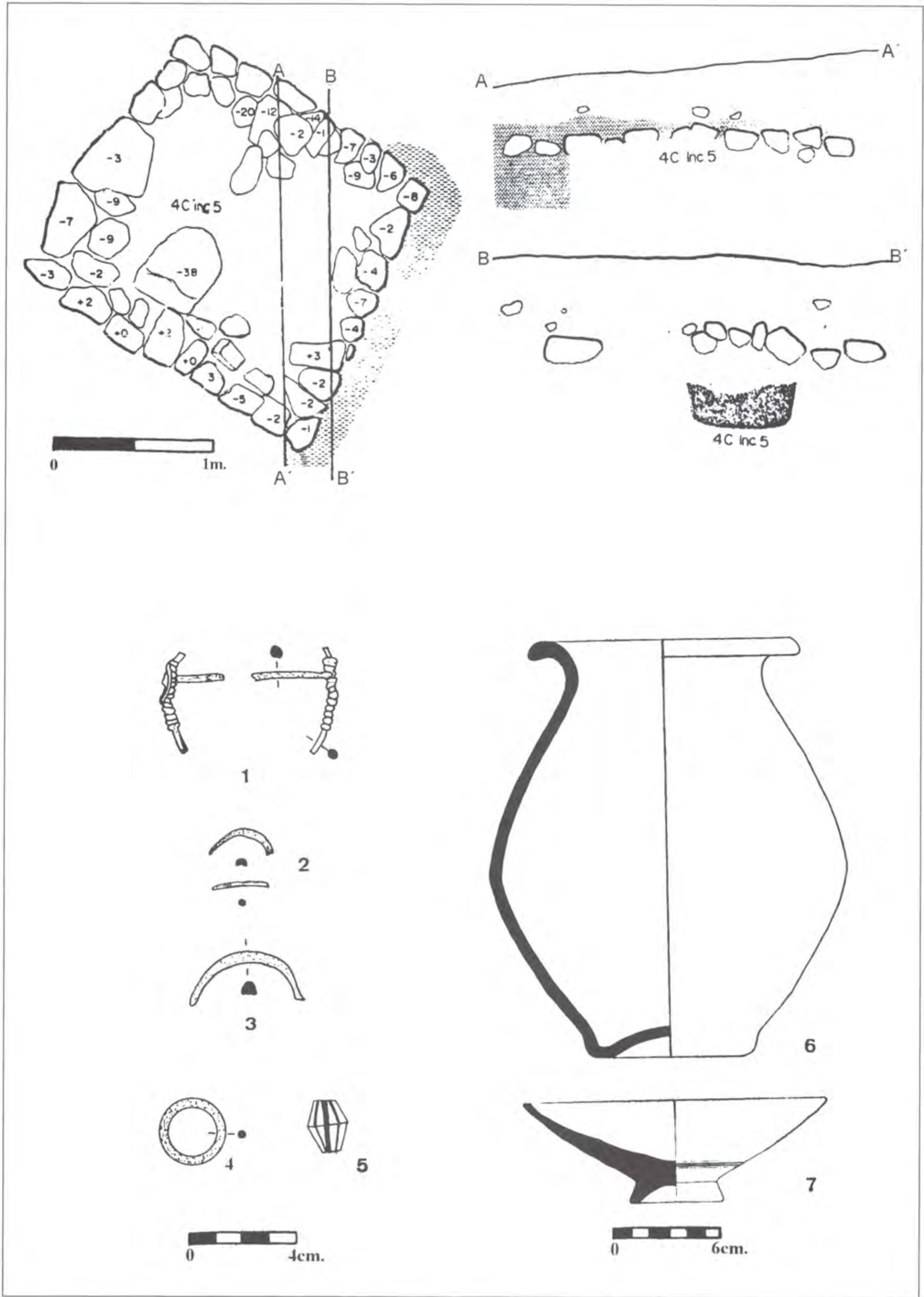


FIGURA 20: *Tumba 4C5.*

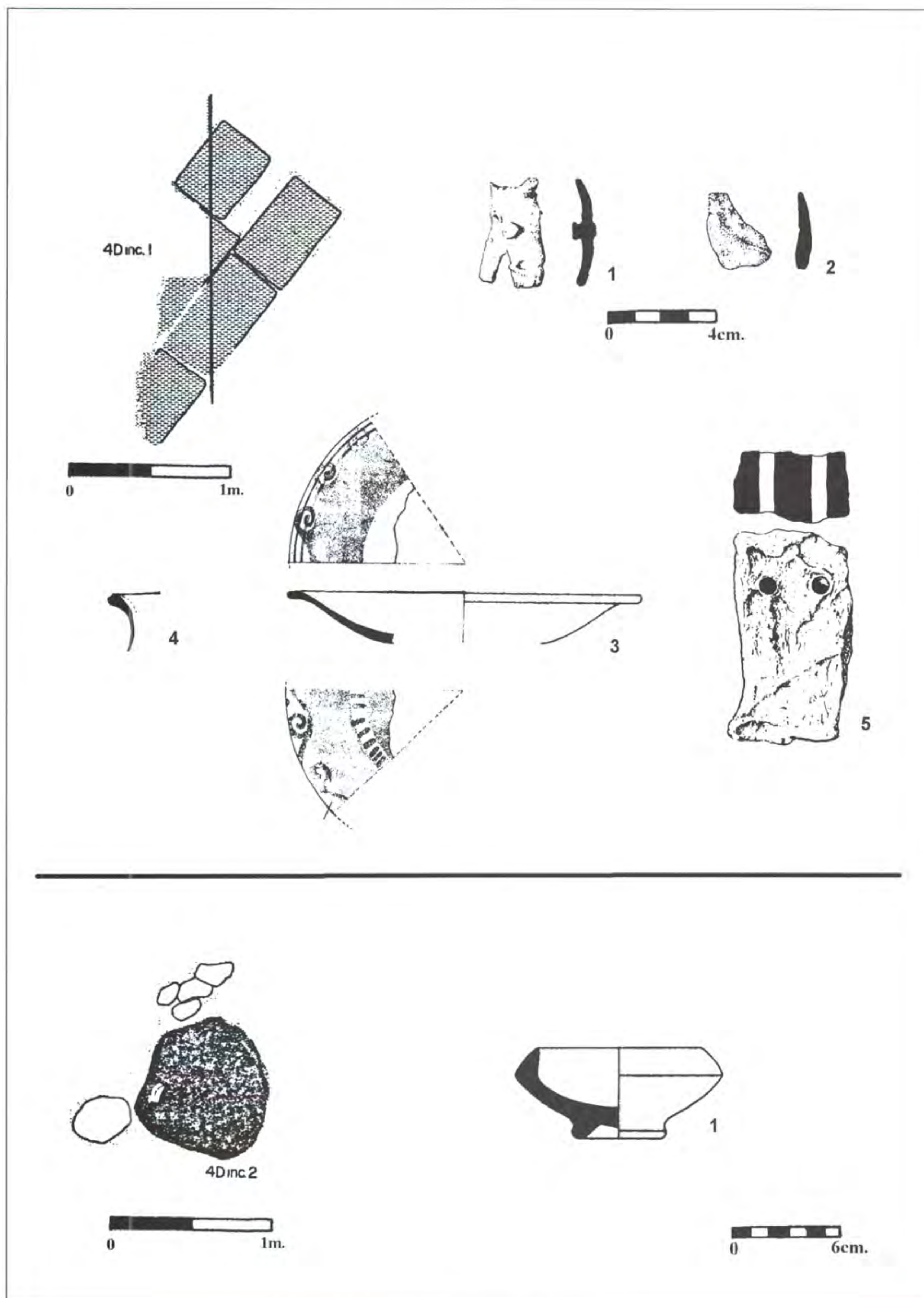


FIGURA 21: *Tumbas 4D1 y 4D2.*

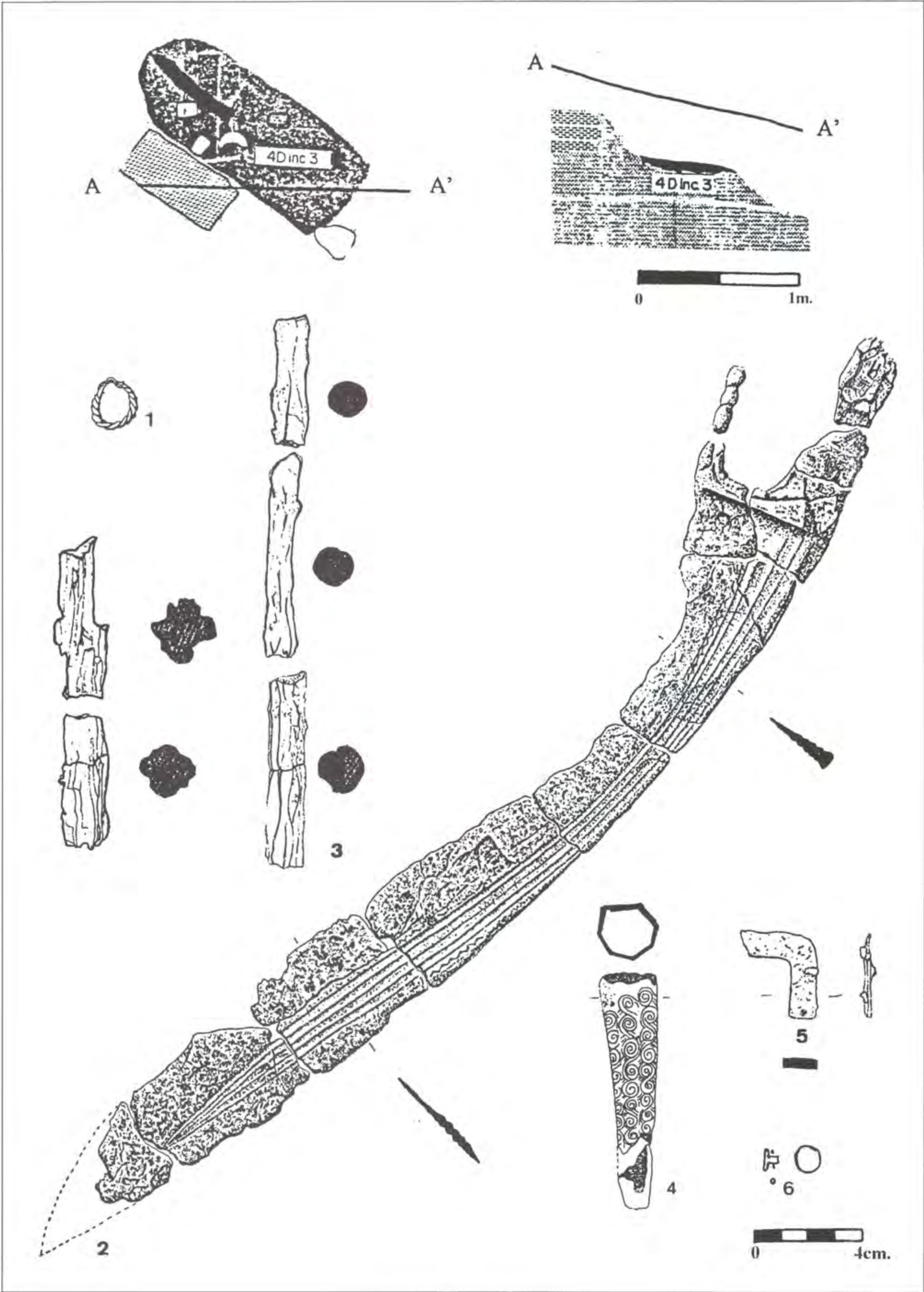


FIGURA 22a: *Tumba 4D3.*

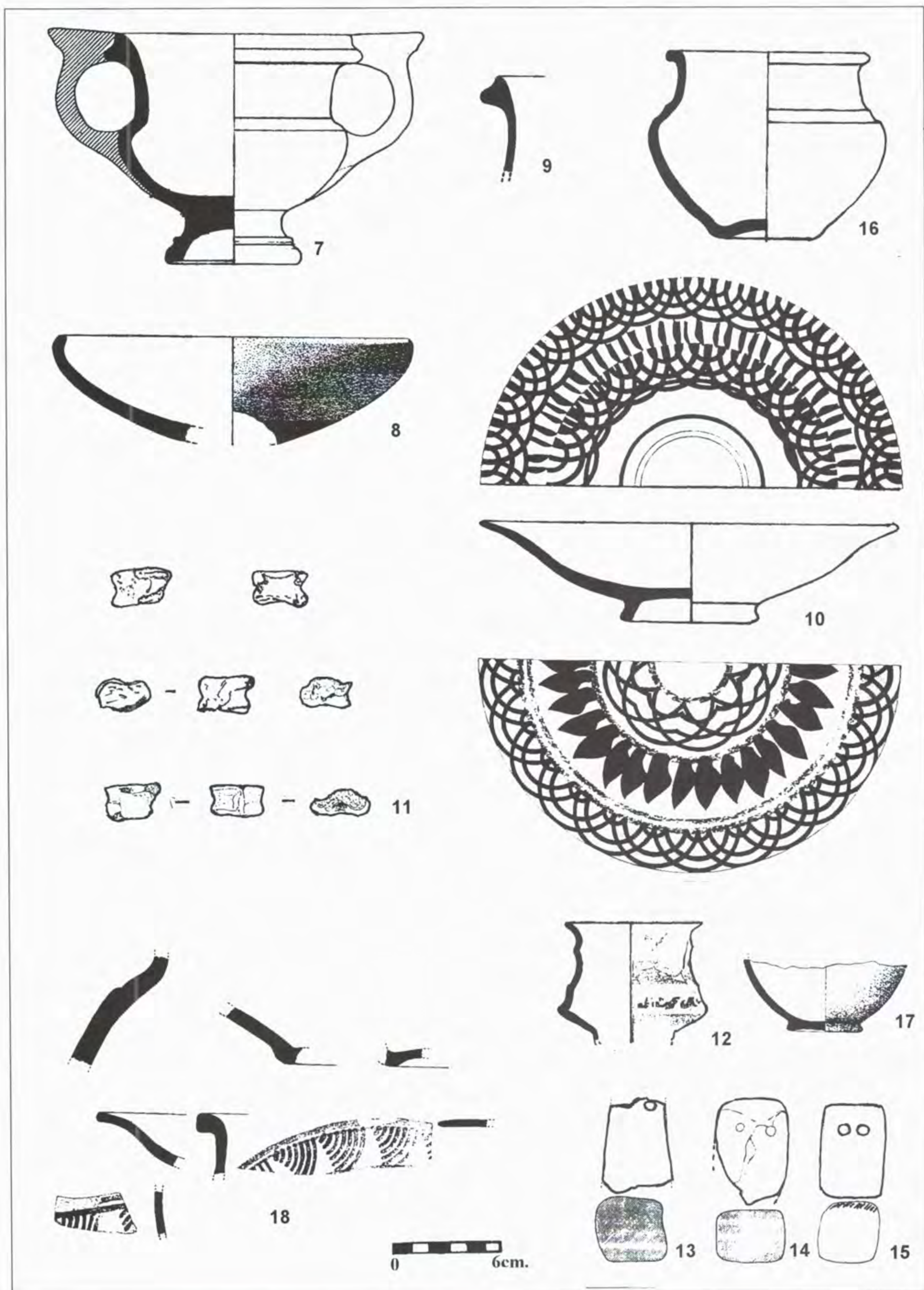


FIGURA 22b: *Tumba 4D3.*

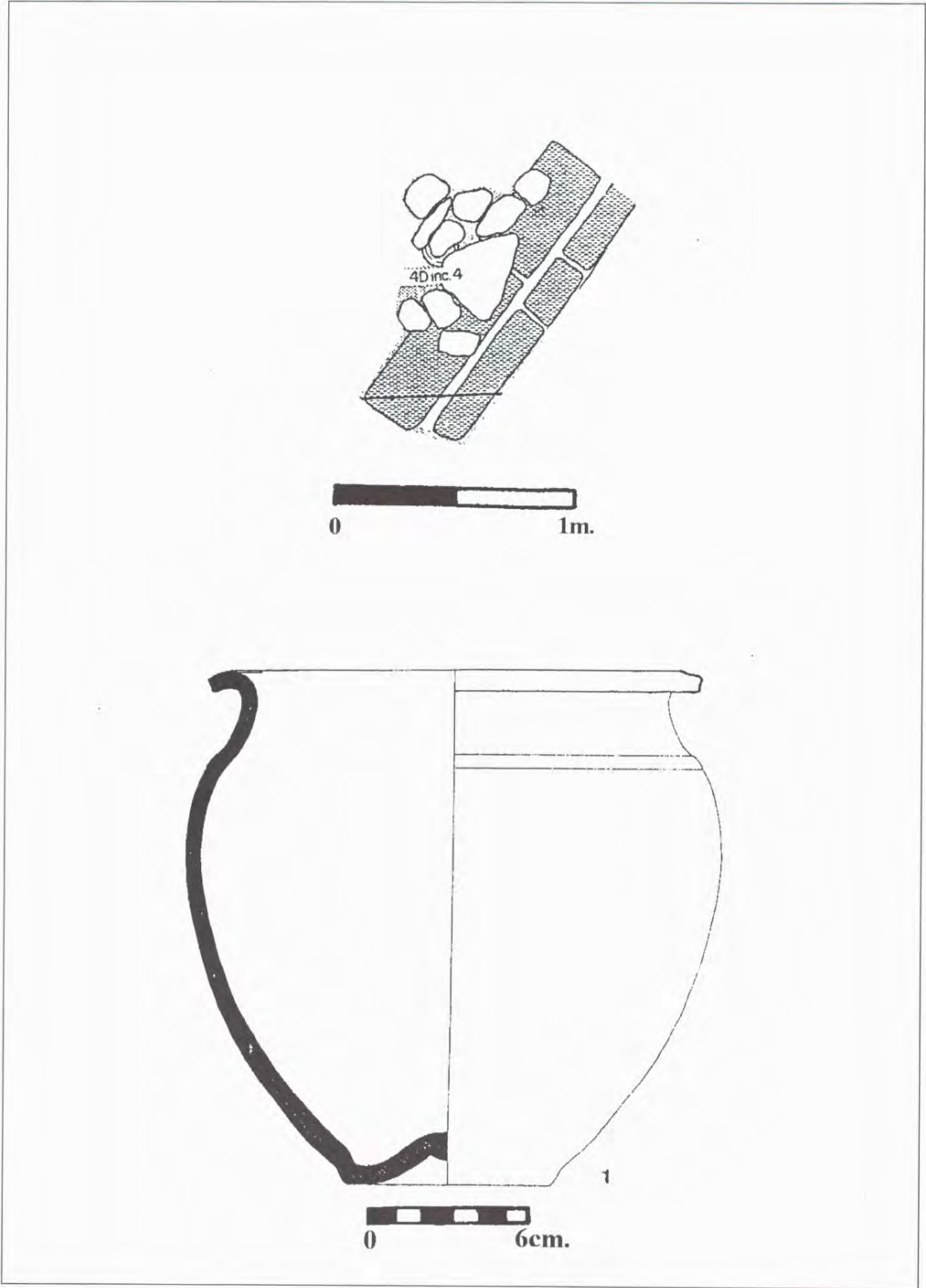


FIGURA 23: *Tumba 4D4.*

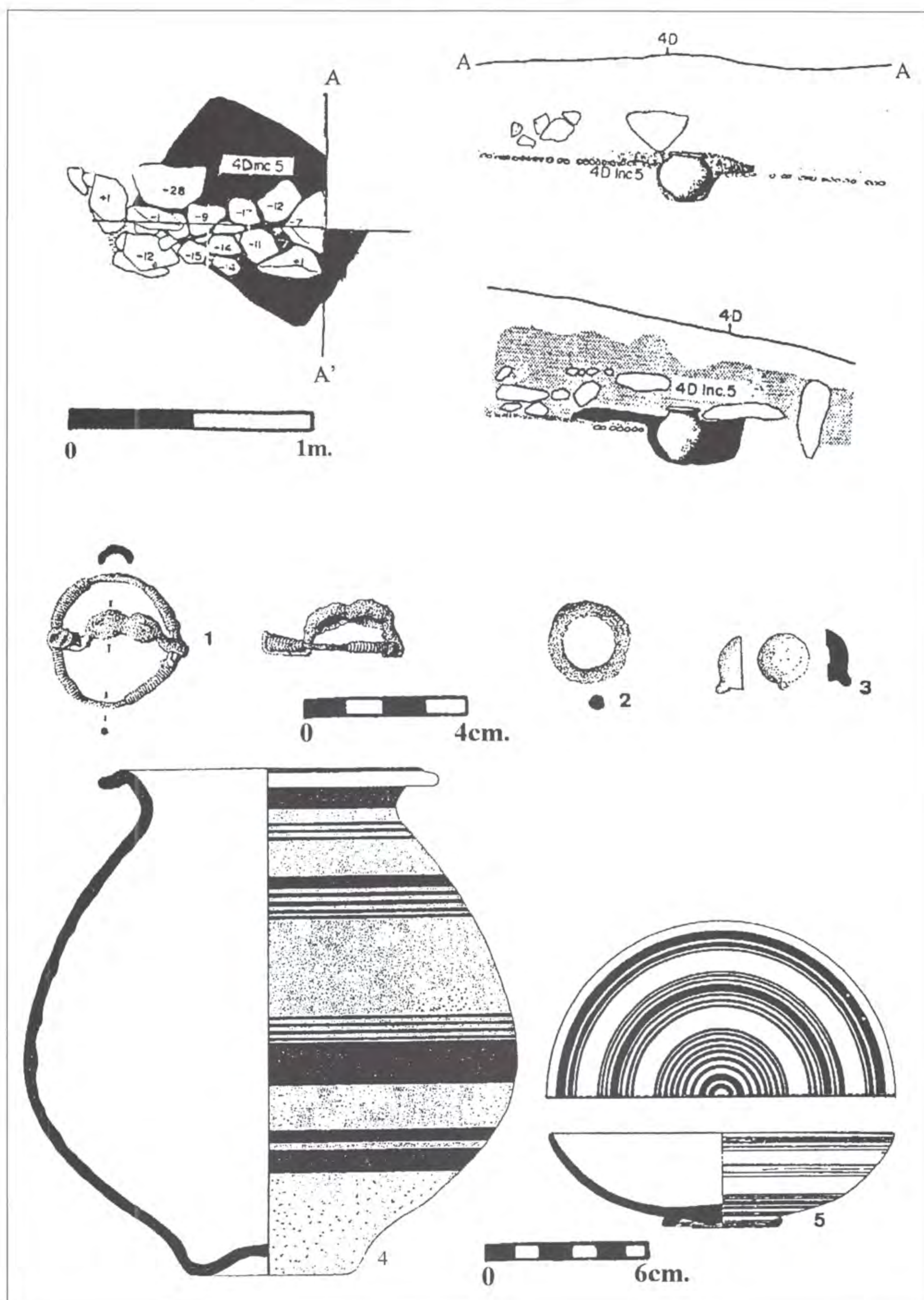


FIGURA 24: *Tumba 4D5.*

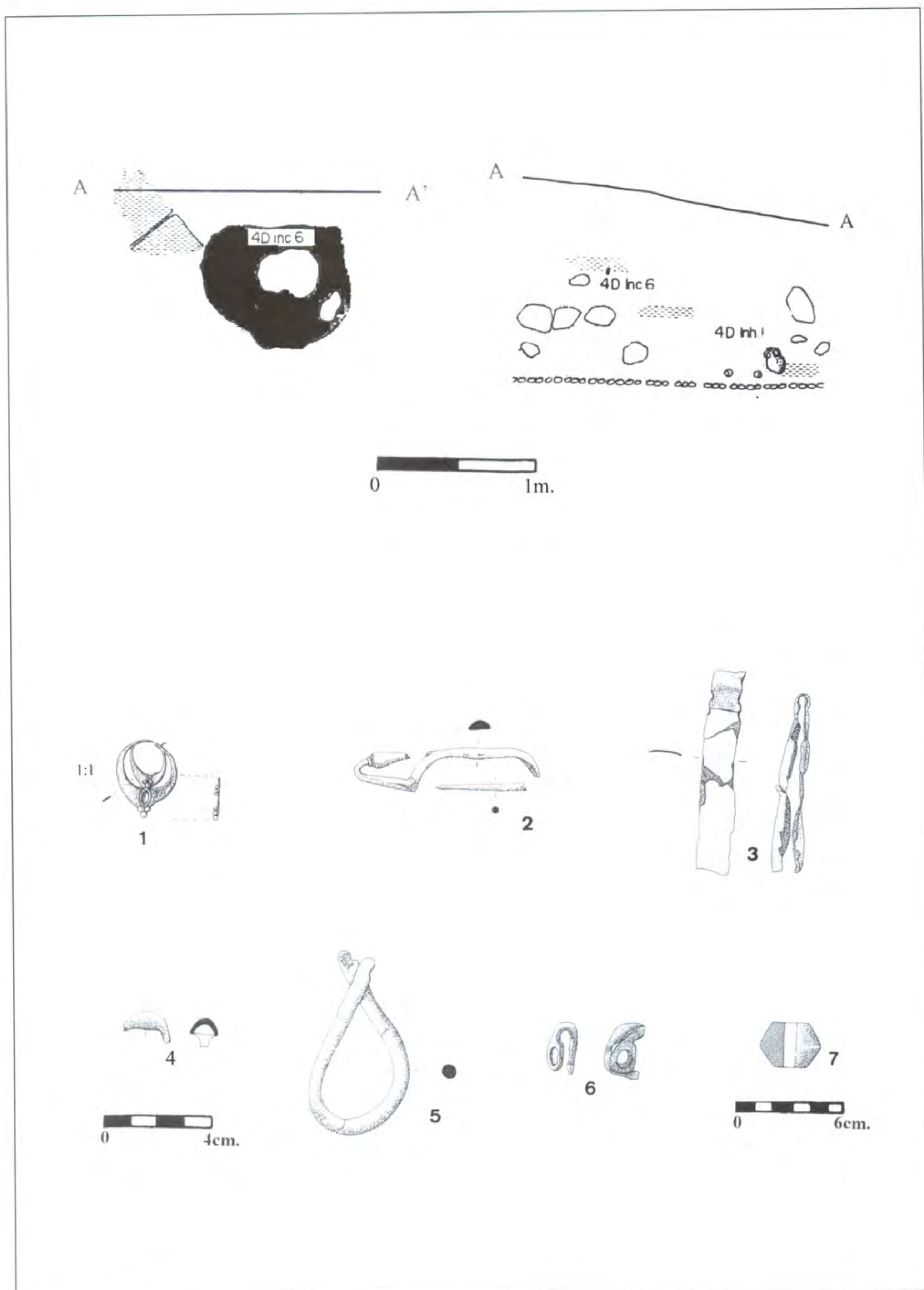
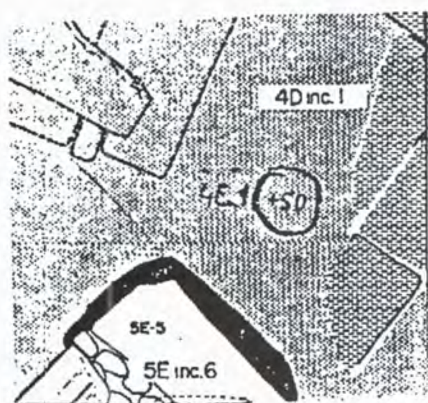
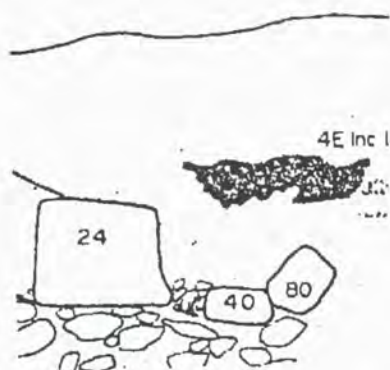


FIGURA 25: *Tumba 4D6.*









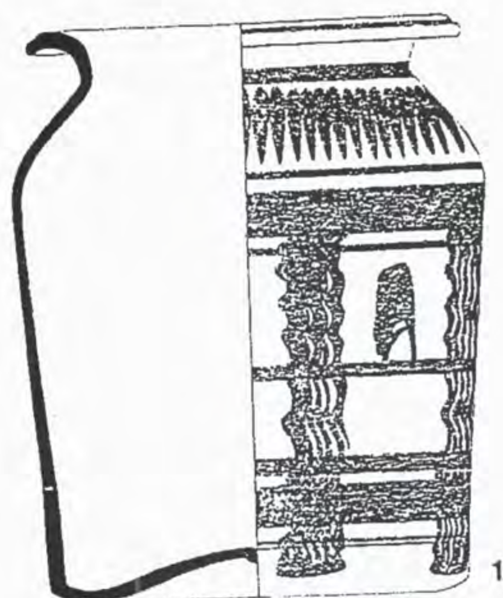








FIGURA 26: *Tumba 4E1.*

FIGURA 27: *Tumba 4E2.*

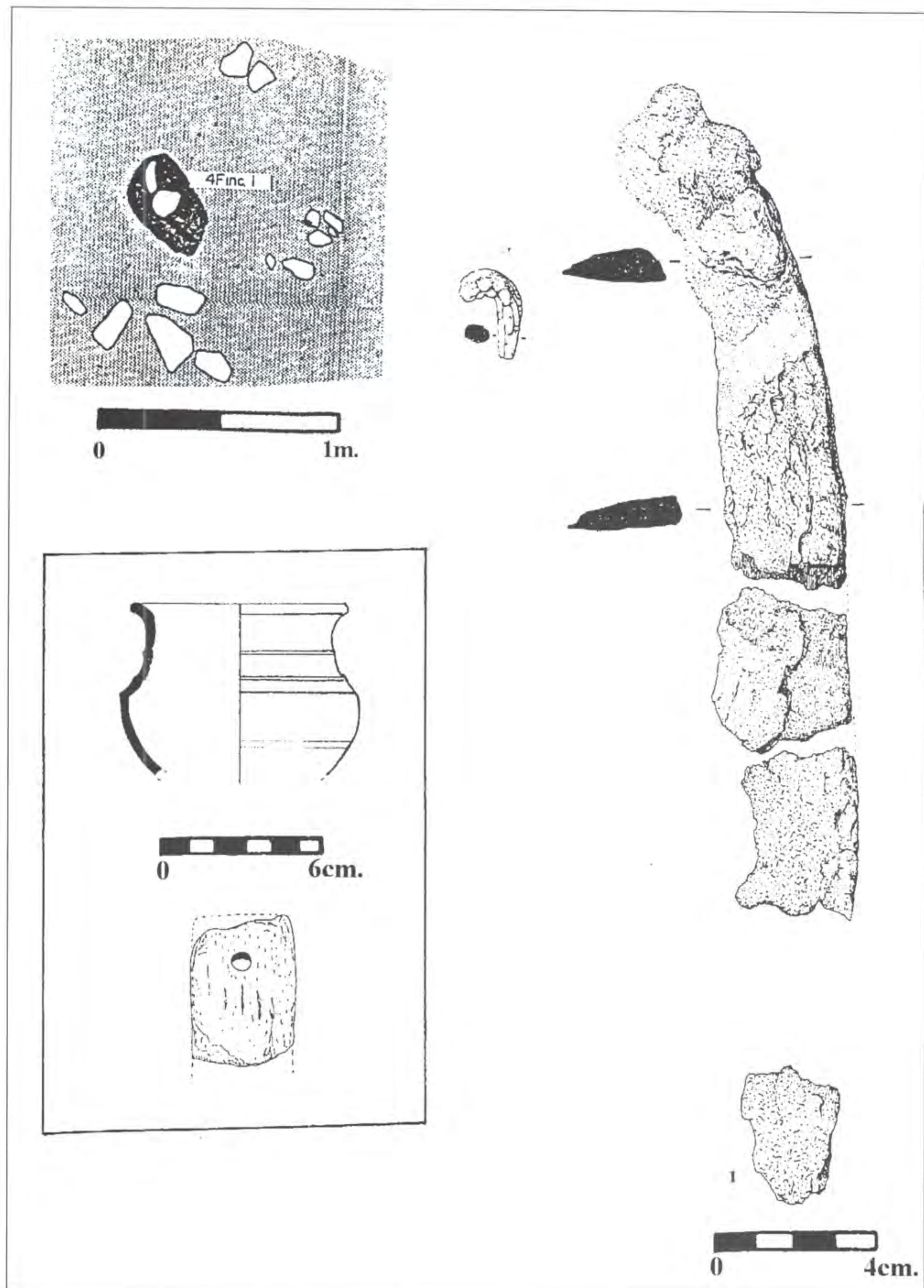


FIGURA 28: *Tumba 4F1 y material de la cuadrícula 4F.*

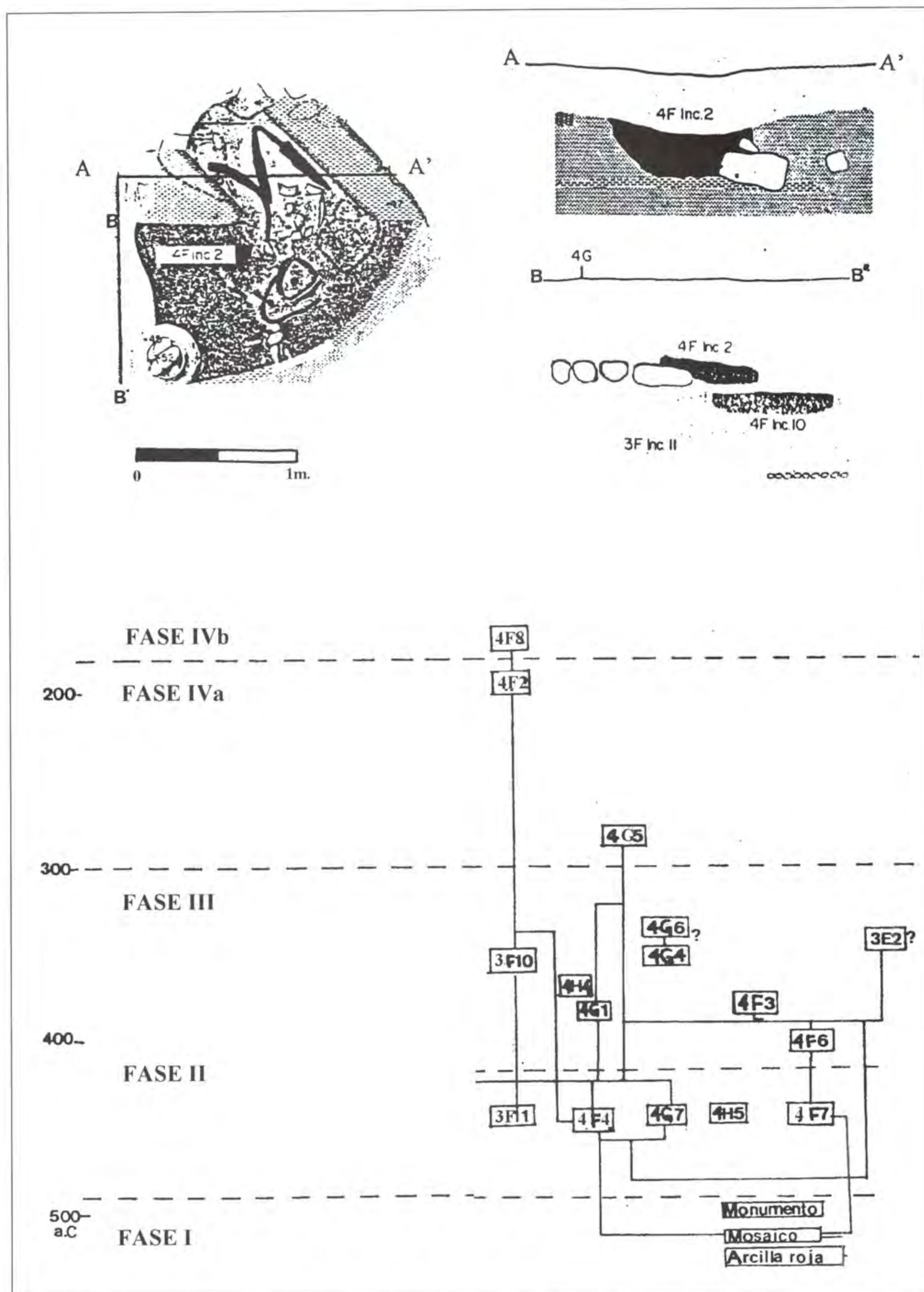


FIGURA 29a: *Planta y sección de la tumba 4F2 y matriz de relación de tumbas de la cuadrícula 4F.*

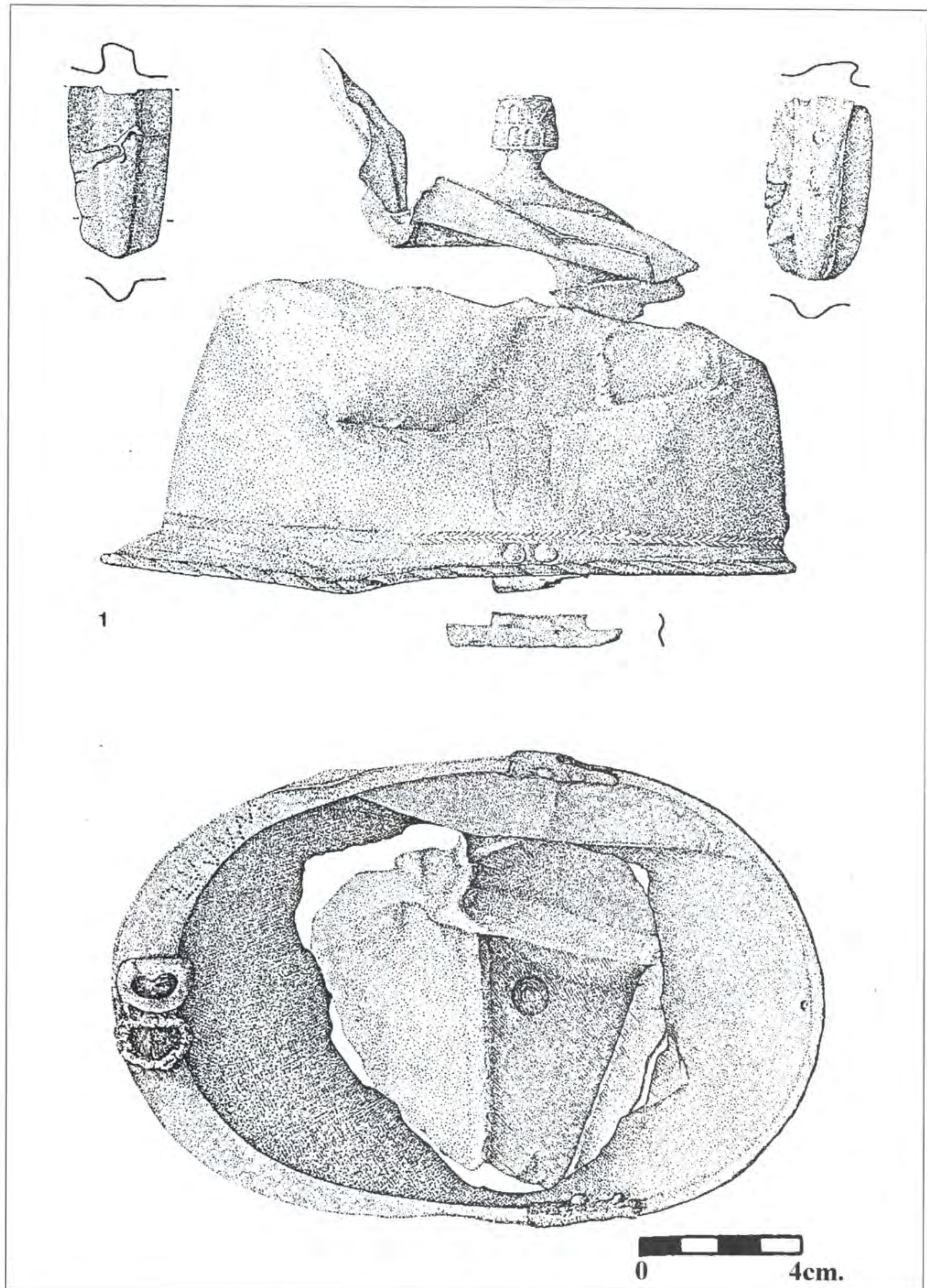


FIGURA 29b: *Tumba 4F2.*

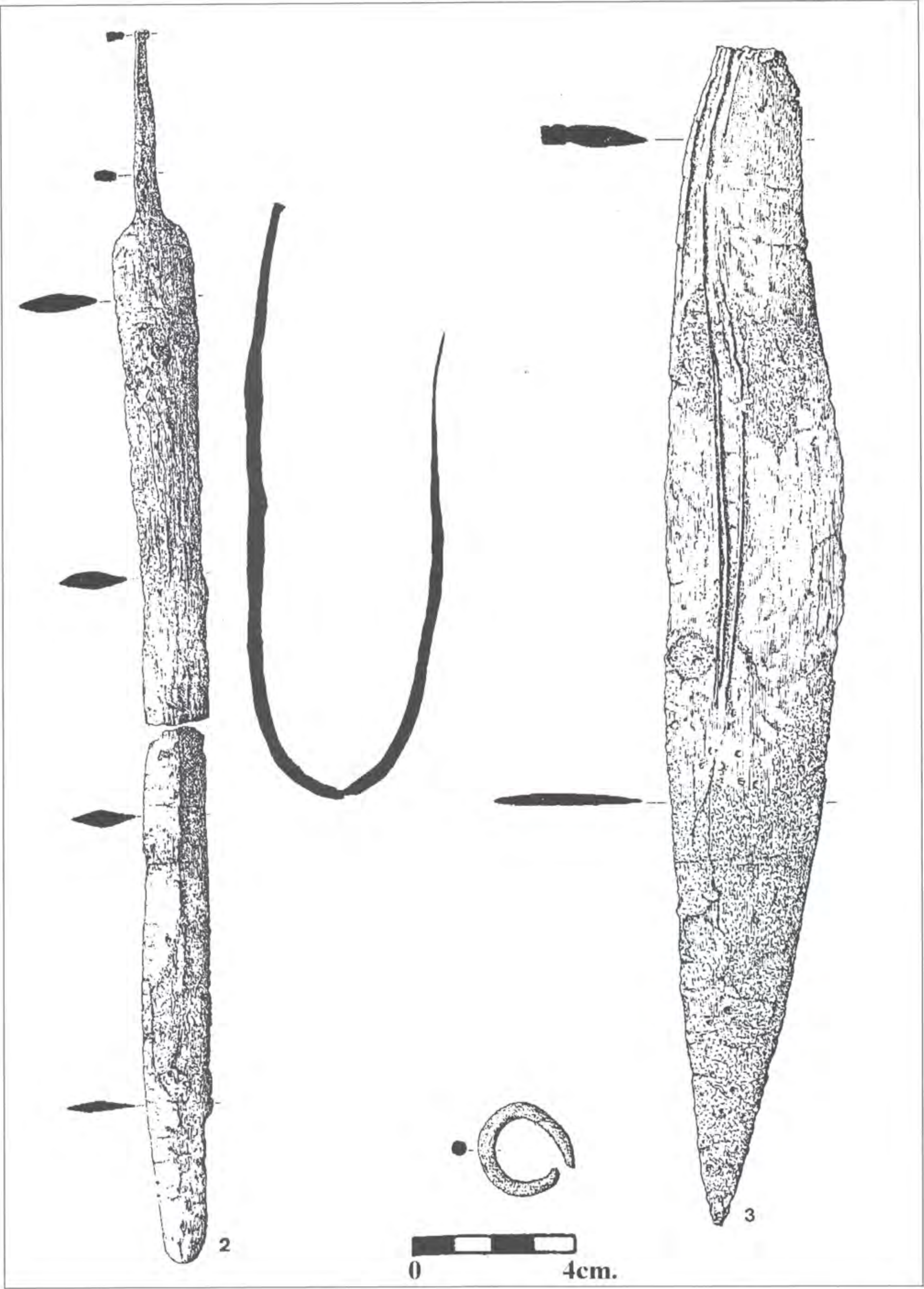


FIGURA 29c: *Tumba 4F2.*

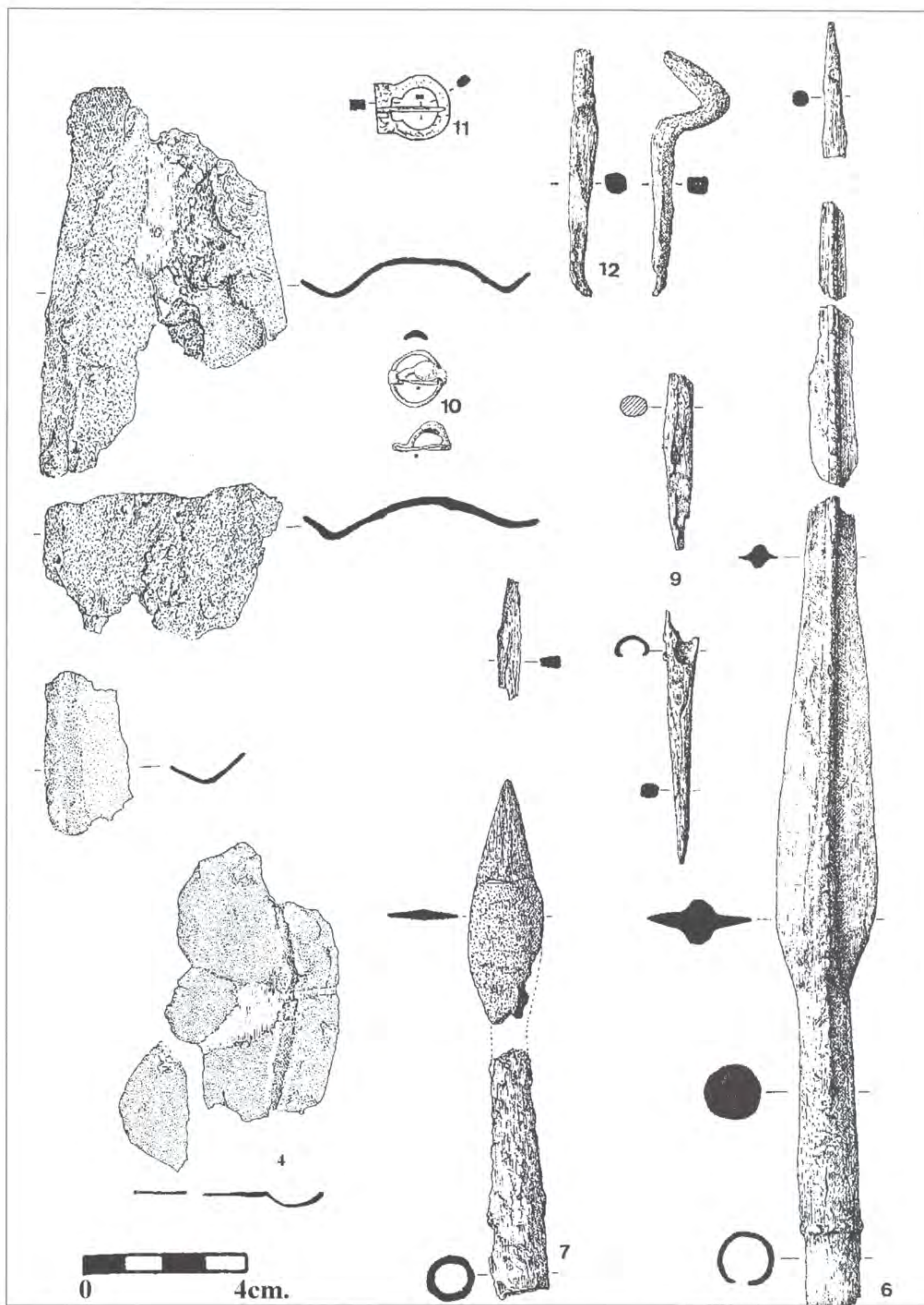


FIGURA 29d: *Tumba 4F2.*

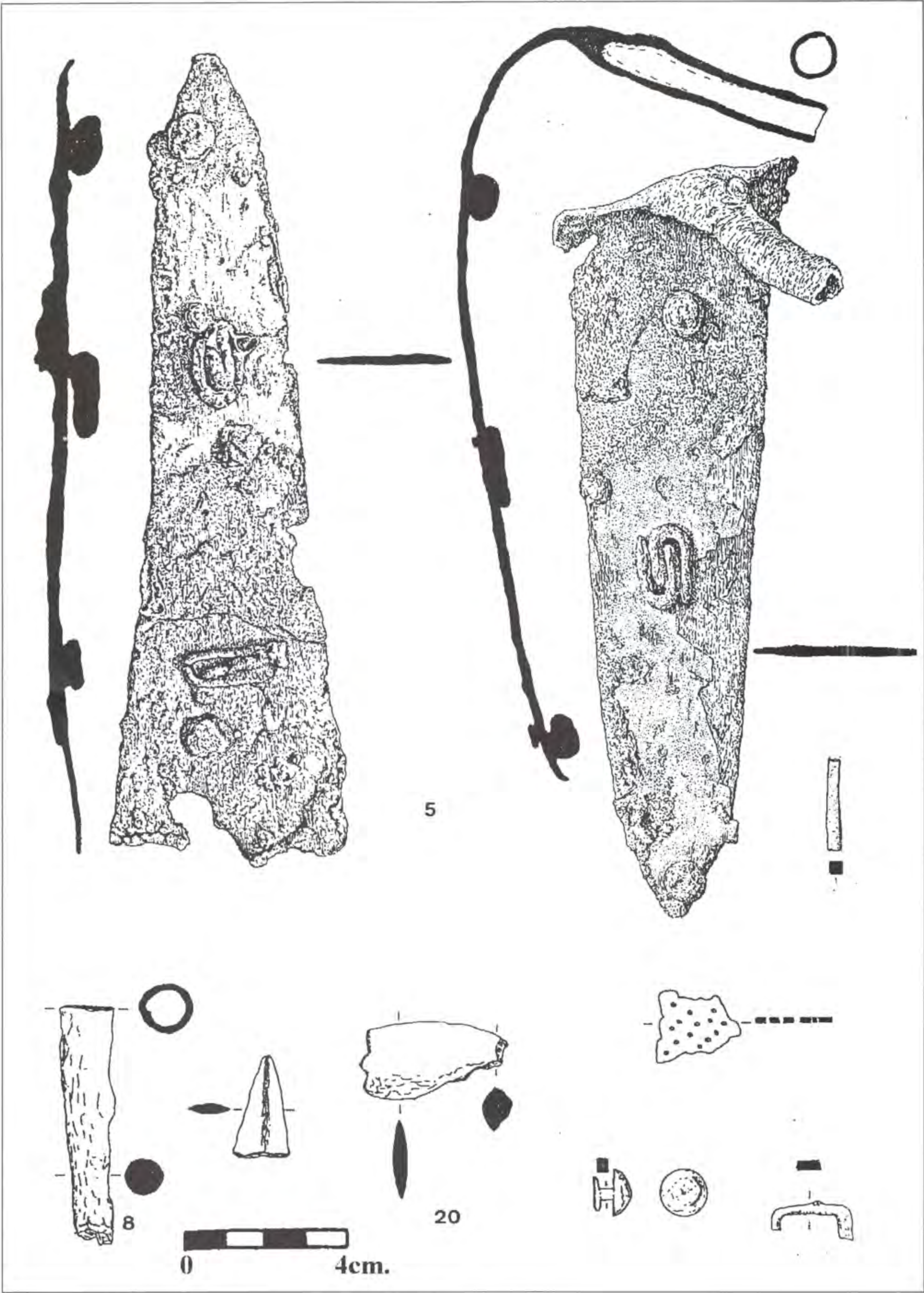
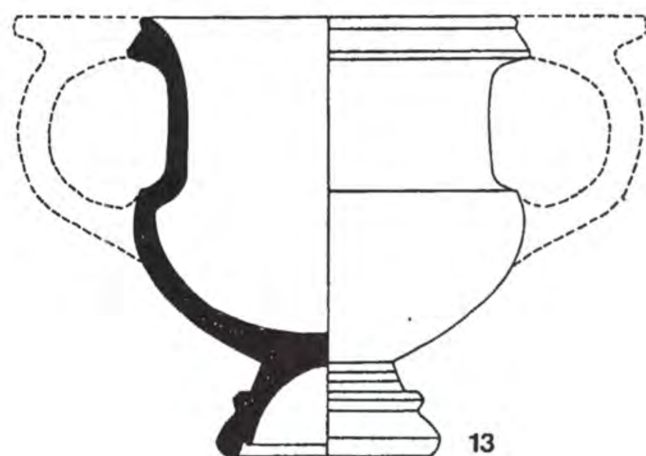
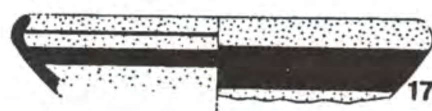


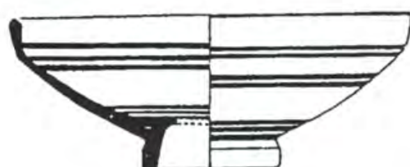
FIGURA 29e: *Tumba 4F2.*





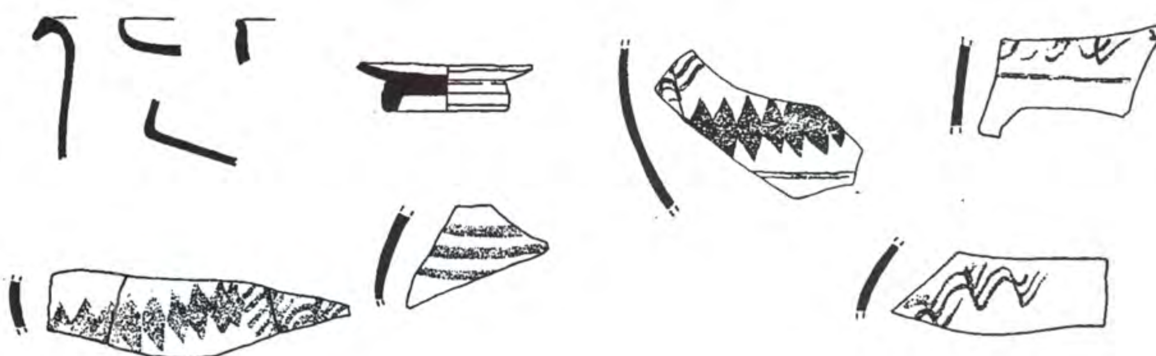








19



0 6cm.

FIGURA 29f: *Tumba 4F2.*

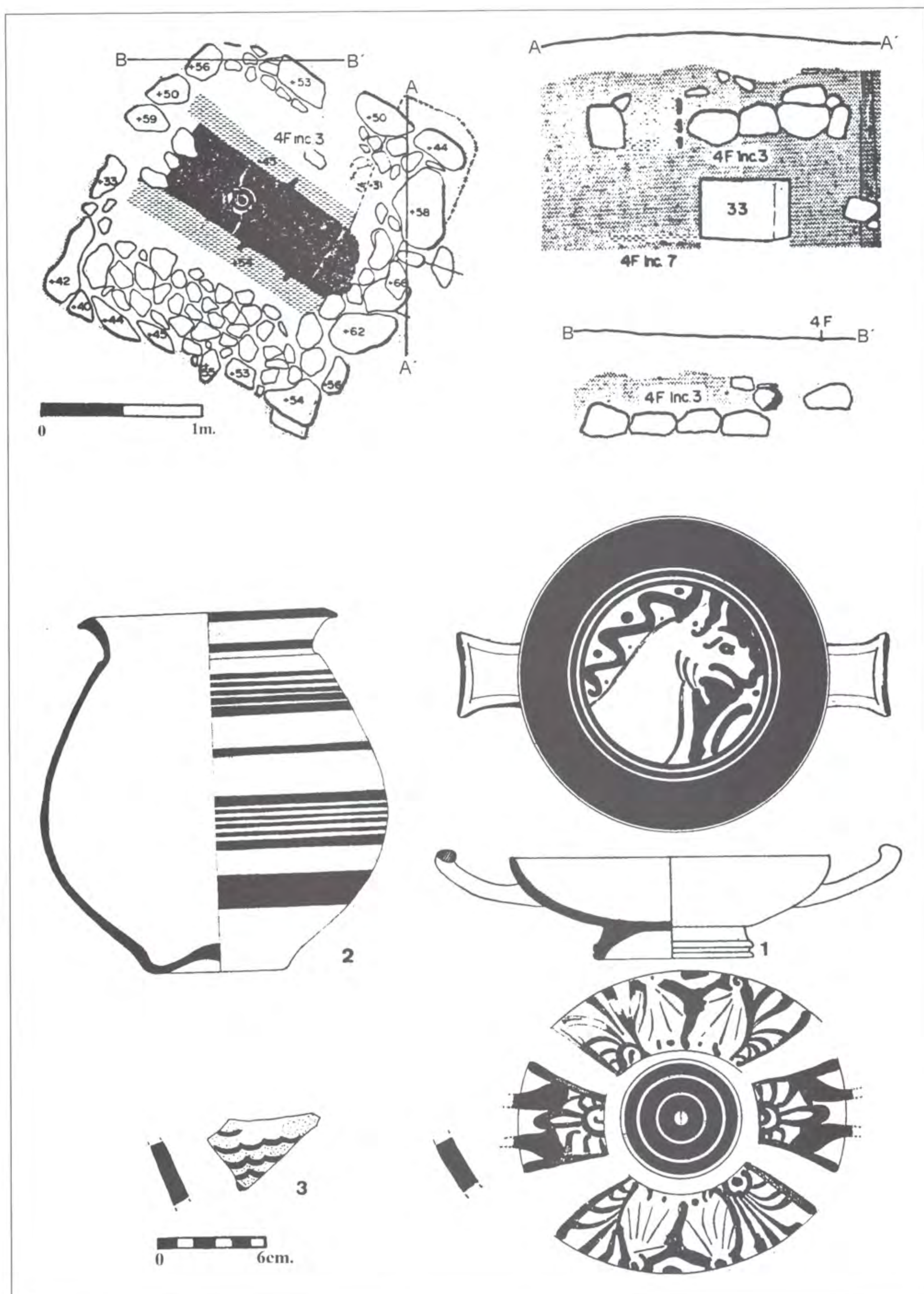


FIGURA 30: *Tumba 4F3.*

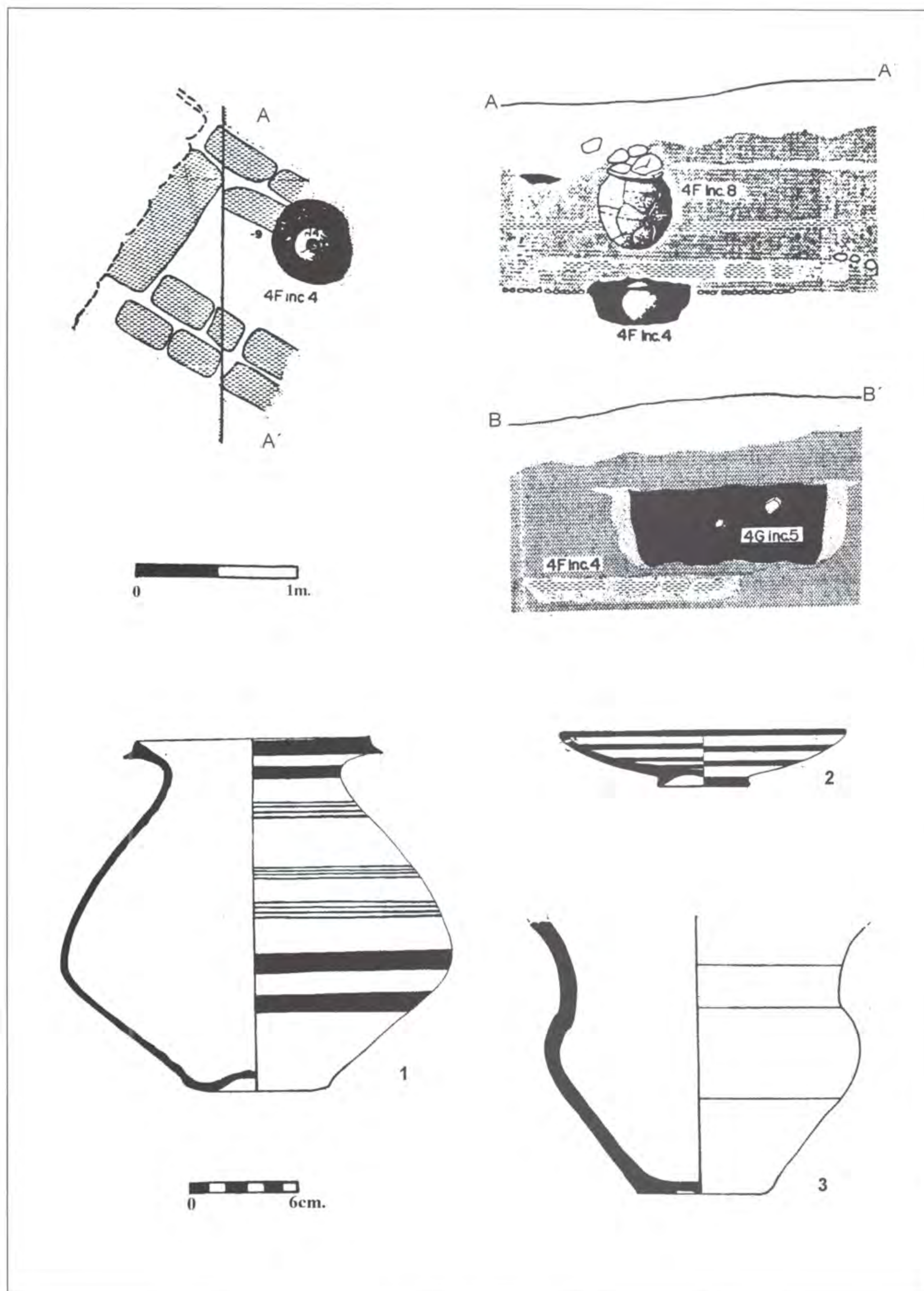
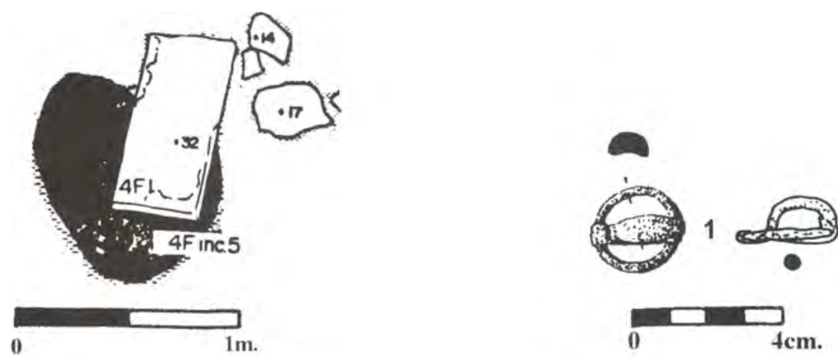
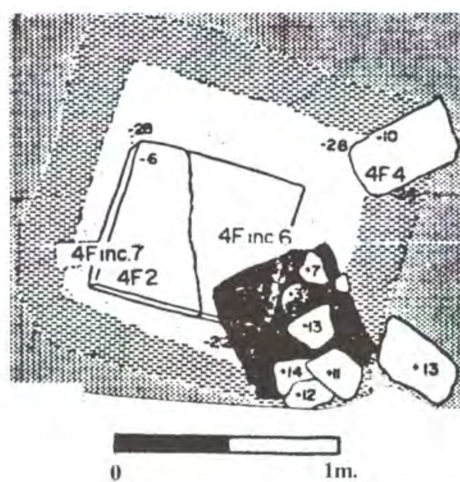


FIGURA 31: *Tumba 4F4.*





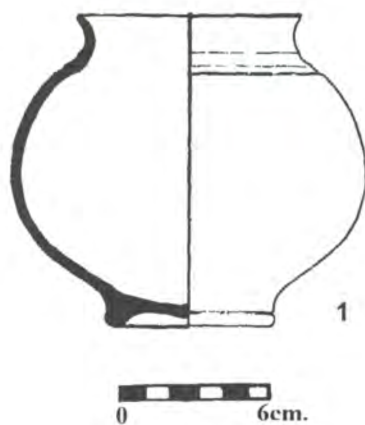


FIGURA 32: *Tumbas 4F5 y 4F6.*

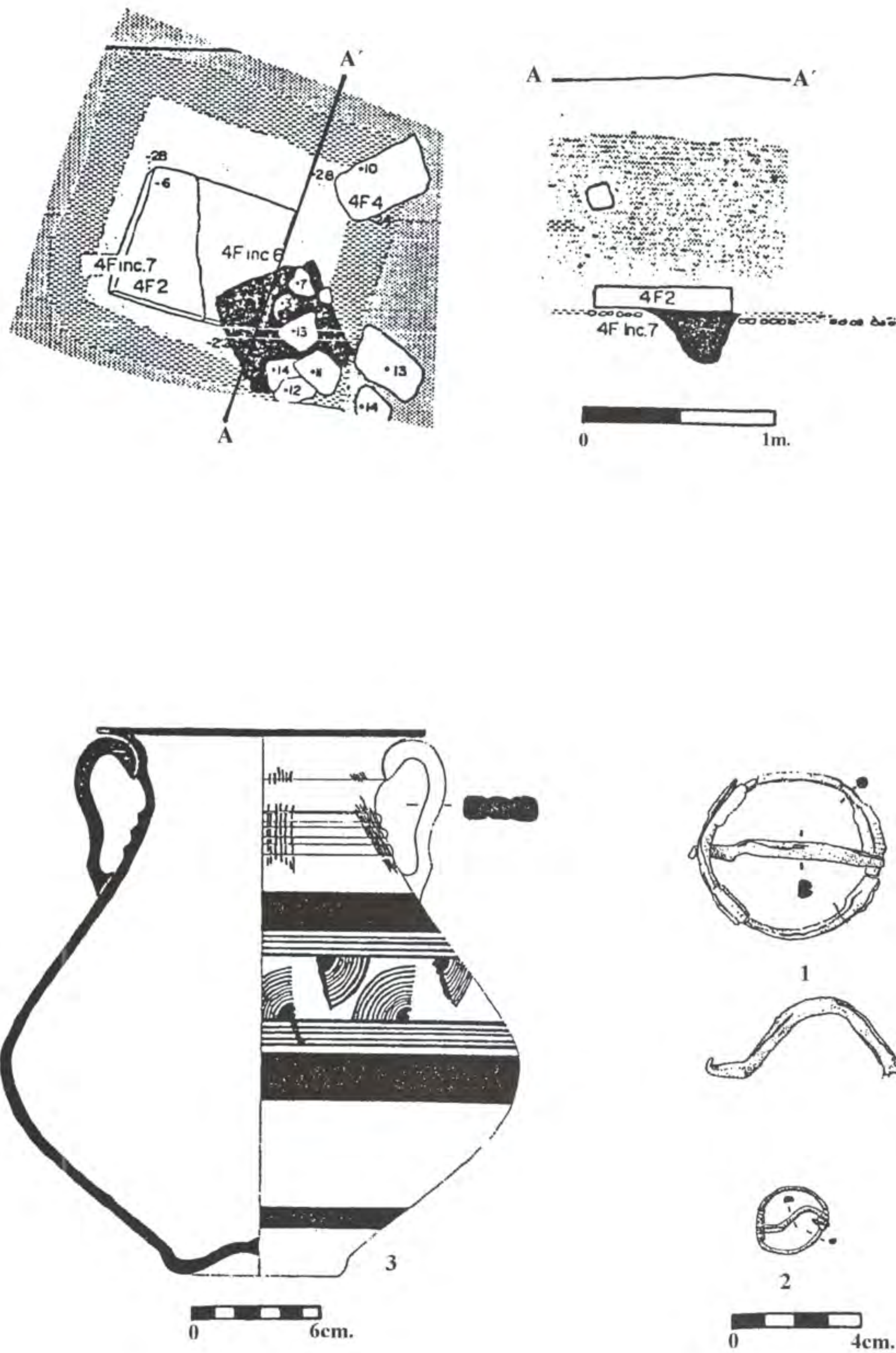


FIGURA 33: *Tumba 4F7.*

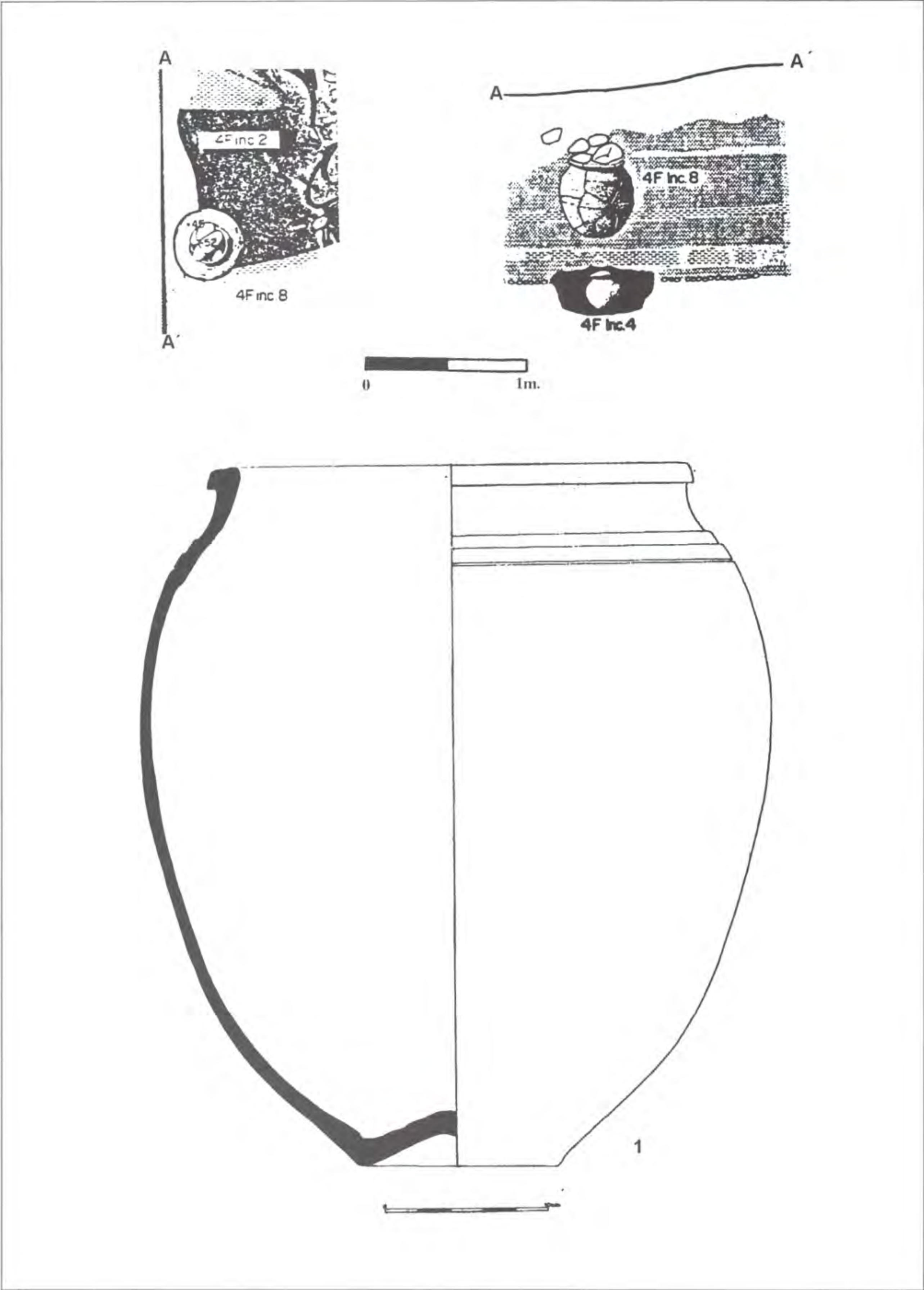


FIGURA 34: *Tumba 4F8.*

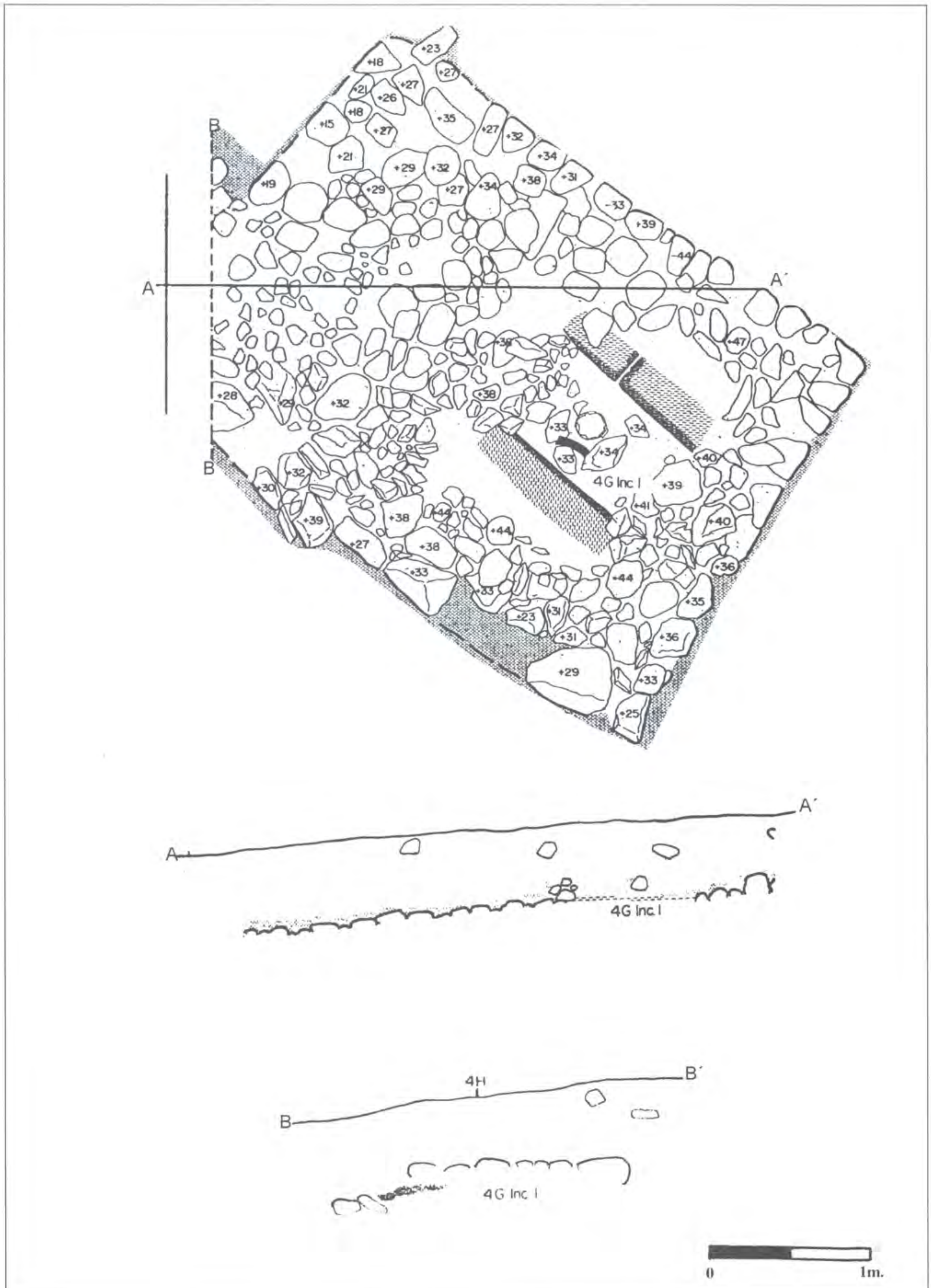


FIGURA 35a: *Tumba 4G1.*

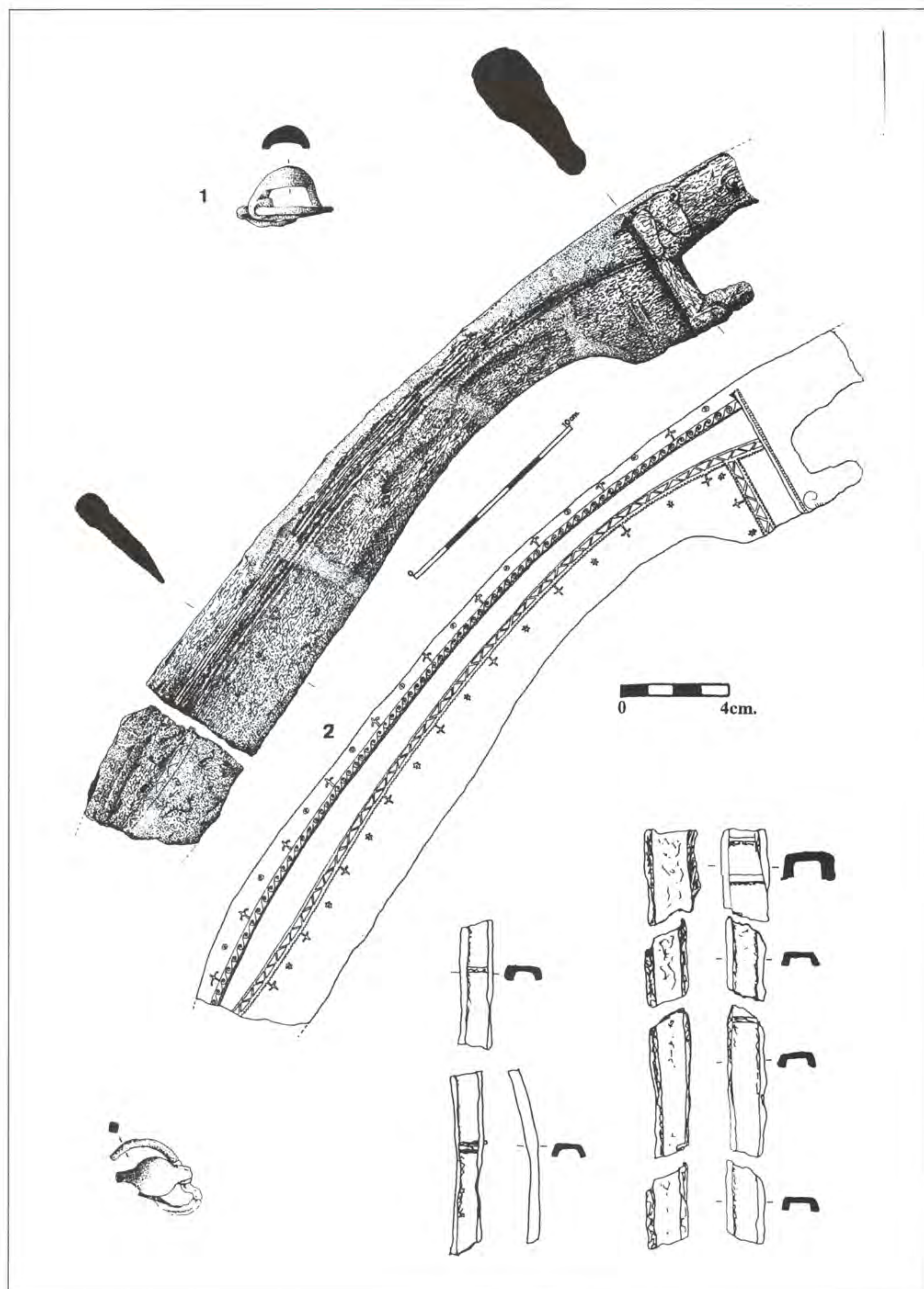


FIGURA 35b: *Tumba 4G1.*

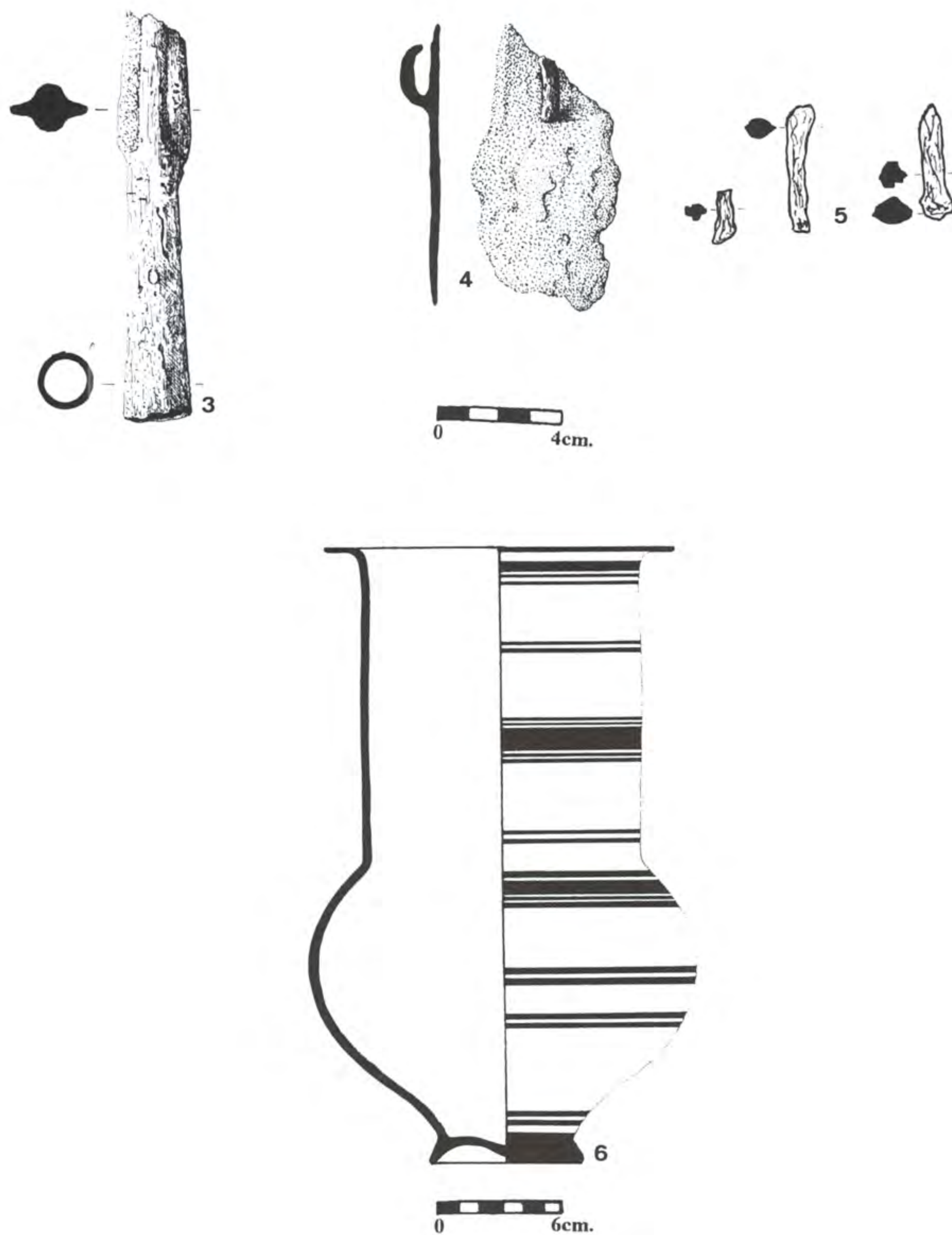


FIGURA 35c: *Tumba 4G1.*

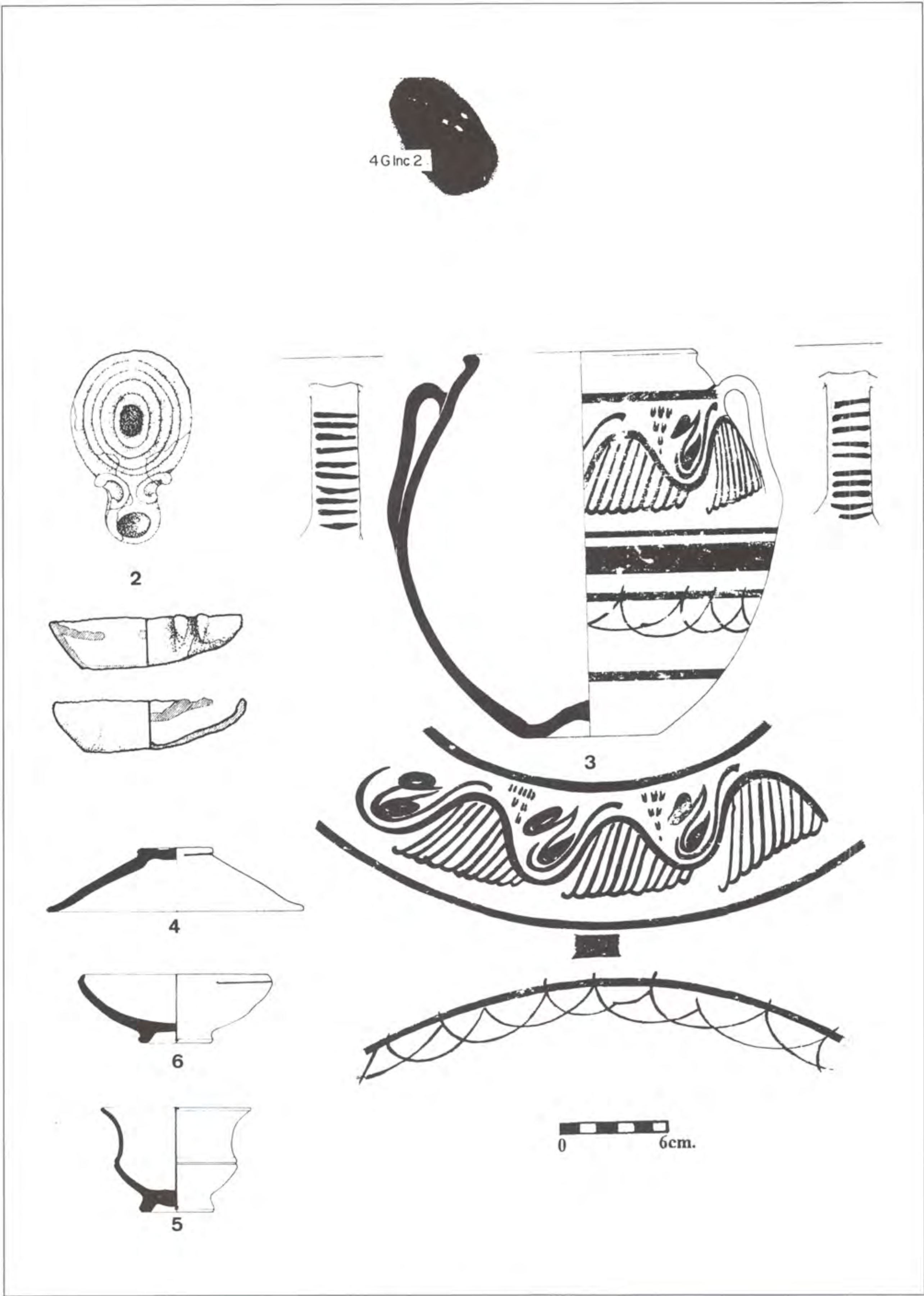


FIGURA 36: *Tumba 4G2.*

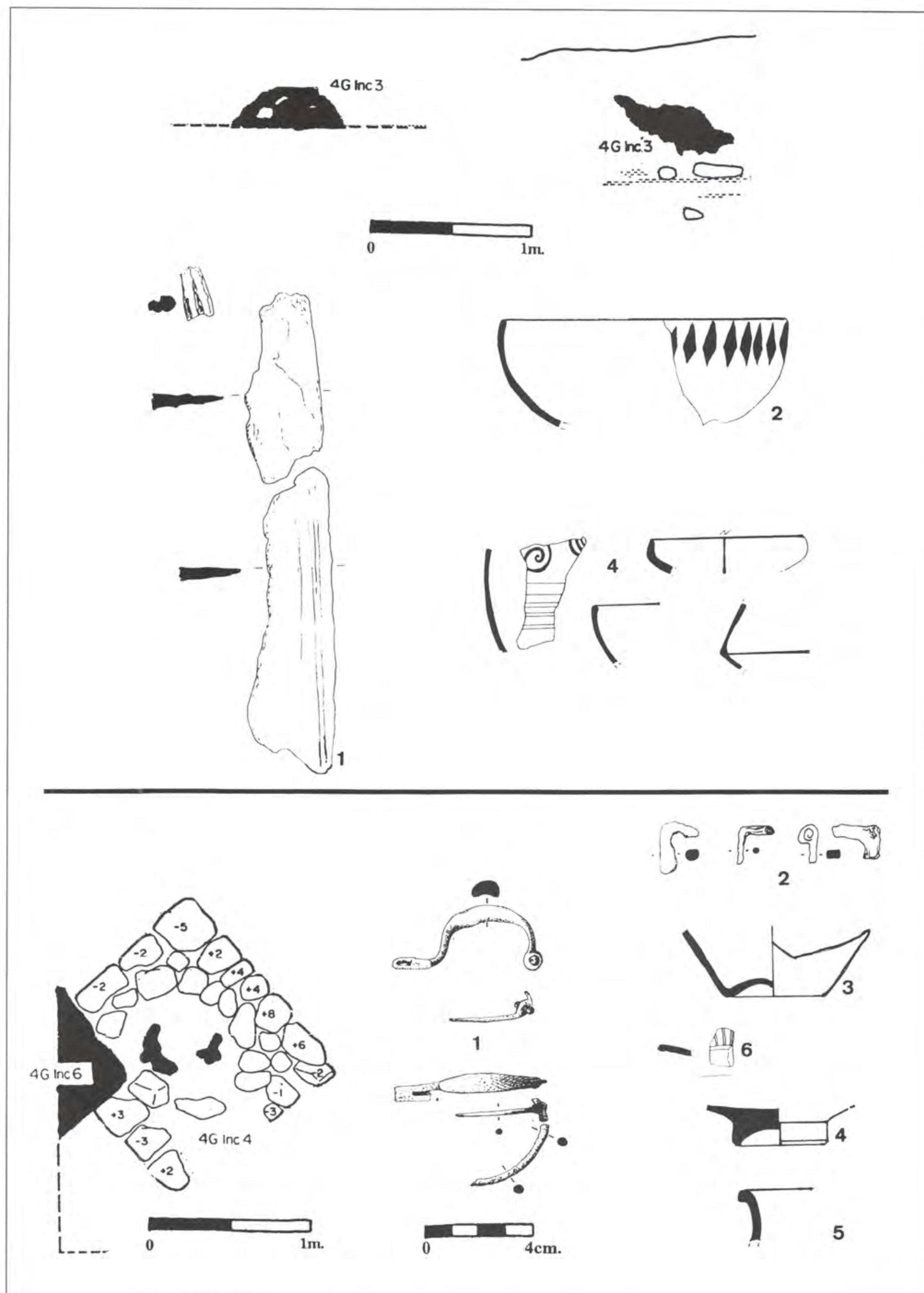


FIGURA 37: *Tumbas 4G3 y 4G4.*

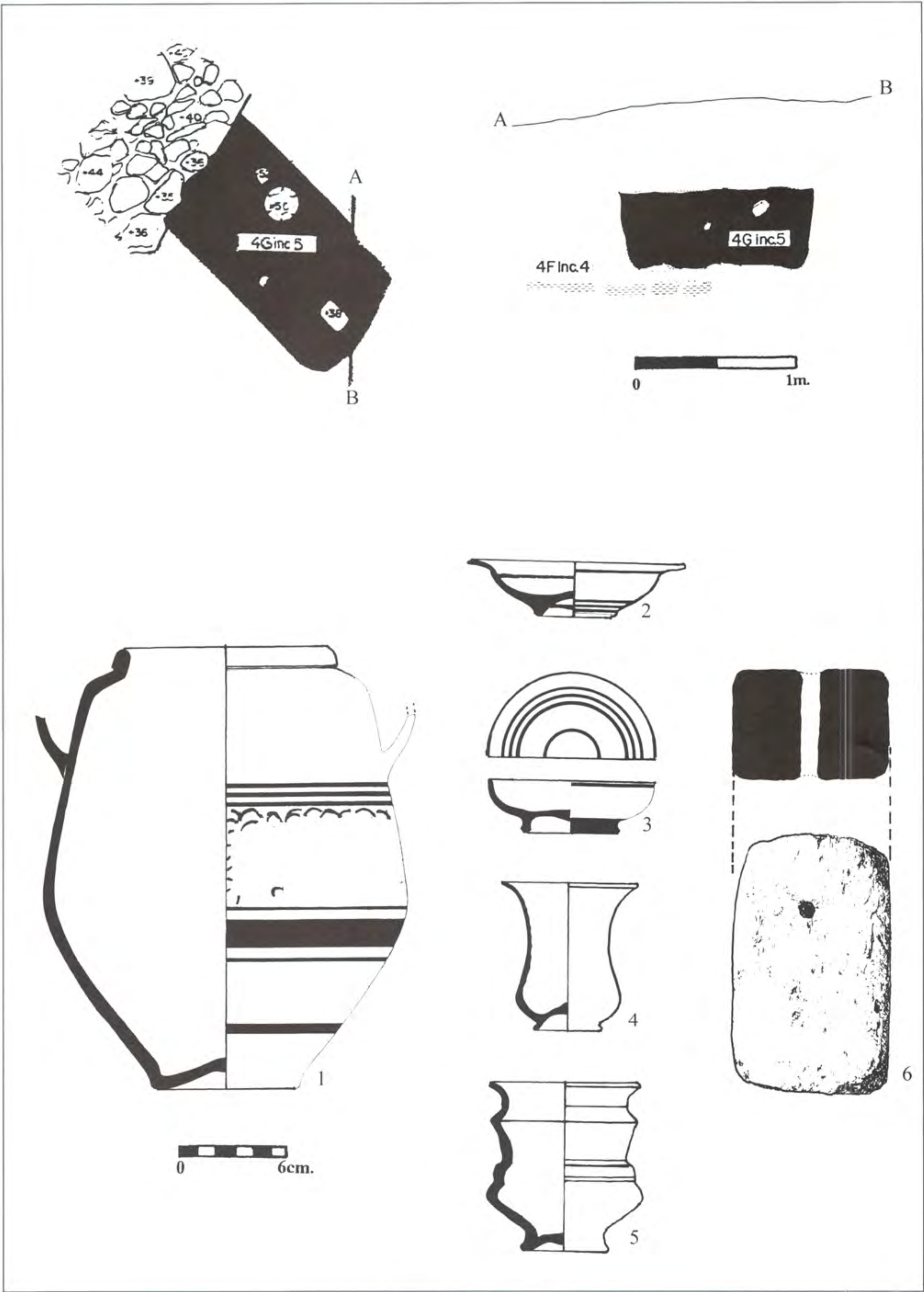


FIGURA 38: *Tumba 4G5.*

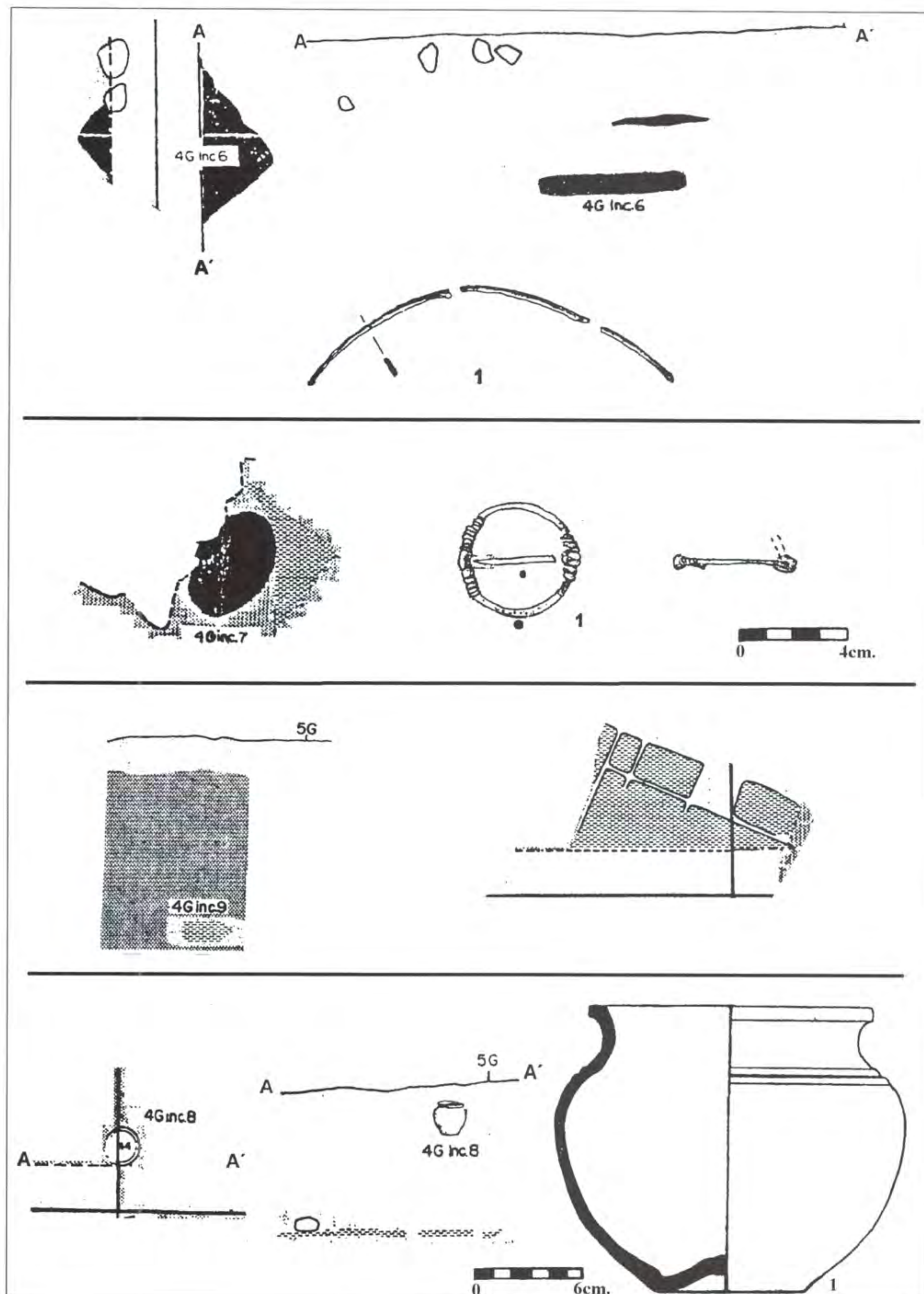


FIGURA 39: *Tumbas 4G6, 4G8 y 4G9.*

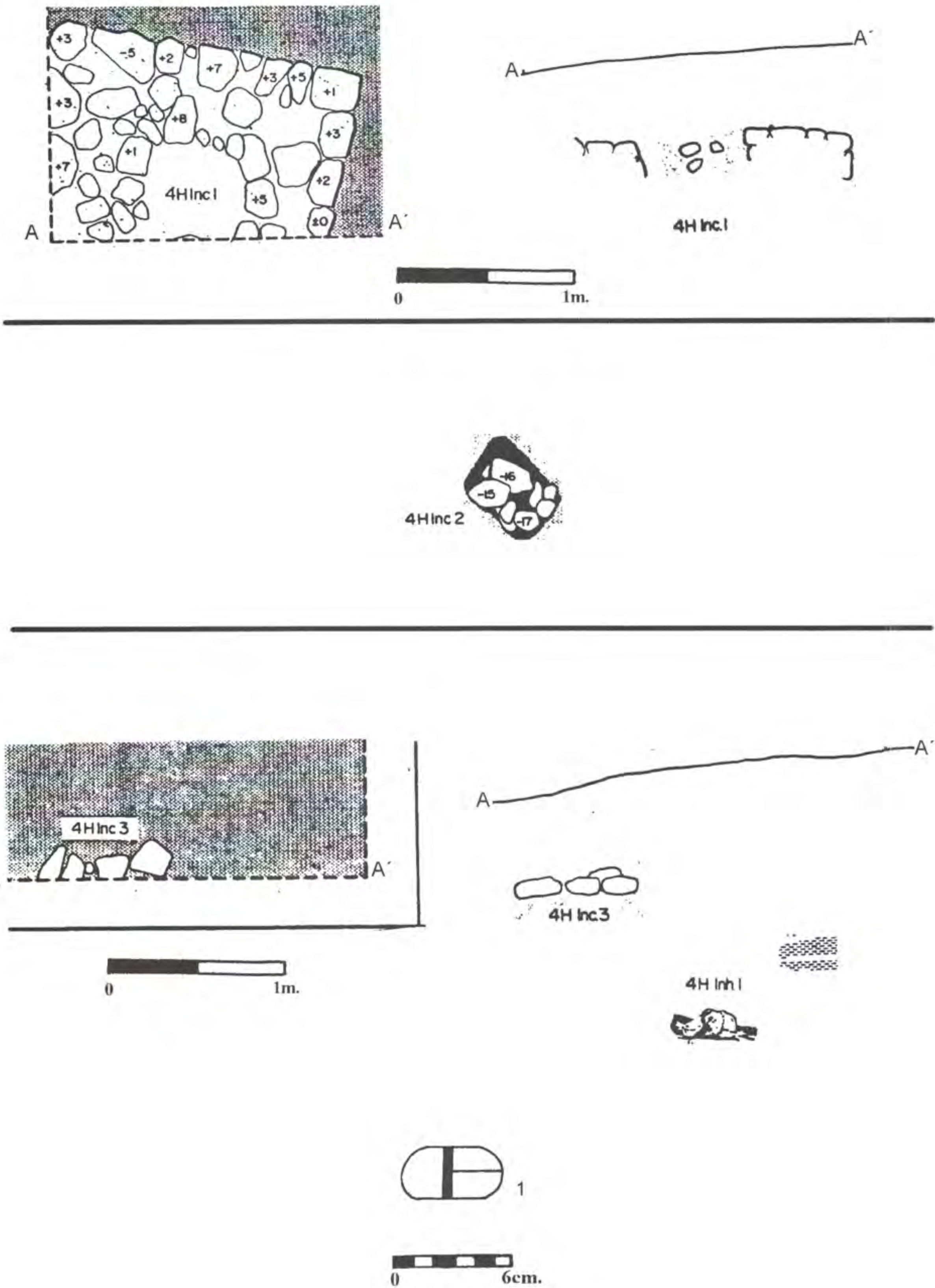
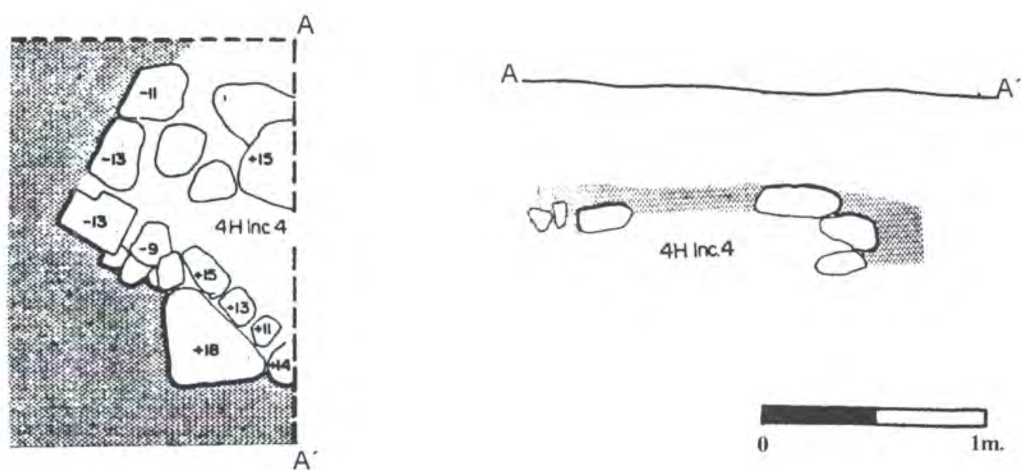


FIGURA 40: *Tumbas 4H1, 4H2 y 4H3.*



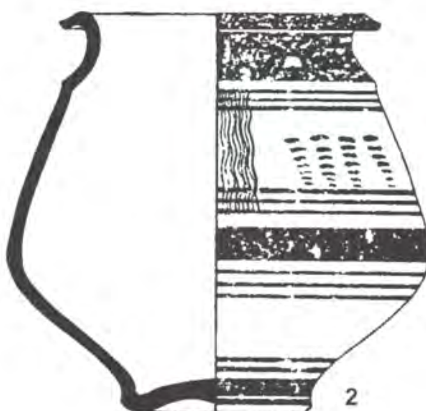












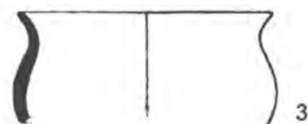




FIGURA 41: *Tumbas 4H4 y 4H5.*

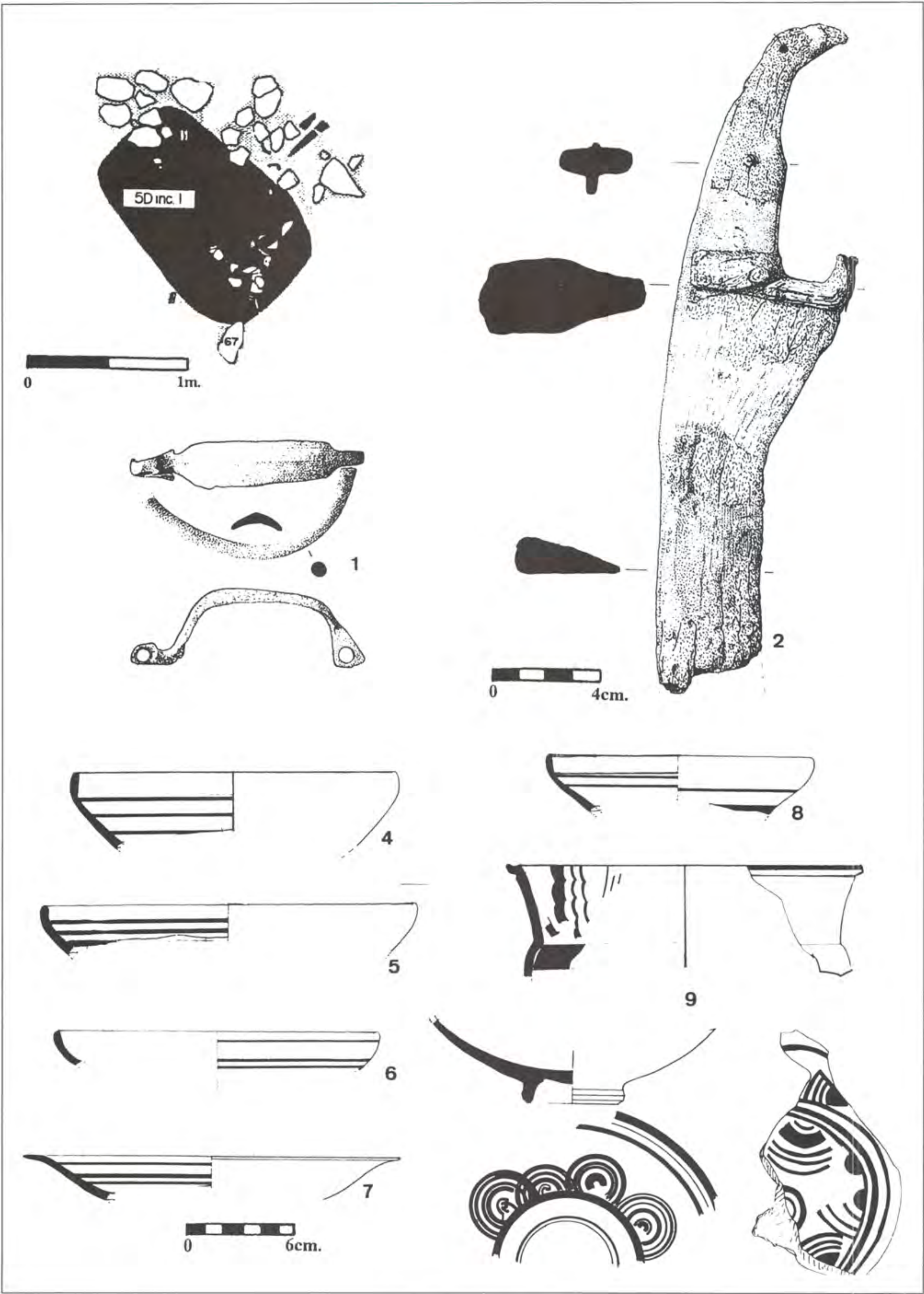


FIGURA 42: *Tumba 5D1.*

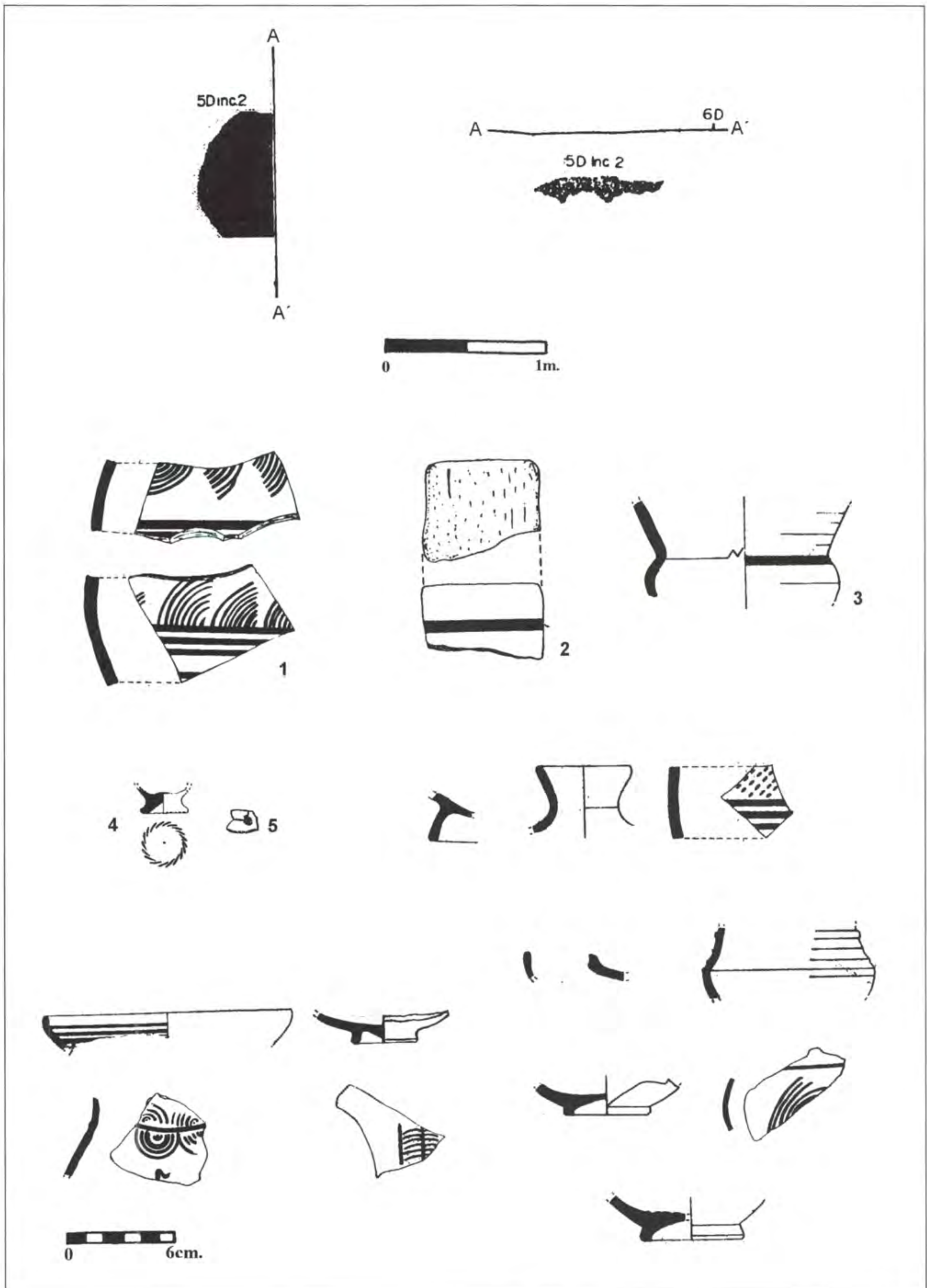


FIGURA 43: *Tumba 5D2.*

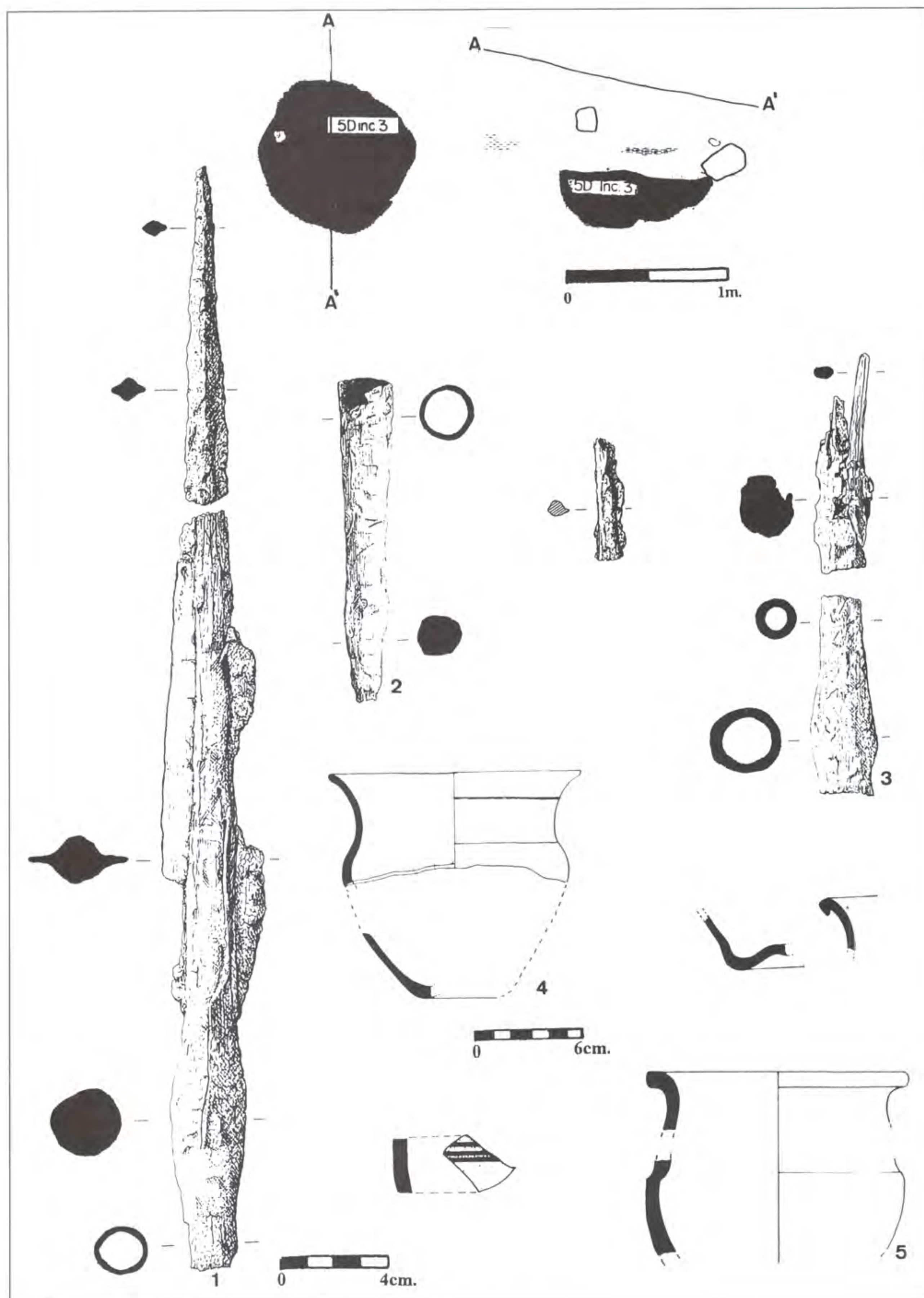


FIGURA 44: *Tumba 5D3.*

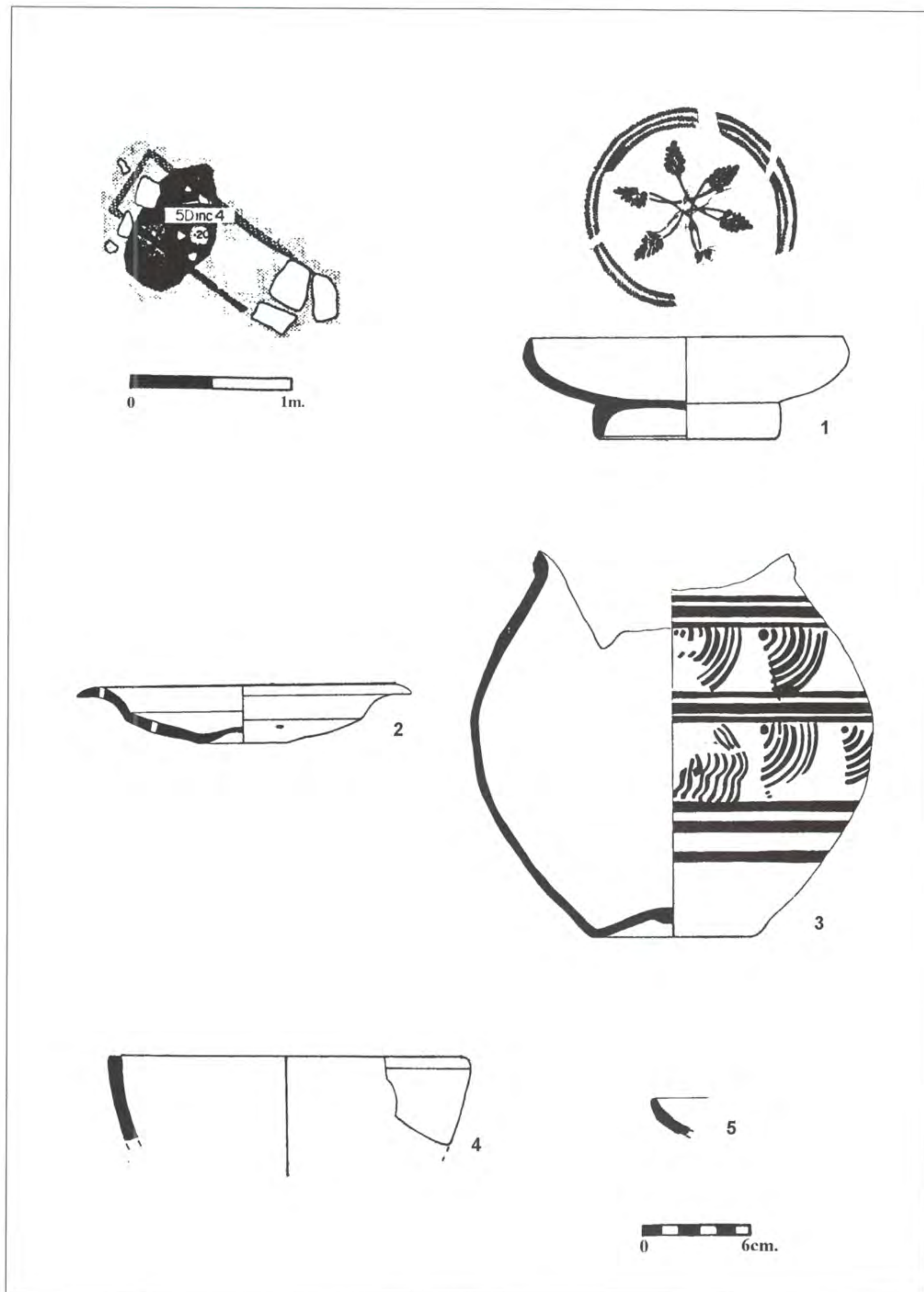


FIGURA 45: *Tumba 5D4.*

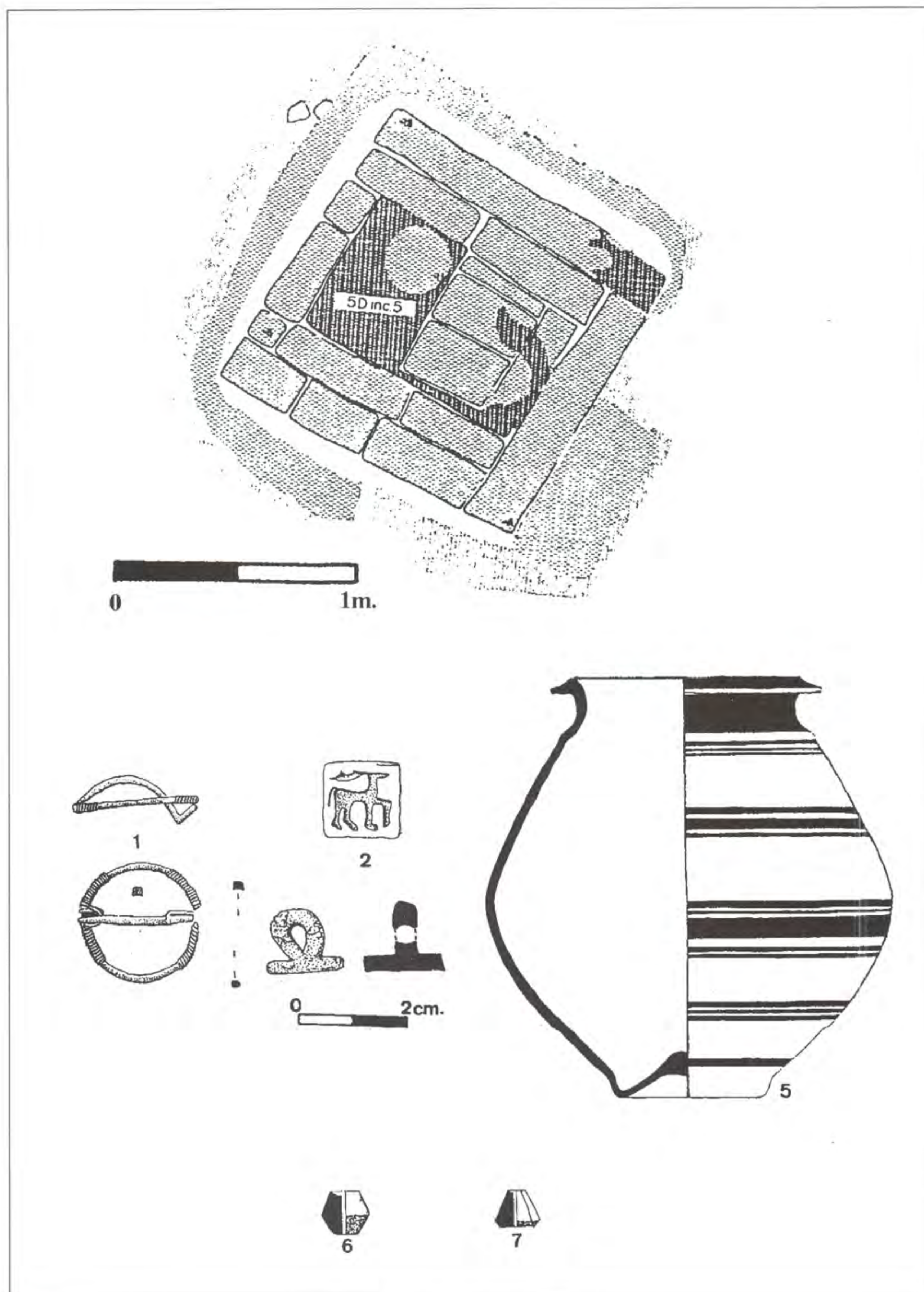


FIGURA 46: *Tumba 5D5.*

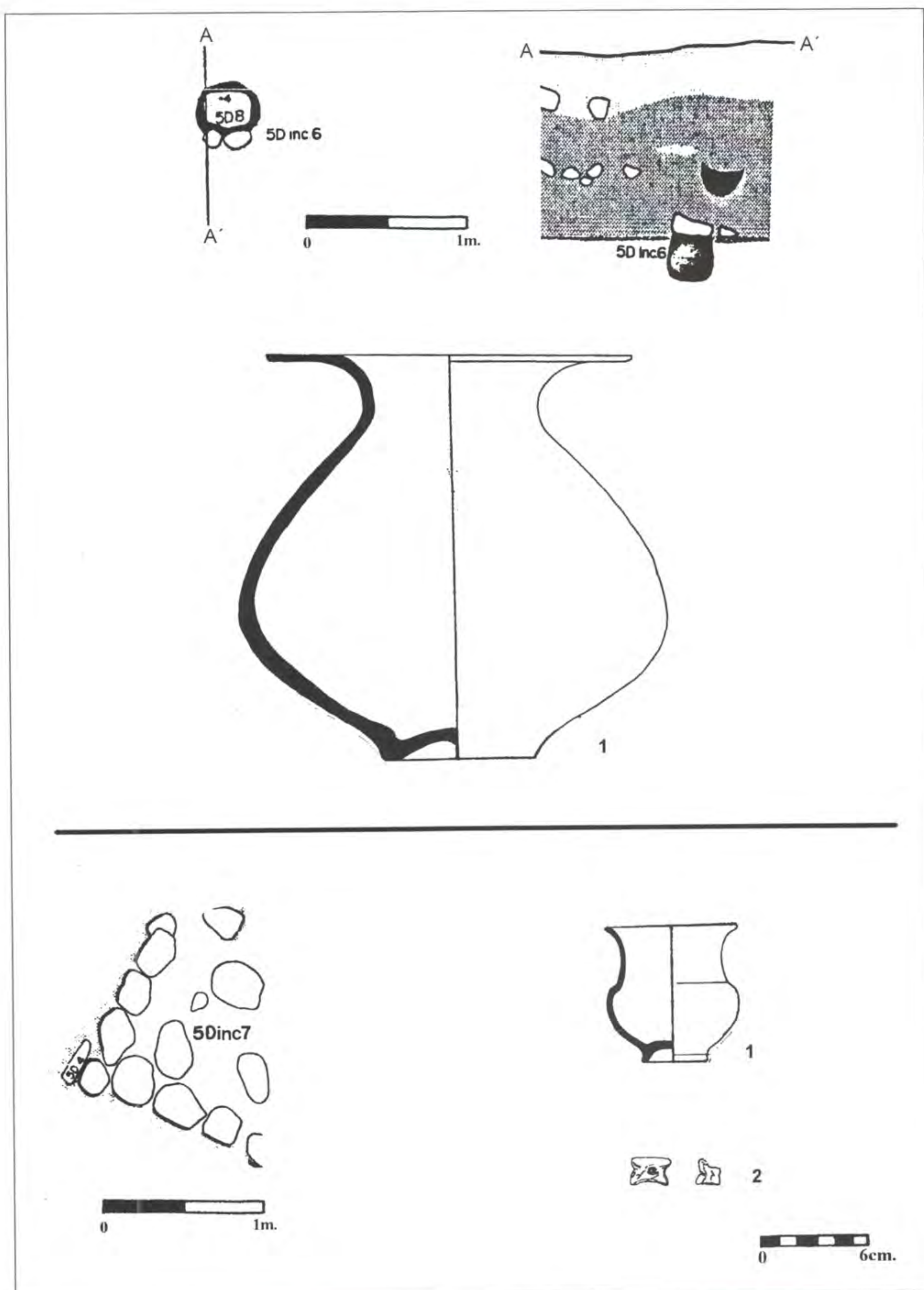


FIGURA 47: *Tumbas 5D6 y 5D7.*

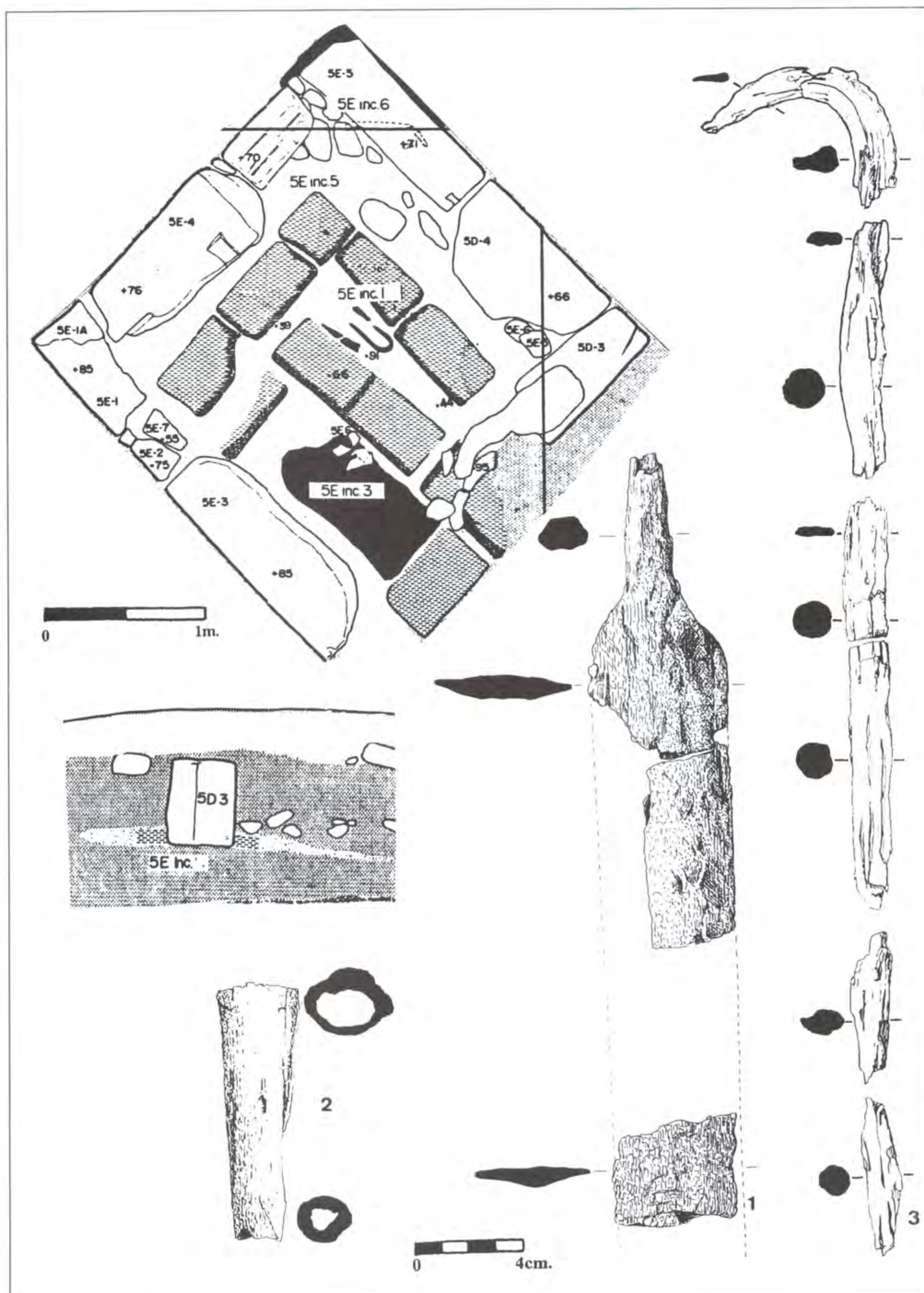


FIGURA 48a: *Tumba 5E1=5E5.*

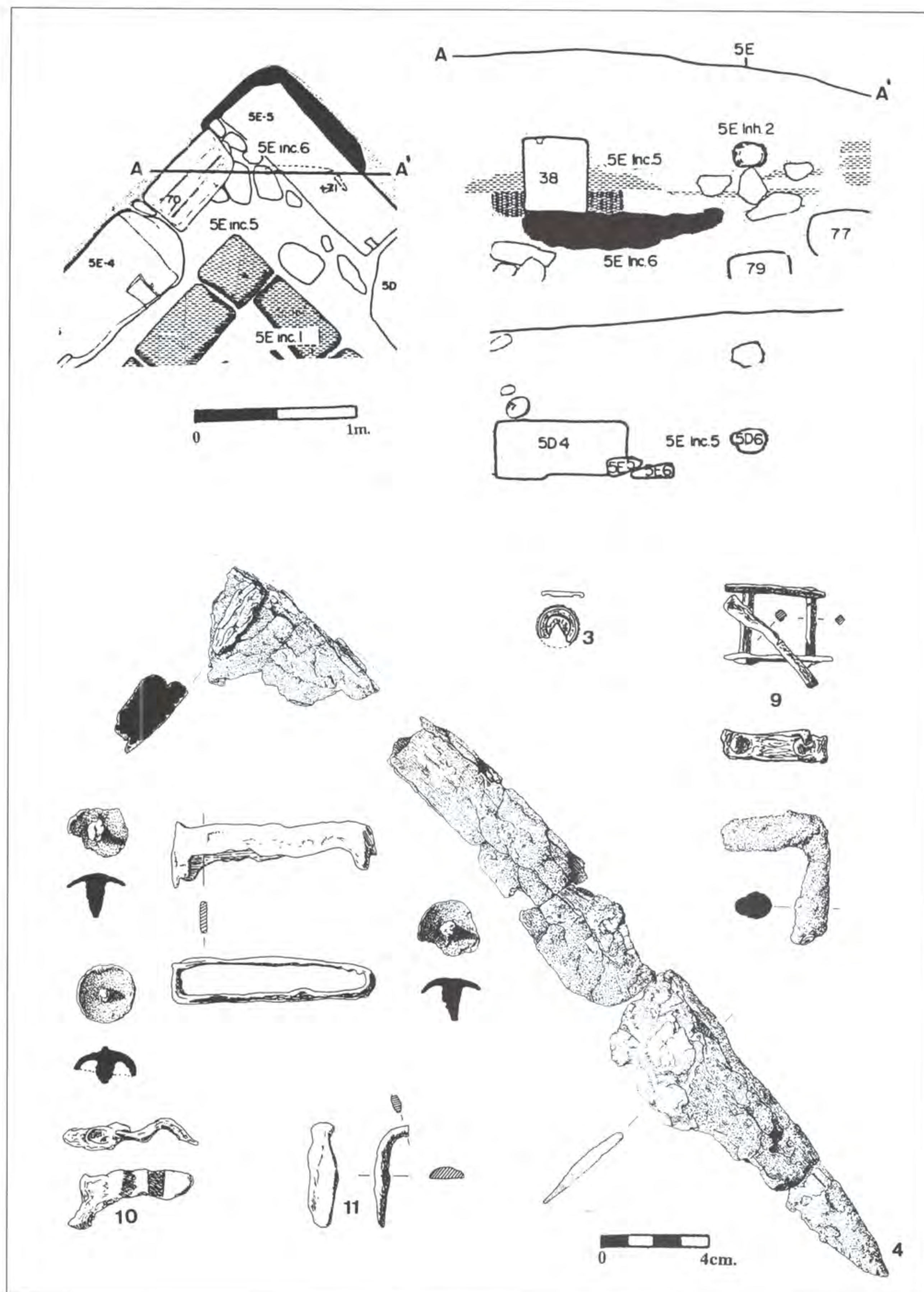


FIGURA 48b: *Tumba 5E5=5E1.*

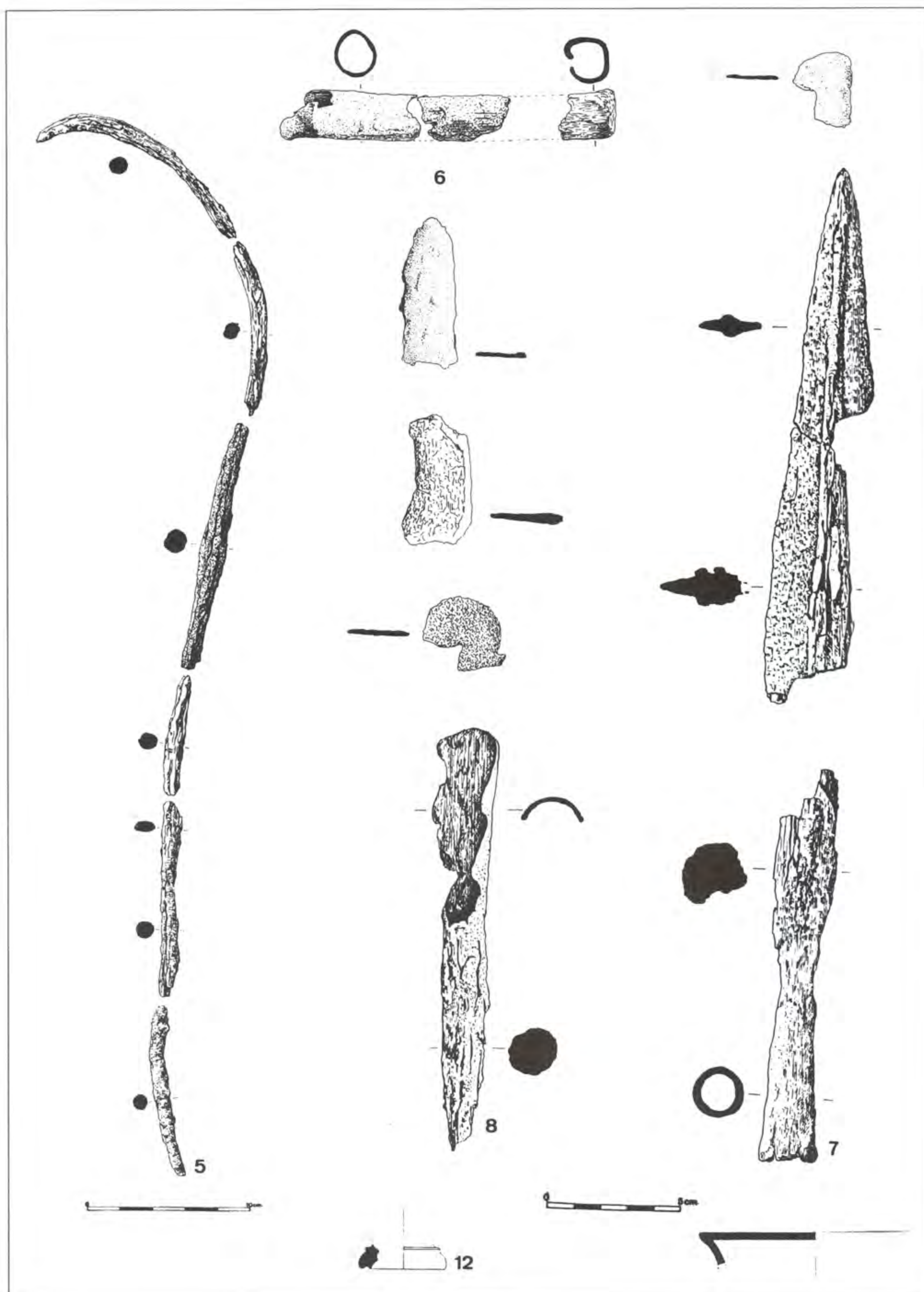


FIGURA 48c: *Tumba 5E5=5E1.*

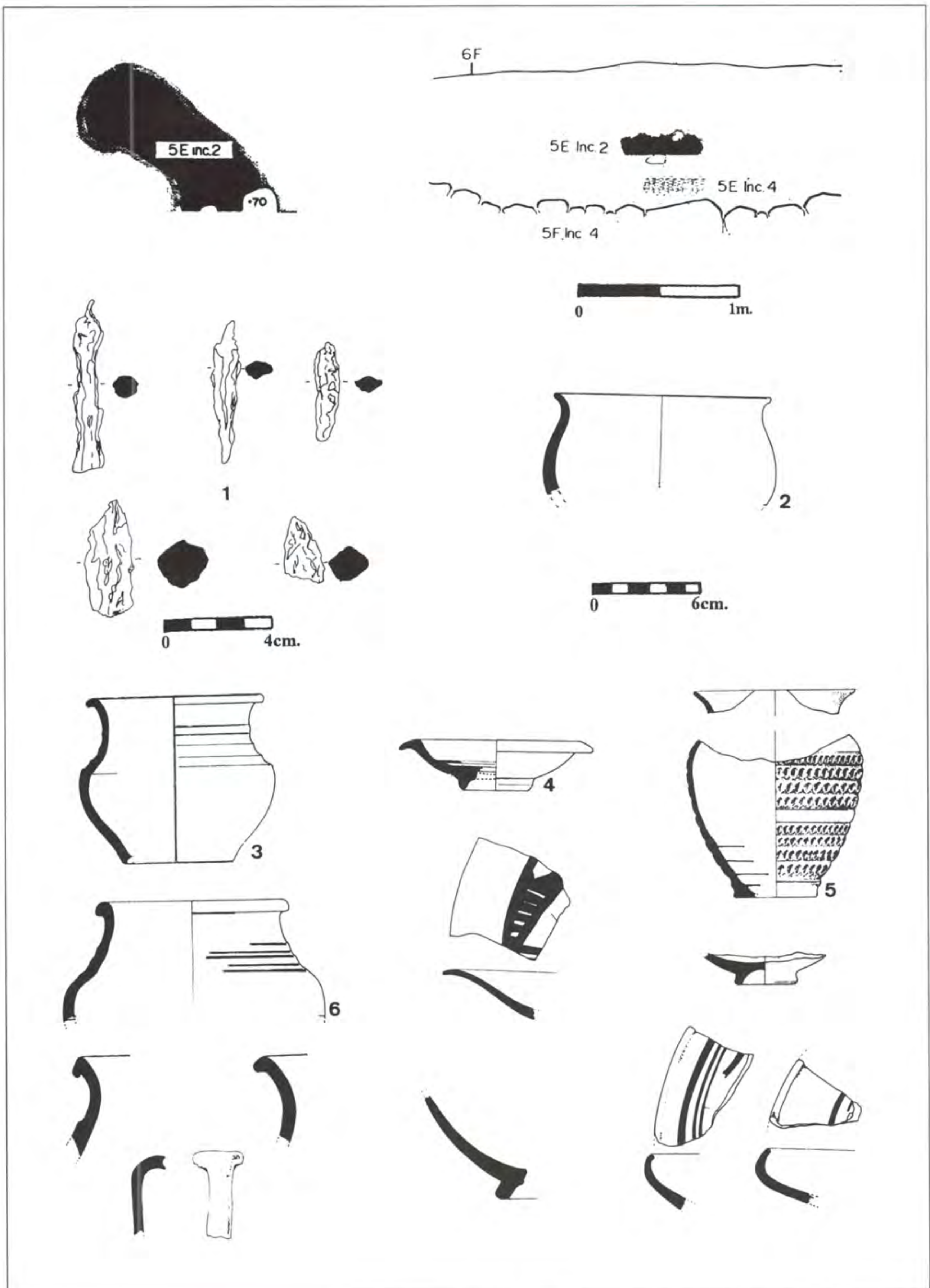


FIGURA 49: *Tumba 5E2.*

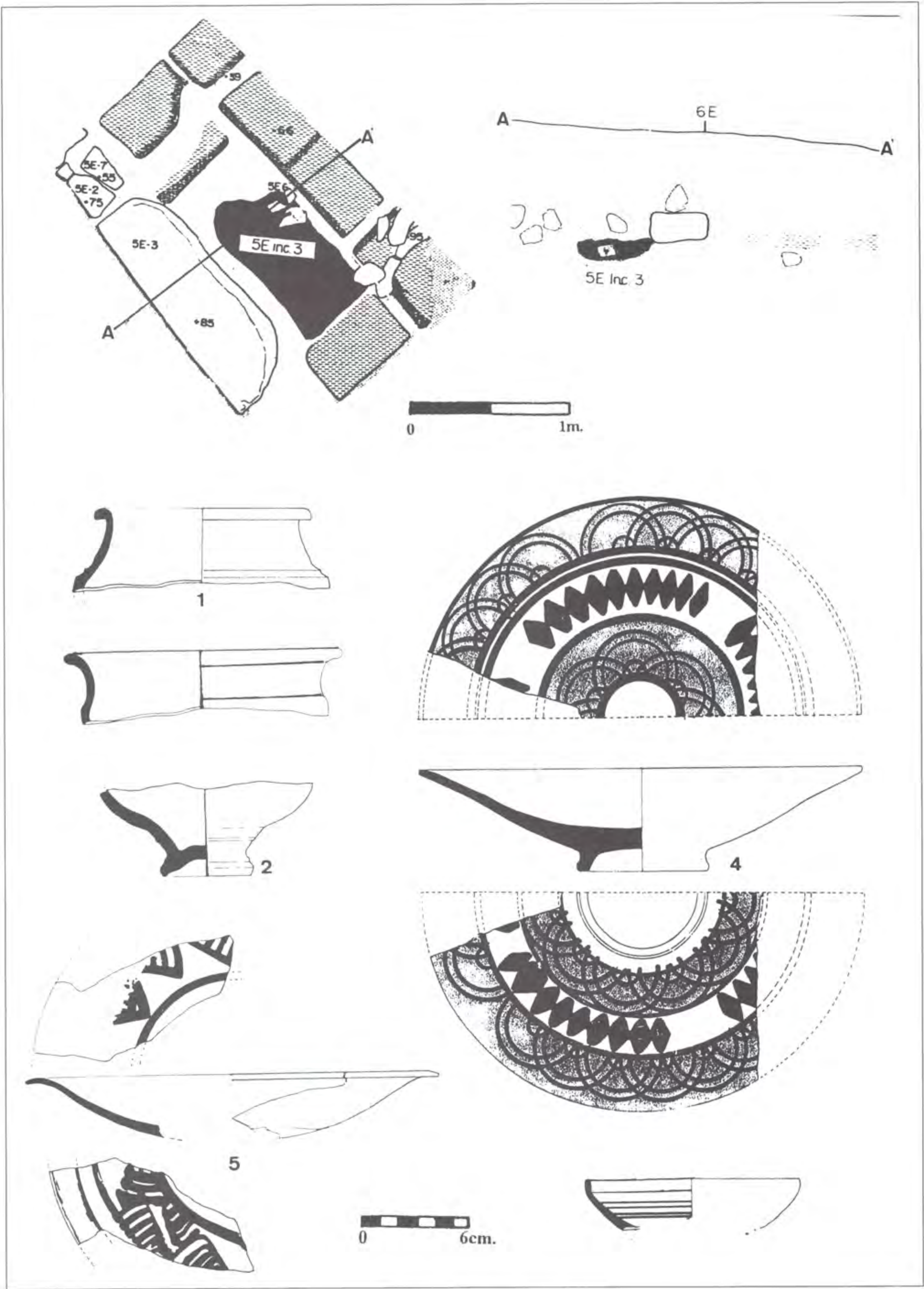


FIGURA 50a: *Tumba 5E3.*

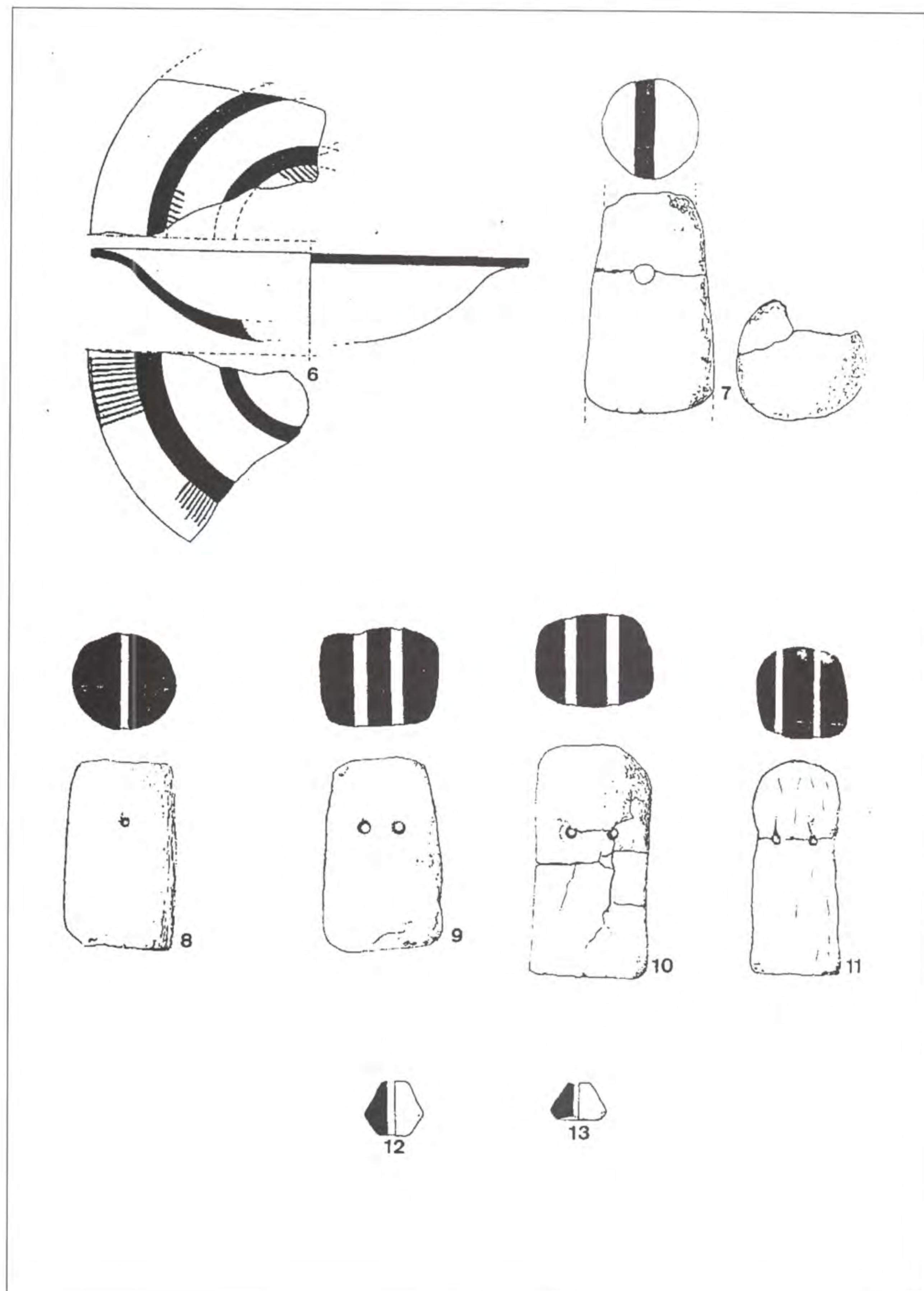


FIGURA 50b: *Tumba 5E3.*

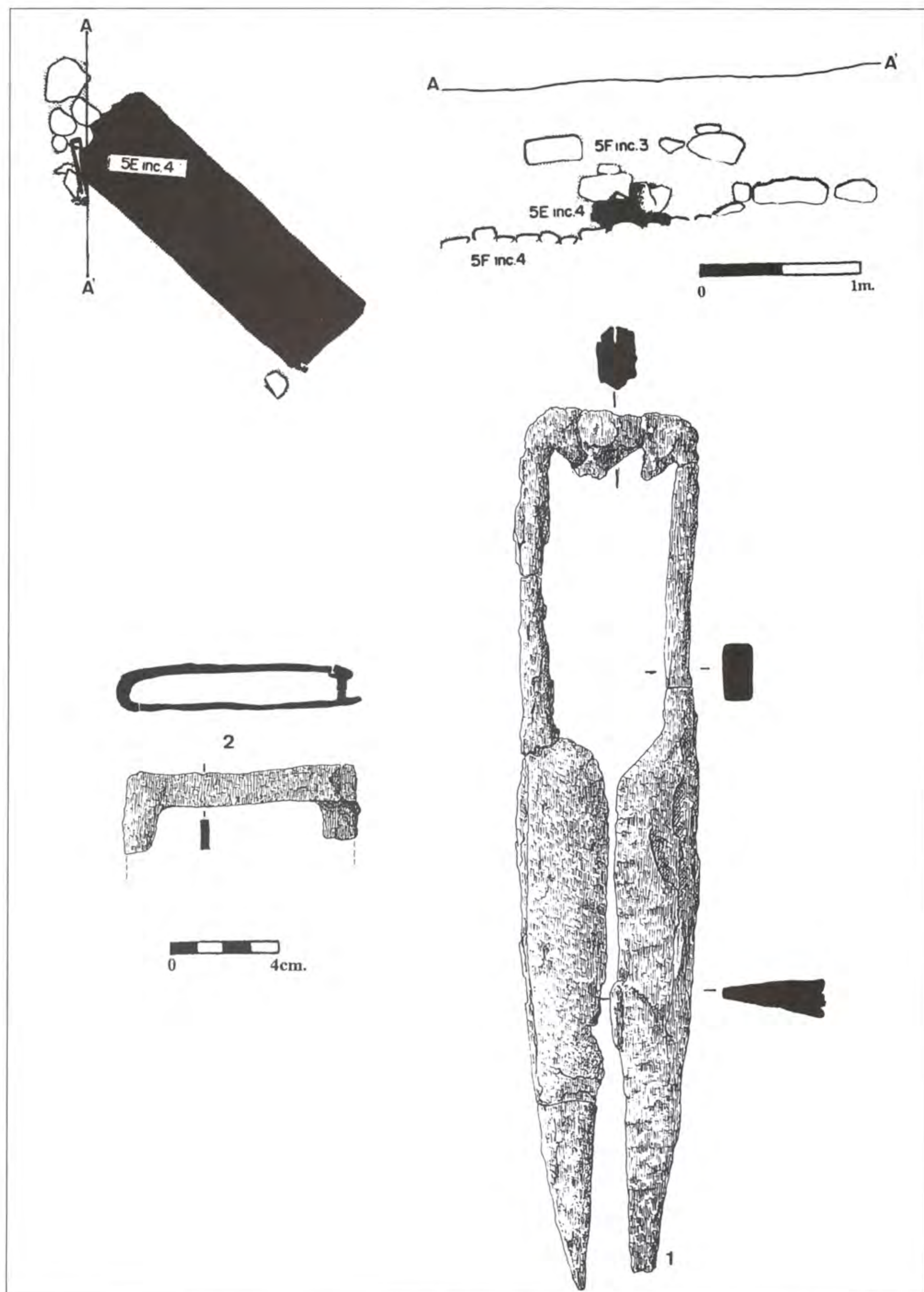


FIGURA 51: *Tumba 5E4.*

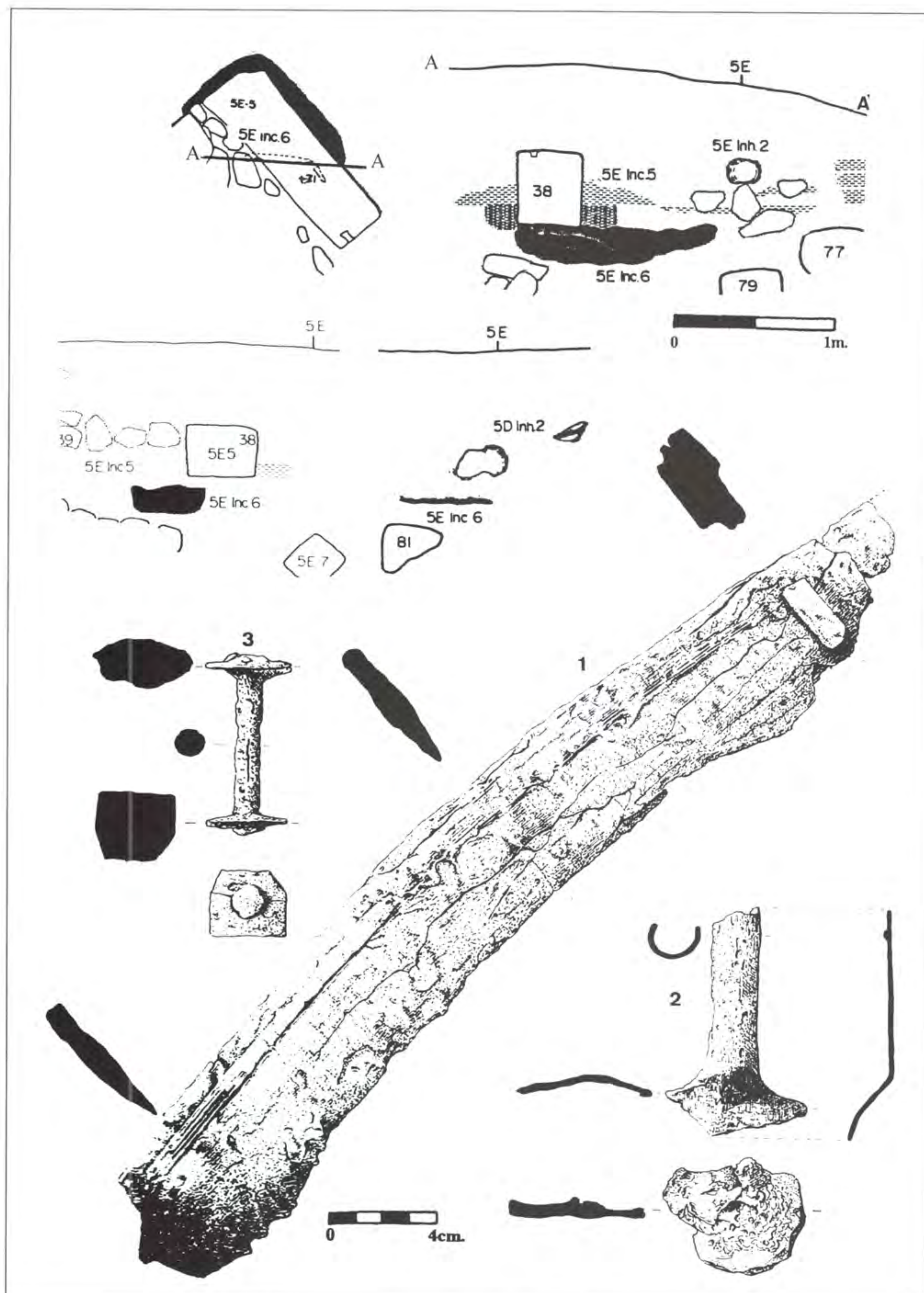


FIGURA 52: *Tumba 5E6.*

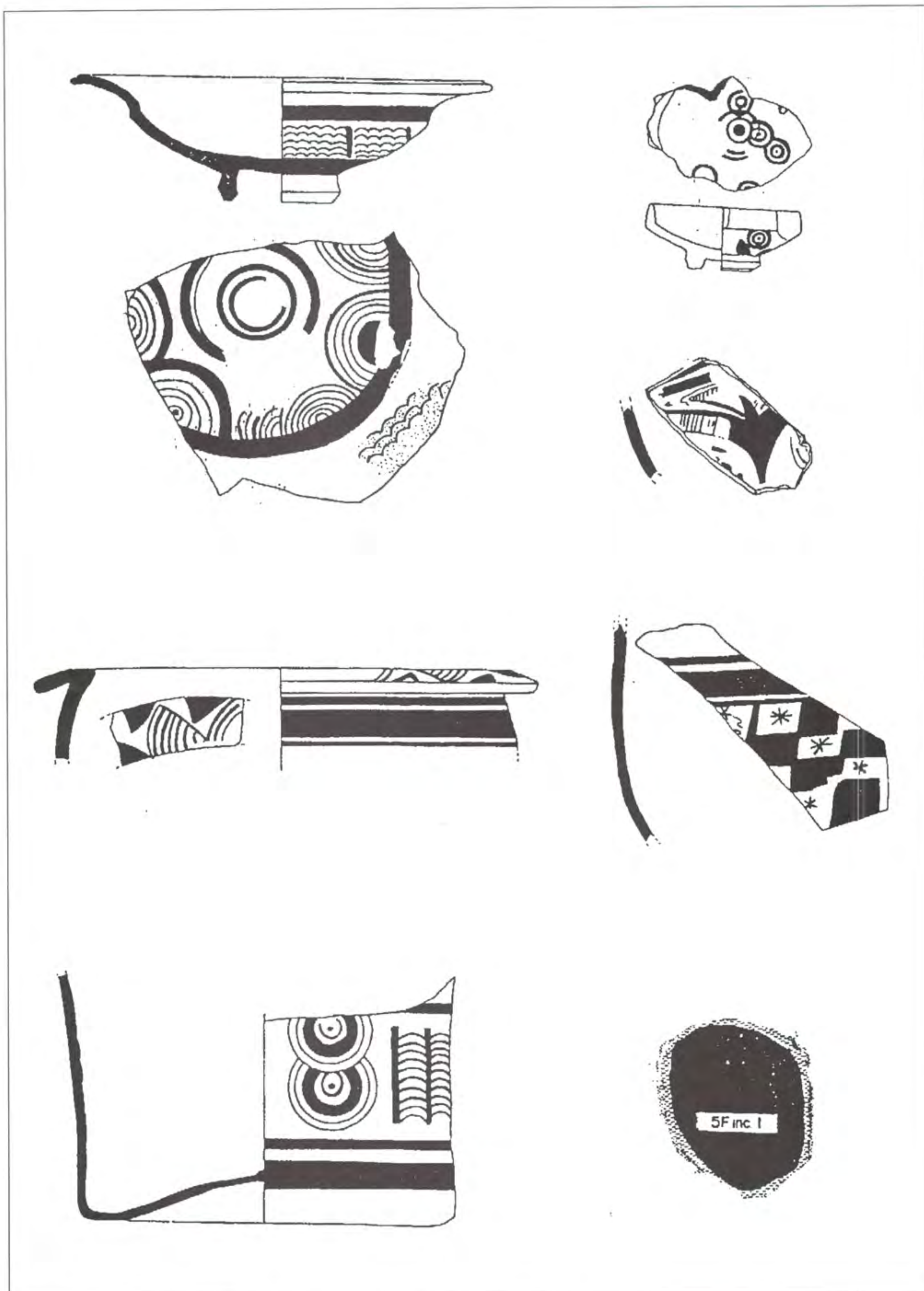


FIGURA 53: *Material de superficie de la cuadrícula 5F. Planta de la tumba 5F1.*

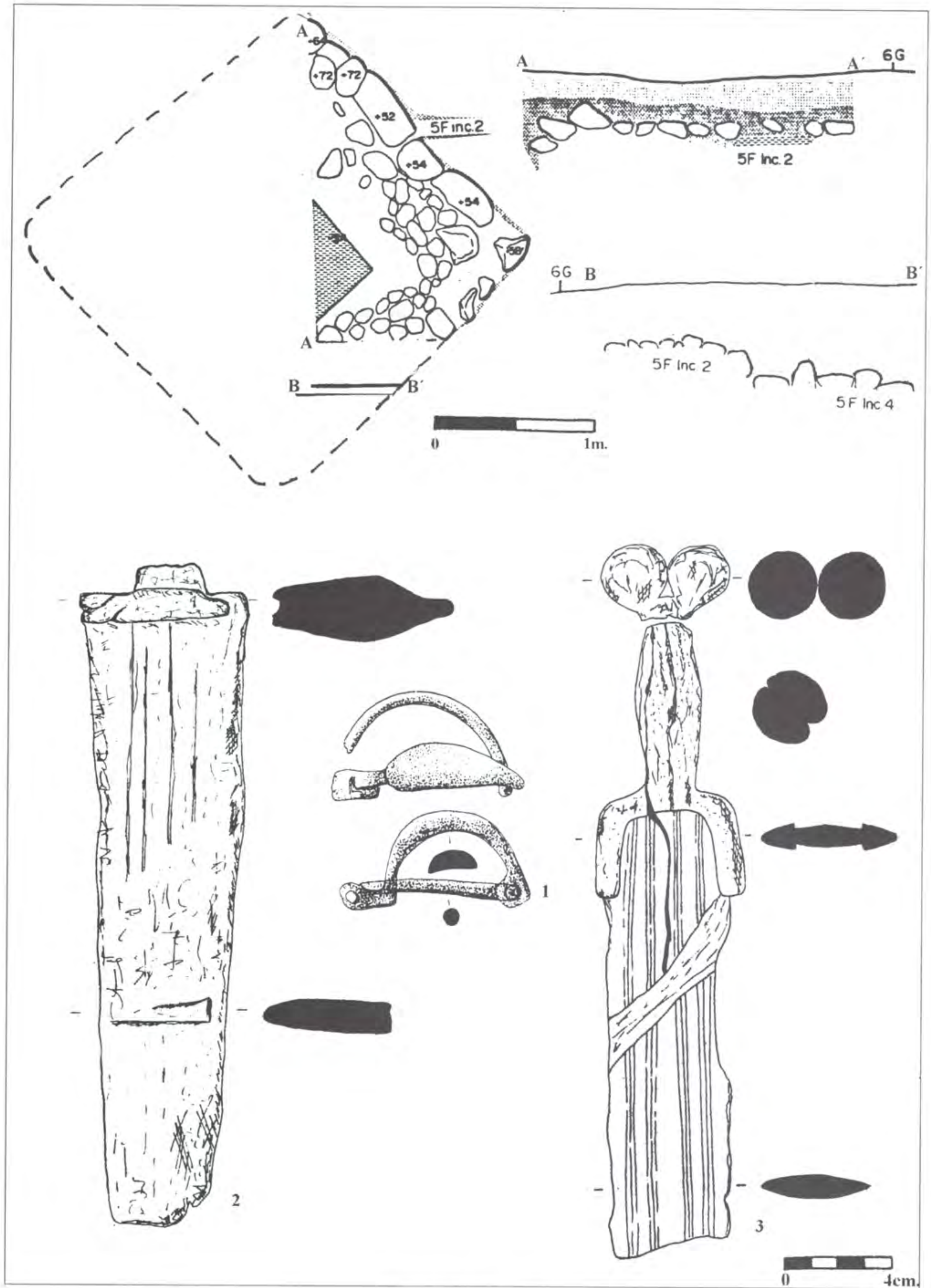


FIGURA 54a: *Tumba 5F2.*

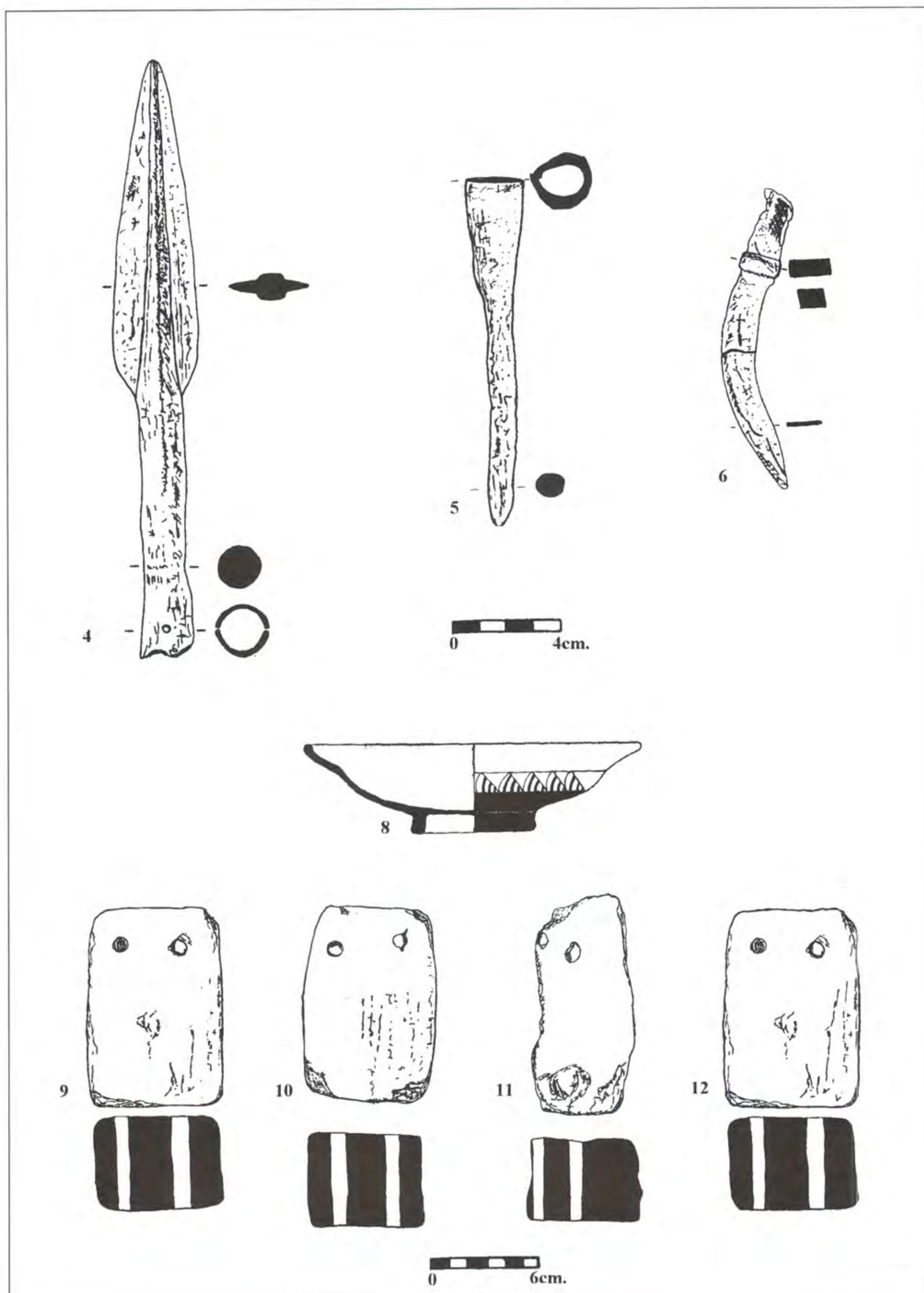


FIGURA 54b: *Tumba 5Finc.2.*

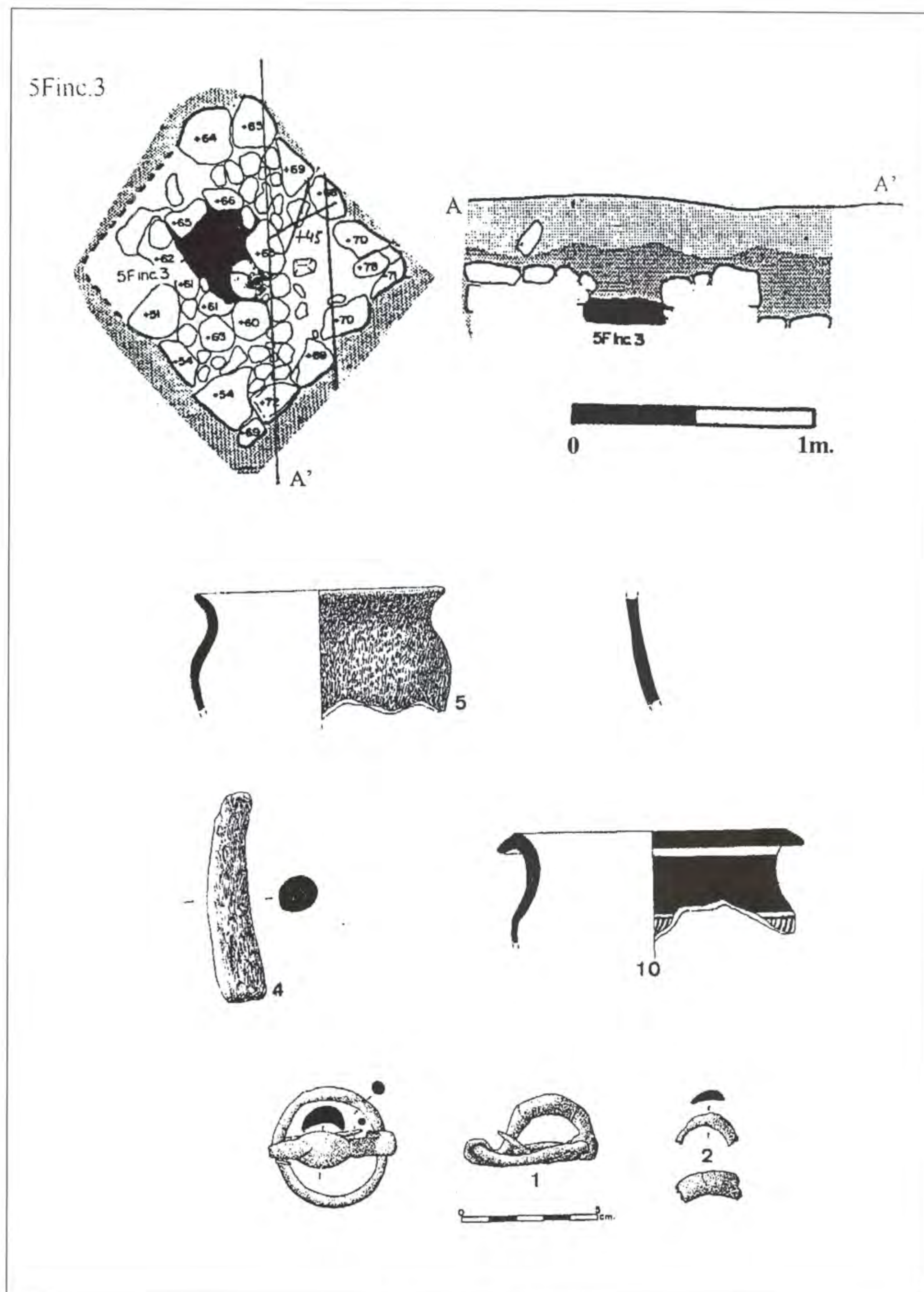


FIGURA 55a: *Tumba 5F3.*

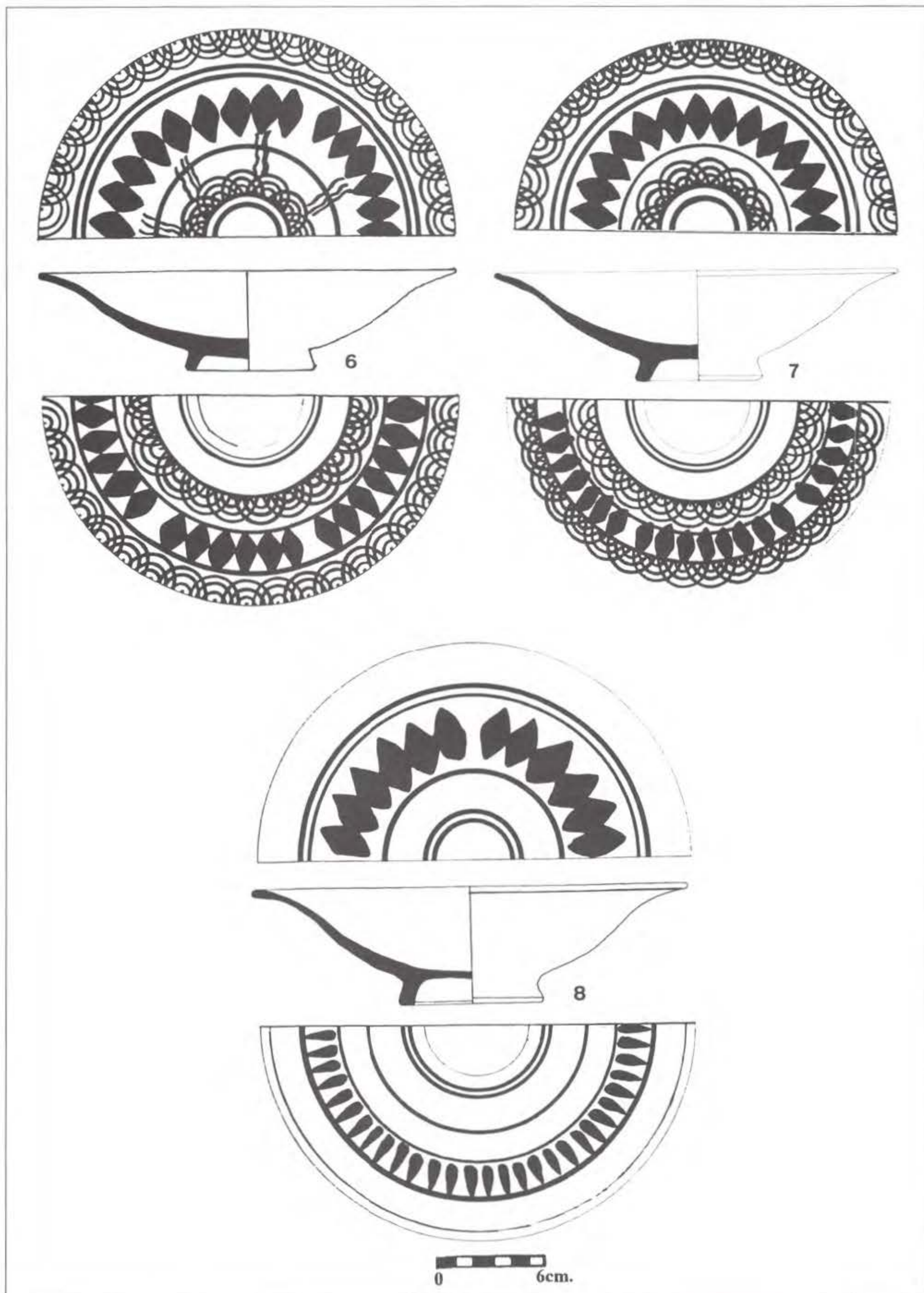


FIGURA 55b: *Tumba 5F3.*

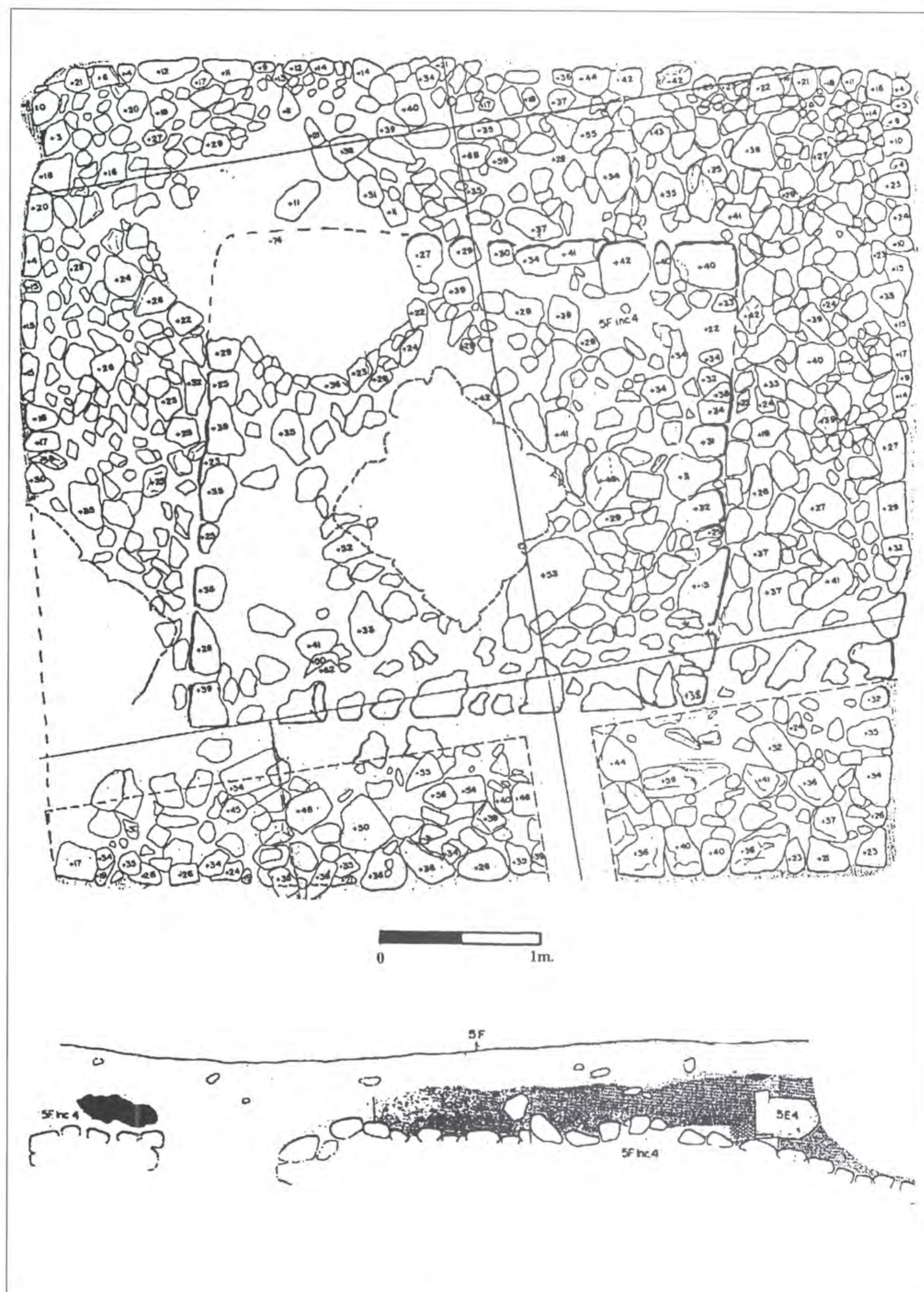


FIGURA 56a: *Tumba 5F4.*

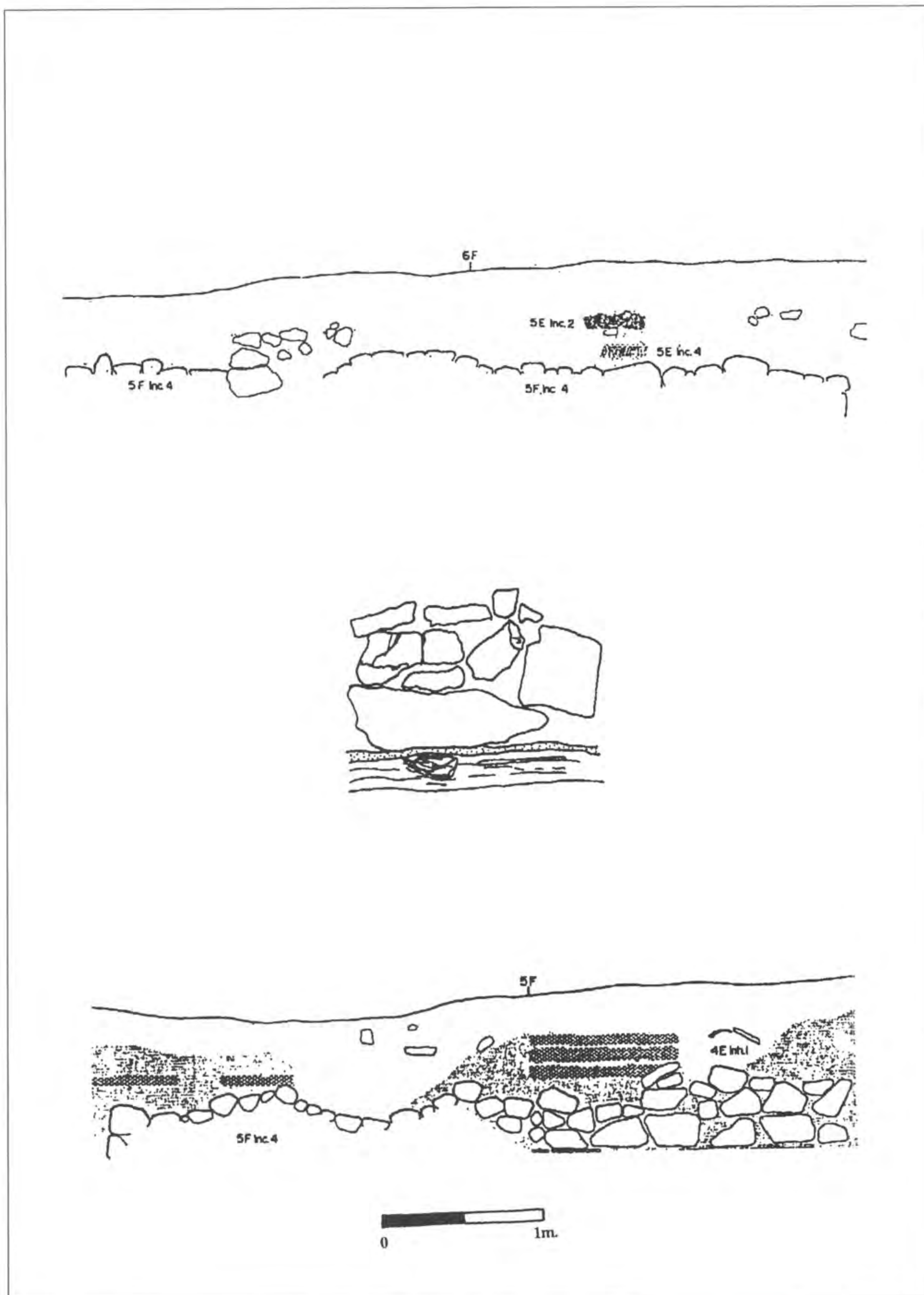


FIGURA 56b: *Secciones de la tumba 5F4.*

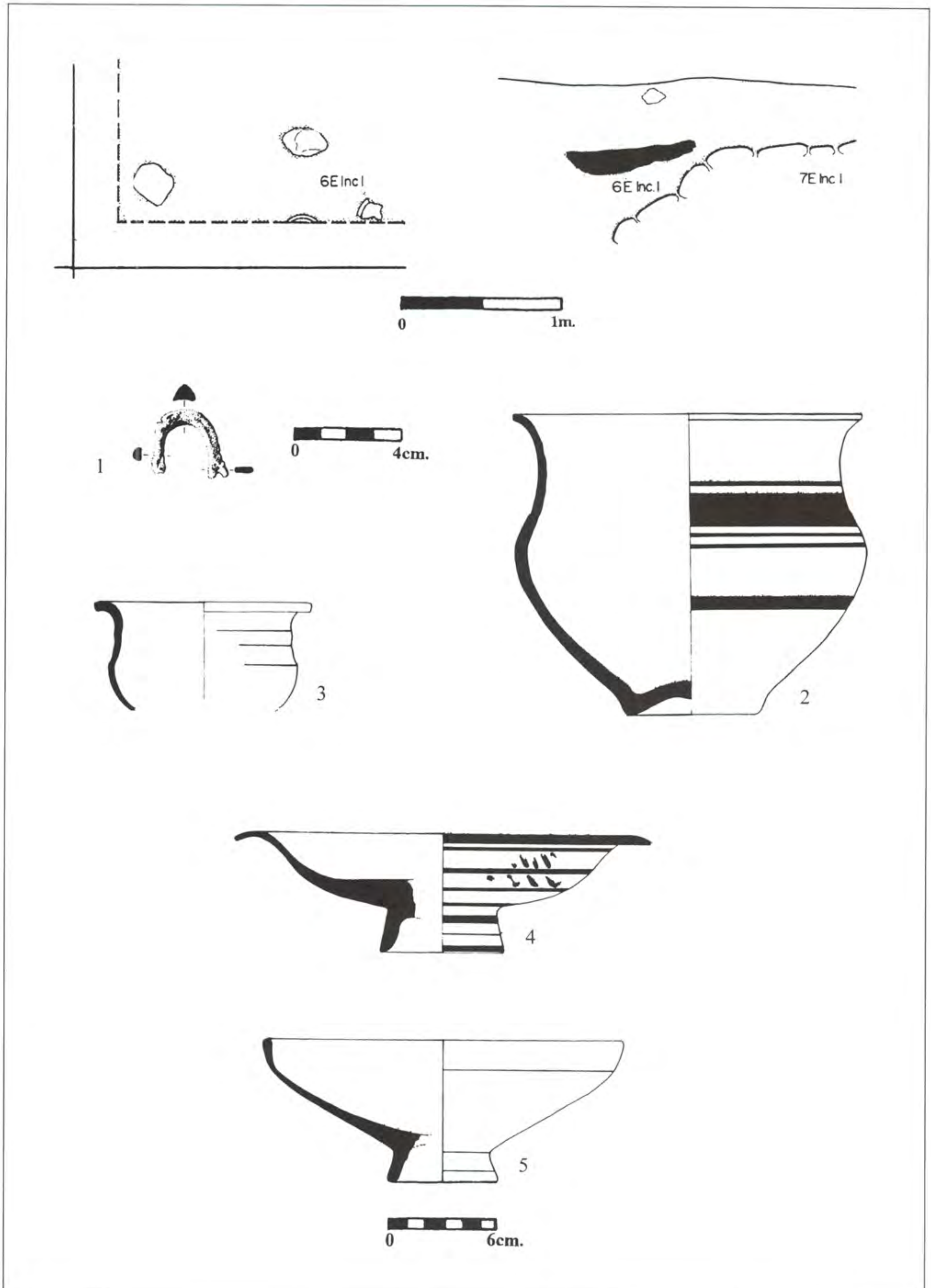


FIGURA 57: *Tumba 6E1.*

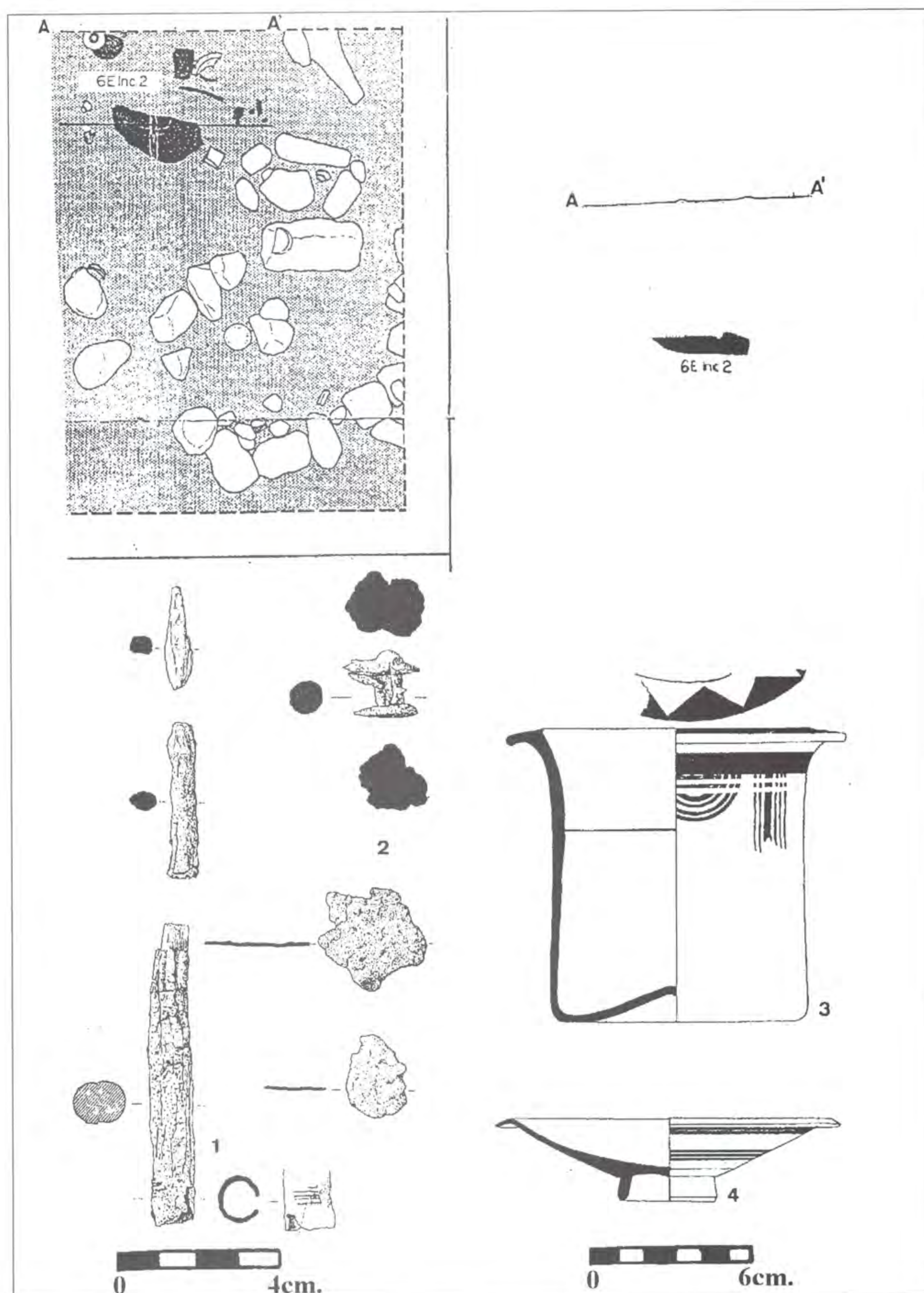


FIGURA 58a: *Tumba 6E2.*

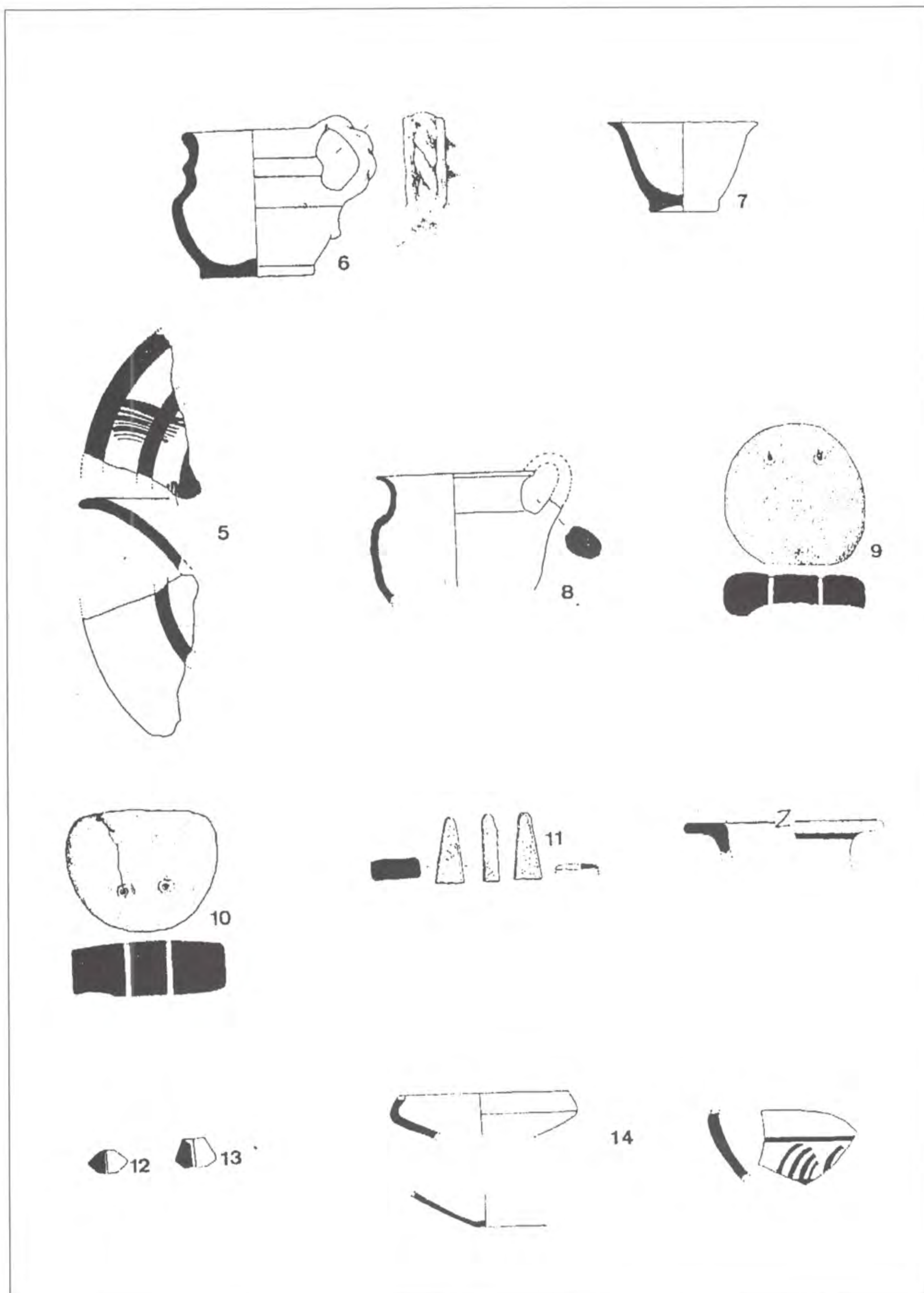


FIGURA 58b: *Tumba 6E2.*

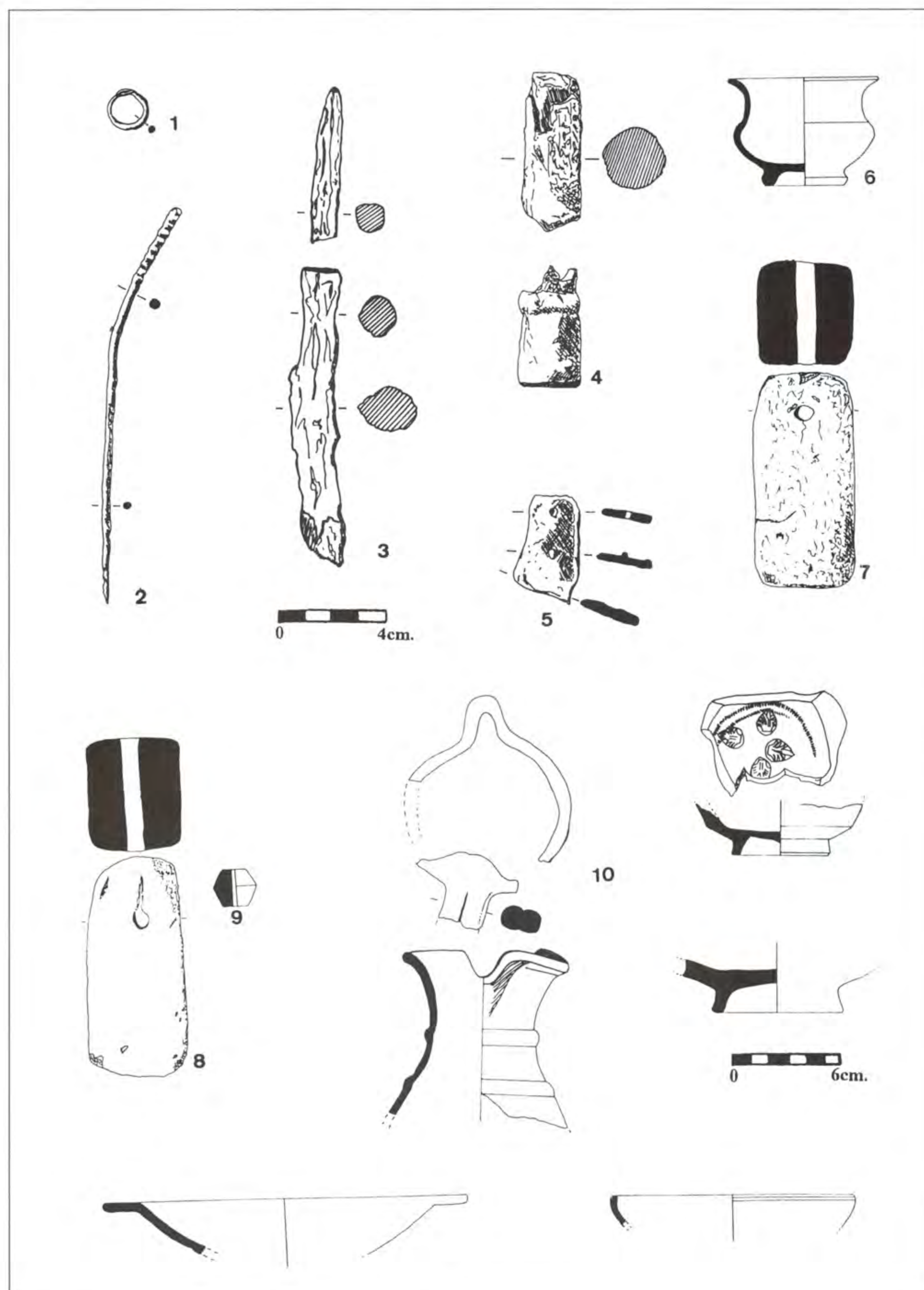


FIGURA 59a: *Tumba 6E3.*

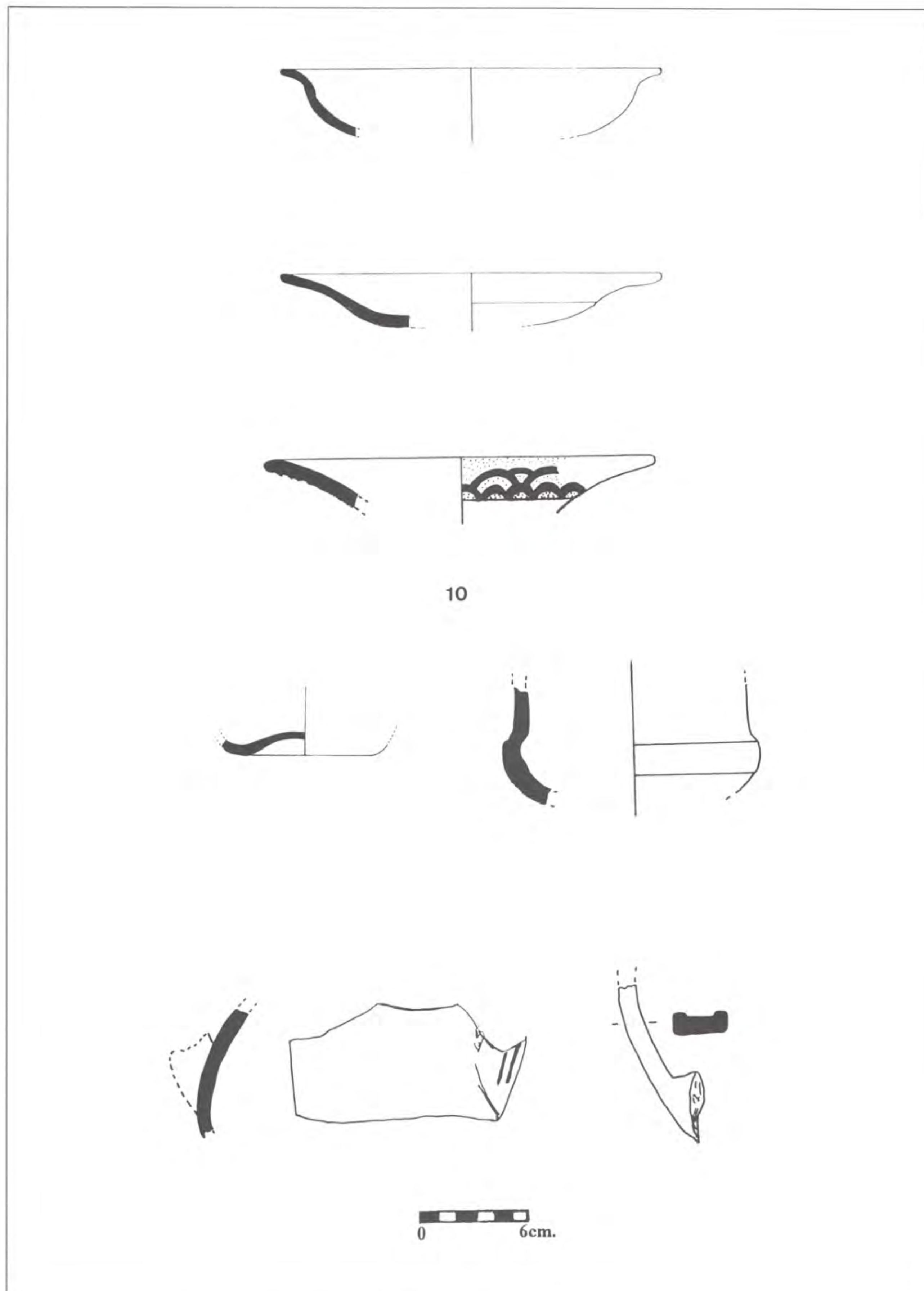


FIGURA 59b: *Tumba 6E3.*

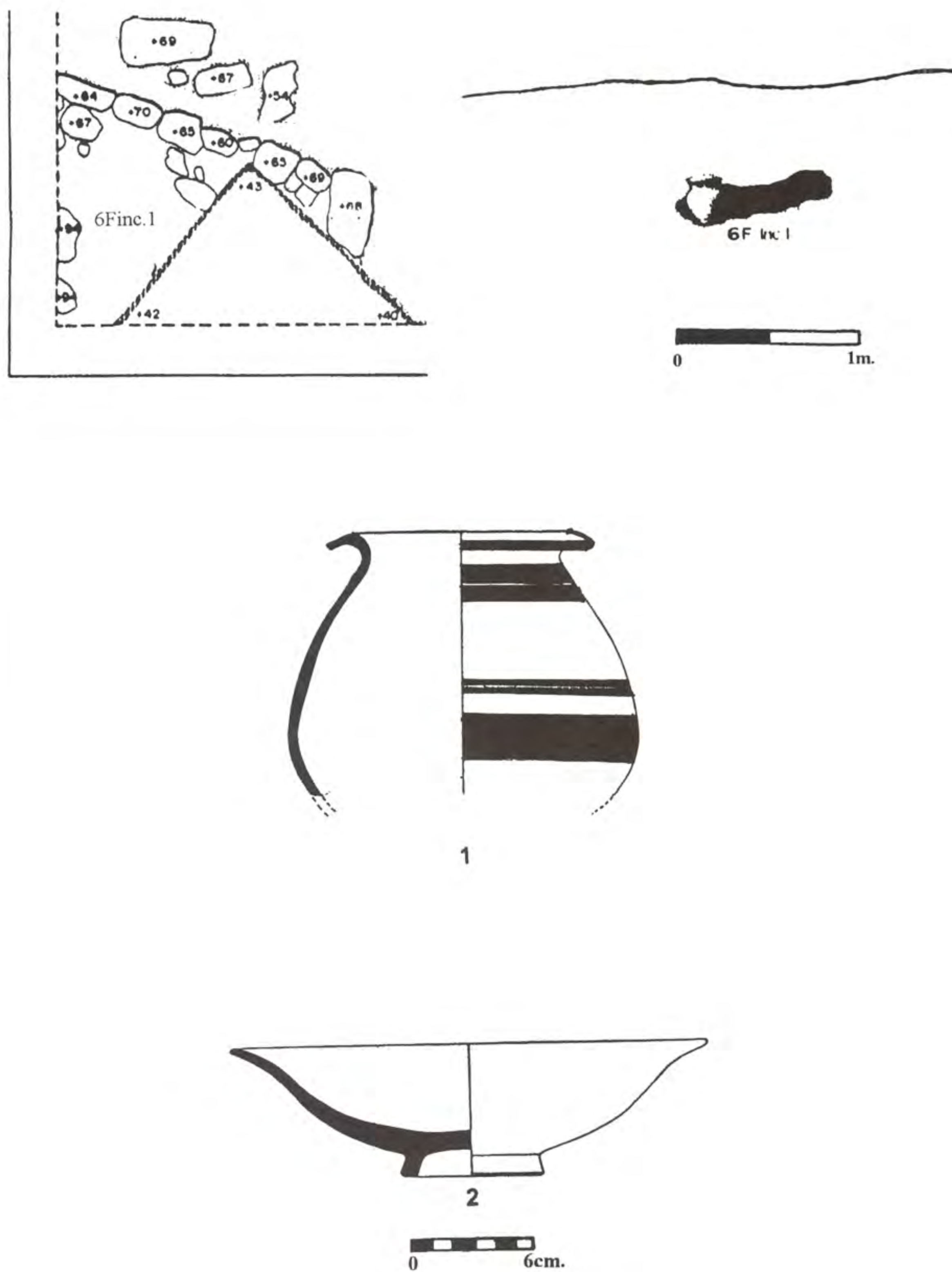


FIGURA 60: *Tumba 6F1.*

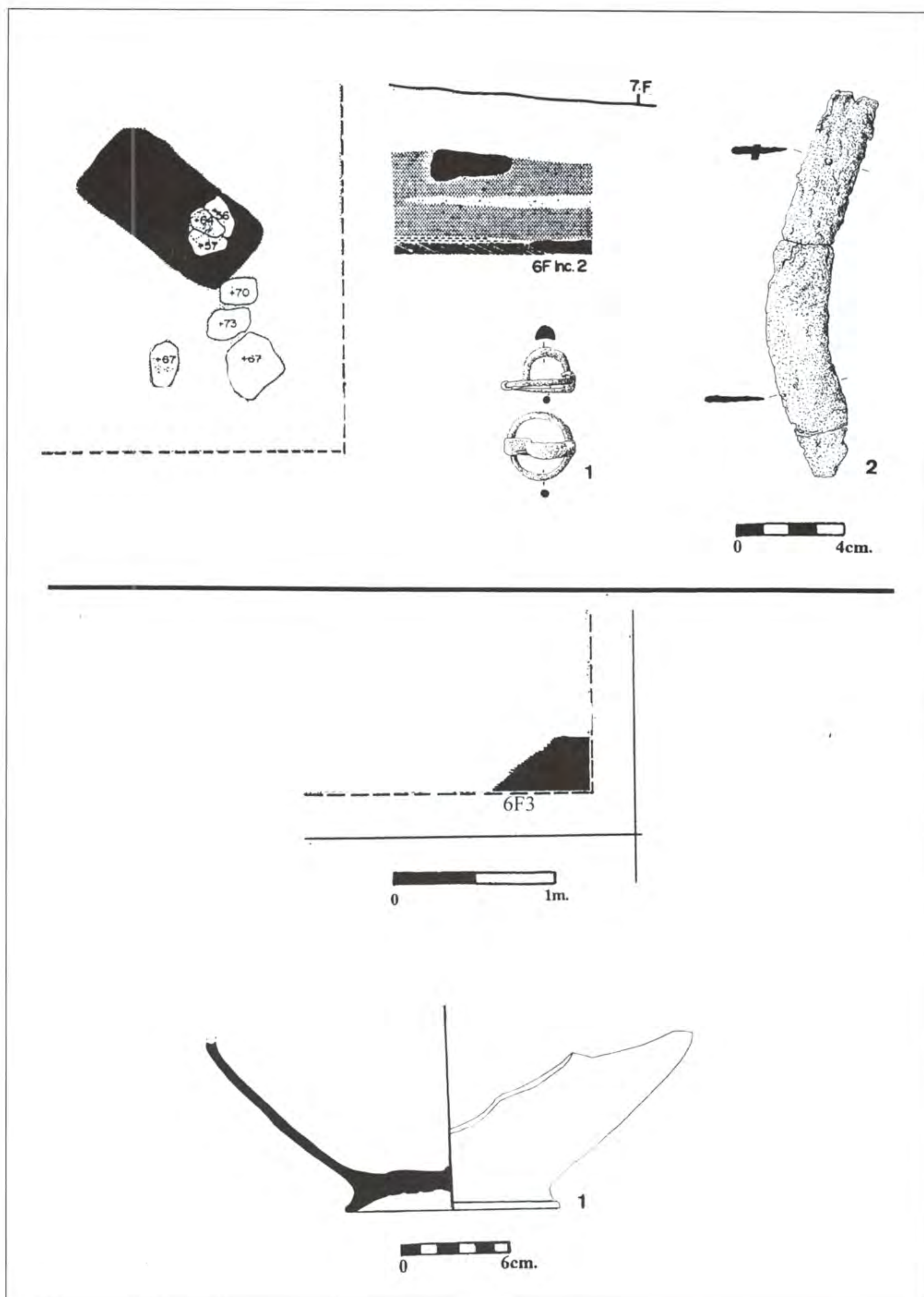


FIGURA 61: *Tumbas 6F2 y 6F3.*

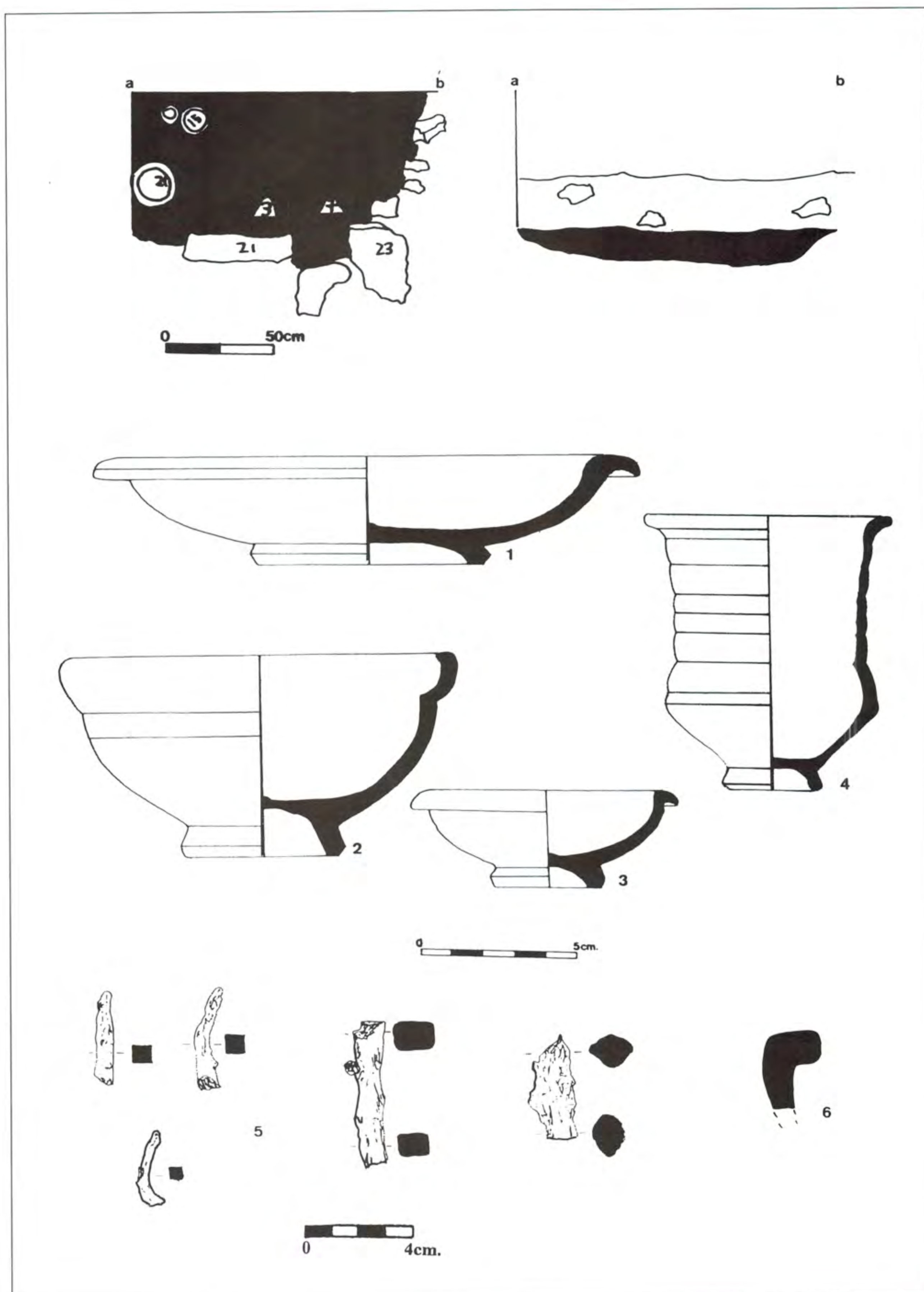


FIGURA 62: *Tumba 7D1.*

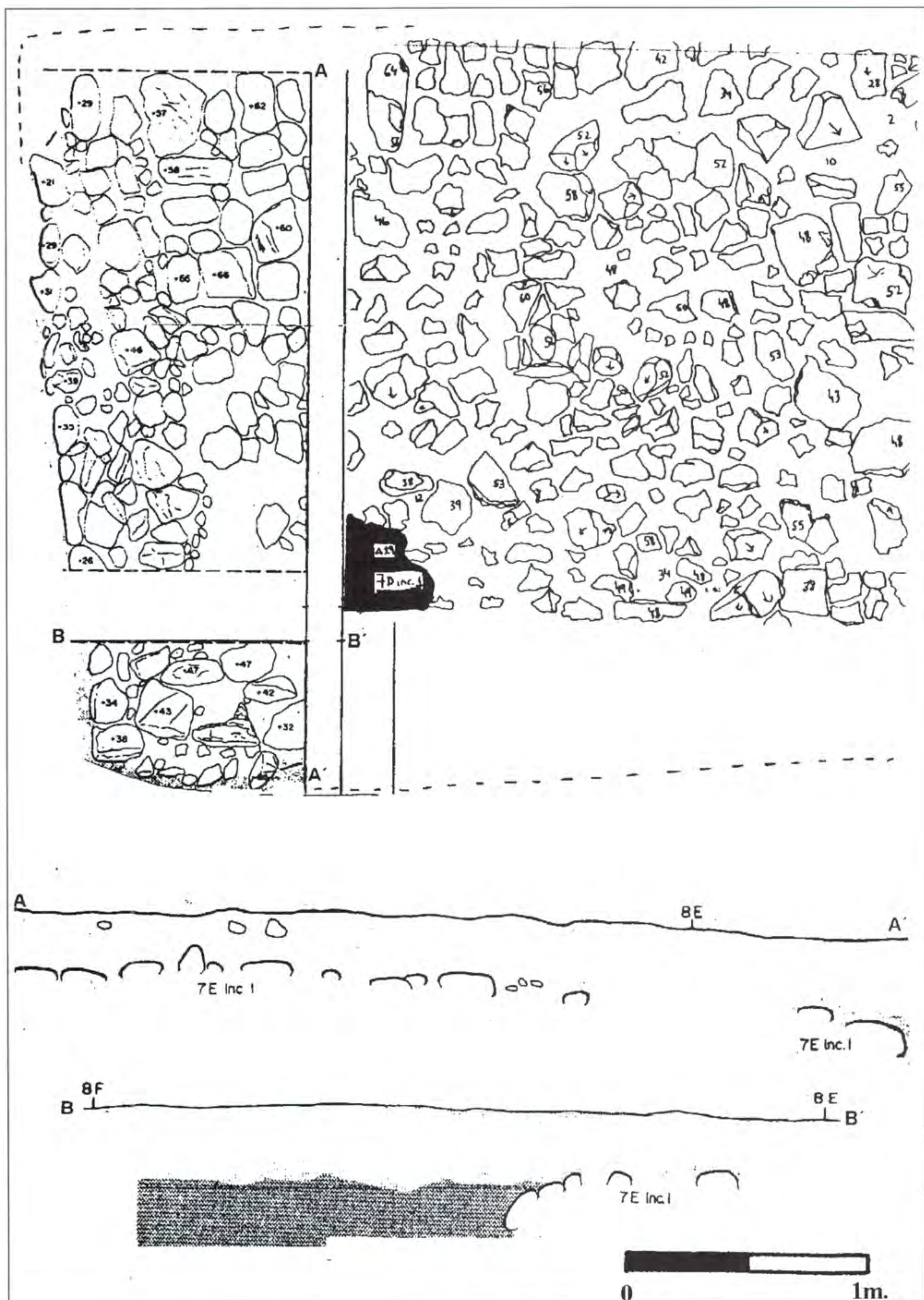


FIGURA 63: *Tumba 7E1.*

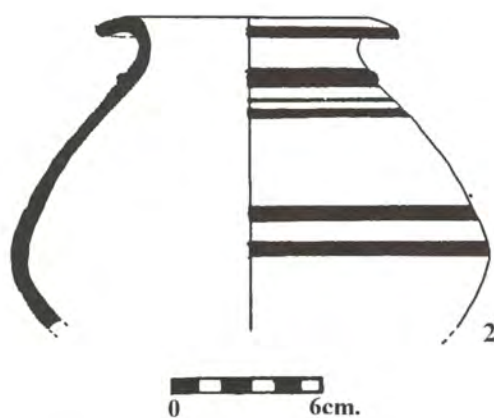




FIGURA 64: *Tumba 8D1 y hallazgo aislado..*

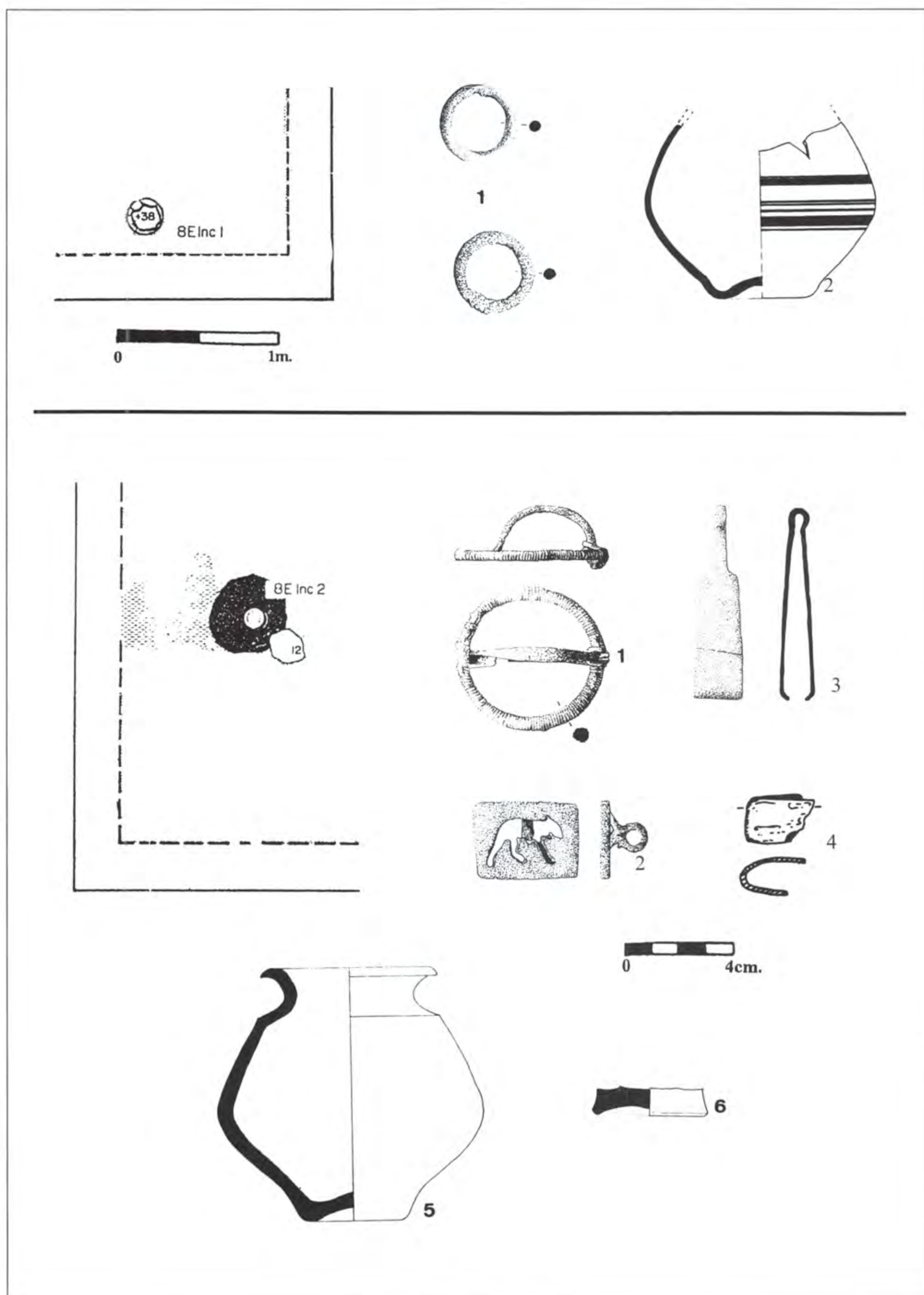


FIGURA 65: *Tumbas 8E1 y 8E2.*





LÁMINA 1: *Visión de conjunto de la necrópolis de Pozo Moro.*





LÁMINA 2: *Tumba 3F incineración 8 (arriba) y 4D incineración 4 (abajo).*





LÁMINA 3: *Tumba 4F incineación 3 (arriba) y 4F incineración 2 (abajo).*

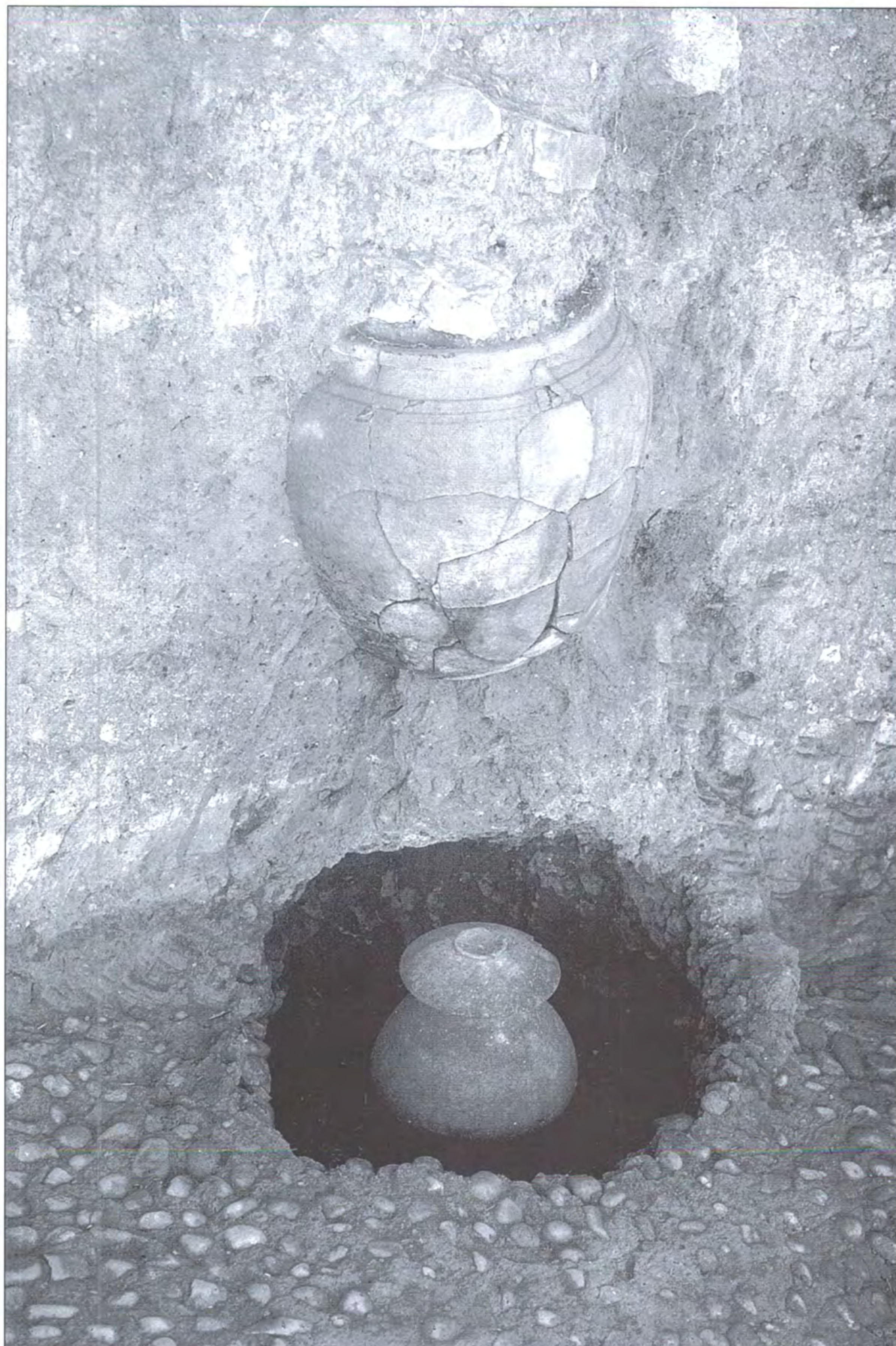


LÁMINA 4: *Superposición estratigráfica de la ofrenda 4F8 y la tumba 4F incineración 4.*

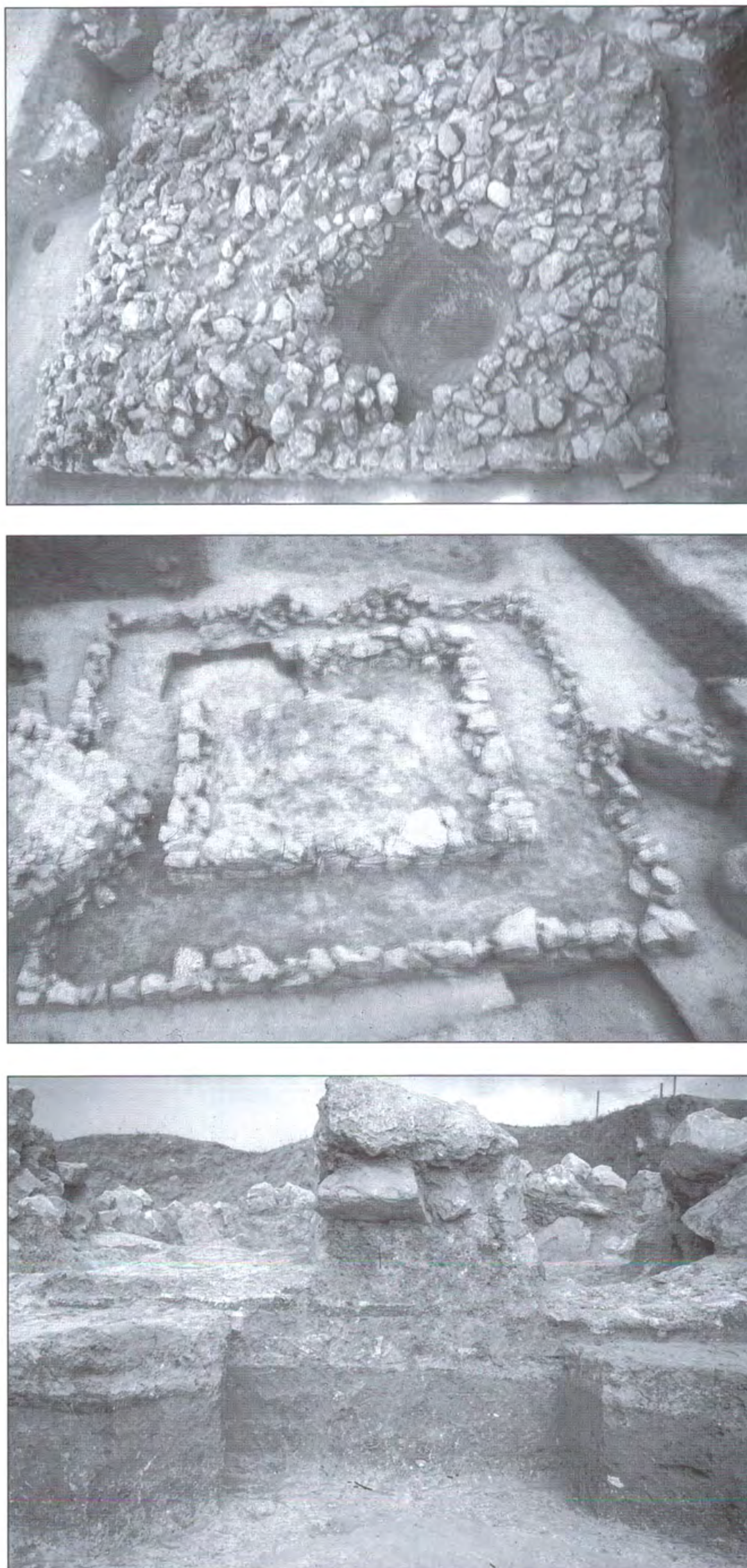


LÁMINA 5: *Proceso de excavación de la tumba 5Finc.4. De arriba abajo: Túmulo con agujero de furtivo.* ***Vaciado del relleno. Sección de suelos de preparación de arcilla roja endurecida superpuestos del túmulo 5F4 y del monumento turriforme.***





LÁMINA 6: *Estructura y nicho de la tumba 3F incineración 3.*





LÁMINA 7: *Proceso de excavación de la tumba 5D incineración 5.*





LÁMINA 8: *Objetos de ajuar de Pozo Moro. Moneda de la tumba 4G incineración 2, pendientes de oro de las tumbas 4D incineración 3 y 4D incineración 6, Kylix de figuras rojas de la sepultura 4F incineración 3 y ajuar cerámico de la 7D incineración 1.*

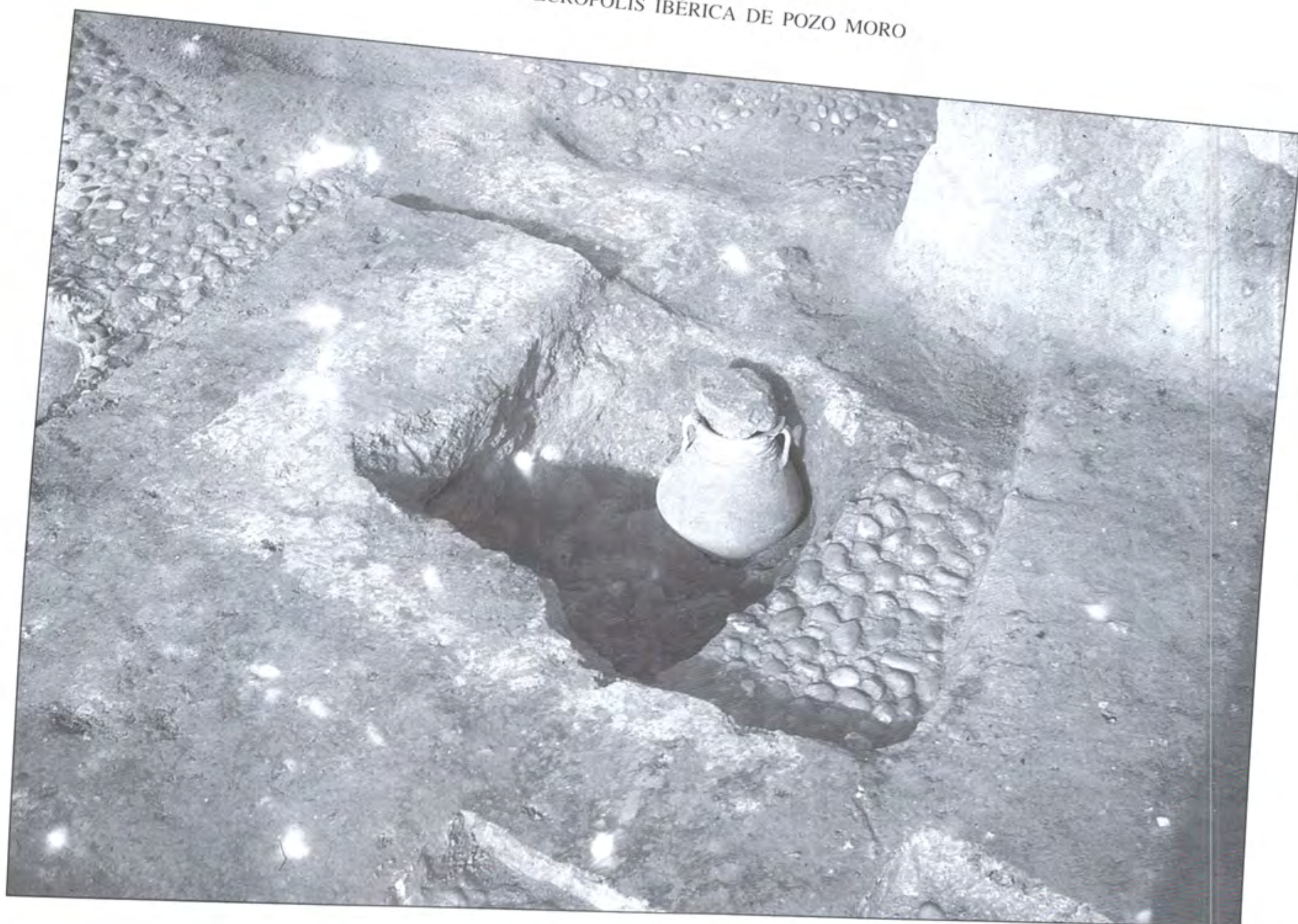
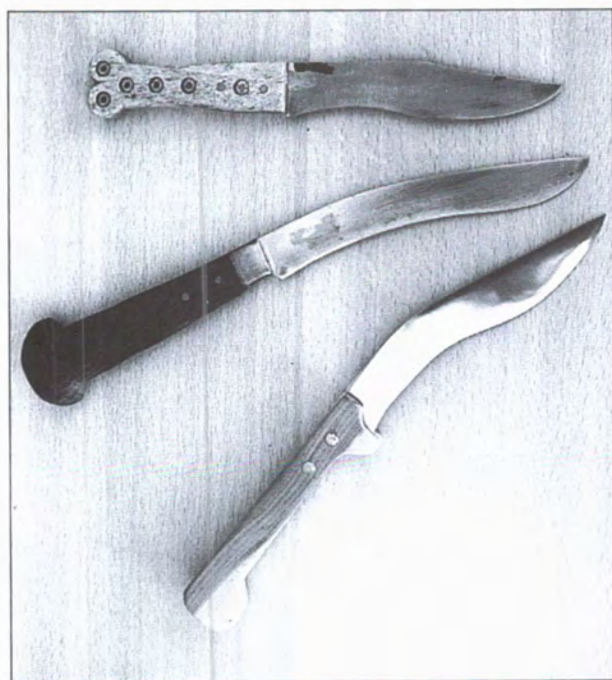




LÁMINA 9: *Tumba 4F incineración 7 (arriba) y 8E incineración 2 (abajo).*







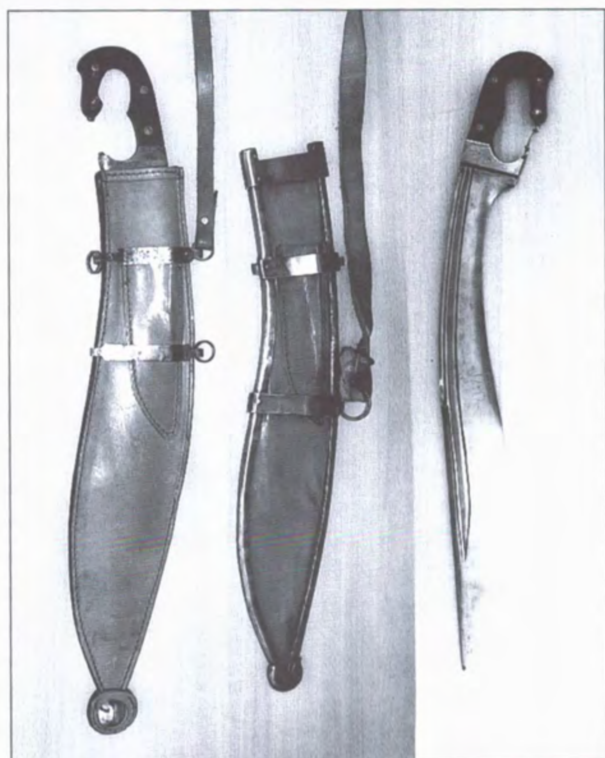


LÁMINA 10: *Reproducciones de armas realizadas por la Empresa Arqueódromo de Zaragoza. De arriba abajo y de iquierda a derecha: casco de tipo Montefortino, panoplia de guerrero, cuchillos afalcatados con diversas empuñaduras y falcata con vaina de cuero y refuerzos metálicos.*

ÍNDICES

FIGURAS EN TEXTO

PLANOS

TUMBAS Y AJUARES

LÁMINAS



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 25 DE JULIO DE 2004,

FESTIVIDAD DE SANTIAGO APÓSTOL, PATRÓN DE ESPAÑA,

EN LOS TALLERES DE IMPRENTA TARAVILLA,

MESÓN DE PAÑOS, 6.

28013 MADRID

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 23





MUSEO DE ALBACETE



ISBN 84-95983-47-8

9 788495 983473